Ignacio Barandiarán · Enrique Vallespí

# PREHISTORIA DE NAVARRA



Diputación Foral de Navarra

Pamplona 1984

*A don José Miguel de Barandiarán*
*reiterándole, una vez más,*
*nuestro agradecimiento por su magisterio,*
*su amistad y su ejemplo.*

ISBN 84 - 235 - 0501 - 4 - 2.ª edición.
Depósito legal: NA. 1.213-1983
*Printed in Spain - Impreso en España.*
Gráficas Lizarra, S.L., Ctra. de Tafalla, Km. 1, Estella (Navarra).

Ignacio Barandiarán

Enrique Vallespí

# PREHISTORIA DE NAVARRA

TRABAJOS DE ARQUEOLOGIA NAVARRA / 2

2.ª edición

Diputación Foral de Navarra

Museo de Navarra - Institución Príncipe de Viana
Pamplona, 1984

# INDICE

# PROLOGO

La redacción de estas páginas se ha ido extendiendo, de modo no continuo, durante ocho años. Se inició en 1971, por uno de nosotros, como un intento de ordenación de la documentación disponible en la Prehistoria de Navarra, en su contexto territorial propio, dentro del plan de trabajo de la Sección de Geografía e Historia de la Universidad de Navarra. La coincidencia de los dos autores, a partir de 1974, en la Comisión de Excavaciones y Arqueología de la Institución Príncipe de Viana, y una esperanzadora reactivación en la intensidad de las prospecciones e investigaciones de campo, nos sugirió la conveniencia de dar a aquel proyecto una más profunda dimensión, en que quedara equilibrada una detallada exposición analítica con el enmarque doctrinal e interpretativo que requiere la complejidad de las evidencias reunidas. En los últimos cuatro años hemos debido redactar, intercambiar, leer y corregir varias veces los capítulos originales de la obra. Concluidas estas páginas, prácticamente, en el otoño de 1978 intentamos salvar las lógicas intermitencias de su redacción —debidas al alejamiento obligado de los destinos académicos de los autores— en una muy crítica relectura conjunta final.

Queremos que la obra responda a nuestro deseo de ofrecer una visión coherente del tema abordado. Nuestra vieja amistad, la coincidencia básica en muchos juicios de valoración sobre la Prehistoria, y una común deuda al magisterio y orientaciones de don José Miguel de Barandiarán, creemos que pueden asegurar cierta unidad interna a este intento de explicación de la génesis y formación del poblamiento navarro. Los dos firmantes de la presente «Prehistoria de Navarra», se consideran, en verdad, coautores de la misma y, por ello, totalmente corresponsables de las opiniones contenidas en su texto. Siendo un trabajo de síntesis, ha de reflejar necesariamente estados de conocimiento y de interpretación en un momento determinado. Estas páginas intentan, por consiguiente, fijar y explicar en hipótesis coherentes unos datos incompletos y parciales que han venido acumulándose de modo inconexo. No pretendemos ofrecer ahora un resultado final, sino marcar el estado de la cuestión en una etapa de un camino, aún no muy claro, de la investigación prehistórica peninsular.

Los autores se sienten profundamente vinculados a Navarra por una especial dedicación al estudio de sus antigüedades prehistóricas, promocionado desde los centros universitarios donde profesaron hace algunos años (el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, y el Departamento de Historia Antigua de la de Zaragoza) y, muy en particular, por su común pertenencia a la Comisión de Excavaciones y Arqueología de la Institución Príncipe de Viana. En el marco de esas instituciones encontramos la acogida calurosa de muchos amigos a los que debe esta «Prehistoria de Navarra» su principal estímulo. La Dirección de la Institución Príncipe de Viana ha seguido con especialísimo interés la elaboración de esta obra. María Angeles Mezquíriz Irujo ha posibilitado, sin ningún tipo de limitaciones, el estudio directo de los ricos fondos del Museo de Navarra, que ella dirige, en una siempre amistosa cooperación. De la amistad de Tomás López Sellés (que perpetuamos en nuestro recuerdo) hemos recibido una enriquecedora información documental.

Como obra de síntesis que es esta Prehistoria resulta, evidentemente, deudora de multitud de notas y monografías, de interpretaciones y opiniones inéditas amablemente comunicadas, y de una provechosa apertura a nuestro conocimiento de informaciones y materiales reunidos por diversos prospectores. A todos ellos, y a su desinteresada colaboración, deben los autores un reconocido enriquecimiento de esta obra.

El repertorio gráfico que ilustra el texto ha sido tomado, en su mayoría, de la bibliografía pertinente, cuya procedencia se indica en todo caso. Algunas otras figuras y láminas han sido realizadas expresamente del natural por los autores. En esta línea de aportación directa hemos de reseñar la generosa colaboración de Teresa Andrés Rupérez y de Ana Cava Almuzara proporcionándonos reproducciones rigurosamente inéditas de sus investigaciones personales. A Isabel Mainer Baqué se debe la ejecución de algunos de los mapas de distribución de evidencias.

Buena parte de la toponimia que se recoge en estas páginas puede ser objeto de discusión en cuanto a la fidelidad de su transcripción fonética o porque a menudo está deformada o no muy definida entre los vascoparlantes informadores, o bien porque no se ha podido uniformizar en sucesivos registros bibliográficos. En bastantes casos no nos resulta posible, ni es prudente, decidir por nosotros mismos la cuestión. Hemos preferido, casi siempre, acoger la versión toponímica publicada inicialmente o aquella que creemos más autorizada: por ejemplo, Osaportillo (así publicado en 1923) a Otxaportillo, Alquerdi (de 1933) a Alkerdi, o Saioa y Leire a Sayoa y Leyre. En todo caso, el índice toponímico final ayudará a facilitar el control de esas equivalencias.

# CAPITULO 1

# INVESTIGACION DE LA PREHISTORIA NAVARRA

El conocimiento actual de la Prehistoria de Navarra es resultado de las tareas de cuatro generaciones de estudiosos. Iniciado a finales del siglo XIX, hacia 1894, con una etapa previa de localizaciones, hasta 1911, su estudio se integró científicamente en las actividades regionales por los modeladores de la Prehistoria vasca, Aranzadi, Barandiarán y Eguren, con unos años de trabajo conjunto en la provincia, prolongado por la constante de Barandiarán, hasta 1935, con su reanudación posterior. Tras el obligado paréntesis de la guerra civil, la creación en 1940 de la Institución Príncipe de Viana, de la Diputación Foral, vino a significar una institucionalización de las tareas, dirigidas hasta 1951 por Blas Taracena y desde entonces por Juan Maluquer de Motes, cuyo profundizamiento del estudio aparece actualmente reforzado por la aportación iniciada de una nueva generación de arqueólogos, desde esa Corporación y su Museo, con prospecciones del Grupo Espeleológico, y desde el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra.

Estructurada a fines de 1974 una «Comisión de Excavaciones y Arqueología» dentro de la Institución Príncipe de Viana, ha supuesto su aparición el comienzo de una nueva etapa en que, aunadas de hecho las varias entidades que en Navarra se dedican profesionalmente a la investigación de la Prehistoria provincial, se significa un fecundo y prometedor trabajo en equipo, cuyos frutos importantes (en excavaciones, en prospección y en monografías) han comenzado ya a producirse.

## I. HISTORIA Y DESARROLLO DE LAS INVESTIGACIONES

En un planteamiento sistemático de la historiografía de los estudios sobre Prehistoria de Navarra creemos oportuno señalar, en su transcurso, hasta cinco etapas caracterizadas por producirse en ellas notables progresos en su conocimiento: por el descubrimiento y prospección de nuevas áreas o períodos, por la incorporación de prestigiosos especialistas y por la aparición de importantes series de monografías que significan sensibles avances en nuestra Prehistoria[1].

---

1. La base textual de este capítulo la tomamos de la detallada exposición sobre la investigación de la Prehistoria navarra, elaborada hace poco por uno de nosotros (VALLESPI, 1975 b). La hemos debido ampliar con la referencia de los hechos y publicaciones acaecidos desde 1974 (año en que se concluye aquella reseña) a mediados de 1978.

Hay referencias a temas particulares —y no a la historia general de las investigaciones prehistóricas en Navarra— sobre tal historiografía en: BARANDIARÁN MAESTU, 1967; MALUQUER DE MOTES, 1952 a; MALUQUER DE MOTES, 1961 a; MALUQUER DE MOTES, 1964 b; MEZQUÍRIZ, 1956 y MEZQUÍRIZ, 1976.

## 1. DESCUBRIMIENTOS INICIALES, HASTA 1911

La localización de restos prehistóricos en Navarra se inició a finales del siglo XIX, con la identificación de varios dólmenes en la Sierra de Aralar, efectuada en fechas indeterminadas de algunos años antes de 1894 por Francisco de Huarte, director de un centro de enseñanza secundaria de Pamplona[2]. En el citado año comunicó su hallazgo inédito a Juan Iturralde y Suit, que llevó a cabo la revisión de campo de estas localizaciones iniciales[3], cuya noticia comunicó al P. Fidel Fita, de la Academia de la Historia, de Madrid, redactando para esa institución un informe inmediato, fechado en el mismo 1894, que quedó entonces sin cursar[4], mientras lograba la ampliación de sus descubrimientos iniciales en nueva exploración, del siguiente año[5]. Quedaban inéditas todas estas tareas, cuyos manuscritos, al fallecimiento de Iturralde (figura 1), fueron entregados a la Comisión de Monumentos de Navarra con el deseo de la familia del finado de que se cumpliera su propósito de remitirlos a la Academia de Historia, cumplido por la Comisión de Monumentos de Navarra en febrero de 1911. El informe aparecía inmediatamente en el Boletín de la Academia, al mes siguiente de su recibo por la entidad, en marzo del mismo año, y se reproducía en el Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra como anticipo de la publicación de la obra completa de Iturralde[6]. Entonces, se había inaugurado, el 28 de junio de 1910, en la Cámara de Comptos de Pamplona, el Museo Artístico-Arqueológico de Navarra, prueba fehaciente de la vitalidad de la Comisión de Monumentos. En el ambiente local de interés por estas novedades y con independencia de los trabajos de Iturralde, Fermín Istúriz y Albistur había reconocido en septiembre de 1910, un año antes a la publicación de esos informes, el foco dolménico localizado y en 1911 publicaba en una revista de Pamplona su prospección de cuatro dólmenes, presentando su descripción y fotografía de tres ejemplares. El texto y fotografías de este artículo de Istúriz se incluyeron por Fidel Fita en el Boletín de la Academia de la Historia, de noviembre del mismo año[7].

En este mismo año, 1911, apareció en Pamplona la obra de Juan Iturralde y Suit, con carácter póstumo y de la mano de Arturo Campión, en edición patrocinada por la Comisión de Monumentos de Navarra, que alentaba estas tareas[8]. Con ello quedaban publicados once dólmenes (Arzábal, Luperta, Aranzadi, Otsopasaje, Pamplonagañe, Zubeinta, Urdenas, Seakoain, Olaberta, Armendia y Txuritxoberri) (figuras 2 y 3), además de uno dudoso (el de Lizarrandigañe I) y otro supuesto (Lizarrandigañe II). En esta publicación, Iturralde, junto a la descripción de varias cuevas y de otros supuestos restos prehistóricos, registraba también la aparición de hachas pulimentadas en Monreal, Aoiz y Labiano[9].

---

2. La noticia del descubrimiento por F. de Huarte de los dólmenes del Aralar se debe a ITURRALDE, 1911 pp. 4, 5 y 58; años después la recuerda también ETAYO, 1926, p. 84. Huarte debió efectuar algunas calicatas en los dólmenes, la recogida de diversos materiales sueltos, entre ellos unas hachas, de bronce, que quedaron inéditas en su colección privada, de su centro docente, según ha averiguado José CRUCHAGA Y PURROY, del grupo «Etniker», quien nos ha enseñado las piezas metálicas. Queda la duda de las fechas de esas tareas a las que no sería ajeno el hermano de Francisco, José María, fundador con él y director de su colegio, y miembro de la Comisión de Monumentos, cuyo bosquejo biográfico puede verse en Javier IBARRA, *Biografías de los ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX,* Pamplona, 1953, pp. 159 a 161. Con más extensión se había publicado su biografía en la revista local «La Avalancha», del 8 de enero de 1917.

3. La comunicación de Huarte a ITURRALDE se efectuó en la primavera de 1894, realizando ITURRALDE una primera revisión a comienzos de noviembre del mismo año (ITURRALDE, 1911, p. 6), seguida de otra excursión en el mismo mes, según consta en el informe que preparó para la Academia de la Historia, firmado al final del mismo noviembre (ITURRALDE, 1911, p. 59). ITURRALDE falleció en Barcelona, el 17 de agosto de 1909. Su necrología en el «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», segunda época, cuaderno 4, primer trimestre de 1910, núm. 1, pp. 56 y 57. Un bosquejo biográfico puede verse en Javier IBARRA, *Biografías de los ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX,* tomo cuarto de la serie de biografías de navarros ilustres. Pamplona, 1953, pp. 185 a 187.

4. Aclaraciones de Arturo CAMPIÓN, en su Advertencia preliminar de la obra de ITURRALDE, 1911, p. VIII. El informe conservado entre los escritos del autor, se incluyó como apéndice en la publicación, pp. 58 a 68, con el título de *Memoria del Sr. Iturralde a la Real Academia de la Historia, sobre los monumentos megalíticos de Navarra.*

5. Esta tercera exploración de ITURRALDE debió efectuarse en dos excursiones, según parece desprenderse de su publicación (ITURRALDE, 1911, p. 20); en sus dibujos aparecen las fechas de 29 octubre 1895 (pp. 21, 26, 29 y 40) y 16 noviembre 1895, en los siguientes (pp. 22, 27, 33, 42, 44, 51 y 52).

6. Publican estos pormenores A. CAMPIÓN, en ITURRALDE, 1911, p. VIII, y el «Boletín de la Real Academia de la Historia», 1911, t. 58, pp. 197 a 215. El artículo de ITURRALDE se produjo en el «Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra», 1911, pp. 147 a 205.

7. ISTÚRIZ, 1911, pp. 201, 202 y 218 («La Avalancha. Revista Ilustrada. Publicación quincenal gratuita». Año XVII, 1911. Redacción y Administración Biblioteca Católico-Propagandística; Tejera, 40, Pamplona). La reproducción del artículo, por Fidel FITA, en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», tomo LIX, cuaderno V, noviembre de 1911, pp. 422 a 427. Fermín ISTÚRIZ había nacido el 21 de enero de 1862; fue concejal del Ayuntamiento de Pamplona en los años 1925 a 1927 y falleció el 20 de septiembre de 1932. Una nota necrológica apareció en «La Avalancha», Año XXXVIII, número 900, Pamplona 24 de septiembre de 1932, p. 227.

8. ITURRALDE, 1911 c.

9. ITURRALDE, 1911 c: los dólmenes, en pp. 12 a 30 y en el informe del final, pp. 57 a 68; otras noticias de diverso interés, en las pp. 31 a 55; y la referencia a las hachas, en pp. 4 y 53.

De estos descubrimientos dolménicos navarros se hizo eco, al año siguiente, Carmelo de Echegaray en la revista «Euskalerriaren alde», de San Sebastián[10].

Paralelamente, el interés de la Comisión de Monumentos por las tareas prehistóricas se extendía también a la recogida de algunos materiales, depositados en la Cámara de Comptos, en Pamplona; notificándose en los boletines de la entidad el control en 1910 de una pieza pulimentada hallada en Imarcoáin, y al año siguiente, el donativo por la viuda de Iturralde de un hacha de piedra y tres de bronce[11].

La labor de esta etapa inicial, efectuada al calor de la Comisión de Monumentos, se concretó, como vemos, en la personalización de una estación dolménica en la Sierra de Aralar, con localización de once ejemplares, y el registro de varias hachas de piedra pulimentadas de Imarcoáin, Monreal, Aoiz y Labiano y de tres hachas de bronce, con alguna otra noticia indeterminada.

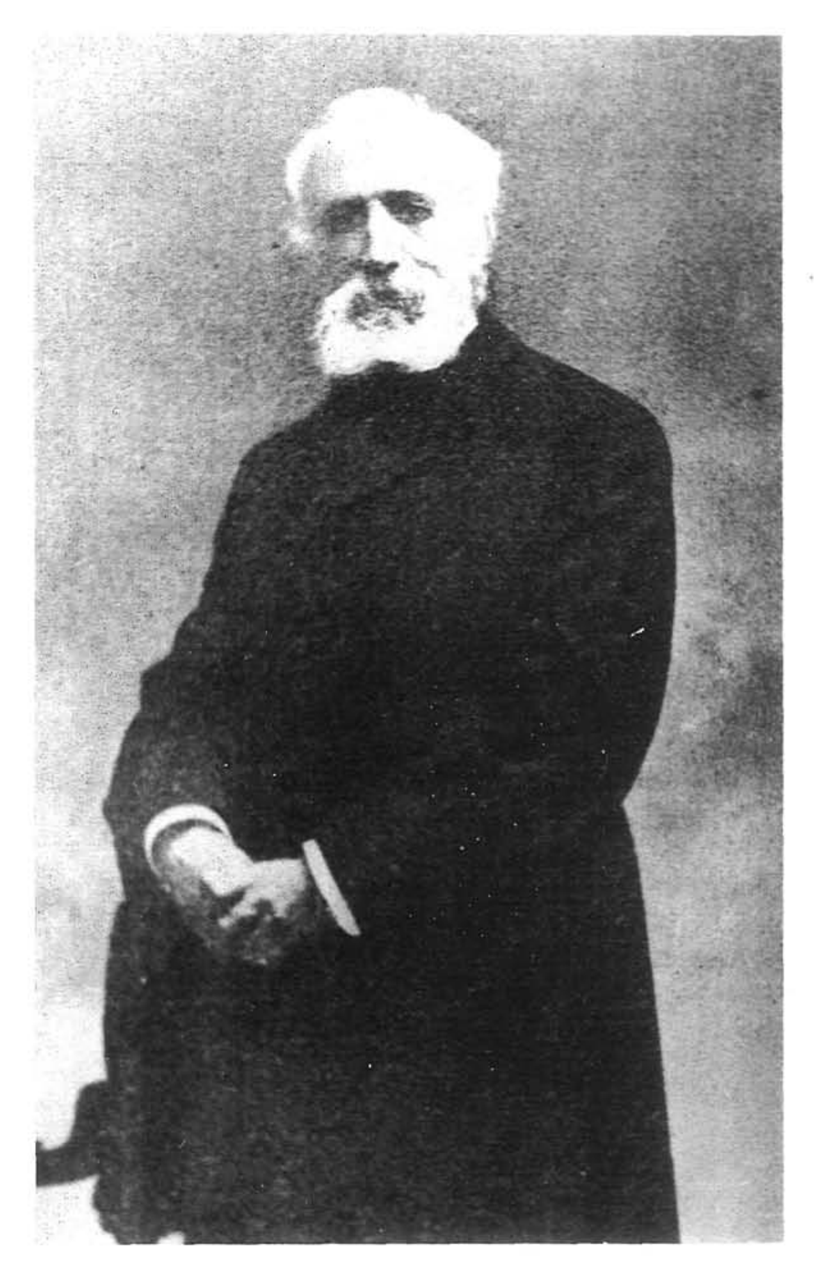


FIG. 1. Juan de Iturralde y Suit.

10. ECHEGARAY, 1912.
11. Véanse ambas referencias en «Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra», 1910 a y b.

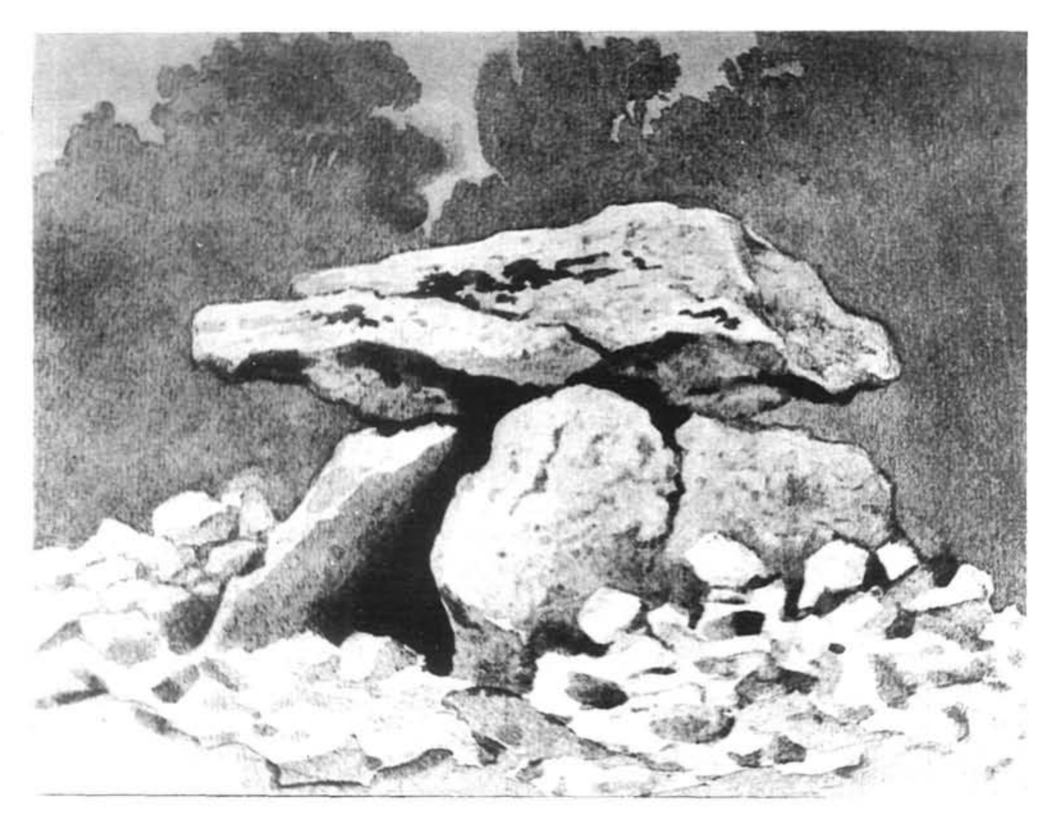


FIG. 2. Dolmen de Armendia, según acuarela de Iturralde y Suit en 1895.

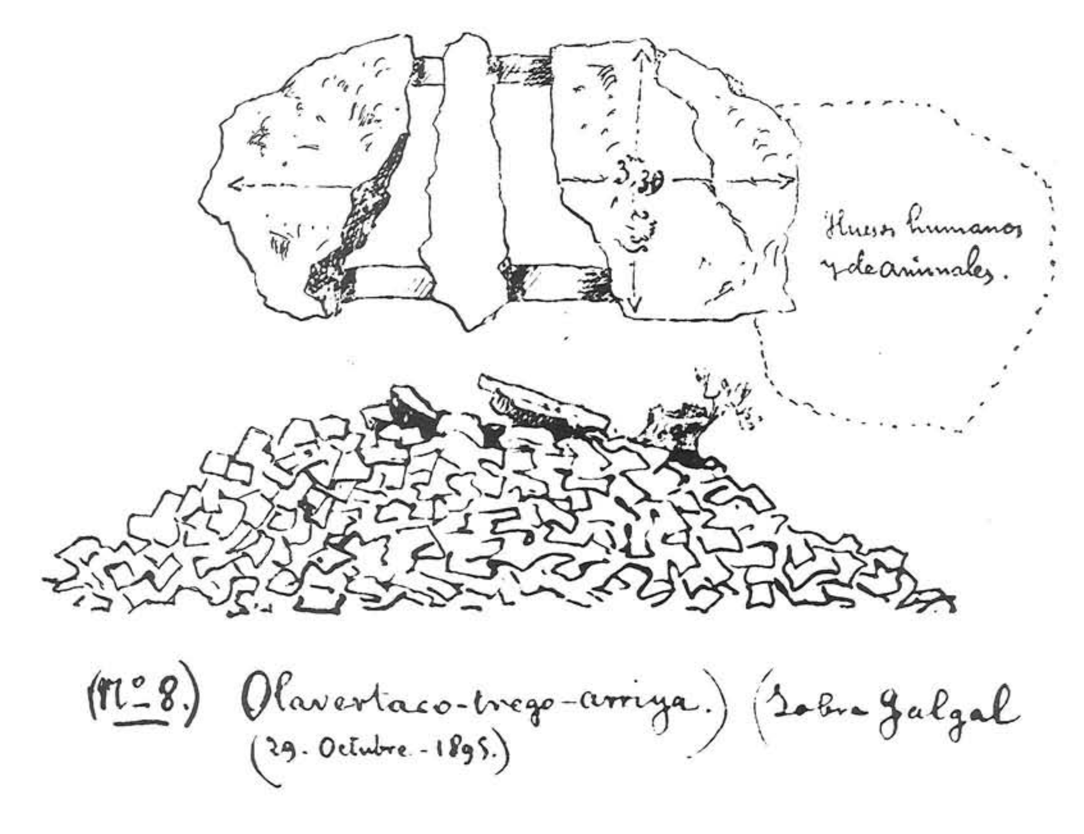



FIG. 3. Croquis del dolmen de Olaberta, en Aralar, con indicación del área excavada en 1895 por Iturralde: se trata de la primera prospección de que se tiene noticia en la Prehistoria navarra.

En el contexto regional de la época, parece oportuno señalar que en estas tareas navarras obraría el estímulo de los descubrimientos dolménicos de Alava y primeros indicios en Guipúzcoa y Vizcaya, conexión que aparece explícita en las publicaciones de Istúriz e Iturralde; el primero, era discípulo y amigo del jesuita P. Francisco Navás, a través de cuyo divulgado manual conocía la existencia del dolmen de Eguílaz[12], e Iturralde muestra un conocimiento de primera mano de los dólmenes alaveses conocidos entonces, de la primera localización guipuzcoana y de un supuesto indicio en Vizcaya[13].

## 2. Los modeladores de la Prehistoria vasca, Aranzadi, Barandiarán y Eguren, desde 1913 hasta 1935

Los descubrimientos navarros iniciales decidieron la intervención en la provincia, en 1913, de Telesforo de Aranzadi, catedrático de la Universidad de Barcelona (figura 4), primeramente junto a Florencio de Ansoleaga, de la Comisión de Monumentos de Navarra, y seis años después, en 1919, con el equipo recién constituido con José Miguel de Barandiarán y Enrique de Eguren. Se incorpora Navarra de este modo al ámbito regional de las fecundas investigaciones sistemáticas de los modeladores de la Prehistoria vasca, cuya actividad de campo conjunta en la provincia duró únicamente tres años, de 1919 a 1921, siguiendo Aranzadi y Barandiarán y ampliando y prolongándose luego estas tareas con la continuidad personal de Barandiarán, hasta 1935.

El enlace personal de los prospectores navarros con el equipo vasco se debió a Florencio de Ansoleaga y Elizondo[14], asociado a Aranzadi en una revisión sistemática de la estación dolménica descubierta, efectuada en tres campañas, en 1913, 1915 y 1916, que enlazaron con el comienzo de los trabajos en el Aralar guipuzcoano de J. M. de Barandiarán, en el mismo 1916, y de Aranzadi y Barandiarán al año siguiente. Aranzadi y Ansoleaga estudiaron primeramente cinco de los dólmenes conocidos (Aranzadi, Pamplonagañe, Otsopasaje, Zubeinta y Arzábal), que publicaron en 1915[15] (figura 5), revisaron en segunda campaña cinco de los ejemplares restantes localizados (Armendia, Seakoain, Urdenas, Olaberta y Luperta) y ampliaron estos descubrimientos con ocho nuevos dólmenes (Debata-Arruazu, Elurmenta, Debata-Realengo, Erbillerri, Eubia, Iruzulotxikiita-Lakunza, Otsotesare y Albia), a los que sumaron una nueva localización (Ziñeko-Gurutze), en exploración final, de 1916, publicando el estudio de todas estas tareas de campo en 1918[16]. Ambas entregas dolménicas de Aranzadi y Ansoleaga iniciaban el conocimiento científico de esta primera manifestación prehistórica controlada en Navarra. Por aquellos años Julio Altadill difundía un resumen de las novedades navarras, de dólmenes de Aralar y hallazgos de piezas sueltas líticas y metálicas[17].

Eguren, por su parte, en 1914, se hacía eco de la obra de Iturralde y estudiaba varios cráneos navarros en su tesis doctoral, publicada en ese año. Algo después, J. M. de Barandiarán extendía sus hallazgos guipuzcoanos a la vertiente navarra de Ataun-Borunda[18]. Esta nueva estación dolménica de la Sierra de Ataun-Borunda fue explorada en 1919 por Aranzadi, Barandiarán y Eguren y publicada puntualmente un año después, con tres ejemplares correspondientes a Navarra (los de Portuzargaña occidental y oriental y el de Beotegi-ko murkoa)[19]. El mismo año de esa publicación, 1920, procedían a la exploración de una nueva estación dolménica, en la Sierra de Altzania asimismo entre Guipúzcoa y Navarra, con un dolmen en la divisoria provincial y otro en esta última provincia (Balenkaleku S. y N.), que dieron a conocer al año siguiente[20], en cuyo verano emprendían el estudio de otra nueva estación dolménica, en la Sierra de Urbasa, con seis dólmenes (Zurgaina, La Cañada, Armorkora Aundía, Armorkora Txikia, Artekosaro y Puerto Viejo de Baquedano), publicados en 1923[21]. Por

12. Aclaración de Istúriz, 1911, p. 201, nota 1.

13. Iturralde, 1911 c, pp. 1 a 3.

14. Miembro también destacado de la Comisión de Monumentos. Su bosquejo biográfico puede verse en Javier Ibarra, *Biografías de los ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX* (tomo IV de la serie de biografías de navarros ilustres), Pamplona, 1953, pp. 22 y 23. También en Jon Bilbao, *Eusko Bibliographia, I* en la «Enciclopedia General del País Vasco», San Sebastián, 1970, p. 178.

15. Aranzadi y Ansoleaga, 1915.

16. Aranzadi y Ansoleaga, 1918 (Ansoleaga había fallecido en diciembre de 1916).

17. Altadill, 1915 a 1921, pp. 642 a 664.

18. Eguren, 1914. La noticia de la extensión navarra de las tareas de campo de Barandiarán, en Ataun-Borunda, en Barandiarán, 1917. Los dólmenes navarros aludidos son los de Olano y en la divisoria de aguas, otros dos (Bentazar y Miruatza).

19. Aranzadi, Barandiarán y Eguren, 1920.

20. Aranzadi, Barandiarán y Eguren, 1921.

21. Aranzadi, Barandiarán y Eguren, 1923.



FIG. 4. Telesforo de Aranzadi durante la excavación, en 1916, del dolmen de Albia, en Aralar (según fotografía tomada por FLORENCIO DE ANSOLEAGA).



EXPLORACIÓN

de cinco dólmenes del Aralar

por T. de Aranzadi

y F. de Ansoleaga.

Subvencionada por
la Excma. Diputación
Foral y Provincial de
Navarra.

PAMPLONA

IMPRENTA PROVINCIAL A CARGO DE J. EZQUERRO

1915.

FIG. 5. Portada de la primera memoria de excavaciones publicada en Navarra, por Aranzadi y Ansoleaga, en 1915.

entonces José Miguel de Barandiarán había realizado una cata de comprobación en la cueva de Atabo, en Alsasua[22], y en el verano de 1922, la Comisión de Monumentos de Navarra efectuaba una visita a unos dólmenes descubiertos en el término de Espinal y controlaba después un hacha de piedra y un estilete, de Bacaicoa y Urdiain, y registraba la noticia del hallazgo de una hacha de bronce en Aralar y recibía en donativo otra hacha de bronce[23].



FIG. 6. José Miguel de Barandiarán.

Aranzadi y Barandiarán continuaron sus exploraciones en Navarra y ese mismo año estudiaban ocho nuevos dólmenes en la Sierra de Aralar, seis de ellos correspondientes a territorio navarro (Trikuarri, Garraztita, Maantza, Zeontza, Obioneta N. y S.), que publicaron al año siguiente[24]. Continuando estas tareas, ambos investigadores exploraban en 1925 y 1926 una nueva estación dolménica en Auritz, descubierta poco antes por Silvestre de Irigoyen, y un dolmen de Urepel-Ibañeta (Lindus munoa)[25]. Barandiarán, mientras tanto, ampliaba personalmente estas tareas, con descubrimiento de nuevos focos dolménicos, de Aritz-Ireber, Lerate, Alcurrunz y Abodi[26].

Con independencia de estos trabajos, en 1921 Pedro Bosch Gimpera había sistematizado el conjunto de piezas de hierro de Echauri en su contexto del Hierro peninsular[27] y Paul Wernert lograba la localización en 1924 de vestigios del Paleolítico Inferior y Medio en las terrazas del alto Ega en

22. Que publicó muchos años después, BARANDIARÁN, 1962, pp. 32 a 36 de la separata.

23. Realiaron esta excursión Julio ALTADILL, Vicepresidente de la Comisión y VENGOECHEA, vocal conservador. Vid. en «Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra», 1923, a y b; la noticia del hallazgo de Aralar, en el mismo «Boletín», 1926, y el donativo del hacha de bronce, en el «Boletín», 1927.

24. ARANZADI y BARANDIARÁN, 1924.

25. Las noticias de estas exploraciones, en BARANDIARÁN, 1926.

26. En los años 1920 y 1923, como puede verse en BARANDIARÁN, 1926 a.

27. BOSCH, 1921.

Zúñiga, que reseñaría Hugo Obermaier un año después[28]. Este investigador había estado entonces en Navarra, visitando un yacimiento de Echauri[29]. En el mismo año 1925 publicaba Luis Pericot una amplia síntesis de la cultura pirenaica, con sistematización de los dólmenes navarros conocidos.

Un año después dio a conocer Barandiarán sus trabajos dolménicos en Aritz-Ireber, Lerate, Alcurrunz y Abodi, publicando cuatro dólmenes en la primera estación (Atxitxia, Bi aizpen sepulture, Azarilar y Agorritz), más la noticia de otro (Esita), tres de la segunda (Lerate I, II y III), dos en Alcurrunz (Otsondo N. y S.) y cuatro en Abodi (Arrizabala, Idorrokia, Gaztanbidea y Bortubizkarra)[30]. En otra publicación del mismo año, 1926, notificaba el control de la estación dolménica de Auritz, con ocho ejemplares[31]. Al año siguiente Barandiarán y Aranzadi localizaban una nueva estación dolmética, Gorriti-Huici, con tres dólmenes (Goldanburu, Sokillete y Mugarriberri, este último descubierto por Barandiarán)[32]. Paralelamente, Barandiarán ampliaba sus tareas dolménicas con localización de cromlechs pirenaicos, espil o baratz[33].

Independientemente de estas tareas y en relación con la Comisión de Monumentos de la provincia, en 1926 Jesús Etayo daba a conocer su localización de un poblado en Arguedas[34]. Juan Cabré localizaba en 1927 otro poblado en Fitero, en la misma Ribera Oriental[35], y tres años después, en 1930, Norbert Casteret descubria en Alquerdi una cueva con grabados rupestres paleolíticos, un abrigo contiguo con industrias y otra cueva con cerámicas, que comunicó al XV Congreso Internacional de Antropologia y Arqueología Prehistórica reunido en París al año siguiente, publicándose su comunicación en las Actas correspondientes, aparecidas en 1933[36], Barandiarán y Aranzadi seguían manteniendo actividad de campo en la provincia, con localización en 1932 de la cueva de Abauntz, en Arraiz[37] (figura 6).

Oportunamente, en 1934, con su primera síntesis de la Prehistoria regional vasca, procedía Barandiarán a la ordenación de la documentación navarra acumulada, apareciendo en su registro los testimonios musterienses de Zúñiga, la serie de hachas del Museo de Pamplona, líticas casi todas, de Alaiz, Lumbier, Bacaicoa e Imarcoain, y una de bronce, las estaciones dolménicas de Abodi, Lindus, Alcurrunz, Lerate, Gorriti-Huici, Ataun-Borunda, Altzania y Urbasa, y el conjunto de materiales de hierro de Echauri[38].

Después de esta publicación, continuó la actividad de campo de Barandiarán en la provincia, hasta la preguerra inmediata, controlando en el mismo año 1934 una pieza pulimentada de Erro y localizando al año siguiente las cuevas de Sorginen-Leze y Akelarren-Leze, en Zugarramurdi, hallazgos que no serían notificados hasta pasada la contienda[39].

## 3. Fundación de la Institución Príncipe de Viana y actividad de Taracena y su equipo, desde 1942

Interrumpidas las actividades hasta 1939, al terminar la guerra civil se verían prontamente reanudadas en la provincia con una cata de comprobación en el covacho de Berroberría, efectuada a fines de ese mismo año por el Marqués de Loriana, quien adelantó su noticia en 1940, publicando los resultados tres años después[40]. Entre ambas fechas había publicado Máximo Ruiz de Gaona la fauna

---

28. Obermaier, 1925, pp. 192 y 193.

29. La excursión a Echauri la efectuó Obermaier acompañado de José Esteban Uranga, revisando un yacimiento con cerámicas en la cumbre de la Sierra, según noticia de Taracena y Vázquez de Parga, 1945, p. 186, con nota 2. Refieren también esta visita Marcos y Mensua, 1959, p. 217, nota 2.

30. Barandiarán, 1926.

31. Barandiarán, 1926 b.

32. Cuya noticia dio Barandiarán, 1934, p. 65; y Aranzadi y Barandiarán, 1953.

33. Cfs. sus actividades de esos años, en Barandiarán, 1932 b, 1933, 1934 a, 1934 b, 1946; sobre los cromlechs, Barandiarán, 1949 b.

34. Etayo (1926 se trata del poblado del Castejón, excavado años después por Taracena y Vázquez de Parga, 1943).

35. Cabré efectuó esta localización durante una estancia en el balneario. Vid. en Taracena y Vázquez de Parga, 1946 b, p. 226, con nota 1.

36. Casteret, 1936.

37. La noticia, en Barandiarán, 1953, p. 188.

38. Barandiarán, 1934, pp. 15, 59, 65, 73 y 76.

39. Por Barandiarán, 1962, pp. 37 y 38 de la separata (la pieza de Erro), y 1953, p. 189 (las dos cuevas).

40. Loriana, 1940 y 1943.

recogida en Coscobilo, de Olazagutía[41], y en el mismo año 1943, el P. Francisco Escalada, S. J., daba a conocer su descubrimiento en los alrededores de Javier de un poblado, cuya comprobación había verificado, y diversos materiales líticos y metálicos, ingresados en la colección del Castillo[42].

Pero el hecho trascendental de estos años de postguerra fue la fundación, en 1940, por la Diputación Foral de Navarra, de la Institución Príncipe de Viana, con órgano oficial en su revista homónima «Príncipe de Viana», cuyo primer número aparecía en diciembre del mismo año, encauzando de este modo buena parte de la investigación arqueológica de la provincia. A su primer secretario general, José María Lacarra y de Miguel, le sucedió pronto José Esteban Uranga; éste dirigió la Institución durante casi treinta años (en 1946 accedió, en propiedad, a aquella Secretaría General; cediéndola, por jubilación, en 1974, a Vicente Galbete Guerendiain).

Recién creada la Institución Príncipe de Viana, se planearon las primeras tareas arqueológicas, que fueron encomendadas al Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, con la dirección del catedrático Cayetano de Mergelina, quien redactó una cartilla de divulgación arqueológica, editada por la Institución y ampliamente difundida en la provincia, con el propósito «de lograr formar una conciencia ciudadana sobre aspectos de tan especial interés» y con carácter de cuestionario, recabando la colaboración pública a la empresa de «iniciar una franca y útil labor, encaminada a la reconstrucción histórica» de la Prehistoria y Edad Antigua de Navarra[43].

Al mismo tiempo ingresaban en los fondos de la Institución los materiales de la cata de Loriana en Berroberría[44], donde S. Ribera Manescau realizó una nueva campaña de excavación, que no sería publicada, lo mismo que un sondeo en el poblado de Castejón de Arguedas[45].

Poco después se estructuró adecuadamente un Servicio de Excavaciones, encomendado en 1942 a Blas Taracena (figura 7), director del Museo Arqueológico Nacional, de Madrid, quien juntamente con Luis Vázquez de Parga y un eficaz equipo de colaboradores profesionales, conseguiría, hasta su fallecimiento en 1951, el logro de una vigorosa empresa de excavaciones y prospecciones sistemáticas, puntualmente publicadas en la revista «Príncipe de Viana», y la reunión, resultante de las tareas de campo, de nutrido fondo de materiales con destino a un futuro museo de la provincia[46].

Taracena excavó en 1942 en el Castejón de Arguedas, que publicó al año siguiente, con Vázquez de Parga[47]; en 1943 efectuaban ambos investigadores la revisión de varios hallazgos y el control de cuatro poblados inéditos del término de Echauri, cuyas tareas de campo publicaron en 1945[48]; al año siguiente excavaban en el Castellar de Javier, que publicaban un año después[49], en el mismo año, 1946, en que daban a conocer también su excavación en el poblado de la Peña del Saco de Fitero, efectuada pocos meses antes[50]. De modo que, con la rapidez de la entrega de estas tareas sistemáticas de campo y su puntual publicación en la revista «Príncipe de Viana», se cubría en el corto espacio de cinco años el mapa arqueológico, prácticamente vacío hasta entonces, de la Navarra Media y Ribera orientales y extremo sudoeste de la cuenca de Pamplona, con una importante serie de poblados de la Edad del Hierro.

En continuado ritmo de trabajo, con cuidada atención a la romanización de la provincia, inició Taracena en 1947 la excavación del poblado del Cerro de la Cruz, de Cortes, casualmente descubierto un año antes[51], mientras compaginaba estas campañas con una prospección efectuada en 1949 de dólmenes inéditos en Errazu[52], en los valles pirenaicos. En Cortes efectúo Taracena campañas en 1947, 48 y 49, y en las tareas de campo de la 4.ª campaña le sobrevino, en otoño de 1950, la enfermedad

---

41. RUIZ DE GAONA, 1941.

42. ESCALADA, 1943 a.

43. Cayetano de MERGELINA, *Cartilla y cuestionario de Arqueología, I, Prehistoria y Edad Antigua,* «Príncipe de Viana», Pamplona (s.a.), 64 pp., con láminas. La noticia de su aparición y difusión, en la revista «Príncipe de Viana», núm. 6, 1942, pp. 109 y 110.

44. Registran el hecho LORIANA, 1943, pp. 194 y 195, y MALUQUER, 1965 b, p. 135.

45. Se dan las noticias de estos trabajos de campo en la revista «Príncipe de Viana», núm. 6, 1942, p. 109. La excavación fue realizada por encargo de la Institución, por Saturnino Ribera Manescau, Director del Museo Arqueológico y profesor en la Universidad de Valladolid. Cfs. en MALUQUER, 1965 b, pp. 135 y 136.

46. Estas noticias, en MALUQUER, 1961 a, pp. 181 y 182.

47. TARACENA y VÁZQUEZ DE PARGA, 1943.

48. TARACENA y VÁZQUEZ DE PARGA, 1945.

49. TARACENA y VÁZQUEZ DE PARGA, 1946 a.

50. TARACENA y VÁZQUEZ DE PARGA, 1946 b.

51. TARACENA y VÁZQUEZ DE PARGA, 1951, p. 211.

52. Noticias de MALUQUER, 1963, pp. 94, y 95 a 97.



FIG. 7. Blas Taracena y Aguirre.

que motivó su fallecimiento muy poco después[53]. La memoria preliminar de la excavación de Cortes apareció al año siguiente, como publicación póstuma de Taracena, entregada por Octavio Gil Farrés[54], colaborador y continuador inmediato de esta tarea, mientras quedaban inéditas las anotaciones de campo del registro de tres dólmenes de Errazu y la excavación de la necrópolis de la Atalaya de Cortes[55]. Dirigido el Servicio de Excavaciones por Luis Vázquez de Parga[56], Gil Farrés continuó las tareas en el Cerro de la Cruz, entregando en 1952 el estudio de los materiales pendientes, de las campañas efectuadas hasta 1949[57] y una comunicación sobre pinturas murales aparecidas en la última campaña de Taracena[58], mientras prolongaba los trabajos de excavación con dos nuevas campañas, en 1951 y 1952, publicadas, junto a la última campaña de Taracena, en 1953[59]. R. Bataller publicó además el estudio de la fauna del yacimiento[60]. Al mismo tiempo difundía Gil Farrés el interés doctrinal de estas novedades[61] y enviaba al IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas celebrado en Madrid, una comunicación sobre Cortes y la noticia de dos nuevos poblados, en Santa Engracia, de Novillas, y en Tudela[62].

53. Cfs. en TARACENA y GIL FARRÉS, 1951, p. 211; MALUQUER, 1945 b, pp. 15 y 16; MALUQUER, 1955 c, p. 285; MALUQUER, 1961 a, pp. 181 y 182.

54. TARACENA y GIL FARRÉS, 1951.

55. Que ampliaria y publicaría MALUQUER, quien da la noticia de estas tareas inéditas; MALUQUER, 1963, pp. 94 a 99; MALUQUER y VÁZQUEZ DE PARGA, 1956, p. 389.

56. Puntualizaciones en TARACENA y GIL FARRÉS, 1951, p. 211; MALUQUER, 1952 a, pp. 236 y 237; GIL FARRÉS, 1953 a, p. 9.

57. GIL FARRÉS, 1952 a.

58. GIL FARRÉS, 1952 b.

59. GIL FARRÉS, 1953 a.

60. BATALLER, 1952 y 1953.

61. GIL FARRÉS, 1953 b.

62. Ambas comunicaciones se publicaron en las actas del Congreso: GIL FARRÉS, 1956 a y b.

Paralelamente y con independencia del plan de trabajos de la Institución Príncipe de Viana, se efectuó la reanudación de las publicaciones navarras de José Miguel de Barandiarán, reemprendida con la entrega de series de yacimientos inéditos, cuevas de atribución inicial al Paleolítico Superior de Sorginen-Leze y Lexokoa, de Zugarramurdi; eneolíticas de Abauntz, en Arraiz; Akelarren-Leze y Bidartia de Zugarramurdi, y dólmenes, con los nuevos focos, de cuatro ejemplares en Saioa-Loiketa, ocho en Auritz y uno aislado en Juslapeña[63]. En los años siguientes ampliaba Barandiarán estos descubrimientos, con publicación en 1949 de nuevos dólmenes, en Urepel-Ibañeta y Errazu-Aldudes, y una serie de cromlechs o túmulos pirenaicos[64].

Finalmente, en este mismo año 1949 se señalaron dos nuevos dólmenes en Errazu-Aldudes, en una nota de E. Zudaire[65] y después una precisión del ajuar de un dolmen de Aralar (Obioneta Sur), por J. Elósegui[66], y la localización de varios cromlechs y un menhir en Erasun, por J. M. Sansinenea[67].

En estos momentos de intensa actividad en la provincia, se celebró en San Sebastián el Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos, convocado por el Instituto de Estudios Pirenaicos, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y con tal motivo se reeditó la obra de Luis Pericot sobre la cultura pirenaica[68], mientras en las sesiones de trabajo exponía Barandiarán una síntesis de la Prehistoria vasca y Máximo Ruiz de Gaona comunicaba su control de industria lítica en Coscobilo, de Olazagutía, trabajos que aparecerían en las actas del Congreso, en 1952[69].

Bajo este estímulo se efectuaban nuevas aportaciones de campo al estudio de la cultura megalítica en Navarra, señalando Jesús Elósegui, entre 1951 y 1953, la existencia de nuevos focos dolménicos en Otsola-Belate, Andía y Sarbil, con más localizaciones en las estaciones conocidas de Aralar y de Urbasa[70], y ampliándose el área dolménica hasta el extremo oriental de los valles pirenaicos navarros, por Francisco Ripa Vega, con localización de un dolmen en la Sierra de Illón (el de Faulo) y referencia de la existencia de más dólmenes en esa zona de Bigüezal[71], y por el mismo Elósegui, con su localización de tres dólmenes en el Roncal[72].

Las tareas de este decenio de fecundas realizaciones navarras tuvieron finalmente un colofón brillante, con la aparición en 1953 de dos trabajos fundamentales de Prehistoria vasca, la obra de conjunto de José Miguel de Barandiarán, sistematizando los hallazgos navarros en su contexto pirenaico occidental, y el inventario dolménico de Jesús Elósegui (figura 8), con exhaustiva ordenación documental, de monumentos y su bibliografía, y reparto geográfico[73].

En resumen, al final de esta etapa queda patente una notable ampliación de horizontes del conocimiento de la Prehistoria de Navarra, cuyo panorama del momento se define por un Paleolítico Final y su prolongación epipaleolítica acantonados en la montaña extrema del noroeste húmedo, un denso Eneolítico dolménico en toda la montaña hasta sus límites de la Navarra Media, y una potente Edad del Hierro en la mitad meridional de la provincia.

## 4. La obra de Maluquer de Motes, desde 1952. El Museo de Navarra

Tres sucesos definen el sentido sociológico del estudio de la Prehistoria de Navarra desde 1952: la integración de Juan Maluquer de Motes, como director del Servicio de Excavaciones de la Institución Príncipe de Viana; la constante de José Miguel de Barandiarán, y una diversa participación en las tareas, con nuevos trabajos de Elósegui y de Ruiz de Gaona, la aportación dolménica de López Sellés y de Ripa, un sistemático registro espeleológico y sendas entregas de Marcos Pous y Mensua, Quadra-Salcedo y Merino. Institucionalmente destaca además la inauguración en 1956 del Museo de Navarra, dirigido por María Angeles Mezquíriz, con la proyección pública de sus salas de Prehistoria. El final de

63. Barandiarán, 1946.
64. Barandiarán, 1949.
65. Zudaire, 1949.
66. Elósegui, 1950.
67. Sansinenea, 1950.
68. Pericot, 1950.
69. Barandiarán, 1952; Ruiz de Gaona, 1952.
70. Elósegui, 1951 a y b, y 1953 a.
71. Ripa Vega, 1952.
72. Elósegui, 1953.
73. Barandiarán, 1953; Elósegui, 1953.



FIG. 8. Jesús Elósegui Irazusta en el dolmen de Ugarra II (en Idokorri-Ugarra) en 1958 (fotografía T. LÓPEZ SELLÉS).



FIG. 9. Juan Maluquer de Motes en las excavaciones del dolmen (galería cubierta) de Arrako, en Isaba, en 1961.

la etapa está brillantemente marcado por la celebración en Pamplona, en diciembre de 1965, del IV Symposium de Prehistoria Peninsular, convocado en conmemoración del veinticinco aniversario de la Institución Príncipe de Viana, dedicado a la Prehistoria y Etnología vascas y clausurado positivamente con la publicación inmediata de las actas de trabajos, en 1966.

Maluquer, a instancias del Director de la Institución, José Esteban Uranga, se hizo cargo del Servicio de Excavaciones en 1952, emprendiendo sus tareas de campo en agosto del mismo año, con el reconocimiento y excavación parcial de una necrópolis de urnas en la Torraza, de las afueras de Valtierra[74], e iniciando también sus publicaciones directas, en entrega del análisis de las hachas de bronce del Museo provincial[75]. Inmediatamente después, en septiembre, efectuaba una campaña de excavación en Cortes, proseguida en la primavera del siguiente año, 1953, revisando el yacimiento, con atención especial a los poblados superiores[76]. En el verano de ese mismo año realizaba la prospección de los términos de Navascués, Bigüezal, y Aspúruz, en los valles pirenaicos, donde estudiaba el dolmen de Faulo y localizaba cuatro nuevos ejemplares, del Puente de Bigüezal, Legároz, Portillo de Ollate, Puntallo de las Capezas y Claverito, en Navascués, y los yacimientos de las cuevas de la Foz de Navascués, Valdesoto, Aspúruz y Ososki[77]. En el mismo verano presentó Maluquer una comunicación al III Congreso Arqueológico Nacional, celebrado en Galicia, sobre la casa de los poblados de Cortes[78] (figura 9).

Las publicaciones de estos trabajos fueron puntualmente entregadas por Maluquer y en 1953 aparecía la memoria de excavación de la Torraza de Valtierra y la consideración monográfica de dos piezas metálicas de este yacimiento, además de un planteamiento doctrinal de la época[79]. Al año siguiente, 1954, con ocasión del Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, reunido en su IV sesión, en Madrid, editó la Institución Príncipe de Viana un primer volumen del estudio de Maluquer del yacimiento de Cortes[80], con ordenación de las investigaciones anteriores, el desarrollo de su secuencia estratigráfica, con especial atención a los estratos superiores y sus materiales, y la interpretación cronológica de los poblados sucesivos, junto a abundante documentación gráfica. Entre las publicaciones oficiales de la Comisión organizadora de la Sesión, aparecía una síntesis de Maluquer sobre la Edad del Hierro regional del Ebro y la Meseta[81] y en las sesiones de trabajo presentaba este investigador comunicación sobre las cerámicas pintadas de Cortes[82], acerca de cuyos poblados aparecía paralelamente otro trabajo suyo[83]. En este año 1954 publicó también Maluquer su estudio de la industria lítica de Coscobilo, de Olazagutía[84], ingresada en el Museo de Navarra.

Al año siguiente, 1955, aparecían sus restantes tareas efectuadas, la prospección de la zona de Navascués, la comunicación al último Congreso Arqueológico Nacional y un estudio del estrato superior de Cortes[85]. En otro trabajo, señalaba Maluquer la existencia de una red de talleres de sílex en los alrededores de Corella[86].

Continuando sus trabajos de campo, en agosto de este mismo 1955 efectuaba Maluquer, con Vázquez de Parga, una ampliación de la excavación inédita de la necrópolis de la Atalaya de Cortes, cuya memoria y análisis de los materiales del museo publicaban ambos autores al año siguiente[87], en el que aparecía también la comunicación de Maluquer al Congreso Internacional de Madrid[88].

---

74. MALUQUER, 1961 a, p. 182; MALUQUER, 1953 a, p. 244; MALUQUER, 1954 b, pp. 14 y 15.

75. MALUQUER, 1952 b.

76. MALUQUER, 1952 a, p. 237; 1954 b, pp. 14 y 15.

77. Colaboraron en estas tareas Domingo Fernández Medrano, conservador del Museo de Alava, y Rafael Blanco Caro, profesor del Instituto Lope de Vega, de Madrid, y también el Diputado Foral Amadeo Marco.

78. Se celebró el Congreso en julio de 1953, publicándose el trabajo en las actas correspondientes, aparecidas dos años después, MALUQUER, 1955 d.

79. MALUQUER, 1953 a, 1953 b, 1953 c.

80. MALUQUER, 1954 b. Véase referencia a esta publicación en las Actas del Congreso, Zaragoza, 1956, p. VI, de la crónica, redactada por A. BELTRÁN.

81. MALUQUER, 1954 c.

82. MALUQUER, 1956.

83. MALUQUER, 1954 d.

84. MALUQUER, 1954 a.

85. MALUQUER, 1955 c, 1955 d y 1955 b, respectivamente.

86. MALUQUER, 1955 a, p. 29.

87. MALUQUER y VÁZQUEZ DE PARGA, 1956.

88. MALUQUER, 1956.

Entonces ya había emprendido Maluquer nuevas tareas de excavación en el yacimiento de Cortes, con una campaña en 1955, en la que intervino Eduardo Sangmeister, y otra en 1956, que se continuarían en una tercera, en 1957, con objeto de lograr un conocimiento directo de las excavaciones anteriores y la aclaración de los problemas estratigráficos de la secuencia. Estas tareas fueron cumplidamente publicadas por Maluquer al año siguiente, con la edición por la Institución Príncipe de Viana del segundo volumen de su estudio monográfico del yacimiento, con análisis e interpretación de las estratigrafías que lograban la profundización en su conocimiento[89]. Maluquer difundía al mismo tiempo el alcance de estas investigaciones[90].

Mientras tanto proseguía este investigador sus tareas de campo navarro, con el control y excavación en septiembre del mismo año, 1958, de un covacho sepulcral casualmente descubierto, en Urbiola[91], en Tierra Estella. En septiembre de 1959 se celebraba en Pamplona el I Symposium de Prehistoria Peninsular, organizado por el Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona, bajo la dirección de Maluquer, y patrocinado por la Institución Príncipe de Viana[92]. Algo después, en exploraciones sistemáticas de 1961 y 1962 se estudiaban nuevos dólmenes y revisaban los conocidos en el Roncal, y en la Navarra Media, en Artajona, con excavaciones, junto a Maluquer, de Domingo Fernández Medrano, localizándose también un yacimiento de superficie en Artajona[93]. Estas tareas se prolongaron en algún caso hasta 1963[94], año en que aparecía el amplio estudio de Maluquer de todas estas novedades[95]. El mismo autor exponía al VIII Congreso Arqueológico Nacional, celebrado en Sevilla y Málaga en el mismo año, el interés de los megalitos de Artajona, en comunicación que aparecía un año después, en las correspondientes actas de las sesiones; al mismo tema dedicaba otro estudio aparecido poco después[96].

Simultaneando con las tareas de campo determinantes de estas publicaciones, Maluquer había efectuado a fines de 1961 un reconocimiento de la Peña del Saco de Fitero, en el que había excavado en el mismo año Jorge de Navascués, y lograba una estratigrafía del yacimiento en el verano de 1962, que sería publicada tres años después[97]. En este mismo año 1965, publicaba también un estudio de la casa de las Edades del Metal de los yacimientos navarros[98]. Al mismo tiempo, en varias campañas sistemáticas intermitentes, desde 1959 hasta 1964, Maluquer verificaba, con la colaboración de Fernández Medrano, la estratigrafía del covacho de Berroberría, en el extremo septentrional del noroeste húmedo de la provincia, publicando el avance de sus resultados en 1965[99].

Provechosamente, las publicaciones del Servicio de Excavaciones de la Institución Príncipe de Viana se ordenaron en una serie única de «Excavaciones en Navarra»[100].

---

89. MALUQUER, 1958.

90. Con una comunicación al Congreso reunido en Hamburgo en el verano de ese mismo año, 1958, Primero de la Unión Internacional de las Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas; MALUQUER, 1961 b.

91. La fecha en MALUQUER, 1962, p. 419.

92. Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, septiembre de 1959 (ponencias). Pamplona, «Institución Príncipe de Viana», 1960, pp. VII y VIII de la presentación de las actas y crónica, en pp. XI a XV.

93. Colaboraron en estas tareas Domingo Fernández Medrano, Rafael Blanco Caro, Jorge de Navascués, Juan Maluquer de Motes, Francisco Miralles y Javier Hernández.

94. En el dolmen de Sakulo, del Roncal: MALUQUER, 1963, p. 106.

95. MALUQUER, 1963. Esta publicación se incluyó después en la serie *Publicaciones Eventuales*, con el núm. 7, de 1964, del «Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona».

96. MALUQUER, 1964 a; MALUQUER, 1965 d.

97. MALUQUER, 1965 a.

98. MALUQUER, 1965 b.

99. MALUQUER, 1965 c.

100. Son siete volúmenes los aparecidos hasta 1958: Vol. I, de 1947, con las publicaciones de Blas TARACENA AGUIRRE y Luis VÁZQUEZ DE PARGA, aparecidas en «Príncipe de Viana» entre 1942 y 1946. Vol. II, con los trabajos de ambos autores y de M.ª A. MEZQUÍRIZ, publicados en dicha revista entre 1947 y 1951; Vol. III, de 1954; los trabajos de Blas TARACENA AGUIRRE. Octavio GIL FARRÉS y R. BATALLER de dicha revista y años 1951 a 1953; el Vol. IV, es la obra de Juan MALUQUER DE MOTES, *El yacimiento hallstáttico de Cortes de Navarra. Estudio crítico I,* publicado en 1954; el Vol. V, publicado en 1957, reúne los trabajos personales de MALUQUER y uno en colaboración con VÁZQUEZ DE PARGA, de «Príncipe de Viana» entre 1952 y 1956; el Vol. VI, de 1958, está integrado por la obra de MALUQUER sobre Cortes, *Estudio crítico II;* y el Vol. VIII, publicado en 1958, la obra de María Angeles MEZQUÍRIZ, *La excavación estratigráfica de Pompaelo I, Campaña de 1956.* En 1977 la importante serie se ha reanudado con el Vol. VIII, de Amparo CASTIELLA, sobre *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja,* y con el IX, por María Angeles MEZQUÍRIZ, en 1978, con el título *Pompaelo II.* Se proyecta la edición, en la serie de «Publicaciones del Museo de Navarra», de una nueva que con el título *Trabajos de Arqueología Navarra* y periodicidad anual recoge las monografías más extensas, tanto sobre Prehistoria como sobre Arqueología clásica. El primer volumen, con pie de 1979, incluirá diversos estudios extensos de I. BARANDIARÁN (campaña de 1977 en Berroberría), de P. UTRILLA (campañas de 1977 y 1978 en Abauntz), de M. A. BEGUIRISTÁIN (excavaciones en la cueva del Padre Areso), y del Nacedero de Riezu), de A. CASTIELLA (poblado protohistórico del Castillar en Mendavia) y de C. GONZÁLEZ SAINZ (útiles pulimentados de la Prehistoria navarra).

A estas tareas vinieron a sumarse las prospecciones arqueológicas de los espeleólogos navarros, acogidos pronto por la Institución Príncipe de Viana. El Grupo Espeleológico comenzó sus actividades en 1948, quedando constituido definitivamente en 1950, con la dirección de José María Martínez Peñuela[101]. Comenzaron las tareas siguiendo los pasos de Iturralde y Suit en la Sierra de Aralar, visitando cuevas con localizaciones arqueológicas, generalmente de materiales líticos, cerámicos y huesos humanos, en las de Basaletz, Basterro y de los Gentiles, y otras en las cercanías del Valle de Ata y Aguiri, como las de Seakoain, y sobre Huarte-Araquil, Arruazu, Lacunza, hasta las cercanías de Olazagutía, en los valles de la Barranca y Burunda, explorando después las del valle de Ergoyena[102].

Estos trabajos continuaron en la parte norte de la Sierra, en la vertiente del Larraun, cuevas entre Madoz y Lecumberri, valle de Araiz, Campas de Aralar y luego en otros macizos, como los de Azpiroz, Gorriti, Huici, Ezcurra, Leiza, con control de restos arqueológicos y paralelamente de algunos monumentos megalíticos (figura 10).

Se localizaron una serie de cuevas con restos arqueológicos en la Sierra de Leire, y conjuntos cerámicos en los valles que la circundan. Se revisaron también la Sierra de Andía y los barrancos circundantes, con localizaciones arqueológicas del Valle de Ollo, Arañoz, Ubagua, lo mismo que en la Sierra de Sarbil, en las cuevas de las estribaciones de Echauri, y márgenes del río Arga. A todas estas visitas hay que añadir las efectuadas en el macizo de Urbasa y valles circundantes, destacando las de Iranzu, Urederra, Olazagutía, Alsasua, Urdiain, y todo lo que corresponde a la Burunda, aparte de las cuevas existentes en la Sierra, con diversas localizaciones arqueológicas.

Un informe de 1954 y el comienzo de la publicación del catálogo espeleológico de Navarra, con sendas entregas en 1950 y 60, dieron a conocer algunas de estas tareas[103].

Aparte de las actividades de la Institución Príncipe de Viana y durante el despliegue de sus trabajos, desde 1953 continuaba la actividad de José Miguel de Barandiarán y de Jesús Elósegui y se iniciaba poco después la aportación dolménica de Tomás López Sellés y la consideración de otros aspectos por Alejandro Marcos y Salvador Mensua, Ana de la Quadra-Salcedo, Miguel María Llongueras y Luis Monreal, junto a otras aportaciones. La Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi, de San Sebastián, y el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, en Pamplona, alientan estas tareas.

La sostenida atención de Barandiarán a la provincia se refleja en estos años en la localización, efectuada en 1957 con Tomás de Atauri y Manuel Laborde, de un dolmen y ocho cromlechs en Lesaca, publicados en el mismo año, y la entrega en 1962 de una cata de comprobación estratigráfica efectuada hacía años en la cueva de Atabo, de Alsasua, y el control de un disco perforado de Erro[104]. En 1963 Barandiarán se hacía cargo de la Cátedra de Etnología Vasca, en la Universidad de Navarra, con el estímulo consiguiente hacia su Seminario de Arqueología.

Las tareas dolménicas continuarían con las entregas de Elósegui, para ser intensificadas por López Sellés, con aportaciones de Ripa Vega, Mauleón, Peña Basurto y Laborde.

Después de su sistematización regional de los dólmenes, Jesús Elósegui continuó su aportación navarra, publicando en el decenio de 1952 a 62 nuevas localizaciones de dos dólmenes y tres túmulos en la Sierra de Andía[105], un dolmen y dos túmulos en Goizueta-Artikutza-Aranaz, un dolmen de Aralar, tres túmulos en Errazu-Aldudes, un dolmen y dos túmulos en el valle de Atez, un dolmen en Otsola-Belate y otro en el valle de Larraun[106], y en una tercera entrega de estos años un dolmen de Orbaiceta, otro de Goizueta-Artikutza-Aranaz, dos de Basaburúa Mayor, otros dos de Basaburúa Menor y uno de Ulzama[107], además de otros dos de Orbaiceta, dados a conocer independientemente por López Sellés[108].

Esta aportación dolménica sería notoriamente ampliada por Tomás López Sellés, que inició sus entregas en 1956, dando a conocer nueve dólmenes de Bigüezal, Leire-Illón, Arriasgoiti, Erro, Izpegui,

101. Cfs. en MARTÍNEZ-PEÑUELA, 1969; y en *Grupo de Espeleología,* en la «Revista Príncipe de Viana», núms. 56 y 57, 1954, p. 345.

102. Debemos a Isaac SANTESTEBAN la reseña de actividades del Grupo que se sigue en el texto. Cfs. también en el folleto de MARTÍNEZ PEÑUELA y en el artículo de «Príncipe de Viana» citado en la nota anterior.

103. Vid. en Bibliografía: Grupo Espeleológico, 1954; Catálogo Espeleológico de Navarra, 1959 y 1960.

104. BARANDIARÁN, 1957; BARANDIARÁN, 1962.

105. ELÓSEGUI, 1954.

106. ELÓSEGUI, 1956.

107. ELÓSEGUI, 1962.

108. ELÓSEGUI, 1962, y LÓPEZ SELLÉS, 1961 b.



FIG. 10. Algunos de los fundadores del Grupo Espeleológico Navarro, en 1960: J. M. Sáenz, P. Echalecu, F. R. de Arcaute, M. Bengoa e I. Santesteban.

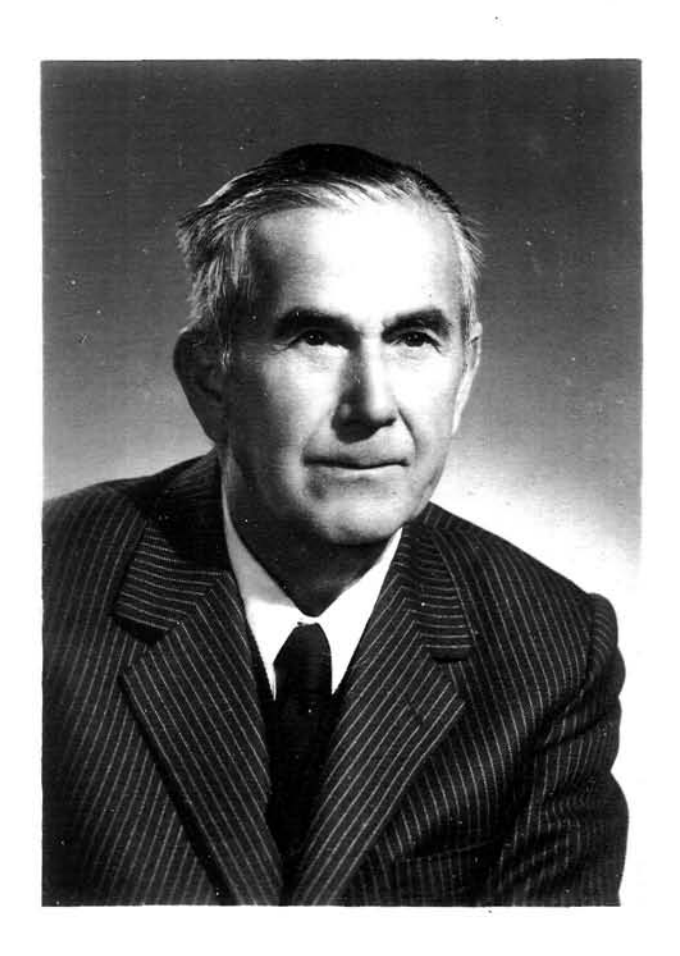


FIG. 11. Tomás López Sellés.

Saioa-Loiketa y Abodi, y un cromlech en Urepel-Ibañeta[109], aportación inicial que aumentó al año siguiente con un nuevo dolmen en Baztán y dos en Roncal[110] (figura 11). Dos años después, en 1959, señalaba una nueva estación dolménica, en Idokorri-Ugarra, con nueve ejemplares[111], dos dólmenes en la nueva estación de Baztán-Bertizarana, con la ubicación precisa de un dolmen (el de Pasomuerto) en Leire-Illón[112]. Al año siguiente localizaba un dolmen en Anué-Esteríbar, tres nuevos dólmenes en la estación de Errazu-Aldudes, otros tres en Leire-Illón, y otro ejemplar en Urepel-Ibañeta y publicaba la estación del Salazar, señalada previamente por Ripa Vega[113]. En entregas continuadas, un año después, publicó el descubrimiento del dolmen de Farangortea, de Artajona[114], y en otro trabajo del mismo año 1961, una nueva estación, en Orbaiceta, nuevos ejemplares en las estaciones de Lerate, Errazu-Aldudes, Ataun-Borunda y Abodi, además de dos cromlechs[115]. Poco después, en 1963 entregaba catorce nuevos dólmenes, con ejemplares sueltos correspondientes a las estaciones de Urepel-Ibañeta, Auritz, Atxuri, Urbasa, Orbaiceta, Anué-Esteribar, valle de Ulzama, Otsola-Belate y Errazu-Aldudes y una nueva estación, en el valle de Arce[116]. En 1965, publicaba un nuevo dolmen del Roncal y otro de Idokorri-Ugarra[117]. La densa aportación dolménica de López Sellés se completaba en esos mismos años, con las indicaciones de Francisco Ripa Vega en el valle de Salazar[118], más entregas esporádicas de Eduardo Mauleón[119], Luis Peña Basurto[120] y Manuel Laborde[121].

Junto al interés dolménico, siempre permanente, se atendieron también en esos años, entre 1958 y 65, otras manifestaciones de la Arqueología prehistórica de la provincia, con unas precisiones de Máximo Ruiz de Gaona sobre el yacimiento de Coscobilo, de Olazagutía[122], la publicación por Alejandro Marcos y Salvador Mensua de una pieza inferopaleolítica de Lumbier[123], la entrega en 1962 por Ana de la Quadra-Salcedo de su prospección de los alrededores de Pamplona, con localización de los poblados de Malpaso-Lezkairu, Sanducelay y Sansol y el control de un hacha de bronce[124], la localización de conjuntos líticos de superficie por Miguel María Llongueras y Luis Monreal[125], en la Ribera, y la noticia del hallazgo en Ezcurra de un molde de hachas, dada por José María Merino[126].

Estos densos años de actividades enmarcan además la inauguración oficial, en junio de 1956, del Museo de Navara en el histórico edificio que hoy ocupa, adecuado para tal fin por José Yárnoz, arquitecto de la Institución Príncipe de Viana, con el montaje museístico planeado por Joaquín de Navascués y de Juan, entonces director del Museo Arqueológico Nacional[127]. A estas instalaciones se pasó la vieja colección de la Comisión de Monumentos, del anterior Museo de la Cámara de Comptos, y se instalaron adecuadamente los ricos fondos de las excavaciones en curso de la Institución Príncipe de Viana[128], quedando expuestas seis salas de Prehistoria navarra, con los materiales paleolíticos de la cueva de Berroberría, de la industria lítica de Olazagutía, materiales de la Edad del Bronce, con un lote de hachas pulimentadas, ajuares dolménicos de las estaciones de Urbasa, Aralar, Iñarbegui y Espinal, y una colección de hachas de bronce, y materiales de los poblados y necrópolis de la Edad del Hierro de

---

109. En artículo en colaboración con Eduardo MAULEÓN, cuya entrega se concreta a la primera parte del artículo, correspondiendo a LÓPEZ SELLÉS la parte segunda. Véase MAULEÓN y LÓPEZ SELLÉS, 1956.

110. LÓPEZ SELLÉS, 1957.

111. LÓPEZ SELLÉS, 1959 a.

112. LÓPEZ SELLÉS, 1959 b. El dolmen de Pasomuerto había sido dado a conocer previamente por MALUQUER, 1955 c.

113. LÓPEZ SELLÉS, 1960.

114. LÓPEZ SELLÉS, 1961 a.

115. LÓPEZ SELLÉS, 1961 b.

116. LÓPEZ SELLÉS, 1963.

117. LÓPEZ SELLÉS, 1965.

118. RIPA VEGA, 1955 y 1958.

119. MAULEÓN y LÓPEZ SELLÉS, 1956. A MAULEÓN corresponde la entrega de tres dólmenes de la estación de Auritz-Ireber, uno de Bigüezal y otro de Leyre Illón (véase en nota 111).

120. PEÑA BASURTO, 1954, con un dolmen de Navarra (el de Añoenea Soroa, en Onyi-Adarra); y PEÑA BASURTO, 1960, de cromlechs que afecta a la zona navarra de Goizueta-Artikutza-Aranaz, y con algunos posibles dólmenes entre ellos.

121. LABORDE, 1967.

122. RUIZ DE GAONA, 1958.

123. MARCOS y MENSÚA, 1959.

124. QUADRA SALCEDO, 1962.

125. LLONGUERAS y MONREAL, 1962.

126. MERINO, 1965.

127. La inauguración del actual Museo, el día 24 de junio de 1956, se registró en la revista «Príncipe de Viana», núm. 63, trimestre 2.° de 1956, Año XVII, p. 220. Reseñan también la efemérides MEZQUÍRIZ, 1956, pp. 8 a 10, y en ediciones 2.ª y 3.ª; y MALUQUER, 1961 a, p. 182.

128. Noticias en MEZQUÍRIZ, 1956, p. 8, y en MALUQUER, 1961 a, pp. 181 y 182.

Arguedas, Valtierra, Echauri, Cortes y Fitero[129]. Se nombró directora del centro a María Angeles Mezquíriz. La inmediata publicación de la guía del Museo[130] completaba esta empresa de proyección social de investigación de la Prehistoria navarra, institucionalizada por la Diputación Foral y su Institución Príncipe de Viana.

El final de esta etapa fecunda está coronado por la celebración en Pamplona, en diciembre de 1965, del IV Symposium de Prehistoria Peninsular, convocado por el Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, con la dirección de Juan Maluquer de Motes, en atención al veinticinco aniversario de la fundación de la Institución Príncipe de Viana. En las sesiones de trabajo, dedicadas a la Prehistoria y la Etnología vascas, además de la implicación navarra en todos los temas generales estudiados, interesaron más directamente materiales de la Prehistoria de la provincia las intervenciones de María Luisa Pericot sobre el Magdaleniense de Berroberría[131], de Ignacio Barandiarán sobre los grabados de Alquerdi[132], Jesús Altuna sobre la fauna fría de Olazagutía[133], Ana María Muñoz Amilibia las cerámicas de Berroberría[134] y José María Basabe materiales antropológicos de dólmenes de Aralar[135], planteando problemas de interpretación del poblamiento del Bronce y del Hierro Alejandro Marcos[136] y exponiendo Juan Maluquer de Motes una completa síntesis de la Prehistoria vasca[137]. La pronta aparición de las actas de trabajos, en 1966, fijaba en ese año el límite de una etapa de tareas brillantes[138].

Un balance siquiera sumario de los grandes logros obtenidos, obliga a resaltar, junto a la evidencia inferopaleolítica o del Paleolítico Medio del bajo Irati y del sugestivo Paleolítico Final y su perduración epipaleolítica planteado por la aclarada secuencia de Berroberría, en el alto Baztán, el profundizamiento alcanzado en el estudio del mundo dolménico, enriquecido además en extensión geográfica y variedad de tipos y por la consideración adecuada del contexto de cuevas, asentamientos al aire libre, y el riguroso planteamiento estratigráfico de la Edad del Hierro, trascendido todo a una ordenada reconstrucción histórica.

## 5. El momento actual, desde 1967. Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra y Comisión de Excavaciones y Arqueología de la Institución Príncipe de Viana

Desde 1967 la continuidad de algunas aportaciones anteriores se refuerza con la entrada en la escena navarra de una nueva generación de arqueólogos. En el ambiente de estos últimos años caracterizan el más reciente momento actual un incremento de la actividad en la provincia del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, con el apoyo de prospectores locales, y, sobre todo, la labor integradora de esfuerzos que supondrá, desde el otoño de 1974, la constitución de la Comisión de Excavaciones y Arqueología de la Institución Príncipe de Viana.

En esta etapa actual, la intensificación de las prospecciones del solar navarro produce una notable densificación de los mapas de localización de yacimientos y vestigios prehistóricos. A título de ejemplo, se puede recordar la espectacular ampliación de nuestro catálogo dolménico en los últimos años: en 1953 Jesús Elósegui inventarió 130 dólmenes en Navarra, cifra que casi se duplica veinte años después (en el catálogo de J. M. Apellaniz de 1973, son 234), llegando, en la lista establecida por T. López Sellés a principios de 1976, a clasificarse casi 320 estaciones dolménicas y tumulares. Y lo mismo puede afirmarse, en ejemplo también significativo, de los yacimientos del Paleolítico antiguo determinados en Sierra de Urbasa (por las meritorias búsquedas de E. Redondo); o de las listas de estaciones de la Primera Edad del Hierro que está actualizando A. Castiella.

Sin solución de continuidad, aunque de modo más o menos intermitente, continúan sus tareas anteriores el Grupo Espeleológico de la Institución Príncipe de Viana y los prospectores dolménicos. A los primeros se deben noticias del descubrimiento de pinturas rupestres en un covacho de Echauri y en

---

129. Mezquíriz, 1956, pp. 33 a 39.
130. Por la directora del centro, Mezquíriz, 1956.
131. Pericot, María Luisa, 1965.
132. Barandiarán Maestu, 1966.
133. Altuna, 1966.
134. Muñoz Amilibia, 1966.
135. Basabe, 1966.
136. Marcos, 1966.
137. Maluquer, 1966.
138. Editadas por la «Institución Príncipe de Viana»: *Problemas de la Arqueología y de la Etnología vascas. IV Symposium de Prehistoria Peninsular, bajo la dirección del Dr. D. Juan Maluquer de Motes.* Constituye esta publicación el núm. 11 de la serie «Publicaciones Eventuales» del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona.

la cueva de Basaura, comunicadas por Isaac Santesteban en 1968 y 1971[139], y la observación de testimonios prehistóricos en una serie de cuevas de Aralar, laderas de la Barranca y Burunda, Andía, Urbasa, Leire e Illón y Navascués, por José María Martínez Peñuela entre esos años[140]. Poco después aparece nueva aportación dolménica, en una amplia entrega de Tomás López Sellés, de nueve dólmenes, de Saioa-Loiketa, Aralar, Abodi, Ulzama y Larraun, otros tantos cromlechs y varios túmulos[141], y la de un dolmen y otro dudoso en Urbasa, por Fermín Leizaola[142].

De 1971 a 1974, el P. Francisco de Ondarra (de Lecároz) viene desarrollando prospecciones en el valle de Baztán y zonas vecinas (Quinto Real, Bidarray y Valle de Bértiz), señalando numerosos monumentos megalíticos (dólmenes sobre todo, y cromlechs, algunos monolitos y estructuras tumulares) en los sectores de Gorramendi, Legate, Almandoz-Gaztelu, Abartan-Saioa, Saioa-Loiketa, Urkizte-Larrebeltz, Urepel-Ibañeta y Errazu-Aldudes[143]. Más recientemente, en el transcurso de 1975, Ondarra ha vuelto a exponer abundantes hallazgos en diez sectores: Otsondo-Gorospil, Legate, Abartan-Saioa, Saioa-Loiketa, Urkizte-Larrebeltz, Urepel-Ibañeta, Errazu-Aldudes, Anue-Esteríbar, Ulzama y Urbasa[144]. De tan importante labor prospectora (y de aclaración de errores de localización que, en ocasiones, se habían deslizado en la bibliografía tradicional dolménica) por F. de Ondarra, en este corto período 1971-1975 —en colaboración en ocasiones con T. López Sellés— se deriva un muy notable incremento del catálogo de megalitos navarros, tanto dólmenes (41 dólmenes seguros; 8 dudosos), como cromlechs (42 seguros; 6 dudosos), túmulos (14 seguros; 17 dudosos) y monolitos («menhires», 10).

En relación con el mismo mundo dolménico navarro, Ana María Muñoz ha sistematizado la aparición de la calaita[145]. A varios arqueólogos vascos se deben monografías en que se incluyen y valoran materiales de la Prehistoria navarra: así señalaríamos las aportaciones de Jaime Fariña, de José Miguel de Ugartechea y de Armando Llanos, sobre cuestiones específicas del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro[146].

De especial interés serán, por estos años, las aportaciones navarras de Ignacio Barandiarán y de Apellániz. Ignacio Barandiarán, desde el Departamento de Historia de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza, sistematizaba en 1967 los materiales paleomesolíticos de la provincia en su amplio contexto regional[147], en 1973 publica el análisis de los materiales de arte mobiliar paleomesolítico de Berroberría[148], y muy recientemente ha entregado su estudio de los grabados parietales de la cueva contigua de Alquerdi[149]. Juan María Apellániz ha publicado, también últimamente, la ordenación analítica de cuevas y dólmenes navarros en un corpus de yacimientos de la Edad del Bronce de las Vascongadas y Navarra[150], completando esta obra con dos tomos de síntesis[151]. Una ordenación reciente de los materiales paleontológicos de la región, debida a Jesús Altuna[152], interesa también al estudio de la Prehistoria navarra.

Destacable resulta la actividad creciente del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra. Iniciadas sus tareas de investigación en el curso académico de su fundación, 1957-1958, con Alejandro Marcos Pous, se trazó en los primeros momentos un plan de trabajo en la provincia de Logroño, con atención también a materiales navarros[153], mientras la integración posterior de nuevos miembros, con Rafael García Serrano y Enrique Vallespí, y la promoción de alumnos con Amparo Castiella y María Amor Beguiristáin, ha permitido un despliegue de actividades a escala regional amplia y de intensificación en la provincia, en colaboración con el Museo de Navarra y los restantes centros

139. SANTESTEBAN. 1968; SANTESTEBAN, 1971).
140. MARTÍNEZ PEÑUELA, 1969.
141. LÓPEZ SELLÉS, 1973.
142. LEIZAOLA, 1973 a y b.
143. ONDARRA, 1975 a, 1975 b, 1976 a.
144. ONDARRA, 1976 b.
145. MUÑOZ AMILIBIA, 1971.
146. FARIÑA, 1967; LLANOS, 1970, 1972 y 1974; UGARTECHEA, 1966 y 1968.
147. BARANDIARÁN MAESTU, 1967.
148. BARANDIARÁN MAESTU, 1973.
149. BARANDIARÁN MAESTU, 1974.
150. APELLÁNIZ, 1973.
151. APELLÁNIZ, 1974, 1975.
152. ALTUNA, 1973.
153. Por MARCOS y MENSÚA, 1959; MARCOS POUS, 1966; QUADRA SALCEDO, 1962; PERICOT, María Luisa, 1966; como se ha ido señalando en su lugar correspondiente.

especializados vecinos, con los Departamentos de la Universidad de Zaragoza, Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi, de San Sebastián, y Museos Provinciales de Alava y Logroño principalmente.

En publicaciones recientes, desde 1970, Vallespí ha comunicado la localización de un foco de asentamientos al aire libre con bifaces de tipología achelense y potente industria del Musteriense de tradición achelense en la cima de la Sierra de Urbasa[154], con García Serrano ha publicado un bifaz suelto de Estella[155]; con Ruiz de Gaona, la identificación de industria Musteriense de tradición achelense, con series superopaleolíticas, fundamentalmente auriñacenses, en Coscobilo de Olazagutía[156], a cuyo estudio ha dedicado Beguiristáin su Memoria de Licenciatura[157], otra Memoria, de María Inés Tabar, se ha aplicado al análisis de materiales de Andasarri y de Osaportillo[158], de la Sierra de Urbasa. También como Memorias de Licenciatura se han realizado las cartas arqueológicas del término de Viana, por Juan Cruz Labeaga, y del Señorío de Learza, por Alberto Monreal Jimeno; dedicándose la de César González Sáinz al estudio de las hachas pulimentadas de la Navarra prehistórica[159].

En el campo de las manifestaciones de la Edad del Bronce, el Seminario se ha consagrado al estudio sistemático de los asentamientos al aire libre, habiéndose entregado al estudio de conjunto de una nutrida red de yacimientos navarros, por Vallespí[160], con aportación directa de Beguiristáin a esta tarea[161]; y habiéndose verificado el registro complementario de materiales líticos sueltos[162].

Han sido realizadas también tareas de excavación en varios poblados de la Edad del Hierro de la provincia, con una campaña en Sansol, de Muru-Astrain, por Alejandro Marcos, una segunda campaña en ese mismo yacimiento y otra en la Custodia de Viana, por Amparo Castiella, con entrega de ambas memorias[163], y una campaña en el Castillar de Mendavía, por García Serrano. Bronce Final y Edad del Hierro de la región son objeto de la Tesis Doctoral de Amparo Castiella, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra[164].

Las campañas de prospección del Seminario de la Universidad se han visto valiosamente secundadas por diversos colaboradores locales: como es el caso de las aportaciones de Emilio Redondo Martínez, de Zudaire, descubridor de los conjuntos paleolíticos de la Sierra de Urbasa; de Segundo Ruiz Roca, de Estella, señalando numerosas localizaciones de las Edades del Bronce y del Hierro en Tierra Estella; de Miguel Angel Zuazua y Gisela Wegener, prospectores de una red de asentamientos al aire libre de la Edad del Bronce, en la Navarra Media;...[165].

En la más positiva línea integradora de la actual realidad arqueológica navarra, constituye novedad institucional importante la reorganización de la Institución Príncipe de Viana, de la Diputación Foral de Navarra, bajo la dirección de Vicente Galbete Guerendiain, estructurando en ella una Comisión de Excavaciones y Arqueología, que dirige María Angeles Mezquíriz —en su calidad de Directora del Museo de Navarra—, y se integra por Ignacio Barandiarán, María Amor Beguiristáin, Amparo Castiella, Tomás López Sellés (que falleció en 1976), José María Redondo S. J., Isaac Santesteban y Enrique Vallespí. Acordada esta reorganización en septiembre de 1974, la Comisión pretende soldar todos los esfuerzos en la continuidad de las tareas propias de su investigación.

---

154. VALLESPÍ, 1971; VALLESPÍ, 1975.

155. VALLESPÍ y GARCÍA SERRANO, 1974.

156. VALLESPÍ y RUIZ DE GAONA, 1971; VALLESPÍ y RUIZ DE GAONA, 1970.

157. BEGUIRISTÁIN, 1974 b, 1975.

158. TABAR, 1975, 1977 y 1978.

159. J. C. LABEAGA, *Carta arqueológica del término municipal de Viana (Navarra)* (leída en septiembre de 1973; publicada en 1976); A. MONREAL, *Carta arqueológica del Señorío de Learza (Navarra)* (de junio de 1974; publicada en 1977); C. GONZÁLEZ SAINZ, *Utiles pulimentados prehistóricos en Navarra* (en vías de publicación en «Trabajos de Arqueología Navarra», tomo I, 1979).

160. VALLESPI, 1974 a.

161. BEGUIRISTÁIN, en BEGUIRISTÁIN y CASTIELLA, 1973; BEGUIRISTÁIN, 1974.

162. VALLESPÍ, 1974 b.

163. A la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas; pendiente su publicación.

164. Se publicó un extracto en CASTIELLA, 1976; y en su totalidad en CASTIELLA, 1977.

165. Entre otros colaboradores de estos años habremos de citar a Julio García Pérez (en Tudela), Francisco Manzanedo Aramendía (Estella). Francisco Setuáin Irigoyen (Monreal), Angel Elvira (Mendavia), Alberto Cañada Juste, José de Cruchaga y Purroy, Carlos Arias Gómez... Contrastando con tan positivas aportaciones, debe señalarse el constante expolio a que viene siendo sometido —pese a la actividad desplegada por los organismos oficiales de la investigación prehistórica— el patrimonio arqueológico navarro, por quienes retienen colecciones de materiales cuyo depósito definitivo no debía ser otro que el Museo de Navarra.

Así, desde 1975, se comprueba un acelerado incremento en la prospección y en los planes de excavaciones de yacimientos, siempre con el patrocinio y apoyo de la Institución Príncipe de Viana, y dentro de la programación de la Comisión de Excavaciones y Arqueología.

Los autores de este libro vienen trabajando juntos, con la amistosa cooperación de Emilio Redondo, desde 1975 en el estudio de la rica serie de estaciones de Urbasa, preparando su publicación.

Ignacio Barandiarán, con grupos numerosos de colaboradores (especialmente de las Universidades de Navarra y de Zaragoza, preferentemente), ha dirigido en los veranos de 1975 y 1976, sendas campañas en la cueva de Zatoya (Abaurrea Alta), hallando niveles fértiles del Aziliense, del Epipaleolítico y del Neolítico, con un rico efectivo de instrumental lítico. A ese mismo equipo se debe la campaña desarrollada en el verano de 1977 en el covacho de Berroberría (Urdax), revisando y poniendo en limpio la secuencia estratigráfica que habían descrito hace tiempo el Marqués de Loriana y Maluquer de Motes[166]. En la primavera de 1977 realizó I. Barandiarán una prospección en Akelarren-Leze (en el complejo Sorgiñen-Leze, de Zugarramurdi), advirtiendo evidencias del Epipaleolítico y de la Edad del Bronce[167]. Pilar Utrilla (de la Universidad de Zaragoza) ha excavado en varias campañas, desde 1976 a 1978, la cueva de Abauntz (Arraiz), donde se evidencia un depósito que probablemente se inicia a fines del Paleolítico Superior y marca bien la transición Neolítico-Bronce (con un importante depósito funerario del Bronce, o del Eneolítico)[168]. A María Amor Beguiristáin se debe la excavación en 1975 del dolmen de Miruatza (del grupo Ataun-Borunda), y una primera campaña en 1977 en la cueva del Padre Areso (en Bigüezal)[169]. En tanto que Amparo Castiella prosigue su sistemática prospección en la Edad del Hierro de Navarra.

Como aportaciones bibliográficas más recientes destacaremos diversas monografías realizadas desde el Departamento de Historia de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza (derivadas de la docencia allí de I. Barandiarán), relacionadas con aspectos particulares del Neolítico y de la Edad del Bronce en la cuenca media del Ebro; contienen muchas precisiones de interés para aclarar cuestiones concretas de la Prehistoria navarra. Así resaltaremos la revisión de dos monumentales dólmenes de Artajona y, muy en especial, sus amplias referencias al conjunto de estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la zona, por Teresa Andrés, tratando aspectos rituales, cronológicos y de relaciones muy importantes para comprender el fenómeno dolménico navarro[170]; las recopilaciones de Gloria Moreno sobre el campaniforme regional[171], o la de Carlos Pérez Arrondo, sobre utillaje metálico[172].

En el Museo de Navarra se conservan la mayor parte de la evidencias recogidas de la Prehistoria navarra. Excepcionalmente, se deben señalar algunas colecciones parciales (así algunos materiales de dólmenes limítrofes con Guipúzcoa, que custodia hoy el Museo Municipal de San Sebastián) o procedentes de lamentables prospecciones privadas no controladas (cuyos autores las retienen de modo ilegal); pero suponen, por fortuna, una proporción mínima frente a las reunidas en el Museo.

La reciente acumulación, desde 1974, de muy amplias colecciones nuevas de materiales (por ejemplo, los procedentes de los diversos emplazamientos de la Sierra de Urbasa, y de las excavaciones de Zatoya, de Abauntz y de Berroberría, entre las que han proporcionado mayor número de evidencias), obligarán a una deseada reinstalación en la excelente exposición que hoy se puede contemplar en dicho Museo de Navarra que, afortunadamente, está resultando insuficiente en espacio para albergarlas.

166. Lo de Zatoya en I. Barandiarán, 1976 y 1977 a; la Memoria de Berroberría, por Ignacio Barandiarán, se publicará en «Trabajos de Arqueología Navarra», tomo 1, 1979.

167. Barandiarán, 1977 b.

168. Utrilla, 1977.

169. Beguiristáin, 1976. La memoria de la cueva del Padre Areso ha sido ya entregada, por María Amor Beguiristáin, a «Trabajos de Arqueología Navarra», tomo 1, 1979.

170. Andrés, 1977 a, 1977 b y 1978.

171. Moreno, 1973, Barandiarán-Moreno, 1976.

172. Pérez Arrondo, 1977.

## II. REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

Reunimos a continuación un repertorio bibliográfico, con la práctica totalidad de las referencias directas a la Prehistoria Navarra publicadas hasta 1978. En él se incluyen, por orden alfabético de autores, aportaciones de varia entidad en cuanto a su interés y al valor de los datos que acopian. La referencia insistente que —a lo largo de los capítulos que siguen— haremos de algunos de esos títulos, y las advertencias de valoración que en cada caso hagamos, servirán al lector no inmediatamente informado en Prehistoria de Navarra para juzgar de su interés primario sobre otros artículos de menor entidad.

Las notas al pie de página de la precedente «Historia y desarrollo de las investigaciones» se refieren al presente repertorio.

ALTADILL, Julio:

1919. *Datos para la Historia del Arte en Navarra,* en el «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», segunda época, año 1919, tomo X, primer trimestre, núm. 37, pp. 39 a 45; y segundo trimestre, núm. 38, pp. 114 a 117.

1915 a 1921. *Provincia de Navarra,* Tomo I, capítulo XII, Arqueología. En la «Geografía del País Vasco-Navarro», dirigida por Francisco Carreras y Candi, Barcelona (s. a., entre 1915 y 1921).

ALTUNA, Jesús:

1966. *Mamíferos de clima frío en los yacimientos prehistóricos del País Vasco.* En «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas, IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, pp. 99 a 105.

1972. *Fauna de mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa, con catálogo de los mamíferos cuaternarios del Cantábrico y del Pirineo Occidental.* San Sebastián, «Munibe» 1-4, de 1972.

ANDRÉS, Teresa:

1977. a. *Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas.* «Príncipe de Viana», núms. 146-147, pp. 65-129, Pamplona.

1977. b. *Los sepulcros megalíticos de Artajona.* «Príncipe de Viana», núms. 148-149, páginas 403-422, Pamplona.

1978. *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro,* Zaragoza.

APELLANIZ, Juan María:

1966. *El hacha de Délica y las hachas de metal del País Vasco* en «Estudios de Arqueología Alavesa», núm. 1, pp. 127-137, Vitoria.

1973. *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional.* San Sebastián, «Munibe», suplemento núm. 1, 1973, 366 páginas.

1974. *El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco* en «Estudios de Arqueología Alavesa», núm. 7, Vitoria.

1975. *El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica* en «Munibe», vol. XXVII, fascículos 1-2, San Sebastián.

ARANZADI, Telesforo; ANSOLEAGA, Florencio de:

1915. *Exploración de cinco dólmenes de Aralar* en el «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», segunda época, año 6.°, primer trimestre de 1915, núm. 21, pp. 28 a 39; 2.° trimestre de 1915, núm. 22, pp. 89 a 104; tercer trimestre de 1915, núm. 23, pp. 157 a 169; 4.° trimestre de 1915, núm. 24, pp. 209 a 227. Apareció también suelto, Pamplona. Imprenta Provincial.

1918. *Exploración de catorce dólmenes del Aralar.* Pamplona. Imprenta Provincial.

ARANZADI, Telesforo; BARANDIARÁN, José Miguel de:

1924. *Exploración de ocho dólmenes de la Sierrra de Aralar.* San Sebastián.

1953. *Exploraciones de prehistoria en las cercanías de Roncesvalles (Auritzberri y Auritz) y en Gorriti y Huici.* «Munibe», V, San Sebastián, pp. 73 a 102 (trabajo entregado por J. M. de B.).

ARANZADI, Telesforo; BARANDIARÁN, José Miguel de; EGUREN, Enrique de:

1920. *Exploración de siete dólmenes de la Sierra de Ataun-Borunda.* San Sebastián.

1921. *Exploración de ocho dólmenes de Altzania.* San Sebastián.

1923. *Exploración de seis dólmenes de la Sierra de Urbasa (Navarra).* San Sebastián.

BARANDIARÁN, José Miguel de:

1917. Discurso leído en la apertura del curso de 1917 a 1918 en el Seminario Conciliar de Vitoria. Vitoria (Reproducido en el «Boletín del Obispado de Vitoria», en «Euskal Erria» y en el «Boletín de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales» del mismo año).

1926 a. *Estaciones megalíticas en Navarra.* En «Revista Internacional de Estudios Vascos», XVII, San Sebastián, pp. 358 a 368.

1926. b. *Pueblo de Auritzberri (Espinal).* En «Anuario de Eusko-Folklore», t. VI, Vitoria, pp. 1 a 18.

1927. *Contribución al estudio de los establecimientos humanos y zonas pastoriles del País Vasco.* En «Anuario de Eusko-Folklore», VII, Vitoria, pp. 137 a 141.

1928. *Trabajos del Laboratorio de Etnología y Eusko-Folklore en 1928.* En «Anuario de Eusko-Folklore», VIII, Vitoria, p. 5.

1932. a. *Los establecimientos humanos en el Pirineo Vasco.* En «Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Zaragoza», XVI, Zaragoza, pp. 38 a 62.

1932. b. *Trabajos del Laboratorio de Etnología y Eusko-Folklore.* En «Anuario de Eusko-Folklore», XII.

1933. *Trabajos del Laboratorio de Etnología y Eusko-Folklore.* En «Anuario de Eusko-Folklore», XIII.

1934. a. *Trabajos del Laboratorio de Etnología y Eusko-Folklore.* En «Anuario de Eusko-Folklore», XIV.

1934. b. *El hombre primitivo en el País Vasco.* San Sebastián.

1946. *Catalogue des stations préhistoriques des Pyrénées Basques.* En «Ikuska», núm. 1, Sare.

1947. *Antropología de la población vasca.* En «Ikuska», núm. 6-7, Sare, pp. 193 a 210.

1949. a. *Crónica de Prehistoria. Alduides.* En «Ikuska», III, pp. 7 a 14.

1949. b. *Contribución al estudio de los cromlechs pirenaicos.* En «Homenaje a D. Julio de Urquijo e Ibarra», V, San Sebastián, 1949, pp. 197 a 212.

1952. *La Prehistoria en el Pirineo Vasco. Estado actual de su estudio.* En «Actas del Primer Congreso Internacionl de Estudios Pirenaicos (San Sebastián, 1950)», t. IV, sec. III, Zaragoza, pp. 209 a 218.

1953. *El hombre prehistórico en el País Vasco.* Buenos Aires.

1957. *Monumentos megalíticos en la Loma de Aguiña (Lesaca).* En «Munibe», IX, San Sebastián, pp. 263 a 165.

1962. *En el Pirineo Vasco. Prospecciones y excavaciones prehistóricas.* En «Munibe», XIV, San Sebastián, pp. 297 a 378.

BARANDIARÁN MAESTU, Ignacio:

1966. *Arte magdaleniense en las provincias vascongadas.* En «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología Vascas. IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, pp. 33 a 79.

1967. *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo del Paleolítico.* «Monografías Arqueológicas», Vol. 3, Zaragoza.

1973. *Arte mueble del Paleolítico cantábrico.* «Monografías Arqueológicas», Vol. 14, Zaragoza.

1974. *Arte paleolítico en Navarra. Las cuevas de Urdax.* «Príncipe de Viana» año 35, números 134-135, pp. 9 a 47 y láminas siguientes, Pamplona.

1976. *Zatoya 1975. Informe preliminar,* en «Príncipe de Viana» núms. 142-43, pp. 5-19 y láminas. Pamplona.

1977. a. *El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya,* en «Príncipe de Viana», núms. 146-147, pp. 5-46 y láminas. Pamplona.

1977. b. *Prospecciones arqueológicas en Sorgiñen-Leze (Zugarramurdi. Navarra),* en «Príncipe de Viana», núms. 148-149, pp. 349-369 y láminas. Pamplona.

BARANDIARÁN, Ignacio; MORENO, Gloria:

1976. *Die Glockenbecher im Oberen und Mittleren Ebrobecken,* en «Glockenbecher Symposion. Oberried 1974», pp. 391-417. Bussum.

BASABE, José María:

1966. *Antecedentes prehistóricos de la población actual vasconavarra.* En «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología Vascas. IV Simposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, pp. 351 a 362.

1971. *El hombre prehistórico vasco y su proyección en el momento actual* en «Actas de la Primera Semana Internacional de Antropología Vasca», pp. 19-34. Bilbao.

BATALLER, R.:

1952. *Estudio de los restos de animales procedentes de la estación protohistórica de Cortes de Navarra.* En «Príncipe de Viana», núms. 26 y 27, pp. 41 a 64 (Recogido en «Excavaciones en Navarra», vol. III, 1954).

1953. *Complemento al estudio de los restos de animales procedentes de la estación protohistórica de Cortes de Navarra.* En «Príncipe de Viana», núms. 50 y 51, pp. 47 a 57. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», vol. III, 1954).

BEGUIRISTÁIN, M.ª Amor:

1974. a. *Nuevos yacimientos de superficie en Navarra.* En «Cuadernos de Trabajos de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra, núm. 3, Pamplona, pp. 75 a 102.

1974. b. *La colección Barandiarán de Coscobilo, de Olazagutía. Contribución al estudio de la industria lítica del yacimiento.* En «Príncipe de Viana», núms. 136-137, pp. 345 a 401 y láminas siguientes, Pamplona.

1975. *Contribución al conocimiento del Paleolítico en Navarra: la Colección Barandiarán de Coscobilo de Olazagutia,* en el «XIII Congreso Arqueológico Nacional (Huelva, 1973)», pp. 119-124.

1976. *Excavación en el dolmen de Miruatza (Echarri-Aranaz, Navarra),* en «Príncipe de Viana», núms. 144-145, pp. 365-374 y láminas, Pamplona.

BEGUERISTÁIN, M.ª Amor; CASTIELLA, Amparo:

1973. *La colección «Julio Rodríguez» del Seminario Diocesano de Logroño,* en «Miscelánea de Arqueología Riojana», pp. 163-195 y láminas. Logroño.

BOLETÍN DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS DE NAVARRA:

1910. a. *Adquisiciones de la Comisión:* hacha de piedra de Imarcoain, de D. Pedro Riezu. «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», Segunda Epoca, cuaderno 2.°, 2.° trimestre de 1910, núm. 2, p. 50.

1910. b. *Donativos:* un hacha de piedra y tres de bronce, de la colección de Iturralde y Suit, donados por su viuda, doña Adelaida Ribed. «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», Segunda Epoca. Cuaderno 4.°, 4.° trimestre de 1910, núm. 4, p. 35.

1923. *Acta de la sesión del día 28 de octubre de 1922:* «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», Segunda Epoca, Año 1923, tomo XIV, 1.° trimestre de 1923, núm. 1.

a) Visita a unos dólmenes de Espinal, p. 4.

b) Donativo de un hacha de piedra de Bacaicoa y un estilete, de Urdiáin, de D. Pedro Emiliano Zorrilla, de Estella, p. 5.

1926. *Noticia del hallazgo de un hacha de bronce en la Sierra de Aralar.* «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», Segunda Epoca, Año 1926, tomo XVII, 4.° trimestre de 1926, núm. 68, p. 454.

1927. *Hacha de bronce sin talón.* Actividades de la Comisión: donativo de un hacha de bronce, de D. Vidal Erice. «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», 3.ª Epoca, Año I, tomo I, 1927, p. 328.

BOSCH GIMPERA, Pedro:

1921. *Los celtas y la civilización céltica en la península ibérica,* en «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», XXIX, 1921, pp. 248 a 301.

1932. *Etnología de la Península Ibérica.* 1932, p. 521.

1933. *Los celtas y el País Vasco,* en «Revue Internationale des Etudes Basques», vol. XXIII, 4, pp. 457-486. París-San Sebastián.

CASTERET, Norbert:

1933. *Une nouvelle grotte à gravures dans les Pyrénées. La grotte d'Alquerdi.* «XV Congrés International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique, París, 20-27 Septembre 1931», París, pp. 384-389.

CASTIELLA, Amparo:

1976. *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja,* en «Cuadernos de Trabajos de Historia» de la Universidad de Navarra, tomo 6. Pamplona.

1977. *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja,* en «Excavaciones en Navarra», vol. VIII, Pamplona.

CATÁLOGO ESPELEOLÓGICO DE NAVARRA:

1959. En «Príncipe de Viana», núms. 76-77, pp. 249 a 251.

1960. En «Príncipe de Viana», núms. 78-79, pp. 145 a 147.

ECHEGARAY, Carmelo de:

1921. *Nota bibliográfica de La Prehistoria de Navarra de Iturralde y Suit,* en «Euskalerriaren alde», pp. 414-416, San Sebastián, 1912.

EGUREN, Enrique de:

1914. *Estado actual de la antropología y prehistoria vascas. Estudio antropológico del pueblo vasco. La prehistoria en Alava.* Bilbao.

ELOSEGUI IRAZUSTA, Jesús:

1950. *Nuevos datos sobre la cerámica del dolmen meridional de Obioneta (Aralar),* en «Munibe» II, pp. 16 a 21.

1951. a. *Cuatro nuevos dólmenes en el valle de Larraun (Navarra).* En «Munibe» III, pp. 142 a 147.

1951. b. *Cinco nuevos dólmenes en Navarra.* En «Munibe», III, pp. 165 a 170.

1952. *Nuevos dólmenes navarros (Urbasa, Andía, Sarbil).* En «Pyrenaica», III Epoca, 1952, núm. 4 (Año II), Tolosa, pp. 118 a 123.

1953. a. *Nota previa acerca de siete nuevos dólmenes.* En «Munibe» V, p. 21.

1953. b. *Catálogo dolménico del País Vasco.* En «Pirineos», núms. 28-29-30, Zaragoza, 1963; publicación núm. 9 del «Grupo de Ciencias Aranzadi».

1954. *Nuevos dólmenes en Navarra.* En «Munibe» VI, pp. 132 a 135.

1956. *Prospecciones dolménicas en el País Vasco.* En «Homenaje a D. Joaquín Mendizábal Gortazar. Miscelánea de estudios», San Sebastián, pp. 134 a 147.

1962. *Siete nuevos dólmenes en Navarra.* «Munibe» XIV, pp. 359 a 369.

1967. *Dolmen de Albia (Sierra de Aralar, Navarra).* Fotografía comentada en «Munibe» XIX, p. 335.

ESCALADA, Francisco:

1943. *La arqueología en la Villa de Javier y sus contornos.* Pamplona.

ETAYO, Jesús:

1926. *Vestigios de población ibero-romana cabe Arguedas,* en «Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra», Segunda Epoca, Año 1926, tomo XVII, 1.° trimestre de 1926, núm. 65, pp. 84 a 90.

FARIÑA, Jaime:

1967. *Fíbulas en el país vasconavarro,* en «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 2, pp. 195-214. Vitoria.

FITA, Fidel:

1911. *Nuevos dólmenes en Navarra.* «Boletín de la Real Academia de la Historia», tomo LIX, cuaderno V, Noviembre 1911, Madrid, pp. 422 a 427. Reproducido en «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», Segunda Epoca, Año, 2.°, 4.° trimestre de 1911, núm. 8, pp. 212 a 214.

FUSTÉ, Miguel:

1965. *Algunas observaciones acerca de las poblaciones prehistóricas y protohistóricas del Norte de España,* en «Actas del XXVII Congreso Luso-Español de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias», tomo II, pp. 290-296. Madrid.

GIL FARRES, Octavio:

1951. *Consideraciones sobre la Edad del Hierro en la cuenca del Ebro.* «Archivos, Bibliotecas, Museos». T. LVII. Madrid, 1951, pp. 363-376.

1952. a. *Excavaciones en Navarra. Cortes de Navarra, II Materiales descubiertos en el Alto de la Cruz en los estratos II a VIII.* Campañas de 1947 a 1949. En «Príncipe de Viana», núms, 46 y 47, pp. 9 a 40. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», Vol. III, 1954).

1952. b. *Extracción de pinturas murales célticas.* En «Archivo de Prehistoria Levantina», III, Valencia, pp. 95 a 100.

1953. a. *Excavaciones en Navarra, III. Campañas realizadas en el Alto de la Cruz de Cortes de Navarra, entre 1950 y 1952.* En «Príncipe de Viana», núms. 50 y 51, pp. 9 a 46. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», Vol. III, 1954).

1953. b. *Novedades cerámicas en el valle del Ebro.* En «Zephyrus», IV, Salamanca, pp. 391 a 399.

1956. a. *Dos nuevos yacimientos célticos.* En «Actas de la IV Sesión de los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)», Zaragoza, 1956, pp. 719 a 721.

1956. b. *Las viviendas de Cortes de Navarra.* En «Actas de la IV Sesión de los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)», Zaragoza, 1956, pp. 722 a 727.

GRUPO DE ESPELEOLOGÍA:

1954. En «Príncipe de Viana», núms. 56 y 57, 1954, pp. 345 a 349.

ISTURIZ Y ALBISTUR, Fermín:

1911. *Excursión a San Miguel de Excelsis. Los dólmenes.* En «La Avalancha», núms. 396-97, Pamplona, pp. 201 y 202.

ITURRALDE Y SUIT, Juan:

1911. a. *Monumentos megalíticos en Navarra.* «Boletín de la Real Academia de la Historia», T. LVIII, cuaderno III, 1911, pp. 197 a 215 y láminas al final del cuaderno.

1911. b. *Monumentos megalíticos de Navarra.* «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», Segunda Epoca, Año 2.°, 3.° trimestre de 1911, núm. 7, pp. 147 a 154; y 4.° trimestre de 1911, núm. 8, pp. 205 a 214.

1911. c. *La Prehistoria en Navarra.* Vol. II de «Obras de D. Juan Iturralde y Suit», Pamplona.

JUNGHANS, Siegfried; SANGMEISTER, Edward; SCHRÖDER, Manfred:

1968. *Kupfer und Bronze in der frühen Metallzeit Europas. Die Material-gruppen beim Stand von 12000 Analysen.* Berlin.

LABEAGA, Juan Cruz:

1976. *Carta arqueológica del término municipal de Viana (Navarra),* Institución «Príncipe de Viana», Colec. Arqueología, Pamplona.

LABORDE, Manuel:

1967. *Dolmen de Txutxuin.* En «Munibe» XIX, pp. 327 a 329.

LARUMBE, Onofre:

1955. *Monteagudo (Navarra).* En «Noticiario Arqueológico Hispánico», II, Cuadernos 1-3 de 1953, Madrid, 1955, p. 175.

LEIZAOLA, Fermín:

1973. a. *Hallazgo de un menhir en la Sierra de Urbasa.* En «Munibe» XXV, pp. 13 a 18.

1973. b. *Nuevos dólmenes en la Sierra de Urbasa (Navarra).* En «Munibe» XXV, pp. 209 a 216.

LLANOS, Armando:

1970. *El rito de incineración en el país vasconavarro,* en «Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología», pp. 349-357, Zaragoza.

1972. *Cerámica excisa en Alava y provincias limítrofes,* en «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 5, pp. 81-98. Vitoria.

1974. *Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro,* en «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 6, pp. 101-146. Vitoria.

LÓPEZ SELLÉS, Tomás:

1957. *Nuevos hallazgos dolménicos en Navarra,* en «Munibe» IX, San Sebastián, pp. 105 a 112.

1959. a. *Aportación al catálogo dolménico del País Vasco: sector Idokorri-Ugarra.* En «Munibe» XI, pp. 20 a 26.

1959. b. *Aportación al catálogo dolménico del País Vasco: sectores Baztán-Bertizarana y Leyre-Illón.* En «Munibe» XI, pp. 107 a 109.

1960. *Nuevos hallazgos dolménicos en Navarra.* En «Munibe» XII, pp. 246 a 250.

1961. a. *Dolmen de Farangortea, de Artajona.* En «Munibe» XIII, 1961, pp. 41 a 44.

1961. b. *Nuevos dólmenes y cromlechs navarros.* En «Munibe» XIII, pp. 286 a 290.

1963. *Contribución al catálogo dolménico del País Vasco. Hallazgos en Navarra.* En «Munibe» XV, pp. 129 a 133.

1965. *Dos nuevos dólmenes en Navarra.* En «Munibe» XVII, p. 108.

1973. *Contribución a un suplemento del «Catálogo dolménico del País Vasco», de Jesús Elósegui,* en «Munibe» XXV, pp. 3 a 11.

LORIANA, Marqués de:

1940. *Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta y covacho de Berroberría, término de Urdax (Navarra), y sus inmediaciones,* en «Atlantis. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria y Museo Etnológico Nacional», XV, 1936-40, Madrid, pp. 91 a 102.

1943. *Las industrias paleolíticas de Berroberría,* en «Archivo Español de Arqueología», XVI, Madrid, pp. 194 a 208.

LLONGUERAS, Miguel M.ª; MONREAL, Luis:

1962. *Hallazgos de material lítico en la Ribera navarra del Ebro.* En «VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona, 1960)», Zaragoza, 1962, pp. 127 a 132.

MARTÍNEZ PEÑUELA, José M.ª:

1969. *Espeleología.* En la serie de folletos «Navarra. Temas de cultura popular», núm. 41.

MALUQUER DE MOTES, Juan:

1952. a. *La actividad arqueológica de la Institución Príncipe de Viana, de la Diputación Foral de Navarra.* En «Zephyrus» III, Salamanca, 1952, pp. 236 a 240.

1952. b. *Notas sobre la Edad del Bronce en Navarra.* «Príncipe de Viana», núms. 48 y 49, pp. 249 a 260. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», vol. V, 1957).

1953. a. *La necrópolis de la Edad del Hierro de la Torraza, en Valtierra (Navarra).* «Príncipe de Viana», núms. 52 y 53, pp. 243 a 269. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», vol. V, 1957).

1953. b. *Dos piezas interesantes de la necrópolis de Valtierra (Navarra).* En «Zephyrus», IV, Salamanca, pp. 485 a 488.

1953. c. *Frühe Indoeuropäische Haüser im Ebrotal.* «Germania», vol. 31, Berlín, 1953, pp. 155 a 159.

1954. a. *La industria lítica de Olazagutía,* en «Príncipe de Viana», núms. 54 y 55, pp. 9 a 27. (Rcogido en «Excavaciones en Navarra», vol. V, 1957).

1954. b. *El yacimiento hallstáttico de Cortes de Navarra. Estudio crítico, I.* Pamplona, «Institución Príncipe de Viana», en la serie «Excavaciones en Navarra», IV. 200 páginas, láminas.

1954. c. *La Edad del Hierro en la cuenca del Ebro y en la Meseta central española.* En la serie de monografías editadas para el IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954), Zaragoza, 1954.

1954. d. *Los poblados de la Edad del Hierro de Cortes de Navarra.* «Zephyrus», V, Salamanca, 1954, pp. 1 a 15.

1955. a. *Talleres de sílex, al aire libre, del Norte de Aragón.* En «Príncipe de Viana», núm. 58, pp. 9 a 32. (Recogido de «Excavaciones en Navarra». Vol. V. 1957).

1955. b. *Contribución al estudio del estrato superior del poblado de Cortes de Navarra.* En «Príncipe de Viana», núm. 59, pp. 117 a 132. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», vol. V, 1957).

1955. c. *Prospecciones arqueológicas en término de Navascués.* En «Príncipe de Viana», núm. 60, pp. 285 a 304. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», vol. V, 1957).

1955. d. *Contribución al estudio de la Primitiva casa indoeuropea en la Península.* En «Crónica del III Congreso Nacional de Arqueología Galicia, 1953)», Zaragoza, 1955, pp. 109 a 115.

1956. *La cerámica pintada en Cortes de Navarra.* En «Actas de la IV Sesión de los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)», Zaragoza, 1956, pp. 835 a 840.

1958. *El yacimiento hallstáttico de Cortes de Navarra. Estudio crítico, II.* Pamplona, «Institución Príncipe de Viana», en la serie «Excavaciones en Navarra», VI, 1958, 154 páginas, láminas.

1961. a. *Las actividades arqueológicas en Navarra.* En «Caesaraugusta», 17-18, Zaragoza, pp. 179 a 186.

1961. b. *Nuevas excavaciones en el poblado de Cortes de Navarra.* En «Bericht über den V Internationalen Kongress für vor-und Frühgeschichte. Hamburgo, 1958», Berlín, 1961, pp. 517 y 518.

1962. a. *Cueva sepulcral de Urbiola.* En «Príncipe de Viana», núms. 88 y 89, pp. 419 a 423.

1962. b. *Notas sobre la cultura megalítica navarra.* En «Príncipe de Viana», núms. 92 y 93, pp. 93 a 147. (Incorporado a «Publicaciones eventuales, núm. 7, del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona», 1964).

1964. a. *Sepulcros megalíticos navarros con puerta perforada.* En «VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga, 1963)», Zaragoza, 1964, pp. 234 a 242.

1964. b. *La actividad arqueológica de la «Institución Príncipe de Viana».* XXVII Congreso Luso-Español para el Progreso de las Ciencias (Bilbao, 1964), pp. 319 a 327, Madrid (s. a.).

1965. a. *Notas estratigráficas del poblado celtibérico de Fitero (Navarra).* En «Príncipe de Viana», núms 100-101, pp. 331 a 342.

1965. b. *La casa rural prehistórica de Navarra.* En «Príncipe de Viana», números 100-101, pp. 385 a 394.

1965. c. *La estratigrafía del covacho de Berroberría, Urdax (Navarra).* «Miscelánea en homenaje al abate Henri Breuil (1877-1961)», tomo II, Barcelona, pp. 135 a 139.

1965. d. *Arquitectura megalítica pirenaica.* En «Arquitectura megalítica y ciclópea catalano-balear», Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, pp. 25 a 40.

1966. *Consideraciones sobre el problema de la formación de los vascos,* en «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas, IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, pp. 115 a 128.

1971. *Late Bronze and Early Iron Age in the Valley of the Ebro,* en «The European Comunity in Later Prehistory», pp. 105-120, Londres.

MALUQUER DE MOTES, Juan; VÁZQUEZ DE PARGA, Luis:

1956. *Avance del estudio de la necrópolis de la Atalaya, Cortes de Navarra.* En «Príncipe de Viana», núm. 65, 1956, pp. 389 a 454. (Recogido en «Excavaciones en Navarra», vol. V, 1957).

MARCOS POUS, Alejandro:

1966. *Esquema sobre la relación cultural entre vascos, indoeuropeos y romanos.* En «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas. IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, pp. 169 a 172.

MARCOS POUS, Alejandro; MENSUA, Salvador:

1958. *Un hallazgo lítico del Paleolítico Inferior del término de Lumbier (Navarra).* En «Príncipe de Viana», núms. 76 y 77, pp. 217 a 225.

MAULEÓN, Eduardo; LÓPEZ SELLÉS, Tomás:

1956. *Nuevos dólmenes.* En «Pyrenaica», núm. 2 de 1956, Tolosa, pp. 15 y 16.

MERINO, José M.ª:

1965. *Molde para hacha de cobre en arenisca.* «Munibe» XVII, pp. 120 y 121.

MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, María Angeles:

1956. Museo de Navarra. Guía. 1963[2] y 1968[3], Pamplona, «Institución Príncipe de Viana».

1976. *Labor e incremento del Museo de Navarra. 1968-1975,* en «Príncipe de Viana», núms. 144-145, pp. 305-327 y láminas. Pamplona.

MONREAL, Alberto:

1977. *Carta arqueológica del Señorío de Learza (Navarra).* Institución «Príncipe de Viana», Colec. Arqueológica, Pamplona.

MORENO, Gloria:

1973. *Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes,* en «Caesaraugusta», núms. 35-36, pp. 29-51, 1971-1972. Zaragoza.

MUÑOZ AMILIBIA, Ana María.

1966. *El Neolítico del País Vasco.* En «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vasca. IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, pp. 107 a 114.

1971. *La calaita en el País Vasco.* En «Munibe» XXIII, pp. 347 a 354.

OBERMAIER, Hugo:

1925. *El hombre fósil.* Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria núm. 5, 2.ª edición. Madrid.

ONDARRA Francisco de:

1975. a. *Nuevos monumentos megalíticos en Baztán y zonas colindantes,* en «Príncipe de Viana», núms. 138-139, pp. 5-46 y láminas. Pamplona.

1975. b. *Nuevos monumentos megalíticos en Baztán y zonas colindantes. II,* en «Príncipe de Viana», núms. 140-141, pp. 403-433 y láminas. Pamplona.

1976. a. *Nuevos monumentos megalíticos en Baztán y zonas colindantes. III,* en «Príncipe de Viana», núms. 142-143, pp. 21-54 y láminas. Pamplona.

1976. b. *Nuevos monumentos megalíticos en Navarra,* en «Príncipe de Viana», núms. 144-145, pp. 329-363 y láminas. Pamplona.

PEÑA BASURTO, Luis:

1954. *Varios nuevos monumentos en Guipúzcoa y Navarra.* En «Munibe» VI, pp. 174 a 181.

1960. *Reconstrucción y catalogación de los cromlechs existentes en Guipúzcoa y sus zonas fronterizas en Navarra.* En «Munibe» XII, pp. 89 a 212.

PÉREZ ARRONDO, Carlos L.:

1977. *Punzones metálicos de la Edad del Bronce en el valle medio del Ebro,* en «Cuadernos de Investigación. Geografía e Historia», tomo III, fascículos 1-2, pp. 47-67. Logroño.

PERICOT, Luis:

1925. *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica.* Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras.

1950. *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica.* 2.ª edición, Monografías del «Instituto de Estudios Pirenaicos», número general 31, Prehistoria y Arqueología 4, Barcelona.

PERICOT, María Luisa:

1966. *El Magdaleniense en el País Vasco.* En «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vasca. IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, páginas 21 a 32.

QUADRA-SALCEDO, Ana M.ª de la:

1962. *Nuevos yacimientos de la Edad del Bronce en Navarra.* «Munibe» XIV, 3/4, San Sebastián, pp. 460-490.

RIPA VEGA, F.:

1952. *Sierra de Illón.* En «Pyrenaica», III época, 1952, núm. 1, año II, Tolosa, pp. 17 y 18.

1955. *Cumbres de la región navarra.* En «Pyrenaica», III época, 1955, núm. 3, año V, pp. 89 a 93.

1958. *Cumbres de la región navarra.* En «Pyrenaica», III época, 1958, núm. 3, año VIII, pp. 96 y 97.

RUIZ DE GAONA, Máximo:

1941. *Un yacimiento de mamíferos pleistocénicos en Olazagutía (Navarra).* En «Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural», t. XXXIX, Madrid, 1941, pp. 155 a 160.

1952. *Noticia del hallazgo y destrucción del yacimiento Paleolítico Superior más importante de Navarra.* En «Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos (San Sebastián, 1950)», t. IV, Sec. III, Zaragoza, 1952, pp. 157 a 168.

1958. *Todavía algo sobre el yacimiento de Coscobilo (Olazagutía).* En «Príncipe de Viana», números 72 y 73, pp. 279 a 287.

SANGMEISTER, Edward:

1961. *Contribución al estudio de los primitivos objetos de metal en el País Vasco.* En «Anuario de Eusko-Folklore», XVIII, pp. 49 a 55.

SANSINENEA, Juan Miguel:

1950. *Formaciones megalíticas en los montes de Ezcurra (Navarra), en el paraje Ezkain y en el monte Elazmuño.* En «Munibe» II, pp. 7 a 10.

SANTESTEBAN, Isaac:

1968. *Primeros vestigios de pinturas rupestres en Navarra.* En «Príncipe de Viana», núms. 112 y 113, pp. 327 y 328.

1971. *Pinturas rupestres en Navarra.* En «Príncipe de Viana», núms. 124-125, pp. 263 y 264.

TABAR, María Inés:

1975. *Aportaciones al Paleolítico en Navarra. Yacimientos de Otxaportillo y de la Fuente de Andasarri en la Sierra de Urbasa,* en «XIII Congreso Arqueológico Nacional (Huelva, 1973)», pp. 79-84.

1977. *Nuevas localizaciones paleolíticas en la Sierra de Urbasa. I,* en «Príncipe de Viana», números 148-149, pp. 371-402. Pamplona.

1978. *Nuevas localizaciones paleolíticas en la Sierra de Urbasa. II,* en «Príncipe de Viana», números 150-151, pp. 5-33, Pamplona.

TARACENA AGUIRRE, Blas; GIL FARRÉS, Octavio:

1951. *Excavaciones en Navarra. Cortes de Navarra, I. Los poblados de la Edad del Hierro, superpuestos en el Alto de la Cruz.* En «Príncipe de Viana», núms. 44 y 45, pp. 211 a 232.

TARACENA AGUIRRE, Blas; VÁZQUEZ DE PARGA, Luis:

1943. *Excavaciones en Navarra, I. Exploración del Castejón de Arguedas.* En «Príncipe de Viana», núm. 11, pp. 129 a 159.

1945. *Excavaciones en Navarra, II. Una prospección en los poblados de Echauri.* En «Príncipe de Viana», núm. 19, pp. 185 a 206.

1946. a. *Excavaciones en Navarra, III. Prospecciones en el Castellar de Javier y los Casquilletes de San Juan de Gallipienzo.* En «Príncipe de Viana», núm. 22, pp. 9 a 25.

1946. b. *Excavaciones en Navarra, IV. Exploración del poblado celtibérico de Fitero.* En «Príncipe de Viana», núm. 23, pp. 225 a 235.

UGARTECHEA, José Miguel de:

1966. *Notas sobre el Bronce final en el País Vasco,* en «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo I, pp. 139-148. Vitoria.

1968. *Cerámicas excisas en el país vasconavarro,* en «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 3, pp. 29-34. Vitoria.

UTRILLA, Pilar:

1977. *Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1976,* en «Príncipe de Viana», núms. 146-147, pp. 47-63 y láminas. Pamplona.

VALLESPÍ, Enrique:

1968. *Talleres de sílex al aire libre en el País Vasco meridional.* En «Estudios de Arqueología Alavesa», núm. 3, Vitoria, pp. 7 a 27.

1971. *Novedades del Paleolítico Inferior y Medio Vasco: los yacimientos navarros de Urbasa y de Olazagutía.* En «I Semana de Antropología Vasca», Bilbao, 1971, pp. 565 a 579.

1972. *Hipótesis de trabajo sobre el sustrato arqueológico de la romanización del País Vasco Meridional.* En «La romanización del País Vasco» (Segunda Semana de Antropología Vasca). Estudios de Deusto, vol. XX, núm. 46, Bilbao, 1972, pp. 241 a 250; y en «Segunda Semana Internacional de Antropología Vasca», Bilbao, 1973, pp. 293 a 302.

1974. a. *Yacimientos de superficie de la Edad del Bronce en Navarra.* En «Cuadernos de Trabajos de Historia», de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra, número 3, Pamplona, pp. 21 a 73.

1974. b. *Hallazgos líticos sueltos de Alava, Navarra y Logroño.* En «Estudios de Arqueología Alavesa», núm. 6, Vitoria, pp. 57 a 65.

1975. a. *Achelense Final y Musteriense en el Alto Valle del Ebro.* En «Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Antonio Beltrán», pp. 1 a 27, Zaragoza.

1975. b. *Investigación de la Prehistoria Navarra. Historiografía y Bibliografía,* en «Príncipe de Viana», núms. 138-139, pp. 47-81. Pamplona.

VALLESPÍ, Enrique; GARCÍA SERRANO, Rafael:

1974. *Bifaz achelense de Estella.* «Cuadernos de Trabajos de Historia», de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra, núm. 3, Pamplona, pp. 9 a 20.

VALLESPÍ, Enrique; RUIZ DE GAONA, Máximo:

1970. *Puntas foliáceas de retoque plano en las series líticas de Coscobilo de Olazagutía (Navarra).* En «Anuario de Eusko Folklore», t. XXIII, San Sebastián, 1969-1970, pp. 209 a 215.

1971. *Piezas líticas de tradición achelense en las series líticas de Coscobilo de Olazagutía (Navarra).* En «Munibe», XXIII, 2/3, Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán, San Sebastián, 1971, pp. 375 a 384.

ZUDAIRE, E.:

1949. *Prospecciones megalíticas en el valle de Baztán (Navarra).* En «Pirineos», núms. 13-14, pp. 567 a 574.

# CAPITULO 2

# EL MEDIO GEOGRAFICO

Es innegable la conexión del medio geográfico con las llamadas «áreas culturales», cuya dimensión histórica sólo se precisa en coordenadas de tiempo y de espacio. Parece lógico suponer que ha de darse una mayor afinidad cultural en zonas próximas o que participan de semejantes condiciones ambientales; que, *a priori,* los yacimientos vecinos deben parecerse más entre sí que con respecto a los más lejanos o a los que se ubican en paisajes diferentes. De ahi que parezca necesario fijar nuestra atención en los caracteres del medio para mejor poder entender los condicionantes del poblamiento, y las mismas semajanzas o diferencias entre las varias áreas culturales.

Es siempre difícil establecer los límites concretos, el ámbito, de cada una de tales áreas de cultura. Algunos, con más escepticismo, pueden incluso negar validez a los intentos que —basados de inicio en la Ciencia Etnológica (y particularmente derivados de los enunciados de la Escuela Histórica Cultural)— pretenden aplicar a la Prehistoria el concepto mismo de «área cultural». Pues, en un sentido estricto, lo más que pudiéramos afirmar es la extensión por ciertas zonas de determinadas tradiciones comunes: y muy a menudo tales tradiciones se restringen al terreno de lo tecnológico y tipológico (puramente formal). El prehistoriador se ve a menudo obligado (en la penuria de los datos que llegan a su poder) a trabajar sólo sobre evidencias de semejanzas o diferencias morfológicas; con lo cual, si difícil le resulta reconstituir aspectos más trascendentes del hecho cultural, cuánto más le será el fijar sus exactas zonas de expansión, el grado de profundidad en su arraigo, y los mecanismos de su difusión. De cualquier modo —y en este sentido se pretende la exposición de esta Prehistoria de (o mejor «en») Navarra— sigue siendo necesario intensificar las visiones analíticas centradas en áreas reducidas, como base imprescindible para poder trabar luego correlaciones de más amplio ámbito. Así se piensa que «si pudiéramos aislar los grupos locales o «agregados» que representan una aproximación de sociedades, de bandas o de tribus, nos hallaríamos ciertamente en el buen camino hacia la comprensión de los procesos por los que se produjeron los cambios y las innovaciones»[1].

El territorio navarro, participando a la vez de las condiciones impuestas por el medio montañoso («pirenaico») y de las que marcan las tierras bajas de cabe el Ebro, ofrecía en la Prehistoria situaciones culturales complejas que sólo podrán comprenderse sobre la base de un mejor conocimiento de su geografía. En tiempos históricos, el Pirineo Occidental constituye un país de doble carácter: lo accidentado de su relieve favorece en ocasiones cierto aislamiento conservador, mientras que en otros momentos su posición de lugar de paso entre el continente y la Península Ibérica lo hace punto de cita y eslabón de las más varias tradiciones. Cuando se estudian los problemas de la Prehistoria en el Pirineo, se observa con F. Jordá[2] que «por una parte, dominan y tienden a ejercer una dirección «cultural» los fenómenos de arcaísmo y tradicionalismo y, por otra, nos encontramos con que a través de sus pasos o puertos hay un incesante ir y venir cultural, que da a los Pirineos una fisonomía propia

1. Ph, E. L. SMITH, *Le Solutréen en France,* Burdeos, 1966, p. 33.
2. F. JORDA, *El Pirineo en la Prehistoria* (en «Caesaraugusta», vol. 11-12, Zaragoza, 1958), p. 18.

y peculiar, que hace que los distintos fenómenos culturales que en ellos se pueden estudiar se nos aparezcan participando en una como doble personalidad, en la que, sin duda, intervienen los distintos aspectos culturales que se desarrollaron en sus dos vertientes». Por otro lado, se hallan como elementos esenciales para la comprensión de la Prehistoria navarra, las tierras bajas de la cuenca del Ebro que «prescindiendo de toda delimitación política, constituyen una zona de paso, radicalmente distinta de la zona de acantonamiento que suponen las montañas del extremo occidental de la cordillera pirenaica y no es por ello de extrañar incluso una textura biológica diferente en su población»[3].

# I. PANORAMA DE GEOGRAFIA FISICA ACTUAL DE NAVARRA

## 1. Presentación

Se extiende Navarra en el sentido de la latitud Norte, entre las coordenadas 41° 55' 34" y 43° 18' 36", y en longitud Este (meridiano de Madrid) de 1° 11' 35" a 2° 56' 57". Tiene una extensión de casi 10.500 kilómetros cuadrados y, en ellos, unas condiciones ecológicas sumamente variadas.

La geografía de Navarra sólo puede ser correctamente comprendida sobre la base de su amplia extensión en el sentido Norte-Sur: participa así de situaciones orográfico-climáticas muy diferentes, en el amplio abanico de posibilidades que se dan entre las crestas de la Cadena Pirenaica y las tierras de aluvión de la Ribera del Ebro, y por las matizaciones que impone la varia influencia del centro atlántico del Noroeste y de lo continental estepario del Sur.

Por el Noroeste llega casi a alcanzar la costa del Cantábrico, del que sólo dista 10 km en línea y cuyo influjo climático recibe; en tanto que en su extremo nordoriental se inserta plenamente en la cadena pirenaica con altitudes superiores a los 2.000 m (Mesa de los Tres Reyes, 2.434; Añilarra, 2.348; Budoguía, 2.305; Arlas, 2.062; Ezkaurre, 2.047; Ori, 2.018...). Frente a ello, en la depresión del Ebro sus cotas de altitud sobre el nivel del mar descienden hasta menos de 300 m en la Ribera de Tudela.

Así, en Navarra alternan zonas plenamente montañosas y sierras amesetadas y rasas de montaña media, tan aptas para las faenas pastoriles, con las zonas aluviales depositadas por los grandes afluentes del Ebro, que —en circunstancias climáticas ambientes de aridez— han concentrado de siempre fuertes núcleos de poblamiento agrícola.

El territorio navarro en su variedad regional y comarcal ha sido tradicionalmente concebido en dos grandes unidades, casi como dos zonas contrapuestas: la Montaña y la Ribera, enlazadas por la Navarra Media. Como en toda simplificación, en ésta el saber popular —la conciencia colectiva de quienes poblaron el territorio— había llegado a definir muy atinadamente las profundas diferencias de ambas tierras, teniendo en cuenta, además de las más aparentes divergencias en orografía (relieve y altitud), otras circunstancias complementarias de biología botánica, de pluviometría... Es decir, los dos tipos genéricos de paisaje correspondientes a dos entidades, bien distintas, geológico-estructurales: el Pirineo occidental y la cuenca del Ebro (figura 12).

Especialistas de diversas ramas de la Geografía Física han sabido detallar con precisión la zonación comarcal (o regional) de Navarra, valorando los caracteres orográficos, hidrográficos, climatológicos y bioecológicos que permiten definir las grandes unidades de paisaje: los valles pirenaicos, la Navarra húmeda del Noroeste, las cuencas prepirenaicas de Pamplona y de Lumbier-Aoiz, la Navarra media y la Ribera[4]. Para uno de ellos, «la zonalidad de Navarra (disposición en

3. M. Fusté, *El tipo racial pirenaico-occidental* (en «IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, 1966), página 346.

4. Para la mejor comprensión de los aspectos de topografía general del territorio del Pirineo Occidental y aledaños hemos de recomendar, entre otras obras ya clásicas, las: *Descripción físico-geológica*, de R. Adán de Yarza (en el tomo I, pp. 7-86, de la *Geografía General del País Vasco-Navarro*, por F. Carreras Candi; Barcelona, sin año); *Provincia de Navarra*, de J. Altadill *(ibidem*, tomo II, pp. 1-307); *Les modes de vie dans les Pyrénées allantiques orientales*, de Th. Lefebvre (París, 1933, pp. 17-99) o la *Geología y Geografía del País Vasco*, de P. Aranegui (Madrid, 1936). Son de muy útil consulta la *Geografía del País Vasco*, de I. de Sollube (Ed. Auñamendi, 3 tomos, San Sebastián, 1968) y el *Atlas de Navarra. Geográfico-Económico-Histórico*, dirigido por A. Floristán y A. Martín Duque (Ed. Diáfora para la Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1977). Resultan esenciales las monografías particulares: *La Ribera tudelana de Navarra*, de A. Floristán (ed. C.S.I.C., Zaragoza, 1951); *La Navarra Media oriental*, de S. Mensua (ed. C.S.I.C., Zaragoza, 1960); *La Navarra húmeda del Noroeste: estudio geográfico de la ganadería* (ed. C.S.I.C., Madrid, 1971), y *Tierra Estella*, de V. Bielza (Pamplona, 1972). Las mejores visiones de conjunto para comprender la zonación natural de Navarra se encontrarán en *La originalidad geográfica de Navarra*, de J. M. Casas Torres (ed. Diputación Foral, Pamplona, 1956); *La zonación bioclimática de Navarra*, de S. Mensua (en «Miscelánea ofrecida al Ilmo. Sr. D. José María Lacarra y de Miguel», pp. 363-376, Zaragoza, 1968), y en *Regiones comarcales de Navarra*, de A. Floristán (en «Homenaje a J. M. Casas Torres», pp. 135-140, Zaragoza, 1972).

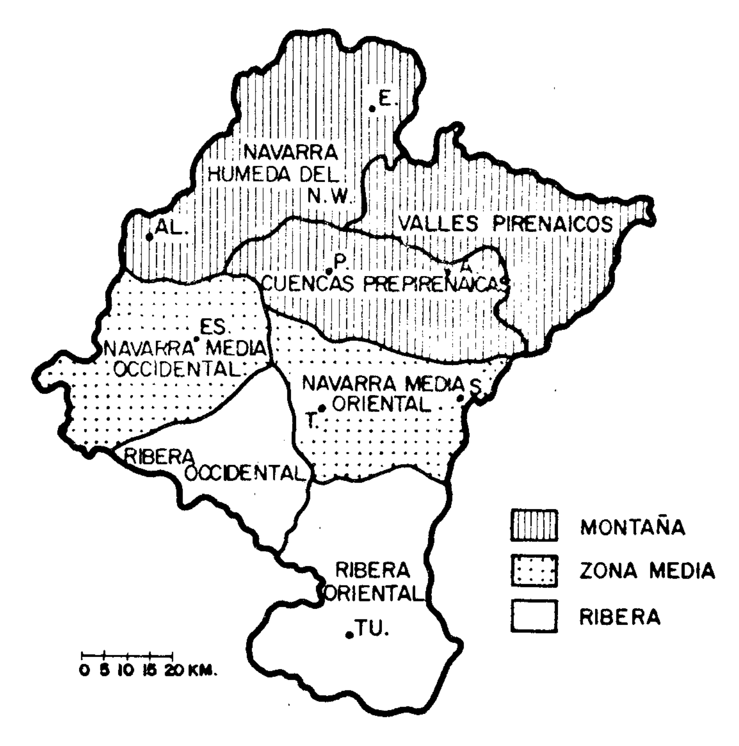



FIG. 12. Zonación comarcal de Navarra (según A. FLORISTÁN y S. MENSUA).

bandas paralelas de Norte a Sur) es consecuencia de un doble factor: el escalonamiento del relieve desde el surco del Ebro al Pirineo, y el progresivo alejamiento de la costa cantábrica. La combinación de los dos factores da como resultante una componente de variación climática en dirección Norte a Sur, tanto más rápida cuanto que los desniveles orográficos son más acusados y el relieve se dispone en rumbos paralelos a la costa... Así, las barreras orográficas más nítidas (divisoria orográfica media de Navarra) filtran poderosamente los vientos húmedos del Norte y Noroeste, con fenómenos de estancamiento prolongados»[5].

## 2. RELIEVE E HIDROGRAFÍA

Aquellas dos áreas geológicas y estructurales (la montañosa septentrional, del Pirineo Occidental y de sus estribaciones hacia el Oeste; y la cuenca del Ebro) son quienes vertebran el territorio navarro (figura 13) en su zonación comarcal más precisa que, de acuerdo especialmente con A. Floristán[6], presenta el siguiente panorama regional:

1. *La Montaña,* en la que se deben diferenciar específicamente:

1.1. *Las altas montañas del Pirineo, al Este,* con alturas que superan los 2.000 metros. Geológicamente predominan en ellas las facies *flysch,* con algunas intercalaciones de calizas. Sus pliegues se orientan aproximadamente en alineaciones Oeste/Noroeste a Este/Sureste, y han sido tajados en gargantas estrechas por los ríos que descienden (perpendicularmente a ellos) de Norte a Sur: tal es el caso del Esca y de la red Irati-Salazar-Urrobi-Erro. De este modo se conforman los grandes valles pirenaicos (de Este a Oeste: los del Roncal, Salazar, Aezcoa, Arce, Burguete-Roncesvalles, Erro y Esteríbar; éste en la cuenca alta del Arga), en los que se asentaron desde épocas prehistóricas grupos de pastores trashumantes que han originado —en buena parte— su actual poblamiento, bien singularizado en diversos aspectos etnológicos (artesanía, tradiciones populares, caracteres antropológicos y lingüísticos) casi en cada uno de esos valles.

Según se avanza hacia el Oeste, la altitud de los sistemas montañosos va disminuyendo, e irá proporcionalmente aumentando la influencia de la climatología oceánica a costa de la subalpina: aumentando la pluviosidad y dulcificándose las temperaturas.

5. S. MENSUA, *La zonación bioclimática...,* 1968, p. 375.
6. A. FLORISTÁN, en *Regiones comarcales...,* 1972, pp. 136-138.




FIG. 13. Geografía física y regiones naturales de Navarra.

1.2. *Los viejos macizos de la zona central,* con su prolongación por la depresión de Baztán hacia el Oeste, suponen una cierta continuidad del relieve (pero no de la geología) del alto Pirineo navarro. Estos macizos paleozoicos (Alduides, Arce, Cinco Villas) apenas superan los 1.500 metros de altitud y han sido tajados por valles complicados, de recorrido sinuoso. Las lluvias que llegan del frente cantábrico nutren su cuenca hidrográfica que se estructura en una red intrincada de valles que afluyen tanto al Cantábrico, por el Bidasoa (valles de Baztán, Bertizarana, Cinco Villas, Santesteban), Leizarán, Urumea, Araiz y Olabidea, como a la gran cuenca del Ebro (valles de Basaburúa Mayor, Barranca, Burunda, Ulzama, Imoz, Atez, Odieta y Anúe).

1.3. *Las sierras occidentales de tipo vasco-cantábrico,* en que se suceden, de Norte a Sur, los macizos de Aralar (su altura máxima, en la divisoria Guipúzcoa-Navarra, en Irumugarrieta, con 1.427 m), la estructura amesetada de Urbasa-Andía (con altitudes constantes de 900 a 1.200 metros, y la máxima en el San Donato que casi llega a los 1.500), y la sierra de Codés. La estructura caliza de esos tres sistemas montañosos ha sufrido, por la fuerte pluviosidad, un intenso proceso de carstificación. Entre esas sierras se encauzan tres cuencas o corredores: la Burunda-Barranca (con el río Araquil), las Amescoas (con el Urederra) y la Valdega (con la cabecera del Ega).

2. *Las cuencas prepirenaicas de Pamplona y de Lumbier-Aoiz,* con altitudes entre los 500 y los 600 metros; ambas cuencas se separan por la divisoria de aguas de los ríos Arga y Aragón.

3. *Las sierras exteriores, del Prepirineo,* que cierran por el Sur aquellas cuencas, prolongando la barrera de Urbasa-Andía, con las sierras de Sarbil, Perdón, Alaiz, Izco y las dos paralelas de Illón y Leire: es en esta línea de cadenas montañosas donde se establece nítidamente el límite entre la Montaña y la Navarra Media.

4. *La cuenca del Ebro,* ocupando, con sus llanuras y pequeñas elevaciones, toda la mitad meridional de la provincia. Por ella corren los grandes afluentes de la izquierda del Ebro: el Ega y el complejo Arga-Aragón. Dentro de esta genérica «cuenca del Ebro» se distinguen la Navarra Media y la Ribera, aunque su delimitación exacta no es nítida.

4.1. *La Navarra Media.* Se suele dividir en Occidental (con centro en Estella) y Oriental (con sus centros en Tafalla y Sangüesa), limitadas por el Arga.

4.2. *La Ribera.* En las inmediaciones del Ebro y proximidad de la confluencia en él de los Ega y Arga-Aragón, posee condiciones climatológicas bastante extremadas, con fuerte sequedad.

## 3. Climatología y paisaje vegetal

Las bases climatológicas fundamentales (pluviosidad y temperatura) están ampliamente recogidas en la excelente monografía sintética de S. Mensua; en tanto que a las comunidades vegetales de Navarra se han dedicado importantes estudios de D. Nagore, de J. Braun-Blanquet y O. de Bolos, y de P. Montserrat[7].

Es importante examinar un mapa de distribución anual de pluviosidad en Navarra; viene regulada por dos valores distintos, la proximidad del litoral cantábrico y la presencia de la barrera montañosa de Urbasa-Andía, Perdón, Alaiz, Izco, Leire. En general, pues, y salvando otros condicionamientos de menor importancia, se puede afirmar que en Navarra «el mapa de isoyetas anuales hasta cierto punto es una transparencia del relieve cuando éste adquiere desniveles relativos superiores a los 200 metros»[8]. Con S. Mensua, hemos de aceptar tres muy diversas regiones pluviométricas: la Ribera, con precipitaciones anuales inferiores a los 500 mm.; la Navarra Media, que las tiene entre los 500 y los 900, y la Navarra montañosa del Norte, en que se superan los 900. Así, la Montaña y la Ribera quedan como dos zonas bioclimáticas absolutamente contrastadas, que se definirían —respectivamente— como de «clima oceánico de montaña» y de «clima mediterráneo continentalizado» (figura 14).

---

7. De S. Mensua se debe seguir, fundamentalmente, su *La zonación bioclimática...,* de 1968, como excelente síntesis; ampliando datos de su poco anterior, *El mapa de utilización del suelo de Navarra* (ed. C.S.I.C., Zaragoza, 1965). Los aspectos particulares de paisaje vegetal se desarrollan extensamente en: *Geografía botánica de Navarra,* de D. Nagore (en «Estudios Geográficos», mayo 1945, pp. 241-259, Madrid, 1945); *Les groupements végétaux du Bassin Moyen de L'Ebre et leur dynamisme,* de J. Braun Blanquet y O. de Bolos (ed. por «Anales de la Estación Experimental de Aula Dei». C.S.I.C., en su vol. V, Zaragoza, 1957), y en *Vegetación de la Cuenca del Ebro,* de P. Montserrat (ed. por «Centro Pirenaico de Biología Experimental», 1 (V), Jaca, 1966).

8. S. Mensua, *La zonación bioclimática...,* 1968, p. 365.

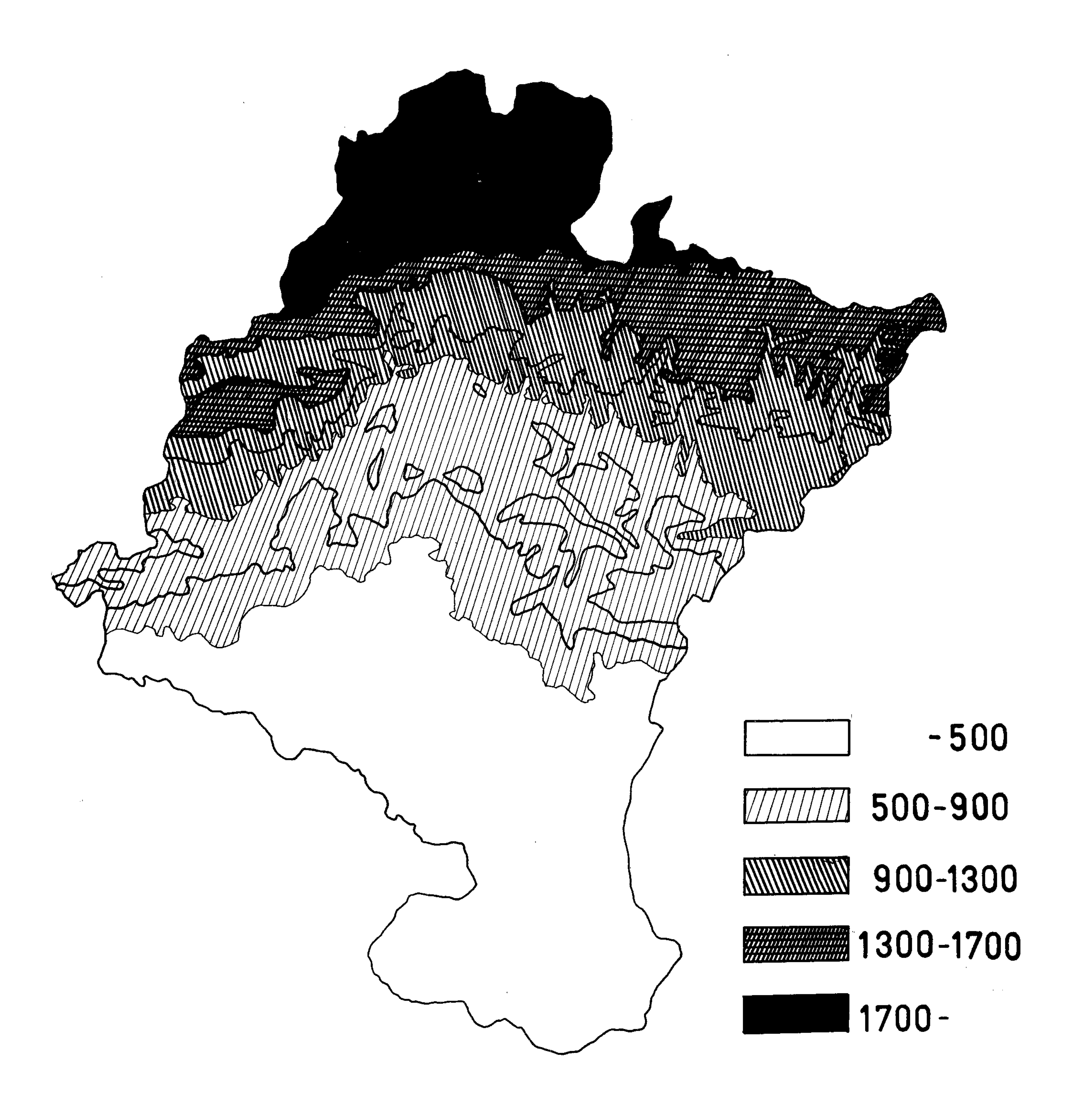



FIG. 14. Mapa de precipitaciones medias anuales de Navarra (período 1941-1962). Se señalan las líneas isoyetas de 200 en 200 mm[3] y, en tramas diferentes, los cinco grandes modelos de pluviosidad: inferior a 500, de 500 a 900, de 900 a 1.300, de 1.300 a 1.700 y superior a 1.700 (según S. MENSUA en 1968).

La vegetación espontánea navarra viene determinada, lógicamente, por aquella situación general de pluviosidad y temperaturas medias, y por las matizaciones locales impuestas por condiciones de situación en latitud y altitud, de exposición (orientación) y de naturaleza de los suelos.

En la alta Navarra pirenaica se ofrecen variantes del clima montañoso subalpino: con inviernos fríos y grandes nevadas, y con veranos frescos. Siendo su pluviosidad, en general, inferior a la apreciada en los macizos del Noroeste[9]. En su paisaje vegetal son características las formaciones de pino silvestre, de robledales y hayedos, y de matorrales de boj.

La Navarra atlántica, del Noroeste, posee un clima oceánico, con precipitaciones superiores a los 1.500 mm. de media anual, distribuidos muy regularmente: con máxima pluviosidad en invierno, con máxima secundaria en el otoño, y con veranos no secos. Resultan aquí muy suaves las oscilaciones térmicas, ofreciéndose el medio más apto para un arbolado de especies frondosas de hoja caduca (hayedos, robledos, encinares), además de matorrales de árgomas y brezos, y de densos helechales.

La Navarra Media tiene menos lluvias que la Montaña, pero supera en precipitaciones a la Ribera. La distribución anual de lluvias aquí es más regular que la ribereña, con un régimen de máximo invernal (similar en esto a la Montaña) pero con algunos meses estivales de sequía[10]. Se aprecia que la abundancia e intensidad de las lluvias ofrece una directa relación con la proximidad al litoral cantábrico, con las alteraciones parciales que producen los macizos montañosos que se interponen entre la costa y las tierras de Navarra: así, en principio, irá siendo más seco el clima según se penetre por la provincia hacia el Este y hacia el Sur. En la Navarra Media «el paisaje vegetal refleja esa transición, porque las especies vegetales septentrionales y meridionales se entremezclan dando lugar a formaciones mixtas de árboles planocaducifolios y de hoja permanente»[11]: son, fundamentalmente, la encina, el roble (tanto el lusitánico como el pubescente) y los matorrales de todo tipo (mediterráneo, oceánico y pirenaico).

Por fin, la Ribera se caracteriza como un área deficitaria en lluvias, «con promedios anuales inferiores a la mitad de los que se recogen en la Montaña, con una distribución irregular a lo largo del año, acentuada sequía en verano y amplia estación vegetativa. La insuficiencia hídrica le condiciona un paisaje vegetal de árboles esclerófilos, en equilibrio inestable y con fácil degradación hacia las formaciones esteparias»[12]. Son tema vegetal habitual en ese paisaje las formaciones típicas del coscojar y del carrascal, con algunas manchas del pino de Alepo y abundante matorral (romeros, lentiscos, aliagas, enebros, tomillos...).

## II. EL PAISAJE PREHISTORICO

### 1. El suelo y la vegetación

El conocimiento del paisaje prehistórico se obtiene mediante la síntesis de datos geológicos (sedimentología de yacimientos, estudios sobre glaciarismos y formaciones de terrazas), faunísticos (paleontología) y de flora (palinología, examen de macrorrestos). De las estaciones prehistóricas navarras hasta ahora excavadas apenas se han publicado datos que permitan conocer aquellos factores inmediatamente relacionados con la evolución del clima y del paisaje; salvo algunas referencias de clasificación zoológica de los restos de comida.

Por eso, no es posible por ahora intentar una utilización de diversos datos que —al margen de las localizaciones arqueológicas— han ido siendo acumulados por geólogos y por geógrafos sobre fenómenos y formaciones producidos durante el Pleistoceno en diversas zonas de Navarra: así la indicación de algunas huellas de glaciarismo (por ejemplo, en las zonas de Larra y del Aralar), o el estudio de formaciones de terrazas y de fenómenos erosivos en puntos diversos de la cuenca del Ebro[13].

---

9. A. Floristán, *Regiones comarcales...*, 1972, pp. 138-139, *passim*.

10. S. Mensua, *La zonación bioclimática...*, 1968, pp. 374-375.

11. S. Mensua, *La zonación bioclimática...*, 1968, pp. 374-375; A. Floristán, *Regiones comarcales...*, 1972, páginas 138-139.

12. S. Mensua, *La zonación bioclimática...*, 1968, p. 374.

13. En monografías diversas elaboradas por P. Barrière, J. Gómez Llarena, S. Mensua, A. Floristán, M. P. Torres, V. Bielza...

Las situaciones climatológicas que se debieron suceder a lo largo del Pleistoceno y del Holoceno en Navarra deben ser definidas, en ausencia de aquellos necesarios estudios sobre nuestras estaciones prehistóricas, sobre la base de sistematizaciones globales, válidas en líneas generales para todo el Sudoeste de Europa, y se deben sobre todo el trabajo conjunto de sedimentólogos y de palinólogos franceses[14].

En paleoclimatología se ha referido repetidamente la existencia de fenómenos de alternancia simple de dos factores: lo glaciar y lo interglaciar, y en el interior de cada una de esas grandes «etapas», la de situaciones interestadiales de oscilación. Es decir, que se creía en una sencilla sucesión alternante de situaciones de calor húmedo a otras de frío seco. La realidad, tal como al menos se ha analizado en yacimientos del Pleistoceno en la Europa del Sudoeste, se ofrece mucho más compleja y matizada, con múltiples situaciones intermedias, y con las matizaciones «micro-climáticas» lógicas que imponen las variadas condiciones de cada paisaje, de cada territorio. El clima del Pleistoceno y del Holoceno debe establecerse mediante la combinación de dos parámetros básicos: el primario, la pluviosidad degresiva; el secundario, la degradación progresiva de la temperatura. Con lo que genéricamente se pudieran presentar hasta cuatro tipos de situaciones climáticas que, matizadas en cada lugar y ofreciendo numerosas posibilidades de transición, se van sucediendo (frío húmedo [u oceánico], frío seco, cálido seco y cálido húmedo) en secuencias cíclicas que vienen repitiéndose al parecer a lo largo de la historia climática de la Tierra[15].

Los restos más antiguos de cultura humana en Navarra podrían remontar, ya en el Pleistoceno reciente, al período interglaciar Riss-Würm (aproximadamente por los 100.000 a 80.000 años a.C.), correspondiendo a formas avanzadas de la cultura Achelense.

Hay evidencias más numerosas y coherentes (conjuntos varios de la Sierra de Urbasa, y de Coscobilo) que han de situarse ya dentro de la última glaciación, la würmiense, correspondiendo a modelos culturales del Paleolítico medio (Musteriense) y de inicios del Paleolítico superior (Auriñaco-perigordiense), en unos límites cronológicos muy amplios, desde los 80.000 ó 70.000 a los 20.000 ó 18.000 años a.C. Y son ya relativamente abundantes los restos culturales que se hallan en depósitos estratigráficos controlables formados durante la fase Tardiglaciar, aquella que corresponde a la liquidación del Würmiense y la transición a la actualidad climática: durante las formas culturales del Magdaleniense avanzado y final y del Aziliense y culturas epipaleolíticas (*circa* 10.000 a 7.500 a.C.).

El paisaje del territorio ocupado en el Paleolítico superior (Würm III y Würm IV) no ha sido aún objeto de ningún análisis esclarecedor. Utilizando datos reunidos en un ámbito mayor que desde la vertiente septentrional del Pirineo se extienda a lo largo de la Cornisa Cantábrica se supone la presencia de amplias zonas herbáceas y de pequeños arbustos en los parajes abiertos (con quenopodiáceas, brezos...), mientras que en zonas abrigadas de valles y en laderas aptas se darían bosquecillos de pinos y de algunas escasas especies de hoja caduca (figura 15).

Liquidada la última glaciación, se produce durante dos milenios (aproximadamente entre los 7.500 y los 5.500 años a.C.), en los períodos Preboreal y Boreal, una etapa de lenta evolución cultural y climática. Desde el punto de vista cultural, diversas comunidades «epi-paleolíticas» continuarán viviendo allí mismo donde sus antepasados estuvieron en el Paleolítico final y en el Aziliense, manteniendo las técnicas instrumentales y los modos de vida, poco cambiados, de los anteriores grupos de cazadores. Desde el punto de vista climático, el Preboreal y el Boreal marcan una decidida mutación de la anterior situación «glaciar» a condiciones de temperatura y paisaje más parecidas a las actuales. Con el retroceso de los grandes glaciares del Norte de Europa y de los Alpes, una seria modificación del régimen de vientos provoca en algunas zonas del Sudoeste de Europa fenómenos locales de parcial desertización; mientras que, en otras, la elevación de las temperaturas y el aumento de la humedad (con fuerte pluviosidad en ocasiones) irá asentando las formaciones vegetales hoy características. Ambos fenómenos desatarán en los grupos humanos un doble movimiento a la búsqueda del hábitat ideal, o a

---

14. Se han de consultar, especialmente, los estudios especializados: *Flores et climats du Paléolithique récent,* de Arl. LEROI-GOURHAN (tirada en el «XVI Congrès Préhistorique de France», Mónaco, 1960); *Recherches sédimentologiques sur la paléoclimatologie du Würm récent au Périgord,* de H. LAVILLE (en «L'Anthropologie», vol. LXVIII, pp. 1-48 y 220-252); *Etudes françaises sur le Quaternaire* (edición con motivo del VIII Congreso Internacional del INQUA, Paris, 1969); *Méthodologie et chronologie du Quaternarire récent,* de P. BINTZ, J. BOCQUET *et alii* (en «Bulletin de la Société Préhistorique Française», n.° 5, Paris, 1974, pp. 133-137); especialmente *Les remplissages de grottes et abris sous roche* y *La végétation quaternaire* (en pp. 201-287 y 463-545 de «La Préhistoire Française. Les civilisations Paléolithiques et Mésolithiques de la France», dirigida por H. DE LUMLEY, CNRS, París, 1976), y *Climatologie et chronologie du Paléolithique en Périgord. Etude sédimentologique de dépôts en grottes et sous abris,* de H. LAVILLE (Marseille, 1975).

15. Explayando estas cuestiones, P. REY en *Essai de phytocinétique biogeógraphique* (ed. del CNRS. París, 1960) y G. LAPLACE en *Le cyclothème ombrothermique* (en «Dialektiké. Cahiers de Typologie Analytique», pp. 21-31, Arudy, 1973).

| | Períodos climáticos | Datación (antes de Cristo) | Etapas culturales |
|---|---|---|---|
| POSTGLACIAR | Subatlántico | 800 | II Edad del Hierro<br>I Edad del Hierro |
| | Subboreal | 2.650 | Edad del Bronce<br>Eneolítico |
| | Atlántico | 5.600 | Neolítico |
| | Boreal | 7.100 | Mesolítico |
| | Preboreal | 8.300 | Epipaleolítico<br>Aziliense |
| | Dryas III | 8.900 | |
| | Alleröd | 9.900 | Magdaleniense final |
| | Dryas II | 10.400 | Magdaleniense superior |
| | Bölling | 11.400 | |
| WÜRM IV | Dryas Ic<br>Prebölling | | Magdaleniense inferior |
| | Dryas Ib<br>Lascaux<br>Dryas Ia | 15.100 | |
| WÜRM III-IV | Laugerie | | Solutrense |
| | | 17.100<br>18.100 | |
| WÜRM III | Würm IIIc | | Auriñaciense V<br>Protomagdaleniense |
| | Tursac | 22.100 | Gravetiense final |
| | Würm IIIb | 26.100 | |
| | Salpetrière | | Gravetiense |
| | Würm IIIa | | Auriñaciense II |
| | Arcy | 30.100 | |
| | Würm IIIa | | Auriñaciense I |
| WÜRM II-III | Hengelo-Quinson | 34.100 | Chatelperroniense |

FIG. 15. Evolución climática y cultural de la Prehistoria del Sudoeste de Europa, desde el Paleolítico Superior hasta la Edad del Hierro (inspirado en P. BINTZ, A. BOCQUET et alii en 1974).

las orillas de los ríos (en aquellas zonas semiáridas; quizá en la Navarra Media y del Sur) o al abrigo de valles resguardados —en zonas de mayor pluviosidad— cuyas formaciones boscosas (de pinos varios, de robles, de avellanos...) y de jugosas praderas aseguran una abundante caza de ciervos y jabalíes. La temperatura en constante aumento llega a provocar en el Boreal avanzado situaciones de notable sequía (las medias superaban en 2 y 3° las habituales actuales), de ambiente cálido y continental; multiplicándose los bosques de hoja caduca (en la próxima Aquitania, los botánicos franceses han señalado formaciones casi estépicas de encinas, olmos, tilos y avellanos).

Durante el período climático siguiente, el Atlántico, en cuyo transcurso (del 5.500 al 3.000) se incorporan a la neolitización la mayor parte de los grupos humanos peninsulares, se van a producir a la vez fenómenos de progresivo enfriamiento climático y de aumento de la pluviosidad. En el Pirineo francés los bosques antes predominantemente de pinos y de robles ven desarrollarse ahora fuertes núcleos de abetos; en tanto que en las zonas anteriormente semidesérticas se van afianzando cercos boscosos de pinos, de encinas y de castaños.

Por fin, durante el Subboreal (desde los 3.000 hasta los 750 a. de C.) se llega a una situación de equilibrio, con circunstancias muy similares a las actuales. Quienes, por entonces (a lo largo del Eneolítico, del Bronce Pleno y en la transición Bronce Final-Hierro), van desarrollando en Navarra actividades agrícolas y de pastoreo conocerán una flora natural muy parecida a la presente.

## 2. LA FAUNA

Todos los datos publicados sobre fauna prehistórica de Navarra han sido recopilados —reuniendo las atribuciones ya formuladas y sin ser revisados— en la excelente síntesis de paleontología de Jesús Altuna[16].

De tres yacimientos se poseen importantes evidencias para poder conocer las especies de vertebrados que explotó el hombre prehistórico en Navarra, en tres etapas, muy separadas en el tiempo; son: la cueva de Coscobilo (en Olazagutía), que se atribuye al Paleolítico medio y al superior antiguo; el covacho de Berroberría (en Urdax), con representación del Paleolítico final, del Aziliense y del Neolítico, y el poblado hallstáttico del Alto de la Cruz (en Cortes de Navarra), que cubre la primera mitad del Primer Milenio a. de C. Además se han reunido citas mínimas de restos en la cueva de Putxerri (del Aralar; de *Ursus spelaeus,* no relacionable con ocupación humana), en el covacho de Valdesoto (en Navascués; del Bronce inicial; restos de ciervo, de cabra y de bóvido), en la cueva de Ososki o del Moro (en Aspurz; del Bronce avanzado o del Hierro I; de cabra y jabalí) y en el yacimiento de Lezkairu (en Pamplona; del Hierro I; con ciervo, caballo y bóvido).

Los numerosos restos que en la escombrera de Coscobilo recogió Máximo Ruiz de Gaona, fueron estudiados por él mismo (con revisión final por J. Gómez de Llarena y por M. Crusafont)[17]. En la recopilación reciente de J. Altuna se clasifica el conjunto como muy rico, opinándose que —salvo el perro y el gato— las especies representadas en la identificación de Ruiz de Gaona corresponden a etapas netamente paleolíticas, coincidiendo casi totalmente con los repertorios faunísticos del Musteriense y del Auriñaciense genérico del covacho de Lezetxiki (yacimiento guipuzcoano, en Mondragón, en la alta cuenca del Deva; distante menos de 40 km de Coscobilo). Algunos de los animales recogidos en las escombreras de Coscobilo pueden corresponder a especies que vivían normalmente en la cueva, mientras que otros fueron traídos aquí por el hombre que la ocupaba como piezas de caza para su consumo. Los artiodáctilos identificados son el *Sus scrofa ferus,* un *Hippopotamus* sp., el *Cervus elaphus*, el *Cervus capreolus,* el *Bos curvidens,* una *Capra* sp., un *Bison* sp. y otros rumiantes indeterminados; entre los perisodáctilos, el *Equus caballus* y el *Rhinoceros megarhinus*[18]; entre los carnívoros, el *Felis catus,* el *Felis pardus,* la *Hyaena spelaea,* el *Canis familiaris,*

16. J. ALTUNA, *Fauna de mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa. Con catálogo de los mamíferos cuaternarios del Cantábrico y del Pirineo Occidental* («Munibe», 1-4, San Sebastián); la recopilación de Navarra en las páginas 101-105.

17. M. RUIZ DE GAONA, *Un yacimiento de mamíferos pleistocénicos en Olazagutía (Navarra)* (en «Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural», tomo XXXIX, pp. 155-160, Madrid, 1941); *Noticia del hallazgo y destrucción del yacimiento Paleolítico Superior más importante de Navarra* (en «Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos» (San Sebastián, 1950), tomo IV, sec. III, pp. 157-168, Zaragoza, 1952), y *Todavía algo sobre el yacimiento de Coscobilo (Olazagutía)* (en «Príncipe de Viana», núms. 72-73, pp. 279-287, Pamplona, 1958).

Aceptamos ahora la nomenclatura zoológica utilizada por RUIZ DE GAONA, sin establecer algunas correspondencias aconsejables con otros términos de denominación hoy más en uso.

18. En su publicación de 1958, M. RUIZ DE GAONA cita el *Rhinoceros tichorhinus,* en vez de ese *Rhinoceros megarhinus* que él mismo había propuesto antes. J. ALTUNA (*Fauna de mamíferos...,* 1972, p. 104) acepta, como lógica, esa rectificación de RUIZ DE GAONA y sugiere que el rinoceronte hallado en Coscobilo puede ser el citado *Rhinoceros tichorhinus* o bien el *Dicerorhinus kirchbergensis* o el *Dicerorhinus hemitoechus* y no aquel *Rhinoceros (Dicerorhinus) megarhinus* que se catalogó en la primera versión de RUIZ DE GAONA.

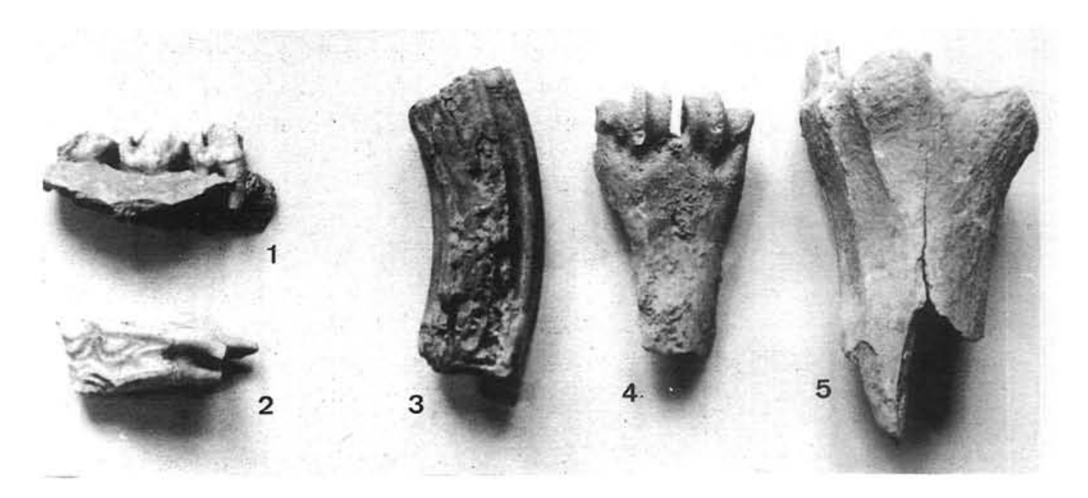



FIG. 16. Fauna de mamíferos (restos de comida) de la cueva de Berroberria, procedentes de las excavaciones del Marqués de Loriana. Se recogieron en los niveles E (n.° 1 y 2) y B (n.° 3, 4 y 5).

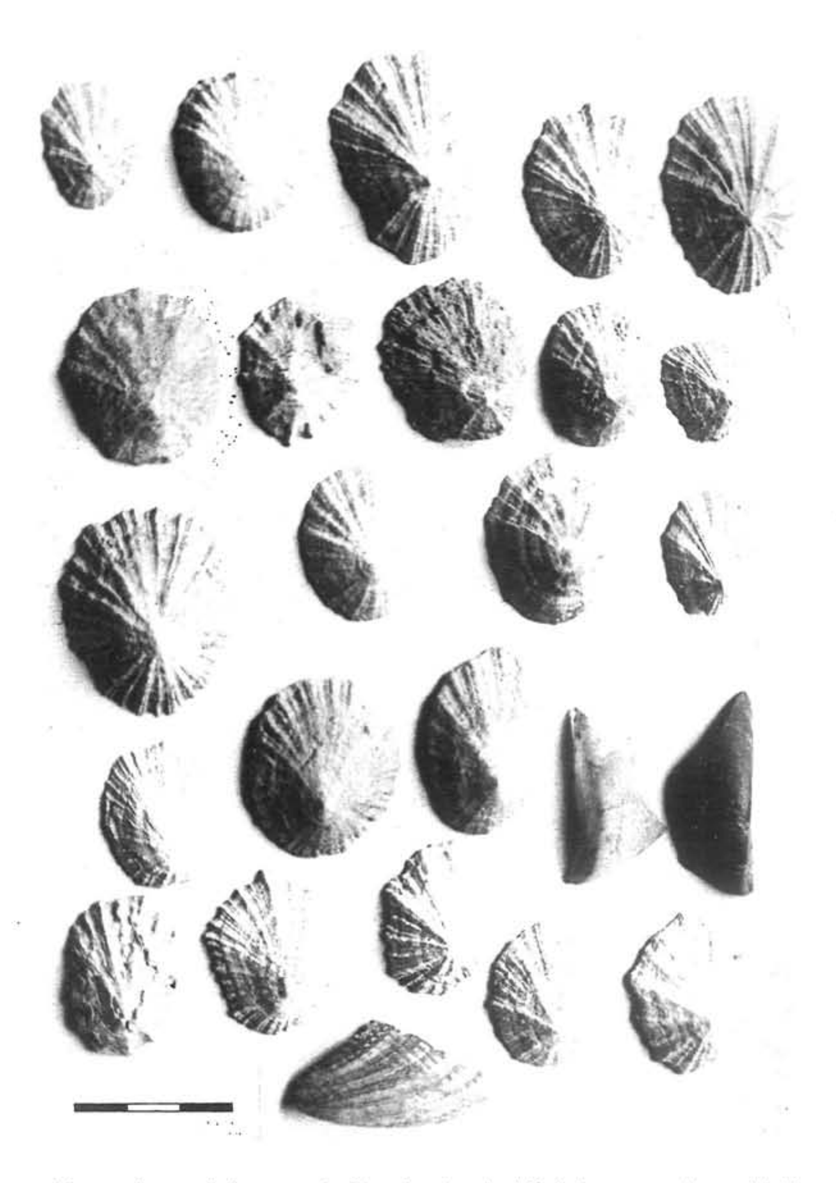


FIG. 17. Muestra del «conchero» de la cueva de Berroberria; nivel B de las excavaciones del Marqués de Loriana.

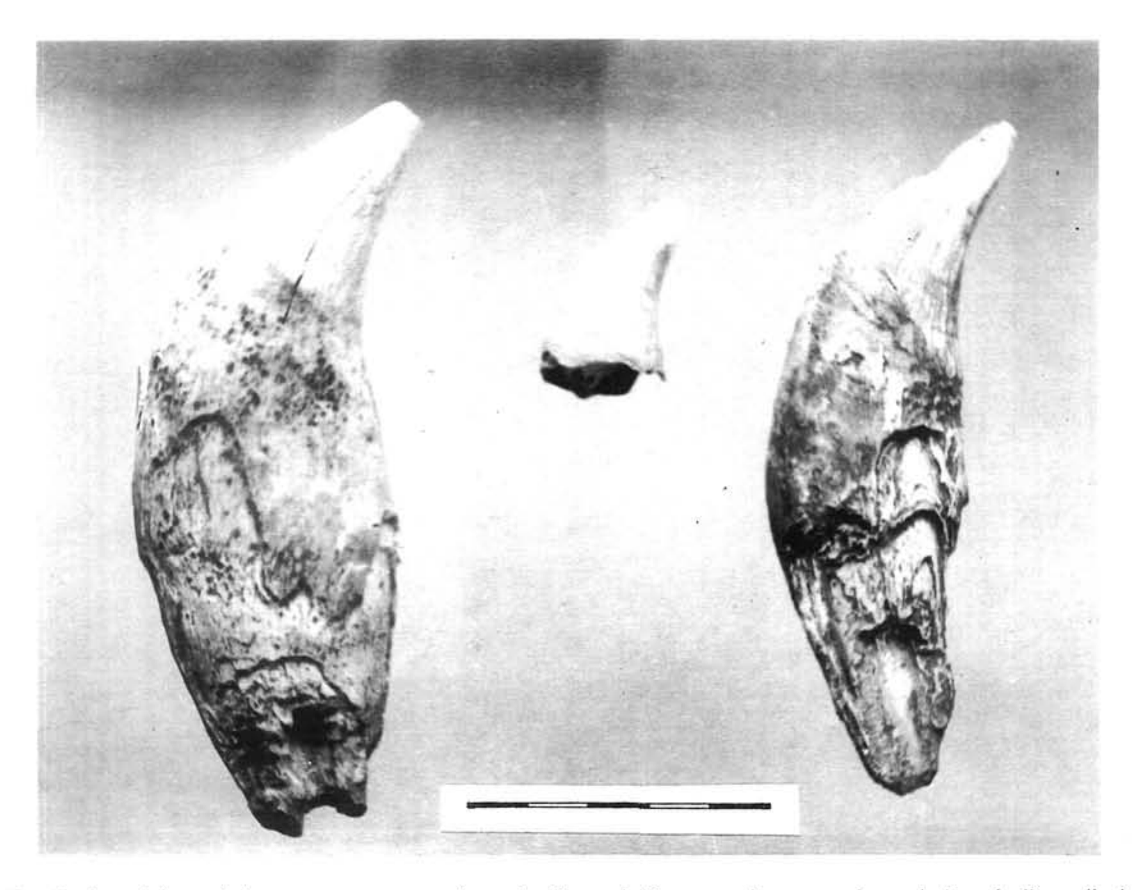


FIG. 18. Caninos del oso de las cavernas encontrados en la Cueva de Zatoya en las excavaciones de Ignacio Barandiarán, en 1975.

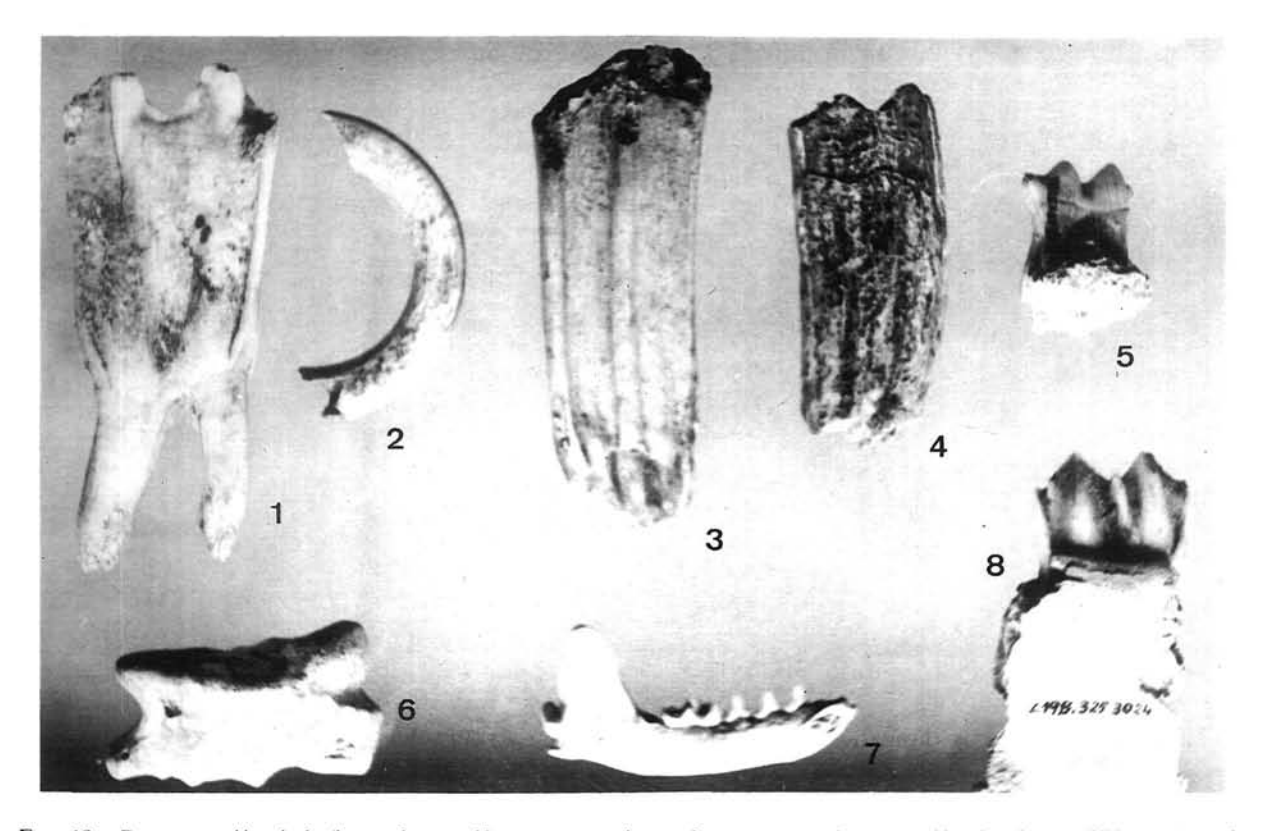



FIG. 19. Representación de la fauna de mamíferos encontrados en las campañas de excavación de 1975 y 1976, por Ignacio Barandiarán en la Cueva de Zatoya; proceden de los niveles del Epipaleolítico.

el *Canis vulpes,* el *Canis lupus,* el *Mustela vulgaris,* el *Ursus arctos* y el *Ursus spelaeus;* de roedores se señalaron un *Mus* sp., *Arvicola spelaea, Castor fiber, Arctomys primigenia* y otros indeterminados; entre los lagomorfos un *Lepus* sp., y entre los insectívoros, unos *Sorex* sp., *Crocidura* sp. y *Talpa* sp.

De las campañas de excavación por el Marqués de Loriana en el covacho de Berroberría (en Urdax) se han señalado dos conjuntos de fauna diferentes[19]. Del Magdaleniense final y del Aziliense (sus niveles E y D) provienen abundantes caballo, ciervo y jabalí; y entre los moluscos, escasas lapas y algún *Helix* (en el Aziliense). En tanto que al Neolítico y Eneolítico (?), en los niveles con conchero y cerámica (horizonte B), se atribuyen abundantes evidencias de ciervo y de jabalí, y algunas de bóvido, de corzo, de cabra, de zorro, de tejón, y de lepóridos y cánidos no bien determinados; entre los moluscos se anotó la abundancia del caracol de tierra (*Helix nemoralis*), y varios mejillones (*Mytilus edulis*), pequeñas lapas y almejas (figuras 16 y 17).

Es lógico suponer que según sean las particulares condiciones de cada paisaje, sean frecuentes en el Paleolítico superior unas especies u otras; y, de rechazo, sean varias las especializaciones venatorias de los grupos humanos que las explotan. En paisajes de bosque son los ciervos y los corzos las especies dominantes; en espacios abiertos y llanos (de «pradera») dominan los caballos, los bisontes y —en especiales circunstancias de mayor rigor climático— los renos; en tanto que los lugares abruptos y de roquedo constituyen el biotopo ideal de sarrios y, sobre todo, de cabras monteses. En cualquier caso debe admitirse que la Navarra montañosa del Noroeste (allí donde se ubica el covacho de Berroberría, detectándose diversas estaciones próximas que debieron ser ocupadas por las mismas épocas del Paleolítico final y Aziliense) ofrece en una extensión no amplia las tres variedades de biotopo (bosque, pradera y roquedo) y, por ello, en expediciones de caza de no mucha distancia era posible explotar sus respectivas variedades de fauna.

En vías de estudio, actualmente, por J. Altuna, los restos de fauna recogidos por I. Barandiarán en sus recientes campañas de Zatoya y de Berroberría, y por P. Utrilla en Abauntz, su aportación podrá permitir precisiones muy importantes sobre especies y especialidades de caza en el final del Paleolítico superior y en el Epipaleolítico navarro (figuras 18 y 19).

En la Prehistoria vasca se ha constatado que a lo largo del Epipaleolítico y en la evolución hacia el Neolítico (es decir, en los períodos climáticos Preboreal, Boreal y Atlántico), aquellos grupos cazadores van dejando de capturar cabras monteses, sarrios y caballos, aumentando la proporción de caza de corzos y de jabalíes. O sea, que continuando el ciervo (como había sido en el Paleolítico superior avanzado) como base de la alimentación cárnica de los grupos epipaleolíticos, se completará su dieta con piezas de corzo y de jabalí. Incluso cuando con el Neolítico avanzado (en algunas partes sólo desde el Eneolítico) se introduzcan las primeras especies domésticas, supondrán éstas un porcentaje mínimo como fuente de aprovisionamiento de carne frente a las especies silvestres que se continúan cazando, como antaño. Así —según cómputo de J. Altuna— en el nivel I («Neolítico» y «Bronce I») de la cueva guipuzcoana de Marizulo (en Urnieta; no lejos de la cuenca media del Urumea), dentro de las especies cuya carne se empleó para la alimentación humana destacan notablemente los restos de las salvajes sobre las domésticas (cabra y oveja: en un total de sólo el 16,4 % de restos identificados). De las especies silvestres de caza destaca sobre todas el ciervo (con un 50,8 %), viene luego el jabalí (el 20,3 %), suponiendo cantidades menores el corzo (9,8 %) y mínimas la cabra montés (2,1 %) y el sarrio (apenas un 0,3 %). Se conoce ya, obviamente, el perro como especie doméstica.

La expansión, por amplias zonas de Navarra, del megalitismo y de las formas culturales del Eneolítico (a inicios de la llamada Edad del Bronce) parece poderse relacionar con grupos de pastores que explotan rebaños de ovino, de cabra y de vacuno, introduciendo una profunda alteración en el biotopo territorial, y en las proporciones de los restos de huesos acumulados en sus lugares de habitación (sobre todo, cuevas) como residuos de comida.

---

19. MARQUÉS DE LORIANA, *Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta y covacho de Berroberría, término de Urdax (Navarra) y sus inmediaciones* (en «Atlantis. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», vol. XV, pp. 91-102, Madrid, 1940) y *Las industrias paleolíticas de Berroberría* (en «Archivo Español de Arqueología», vol. XVI, pp. 194-208, Madrid, 1943). Se han señalado, como procedentes de los niveles del Solutrense, restos de diversas aves (*Aquila* sp., *Lagopus mutus* y *Pyrrhocorax graculus*), por J. FERNÁNDEZ DE VILLALTA, *Datos para un catálogo de las aves fósiles del Cuaternario español* (en «Speleon», tomo 15, pp. 79-102, Oviedo, 1964). De los datos que hemos podido controlar de las diversas campañas de excavación desarrolladas en Berroberría no se puede deducir que exista nivel alguno atribuible al Solutrense, e ignoramos la fiabilidad de esa noticia.

No se ha publicado referencia de la fauna recogida en las campañas de excavación de J. MALUQUER DE MOTES. En cuanto a la procedente de las campañas de I. BARANDIARÁN, a partir de 1977, se ha confiado su estudio a J. ALTUNA, quien elaborará el correspondiente informe extenso a la conclusión del conjunto de los trabajos que se han planeado.

Para el estudio de los animales utilizados por el hombre en la Primera Edad del Hierro contamos en Navarra con los muy importantes datos procedentes de los niveles «hallstátticos» de los varios poblados superpuestos en el Alto de la Cruz, en Cortes, cubriendo un período de medio milenio (entre aproximadamente los 850 y los 350 años a. de C.)[20]. Según las determinaciones de R. Bataller se hallan aquí representadas las siguientes especies de mamíferos[21]:

| | *Niveles* | | |
|---|---|---|---|
| | *E y D* | *C y B* | *A, Z e Y* |
| cabra *(Capra hircus)* . . . . . . . . . . . | 133 (60,45) | 79 (54,48) | 132 (60,55) |
| oveja *(Ovis aries)* . . . . . . . . . . . . . . | 22 ( 9,99) | 16 (11,03) | 32 (14,68) |
| cerdo *(Sus scrofa domesticus)* . . . . | 21 ( 9,54) | 19 (13,11) | 25 (11,47) |
| toro *(Bos taurus)* . . . . . . . . . . . . . . | 40 (18,18) | 22 (15,17) | 21 ( 9,63) |
| caballo *(Equus caballus)* . . . . . . . . | 1 ( 0,45) | 3 ( 2,07) | 1 ( 0,46) |
| conejo *(Oryctolagus)* . . . . . . . . . . . | — | 1 ( 0,69) | 1 ( 0,46) |
| perro *(Canis familiaris)* . . . . . . . . . | 1 ( 0,90) | 3 ( 2,07) | 1 ( 0,46) |
| ciervo *(Cervus elaphus)* . . . . . . . . . | 2 ( 0,90) | 2 ( 1,38) | 2 ( 0,92) |

Los niveles E y D corresponden al poblado más antiguo (PIIa y PIIb), los C y B a la reconstrucción de PIIb, y los A, Z e Y al poblado superior (PIa y PIb). La consideración del cuadro adjunto nos ayuda a perfilar la economía ganadera y el consumo de carnes en ese poblado que puede servir muy bien de paradigma de los muchos que por esas fechas se van estableciendo en cerros y posiciones relativamentes elevadas junto a las tierras bajas próximas al cauce del Ebro y al de sus más importantes afluentes (desde tierras de Alava y riojanas, a las de Zaragoza, Bajo Aragón y Segre-Cinca).

Los habitantes de Cortes en su alimentación cárnica han preferido, de modo aplastante, las especies domésticas (que suponen el 98,61 % de las reunidas en los basureros del poblado) sobre las cazadas (que son, exclusivamente, el ciervo y —muy escasamente— el conejo). Se consume mucha cabra (entre el 55 y el 60 % de los totales clasificados) y, en cierta cantidad (que oscila entre los 9 y 18 %), la oveja, el cerdo y el toro. Las modas alimenticias parecen bastante estables a lo largo del medio millar de años en que se vive en el Alto de la Cruz, si bien se aprecia cierta tendencia a ir sustituyendo el consumo de carne de bóvido (que de más antiguo a más reciente supone porcentajes de 18,18, 15,17 y 9,63) por la de oveja (que, respectivamente, suma los 9,99, 11,03 y 14,68 %).

El perro, como buen auxiliar en las tareas pastoriles y de vigilancia del hombre de la Primera Edad del Hierro navarra, está presente en todo el yacimiento. No se puede determinar si los fragmentos óseos del caballo corresponden a animales salvajes o domésticos.

20. J. MALUQUER DE MOTES, *El yacimiento hallstáttico de Cortes de Navarra. Estudio crítico. I* (en «Excavaciones en Navarra», tomo IV, Pamplona, 1954), pp. 176-180.

21. R. BATALLER, *Estudio de los restos de animales procedentes de la estación protohistórica de Cortes de Navarra* (en «Príncipe de Viana», núms. 26-27, pp. 41-64, Pamplona, 1952) y *Complemento al estudio de los restos de animales procedentes de la estación protohistórica de Cortes de Navarra* (en «Príncipe de Viana», núms. 50-51, pp. 47-57, Pamplona, 1953). Acepta esa clasiicación J. ALTUNA, en *Fauna de mamíferos...*, 1972, p. 103.

En el cuadro adjunto se señalan el número total de individuos identificados y el porcentaje que suponen en el seno de los hallados en el propio nivel.

# CAPITULO 3

# EL POBLAMIENTO DEL TERRITORIO

Los elementos condicionantes principales del poblamiento en la Prehistoria parecen ser, fundamentalmente, tres: la disponibilidad de las materias primas adecuadas al grado tecnológico poseído, la presencia de las especies animales que se cazan (y, luego, de pasturajes adecuados para la ganadería) y de las vegetales que se explotan, y las condiciones mismas de habitabilidad de los lugares. Muy recientes ensayos sobre áreas de explotación y de habitat, en relación con los territorios ecológicos, en la Prehistoria han comenzado a definir zonas y espacios de ocupación preferencial, no sólo en los grupos neolíticos y metalurgistas, sino incluso en las poblaciones cazadoras y recolectoras paleolíticas[1]. La escasez de una suficiente labor de prospección sistemática en amplias zonas del suelo navarro y la casi total carencia de adecuados estudios de conjunto sobre su ecología cuaternaria, impiden formular una satisfactoria explicación de los mecanismos concretos que atrajeron a los más antiguos ocupantes del territorio. Ni permite conocer su cambiante distribución en el espacio en el correr del tiempo, obedeciendo sin duda a diversas presiones ambientales, tanto de índole climático-ecológica, como sociales (de los grupos vecinos, y hasta internas a la propia comunidad).

En una reflexión de más amplio alcance geográfico, no debe olvidarse que la misma Península Ibérica se halla en una situación marginal y de difícil acceso con respecto a las principales áreas géneticas de las culturas prehistóricas, del Continente y del territorio circummediterráneo. Y ello, unido a su diversidad paisajística interna (a su variada estructura física y climática), la configura en muchas etapas de la Prehistoria como «fondo de saco» donde se acumulan elementos foráneos, con situaciones particulares de perduración y de evolución interna, y donde se fraccionan aquellos unitarios impulsos culturales originarios en varias «áreas» distintas (o en «facies») que difícil y esporádicamente se comunican entre sí[2].

Todo grupo de población suele ser resultado de unos procesos de evolución en que confluyen, y mutuamente se matizan, caracteres genotípicos (factores y rasgos genéticos, presiones selectivas...) y circunstancias ambientales (clima, situaciones de aislamiento, recursos alimenticios...). «La variedad fenotípica de las colectividades humanas enclavadas desde antiguo en la tierra vasca, buscada con ahínco en restos óseos y en el vivo, viene teledirigida por la variación de otras causas que la determinan y a cuyo ritmo se ajusta: pulsaciones climáticas, variaciones del relieve, distribución de las faunas que son fuente de alimento, alternancias del bosque y estepa, condiciones del poblamiento. La Geografía prehistórica, la Paleoclimatología y la Paleodemografía tienen mucho que decir en la estructura

---

1. Dichos intentos de estudio de las áreas de habitat y explotación por parte de la Humanidad Prehistórica tuvieron su punto de partida en el ensayo realizado en 1970 por C. VITA-FINZI y E. S. HIGGS sobre el Monte Carmelo palestino y se han continuado en estudios varios en equipo por geógrafos y prehistoriadores ingleses (publicados por E. S. HIGGS, en 1972 y 1975, como *Papers in Economic Prehistory y Palaeoeconomy,* en Cambridge).

2. Según sugerentes observaciones de las síntesis de P. BOSCH GIMPERA, en especial la *Etnología de la Península Ibérica* (Barcelona, 1932) y *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España* (México, 1945).

tipológico-racial de la población de nuestros valles y montañas. Clima y relieve han actuado como factores antropodinámicos de primer orden»[3].

Planteado, generalmente, el conocimiento del medio físico navarro convendrá atender a la antropología de sus pobladores (tanto actuales como prehistóricos) para poder formular las grandes líneas del poblamiento del territorio en el pasado.

## I. PANORAMA DE ANTROPOLOGIA FISICA ACTUAL DE NAVARRA

### 1. PPRESENTACIÓN

Una observación somera del poblamiento actual de Navarra revela profundas divergencias no sólo en la densidad de los grupos en su distribución zonal, sino en sus modos de vida y de subsistencia y hasta en tipología física (en sus rasgos anatómicos). La variedad de las regiones de Navarra impone la existencia de grupos raciales diversos formados por las influencias de distintas áreas culturales y matizados a lo largo ya de las etapas históricas del Reino por invasiones y movimientos de población: en general de menor importancia numérica que las que ocasionaron en la Prehistoria la conformación de las etnias principales[4]. La situación de Navarra entre las circunstancias particulares de acantonamiento que caracterizan los hechos antropológicos y culturales de las comarcas pirenaicas, y las de aperturismo (como de región de paso y de fácil establecimiento y buenas comunicaciones) de la amplia depresión del Ebro, conforman la variedad de aquellos grupos raciales que se pueden rastrear en el pasado y perduran en nuestro tiempo.

La población del Pirineo y aledaños es, sin duda, la más ampliamente estudiada desde perspectivas antropológicas, de todas las peninsulares: tanto los grupos del extremo Occidental (la etnia vasca: que se extiende por él y hacia el Oeste, por el Norte de Alava, por Guipúzcoa y Vizcaya y por amplias zonas de Laburdi, de la Baja Navarra y de Zuberoa) como los ocupantes de algunos de los valles del Pirineo Central (desde la Aezcoa, a Hecho, Tena, comarca de Jaca, Arán y Andorra)[5].

### 2. DIVERSIFICACIÓN Y TIPOLOGÍA ANTROPOLÓGICA

De hace tiempo se ha controlado, y descrito, la diversificación tipológica de las gentes del Pirineo: mientras que los caracteres propios de las poblaciones del grupo Occidental se desparraman por ambas vertientes de la Cadena (constituyendo una unidad antropológica peculiar: el tipo pirenaico-occidental, o vasco), los de las que ocupan los valles centrales del Pirineo quedan encerrados en su ámbito propio de la vertiente meridional. Así lo había definido correctamente F. Olóriz, a fines del siglo pasado: «La faja de partidos judiciales fronterizos con Francia aparece claramente dividida en tres porciones que corresponden a los tres estados que en la Edad Media compartieron la vertiente meridional del Pirineo. Y es muy notable el hecho de que en los segmentos extremos, esto es, en las fronteras franconavarra y francocatalana, el índice es más alto que en el segmento medio o frontera francoaragonesa... Parece como si las partes más débiles de la muralla natural que nos separa de Europa, que están en sus extremos, hubieran sido puertas de paso para las emigraciones desde la península al continente y a la inversa, de modo que alrededor de dichas puertas se hubieran constituido poblaciones de caracteres intermedios, en tanto que el trozo central de la cordillera, fuera de las líneas ordinarias de emigración y de comercio, se hubiera mantenido casi pura la raza más antigua quizás de nuestro suelo»[6].

3. J. M. BASABE, *El hombre prehistórico vasco y su proyección en el momento actual* (en «Primera Semana Internacional de Antropología Vasca», pp. 19-34; Bilbao, 1971), pp. 21-22.

4. Para un mejor conocimiento de los grupos étnicos del territorio y su conformación se recomiendan: *Studien zur Volkstümlichen Kultur von Hocharagon und Navarra* de W. BERGMAN (Hamburgo, 1938), *Síntesis etnográfica del Pirineo español y problemas que suscitan sus áreas y elementos culturales,* de R. VIOLANT Y SIMORRA, y *Unidad y variedad etnológica del Valle del Ebro,* de J. CARO BAROJA (Santander, 1952).

5. La síntesis más clásicas son la *Antropología de la población actual de las comarcas pirenaicas,* de S. ALCOBE (Zaragoza, 1945), *El tipo alpino en las poblaciones del Pirineo* de M. FUSTÉ (tirada aparte de «Pirineos», tomo 33-34; Jaca, 1954) y *La población aragonesa. Estudio antropológico,* de M. FUSTÉ y J. PONS (Zaragoza, 1962).

6. *Distribución geográfica del índice cefálico en España deducido del examen de 8.386 varones adultos,* de F. OLÓRIZ (en «Memorias del Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano», tirada aparte; Madrid, 1892).

Las zonas más alejadas de la cresteria y de los altos valles, en dirección hacia el centro de la depresión del Ebro, ofrecen poblaciones asentadas y conformadas en épocas más recientes que aquellas del Pirineo Occidental. Los grupos humanos propios del Pirineo Occidental y del resto del territorio vasco parecen estar asentados aquí quizá desde fines del Paleolítico superior (figura 20). Mientras que el poblamiento de los altos valles del Pirineo Central (en su vertiente ibérica), el de los «somontanos» y el de la zona central de la depresión del Ebro (Ribera, franja central de Aragón), ha debido producirse de modo esporádico y limitado a partir del Epipaleolítico y Neolítico antiguo y en forma masiva en el Eneolítico y Bronce pleno, con un aporte sustancioso en el posterior Bronce final-Hierro I. Todo ello a partir de grupos que «colonizan» este territorio desde distintos frentes (el Pirineo Occidental, las tierras transpirenáicas, la Meseta y quizá hasta el bajo valle del Ebro y el litoral mediterráneo), produciendo variedades de formas culturales y de grupos étnicos que siguen hoy vigentes en bastantes rasgos.

Por ello, resulta siempre válido el calificativo de «mosaico racial» que aplican los antropólogos al panorama ofrecido por las actuales poblaciones del Pirineo ibérico y de sus zonas vecinas. En dicha diversificación antropológica se singularizan tres elementos, o troncos étnicos, más característicos: el «pirenaico-occidental», el «alpino» y el «mediterráneo»[7]. Ciñéndonos al territorio navarro, y siguiendo la fundamental síntesis de M. Fusté de 1954 hay que señalar en su suelo:

1. El tipo pirenaico-occidental, o vasco, que ofrece individuos altos, mesocéfalos (hay algunos braquicéfalos) y se halla especialmente representado en la mitad septentrional de Navarra (sobre todo en los viejos macizos y en las sierras occidentales de tipo vasco-cantábrico; en la «Navarra oceánica») (figura 21).

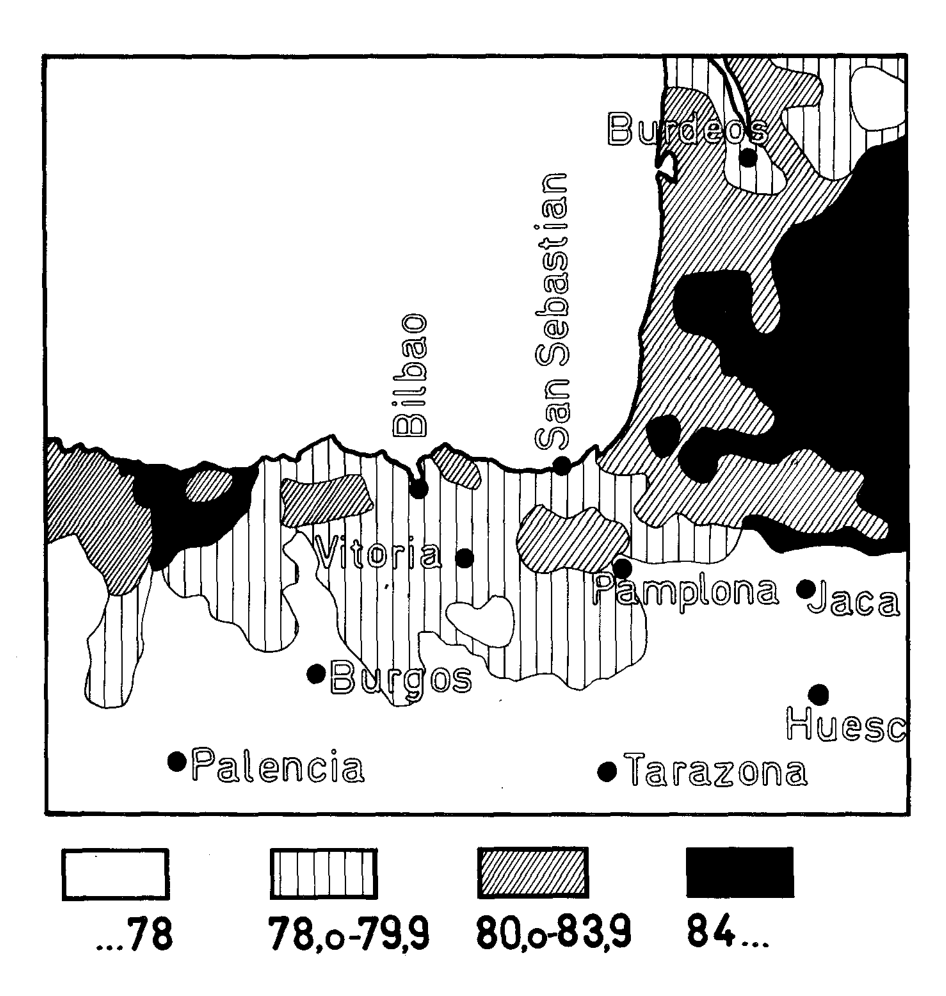



FIG. 20. Mapa de repartición de los índices cefálicos en las poblaciones actuales del País Vasco y territorios vecinos (según T. DE ARANZADI en 1920).

7. Para esta síntesis hemos utilizado la excelente monografía de M. FUSTÉ, *El tipo alpino...* 1954, con detalles de la de M. FUSTÉ y J. PONS. *La población aragonesa... 1962.*



FIG. 21. Tipos pirenaico-occidentales: guipuzcoano el de la izquierda, vizcaino el de la derecha (según T. DE ARANZADI).



FIG. 22. Tipos «alpinos» del valle del Roncal (según T. DE ARANZADI).



FIG. 23. Tipos «mediterráneos» de La Ribera (según T. DE ARANZADI).

2. El tipo alpino, de complexión menor, con acusada braquicefalia, más moreno, de «aspecto marcadamente rechoncho»; se concentra en los altos valles del Pirineo navarro (figura 22).

3. El tipo mediterráneo, de estatura media y proporciones esbeltas, moreno, con conformación de la cabeza acusadamente dolicocéfala; está ya presente en la zona media de Navarra y se extiende esencialmente por todo el tercio meridional hacia el Ebro (de cuya depresión es el elemento antropológico básico) (figura 23).

4. Además existe en Navarra un tipo nórdico (a veces mezclado con los anteriores) de aspecto claro (cabello rubio, iris azul, piel muy blanca) y elevada estatura; de él piensa Fusté que pudo llegar al Pirineo «con las invasiones de los bárbaros y probablemente también con las oleadas célticas». El tipo no es excepcional en diversas comarcas de la Navarra actual, sobre todo en zonas de la Navarra media oriental y pirenaicas limítrofes con Aragón.

## 3. El tipo pirenaico occidental

En la diversificación antropológica de la Navarra actual, frente a tipos comunes a otras áreas peninsulares y del Sudoeste de Europa (como el frecuente tipo mediterráneo, o los no tan abundantes alpino y nórdico), destaca por sus peculiaridades y por su exclusiva adscripción a las zonas del Pirineo Occidental y territorios limítrofes hacia el Oeste y hacia el Norte el tipo llamado «vasco» o con término de más propiedad (y también más arraigado entre los especialistas en Antropología Física), el «pirenaico occidental». Por su singularidad, bien merece aquí un tratamiento y desarrollo específicos.

Las regiones montañosas del País Vasco (y en general del área pirenaica) han debido mantener con mayor limpieza, por normal endogamia, aquellos rasgos antropológicos más antiguos. Del mismo modo que aquí han quedado fijados durante más tiempo (y por tanto, con mayores posibilidades de «incontaminación» y con tendencia a sobrevivir entre las innovaciones que se van sucediendo en tierras vecinas) modos de vida y de cultura de carácter tradicional, tanto en la Prehistoria como en épocas más recientes. De modo que se puede afirmar que acumulándose, y decantándose, a lo largo del tiempo se ha ido conformando una etnia vasca; ciertamente distinta y bien diferenciable, a nivel de rasgos propios en lo lingüístico, en su etnología (costumbres y tradiciones populares) y en su antropología física. Con el eminente especialista H. V. Vallois habrá de aceptarse que en una perspectiva étnica, y al margen de situaciones administrativas, «el pueblo vasco forma desde hace siglos un grupo autónomo... Su principal carácter es su lengua, muy diferente de las de todos los otros grupos europeos y que es considerada generalmente como el último superviviente de los idiomas hablados en nuestro continente antes de la introducción de las lenguas indoeuropeas. Sus costumbres le clasifican también aparte. Forma, pues, una etnia... Las investigaciones de los antropólogos han demostrado que se diferencia igualmente por sus caracteres físicos»[8].

El tipo humano «pirenaico occidental» ha sido singularizado por los antropólogos desde hace más de un siglo —merced a los trabajos de P. Broca en la Sociedad de Antropología de París, por los años 1862 a 1866, sobre series de cráneos de Zarauz— y queda perfectamente definido en síntesis varias de diversos conocidos especialistas[9].

El área propia del tipo se extiende al Pirineo Occidental (su límite oriental se ha de establecer aproximadamente en la divisoria Navarra-Aragón, hallándose algunos tipos «vascos» aún en los valles

8. H. V. Vallois, *Anthropologie de la population française,* París, 1943: pp. 99.

9. En orden cronológico se han de destacar, sobre otras obras, las síntesis debidas a R. Collignon (*Anthropologie du Sud-Ouest de la France. I. Les Basques,* en «Memoires de la Société d'Anthropologie de París», París, 1895), a la Tesis de E. de Eguren *(Estado actual de la antropología y prehistoria vascas. Estudio antropológico del pueblo vasco. La prehistoria en Alava,* Bilbao, 1914), a la primordial aportación de T. de Aranzadi (*Antropología,* en pp. 89-124 de la «Geografía General del País Vasco-Navarro» de F. Carreras Candi; Barcelona; *Síntesis métrica de cráneos vascos* en «Revista Internacional de Estudios Vascos», tomo XIII, Paris-San Sebastián, 1922; y, en colaboración con J. M. de Barandiarán. *Cráneos prehistóricos de Vasconia comparados entre sí,* en «Gernika-Eusko Jakintza, tomo II, Bayona, 1948) y a las de H. V. Vallois *(Anthropologie de la population...* 1943), de J. M. de Barandiarán *(Antropología de la población vasca,* en pp. 193-210, n.° 6-7, de «Ikuska», Sara, 1947), de L. de Hoyos *(Antropología prehistórica española,* en tomo I.1 de «Historia de España» dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1946; y *Los tipos raciales actuales,* en pp. 147-198 de «Investigaciones de Antropología Prehistórica de España», tomo II, Madrid, 1953), de M. Fusté *(El tipo racial pirenaico occidental,* en pp. 341-350 de «IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, 1966), de J. M. Basabe (*Présence du Type Pyrénéen occidentale dans les populations préhistoriques du Nord de L'Espagne,* tirada aparte de «Congres International des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques», Moscú, 1964; y *Antecedentes prehistóricos de la población actual vasconavarra,* en pp. 351-362 de «IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, 1966) y la discutible obra de P. Maluquer (*Contribución à l'étude anthropologique du peuple basque et au problème de ses origines raciales,* en pp. 1-240 de «Bulletin mensuel de la Société d'Anthropologie de París», París, 1963).

oscenses de Hecho y de Tena) en ambas vertientes, con una especial extensión septentrional por Aquitania hacia el Garona, e incluso por la vertiente Norte de la Cadena hasta casi el valle de Arán. Parece que la climatología atlántica, influyendo en las formaciones de bosques del territorio, favoreció el aislamiento y la persistencia de aquel antiguo elemento racial, según la ajustada opinión de M. Fusté: «la presencia de importantes masas forestales en dicha región permitió el aislamiento de sus habitantes y explicaría también la persistencia del pueblo vasco con todas sus características raciales y culturales hasta la actualidad, mientras que en zonas más al Sur iba cediendo el paso paulatinamente a nuevos elementos y formas de vida, recluyéndose, poco a poco, al amparo de los bosques que cubrían extensas zonas de las estribaciones pirenaicas» [10].

Diversos rasgos físicos sirven para definir al tipo pirenaico occidental, y por ende a un buen porcentaje de habitantes de Navarra. Los caracteres propios de la cabeza fueron claramente singularizados por T. de Aranzadi [11]: el cráneo es normalmente mesocéfalo (es decir, largo, ancho y bajo: en la línea de medición), de frente medianamente ancha (con relación al óvalo craneal; casi estrecha con relación a las sienes, por abultamiento de éstas), y de contorno globiforme (visto por detrás; con cierto abultamiento de la parte superior del occipital); es, además, introrsobasilar (con el borde anterior del orificio máximo relativamente alto), griptozigo (o sea, de arcos zigomáticos apenas, o nada, visibles desde arriba) y, en general, estegnonato (es decir, de cara alta y estrecha, con nariz alta y estrecha y de órbitas bastante altas). En la valoración general de su índice cefálico, opina Aranzadi que por su mesocefalia (además de por otras características osteológicas) habrá que considerar al vasco como a un tipo intermedio entre alpinos y mediterráneos: sin que ese carácter de intermediario se deba a mestizaje alguno.

Estudiando las poblaciones francesas, debemos a H. V. Vallois una amplia referencia a la anatomía y aspecto propios del vasco, cuya transcripción nos ahorrará más explicaciones: «La forma de la cabeza es característica. Abultado en las sienes, el cráneo presenta una cara larga y delgada que se estrecha gradualmente hacia abajo y termina en un mentón huidizo y apuntado. De donde resulta un aspecto que ha sido designado con el nombre de «cabeza de liebre» y no tiene analogía en las otras razas de Francia. A pesar de su abultamiento, la cabeza es bastante larga: no es por lo tanto más que moderadamente braquicéfala, con un índice de 83. La frente, recta, se une, casi sin hundimiento surnasal, a una nariz delgada y saliente, netamente leptorrina. Los cabellos son morenos, oscuros o negros, siendo excepcionales los rubios. Pero los ojos son frecuentemente claros, verdes o castaños. El aspecto general del cuerpo es también característico. La estatura es grande: en mucho superior a la media francesa, alcanza 1,67 en los vascos puros... Las espaldas, muy rectas y muy elevadas, cubren un pecho en tronco de cono que se continúa en un talle fino y caderas muy estrechas, con piernas más bien delgadas. Las curvas del raquis son muy acentuadas y dan a la marcha una gracia y soltura particulares» [12].

Desde un punto de vista serológico se aprecia entre los vascos un muy alto porcentaje de individuos del grupo sanguíneo 0: lo que hace al Pirineo Occidental, según opinión de un ilustre antropólogo, «región de donadores universales por excelencia»; al mismo tiempo que es elevada la proporción de los que entre ellos ofrecen un factor Rh negativo [13]. Datos ambos que singularizan

---

10. M. Fusté, *El tipo alpino...* 1954, pp. 377-378.

11. T. de Aranzadi, *Síntesis métrica...* 1922: *passim.*

Los milenios transcurridos han provocado diversas modificaciones en los rasgos antropológicos, de forma que a veces es algo difícil establecer un claro nexo entre las actuales poblaciones del territorio y sus antepasados prehistóricos. Podemos enumerar esas modificaciones siguiendo el acertado diagnóstico de R. Riquet: «La cabeza se ha acortado (184-185 mm.) y ensanchado (143-144 mm.), la bóveda craneana se ha rebajado (130 mm.)», en tanto que las proporciones de la cara han variado mucho menos (por ejemplo, las bastantes similares altura de la cara —71 a 72 mm.— y anchura bizigomática —130 mm.). De modo que la modificación general de la cabeza (en un sentido de «alpinificación») habrá de suponerse o producida por evolución espontánea, o quizá, mejor, por influencia de las poblaciones vecinas de Aquitania (de *Populations et races au Néolithique et au Bronze ancien,* de R. Riquet; ejemplar policopiado, Burdeos, 1967: pp. 312).

12. H. V. Vallois, *Anthropologie de la population...* 1943: pp. 99-101.

13. Las medias nacionales de Francia y de España revelan, respectivamente, proporciones del 43,3% y del 39% para los pertenecientes al grupo O: frente a ellas, destacan los vascos continentales (con un 62%) y los vascos peninsulares (con un 57,2%), tanto como frente a las proporciones de individuos del grupo O en las provincias vecinas (en Huesca, el 41,5%; en Zaragoza, el 39%; en Teruel, el 46%). En comunidades vascas relativamente cerradas aquellos porcentajes medios de vascos de sangre de tipo universal aumentan lógicamente: en la muestra de Hasparren (en Laburdi) llegan a ser el 66%.

En cuanto al Rh negativo, frente a la media del 15% en poblaciones blancas, en diversas muestras de vascos oscilan del 28,5% al 42% (ésta, en vascos continentales).

Todo ello se puede explayar en: *La repartition des groupes sanguins dans le Sud-Ouest de la France,* de H. V. Vallois (en «Comptes Rendues de l'Académie des Sciences», París 1941), *Antropología de la población...* 1947, de J. M. de Barandiarán, *Considérations sur la race basque* de P. Jaureguiberry (Burdeos, 1947) y en *Grupos sanguíneos y factor Rh en*

también al grupo entre los otros tipos antropológicos del Sudoeste europeo[14].

## II. ANTROPOLOGIA PREHISTORICA DE NAVARRA

### 1. Presentación

El territorio hoy ocupado por las Provincias Vascongadas, por Navarra y por las provincias del Departamento de los Pirineos Atlánticos, ofrece una pluralidad de paisajes y de asentamientos humanos cuyos orígenes se remontan a la Prehistoria. Diversos grupos culturales y raciales se han fijado en aquella variedad de paisajes. Según una reciente síntesis de J. M. Basabe, en la provincia de Alava se daría una disposición de los grupos antropológicos, en dos grandes franjas, durante la gran época dolménica (Eneolítico y Bronce pleno): al Sur, predominarían los «mediterráneos» (tanto «gráciles» como «robustos») con algunos cromañoides y pocos pirenaico occidentales; al Norte, los mayores porcentajes de la población corresponden al tipo pirenaico occidental, al que acompañan algunos mediterráneos de rasgos paleomorfos y cromañoides. El diagnóstico alavés puede ser aplicado aproximadamente a la situación poblacional en Navarra, de la Ribera a la Montaña.

No resulta fácil llegar a establecer la génesis y evolución de aquellas poblaciones, el estudiar su Prehistoria, debido a diversas penurias de conservación, tanto como de adecuado control de los restos que trabajosamente han podido reunir arqueólogos y antropólogos. A pesar de las decenas de yacimientos en cuevas sepulcrales y en dólmenes, resulta muy exiguo el material antropológico que se haya recopilado como para poder establecer una visión de conjunto suficientemente expresiva de las poblaciones que ocupaban entonces el territorio. Diversos problemas de conservación han afectado la integridad de aquellos valiosos, y necesarios, testimonios: el emplazamiento de muchos dólmenes en medios no calizos (los únicos, éstos, en que se conservan suficientemente los restos óseos), la reutilización (con destructoras remociones) de muchos de aquellos depósitos funerarios (tanto en cueva como en dolmen), y una deplorable actividad furtiva (por buscadores de «tesoros» o por aficionados coleccionistas de antigüedades), entre los más destructores.

### 2. Panorámica de Antropología Prehistórica de la Península Ibérica

Es difícil establecer un planteamiento general de los tipos antropológicos que se suceden en la Prehistoria peninsular.

Está representado el Paleolítico Inferior por escasísimos restos atribuidos genéricamente a un grupo de «anteneanderthales», el Paleolítico Medio por diversas evidencias atribuidas al «hombre de Neanderthal», y el Paleolítico Superior por individuos que se engloban en el tipo del «hombre de Cro-Magnon».

De modo tradicional, una serie de ilustres antropólogos han venido definiendo ciertos posibles caracteres de parentesco (o de continuidad morfológica) entre los cromañones paleolíticos y el tipo pirenaico occidental: desde P. Broca y muy en especial T. de Aranzadi[15].

Es en el Epipaleolítico («Mesolítico») y su transición al Neolítico cuando las culturas prehistóricas peninsulares aparecen sustentadas por diversos grupos raciales cuya aparición y diferenciación son explicables, según los antropólogos (que en esto defienden posibilidades que la Arqueología no se atreve a sustentar), por la convergencia de tres distintos factores: herederos unos de los paleolíticos precedentes, relacionables los otros posiblemente con poblaciones del Norte de Africa, y mostrando los terceros caracteres emparentables con grupos propios del Mediterráneo oriental y del

---

*los vascos,* de M. A. Etchebérry (en «Boletín Americano del Instituto de Estudios Vascos», año III, vol. III. 8; Buenos Aires, 1952). La obra de Etcheberry y de J. M. de Barandiarán (junto a la *Síntesis métrica...* de T. de Aranzadi) ha sido últimamente reeditada con el título genérico de *La raza vasca,* por Editorial Auñamendi (San Sebastián, 1959).

14. P. Jaureguiberry (*Considérations sur la race...* 1947: pp. 63-66 y 74) afirma el grado de pureza del tipo que «viene traducido objetivamente por un índice bioquímico muy elevado y un lugar aparte en el cuadro de Streng. Todo demuestra que los vascos son occidentales de tipo «nórdico», los menos asiatizados de Europa».

15. J. M. Basabe, *Presencia de rasgos cromañoides en la población prehistórica del País Vasco-español* (en «Anuario de Estudios Atlánticos», tomo 15, pp. 51-56; Madrid-Las Palmas, 1969).

Próximo Oriente[16]. Dichos factores producen sendas caracterizaciones tipológicas:

1. Los grupos de perduración paleolítica, además de entre los vascos se aprecian en la población indígena canaria (los guanches) y en diversos yacimientos del Neolítico y Eneolítico del Levante (varias cuevas sepulcrales del Reino de Valencia) y del tipo de los llamados «sepulcros de fosa» de Cataluña.

2. Los tipos mediterráneos robustos (o eurafricánidos), de cráneos muy altos y muy largos, en individuos altos de osamenta robusta.

3. Los tipos mediterráneos gráciles, de cráneo dólico —o mesocéfalo—, de contorno ovoide y bóveda medianamente alta; son de estatura media o baja, de tipo esbelto, y constituyen el elemento racial mayoritario ya en aquellas épocas (y hoy) en la Península Ibérica.

Desde los comienzos de la Edad del Bronce (Eneolítico), aquel fondo racial, y los mismos modelos culturales, se van a ver renovados por la aparición de minorías de grupos braquicéfalos (alpinos, nórdicos), dentro de una situación de profunda «innovación antropológica» que sacude toda Europa y afecta, de rechazo y aunque un poco lejanamente, a las poblaciones peninsulares[17].

Nuevos cambios profundos (en las técnicas, en los modos de vida y en los rituales) de los inicios de la Edad del Hierro se han atribuido a la arribada a la Península (a través, sobre todo, de los pasos extremos de la Cadena Pirenaica) de diversos contingentes procedentes de Europa centro-occidental. Aunque las necrópolis de la época (en que sistemáticamente se practican ritos de incineración de los cadáveres) no proporcionan datos hacia la definición antropológica de la intensidad y arraigo de aquellas «oleadas» de invasores, se piensa que la presencia de porcentajes significativos de elementos nórdicos en las poblaciones actuales (en Aragón y Navarra, sobre todo) expresarían a los herederos de aquellas gentes transpirenaicas de fines del Bronce e inicios de la Edad del Hierro.

## 3. Restos del hombre prehistórico en Navarra

Los restos humanos prehistóricos de Navarra se han recogido, fundamentalmente, en dólmenes (sobre todo del Aralar y de Urbasa); por otra parte, hay citas varias de hallazgos en cuevas que, por desgracia, no siempre han podido ser controlados y recuperados por el eficiente Servicio de Espeleología de la Diputación Foral. En su mayoría esos restos se deben referir al Neolítico avanzado, al Eneolítico y al Bronce pleno y avanzado.

Los restos dolménicos fueron ampliamente estudiados por T. de Aranzadi en las memorias correspondientes a sus campañas de excavación; del resto de evidencias reunidas sólo la procedente de la Cueva de los Hombres Verdes (en Urbiola) ha sido objeto de detenido análisis, por M. Fusté. La lista de los restos estudiados (cuya noticia publicada se puede manejar) y de algunos otros, reunidos en el Museo de Navarra, salvados para una ulterior utilización antropológica, es la siguiente:

- *Dólmenes del Aralar:* Ziñeko-Gurutze (restos pertenecientes a cinco individuos; cuatro cráneos y varios huesos largos), Aranzadi (al menos ocho individuos; de ellos se conservan sólo una calota y algunos huesos largos en el Museo de Navarra), Obioneta Sur (se controlaron hasta diecisiete inhumados, siendo muy escasos los restos utilizables en un análisis antropológico: un cráneo

---

16. Los problemas generales de antropologia prehistórica peninsular se verán en las muy útiles monografías de: G. Herve (*Les populations mésolithiques et néolithiques de l'Espagne et du Portugal,* tirada aparte del n.º 9 de la «Revue mensuelle de l'Ecole d'Anthropologie de París» de 1899), L. de Hoyos (*Investigaciones de Antropología Prehistórica de España,* 2 tomos, Madrid, 1950, 1953), M. Fusté (*Antropología de las poblaciones pirenaicas durante el período eneolítico,* en pp. 109-135 de «Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún», vol. XIV, Madrid, 1952; *Persistencias de tipos humanos paleolíticos en el Neo Eneolítico del Levante español,* en pp. 117-126 de «Actas de la IV Sesión de los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», Zaragoza, 1956; *Estado actual de la antropología prehistórica de la Península,* en pp. 363-382 de «Primer Symposium de Prehistoria de la Peninsula Ibérica», Pamplona, 1960), A. X. Da Cunha y M. Fusté (*Antropologia das populações ibéricas,* en pp. 125-154 de «Estudios antropológicos Portugueses» n.º 7, Lisboa, 1967) y A. X. Da Cunha (*Rassengeschichte der Iberischen Halbinsel,* en pp. 103-127 de «Rassengeschichte der Menschheit», tomo 2, Mainz, 1974).

17. Tres caracteres antropológicos surgen con el Eneolítico en la casi totalidad de las poblaciones de Europa Occidental: la brusca floración de elementos braquicráneos (campaniformes del Rhin, belgas, civilización francesa del S.O.M., áreas rusas de cerámicas peinadas, dólmenes daneses), la desgracilización general de las poblaciones (que llega incluso a caracterizar a varios grupos aquitanos y que habría de interpretarse como «la resurgencia del fondo mesolítico provisionalmente eliminado de la escena y relegado a la sombra por los colonos del Neolítico antiguo principalmente y luego del Neolítico medio») y la multiplicación de los grupos culturales. Salvo esta tercera característica (en un sentido exclusivamente cultural y no antropológico), el País Vasco montañoso ha quedado libre de las que afectan al fondo antropológico de sus poblaciones, de modo que aquí el viejo sustrato «pirenaico occidental» (cromañoide, «protovasco») ha continuado relativamente incontaminado hasta etapas mucho más recientes y ya plenamente históricas. (Según R. Riquet en «*Populations et races au Néolithique...* 1967).

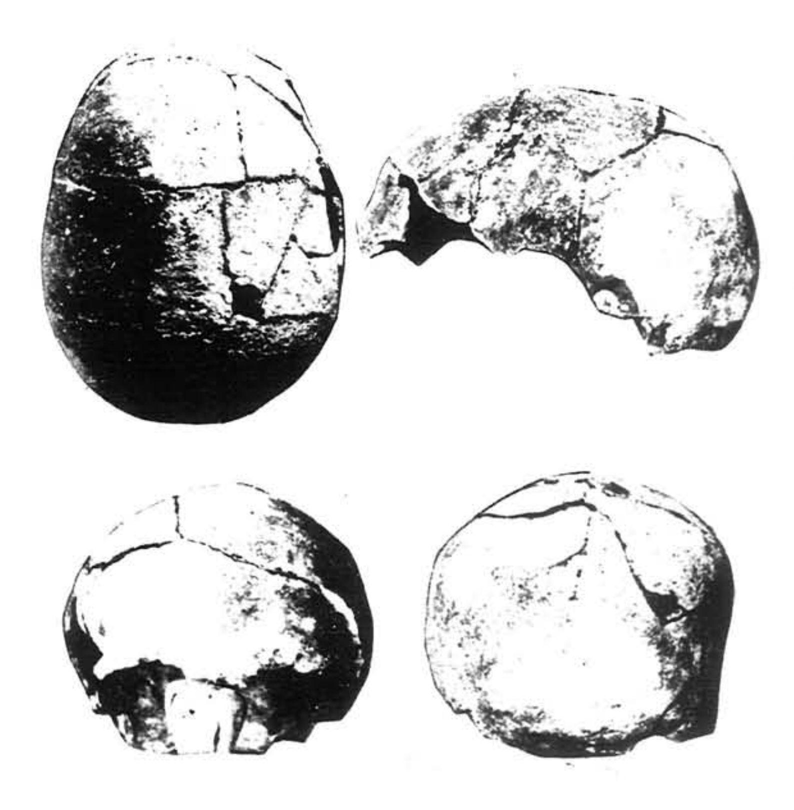


FIG. 24. Cráneo *alfa* del dolmen de Ziñekogurutze (en Aralar), orientado según la línea glabela-lambda (según J. M. BASABE en 1966).

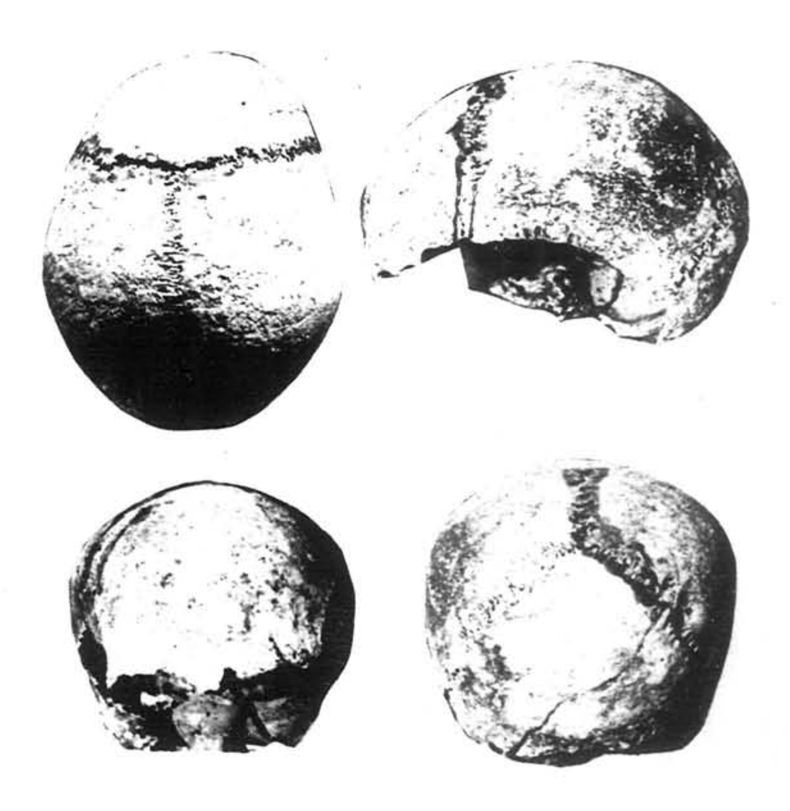


FIG. 25. Cráneo *beta* del dolmen de Ziñekogurutze (en Aralar), orientado según la línea glabela-lambda (según J. M. BASABE en 1966).

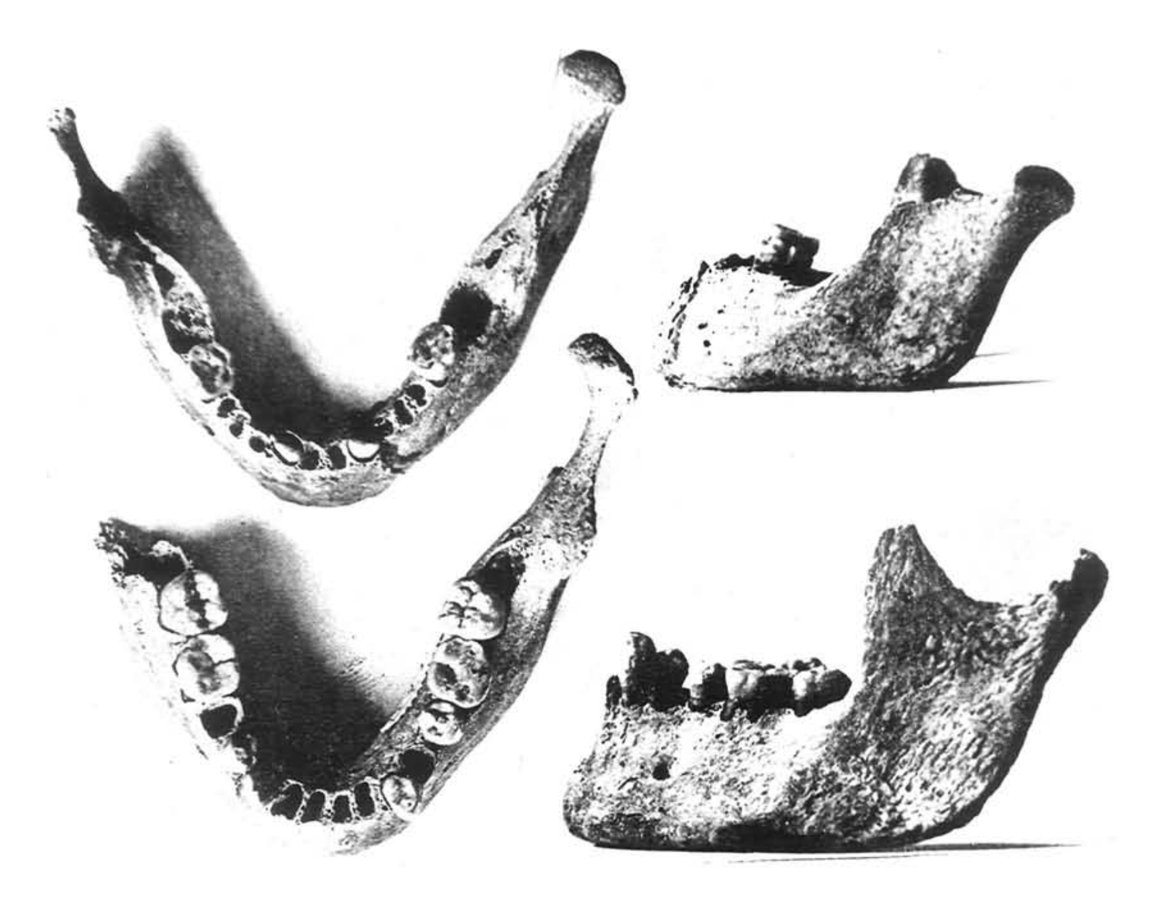


FIG. 26. Mandíbulas de infante (arriba) y joven (abajo) del dolmen de Ziñekogurutze (en Aralar) (según T. DE ARANZADI y F. DE ANSOLEAGA en 1918).

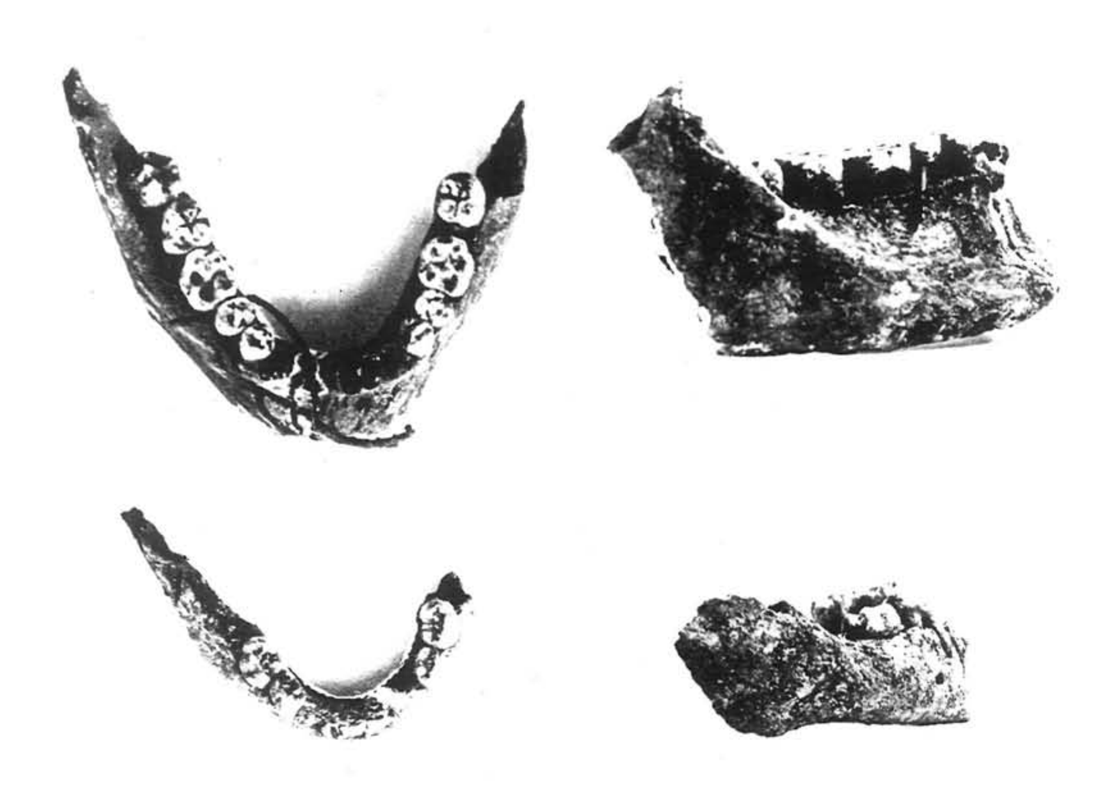


FIG. 27. Mandíbulas de adulto (izquierda) e infante (derecha) del dolmen de Aranzadi (en Aralar) (según T. DE ARANZADI y F. DE ANSOLEAGA en 1915).

incompleto, un frontal, dos fragmentos de occipital, varios maxilares), Debata de Realengo (con unos treinta individuos; sólo se conservan bien varios fragmentos mandibulares); además se recogieron restos varios pertenecientes a un total de al menos treinta individuos entre los dólmenes de Trikuarri, Obioneta Norte, Arzabal y Pamplonagañe (figuras 24, 25, 26 y 27).

• *Dólmenes de Urbasa:* los de La Cañada, Artekosaro, Zurgaina y Puerto Viejo de Baquedano, proporcionaron un total de restos (la mayoría inutilizables) pertenecientes a unos sesenta individuos.

• *Dólmenes de Leire-Illón:* Pieza de Luis (restos humanos sin precisar), Balsa del Portillo de Ollate (piezas dentarias, al menos de dos individuos), Faulo (restos de seis individuos) y Puente de Bigüezal (varias piezas dentarias).

• *Dolmen de Baratzeko-Erreka* (en Auritz): restos de cinco inhumados.

• *Cuevas de Zatoya* (Abaurrea Alta): en las dos cavidades próximas (la I fue objeto de amplia excavación en 1975 y 1976 por I. Barandiarán) se han recogido diversos restos humanos, correspondientes a utilización de las cavidades como depósito funerario posiblemente en el Bronce pleno o avanzado: una parte sustancial de esas recolecciones lo fue por grupos incontrolados, que las retienen.

• *Cueva de Ososki, o del Moro* (en Aspurz): con piezas dentarias atribuibles al Bronce final.

• *Cueva de Abauntz* (Arraiz): con una rica serie antropológica, procedente del nivel b de las recientes excavaciones por P. Utrilla (más noticias de un profundo expolio anterior, en excavación ilegal), se atribuyen al Eneolítico o Bronce pleno. Como lo de Zatoya, se halla ahora en vías de estudio.

• *Cueva de los Hombres Verdes* (Urbiola): su importante conjunto osteológico (perdido hoy, a causa de un accidente fortuito en los laboratorios donde estaba siendo estudiado) ha servido a M. Fusté para la definición muy precisa de las características de la población que fue depositada en la cavidad en el Bronce avanzado.

## 4. Tipos humanos en la prehistoria de Navarra

La exigüidad de restos recogidos y estudiados en Navarra sólo permite una referencia medianamente aprovechable a los tipos antropológicos que poblaron algunas zonas de la Navarra húmeda (en la cultura dolménica de las sierras de Aralar y Urbasa), quedando el resto del territorio y las demás etapas culturales sin información directa sobre las características físicas de sus ocupantes.

a. *Los tipos paleolíticos.* Es lógico suponer que las evidencias arqueológicas que (por su tipología formal y tecnológica) se han atribuido a situaciones culturales de fines del Paleolítico inferior, al Paleolítico medio y a las etapas extremas (inicial y final) del Paleolítico superior han de ser referidas a hombres del tipo de Neanderthal (Paleolítico inferior final y Paleolítico medio) y del Cro-Magnon (Paleolítico superior). Aunque, por hoy, no hayan sido encontrados sus restos óseos en ninguno de los yacimientos conocidos en Navarra.

b. *El tipo dolménico pirenaico occidental.* Las mediciones y control de las series de Aralar y Urbasa, por T. de Aranzadi[18], han sido incorporados, desde hace ya medio siglo, a las valoraciones tradicionales del tipo pirenaico occidental, en el que deben plenamente incluirse.

Reuniendo información de las memorias de excavación de dichos dólmenes navarros con la procedente de dólmenes guipuzcoanos del Aralar y de Aizgorri, ha elaborado J. M. de Barandiarán el cuadro que se reproduce más abajo. En él se evidencia la proximidad de los vascos actuales con los antepasados que, en el Eneolítico y comienzos de la Edad del Bronce (hace ya 4.000 años), poblaban las zonas montañosas del territorio. En la serie moderna, tanto como en la dolménica (que procede de los sepulcros megalíticos de Ziñeko-Gurutze, Aranzadi, Obioneta y Arzábal), se aprecian similares

18. Las monografías correspondientes a esos hallazgos, con amplia referencia a su antropología física, se deben a T. de Aranzadi y F. de Ansoleaga *(Exploración de cinco dólmenes de Aralar,* Pamplona, 1915; y *Exploración de catorce dólmenes del Aralar,* Pamplona, 1918), a I. de Aranzadi y J. M. Barandiarán *(Exploración de ocho dólmenes de la Sierra de Aralar,* San Sebastián, 1924) y a T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren *(Exploración de seis dólmenes de la sierra de Urbasa (Navarra),* San Sebastián, 1923). Su más amplia interpretación, en el contexto tipológico del Pirineo Occidental, se expone en la «*Síntesis métrica de cráneos vascos*», de T. de Aranzadi (en «Revista Internacional de Estudios Vascos», tirada aparte, tomo XIII, París-San Sebastián, 1922).

rasgos, propios del tipo pirenaico occidental: mesocefalia, de sienes abultadas, leptorrinia, ortognatia, estrechez de mandíbulas, mediana estatura...[19] (figuras 28, 29 y 30).

| | *DOLMENICOS* | | *ACTUALES* | |
|---|---|---|---|---|
| | *Masculinos* | *Femeninos* | *Masculinos* | *Femeninos* |
| Diámetro antero-posterior máximo | 183-184 | 173-175 | 186 | 178 |
| Diámetro transverso máximo | 142-149 | 135 | 142,5 | 138 |
| Anchura frontal máxima | 118,5 | 124 | 120 | 116 |
| Anchura frontal mínima | 92-101 | 87-101 | 97 | 95 |
| Anchura biastérica | 102-105 | 110 | 112 | 109 |
| Anchura nasal | 23-26 | — | 23,8 | 23 |
| Altura de la nariz | 47 | — | 52,1 | 49,3 |
| Circunferencia glabélica | 541 | 517 | 529,5 | 510,3 |
| Indice cefálico | 56-77,6 | 77,1-78 | 76,6 | 77,5 |
| Indice nasal | 47,9 | — | 45,7 | 46,4 |
| Indice fronto-parietal | 64,8-74,3 | 64,4 | 67,5 | 68,8 |
| Indice frontal | 85,2 | 81,4 | 80,2 | 81,3 |
| Indice asterio-parietal | 73,9 | 81,5 | 79,2 | 79 |
| Indice de curvatura frontal | 86-86,4 | 88,4 | 86,3 | 85,2 |
| Estatura | 1,65-1,67 | 1,52 | 1,65 | — |

c. *El tipo dolménico mediterráneo.* Debe ser el predominante en las estaciones post-paleolíticas (y no sólo las dolménicas) de la Ribera, y estar bien representado en la Navarra Media. Los datos reunidos en dólmenes y cuevas sepulcrales de Alava, del Eneolítico y Bronce antiguo, pueden ser normalmente aplicados al solar navarro.

El tipo mediterráneo resulta mayoritario en los dólmenes de la Rioja alavesa: así, en el Alto de la Huesera (en Laguardia) y en el de La Cascaja (en Peciña; junto a San Vicente de la Sonsierra).

En el abundante material antropológico de cuevas sepulcrales alavesas (la del Lechón, en Artaza; la de Aralday, en Altube; la de Las Calaveras, en Cárcamo, y la de Gobaederra, en Subijana-Morillas), ha señalado J. M. Basabe[20] el claro dominio del mediterráneo grácil (en más de un 60%), con rasgos sensibles de cromañoidismo (o pirenaico occidentales; más notables en el depósito de Gobaederra) y con contados rasgos de eurafricánidos («mediterráneo robusto», en Arralday y Lechón). Concluyendo que tal mezcolanza es la típica del biotipo de los alaveses actuales y, obviamente, de los navarros de hoy.

d. *Los tipos de Urbiola.* Caso muy distinto, y digno de más concreta consideración aquí —por su excepcionalidad—, es el del conjunto de individuos depositados en la Cueva de los Hombres Verdes (Urbiola), en fechas referibles al Bronce avanzado[21]. La serie osteológica que pudo estudiar Fusté se perdió posteriormente por un desgraciado incendio que destruyó buena parte de las colecciones del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona, donde estaba depositada provisionalmente.

En la serie de Urbiola había diez cráneos masculinos clasificables, por sus índices cefálicos: dos dolicocráneos, cinco mesocráneos, dos braquicráneos y un hiperbraquicráneo. Llama pues la atención, en el conjunto medido, la reducida dimensión media del neurocráneo, «por intensa braquicefalia, acompañada de gran altura relativa de la bóveda, y por mayor aplanamiento de las regiones frontal y occipital», según las anotaciones de Fusté, que seguiremos[22]. Por otra parte, la serie de fémures permitió determinar la estatura de aquellos individuos (según el procedimiento de Pearson), comparándola con la serie de individuos típicamente mediterráneos del poblado Neolítico-Eneolítico de Los Millares. Según ello, los depositados en Urbiola tendrían una estatura media de 1,64 m., algo más elevada (entre 1 y 2,5 cm.) que la media de los de Los Millares (figura 31).

19. J. M. DE BARANDIARÁN, *Antropología de la población...* 1947, pp. 43-45.

20. J. M. BASABE, *Restos humanos de algunas cuevas sepulcrales de Alava* (en «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 2, pp. 49-92, Vitoria, 1967).

21. J. MALUQUER DE MOTES, *Cueva sepulcral de Urbiola* (en «Príncipe de Viana», n.º 88-89, pp. 419-423, Pamplona, 1962).

22. M. FUSTÉ, *Algunas observaciones acerca de las poblaciones prehistóricas y proto-históricas del Norte de España* en «Actas del XXVII Congreso Luso-Español de la Asociación Española para el Proceso de las Ciencias», tomo II, pp. 290-296, Madrid, 1965).

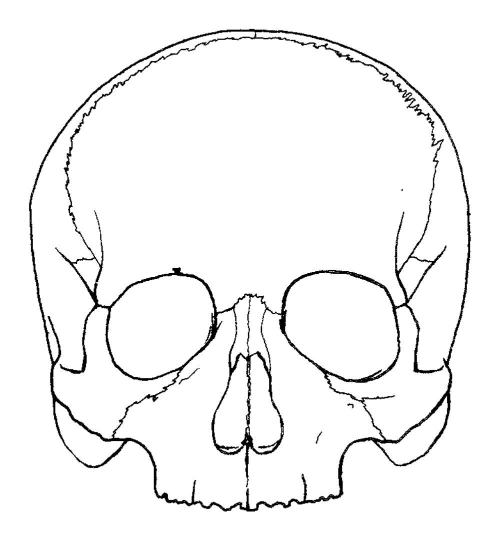


FIG. 28. Norma facial de un cráneo tipo medio vasco masculino (según T. DE ARANZADI en 1922).

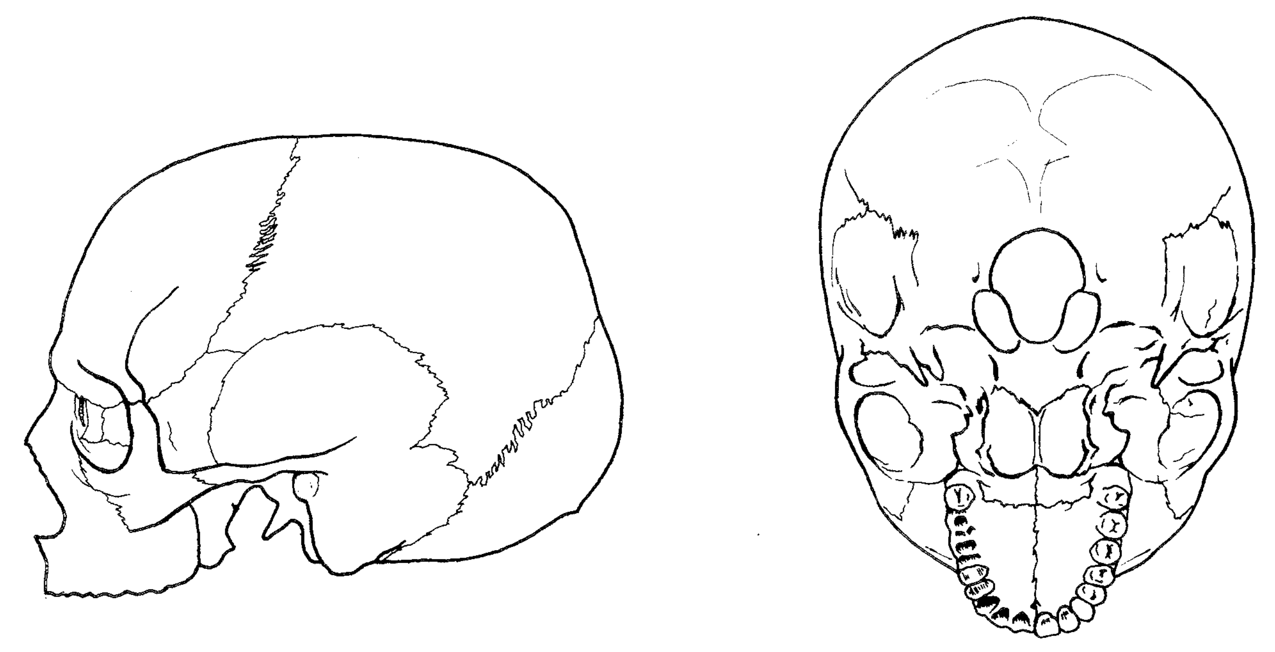


FIG. 29. Normas lateral e inferior de un cráneo tipo medio vasco masculino (según T. DE ARANZADI en 1922).

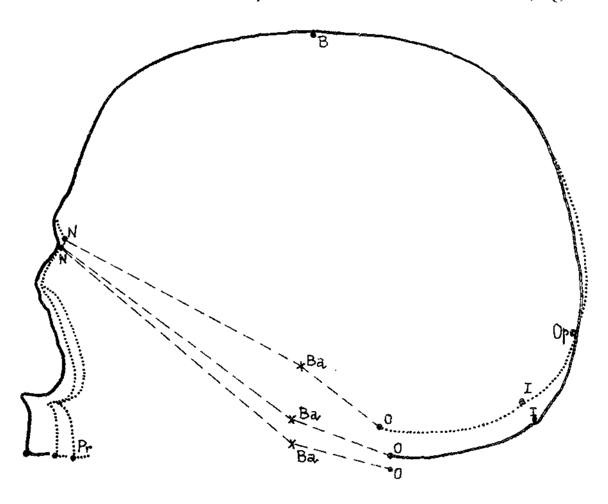



FIG. 30. La introversión del basio constituye un carácter notable de la conformación del cráneo en el tipo pirenaico-occidental. Según la estudió detenidamente T. de Aranzadi, en 1922, dicha introversión del basion(Ba) tiene como consecuencias: la disminución de la altura del cráneo (bregma-basion: B-Ba), el acortamiento de la distancia nasion-inion(N-I) con relación a la nasion-opisthocráneo(N-Op), la disminución (o inversión) del ángulo nasion-basion-opistion(N-Ba-Op), y un ligero aumento del ángulo prostion-nasion-basion(Pr-N-Ba).



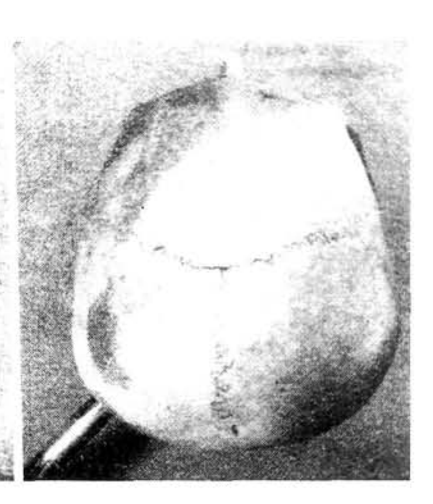


FIG. 31. Uno de los cráneos de Urbiola, en visión frontal, lateral y superior. Obsérvese su acentuada braquicefalia (según M. FUSTÉ en 1965).

La población depositada en el covacho de Urbiola muestra una composición heterogénea: los dos dolicocéfalos son de probable tipo mediterráneo, mientras que el resto se calificará de población alpinoide, a excepción de dos muy braquicéfalos que se han de incluir en el tipo armenoide. La presencia de esos cráneos armenoides es de gran importancia para el conocimiento de los movimientos de población (en grupos pequeños, de prospectores de metales seguramente, o de comerciantes) en la liquidación de la Edad del Bronce. Como rasgos más notables en estos cráneos intensamente braquicéfalos de Urbiola se han anotado: el notable aplanamiento de la región occipital, su gran altura relativa, la escasa participación del segmento parietal en el arco sagital, un punto bregma muy próximo al vértice (situándose éste muy posteriormente), un opistocráneo muy próximo al lambda, y la prominencia de la nariz (de dorso convexo)[23].

Los armenoides de Urbiola se pueden aproximar a otros detectados en yacimientos de la Cornisa Cantábrica (en las cuevas asturianas del Milagro, en Onís; del Moro, en Aramo; y del Bufón en Vidiago; en la santanderina cueva de Suano), siempre en relación con explotaciones de filones de cobre. Sugiere, de ahí, M. Fusté que esos tipos humanos (alpinos, dináricos, armenoides y nórdicos) que ya son conocidos —aunque en proporción minoritaria— entre los núcleos de población bien alejados de las zonas que les son propias (por ejemplo en el litoral oriental del Mediterráneo) corresponden a las bandas de prospectores de metales (buscadores de yacimientos de cobre, mineros y fundidores) que, por vía marítima, «se expansionaron por el Mediterráneo procedentes del Próximo Oriente, implantándose, siempre en escasa proporción (por lo menos en el área occidental), sobre un sustrato mediterráneo más antiguo. La llegada de las formas citadas se iniciaría probablemente durante el Eneolítico y adquiriría la máxima intensidad en las oleadas célticas e invasiones germánicas»[24].

## III. FACTORES DEL POBLAMIENTO PREHISTORICO

### 1. CONDICIONAMIENTOS GENERALES DEL POBLAMIENTO PREHISTÓRICO

El hombre, en virtud de un continuo y prolongado proceso cultural ha ido consiguiendo independizarse, superándolas, de buena parte de las dificultades planteadas por el medio físico. Mediante sus especiales facultades de adaptación y de migración ha logrado soslayar, y aun vencer, los condicionamientos generales impuestos por el paisaje (clima y relieve). Si bien siempre se ha mantenido en la Prehistoria (y también en épocas históricas) la a veces infranqueable barrera impuesta por la carencia de agua y de alimentos, que supone de hecho el único real obstáculo a la asombrosa ubicuidad de la especie humana: en atinada expresión del gran maestro francés de la Geografía Humana, Max Sorre, habrá que aceptar que «los vacíos de la ecumene son, esencialmente, las tierras de la sed y del

23. M. FUSTÉ, *Algunas observaciones acerca de las poblaciones...* 1965: pp. 294.

24. M. FUSTÉ, *Algunas observaciones acerca de las poblaciones...* 1965: pp. 294-295.

hambre». Desde el punto de vista alimenticio, el hombre es consumidor (habitual o potencial) de una variada gama de productos, de modo que combinando los diversos recursos naturales (vegetales y faunísticos), con sus ciclos y oscilaciones estacionales, y con las posibilidades que las expediciones de recolección y de pastoreo y los ingenios de captura le ofrecen, el hombre prehistórico puede llegar a aprovecharse —y a asentarse— en las más variadas situaciones biotópicas. Lo cual no impide la presencia preferencial en determinados parajes: aquellos que más aptos resulten para subvenir las necesidades normales del grupo. Otro tipo de necesidad que debe ser atendida es, obviamente, la de aprovisionamiento fácil y abundante de materias primas para fabricar su instrumental y, en general, desarrollar su tecnología.

Conseguido, en un área concreta, un determinado equilibrio entre el grupo de población y el caudal de recursos a explotar (éstos resultan suficientes y asequibles, pues son adecuadas las técnicas que aquellos dominan para disfrutarlos), se produce una estabilidad de las poblaciones, una tendencia a sedentarizarse o, al menos, a sentirse en cierto modo propietarios (o, cuando menos, explotadores exclusivos, controladores) de un determinado territorio y de sus producciones. La ruptura de aquella situación ideal de equilibrio, por un aumento desmesurado de la población que no progresa técnicamente lo suficiente como para aumentar proporcionalmente la explotación de los recursos territoriales, llevará consigo la necesidad de una migración, a la búsqueda de nuevos territorios.

## 2. Areas del poblamiento prehistórico en Navarra

En los capítulos siguientes —en que se describirán a través del tiempo las varias formas culturales de la Prehistoria en Navarra— se precisarán con más detalle las áreas normalmente ocupadas por el hombre en su transcurso. En general se debe afirmar que Navarra, por su complejidad topográfica y climática (o sea, por la variedad de sus paisajes), ha ofrecido a lo largo de toda la prehistoria parajes y ambientes suficientes para facilitar, en alguna de sus comarcas, la presencia humana[25].

Las terrazas de los grandes afluentes del Ebro, y el raso de la Sierra de Urbasa, permitirían en las épocas interglaciares, de benignidad climática, la presencia de bandas de cazadores, en el Paleolítico Inferior.

Durante los mayores rigores de la glaciación würmiense (ya en el Tardiglaciar), a fines del Paleolítico superior, diversas cuevas del Baztán, a escasa altitud sobre el nivel del mar y recibiendo bastante en directo la benéfica influencia atemperadora del no lejano litoral atlántico, serán el paraje ideal (posiblemente el único) del poblamiento navarro.

Con la aparición de las primeras explotaciones pastoriles y agrícolas (durante el Neolítico avanzado y, sobre todo, desde el Eneolítico) se van abandonando las cuevas y se produce una expansión de la población en pequeños núcleos de cabañas al aire libre; de especial importancia serán los grupos pastoriles que realizan, con sus rebaños, amplios recorridos de migración trashumante, desde las tierras medias y bajas hasta los altos valles (e incluso, traspasando de una a otra vertiente de la Cadena pirenaica). En varios aspectos de la cultura actual de Navarra se deben reconocer elementos de alta antigüedad, sin duda prehistóricos. José Miguel de Barandiarán, con su autoridad de profundo conocedor de las culturas tradicionales del País Vasco, ha afirmado con seguridad tal tesis. «La trashumancia actual de los pastores con sus rebaños es un modo de vida que ininterrumpidamente ha llegado hasta nosotros desde los tiempos en que la antigua población pastoril pirenaica construía en nuestras montañas los *baratzak* o pequeños cromlechs, o que en época más remota enterraba a sus muertos en los *trikuarriak* o dólmenes tan numerosos en los pasturajes de verano del Pirineo. El mismo poblamiento histórico de los valles altos que, en general, no es otra cosa que la transformación de las granjas o viviendas temporarias de pastores trashumantes en casas de labranza o habitaciones permanentes, es proceso que hemos conocido en algunos lugares del país y cuyo origen cabe situar en el Neolítico»[26].

La urbanización real de Navarra —de modo relativamente complejo y sofisticado— sólo ha de producirse con la llegada de los grupos invasores del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro, y

---

25. Se hallarán ideas útiles sobre esos movimientos de población y sus preferencias de asentamiento en: *La conquête des Pyrénées par l'Home et le rôle de la frontière pyrénéenne au cours de temps préhistoriques,* de L. Meroc (en «Prémier Congrès International de Spéleologie», tomo IV, sec. 4, pp. 33-51; París, 1953), *El Pirineo en la Prehistoria,* de F. Jordá (en «Caesaraugusta», tomo 11-12, pp. 17-24; Zaragoza, 1958) y *Le paléolithique supérieur dans les Pyrénées françaises,* de J. Clottes (en «Cahiers d'Anthropologie et d'Ecologie humaine», vol. II, n.º 3-4, pp. 69-88; París, 1974).

26. J. M. de Barandiarán, *La Prehistoria en el Pirineo Vasco. Estado actual de su estudio* (en «Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos», tomo IV, sec. III, pp. 209-218; Zaragoza, 1952), pp. 215.

con ellos pronto culminará el proceso de sedentarización que hubo de iniciarse no mucho antes de la construcción de las primeras tumbas dolménicas. Es fácil, también, aceptar que en esa evolución hacia una cultura urbana (cuyo asentamiento preferencial es en la Navarra Media y Ribera), las formas de vida y de poblamiento propias de grupos pastoriles han precedido a las de culturas agrícolas. Tal hipótesis ha sido explayada por A. Marcos, señalando algunos aspectos etnológicos que la refrendan: «1, los terrenos comunales dedicados a pastos ganaderos han retrocedido continuamente; 2, los tipos verosímilmente más antiguos de casa agrícola, o agrícola-ganadera, se han derivado probablemente de la casa pastoril; 3, las leyendas relacionadas con la introducción de la agricultura parecen indicar que tal introducción es bastante más tardía que la de la ganadería; 4, según las leyendas, los primeros agricultores pertenecían a un pueblo distinto del de los pastores tradicionales en el País»[27].

## 3. Densidad de población

Los diversos grupos humanos, a través del tiempo, no han necesitado ni ocupado exactamente los mismos territorios. Cada grupo o modalidad cultural debe tener sus propios condicionamientos, sus propios hábitos y, por tanto, buscar concretas condiciones del medio. Navarra ofrece, con su pluriformidad paisajística, *a priori,* múltiples y variadas posibilidades a las diversas culturas prehistóricas. Aceptado eso como hipótesis de entrada, la real dispersión y concentración preferente de yacimientos por áreas determinadas parecen confirmarlo. Pero una pregunta más, y bien atractiva, se nos puede formular: ¿cuántos fueron los pobladores de Navarra en las diversas épocas de su Prehistoria? La respuesta parece obviamente muy difícil, por no decir imposible.

Los ensayos hechos hasta ahora para conocer la densidad de población prehistórica en un territorio determinado son, de cierto, meritorios y muy sugerentes, pero exigen —de entrada— trabajar sobre zonas no muy amplias, que hayan sido sistemática y exhaustivamente prospectadas, y posean suficientes yacimientos excavados y fechados con precisión[28]. Debe reconocerse, por el momento, que hay aún en Navarra suficientes penurias en cualquiera de las condiciones necesarias para aquel ensayo demográfico, como para intentarlo aquí con visos de acierto aproximado.

La densidad de población en la Prehistoria viene mediatizada por dos factores esenciales: las condiciones de clima y paisaje, y los modos de vida y de producción del grupo. Son, lógicamente, muy distintos los índices de concentración humana en culturas de cazadores nómadas y en las de pastores trashumantes (y ambas muy difíciles de controlar) o en las de agricultores sedentarizados de habitat agrupado en poblados. Por otro lado, aceptados unos constantes aumentos vegetativos de la población (que crece aceleradamente en determinadas coyunturas: transición a los modos de vida neolíticos, por ejemplo), desconocemos casi siempre las situaciones de excepción (epidemias, catástrofes naturales, exterminio por guerras, hambres extremadas por plagas fitozoológicas...) que reducirían de cuando en cuando, y drásticamente, aquellos teóricos efectivos humanos.

Siempre en el terreno de las hipótesis —y dejando amplia vía libre a la imaginación— podríamos elucubrar, a partir de los datos elaborados por R. J. Braidwood y C. A. Reed para el Próximo Oriente: a una densidad de 0,03 habitantes por Km$^2$ en el Paleolítico inferior, correspondería una de 0,12 en el Paleolítico superior y Mesolítico, para ser de 25 en los inicios del Neolítico y llegar a las civilizaciones urbanas del Neolítico avanzado (e inicios del Bronce) con una densidad de hasta 50 habitantes / Km$^2$.[29] De utilizarse no las cifras absolutas calculadas, sino la proporción del aumento continuo controlado (o sea, el grado de progresión de los sucesivos índices de poblamiento) se afirmaría que la población del Paleolítico superior avanzado y Mesolítico ha cuadruplicado a la del Paleolítico inferior, que la del Neolítico multiplica por 200 la del Paleolítico superior-Mesolítico y que la del Neolítico avanzado y Eneolítico dobla a la inmediatamente precedente. Según ello diríamos de Navarra que a una población (flotante, de cierto) en un momento concreto de fines del Paleolítico inferior de 10 a 20 individuos, corresponderían de 40 a 80 a fines del Paleolítico superior, y unos 16.000 a 32.000 en época dolménica. Quedan esas cifras como un sugestivo juego de imaginación, muy poco seguro; pues

27. A. Marcos, *Esquema sobre la relación cultural entre vascos, indoeuropeos y romanos* (en «IV Symposium de Prehistoria Peninsular», pp. 169-172; Pamplona, 1966): pp. 169-170.

28. Así se pueden citar los excelentes intentos de J. Matiega (*L'idée d'une démographie préhistorique,* tirada aparte de «Actes de l'Institut International d'Anthropologie», 3.ª sesión; Amsterdam, 1928) sobre el poblamiento neolítico de Bohemia, trabajando sobre la base de 532 estaciones en un área de 28.000 km.$^2$, y de C. Vita-Finzi y E. S. Higgs (*Prehistoric Economy in the Mount Carmel Area of Palestine: site catchment analysis,* en «Proceeding of the Prehistoric Society», vol. XXXVI, pp. 1-37; Londres, 1970) para el Monte Carmelo.

29. R. J. Braidwood y C. A. Reed, *The achievement and early conditions of food production* (en «Cold-Harbour Symposium of Quantitative Biology», n.º 22, pp. 19-31; 1957).

quizá las cifras atribuibles sean algo cortas para el final de nuestro Paleolítico Superior, y excesivamente amplias para el cálculo sensato que puede hacerse de la población dolménica (que no creemos habría de superar, en los momentos de máximo poblamiento, los 4.000 ó 5.000 individuos). El módulo establecido por Matiegka[30] para el Neolítico pleno de Bohemia, donde se darían densidades de población de entre 2 y 5 habitantes por $Km^2$, aun suponiendo que sólo un tercio del suelo navarro fuera relativamente ocupado por aquella cultura dolménica pastoril, ofrecería una población en la época de 7.000 a 17.000 individuos en la Provincia, cifra evidentemente excesiva.

En realidad, de la Navarra paleomesolítica, lo que se ha controlado hasta ahora es sólo la existencia de varios grupos humanos en la Navarra Media, correspondientes a los tiempos transcurridos desde fines del Paleolítico Inferior y durante el Paleolítico Medio y la continuación en los inicios del Paleolítico Superior, que pueden suponer un poblamiento de alrededor de un centenar de individuos, y en el Paleolítico final y el Epipaleolítico, la concentración en los valles pirenaicos de otros grupos humanos, más coherentes y densos, que pueden triplicar la cifra del anterior poblamiento, y que evidencian algunas penetraciones esporádicas, probablemente estacionales, en la Navarra Media. Estos grupos, inmersos en el paisaje natural de unas comarcas favorables, entre grandes territorios, desiertos, ofrecen una imagen verosímil del mundo paleolítico que tratamos de evocar.

En cambio, desde los tiempos finales del Neolítico y sobre todo en el Eneolítico y Bronce, comprobamos en Navarra la generalización de un poblamiento relativamente denso, distribuido con cierta regularidad por todo el territorio, conforme evidencian sus variadas y abundantes manifestaciones arqueológicas, y que —recogiendo el viejo legado étnico epipaleolítico, de la zona pirenaica principalmente— supone el asentamiento humano permanente en gran parte de las tierras navarras. Una evaluación de este importante poblamiento puede hacerse siguiendo las indicaciones de J. M. de Barandiarán. La cifra sugerida en 1953 por él[31] de en torno a 5.000 habitantes en todo el territorio vasco para la época dolménica, sobre la base de consideración de los 400 dólmenes conocidos entonces en la zona, podría extrapolarse —con cuidado— al caso particular de Navarra: en la que, conociéndose hoy más de 300 dólmenes, se sugeriría una población de entre los 3.500 y los 4.000 individuos. Mas todo ello no pasa de ser una elucubración, sugestiva pero muy insegura.

## IV. EL PASADO EN LA MEMORIA COLECTIVA POPULAR

La memoria colectiva del pueblo vasco ha sabido conservar, a lo largo de milenios, noticias e interpretaciones de hechos culturales cuyas raíces se hunden en la remota Prehistoria. El repertorio de tradiciones y leyendas conserva con particular precisión y rico colorido muchas referencias al primer poblamiento del territorio, a sus habitantes y a sus monumentos. La toponimia, los dichos populares y hasta cuentos más extensos mantienen la memoria, y su explicación popular, de aquellos capítulos iniciales de nuestra Historia Primitiva. José Miguel de Barandiarán ha dedicado buena parte de su ingente labor investigadora a la recopilación y análisis de aquellos testimonios tradicionales[32].

A modo de ejemplo de ese rico repertorio de tradiciones populares podemos aducir una de las narraciones que, entre los vascoparlantes, explica la llegada del Cristianismo a nuestra tierra. Se concibe un tiempo antiguo, distinto: el tiempo de los gentiles. Y se atribuye, precisamente, esa situación de paganía a los usuarios de los dólmenes: en concreto, al de Balenkaleku (en Altzania, en la linde misma de Navarra con Guipúzcoa). La narración (hecha en 1920 por Anastasio Lete, de Echegarate, a José Miguel de Barandiarán) dice: «Cuentan que antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo vivían los gentiles en el collado de Balenkaleku, entonces no llovía ni se veían nubes en el cielo. Cuando allá, en lontananza, apareció la primera nube se asustaron todos. Había entre ellos un anciano de cuatrocientos años que vivía retirado en su cabaña. Sacáronle de allí para que observase el extraño fenómeno: mas él no lo veía porque no podía abrir los ojos. Entonces los suyos separáronle los párpados con unas

30. J. MATIEGKA, *L'idée d'une démographie...* 1928, passim.

31. J. M. DE BARANDIARÁN, *El hombre prehistórico en el País Vasco* (Buenos Aires, 1953): pp. 137.

32. Se recomiendan los materiales publicados en las series de «Eusko-Folklore Materiales y Cuestionarios» desde 1921 y hoy reeditados en J. M. DE BARANDIARÁN, *Obras completas. II. Eusko-Folklore* (Bilbao, 1973) y sus análisis y revisiones interpretativas: *Díe prähistorischen Höhlen in der baskischen Mythologie* (en Paideuma, Leipzig, 1941). *Cuevas y simas en las creencias y mitos del pueblo vasco* («Homenaje a don Joaquín Mendizábal Cortázar», San Sebastián 1956), *Vestigios de culturas prehistóricas en las tradiciones del pueblo vasco* («Actas de Coloquio de Estudios Etnográficos Dr. José Leite de Vasconcelos». Oporto, 1958), *Die baskische Mythologie* (en «Wörterbuch der Mythologie», Stuttgart, 1969) y *Diccionario ilustrado de Mitología Vasca y algunas de sus fuentes.* (Obras Completas. I, Bilbao, 1972).

palancas. Cuando el anciano vio la nube dijo: «será perdida nuestra raza». En efecto, desde entonces se propagó por todo el país el Cristianismo, y desaparecieron los gentiles. Dicen que el nombre de Balenkaleku procede de haberse hecho uso de sus palancas para abrir los párpados del anciano gentil».

No hace mucho, en una interesante reflexión sobre los primeros sistemas de ensamblar instrumentos de piedra en mangos de madera, José María Satrústegui presentaba una jugosa alusión a tan vieja tecnologia, en una narración recogida en Gaztelu (Guipúzcoa) por Nils Holmer. En su traducción castellana dice así: «Ahora hace dos años encontraron en la cueva de Txixpi, huesos de una mujer, a la que calcularon que tendría noventa años. Y encontraron un hacha de piedra y el hacha no tenía agujero para colocar el mango. Y lo que hacían es meter a una planta de árbol para que luego tuviera mango y machete de piedra». La referencia es, evidentemente, a un hacha de piedra pulimentada carente de perforación de enmangue: su hallazgo en aquella cueva se referirá, sin duda, al contexto de depósito de cadáveres que ahí se dejaron en el Eneolítico o en la Edad del Bronce[33]. En el mismo orden de cosas, la incorporación de algunos elementos agrícolas a la cultura del territorio (así como de algunos logros tecnológicos, tales el trigo, el pan, la hoz, las tenazas, la sierra,...) se suele referir a revelación de los secretos conservados hasta entonces de modo celoso por los lejanos y temidos *basojaunes* (que, en zonas recónditas de los bosques, los guardan en exclusividad) o a la intervención benéfica de algún especial protector de los humanos (normalmente, San Martinico, el Sanmartintxiki vasco).

A actividades y ocupación por varios genios de la mitología vasca se atribuye la implantación de los monumentos megalíticos, y de otros aspectos llamativos (naturales) del paisaje. Entre otros, destacan los que se piensa construidos o dedicados a Mairu (o Mari: genio femenino habitante de las cuevas, de figura zoomórfica, posiblemente el protagonista principal de aquella mitología). Por ejemplo, los Maimuren Zubi («puente de Maimuru», en Leiza), Mailarreta y Mairuillarrieta («tumbas de Mairu»: sendos conjuntos de cromlechs en Lizarza-Urdax y en Ibañeta-Zugarramurdi) o el Mairuharri («piedra de Mairu», dolmen en Lerate). Además deben referirse las alusiones a las lamias (Lamien-Leze, «cueva de lamias» o de brujas —Sorgiñen Leze— en Zugarramurdi; Lamiarriaga, «piedras de Lamias» en Endarlaza), a un remoto Sansón (Xantxotenarria, «piedra de Sansón», un dolmen en Urepel-Ibañeta) o a los gentiles (cuyo «oro» se debió guardar en los dólmenes: tal como se narra del de Miruatza).

## V. CRONOLOGIA DE LAS FASES DEL POBLAMIENTO

El marco cronológico, y el detalle preciso, de la evolución de las diversas culturas y del poblamiento navarro se deben establecer sobre el entramado de un esquema general de evolución de la circunstancia climática y del paisaje, a base de series de dataciones absolutas. Hasta el momento —y salvo para la estratigrafía de Zatoya— no se han realizado dichas fechaciones (fundamentalmente por el método del radiocarbono), de modo que habremos de referirnos —para emplearlas con cierto grado de acierto— a la serie (no abundante, sin cubrir de modo medianamente uniforme el trascurso todo de la Prehistoria, y aún con resultados extraños, que un día se podrán precisar o corregir) reunida en yacimientos del ámbito genérico pirenaico-occidental.

Se carece de fechaciones referentes al Paleolítico inferior y al medio.

Para el *Paleolítico superior* se conocen:

En Lezetxiki (Mondragón; Guipúzcoa) su nivel IIIa dio los 17.390 años a. de C. (+—780; en muestra W.O.n.° 3-4625-112), atribuyéndose al Auriñaciense genérico (realmente, de ser correcta, al Perigordiense avanzado o Gravetiense).

---

33. La narración original, hecha por un hermano de Francisca de Aranalde es «Orain dala bi urte bilatu zuen emakume baten ezurrak eta kalkulatu zuen zituela larogeitamar urte. Txixpi'ko zuloan. Eta bilatu zuen aizkora bat, arrizkoa, eta aizkorak kertena jartzeko etzuen zulorik. Ta egiten zuen arbolalan dareai sartu gero kertena izateko eta matxete bat arrizkao.» (Según N. M. HOLMER, *El idioma vasco hablado. Un estudio de dialectología euskérica.* San Sebastián 1964, pp. 160-161).

(J. M. SATRÚSTEGUI, *Tecnología del ensamblaje madera-piedra en instrumentos primitivos,* pp. 427-432 de «Homenaje a don José Esteban Uranga». Pamplona 1971).

La cueva de Txixpi, debe ser, muy probablemente la de Txispiri, donde en el verano de 1944 Máximo Ruiz de Gaona recogió abundantemente evidencias antropológicas (que calcula pueden pertenecer a unos doce individuos) y algunos restos de industrias lítica y cerámica. Lo que no es difícil atribuir a modas de inhumación colectiva en cuevas que se extendieron especialmente entre el Neolítico y la Plena Edad de Bronce. M. RUIZ DE GAONA, *Resultados de una exploración en las cavernas prehistóricas de Txispiri-Gaztelu (Guipúzcoa).* (Bol. de la R. Soc. Vasc. de Amigos del País, tomo I, San Sebastián 1945).

—En Aitzbitarte IV (Rentería; Guipúzcoa) la base del nivel Solutrense se fechó en los 16.000 a. de C. (+—100; muestra Gr. N. 5.993).

—En Urtiaga (Iciar-Deva; Guipúzcoa) la base del nivel F (probablemente dentro del Solutrense) se sitúa en los 15.100 a. de C. (+—140; muestra Gr N. 5817).

—De la cueva de Duruthy (Sorde; Landas) una serie de fechaciones importantes para el Magdaleniense: el Magdaleniense III (parte alta del nivel 5) en los 12.230 a. de C. (+—120; muestra Ly. 861), el Magdaleniense IV en los 11.890 y 11.560 (+—210; procedentes de la parte baja y alta, respectivamente, del nivel 4; muestras Ly. 860 y Ly. 859) y el Magdaleniense VI (parte alta del nivel 3) en los 9.200 a. de C. (+—220; muestra Ly. 959).

—De Ekain (Deva; Guipúzcoa) es la fechación del Magdaleniense Superior y final (V y VI; en la parte superficial del nivel VIb) en los años 10.100 a. de C. (+—190; muestra I. 9240).

Para el *Epipaleolítico* se han publicado:

—De Ekain (Deva; Guipúzcoa) la data del Aziliense (base del nivel IV) en los 7.510 a. de C. (+—185; muestra I. 9239).

—De Urtiaga (Iciar-Deva; Guipúzcoa) el Aziliense en fecha muy reciente (Nivel C) en los 6.750 a. de C. (+—170; muestra CSIC. 63).

Para el *Neolítico* se cuenta con fechas:

—De Marizulo (Urnieta; Guipúzcoa), cuyo nivel I se ha datado en los 3.335 a. de C. (+—65; muestra GrN. 5992).

—Del yacimiento al aire libre de Mouligna (Bidart; Laburdi), que ha dado para su nivel —asociado ya a cerámica y con hachas pulimentadas— los 3.810 y los 3.600 a. de C. (+—150; muestras Ly. 882 y Ly. 883).

El *Eneolítico y Edad del Bronce* se hallan fechados:

—En cueva de Los Husos I (Alegría; Alava), considerado «Eneolítico de transición» (nivel IIIb) en los 2.780 años a. C. (+—110; muestra I. 5949); mientras que el «Eneolítico II» ahí se fechaba en los 1.970 a. de C. (+—100; Muestra I. 3985).

—En Gobaederra (cueva sepulcral de Subijana-Morillas; Alava) el Bronce pleno se situaría en los 1.710 a. de C. (+—100; muestra I. 3984).

La *Primera Edad del Hierro* se data en muestras procedentes del castro del Castillo de Henayo (en Alegría; Alava). Las fechas primeramente obtenidas (muestras CSIC: 107, 108 y 106; correspondientes a los niveles IIIc, IIIb y IIIa) se juzgaron demasiado altas (respectivamente: 1.150, 980 y 970 (+—110, antes de C.); revisadas han dado, para el nivel IIIc, una fecha corregida en los 760 antes de C. (+—80; muestra I. 8687).

—Cuatro «cromlechs» de Baja Navarra han sido fechados por el radiocarbono, en el Laboratorio de Gif-sur-Yvette, a propuesta de J. Blot. Las datas obtenidas —coherentes entre sí— se escalonan entre los siglos VIII y IV antes de Cristo; el de Errozate II dio los 730 a. de C. (+—100), el de Errozate IV los 690, el de Okabe los 420 y el de Errozate III los 380 años.

La única serie prehistórica de Navarra que ha sido sometida a fechación por el C14 procede de la cueva de Zatoya (Abaurrea Alta). De ella se ha obtenido un importante repertorio de siete fechas sobre muestras de huesos animales y de carbones de madera extraídos en la campaña de 1976 por uno de nosotros, y analizadas en el Laboratorio de Radiocarbono de la Universidad de Lyon, por el Dr. Jacques Evin. La serie de Zatoya ofrece, a la vez que una sensible coherencia interna, cierta discordancia con las fechas procedentes de niveles del Epipaleolítico al Neolítico de zonas peninsulares próximas (por ejemplo de las estaciones guipuzcoanas de Ekain, de Urtiaga y de Marizulo); mostrándose mucho más relacionable con el repertorio de fechas de la vertiente septentrional del Pirineo. La situación —excesivamente hacia el Este y hacia el Norte, con respecto a los yacimientos vascos occidentales— de la cueva de Zatoya justifica cumplidamente (así como la misma caracterización de sus industrias) esa más fuerte articulación de sus manifestaciones culturales con las de allende el Pirineo.

—El final del Würmiense, con la oscilación de Alleröd, queda en Zatoya bien controlado entre los 9.900 y los 9.000 años a. de C., en cuatro fechas referibles a modos culturales azilienses: el nivel b3 se fecha en los 9.890 a. de C. (+—240; muestra Ly. 1.400) y en fecha superior o igual a los 8.990 a. de C. (Ly. 1458); a la parte inferior y media del nivel II corresponden fechas del 9.530 a. de C. (+—270) y 9.670 a. de C. (+—360; muestra Ly. 1.399 y Ly. 1.599).

—El Epipaleolítico post-aziliense se desarrolla en los 6.500 a 6.000 a. de C.: la parte superior del nivel II dio los 6.200 a. de C. (+—220; muestra Ly. 1398), el nivel Ib los 6.310 a. de C. (+—550; muestra Ly. 1.457).

—El Neolítico, nivel I, de Zatoya se fechó en los 4.370 años a. C. (+—280; muestra Ly. 1.397).

# CAPITULO 4

# EL PALEOLITICO INFERIOR FINAL, EL PALEOLITICO MEDIO Y LA PRIMERA PARTE DEL PALEOLITICO SUPERIOR

En el estado actual de nuestros conocimientos sobre la Prehistoria de Navarra, no siendo muchos ni fáciles de periodizar los datos referidos a su primer poblamiento, hemos creído oportuno organizar el conjunto de evidencias sobre el Paleolítico en dos capítulos. En el siguiente —capítulo 5— se estructuran los datos referibles a la liquidación de Paleolítico Superior y al Epipaleolítico: cuya articulación y conocimiento sintético no son excesivamente difíciles.

Problema más árduo es el de la exposición —y sobre todo sistematización— de las evidencias paleolíticas anteriores: aquellas que serán objeto del presente capítulo. Pues, no apoyables en base estratigráfica alguna, su clasificación descansa —y en ella la inferencia de los correspondientes períodos culturales— en su examen exclusivamente formal (tipología y tecnología). Como en los dos conjuntos más significativos a examinar en este capítulo (de Coscobilo y de Urbasa) esa consideración tipológica (a falta de apoyatura estratigráfica alguna) nos ha permitido señalar diversas facies técnicas del Paleolítico consecutivas, pero no su adscripción a un depósito en niveles (que solo ellos nos garantizarían la real secuencia cultural y cronológica de esos conjuntos distintos de objetos) hemos creído conveniente acoger en este capítulo un período temporal bastante amplio. Posiblemente los restos prehistóricos más antiguos de Navarra pueden remontar a un Achelense Superior y Final (o sea en la conclusión del Paleolítico Inferior); y tenemos más seguridad en afirmar la pertenencia de las colecciones más numerosas de Coscobilo y Urbasa al Paleolítico Medio, pensando que en ellas mismas (sobre todo en el efectivo de Coscobilo) destacan elementos referidos a técnicas líticas propias de la primera mitad del Paleolítico Superior (Auriñaciense, Gravetiense y Solutrense). Por ello, a ese amplio ámbito temporal (desde fines del Paleolítico Inferior hasta mediado el Superior) dedicaremos este intento de visión cohesiva: en cronología absoluta se desarrollaría a partir de entre los 100.000 a 75.000 años hasta los 15.000 a. de C., o sea desde fines del interglaciar Riss-Würm, por los estadios I, II y III del Würm.

## I. HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

Hasta 1952 no se tenía en Navarra más que la breve referencia dada por Hugo Obermaier en 1925[1], de hallazgos efectuados poco antes en Zúñiga, en el Ega, por Paul Wernert, que quedarían sin publicar. Entre 1952 y 1958 tuvo lugar el descubrimiento y la problemática interpretación de un yacimiento en la colina de Coscobilo, en el Araquil (Olazagutía), con publicaciones de Máximo Ruiz de

1. H. OBERMAIER, *El Hombre Fósil* (2.ª ed.; Madrid, 1925), pp. 192-193.

Gaona y de Juan Maluquer de Motes[2] entre esas fechas; a lo que siguió poco después, en 1959, la publicación de una pieza suelta recogida en el bajo Irati, en Lumbier, por Alejangro Marcos y Salvador Mensua[3], quienes en su trabajo notificaron las recolecciones inéditas de materiales líticos en los alrededores de Pamplona por Ana de la Quadra-Salcedo y Julio Martínez Santa Olalla, registrando asimismo la noticia anterior del hallazgo de Zúñiga.

Tras un paréntesis de ocho años, en 1967 sistematizó Ignacio Barandiarán los materiales y referencias navarros en el marco del Pirineo Occidental[4], añadiendo a su síntesis la existencia de otra pieza inédita del bajo Irati, en Lumbier, que había recogido Domingo Fernández Medrano y entregado al Museo de Navarra. Desde ese mismo año 1968 nuevos descubrimientos abren una dimensión esperanzadora al estudio del Paleolítico Inferior y Medio y primeras etapas superopaleolíticas de Navarra: la localización de un yacimiento de superficie en el Raso de Urbasa, por Emilio Redondo Martínez, en colaboración inmediata con el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra; las precisiones logradas en la revisión de la colección parcialmente publicada, de Ruiz de Gaona, de materiales de Coscobilo; la publicación de varias novedades por uno de nosotros[5]; la muy notable ampliación de los hallazgos de campo en la Sierra de Urbasa, con nuevas localizaciones; la publicación por María Amor Beguiristain de una recolección inédita, de muchos materiales, de José Miguel de Barandiarán en Coscobilo[6]; y el control, por E. Vallespí y R. García Serrano, de una pieza suelta interesante en el Ega, en Estella[7]. En respectivas visiones monográficas, de Javier Fortea (sobre el problema del Solutrense) y Jesús Altuna (la fauna prehistórica)[8] se han aportado interesantes concreciones al yacimiento de Coscobilo. Uno de nosotros, recientemente, ha presentado una síntesis informativa del panorama conjunto de todos estos logros recientes[9]; habiéndose constituido en equipo de trabajo los autores para desarrollar una ampliación sobre el conjunto de hallazgos de la Sierra de Urbasa. A Inés Tabar se debe el estudio parcial de un par de localizaciones de Urbasa[10].

Este conjunto de novedades, además de permitir ya una primera estructuración del Paleolítico Inferior final y del Paleolítico Medio de Navarra, plantea la posible existencia de evidencias del Paleolítico Superior (de tipo Gravetiense y hasta del Solutrense).

## II. LOS DATOS ARQUEOLOGICOS

Las investigaciones publicadas en la bibliografía reseñada y trabajos inéditos recientes, aportan el conocimiento de la siguiente documentación arqueológica del Paleolítico Inferior, Medio y Superior

2. M. RUIZ DE GAONA, *Un yacimiento de mamíferos pleistocénicos en Olazagutía (Navarra)* (en Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural», tomo XXXIX, pp. 155-160; Madrid, 1941), *Noticia del hallazgo y destrucción del yacimiento Paleolítico Superior más importante de Navarra* (en «Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos», tomo IV, sec. III, pp. 157-168; Zaragoza, 1952) y *Todavía algo sobre el yacimiento de Coscobilo (Olazagutía)* (en «Príncipe de Viana», n.° 72-73, pp. 279-287; Pamplona, 1958); J. MALUQUER DE MORTES, *La industria lítica de Olazagutía* (en «Príncipe de Viana», n.° 54-55, pp. 9-27; Pamplona, 1954).

3. A. MARCOS POUS y S. MENSUA, *Un hallazgo lítico del Paleolítico Inferior del término de Lumbier (Navarra)* (en «Príncipe de Viana», n.° 76-77, pp. 217-225; Pamplona, 1958).

4. I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo del Paleolítico* (Zaragoza, 1967), con la revisión de los materiales de Coscobilo (pp. 130-132), de los alrededores de Pamplona (pp. 175) y de Lumbier, aludiendo a una segunda pieza aquí mismo (pp. 202-203).

5. E. VALLESPÍ, *Novedades del Paleolítico Inferior y Medio Vasco: los yacimientos navarros de Urbasa y de Olazagutía* (en «Actas de la Primera Semana Internacional de Antropología Vasca», pp. 565-579; Bilbao, 1971); E. VALLESPÍ y M. RUIZ DE GAONA, *Puntas foliáceas de retoque plano en las series líticas de Coscobilo de Olazagutía, Navarra* (en «Anuario de Eusko-Folklore», tomo XXIII, pp. 209-215; San Sebastián, 1970) y *Piezas líticas de tradición achelense en las series líticas de Coscobilo de Olazagutía, Navarra)* (en «Munibe», tomo XXIII, pp. 375-384; San Sebastián, 1971).

6. M.ª A. BEGUIRISTAÍN, *La colección Barandiarán de Coscobilo, de Olazagutía. Contribución al estudio de la industria lítica del yacimiento* (en «Príncipe de Viana», n.° 136-137, pp. 345-401 y láminas; Pamplona, 1974).

7. E. VALLESPÍ y R. GARCÍA SERRANO, *Bifaz achelense de Estella* (en «Cuadernos de Trabajos de Historia. De la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra», n.° 3, pp. 9-20; Pamplona, 1974).

8. J. FORTEA, *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico Mediterráneo espalol* (Salamanca, 1973), pp. 479-480 y nota 8; J. ALTUNA, *Fauna de mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa. Con catálogo de los mamíferos cuaternarios del Cantábrico y del Pirineo Occidental* (en «Munibe», San Sebastián, 1972), p. 104.

9. E. VALLESPÍ, *Achelense Final y Musteriense en el Alto Valle del Ebro* (en «Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Antonio Beltrán», pp. 1-27; Zaragoza, 1975).

10. I. TABAR, *Nuevas localizaciones paleolíticas en la Sierra de Urbasa* (en dos partes, en «Príncipe de Viana», n.° 148-149, pp. 371-402, de 1977, y n.° 150-151, pp. 5-33, de 1978; Pamplona).

Antiguo de Navarra: un yacimiento en Coscobilo, de Olazagutía, cuyos materiales se recogieron en superficie, pero ha quedado dudosa su posición originaria, y varios conjuntos de superficie de la Sierra de Urbasa, sendas piezas sueltas de Lumbier y Estella y notificaciones de hallazgos en Zúñiga y Lumbier y otros, no confirmados, de los alrededores de Pamplona.

## 1. Los conjuntos de superficie

Por la falta hasta ahora de base estratigráfica, el estudio debe apoyarse en primer lugar en el análisis de materiales líticos recogidos en superficie, es decir, en la serie reseñada de conjuntos abiertos, con toda la problemática que implica la valoración de este tipo de documentos. El yacimiento de Coscobilo presenta una colección compleja, que además añade la dificultad del desconocimiento de su posición originaria por haberse recogido después de la destrucción del yacimiento; pudo consistir en una cueva o covacho con depósito arqueológico al que corresponderían total o parcialmente los materiales recolectados. De los yacimientos al aire libre localizados en la Sierra de Urbasa, Aranzaduya y Fuente de Andasarri, en El Raso, y Osaportillo (entre los ya publicados) tenemos conjuntos líticos recolectados en superficie de una notable homogeneidad general.

### 1. *Cantera de Coscobilo (Olazagutía)*

El yacimiento se sitúa en el Puerto de Olazagutía, al occidente de La Barranca, emplazándose en la margen izquierda del río Araquil, en las canteras de la fábrica de Cementos Portland, de Olazagutía. Sobre la naturaleza del yacimiento, que ya había sido totalmente destruido cuando se realizaron las recolecciones líticas, ha quedado la duda de la probable existencia de una cueva, en cuya boca de entrada orientada al sur se abriría la sima que contenía un importante depósito de fauna. La industria lítica se recogió en los vertederos de la cantera, quedando por lo tanto sin aclarar su posición originaria; así que el único estudio arqueológico posible sería, aparte de una por hoy imposible revisión adecuada del lugar, el análisis tipológico de la totalidad de los materiales recogidos, cuya dispersión en varias colecciones además dificultará su estudio de conjunto. Ante esas circunstancias resultará forzosamente provisional cuanto se diga ahora de la interpretación global del yacimiento.

Su descubridor, Máximo Ruiz de Gaona, Sch. P., halló y publicó primeramente la fauna cuaternaria [11], que quedó en su colección particular del Colegio de las Escuelas Pías de Pamplona, y luego la industria lítica, cuyos materiales pasaron en su mayor parte al Museo de Navarra, motivando una revisión de Juan Maluquer de Motes y una nota aclaratoria del descubridor [12]. En sus trabajos, Ruiz de Gaona planteó el problema del carácter paleolítico de la industria recogida; identificación que negó Maluquer, al considerarla postpaleolítica, de los comienzos de la Edad de los Metales. El problema era complejo e Ignacio Barandiarán realizó después una recopilación bibliográfica del estado de la cuestión [13].

En la colección particular de Ruiz de Gaona, junto a la fauna recogida quedó una selección de materiales de los que Enrique Vallespí publicó recientemente, junto al descubridor [14], tres piezas de tradición inferopaleolítica que obligan, de cierto, a una seria reconsideración de la industria lítica del yacimiento, incluible de este modo en el mapa del Paleolítico Medio regional. Casi al mismo tiempo publicaron ambos otras cinco piezas foliáceas de talla plana, asimismo de la colección particular de Ruiz de Gaona, planteando el problema de su probable atribución solutrense, aspecto al que ha prestado después atención Javier Fortea [15], en 1973, con referencia a los materiales publicados por Maluquer. Por su parte, Jesús Altuna ha insistido sobre el carácter paleolítico de la fauna del yacimiento [16].

Pese al interés de los materiales conocidos de la colección Ruiz de Gaona no nos ha sido posible

---

11. M. Ruiz de Gaona, *Un yacimiento de mamíferos...* 1941.

12. M. Ruiz de Gaona, *Noticia del hallazgo...* 1952, y *Todavía algo sobre...* 1958; J. Maluquer de Motes, *La industria lítica...* 1954.

13. I. Barandiarán, *El Paleomesolítico...* 1967, pp. 130-132.

14. E. Vallespí-M. Ruiz de Gaona, *Piezas líticas de tradición...* 1971.

15. E. Vallespí-M. Ruiz de Gaona, *Puntas foliáceas de retoque...* 1970; J. Fortea, *Los complejos microlaminares...* 1973, pp. 479-480.

16. J. Altuna, *Fauna de mamíferos cuaternarios...* 1972, pp. 104.

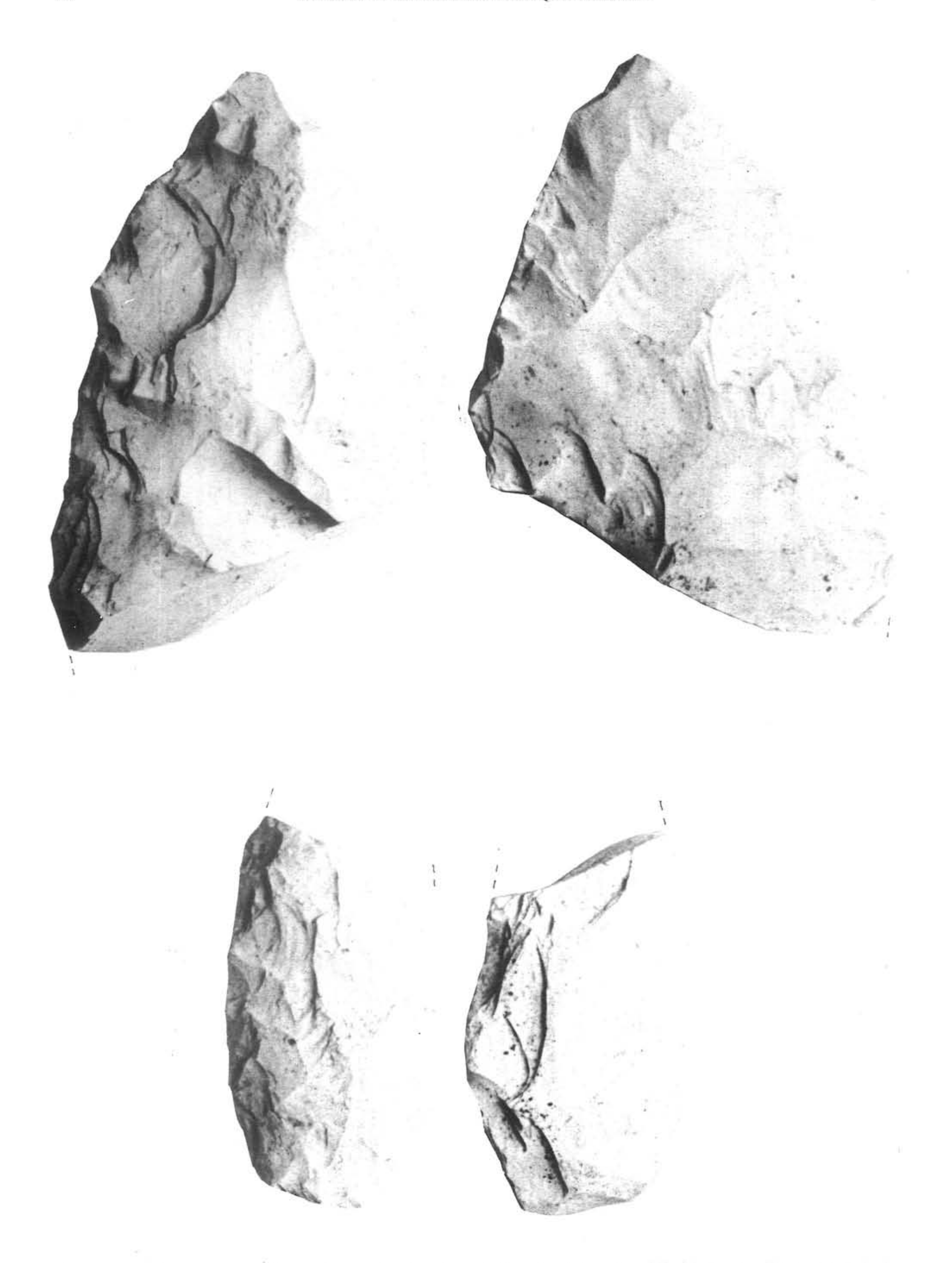


FIG. 32. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutía), dos piezas de sílex de retoque plano bifacial. Recolección por M. Ruiz de Gaona (hoy en el Museo de Navarra).

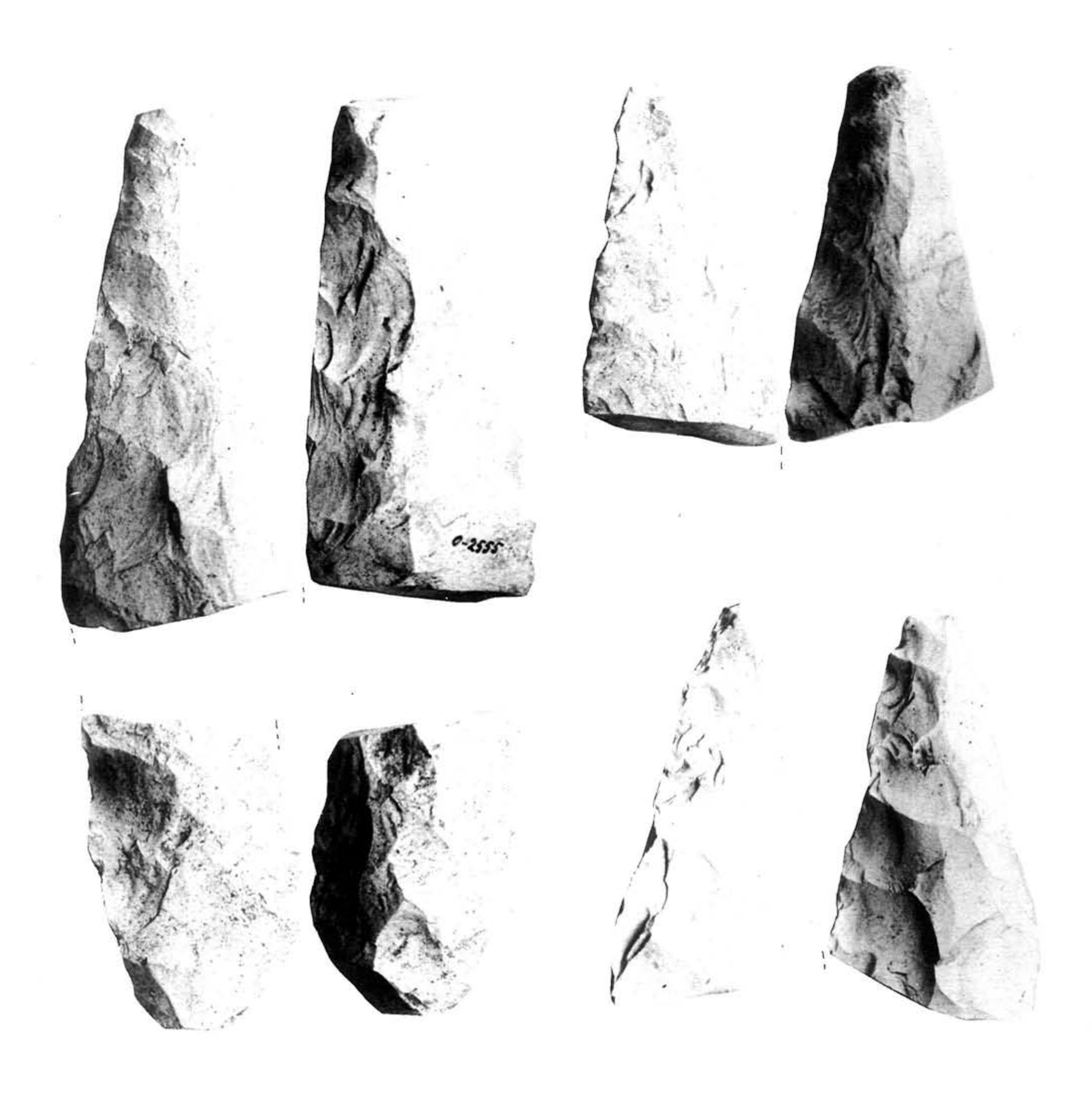



FIG. 33. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutía), piezas de sílex con retoque plano bifacial. Recolección por M. Ruiz de Gaona (hoy en el Museo de Navarra).

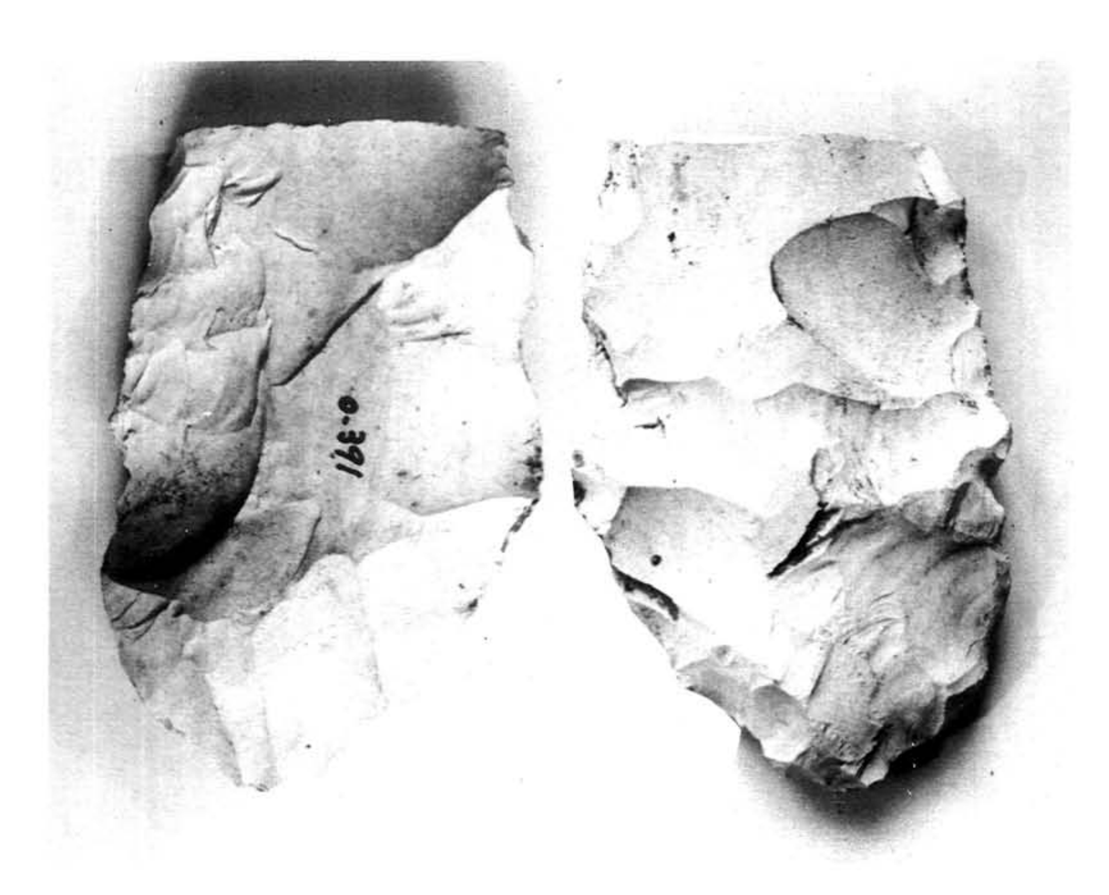


FIG. 34. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutia). Modelo del modo de talla (plana/sobreelevada) bifacial sobre una pieza recogida por M. Ruiz de Gaona (hoy en el Museo de Navarra).



FIG. 35. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutia). Cuatro núcleos de silex, un raspador de cepillo (o carenado) y un raspador plano en extremo de lámina: pueden pertenecer a la primera parte del Paleolítico Superior. Los recogió M. Ruiz de Gaona (hoy se hallan en el Museo de Navarra).



FIG. 36. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutia). Núcleo de sílex, con huella de extracción de láminas. Colección Ruiz de Gaona (Museo de Navarra).

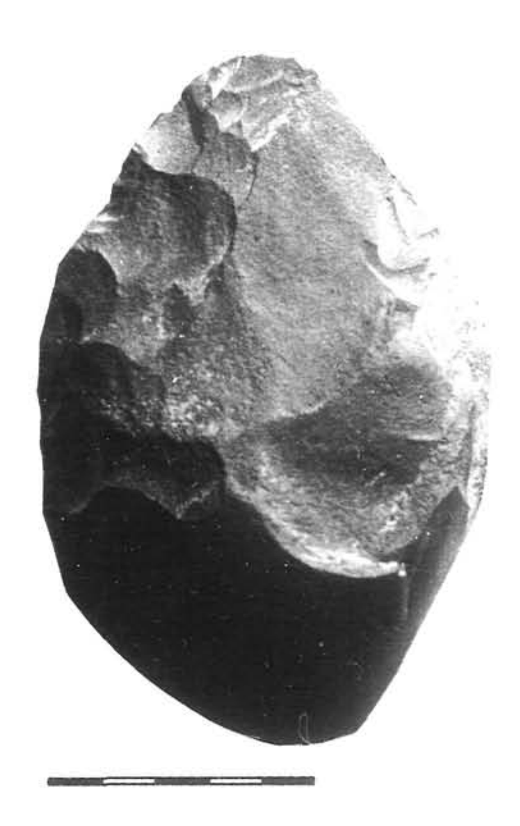


FIG. 37. Coscobilo (Olazagutía). Bifaz de basalto (colección Ruiz de Gaona, en el Colegio de Escuelas Pías de Pamplona).

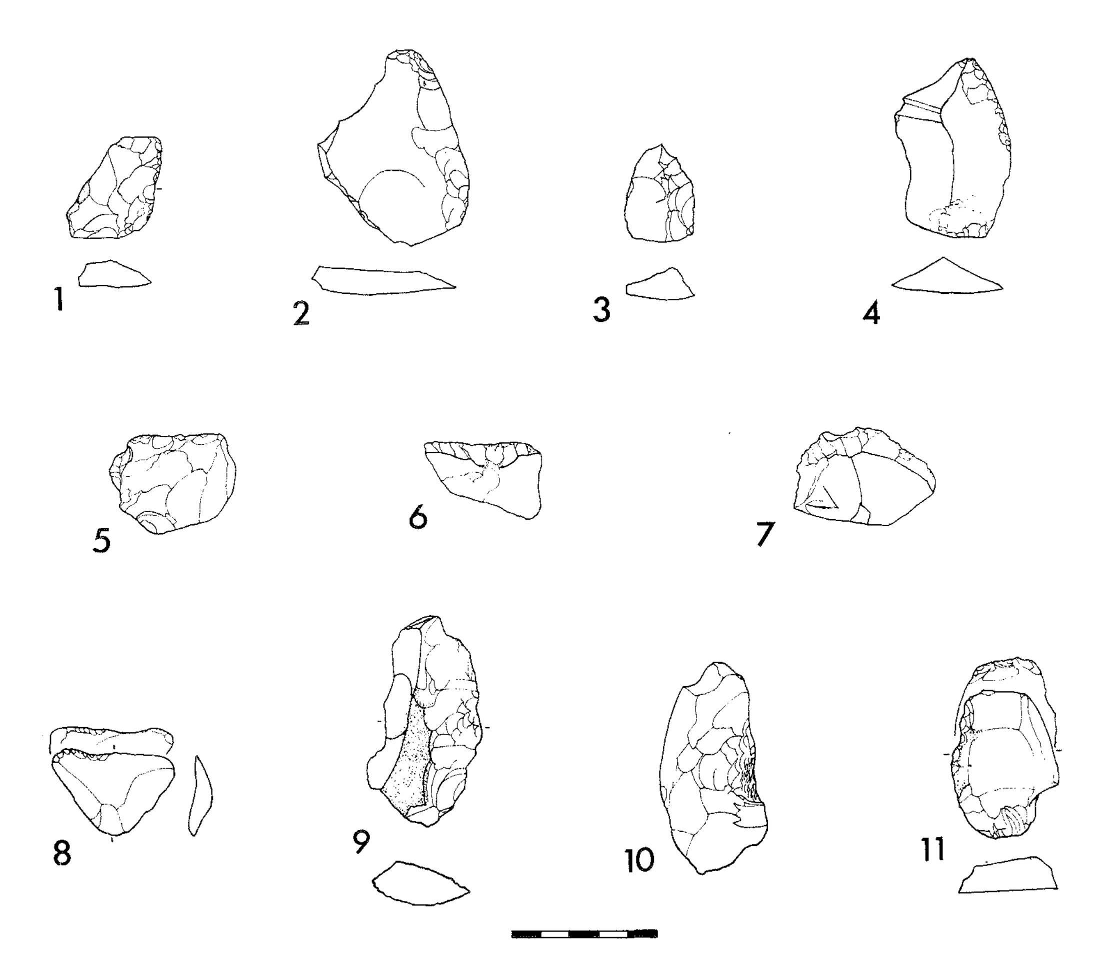



FIG. 38. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutía): raederas laterales, transversales y alternantes (colección J. M. de Barandiarán) (según M. A. BEGUIRISTAIN en 1974).

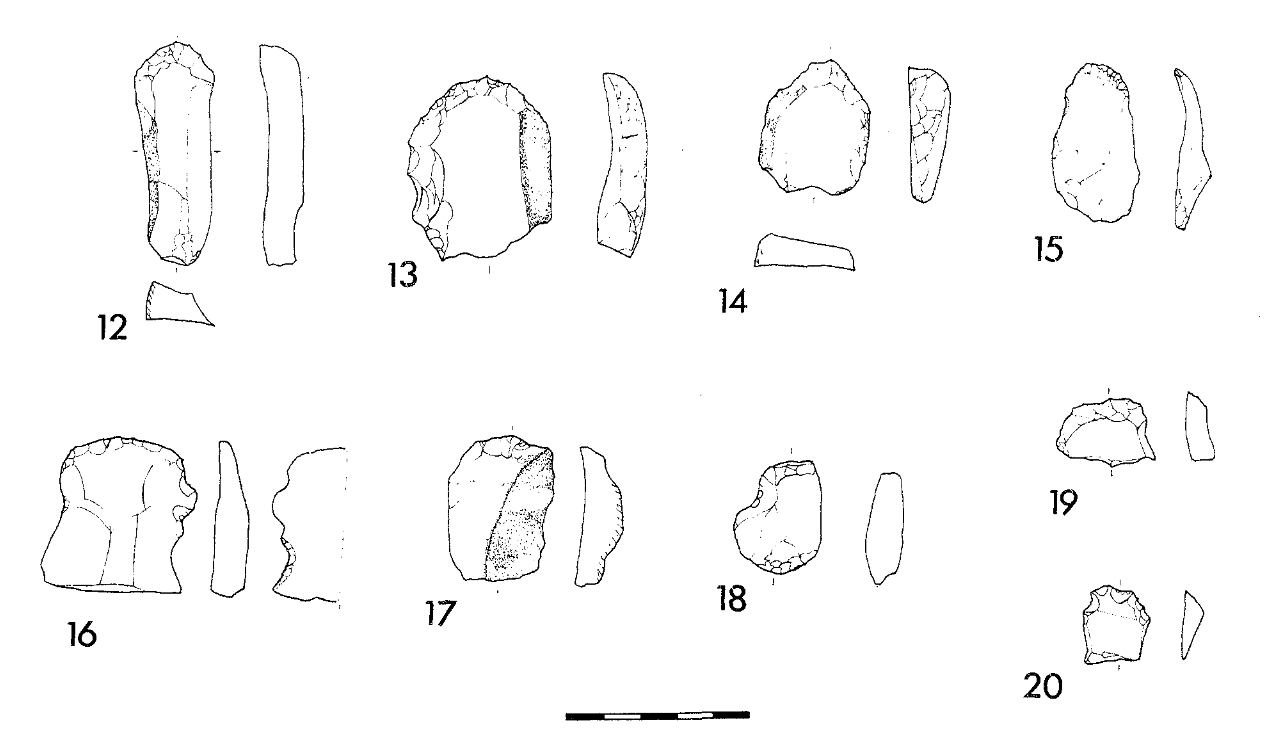



FIG. 39. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutía): raspadores planos (colección J. M. de Barandiarán) (según M. A. BEGUIRISTAIN en 1974).

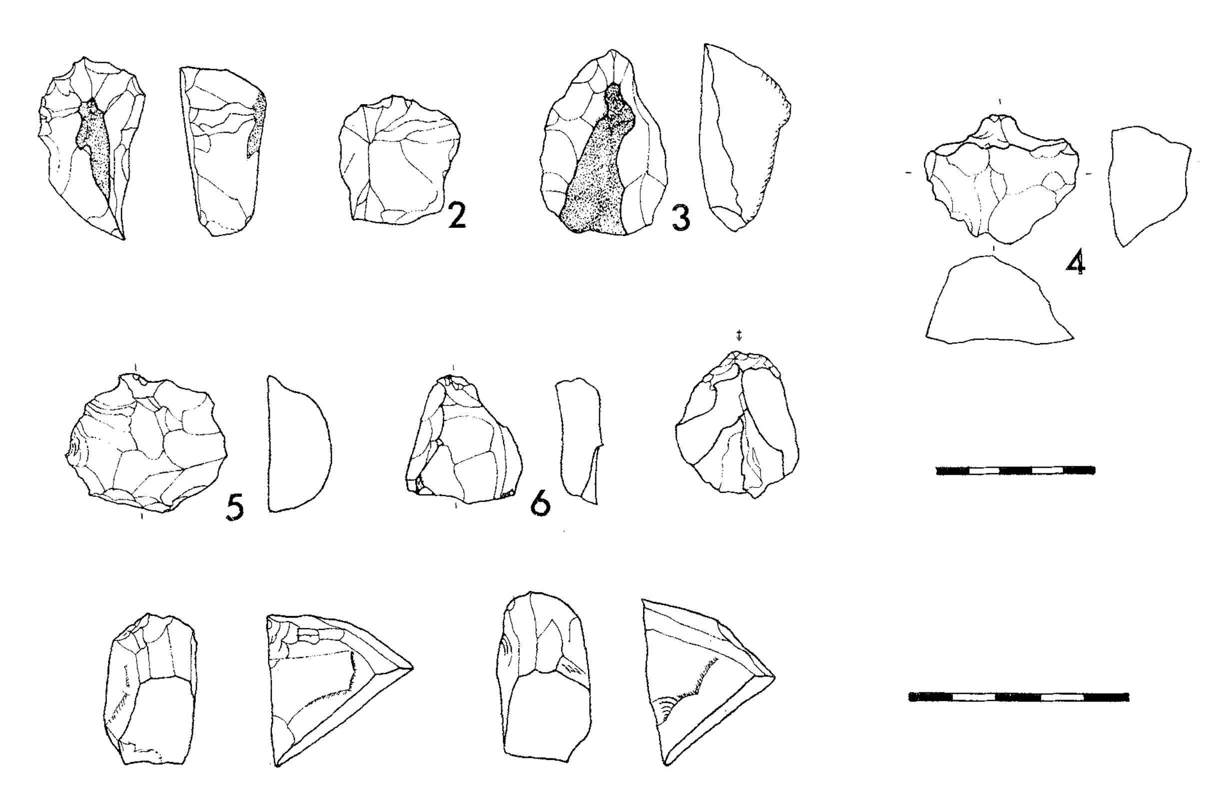



FIG. 40. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutía): raspadores espesos (carenados) y un raspador aquillado doble (cepillo doble; abajo) (colección J. M.ª de Barandiarán) (según M. A. BEGUIRISTAIN en 1974).



FIG. 41. Yacimiento de Coscobilo (en Olazagutia): buriles sobre fractura, buriles transversales sobre retoque convexo, buriles sobre truncadura, y perforadores (colección J. M. de Barandiarán) (según M. A. BEGUIRISTAIN en 1974).

ver la colección en su totalidad, salvo el estudio por uno de nosotros de las piezas publicadas en los dos artículos citados[17].

Existe, por otra parte, otro muy interesante conjunto de materiales que había recogido, en prospección, José Miguel de Barandiarán: fueron amablemente puestos a nuestra disposición en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra y han sido publicados por María Amor Beguiristáin[18].

Tal como se expone en las series de Coscobilo las recogidas deben suponer, lógicamente, sólo una parte del total de utensilios y fauna que pudo contener en su depósito este importantísimo yacimiento. La dispersión incluso de lo recogido y el diverso enfoque de interpretación (en algún caso hasta con un ligero tono polémico) que se ha venido produciendo en los varios especialistas que han intentado clasificar parte de dicho conjunto, nos obliga a una revisión parcial de cada una de esas aportaciones bibliográficas: intentando la reconsideración directa de las colecciones y, al final, una coordinación adecuada de las diferentes opiniones vertidas sobre Coscobilo[19].

La industria lítica que presenta Maluquer[20] de la colección ingresada en el Museo de Navarra (prescindiendo ahora del problema de su atribución) está definida por núcleos, láminas y lascas laminares, como restos de taller, y por un cuadro tipológico integrado por raspadores en extremo de lámina y lasca laminar y nucleiformes, buriles simples, (laterales; y centrales con planos dobles y hasta triples) y una serie de piezas de talla bifacial de variada tipología (en forma de hoja de laurel, puntas robustas de sección gruesa y piezas cortas y robustas con talla bifacial poco cuidada), quizá lo más interesante de la industria lítica del yacimiento (figuras 32, 33 y 34). La talla de estas piezas bifaciales es tosca y grosera, obtenida por percusión fuerte y relativamente vertical sobre el filo de la lasca primitiva, logrando facetar alternativamente sus caras y conservándose las piezas fuertes y robustas, sin que se trate de una técnica de talla superficial a presión horizontal (según el informe de Maluquer; quien aclaró además que el material lítico ingresado en el Museo es muy homogéneo). La colección ingresada en el Museo de Navarra posee, según lo publicado, unas cinco mil piezas (figuras 35 y 36).

De los materiales conservados en la colección particular de Ruiz de Gaona publicamos el descubridor y E. Vallespí[21] tres piezas de talla bifacial: son tres *bifaces,* ovalado de talón cortical de basalto (figura 37), amigdaloide corto de sílex y unifacial subcordiforme de ofita. Y en otro trabajo[22], la identificación, en la citada colección particular, de cinco puntas foliáceas de talla plana, lamelar: un subtipo de hoja de sauce, una unifacial con la mitad basal de la cara inferior retocada, un subtipo de hoja de laurel, una punta doble y unifacial con retoque en ambas puntas de la cara inferior, y una punta unifacial incompleta.

Los materiales recogidos en Coscobilo por José Miguel de Barandiarán, publicados por María Amor Beguiristáin[23], forman un lote de mil ciento cuarenta y seis piezas de sílex, de las que ochocientas cuarenta y tres son restos de taller, con predominio de lascas sobre láminas y núcleos, correspondientes a una industria con tipos de tamaño pequeño. Su cuadro tipológico se define por el predominio de muescas, seguidas por los cuchillos y ligeramente después por los raspadores, con porcentajes inferiores de buriles y de raederas, y mínimos de denticulados, foliáceos de retoque plano (dos piezas), perforadores, truncaduras, piezas de dorso y de tranchant distal y ejemplares sueltos de bola poliédrica, fragmento de bifaz plano, rasqueta y punta fragmentada de retoque bifacial (figuras 38, 39, 40 y 41).

En resumen, que los abundantes materiales líticos de Coscobilo sólo han sido analizados en lotes parciales separados, mientras que su posición originaria en el yacimiento permanece ignorada; lo cual dificulta cualquier intento de valoración.

Tipológicamente, no obstante, creemos que se puede afirmar que la base de estas industrias está en un Musteriense de tradición achelense, evidenciado sustancialmente por la presencia de bifaces (ova-

---

17. El P. Máximo Ruiz de Gaona falleció poco después de la publicación del trabajo conjunto con E. Vallespí sobre la tradición achelense en Coscobilo, en 1971. Posteriormente (en mayo de 1974) E. Vallespí pudo visitar de nuevo la Colección «Ruiz de Gaona», en el Colegio de Escolapios de Pamplona, merced a la amable acogida del P. Rector; en una revisión rápida se definieron algunos aspectos particulares de los conjuntos referibles al Paleolítico Superior (que ahora recogemos en estas líneas), con la colaboración de M.ª A. Beguiristain y de L. G. Straus (que entonces preparaba su Tesis sobre el Solutrense cantábrico).

18. M.ª A. BEGUIRISTAIN, *La colección Barandiarán...* 1974.

19. En RUIZ DE GAONA, *Noticia del hallazgo...* 1952 se reproduce una fotografía del lugar de los hallazgos (frente a pág. 164); los pormenores de la cuestión del propio yacimiento, en los trabajos ya citados en la nota n.º 2 de este capítulo de RUIZ DE GAONA 1952 (pp. 157-158), RUIZ DE GAONA 1958 *(passim)* y MALUQUER DE MOTES 1954 (pp. 10-11).

20. J. MALUQUER DE MOTES, *La industria lítica...* 1954; pp. 12-18 y figuras correspondientes.

21. E. VALLESPÍ-M. RUIZ DE GAONA, *Piezas líticas de tradición...* 1971, pp. 377-382.

22. E. VALLESPÍ-M. RUIZ DE GAONA, *Puntas foliáceas de retoque plano...* 1970, pp. 212-213, con la lámina correspondiente.

23. M.ª A. BEGUIRISTAIN, *La colección Barandiarán...* 1974.

lado de talón, de basalto; amigdaloide corto, de sílex; unifacial subcordiforme, de ofita; y fragmento basal de un ejemplar aplanado, de sílex), de un cuadro variado de raederas (laterales, transversales, dobles, alternas, de retoque bifacial), y de abundantes cuchillos, muescas variadas (verdaderas muescas, de uso, clactonienses, en extremo de lasca y triángulos de muesca) y denticulados. Tenemos además la impresión de que se trata de un Musteriense de tradición achelense evolucionado; dándose también en Coscobilo una perduración en los tiempos superopaleolíticos.

Nuestra calificación se fundamenta, por una parte, en la homogeneidad tecnomorfológica que presenta la casi totalidad de los materiales líticos del yacimiento recogidos hasta ahora (uniformidad observada también por Maluquer) y, sobre esto, en la aparición de las series tipológicas de buriles, raspadores, puntas foliáceas planas de talla uni-o bifacial en escama y de algunas puntas de retoque plano, lamelar.

En cuanto a los buriles, Maluquer señala en los materiales ingresados en el Museo de Navarra el predominio del tipo lateral, sobre lámina, lasca e incluso sobre pieza robusta, y la existencia del tipo de buril central; ambos tipos aparecen también en la colección de Barandiarán, que presenta un cuadro más completo, con buriles sobre fractura, diedros (ladeado, centrales, de ángulo), sobre retoque transversal, buril plano y dos ejemplares sobre truncadura retocada, tipo Noailles.

A los raspadores analizados por Maluquer en los materiales de dicho Museo, planos sobre lasca o lámina, con algún raspador doble, y raspadores nucleiformes pequeños o cepillitos-raspadores (que también aparecen en la colección Barandiarán), hay que añadir, de esta misma colección, el tipo de raspador espeso, con subtipos carenado típico, de hocico, de muescas y carenoide.

Junto a estas dos series tipológicas aparece una tercera, constituida por puntas planas de retoque escamoso uni-o bifacial, que por su abundancia parece caracterizar al yacimiento; la serie llamó la atención de Ruiz de Gaona y luego de Maluquer, quien realizó el análisis de los ejemplares ingresados en el Museo. En la colección de las Escuelas Pías de Pamplona se guarda un interesante lote de piezas, que uno de nosotros (E. Vallespi) ha podido contemplar brevemente; algunos ejemplares asimilables hay también en la colección Barandiarán. Se deduce del informe de Maluquer[24], que se trata de una serie de piezas de talla bifacial, clasificables en tres subtipos: uno muy abundante sobre lascas foliáceas generalmente y en forma de hoja de laurel, sección aplanada y talla bifacial (excepto en algunos ejemplares de cara inferior con leve retoque o sin retocar); un segundo tipo, constituido por numerosos fragmentos de puntas robustas de sección gruesa, cuyos ejemplares completos debieron alcanzar una longitud de hasta unos 20 centímetros, y un tercer tipo de piezas cortas y robustas con talla bifacial poco cuidada. Maluquer aclara que el retoque es siempre de percusión fuerte, nunca el lamelar obtenido por presión horizontal o muy oblicua. Hemos visto un lote de piezas de esta serie en la colección Ruiz de Gaona, anotadas y reproducidas algunas de ellas en su comunicación del descubrimiento del yacimiento[25], y estamos convencidos del interés de un estudio de esta serie tipológica, que por su tecnología nos parece estrechamente relacionada con el mismo conjunto Musteriense avanzado que hemos definido en este yacimiento. Al mismo tiempo mantenemos la duda del posible desarrollo tecnomorfológico de esta serie hacia un mundo de aspecto cuasisolutrense, por la aplicación de la técnica del retoque en escama plana, a veces alargada, en piezas de esta serie. A estos respectos, hay que señalar que, con independencia de nuestras apreciaciones, J. Fortea ha juzgado de aspecto solutrense algunos de los instrumentos líticos publicados por Maluquer, en los que señala algunos subtipos de hoja de laurel, que junto a la robustez y considerable tamaño de las piezas llevaría a suponer alguna relación de estas series de Coscobilo con el Solutrense gascón definido por Philip Smith[26].

La técnica del retoque plano, lamelar, aparece, como se señaló, con precisión en una corta serie de puntas foliáceas de la colección Ruiz de Gaona: son una punta en hoja de sauce, una unifacial, una en hoja de laurel, una punta foliácea doble (unifacial y con retoques en ambas puntas de la cara inferior), y una punta unifacial incompleta[27]. El retoque plano aparece en todos estos ejemplares, transverso y en echarpe, muy perfecto en tres de ellos; a esta serie hay que añadir los dos ejemplares de la colección Barandiarán.

Sobre esas bases de interpretación tipológica —y reiterando las dificultades de afinar su diagnóstico, por tener que utilizar una documentación parcial y no estratificada —creemos que es posible de-

---

24. J. Maluquer de Motes, *La industria lítica...* 1954, pp. 16-18 y figuras 6 a 15.

25. M. Ruiz de Gaona, *Noticia del hallazgo...* 1952, en las figuras 1, 3, 4, 5 y 9: ésta última muy peculiar.

26. J. Fortea, *Los complejos microlaminares...* 1973, pp. 479-480.

27. E. Vallespí-M. Ruiz de Gaona, *Puntas foliáceas de retoque plano...* 1970, pp. 212-213 y lámina, cuyas figuras 1 y 3 deben identificarse con las 8 y 7, respectivamente, de M. Ruiz de Gaona, *Noticia del hallazgo...* 1952, por la comparación ambas reproducciones.

fender en la ocupación prehistórica de Coscobilo un poblamiento en varios períodos culturales: el Musteriense de tradición Achelense, la *facies* Perigordiense (a la que habrá que referir alguna bastante típica punta de Chatelperron, y un par de característicos buriles de Noailles —referibles al Perigordiense avanzado, o Gravetiense), y el Solutrense. Esta interpretación arqueológica se muestra, por otra parte, de acuerdo con la fauna recogida por Ruiz de Gaona en el yacimiento, netamente paleolítica, que coincide casi plenamente con la analizada por J. Altuna en los niveles del Musteriense y del complejo Auriñaciense en la cueva mondragonesa de Lezetxiki[28].

2. *Series líticas de superficie de la Sierra de Urbasa*

Los primeros hallazgos se produjeron en el verano de 1968, casualmente, en el paraje «Balsa de Aranzaduya», en el Raso de Urbasa (figura 42), por el vecino de Zudaire Emilio Redondo Martínez, Secretario de la Facería de Santiago de Lóquiz y funcionario del Ayuntamiento de la Améscoa Baja; el valor del descubrimiento fue certificado al año siguiente por miembros del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra (bajo la inmediata responsabilidad de Enrique Vallespí), revisando (en octubre de 1969) el lugar de los hallazgos y avanzando, en la nota de información de los mismos, un diagnóstico cultural de procedencia[29]. La prospección sistemática emprendida, de seguido, por el descubridor con el Seminario de Arqueología logró la ampliación del área de los hallazgos a los nuevos parajes de la Fuente de Andasarri (también en El Raso) y de la zona de Osaportillo, aumentando el número de piezas colectadas. Los materiales procedentes de aquella etapa inicial han sido ya estudiados por Enrique Vallespí, y han sido objeto de publicación —reproduciendo su Memoria de Licenciatura— por Inés Tabar[30]. La continuación de aquellas tareas de prospección han llevado a nuevas localizacones importantes: en el Regajo de los Yesos (en el invierno de 1972), en la Fuente de Aciarri (en El Raso) y en Pozo Laberri (en Osaportillo) en el otoño de 1973[31].

Posteriormente, la actividad incansable de Emilio Redondo ha reunido más importantes evidencias de aquellas técnicas del Paleolítico antiguo, en varias otras zonas de la Sierra de Urbasa. Puesto en contacto con nosotros, ha cedido desinteresadamente las colecciones recogidas al Museo de Navarra y se ha ofrecido, con total disponibilidad, a ser nuestro guía y orientador en las prospecciones de campo en la Sierra. En 1975, y dentro de los trabajos programados por la Comisión de Excavaciones y Arqueología (de la Institución Príncipe de Viana), los dos autores de este libro asumieron el encargo de preparar una amplia monografía en colaboración sobre el denso conjunto de estaciones al aire libre de Urbasa: en este sentido se han efectuado, siempre con la cooperación de E. Redondo, algunas nuevas salidas a la Sierra (con el asesoramiento de los especialistas en Geología y Sedimentología de la zona, Dres. Salvador Mensua, Francisco Alberto y Vicente Bielza; y la valiosa ayuda de Isaac Santesteban), y se ha comenzado el estudio tipométrico de las series recogidas.

Los lugares de los hallazgos se sitúan en lo alto de la Sierra de Urbasa, localizándose en dos zonas del eje sinclinal de la formación: en el Raso y en Osaportillo (a unos 9 km. al Este del Raso); por el momento son ya veinte los lugares de concentración de hallazgos. El Raso se halla de 860 a 900 metros de altitud, y Osaportillo, a 900.

Estructuralmente Urbasa está formada por un sinclinal plegado de terrenos terciarios (calizas de diversas etapas del Eoceno; sobre alguna zona central de dicho sinclinal se conservan conglomerados y areniscas oligocénicas), sobre los que se ha acumulado un manto de tierra vegetal, de origen cuaternario. Por el momento (y a pesar de nuestras búsquedas concretas, con la cooperación de los especialistas citados) no se ha localizado depósito arqueológico alguno organizado en secuencia. Los instrumentos líticos tallados aparecen en el tramo más superficial del terreno, habiéndose evidenciado por ligera denudación del mismo (erosión por lluvia, ligeros corrimientos) o al ser removido (tareas de labranza, trazado de pistas y movimiento de tierras, toperas). En el mapa general de Urbasa las localizaciones de hallazgos arqueológicos se concentran en torno a las carreteras y pistas principales que en sentido Norte-Sur atraviesan la Sierra por su zona central (entre Olazagutia y Estella) y a alguno de sus ramales o desviaciones laterales: pues, lógicamente, han sido estas las zonas más intensamente prospectadas. Pensamos que el efectivo de estaciones hasta ahora determinadas habrá de crecer conforme se extienda más el ámbito de búsqueda por zonas hoy menos accesibles de Urbasa.

---

28. Se informa sobre esta fauna en M. RUIZ DE GAONA, *Un yacimiento de mamíferos...* 1941 (*passim*) y en *Noticia del hallazgo...* 1952, pp. 159-162, y en *Todavía algo sobre el yacimiento...* 1958, pp. 281-284.

29. E. VALLESPÍ, *Novedades del Paleolítico Inferior y Medio...* 1971.

30. I. TABAR, *Nuevas localizaciones paleolíticas...* 1977 y 1978. De ejemplares hay que calificar las pacientes prospecciones de Emilio Redondo Martínez, de Zudaire, a quien se deben todas esas localizaciones de campo.

31. E. VALLESPÍ, *Achelense Final y Musteriense...* 1975.

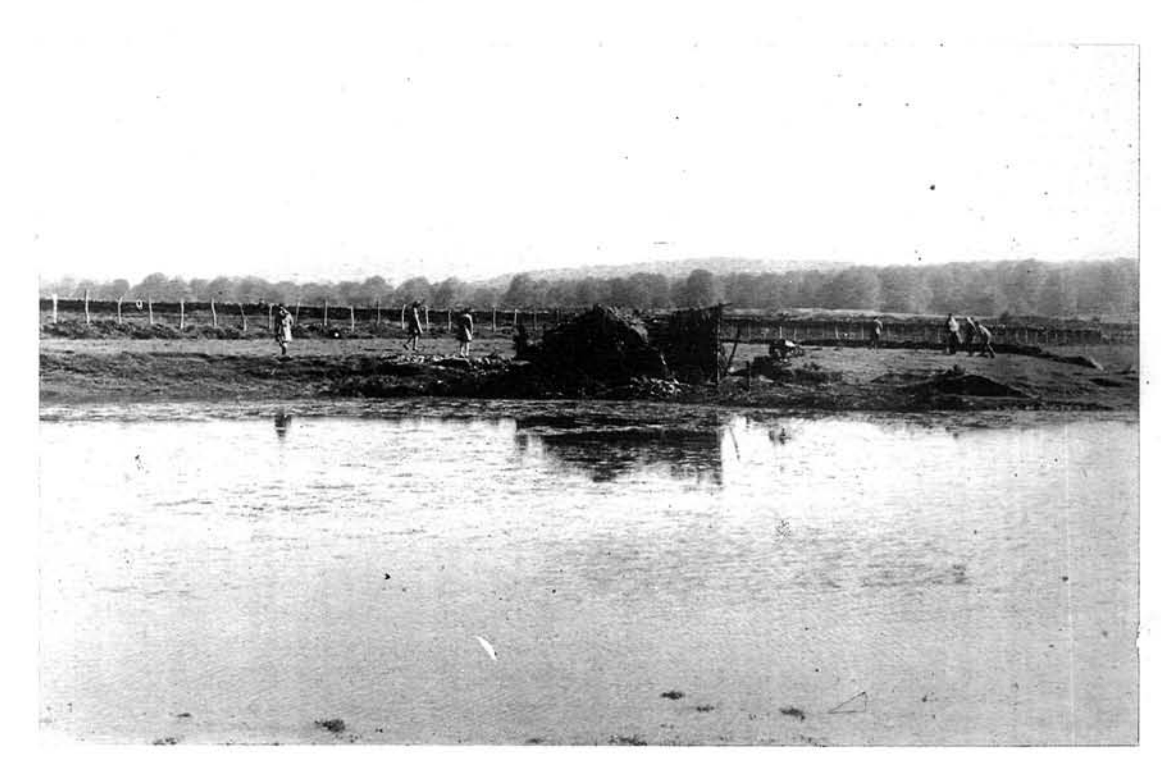


FIG. 42. La balsa de Aranzaduya, en el Raso de Urbasa. En torno a ella se han producido los hallazgos de sílex tallados —atribuibles al Paleolítico Inferior y Medio— que se reseñan en el texto. Su recolector, Emilio Redondo, los ha depositado en el Museo de Navarra.

Conforme se indicó, los materiales líticos se han recogido en superficie: por ello, el total de estaciones de Urbasa han de calificarse en la categoría de las «al aire libre», sin depósito estratificado. En el Raso el lugar principal de hallazgo se localiza en la llamada Balsa de Aranzaduya; mientras que en la Fuente de Andasarri (a apenas un kilómetro de ahí) se encontró otro corto lote de materiales, lo mismo que en la Fuente de Aciarri (a 4 kilómetros al Oeste de Andasarri) y en el lugar llamado Regajo de los Yesos. En el área de hallazgos de Osaportillo los materiales aparecen en una extensión de un kilómetro aproximadamente de longitud siguiendo el trazado de la pista forestal, cuya apertura motivó la remoción del terreno y consiguiente afloramiento de los sílex. Se emplaza el otro lugar de hallazgos, del Pozo Laberri, a un kilómetro aproximadamente al sur de esta área.

Estando la amplia colección reunida hasta ahora en estudio, expondremos aquí con cierto detalle sólo los caracteres de los seis primeros lugares localizados: Balsa de Aranzaduya, Fuente de Andasarri, Fuente de Aciarri y Regajo de los Yesos en El Raso; Osaportillo y Pozo Laberri, en Osaportillo. Habiendo ya sido revisados sus materiales por nosotros en su totalidad, pensamos que pueden servir de adecuada muestra (abundante y muy significativa), y representan fielmente los caracteres del conjunto de evidencias paleolíticas de Urbasa.

De la *Balsa de Aranzaduya,* el informe inicial, de 1971, por E. Vallespí, presentaba una industria con abundantes restos de talla y un cuadro tipológico muy preciso. En los restos de taller aparecen nódulos con descortezamiento inicial, núcleos, lascas (en porcentaje equilibrado de talla ordinaria, clactoniense, y Levallois), una punta Levallois, y algunas láminas (una de tipo Levallois y ordinarias las restantes). Las piezas están obtenidas casi exclusivamente sobre nódulos, y lascas: son bifaces (amigdaloide, ovalado y discoide), algún hendedor, discos, numerosas raederas (bifaciales, laterales, ladeadas, transversales y alterna convergente), denticulados, raspadores carenados y planos, con una representación de algunos otros tipos. Nuevos materiales de recogida muy reciente completan el cuadro[32].

El conjunto de la *Fuente de Andasarri* ha sido clasificado por Inés Taber (bajo la supervisión de E. Vallespí)[33]. Comprende su efectivo de control doscientas setenta evidencias, de sílex, en su mayoría son restos de taller, generalmente desechos informes: una docena de núcleos (de lascas; salvo

32. En esta reseña se repite sustancialmente el informe inicial de E. VALLESPÍ, *Novedades del Paleolítico Inferior y Medio...* 1971, pp. 566-576.

33. Seguimos la clasificación recogida por I. TABAR, *Nuevas localizaciones paleolíticas...* 1977 y 1978.

uno de láminas), dos fragmentos de avivado de núcleo, lascas (con notable índice Levallois) y, en menor proporción, láminas. Algunas lascas y una lámina muestran huellas de uso (y retoques elementales) sobre sus filos. El total de instrumentos tipologizables es de treinta y siete que, por orden decreciente, son: raspadores (casi todos carenados; algunos en hocico; uno del tipo cepillo) predominantes, muescas (en equilibrio las muescas verdaderas y las de tipo clactoniense), denticulados y raederas (simples; una alternante), tres «bifaces-raederas» (o bifaces de *tranchant* lateral), dos cuchillos (uno de dorso atípico, el otro de dorso natural) y una rasqueta.

En la *Fuente de Aciarri,* del mismo Raso, el lote inicial de materiales recogidos, ofrece preponderancia de lascas (algunas de talla Levallois) y varias láminas pequeñas de técnica laminar ordinaria; como utensilios presenta alguna raedera simple, una en lasca Levallois, junto a varias otras piezas (una truncadura oblicua y dos foliáceos), que parecen indicar que no se trata de materiales de un conjunto único.

Del *Regajo de los Yesos* hay controlado un primer lote de materiales, reducido a medio centenar escaso de sílex, con abundancia relativa de restos de talla, un núcleo Levallois, lascas y alguna lámina de técnica Levallois y un cuadro tipológico con predominio absoluto de raederas, que importan más de la mitad del total de los útiles, en su mayoría simples y algunas de retoque bifacial y una raedera doble (o punta achatada), varios cuchillos atípicos, denticulados y un raspador plano de hocico.

De *Osaportillo* ha analizado María Inés Tabar, en su aludido estudio[34], el lote de los primeros materiales recogidos, con un total de trescientos setenta sílex (en su mayoría restos de talla, con gran variedad de desechos indeterminados): lascas abundantes (muchas de ellas corticales; de tallas ordinarias y Levallois), pocas lascas laminares, numerosos núcleos de lascas (alguno Levallois de lascas y de puntas) y dos núcleos ordinarios de láminas. Hay quince lascas y una lámina con huellas de uso o retoque y cincuenta y seis piezas, ordenadas, por sus porcentajes decrecientes, del siguiente modo: predominio de cuchillos y de raederas muy variadas (simples, convergentes, transversal, alternante y de retoque bifacial ordinarias y una de tipo Quina), proporción algo inferior de raspadores (casi todos carenados, con tipos de hocico y dos de cepillo; y unos pocos raspadores planos), denticulados y muescas (clactonienses en mayor número y también verdaderas muescas y de uso) y completan el cuadro dos rasquetas y una lasca truncada.

En el *Pozo Laberri* se han recogido inicialmente unos sesenta sílex, en su mayor parte restos de talla, con relativamente abundantes lascas ordinarias y alguna Levallois, dos núcleos (prismático y piramidal de laminillas), alguna lámina pequeña, varias raederas y un par de raspadores carenados.

Expuesta así la primera clasificación tipológica de los materiales de esta media docena de localizaciones (tanto del Raso, como de Osaportillo), es susceptible de alguna mínima rectificación de detalle y viene, sobre todo, condicionada a las sucesivas ampliaciones que imponga el estudio del resto de la colección de Urbasa y a las producidas en prospecciones futuras. La cualificación de estos conjuntos como estaciones al aire libre conlleva dos dificultades serias de delimitación. Por un lado, la referente a su delimitación en horizontal, es decir, de la extensión total del área de ocupación: y en ella de una zona central (o de ocupación preferencial, o concentrada) y de otras zonas adyacentes (o secundarias, o satélites). De otro lado, es difícil también delimitar en secuencia (o sea, en etapas culturales precisas) los momentos distintos a que referir esas evidencias arqueológicas que, de hecho, encontramos nosotros en un mismo horizonte de depósito, yuxtapuestas (y, por ende, revueltas). De ahí el valor que concedamos no sólo a las contadas piezas que pueden referirse en exclusiva a un período determinado (los «fósiles directores»), sino también a una necesaria, y clarificadora, consideración global de los caracteres de conjunto de orden tecnológico.

En ese sentido resalta, en primer lugar, la homogeneidad general de las series colectadas: en su mayoría evidencian corresponder a un mismo mundo industrial basado en técnicas de talla achelense, clacto-tayaciense y levalloisiense. Con dicha tecnología se produce un cuadro tipológico caracterizado por el predominio exclusivo del instrumental retocado sobre nódulo o sobre lasca: bifaces clásicos y discos, abundancia notable y variedad de raederas y raspadores (mayoritariamente en formas carenadas), muescas, denticulados y cuchillos, más otros tipos —en principio coetáneos— en proporción menor. Aparte de ello, en los seis conjuntos arriba expuestos (y en varios lugares no citados de Urbasa) se significa otro pequeño conjunto lítico sobre láminas (raspadores planos, raspadores largos en extremo de lámina; algunas formas de buriles), de posible adscripción al Paleolítico superior inicial. Del mismo modo que un tercer conjunto aquí no referido (en el que se han de incluir contadas industrias microlíticas y hasta alguna punta de pedúnculo y aletas) se debe relacionar con la población pastoril que ocupará Urbasa durante el Eneolítico y Bronce Antiguo, depositando sus muertos en los dólmenes localizados.

34. Acogemos la clasificación básica de I. TABAR, *Nuevas localizaciones paleolíticas...* 1977 y 1978.

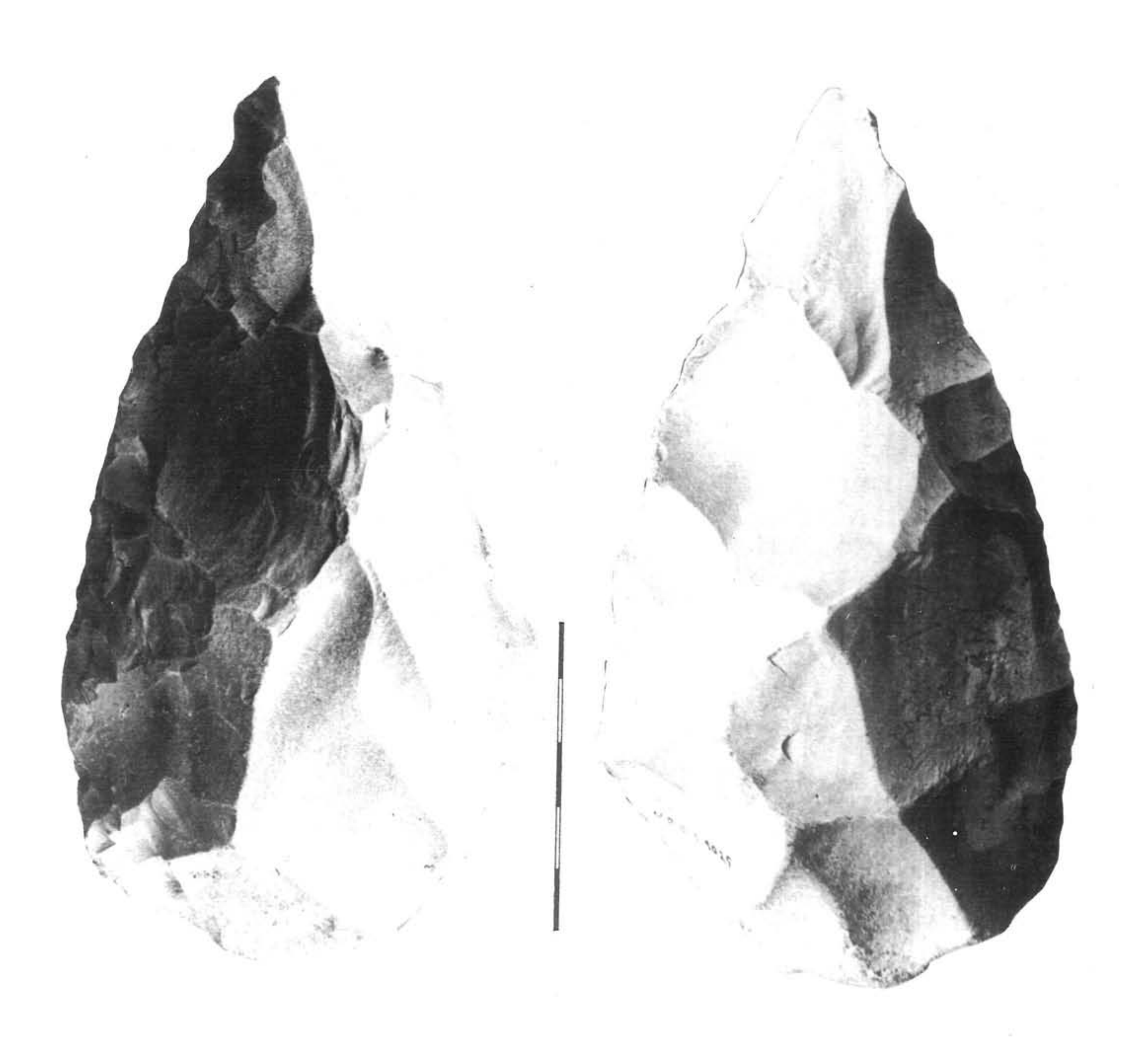


FIG. 43. Balsa de Aranzaduya (Urbasa). Bifaz de sílex.

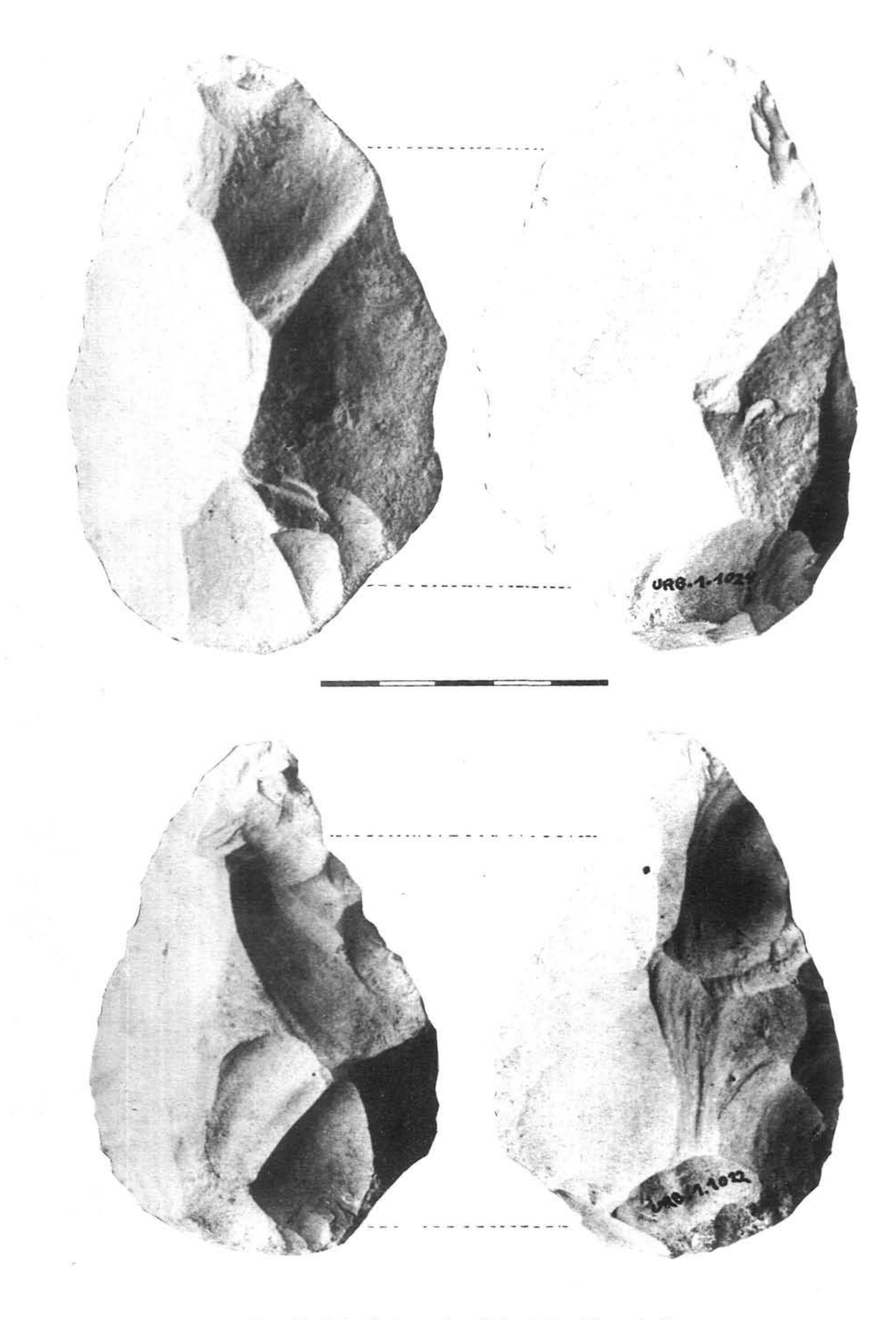


FIG. 44. Balsa de Aranzaduya (Urbasa). Dos bifaces de sílex.

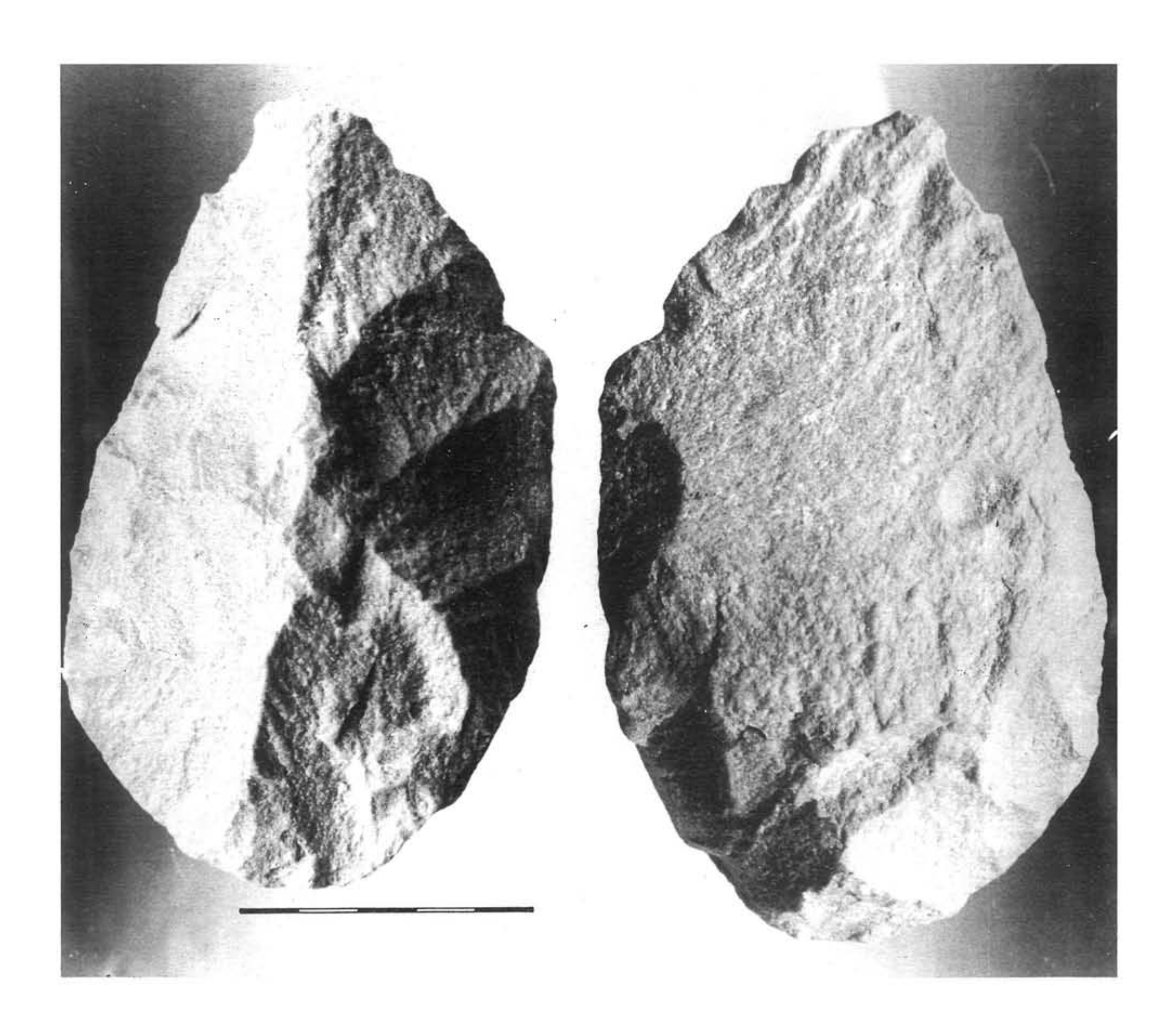


FIG. 45. Balsa de Aranzaduya (Urbasa). Hendidor sobre cuarcita.

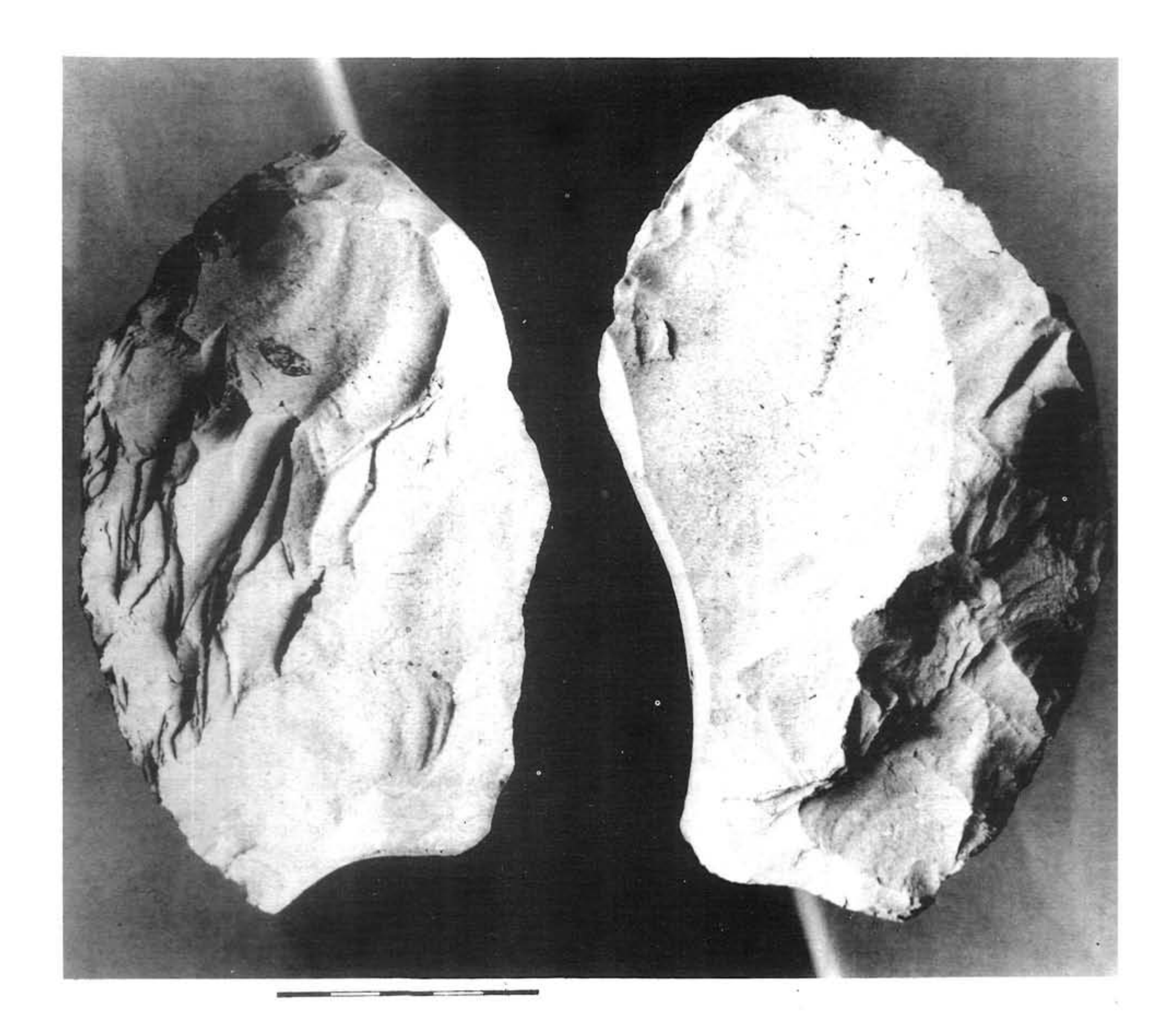


FIG. 46. Balsa de Aranzaduya (Urbasa). Gran raedera bifacial *(hachoir)* en sílex.

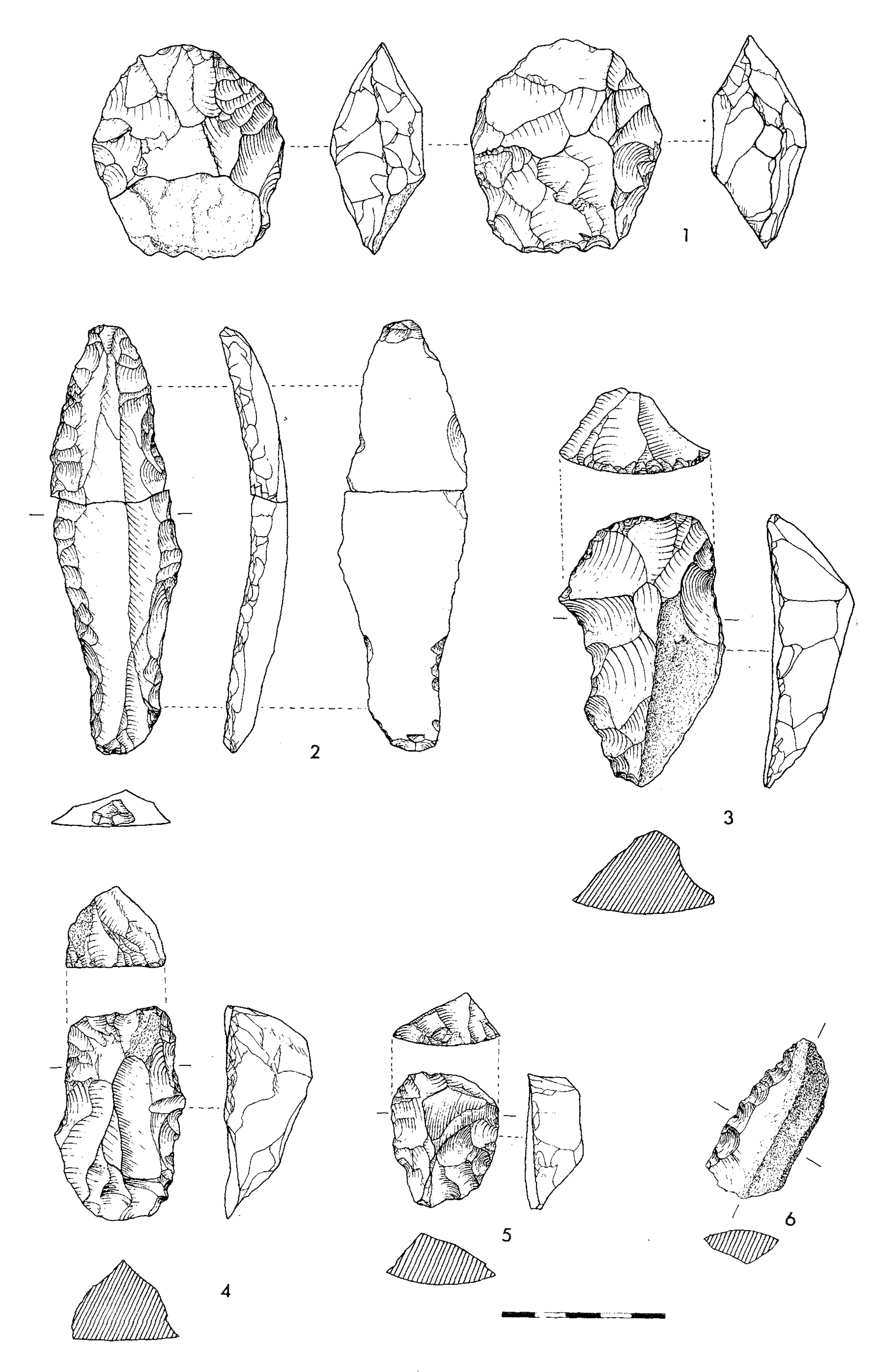



FIG. 47. Balsa de Aranzaduya (Urbasa). Diversos hallazgos de sílex tallado (recolección por Emilio Redondo, entre 1973 y 1975).

Las industrias mayoritariamente representadas en Urbasa resultan de indudable atribución a un Musteriense de tradición Achelense. Su base tipológica se sitúa en el Achelense Superior o en el Final: incorporándose a él numeroso utillaje típico del Musteriense. Los objetos atribuibles al Paleolítico Superior no desentonan en el cuadro industrial de un Auriñaciense.

En resumen, y con la salvedad de testimonios líticos posteriores, escasos por ahora aunque existentes[35], creemos que se impone la atribución de los conjuntos recogidos en las zonas del Raso y de Osaportillo a un mismo y continuado hábitat, de base tipológica en el Achelense Superior y Final (quizá, también, iniciada la presencia humana en Urbasa por esa época), desarrollado con seguridad en un ambiente cultural del Musteriense de tradición Achelense y prolongado en las primeras etapas inmediatas del Paleolítico Superior (Auriñaciense genérico, antiguo). Esas poblaciones viven al aire libre en varias localizaciones a lo largo y ancho de Urbasa; las evidencias de sus industrias y utillaje líticos —no rodados ni mínimamente afectados por señales de desplazamiento —certifican su hallazgo aproximadamente *in situ;* sin que podamos con seguridad delimitar la extensión precisa del espacio en que se asentaron ni —obviamente— estructura alguna de ocupación. Entre todas las «estaciones» de Urbasa, destaca como más homogénea y rica, la que se extiende en torno a la Balsa de Aranzaduya: bien caracterizada por su aportación de bifaces y de discos (ausentes por ahora en las recolecciones del resto de la Sierra). El aprovisionamiento de materia prima para las distintas ocupaciones de Urbasa podría localizarse en el área de Osaportillo que constituye una extensa zona de afloramiento natural de nódulos de sílex, apareciendo —por la abundancia aquí de restos de talla— como lugar de aprovechamiento y taller de explotación de materia prima.

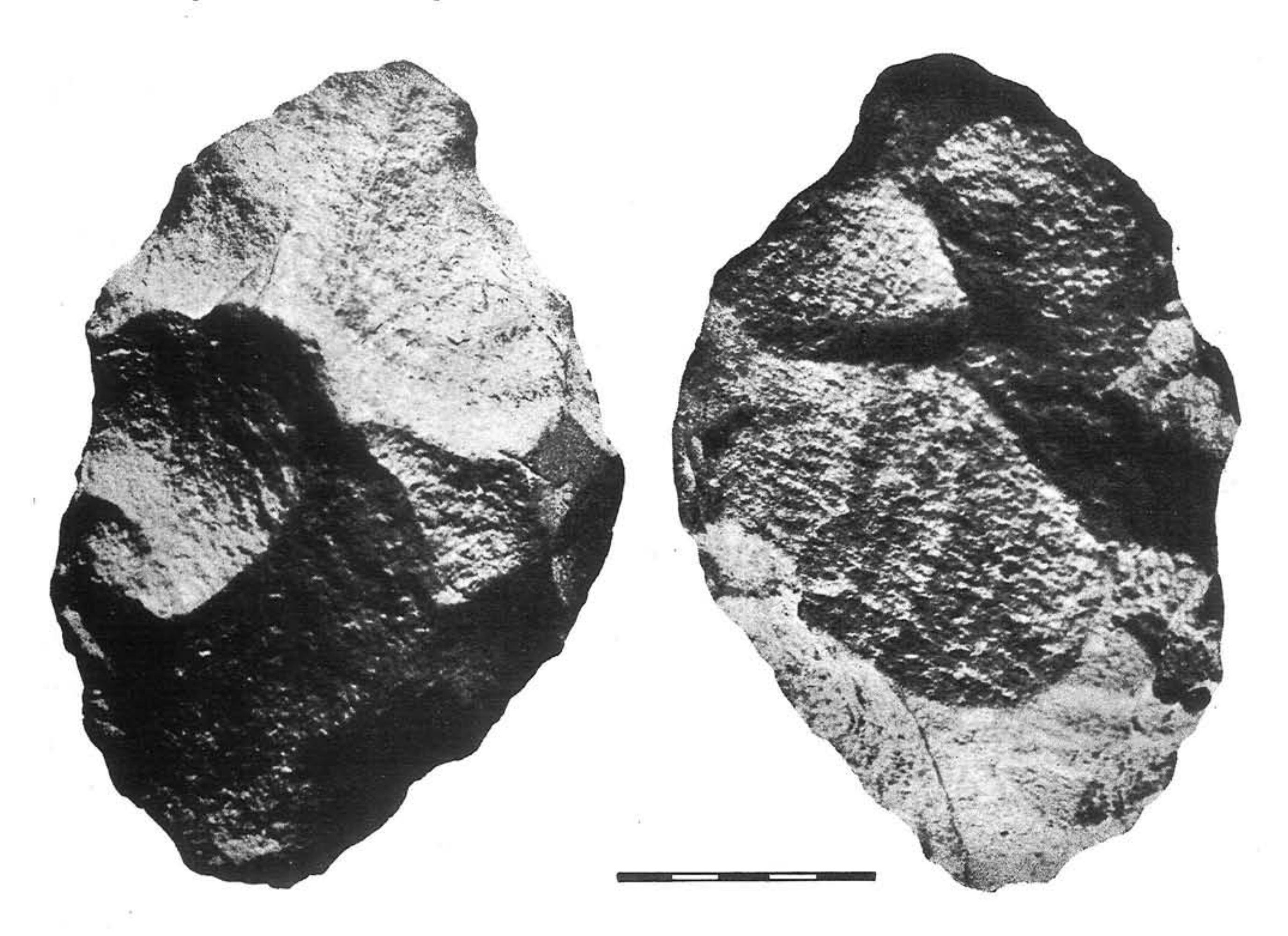


FIG. 48. Venta de Judas (Lumbier). Bifaz de cuarcita (fotografía de J. E. Uranga).

35. En una valoración muy general las evidencias recogidas en Urbasa se adscriben a dos momentos muy distintos de la Prehistoria: al Paleolítico Inferior avanzado y al Medio, en su mayoría, y al Eneolítico y Edad del Bronce (alguna hachita de piedra pulimentada, puntas de flecha características), relacionable éste con la ocupación dolménica de la Sierra.

## 2. Bifaces de Lumbier y de Estella

*La pieza aislada de Lumbier* (figura 48) fue recogida en el curso bajo del río Irati, en el lugar de la Venta de Judas, en la superficie de un glacis aluvial contemporáneo de la terraza superior del Irati (de fecha prewürmiense de un período frío). Sus descubridores, Alejandro Marcos y Salvador Mensua, publicaron en 1959 ampliamente sus caracteres[36]; depositando el objeto en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra. Resumiendo su acertado diagnóstico, señalaremos que se trata de un utensilio labrado a partir de un canto rodado de cuarcita, en forma de bifaz (no bien encajable por su contorno entre los tipos clásicos) de facies Achelense o de su tradición tecnológica.

*El bifaz de Estella* fue hallado por Francisco Manzanedo, vecino de aquella ciudad, y es él mismo quien lo retiene en su poder. La pieza se encontró en la partida de Ordoiz, entre el canal de Lorente y la orilla derecha del río Ega: si procede, como pensamos, de las gravas del fondo del canal, estaría en relación con la formación fluvial correspondiente de terraza cuaternaria. A la pieza se dedicó una extensa descripción por Enrique Vallespí y Rafael García Serrano en 1974[37]. Se trata de un bifaz tallado en un nódulo de cuarcita; y rodado después de su talla. Es de clara tecnología achelense y tipo clásico de bifaz cordiforme alargado, con todos los requisitos del prototipo: lados ligeramente convexos, talón convexo adelgazado y punta probablemente embotada. De acuerdo con su definición tipológica, debe clasificarse entre los tipos del Achelense Superior y raramente de su perduración en un Musteriense de tradición Achelense.

## 3. Noticias de hallazgos de Zúñiga, Lumbier y alrededores de Pamplona

A los conjuntos de superficie y piezas sueltas estudiados hay que añadir las noticias de hallazgos de una serie lítica indeterminada en Zúñiga, en el curso alto del Ega, de una pieza en Lumbier, en la misma área del bifaz reseñado, y la referencia imprecisa de hallazgos indeterminados en los alrededores de Pamplona.

Con referencia a Zúñiga, hay una escueta noticia de Hugo Obermaier, de 1925, comunicando el descubrimiento por Paúl Wernert (1924) de «vestigios del Paleolítico Inferior (cuarcitas talladas) en las terrazas de aluvión situadas al sur de la carretera»[38]. El lugar del hallazgo debe localizarse hacia el kilómetro 25 de la carretera comarcal 132 de Vitoria a Estella, poco después del puente y antes del ramal que lleva a Zúñiga, según aclaración de Alejandro Marcos y Salvador Mensua[39], correspondiendo, por lo tanto, a la orilla izquierda del río Ega. No existe más bibliografía directa ni otros datos del hallazgo, desconociéndose el paradero actual de esas piezas.

Del término de Lumbier, en el bajo Irati y al parecer del mismo paraje de la Venta de Judas donde se había hallado el bifaz anteriormente reseñado, hemos comunicado en 1967 la noticia de la recogida de otro bifaz similar, por Domingo Fernández Medrano; según informes del descubridor habría sido depositado en el Museo de Navarra, donde permanece, al parecer, inédito[40].

En esta misma serie de noticias de hallazgos está la comunicación que efectuaron en 1959 Alejandro Marcos y Salvador Mensua de hallazgos líticos realizados en el término de Pamplona: la recogida por Julio Martínez Santa Olalla de algunos utensilios considerados del Paleolítico Inferior y el hallazgo por Ana de la Quadra Salcedo en los alrededores de la capital de una pieza «tallada sobre canto rodado, conservando la mayor parte de la superficie natural, y con costras calizas en las caras lascadas, de un aspecto muy arcaico». Con la reserva motivada por no haber examinado la pieza directamente sino en su fotografía, la calificaron de posible hendidor, expresando la opinión de su recolectora de que «debe clasificarse entre las culturas de la *pebble culture,* con analogías con otros instrumentos del Paleolítico Inferior de las playas atlánticas peninsulares y del Cantábrico». No se ha publicado ninguna aclaración posterior sobre estos hallazgos, que en nuestra impresión personal habrá que descartar definitivamente, como noticia infundada[41].

---

36. A. Marcos-S. Mensua, *Un hallazgo lítico del Paleolítico...* 1958.
37. E. Vallespí-R. García Serrano, *Bifaz achelense...* 1974.
38. H. Obermaier, *El Hombre Fósil...* 1925, pp. 192-193.
39. A. Marcos-S. Mensua, *Un hallazgo lítico del Paleolítico...* 1958, pp. 217, nota 1.
40. I. Barandiarán, *El Paleomesolítico...* 1967, pp. 203. No hemos aclarar el paradero actual de la pieza.
41. A. Marcos-S. Mensua, *Un hallazgo lítico del Paleolítico...* 1958, pp. 224.

# III. VALORACION DE CONJUNTO

Resumiendo la exposición anterior, los documentos disponibles del Paleolítico Inferior, del Paleolítico Medio y de los comienzos del Paleolítico Superior (es decir, hasta los tiempos que corresponderían al pleno desarrollo del Solutrense) se concretan en tres series distintas, de valor metódico también diferente: conjuntos de superficie, hallazgos de piezas sueltas y noticias de hallazgos. En el orden de los conjuntos de superficie tenemos una rica serie individualizada entre los materiales recogidos èn superficie en el yacimiento (probablemente en cueva destruida y en este caso con posible depósito desaparecido) de Coscobilo de Olazagutía, y varios conjuntos relacionables de superficie de la Sierra de Urbasa, en las zonas del Raso y de Osaportillo. Coscobilo y Urbasa forman conjuntos abiertos, de superficie, cuyo estudio debe basarse en la consideración del análisis tipológico de sus cuadros industriales respectivos. La serie de hallazgos de piezas sueltas publicadas limita su estudio a la consideración tipológica individualizada de los ejemplares sueltos de Lumbier y Estella. Finalmente el testimonio de autoridad de las noticias de hallazgos inéditos de un lote indeterminado de materiales de Zúñiga y de una nueva pieza de Lumbier (descartadas, en principio, otras supuestas atribuciones de los alrededores de Pamplona) puede permitir la consideración inicial de algunas de esas informaciones aisladas.

## 1. *Localización de los yacimientos: emplazamiento y dispersión del hábitat*

La ordenación de los documentos actualmente disponibles es susceptible de algunas precisiones en relación con la distribución geográfica de yacimientos y hallazgos: incluso se logrará la integración de algunos de los utensilios encontrados sin contexto en una perspectiva territorial, de conjunto.

En este sentido, pensamos que el bifaz hallado en Estella, en el Ega (por la circunstancia de su localización en los aluviones de terrazas del río; y por la materia prima y estado de conservación de la pieza, cuarcita rodada en un momento posterior al de su talla como bifaz), podrá relacionarse estrechamente con la noticia del hallazgo de cuarcitas talladas en las terrazas de aluvión del curso superior, aguas arriba, del mismo río, consideradas por Obermaier como vestigios del Paleolítico Inferior. Esta área de hábitat inferopaleolítico (o del Paleolítico Medio) en el río Ega podría ser más amplia, pues el mismo hallazgo suelto de Calahorra, por ahora esporádico, realizado en las terrazas de la confluencia del Cidacos con el Ebro[42], puede ponerse en relación ambiental con la desembocadura del Ega, al otro lado del gran río colector.

También la noticia de la recogida de un nuevo bifaz en Lumbier cobra el interés inmediato de reforzar el hallazgo suelto de la pieza publicada, en el sentido de corroborar la probable existencia de un yacimiento en el bajo Irati. Si junto a estas observaciones se recuerda el interés de los asentamientos de la Sierra de Urbasa y del de Coscobilo de Olazagutía, es válido pensar que las piezas sueltas publicadas e inéditas ahora conocidas no deben interpretarse como simples hallazgos esporádicos, sino como probable prefiguración de unas áreas geográficas locales de un poblamiento relativamente denso en las regiones provinciales estudiadas y creemos mantener la esperanza de ver confirmada esta hipótesis por descubrimientos futuros.

Toda la documentación acumulada señala la existencia de dos formas de emplazamiento, en paisajes de montaña y en terrazas fluviales. Hay, en la primera modalidad, yacimientos al aire libre en paisajes de montaña alta (los de la Sierra de Urbasa, alcanzando los 900 metros de altitud s.n.m., circunstancia que deberá tenerse en cuenta en la valoración de estos hallazgos) y en montaña baja, en cueva, abrigo o al aire libre (el de Coscobilo). A terrazas fluviales, por lo tanto siempre al aire libre, corresponden los hallazgos del bajo Irati en Lumbier y los del Ega alto y medio en Zúñiga y Estella.

La carencia de estudios monográficos que precisen el ámbito cronológico-climático de esas localizaciones (por la consideración de las evidencias paleontológicas, botánicas y sedimentológicas que pudieran acompañarlas) impide cualquier intento de conocimiento de los móviles que impulsaron a aquellos grupos humanos a frecuentar estos parajes determinados, de sus modos de subsistencia y de su dependencia con respecto al medio.

42. Es un bifaz parcial, no típico, «monofacial», sobre lasca; publicado por I. BARANDIARÁN en *Un hacha amigdaloide de tradición inferopaleolítica en Calahorra (Logroño)* (en «Homenaje a D. Angel Canellas López», pp. 69-79; Zaragoza, 1968).

## 2. *Tecnología y tipología de las evidencias*

Con respecto a la materia prima de las industrias controladas, cabe señalar un aprovechamiento local del sílex de la Sierra de Urbasa para las numerosas series de los asentamientos de su cima y quizá también para las de la cercana colina de Coscobilo[43]. En Coscobilo se han recogido, además, sendas piezas de basalto y ofita, de procedencia más lejana. Los objetos inéditos de Zúñiga y el bifaz de Estella deben corresponder, también, a un aprovechamiento local: establecido para el «bifaz» de Lumbier[44].

En un balance de conjunto, se puede afirmar que en los yacimientos de montaña (Urbasa y Coscobilo) las industrias se han fabricado básicamente en sílex y por excepción en otras materias (basalto y ofita, en Coscobilo), y que en las terrazas fluviales es exclusivo el uso de las cuarcitas locales (Zúñiga y Estella, de las terrazas del Ega; Lumbier, de las del Irati).

En los yacimientos de la Sierra de Urbasa se define una tecnología con tallas achelense, clacto-tayaciense y levalloisiense, y otra técnica de láminas de tipo superopaleolítico. Su cuadro tipológico está basado en el predominio de las piezas nucleiformes y sobre lasca y en escasos tipos en lámina, con bifaces clásicos y discos, abundancia y variedad de raderas y de raspadores, muescas, denticulados y cuchillos, con existencia de algunos otros tipos (rasqueta y algún otro).

Del yacimiento de la colina de Coscobilo falta una visión coherente de conjunto. En la bibliografía reseñada y del análisis efectuado de la colección Barandiarán puede reunirse un cuadro industrial, definido, junto a abundantes restos de talla, por bifaces clásicos evolucionados, abundantes muescas, cuchillos y raspadores, buriles (entre ellos, dos del tipo de Noailles), raederas y una característica serie de puntas foliáceas planas de talla unifacial o bifacial (en escama), un corto lote de foliáceos con retoque plano lamelar y algún otro tipo (por ejemplo una característica «punta de Chatelperron»).

Finalmente, las piezas sueltas publicadas son tipológicamente: un bifaz cordiforme alargado clásico (en Estella) y una pieza bifacial (en Lumbier).

## 3. *Evolución cultural y cronología*

Los conjuntos hoy conocidos evidencian, conjuntamente, la existencia en Navarra de un poblamiento de fines del Paleolítico Inferior, potenciado en el Paleolítico Medio: con desarrollo, en una misma línea, del Achelense Superior y Final y del Musteriense de tradición Achelense. Empalmaría esa línea (posiblemente sin ruptura de continuidad temporal, y manteniéndose los grupos humanos en las mismas zonas anteriormente ocupadas) con el Paleolítico Superior, con un apreciable Auriñaciense, con contadas referencias a la *facies* Perigordiense (acaso Chatelperron; posible Gravetiense) y con un probable horizonte Solutrense.

1. *El Paleolítico Inferior final* aparece fundamentado en el aspecto Achelense Superior de un bifaz de la Balsa de Aranzaduya, del Raso de Urbasa, al que pueden asociarse una serie de piezas de ese yacimiento y de Osaportillo, y en los bifaces sueltos de Estella y más imprecisamente el de Lumbier. El hecho de que estas piezas pudieran darse igualmente en un Musteriense de tradición Achelense, aceptable con alguna facilidad para la pieza de Lumbier, pero no tanto para los bifaces de Urbasa y de Estella, obliga a ser prudentes en la valoración de este probable Paleolítico Inferior final de la región, que de este modo permanece por ahora inseparable del Paleolítico Medio. Aun así este argumento tipológico mantiene todo su interés porque establece la base tipológica del Musteriense de tradición Achelense navarro en un incontestable Achelense Superior y Final. De utilizarse modelos sedimentológicos establecidos por los especialistas franceses, situaríamos esas formas culturales desde fines de la glaciación rissiense (Riss III) en el interior del interglaciar Riss-Würm e incluso pasando ya a los inicios de la última glaciación (Würm I): en fechas aproximadas entre los 100.000 y los 75.000 años a. de C.

2. Sobre esta base tipológica y tal vez cronológica hay un potente *Musteriense de tradición Achelense*, representado por la casi totalidad de materiales de los yacimientos del Raso y de Osaportillo

43. Ya hemos señalado anteriormente el carácter de taller de abastecimiento de nódulos de sílex que ofrece el lugar de Osaportillo. La procedencia de buena parte del sílex empleado en las industrias de Coscobilo ya fue explicada por RUIZ DE GAONA en *Noticia del hallazgo...* 1952, pp. 161, a partir del análisis de la microfauna contenida en algunas de las piezas, como de la Sierra de Urbasa, exactamente de su artesa silificada de la ladera Norte.

44. A. MARCOS-S. MENSUA, *Un hallazgo lítico del Paleolítico...* 1958, pp. 222.

(en la Sierra de Urbasa) y la base tipológica de Coscobilo (en el Puerto de Olazagutía). Como se ha señalado anteriormente, se trata de asentamientos de montaña, al aire libre en la cima de la Sierra de Urbasa (a una altitud entre los 800 y 900 metros s.n.m.) y en montaña baja, en cueva, abrigo rocoso o al aire libre, en Coscobilo. Caracterizado conjuntamente, este Musteriense regional aparece basado en una tecnología de talla de bifaces y tipos nucleiformes y una doble serie de lascas, en las líneas clacto-tayaciense y levalloisiense presentando un cuadro tipológico muy completo y homogéneo: con bifaces, discos, abundancia de raederas, muescas, denticulados, cuchillos y raspadores. Utilizando esquemas cronológicos franceses, situaremos esta etapa de la Prehistoria navarra en la primera mitad de la glaciación würmiense (Würm I, Würm II).

En los materiales recogidos hasta ahora (aunque sin precisión estadística por tratarse de recolecciones en superficie) hay una clara diferenciación entre los conjuntos de la Sierra de Urbasa y el de Coscobilo de Olazagutía, marcada por el aumento de raspadores y sobre todo de buriles en Coscobilo y la existencia en este yacimiento de una característica serie de puntas foliáceas planas, de talla uni- o bifacial en escama, que faltan totalmente en Urbasa y confieren a Coscobilo el interés especial de que aparece como una indudable perduración superopaleolítica. Los conjuntos de Urbasa se nos presentan de este modo con una base tipológica más antigua, arrancando del Achelense Superior, y un final más temprano, tras el Musteriense, enlazando tipológicamente con el conjunto de Coscobilo, que ofrece una industria Musteriense tecno- y tipológicamente más evolucionada y de perduración en el Paleolítico Superior. Esta es, al menos, nuestra impresión actual sobre ambos conjuntos, que puede servir de hipótesis de trabajo.

3. Esta personalización de Coscobilo como industria de base Musteriense perdurada plantea, sobre un argumento tipológico exclusivo por ahora, la *hipótesis de la existencia de un Paleolítico Superior local,* que calificamos de Antiguo por comodidad: con un Auriñaciense de raíz Musteriense, hasta un posible horizonte Solutrense, referido únicamente por ahora a este yacimiento, con el refuerzo de alguna serie asimilable de materiales de varios lugares musterienses de la Sierra de Urbasa. Fuera de estas series, nada hay en Navarra actualmente atribuible a este Paleolítico Superior Antiguo, que aparece sin conexión alguna con el Paleolítico Superior final del rincón septentrional oceánico de Urdax y de algún otro indicio Magdaleniense notificado.

En su limitación actual consideramos, no obstante, que estos materiales permiten emitir la hipótesis de la existencia de series líticas atribuibles al Paleolítico Superior en el yacimiento de Coscobilo, único por ahora que aporta una base de consideración al planteamiento regional del problema. Su industria aparece caracterizada sustancialmente por los grupos de raspadores, buriles y foliáceos, representados en porcentaje y tipos significativos. Hay raspadores planos, generalmente cortos y espesos, carenoides, carenados típicos, de hocico y entre muescas; siendo también muy variado el cuadro de buriles, con tipos de dorso parcial distal, diedros, sobre fractura, sobre truncadura, con subtipo de Noailles, y plano. En extremo interesante es el grupo de foliáceos, con dos series diferenciadas, puntas de retoque plano escamoso, al parecer de percusión, con existencia parcial de retoque lamelar en algunos ejemplares, y un corto lote de foliáceos de retoque plano lamelar, cubriente, uni y bifacial, en formas de hoja de sauce y de laurel. La serie de puntas planas, de retoque escamoso generalmente bifacial y en subtipos de hoja de laurel, alargado de sección gruesa y corto y robusto, según Maluquer, tendría, en nuestra opinión, una base tecnológica probable en el Musteriense del yacimiento y presentaría un desarrollo del retoque en escama hasta la escama plana y alargada, hacia un modo típicamente solutrense.

*En resumen,* la base musteriense de tradición achelense del yacimiento parece prolongada por una industria de puntas planas, con series auriñacienses bien definidas; el grupo de foliáceos de retoque lamelar puede señalar una ocupación solutrense. Resulta interesante destacar que esta interpretación reclamada por la industria de Olazagutía se ve corroborada por el estrecho paralelismo de una fauna asociable, conforme propuso Ruiz de Gaona y ha precisado Jesús Altuna recientemente, al dictaminar que coincide casi totalmente con la de los niveles musterienses y auriñacienses de la cueva de Lezetxiki.

Un eco superopaleolítico, Auriñaciense, aparece también en varios de los lugares musterienses de la Sierra de Urbasa; así en la Balsa de Aranzaduya y Fuentes de Andasarri y de Aciarri (del Raso).

El ámbito correspondiente a esta sugerencia cultural, desde lo Auriñaciense a lo Solutrense, cubriría el Würm III, concluyendo hacia los 16.000 o 15.000 años a. de C.

## 4. *Valoración de esas etapas en su contexto regional*

Ese Paleolítico Inferior final, el Paleolítico Medio y el Paleolítico Superior antiguo, de Navarra, corresponden al contexto de un amplio poblamiento en el Sudoeste europeo, cuyos paralelismos más

inmediatos (en el conjunto del Pirineo Occidental y de la Alta Cuenca del Ebro) conviene recordar.

En el estado actual de nuestros conocimientos parece claro que la base Achelense (Superior o Final) de las industrias líticas de Urbasa (por ejemplo, en Aranzaduya y en Osaportillo) y de las terrazas del Ega medio (Estella) y del bajo Irati (Lumbier), corresponde al momento más antiguo de ocupación humana controlada en el territorio considerado, siendo —junto al yacimiento de Murba, en Treviño[45] que puede ser, incluso, algo posterior— por ahora aquellos asentamientos de Urbasa los únicos que ofrecen evidencia suficiente de una presencia relativamente abundante. A cuya luz quedan mejor ordenadas y entendidas las piezas sueltas recogidas en varios lugares: las de Aitzabal (junto a Vitoria)[46], en las terrazas de los afluentes por la izquierda del Zadorra; de Calahorra, cerca de la desembocadura del Cidacos en el Ebro[47]; y las de la vertiente oceánica (en la costa próxima a Biarritz: dos bifaces, uno de ellos en la playa de Mouligna; el «asentamiento» de Chabiague, de ascendencia Levallois) o en el bajo Adour (algunas piezas de Poilo, junto a Saint-Pierre d'Irube)[48], o algún indicio —no confirmado— en la cueva de Aitzbitarte III (en Rentería)[49].

Los lugares de hallazgos localizados están todos al aire libre: en la alta meseta de la Sierra de Urbasa, en terrazas fluviales de la red de afluentes del Ebro (de su izquierda, del Zadorra, en la cuenca de Vitoria y del Ega medio y bajo Irati, en la Navarra Media; y en la confluencia del Cidacos, de la Rioja Baja), o en el litoral oceánico (costas de junto a Biarritz; bajo Adour).

Teniendo en cuenta la atribución tipológica de estos materiales arqueológicos a un Achelense Superior y Final, inseparable del Paleolítico Medio, y con la espléndida secuencia estratigráfica regional de la cueva Lezetxiki, de Mondragón a la vista, se pensaría que pueden corresponder teóricamente a su nivel de base VIII, arqueológicamente estéril, probablemente de fines del último interglaciar[50], de modo que este primer poblamiento de la región podría situarse, didácticamente, no antes de los 100.000 años.

Muy importante resulta la hipótesis de la perduración de este débil poblamiento inicial en el Paleolítico Medio: conforme parecen indicar las industrias de la Sierra de Urbasa (con Achelense Superior y con Musteriense de tradición Achelense, en los mismos lugares de ocupación) y el carácter Musteriense de tradición Achelense de la serie arqueológica de base de la industria de Coscobilo.

Un ensayo de conexión de los conjuntos musterienses navarros en su contexto regional nos llevaría a la distinción de una fase temprana, del Würm antiguo, representada por el Musteriense de tradición Achelense de Urbasa (quizá se podría atribuir también a esta forma cultural la industria de Murba, de amplia base Levallois) y el Musteriense «de tipos pequeños» (con algún matiz de lo Achelense) de los niveles VII, VI y V de la cueva de Lezetxiki[51], al final de cuyo período se situaría la serie musteriense «tardía», también de tradición Achelense, de Coscobilo: paralela o seguida del arranque de las industrias de Venta Laperra, Axlor y Kurtzia (en Vizcaya)[52], explicables así como fase

---

45. A. BALDEÓN, *El yacimiento del Paleolítico Inferior de Murba* (en «Estudios de Arqueología Alavesa», n.° 6, pp. 17-46; Vitoria, 1974). Con Murba acaso haya que relacionar un *hachereau* hallado recientemente en Peñacerrada, a 6 escasos km de allí; A. BALDEÓN, *Estudio de un hachereau aparecido en Peñacerrada (Alava)* (en «Estudios de Arqueologia Alavesa», n.° 9, pp. 11-16; Vitoria, 1978).

46. El hallazgo de Aitzabal en J. M. DE BARANDIARÁN, *El Hombre Prehistórico en el País Vasco* (Buenos Aires, 1953), pp. 24, y en *Lehen Euskal Gizona* (San Sebastián, 1972) fig. 6.

Algunas piezas muy sugerentes de la zona de los Montes de Vitoria se recogen y valoran en *Conjuntos líticos de superficie del Museo Arqueológico de Alava* (en «Estudios de Arqueología Alavesa», n.° 5, pp. 7-79; Vitoria, 1972) por E. VALLESPÍ.

47. I. BARANDIARÁN, *Un hacha amigdaloide de tradición...* 1968.

48. Se recogen estas citas ampliamente en I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico...* 1967, pp. 119, 129, 168, etc.

49. Según referencia de H. Breuil a J. M. de Barandiarán sobre la aparición en superficie de esa cueva de algunos bifaces, en arenisca y ofita (lo comunicó en carta del 6 de octubre de 1917; J. M. DE BARANDIARÁN, *Excavaciones en Aitzbitarte IV (trabajos de 1960),* en «Munibe», n.° 3-4, pp. 183-285; exactamente en p. 192).

En I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico...* 1967, pp. 434-435 se ofrecía una valoración general del Paleolítico Inferior y Medio en el País Vasco.

50. Las campañas de excavación del yacimiento han sido puntualmente publicadas, por J. M. DE BARANDIARÁN, en sucesivas entregas a la revista «Munibe», desde 1960. Se incluye un útil resumen, con extensa referencia a la fauna de Lezetxiki, en J. ALTUNA, *Fauna de mamíferos...* 1972; pp. 136-138, 416-417.

Nuestras referencias al importante yacimiento se basan tanto en la descripción tipológica de sus cuidadas memorias de excavación por J. M. DE BARANDIARÁN, como en nuestro conocimiento directo de las propias colecciones. Sin embargo, no sometido aún a un control total y unificado su repertorio instrumental (mediante la reducción de la colección de utensilios a una de las listas tipológicas que permitan su comparación con las elaboradas para otras estaciones europeas contemporáneas) hemos de subrayar el carácter de provisionalidad —de hipótesis de trabajo— de nuestras afirmaciones sobre la pertenencia precisa del Musteriense de Lezetxiki.

51. Véanse las pp. 136-138, 410-411 y cuadro entre las 416 y 417, de J. ALTUNA, *Fauna de mamíferos...* 1972 con interpretación de los niveles de Lezetxiki.

52. Se sintetizan todos esos yacimientos en I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico...* 1967, pp. 203-205 (Venta Laperra), 113-114 (Axlor) y 149-150 (Kurtzia).

de transición y perduración superopaleolítica, sustentante de un Paleolítico Superior antiguo de base Musteriense. Toda la compleja problemática de secuencia de las varias «facies» del Musteriense de la zona (que, a fin de cuentas, participa de las dificultades de estructuración interna de las versiones distintas del complejo Musteriense en la Europa Occidental) sólo podrá ser afrontada con seguridad a partir de constataciones estratigráficas completas y de controles rigurosos de tipología de las series hasta ahora reunidas: y es algo de lo que no andamos sobrados. Si las espléndidas colecciones musterienses de la Cueva de Isturitz (en Benabarre) y del abrigo de Olha (en Laburdi), a través de su clara estratigrafía y de las correctas interpretaciones varias de E. Passemard, de R. y S. de Saint-Périer y de la muy reciente revisión de H. Delporte, pudieran aducirse como modelo genérico aplicable a todo el ámbito vasco[53] se podrían fijar, en etapas sucesivas (que no es lícito, sin más, atribuir a fenómenos de evolución interna; pero que, tampoco, pueden rechazarse, sin más) varios «horizontes» de lo Musteriense: el más antiguo, en una condición climática aún relativamente cálida (¿fin del Riss-Würm?), ofrece un llamativo repertorio de utensilios de tamaño grande (entre ellos varios sobre lascas gruesas de cuarcita conformados como *hachereaux*), se concretaría en un Musteriense de tradición Achelense («Vasconiense» en término propuesto por F. Bordes), y se presenta en los estratos varios de los hogares inferiores de Olha I (Fi4, Fi3, Fi2 y Fi1); el segundo, en el mismo ámbito de la tradición Achelense (o Vasconiense), se desarrolla ya en condiciones de clima frío (así el depósito más antiguo del Musteriense de la Sala Saint-Martin de Isturitz: nivel P en las excavaciones de Passemard; V en las de los Saint-Périer); el más reciente, caracterizado por los tipos pequeños, en la modalidad del Musteriense charentoide, corresponde a los depósitos más recientes del Musteriense de Isturitz (nivel M de Passemard; IV de los Saint-Périer) y de Olha probablemente (Fm y Fi: con muy pocas piezas).

La situación de estos yacimientos, tanto en la vertiente septentrional del Pirineo Occidental (Isturitz y Olha en la cuenca media de los afluentes, por la izquierda, del Adour), como en la meridional (tanto al interior, en Urbasa y Coscobilo, Murba, como en las cuevas de Lezetxiki y Axlor; como en las proximidades de la costa al Occidente de Vizcaya, en Venta Laperra y en Kurtzia), evidencia la densificación del poblamiento: tanto ocupando las mismas estaciones anteriormente frecuentadas por los productores y usuarios de las técnicas del Achelense Superior y Final, como «colonizando» nuevos territorios. En cualquier caso, la presencia de los primeros rigores climáticos en el Würm I induciría a las poblaciones anteriores a establecerse ahora, de modo generalizado, al abrigo de cuevas y salientes rocosos, frente al hábitat habitual anteriormente, al aire libre. En el arranque mismo de la secuencia arqueológica de Lezetxiki aparecen evidencias del tipo humano de Neanderthal, a comienzos del Würm I: a cuya presencia se han de atribuir las manifestaciones todas, y tan varias, del complejo mundo Musteriense[54].

La perduración musteriense en tiempos superopaleolíticos, junto a una clara serie Auriñaciense, planteada en la industria lítica de Coscobilo, y reflejada en varios de los conjuntos de la Sierra de

53. La cueva de Isturitz (en Isturitz-Saint Martin d'Arbéroue; Benabarre) ha sido excavada fundamentalmente por E. Passemard (de 1912 a 1922) y por R. y S. de Saint-Périer (1928 a 1958). Entre otras varias monografías se extienden sus excavadores en la descripción de sus niveles y materiales en *La caverne d'Isturitz en Pays Basque* de E. PASSEMARD (en «Préhistoire», tomo IX, pp. 7-84; Paris, 1944) y en *La Grotte d'Isturitz. III. Les Solutréens, les Aurignaciens et les Moustériens* de R. y S. DE SAINT-PÉRIER (en Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine, mem. 25; Paris, 1952). En I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico*... 1967, pp. 43-80 (particularmente la 71-74, dedicadas al Musteriense) se ofrece una amplia reseña de su estratigrafía. Es muy importante la reciente revisión del Paleolítico Medio de Isturitz de H. DELPORTE, *Le Moustérien d'Isturitz d'après la Collection Passemard (Musée des Antiquités Nationales)* (en «Zephyrus», vol. XXV, pp. 17-42; Salamanca, 1974).

El abrigo de Olha se sitúa junto al Nive (en Cambo; Laburdi), siendo excavado por E. Passemard en 1917; su publicación fundamental es *Le Moustérien à l'Abri Olha en Pays Basque* de E. PASSEMARD (tirada aparte de la «Revue Lorraine d'anthropologie», año 1935-36; 1936). Excavaciones modernas de G. Laplace (en curso actual de conclusión) en un lugar inmediato a aquel abrigo, llamado el nuevo «Olha II», están aún prácticamente inéditas. La síntesis de los datos de facies musterienses de Olha en el contexto de Isturitz se verá en la obra citada de H. DELPORTE, *Le Moustérien d'Instituritz*... 1974, en pp. 35-39; con muy atinadas observaciones para su clasificación.

54. Se han hallado restos óseos referibles al hombre de Neanderthal en Lezetxiki y en Axlor. En Lezetxiki, a la base del depósito Musteriense (y en ese sentido de «anterior al Musteriense» debe entenderse el calificativo de «premusteriense» que se ha dado a la pieza en cuestión, pues debe adscribirse con seguridad al hombre del Neanderthal) se encontró un húmero femenino (J. M. BASABE, *El húmero premusteriense de Lezetxiki (Mondragón)*, en «Munibe», pp. 13-30; San Sebastián, 1966), y algunas piezas dentarias en los niveles IV y III, cuya precisión cultural está hoy dudándose entre el Musteriense (que lo atribuyó J. M. DE BARANDIARÁN) y el Auriñaciense (que sugieren otros prehistoriadores) (J. M. BASABE, *Dientes humanos del Paleolítico de Lezetxiki (Mondragón)*, en «Munibe», 3-4, pp. 113-124; San Sebastián, 1970). En el Musteriense de Axlor han aparecido también restos humanos, atribuibles a los neanderthales, según comunicación oral del excavador del yacimiento, J. M. DE BARANDIARÁN.

55. Estos niveles IV y III de Lezetxiki plantean precisamente el problema interpretativo de que sus industrias son consideradas musterienses por el excavador del yacimiento, J. M. DE BARANDIARÁN, y del Paleolítico Superior —auriñacienses— por varios de quienes las han revisado (L. G. FREEMAN, J. M. MERINO, G. LAPLACE, entre otros citados) según refiere J. ALTUNA en *Fauna de mamíferos*... 1972, pp. 136-138.

Precisamente, en este sentido, se puede recordar la datación por radiocarbono de una muestra procedente del nivel IIIa de Lezetxiki que ha dado una edad de 17.390 a. de C. (+ —780): fecha que en las estaciones clásicas francesas corresponde a las fases finales del Gravetiense (Perigordiense Superior avanzado, VI, y Final, VII).

Urbasa, deben corresponderse con los niveles IV y III de Lezetxiki[55]. Su límite final, en horizontes gravetienses y solutrenses, de las series tipológicas de Coscobilo alcanzaría los tiempos del nivel II de la magnífica secuencia de la cueva guipuzcoana[56], con lo que con este pobre Paleolítico Superior local navarro tendríamos que cubrir teóricamente los tiempos del Würm III, desde el 32.000 al 18 ó 15.000. De este modo, a una perduración musteriense generalizada en todo el país, se sumaría el desarrollo del ciclo clásico auriñaco-perigordiense, con importantes yacimientos de nuevo asentamiento en la vertiente oceánica, en la costa de Vizcaya (Lumentxa y Santimamiñe), en su zona montañosa interior (Bolinkoba) y en el Este de Guipúzcoa (Aitzbizarte IV), y su extensión de lo auriñaciense al foco navarro de Olazagutía y Urbasa. El episodio Solutrense, claro aún en su escasez en la vertiente oceánica (Bolinkoba, Aitzbizarte IV, Santimamiñe, Ermitia, con reflejos tipológicos en Atxeta, Atxurra y Lezetxiki, en las dos provincias)[57], parece suponer, con su serie posible de Olazagutía, el final de este Paleolítico Superior antiguo local navarro. Desde entonces, todo el territorio de Navarra quedará sin yacimiento alguno conocido, por ahora, hasta fines del Paleolítico Superior, con el Magdaleniense final del rincón oceánico de Urdax, y de algún otro indicio atribuido, en un hiatus, con posibilidad de conocimientos, pero sobre cuyo vacío no es dable expresarse actualmente.

56. Confróntese, así mismo, en J. ALTUNA, *Fauna de mamíferos...* 1972, loc, cit.

57. Véase, en I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico...* 1967, las referencias a esas estaciones y su balance de conjunto en pp. 436 y ss.; alguna de cuyas precisiones deberíamos rectificar hoy, pero válidas en sus líneas generales.

# CAPITULO 5

## EL PALEOLITICO FINAL Y EL EPIPALEOLITICO

Después del Auriñaciense de Coscobilo, de sus testimonios gravetienses e indicios solutrenses, la única documentación arqueológica publicada hasta ahora de Navarra de atribución al Magdaleniense se acantona en el rincón del Noroeste pirenaico, oceánico: con el conjunto de grabados parietales de la cueva de Alquerdi (en Urdax) que deben corresponder al Magdaleniense Antiguo o al Medio (etapas III o IV de ese período), y con los niveles más bajos (del Magdaleniense Final, VI; e incluso anterior) del contiguo covacho de Berroberria. Ignoramos si una cueva próxima. la de Sorgiñen-Leze, de Zugarramurdi, atribuída inicialmente al Magdaleniense (cuyo yacimiento hoy ha desaparecido), pudo ofrecer niveles anteriores a los de la base del covacho de Berroberria; y tampoco podemos opinar sobre la atribución al Paleolítico Superior de otra cueva de la misma área local, la de Lexotoa. Todas ellas en el Alto Baztan.

Fuera de ese foco local del Noroeste oceánico de Navarra, la atribución inicial —y no confirmada— al Magdaleniense de un conjunto de superficie registrado en Echauri cabría interpretarse como correspondiente también a esa etapa final de los tiempos paleolíticos: pero es hipótesis que no puede ser certificada por el momento, pues carecemos de elementos suficientes de juicio.

Otro hallazgo muy reciente, también en la cuenca de Pamplona como ese de Valdechauri, procede de una excavación incontrolada en una cueva inédita de la Sierra de Alaiz: el estudio que hemos hecho del ajuar lítico recuperado nos inclina a su fechación probable a fines del Magdaleniense. Los hallazgos en las modernas excavaciones de la cueva de Abauntz (Arraiz) de su nivel inferior pueden aceptarse, en principio, como atribuibles a un Paleolítico Superior genérico, sin mayor posibilidad de concreción.

Sobre tan menguado bagaje del Magdaleniense Avanzado y Final conocido hasta ahora en Navarra, los testimonios epipaleolíticos aparecen también restringidos: limitados a la continuidad estratigráfica del covacho de Berroberría, a la atribución de un nivel en cueva (destruida sin haberse excavado) de Atabo (en Alsasua), y a la importante secuencia estratigráfica (que se inicia en el comienzo mismo del Epipaleolítico: en el Aziliense) de la cueva de Zatoya, en Abaurrea Alta.

### I. HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

La historia de estas localizaciones del Paleolítico Final y del Epipaleolítico de Navarra se inicia con el descubrimiento en 1930 de los grabados de la cueva de Alquerdi y del covacho contiguo con industrias líticas y óseas, por Norbert Casteret, quien los dio a conocer en las sesiones del XV Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas, celebrado en París en septiembre de 1931, publicándose, con reproducción de los calcos parciales de las figuras, en las actas correspondientes,

aparecidas dos años después[1]. Poco después de 1935, José Miguel de Barandiarán localizaba la cueva de Sorgiñen-Leze, en Zugarramurdi, con sílex de aspecto magdaleniense, cuya noticia daría a conocer al publicar sus últimos hallazgos, en 1946[2]. Entre ambas fechas y al final de la guerra civil, el Marqués de Loriana revisó los yacimientos de Berroberría, efectuando una cata estratigráfica en el covacho y recogiendo algunos materiales líticos y óseos en la superficie de la cueva, de cuyos grabados obtuvo un calco parcial; el resultado de esta revisión fue publicado por su autor en 1940, depositándose los materiales en el Museo Histórico de Vizcaya de Bilbao. Tres años después publicaba Loriana con más detalle los materiales líticos y óseos de su excavación anterior de la cueva, trasladados a su destino definitivo del nuevo Museo de Navarra[3]. Entonces, y por encargo de la Institución Príncipe de Viana, había efectuado una nueva excavación del yacimiento del covacho S. Rivera Manescau, quedando sin publicar los resultados[4].

La revisión estratigráfica de este yacimiento del covacho de Berroberría sería después realizada por Juan Maluquer de Motes, nombrado director del Servicio de Excavaciones de dicha Institución, en varias campañas desde 1959, habiendo publicado en 1965 un avance de la secuencia establecida[5]. Entre estas fechas había comunicado J. M. de Barandiarán su registro de un nivel atribuido al Aziliense, en una cueva de Alsasua, Atabo, destruida antes de publicar en 1962 su notificación[6].

Por entonces comunicaba Juan Maluquer de Motes la existencia de un yacimiento magdaleniense de superficie en Echauri[7].

En 1967, uno de nosotros sistematizó los yacimientos navarros conocidos del Paleolítico Final y del Epipaleolítico en su marco regional inmediato y cinco años después se refirió al arte mueble de Berroberría, revisando posteriormente los calcos de los grabados parietales de la contigua cueva de Alquerdi[8].

Como consecuencia inmediata de la estructuración de la Comisión de Excavaciones y Arqueología, dentro de la Institución Príncipe de Viana, en el otoño de 1974, se está produciendo un muy notable incremento en la acumulación de datos, sobre todo mediante la excavación sistemática de yacimientos, que van aclarando los caracteres culturales de esas épocas de la Prehistoria navarra.

En la primavera de 1975, I. Barandiarán y E. Vallespí pudieron controlar la parte más sustanciosa de las colecciones extraídas en excavación clandestina de una cueva de la Sierra de Alaiz, con materiales de dudosa atribución al final del Magdaleniense[9].

En 1975 y 1976, Ignacio Barandiarán ha dirigido sendas campañas de excavación en la cueva de Zatoya (Abaurrea Alta). La cueva había sido ya catalogada por el Servicio de Espeleología de la Diputación Foral, y nos fue comunicada por Isaac Santesteban. Las excavaciones allí desarrolladas han permitido evidenciar una rica secuencia de niveles que cubren desde el Epipaleolítico inicial hasta un

1. N. CASTERET, *Une nouvelle grotte à gravures dans les Pyrénées. La grotte d'Alquerdi,* en pp. 384-389 de «XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique. Paris, 20-27 septiembre 1931», Paris, 1933.

2. J. M. DE BARANDIARÁN, *Catalogue des stations préhistoriques des Pyrénées Basques,* en «Ikuska. Giza-Ikaskuntza», n.º 1, Sare, 1946.

3. MARQUÉS DE LORIANA, *Excavaciones arqueológicas ralizadas en la gruta y covacho de Berroberría, término de Urdax (Navarra, y sus inmediaciones,* en pp. 91-102 de «Atlantis, Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria y Museo Etnológico Nacional», vol. XV, Madrid, 1940; y *Las industrias paleolíticas de Berroberría* en pp. 194-208 de «Archivo Español de Arqueología», vol. XVI, Madrid, 1943.

4. Desconocemos el paradero actual de los materiales procedentes de las excavaciones de S. Rivera Manescau. La parte más importante de la colección reunida por el Marqués de Loriana se conserva ahora en el Museo de Navarra; reteniéndose una parte menor, poco significativa, en el Museo Histórico de Vizcaya.

5. Ese avance de J. MALUQUER DE MONTES, *La estratigrafía del covacho de Berroberría, Urdax (Navarra),* en pp. 135-139 de «Miscelánea en homenaje al abate Henri Breuil (1877-1961)», tomo II, Barcelona, 1965) supone la exposición de uno de los cortes de sondeo en Berroberría con escasa referencia al detalle de sus industrias.

6. J. M. DE BARANDIARÁN, *En el Pirineo Vasco, Prospecciones y excavaciones prehistóricas* (en pp. 297-378 de «Munibe», vol. XIV, San Sebastián, 1962), pp. 326-330.

7. J. MALUQUER DE MOTES, *La actividad arqueológica de la «Institución Príncipe de Viana»* (en pp. 310-327, de «XXVII Congreso Luso-Español para el progreso de las Ciencias», tomo II, Madrid, 1964) indicando «hemos descubierto en Echauri un importante yacimiento paleolítico con una riquísima industria de sílex, cuyas características tipológicas le atribuyen a una etapa magdaleniense» (pp. 322).

8. I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo del Paleolítico,* Zaragoza, 1967, *passim; Arte mueble del Paleolítico cantábrico,* Zaragoza, 1973, pp. 91-94; y *Arte paleolítico en Navarra. Las cuevas de Urdax,* en pp. 9-47 de «Príncipe de Viana», n.º 134-135, Pamplona 1974.

9. En 1975, Ignacio Barandiarán había obtenido ya de la Comisaría General de Excavaciones el reglamentario permiso de excavación en ese yacimiento, según el plan propuesto por la Comisión de Excavaciones y Arqueología de la Diputación Foral de Navarra. Cuando, en la primavera de ese año, visitaron I. Barandiarán y E. Vallespí la cueva, comprobaron que había sido ya expoliada, prácticamente en su totalidad, por diversos grupos no controlados. Parte de los materiales que se pudieron recuperar de quienes los habían extraído han sido ya estudiados y se publicarán por nosotros, aparte.

Neolítico algo avanzado, siendo ocupada finalmente como lugar de depósito de cadáveres. De esas dos campañas de excavación se han publicado ya dos notas: la primera de simple información previa sobre los resultados de la campaña de 1975; la segunda, extensa, ofreciendo un balance provisional (sobre una muestra de más de mil utensilios líticos) del proceso cultural retenido en los estratos de la cueva[10].

Desde 1976, y en tres campañas consecutivas, Pilar Utrilla ha dirigido las excavaciones de la cueva de Abauntz (en Arraiz), cuya estratigrafía fértil había ya sido señalada por J. M. de Barandiarán en 1934: en su base se ha determinado un nivel de posible referencia al Paleolítico Superior (probablemente Final), sobre el que se depositaron estratos del Neolítico, de la transición Neolítico-Eneolítico y del Eneolítico[11].

En 1977, Ignacio Barandiarán ha desarrollado su actividad de excavaciones en el Alto Baztán. En la primavera de ese año prospectando en Sorgiñen-Leze (propiamente en la localización concreta de Akelarren-Leze), en Zugarramurdi: con resultados de comprobación de la casi completa desaparición de un depósito que remonta al Epipaleolítico en la parte inferior[12]. En tanto que en agosto de ese mismo año trabajó en el covacho de Berroberría (Urdax): la campaña tuvo por finalidad revisar las precisiones aportadas en sus excavaciones por el Marqués de Loriana y por Juan Maluquer de Motes, al mismo tiempo que efectuar sondeos (en profundidad y en extensión) que delimitaran la amplitud e interés del yacimiento. Esa campaña de 1977 en Berroberría se ha mostrado, pues, como preliminar a la serie que se programa a partir de 1979 en la cueva[13].

## II. LOS DATOS ARQUEOLOGICOS

El balance de esas tareas sobre yacimientos y materiales del Paleolítico Superior y Final y del Epipaleolítico en Navarra se concreta, de este modo, en el catálogo que se analiza seguidamente, limitado al covacho estratificado de Berroberría, a la cueva contigua de Alquerdi con grabados parietales, a los niveles de base de las cuevas de Zatoya y de Abauntz, a las atribuciones de un nivel en la destruída cueva de Atabo, a los materiales de superficie de Echauri, a contadas evidencias de la base de Sorgiñen-Leze y de una cueva de la Sierra de Alaiz, y a las referencias inconcretas de Lexotoa.

### 1. Cueva de Alquerdi (Urdax)

Contigua al covacho de Berroberría (figura 49), sus grabados parietales fueron descubiertos en 1930 por Norbert Casteret (figura 50), quien los dio a conocer al año siguiente, con ocasión del XV Congreso Internacional de Antropología y de Arqueología Prehistórica reunido en París, publicándose el informe, limitado a unos calcos parciales, en las correspondientes actas, en 1933. Unos años después, el Marqués de Loriana señaló la existencia de yacimiento arqueológico en la cueva, publicando unos calcos informativos de los grabados. Sin más estudio directo, se han incorporado desde entonces en los repertorios de Arte paleolítico, hasta reciente revisión completa por Ignacio Barandiarán, en 1974, rehaciendo sus calcos y señalando algunas nuevas figuras[14] (figuras 51 y 52).

El yacimiento existente tanto en la embocadura como en el interior de la cueva no se corresponde (por ser postpaleolítico) con la época en que aquellas figuras fueron trazadas. El grupo principal de representaciones se halla al fondo de un estrecho corredor, grabado sobre un cono estalagmítico que fue previamente descortezado en parte. Hay aquí un «grupo» de animales formado por un bisonte de cuernos filiformes, un caballo (del que sólo se aprecia su mitad trasera), un ciervo completo y restos de otras figuras y tema indescifrables. Por algunos detalles (rellenos de trazos en la parte inferior de la cabeza y cuello del ciervo y en la barba del bisonte; perspectiva de cascos y

---

10. Una nota preliminar de información en I. Barandiarán, *Zatoya 1975. Informe preliminar* (en pp. 5-19 de «Príncipe de Viana», n.° 142-143, Pamplona 1976); se valoran ampliamente sus industrias en *El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya* (en pp. 5-46 de «Príncipe de Viana», n.° 146-147; Pamplona, 1977). Las mismas referencias, ampliadas y relacionadas en su contexto del Pirineo Occidental han sido expuestas por el mismo autor en comunicación al «Colloque International La fin des temps glaciaires en Europe» (Burdeos, mayo de 1977), hoy en prensa con el título *Azilien et post-Azilien dans le Pays Basque méridional* (Burdeos, 1979).

11. P. Utrilla, *Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1976*, en pp. 47-63 de «Príncipe de Viana», n.° 146-147, Pamplona, 1977.

12. El yacimiento había sido señalado por J. M. de Barandiarán (*Catalogue des stations préhistoriques...* 1946); publica los resultados de su investigación de 1977, I. Barandiarán en *Prospecciones arqueológicas en Sorgiñen-Leze (Zugarramurdi. Navarra)* (pp. 349-369 de «Príncipe de Viana», n.° 148-149; Pamplona, 1977).

13. Su memoria, por I. Barandiarán, se halla en prensa en «Trabajos de Arqueología Navarra», tomo 1, 1979.

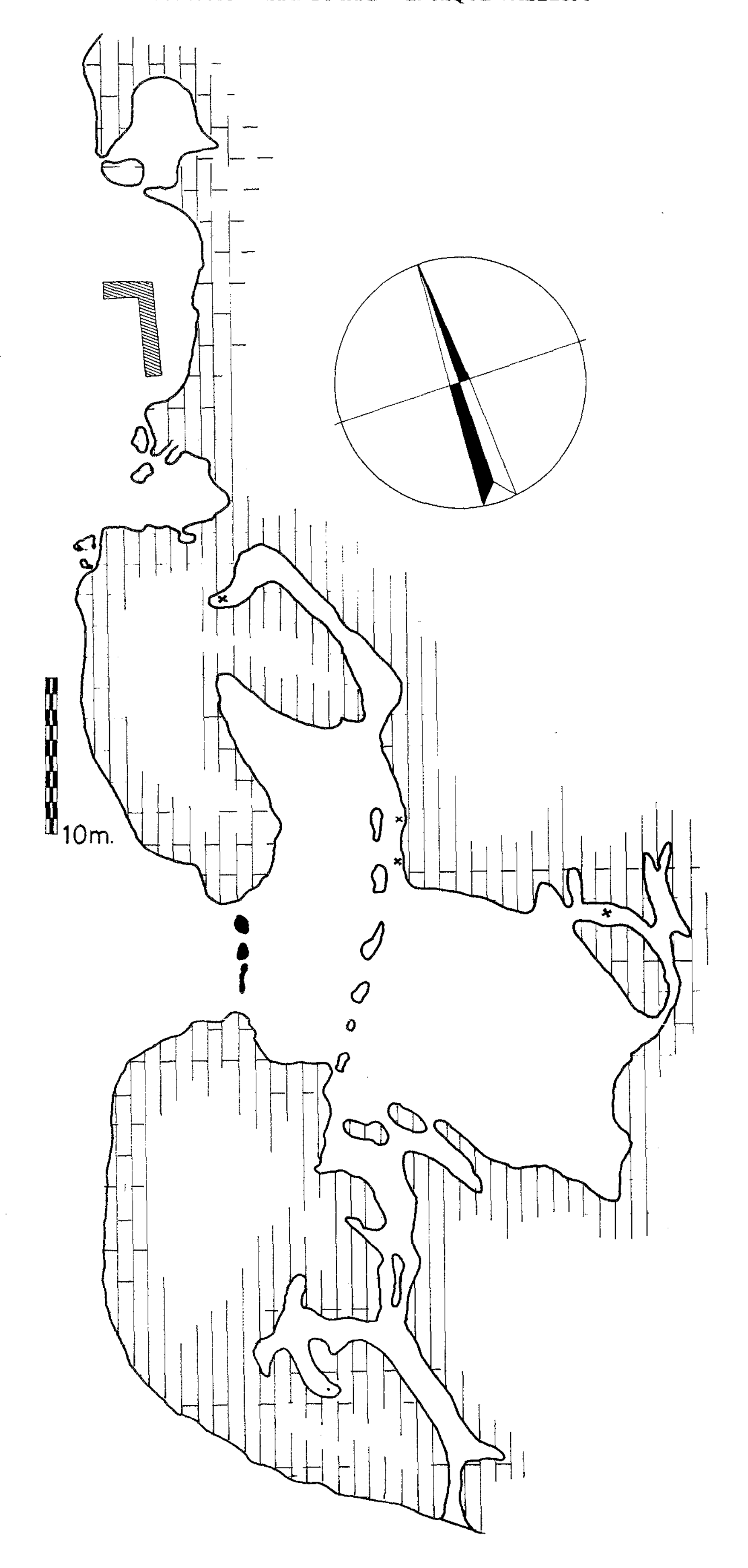



FIG. 49. Planta general de la cueva de Alquerdi (abajo) y del covacho de Berroberría (arriba), en Urdax. Se hallan en cota de 165 m sobre el nivel del mar (cortesía de I. SANTESTEBAN). En Alquerdi se señala con x la situación de los grabados parietales.

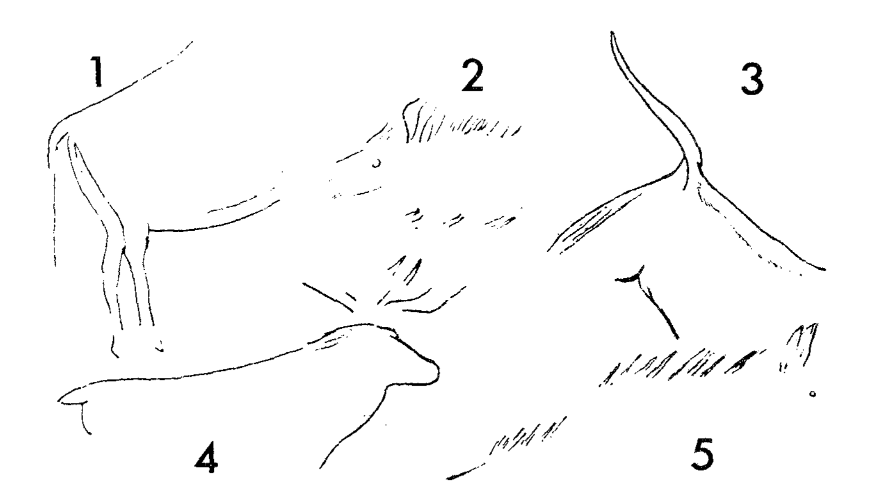



FIG. 50. Grabados rupestres de Alquerdi, según N. Casteret (en 1933): las figuras han sido ordenadas de modo arbitrario y no tal como se disponen en las paredes de la cueva.

pezuñas; contornos de trazos repetidos) hemos creido oportuno fecharlos en el Magdaleniense III o IV, de acuerdo con cuantos se han referido a estas cuestiones de arte rupestre. En otro lugar de la misma cueva de Alquerdi se grabaron, con trazos más anchos, dos perfiles de cabezas: una de cierva, la otra acaso de un lobo (figura 53).

Los grabados parietales de Alquerdi, sin ser excesivamente vistosos ni abundantes, ofrecen los caracteres propios de la gran «provincia» franco-cantábrica del Arte Rupestre paleolítico. Por su situación espacial intermedian entre la serie de «santuarios» cantábricos y los del Oeste de la vertiente septentrional del Pirineo.

## 2. COVACHO DE BERROBERRÍA (URDAX)

Forma parte del mismo complejo espeleológico de Alquerdi, con la que posiblemente tiene comunicación. Su yacimiento arqueológico fue señalado por el propio Norbert Casteret, en 1930, siendo controlado y excavado parcialmente por el Marqués de Loriana; efectuó luego S. Rivera Manescau otra excavación, no publicada; y posteriormente ha sido revisado por Juan Maluquer de Motes, quien señaló su secuencia estratigráfica, en base a la revisión del corte anterior de Loriana y a sus personales observaciones[15] (figura 54).

La secuencia del yacimiento establecida por Maluquer de Motes, salvada la posibilidad de niveles más profundos, arranca de un nivel (el IV) del Magdaleniense Superior, con industria lítica característica, e industria ósea, en asta, con arpones de doble hilera de dientes, azagayas de doble bisel y arte mobiliar. Los materiales óseos de este nivel procedentes de la excavación de Maluquer han sido analizados por I. Barandiarán tratándose de tres grandes arpones de doble hilera de dientes alternantes, ocho azagayas, completas o fragmentos, de considerable tamaño, dos fragmentos de punzones, cuatro esquirlas, con recortes a los lados y un cincel-compresor-alisador decorado. En el estudio de las decoraciones de estas piezas óseas destaca el típico ejemplo del cincel-compresor-alisador, en cuerno de cérvido, con grabados de una cabeza de ciervo de espléndida cornamenta, y dos animales enfrentados e invertidos, probablemente caballos, de estilo más esquemático (figuras 55, 56, 57 y 58).

14. N. CASTERET, *Une nouvelle grotte...* 1933; MARQUÉS DE LORIANA, *Excavaciones arqueológicas realizadas...* 1940; I. BARANDIARÁN, *Arte paleolítico en Navarra...* 1974.

15. N. CASTERET, *Une nouvelle grotte...* 1933; MARQUÉS DE LORIANA, *Excavaciones arqueológicas realizadas...* 1940, y *Las industrias paleolíticas...* 1943; J. MALUQUER DE MOTES, *La estratigrafía del covacho...* 1965.

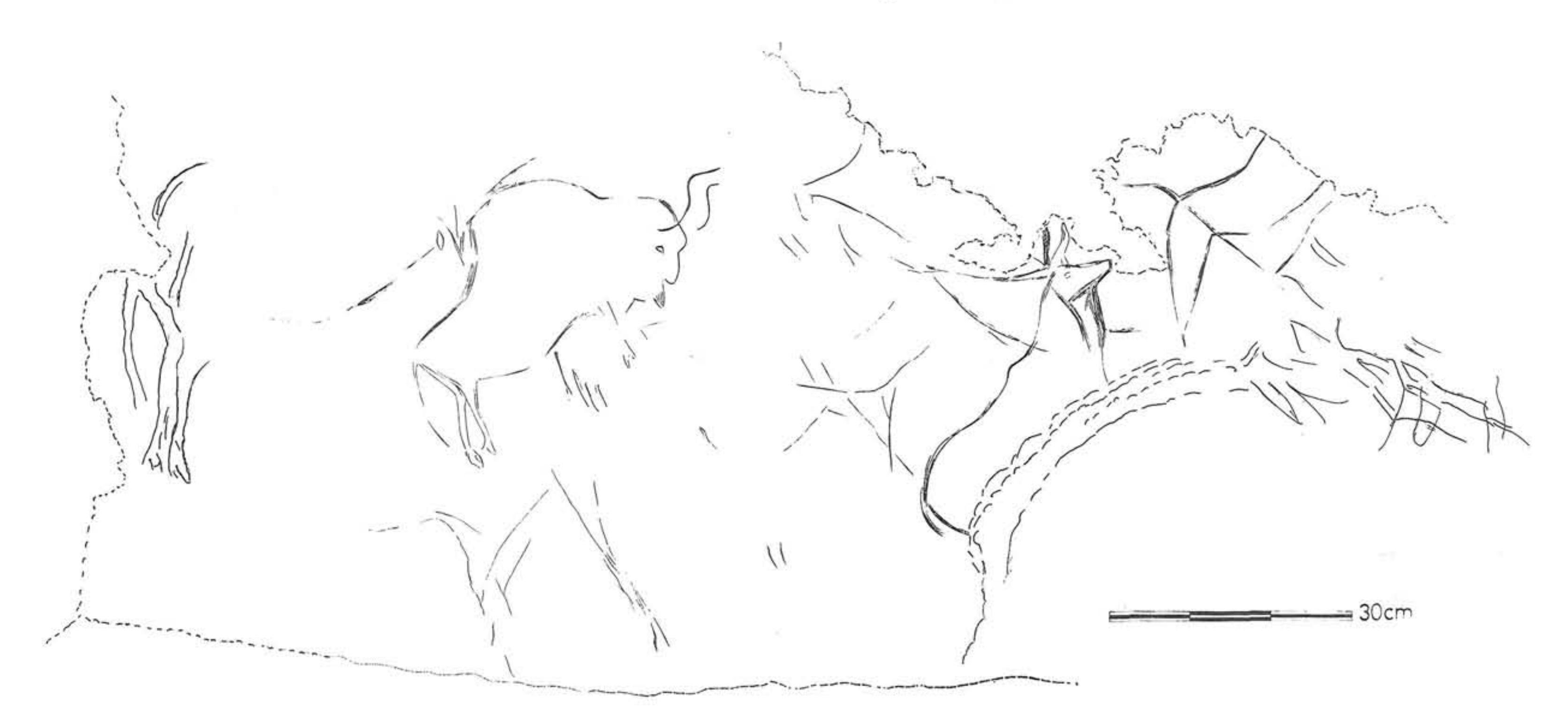



FIG. 51. Grabados rupestres de Alquerdi: conjunto de animales realizados sobre un cono estalagmítico. Se aprecian, de izquierda a derecha, la trasera de un caballo, un bisonte, un ciervo y el cuarto trasero de un animal indeterminable (según I. BARANDIARÁN en 1974).

FIG. 52. Grabados rupestres de Alquerdi: conjunto realizado sobre un cono estalagmítico.

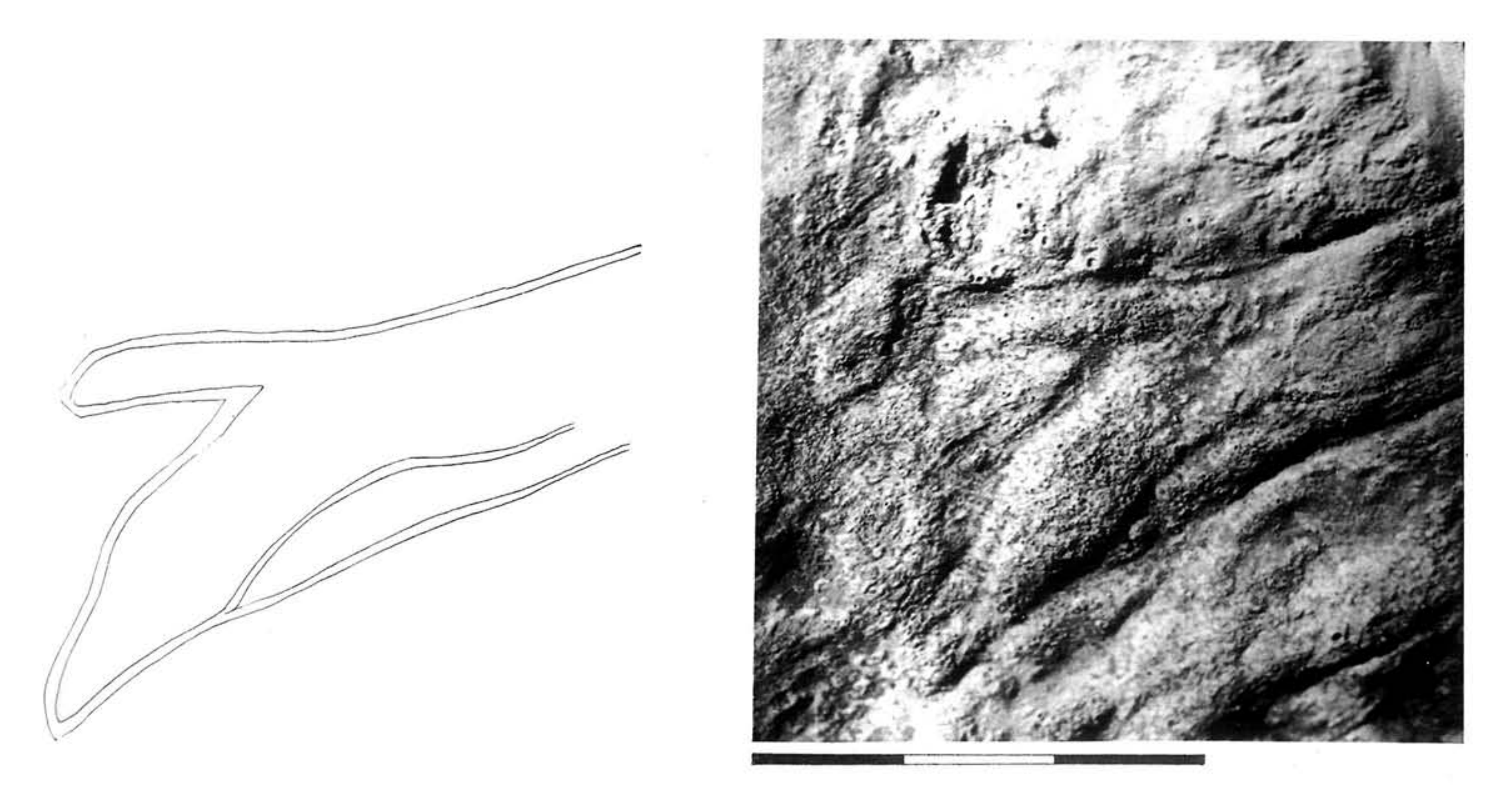


FIG. 53. Cueva de Alquerdi. Detalle (en foto y calco) del casco de pata trasera de un caballo grabado (según I. BARANDIARÁN en 1974).

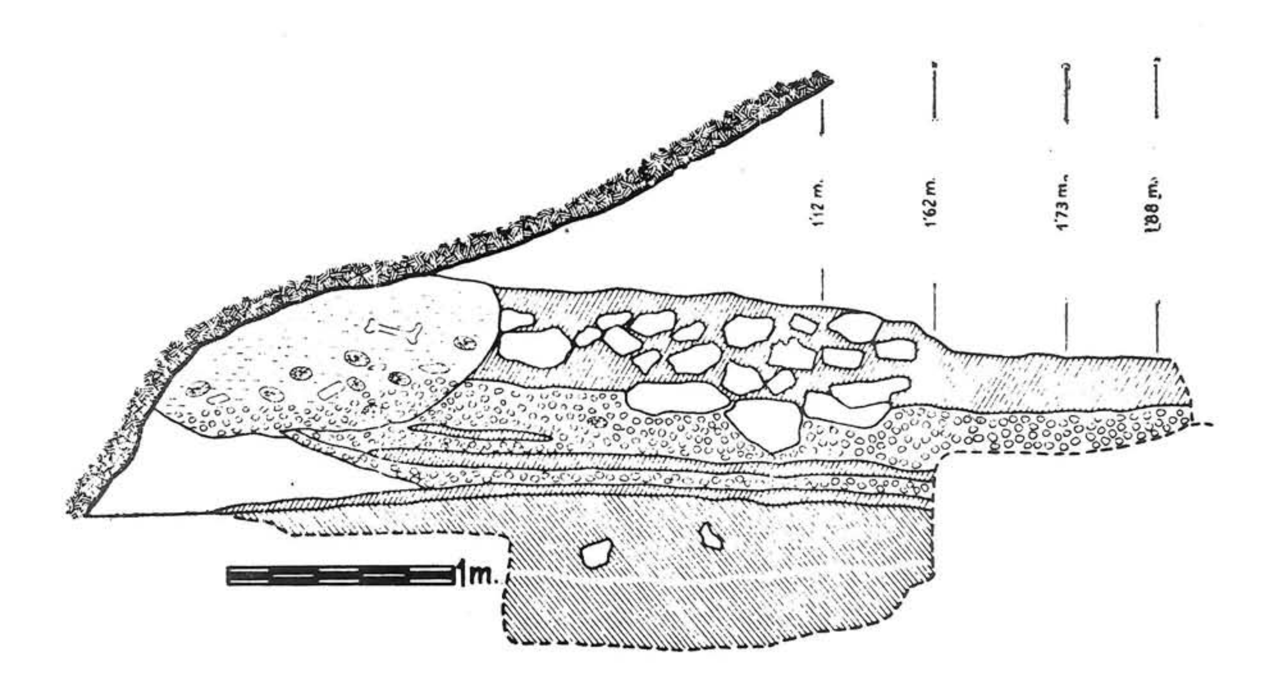



FIG. 54. Covacho de Berroberría (en Urdax). Estratigrafía de la «cata Loriana», dibujada por J. Maluquer de Motes en 1959.

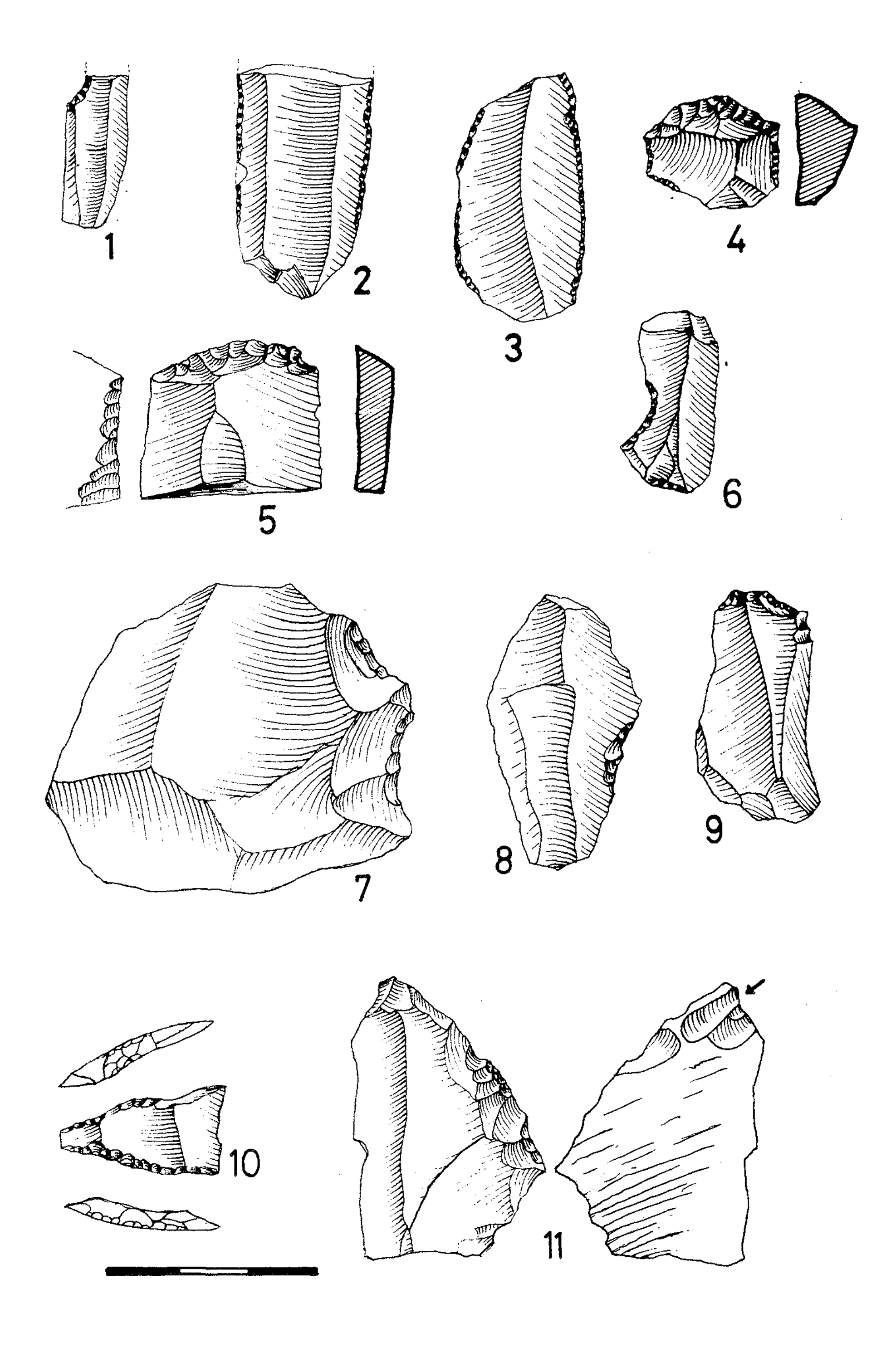



FIG. 55. Berroberría. Materiales líticos, procedentes de las excavaciones del Marqués de Loriana, depositados en el Museo de Navarra. De los niveles E (n.° 1-4), D (n.° 5) y B (n.° 6-11) (según A. CAVA).

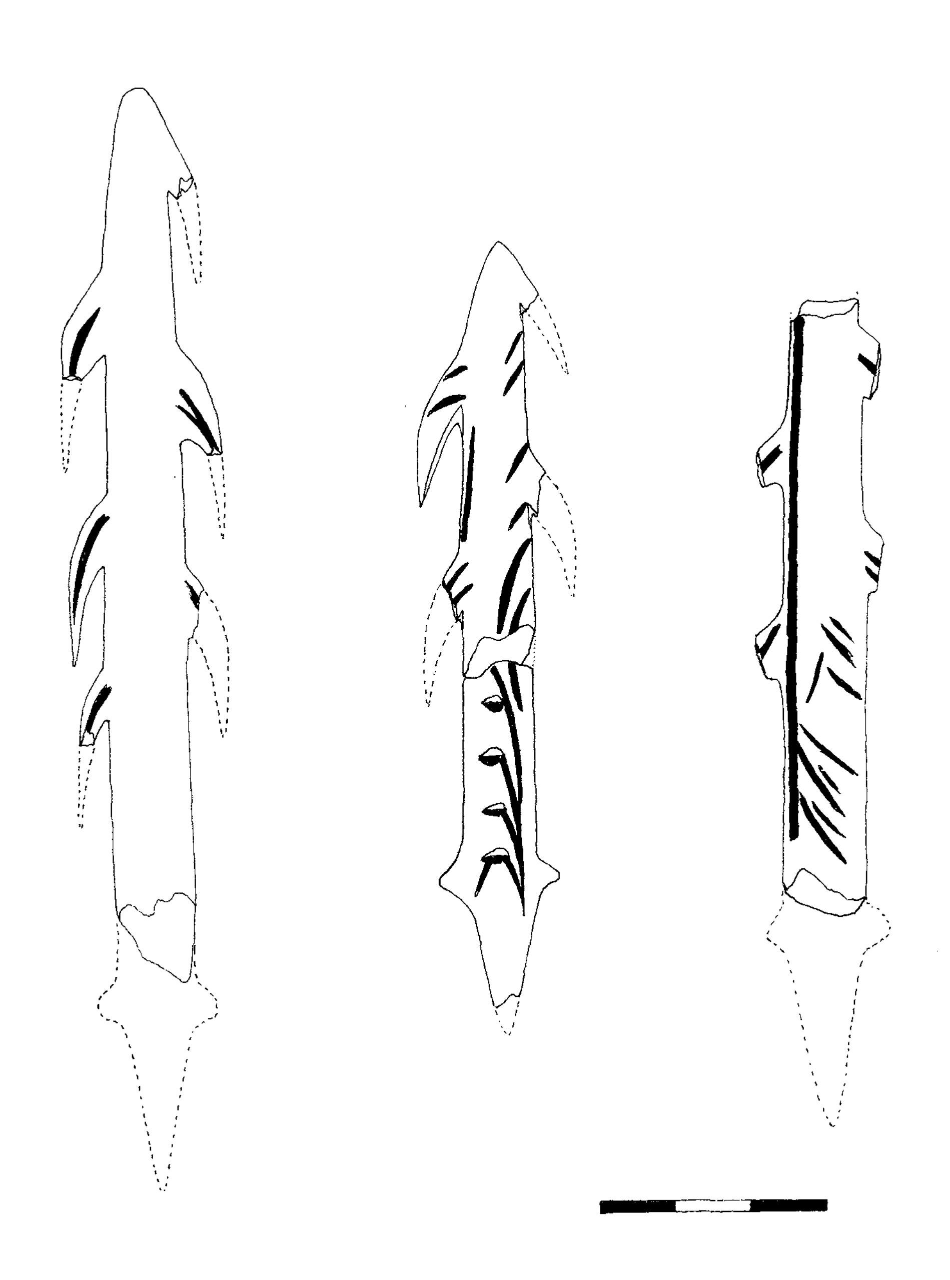


FIG. 56. Berroberría. Arpones de asta del Magdaleniense Final; excavaciones J. Maluquer de Motes (según I. BARANDIARÁN en 1974).

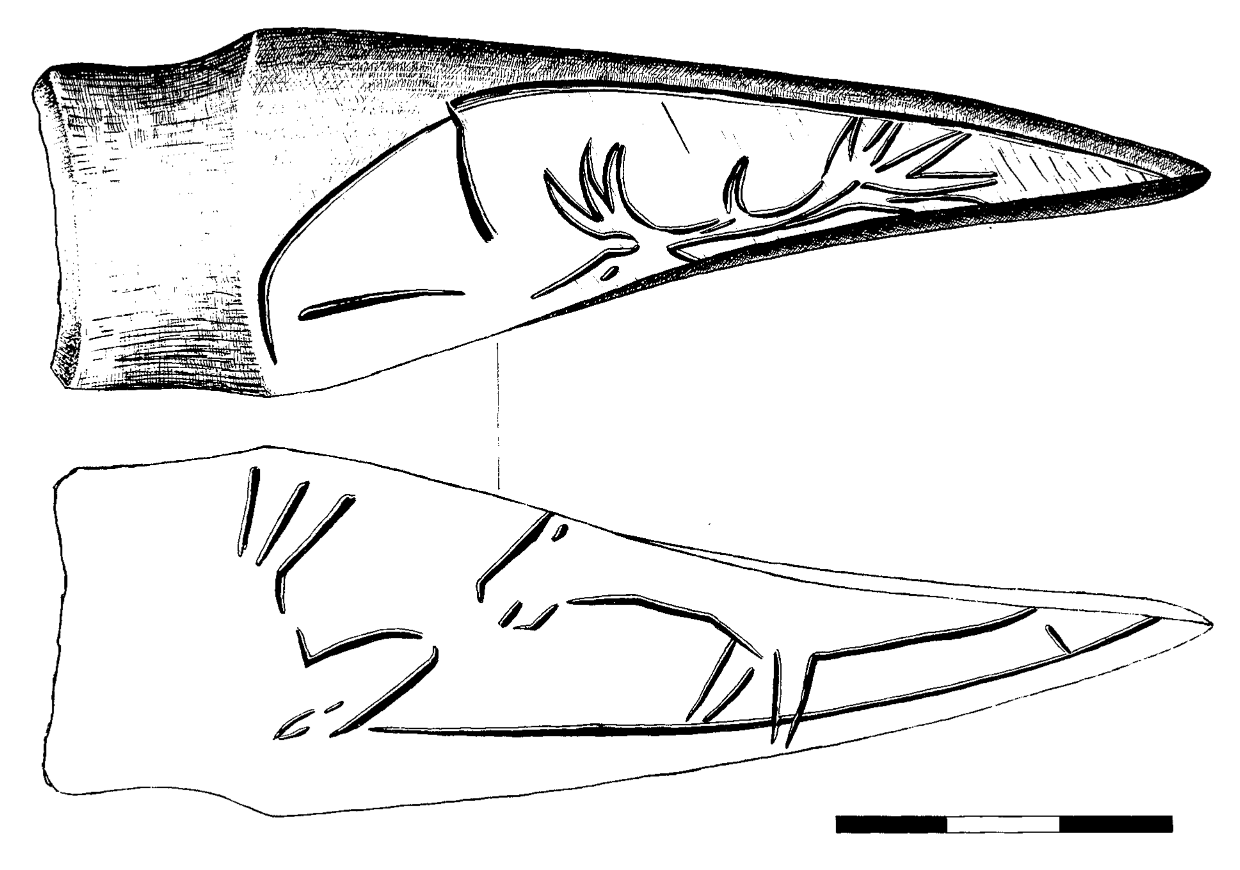


FIG. 57. Berroberría. Compresor o cincel de asta con animales grabados. Magdaleniense Final. Excavaciones J. Maluquer de Motes (según I. BARANDIARÁN en 1974).

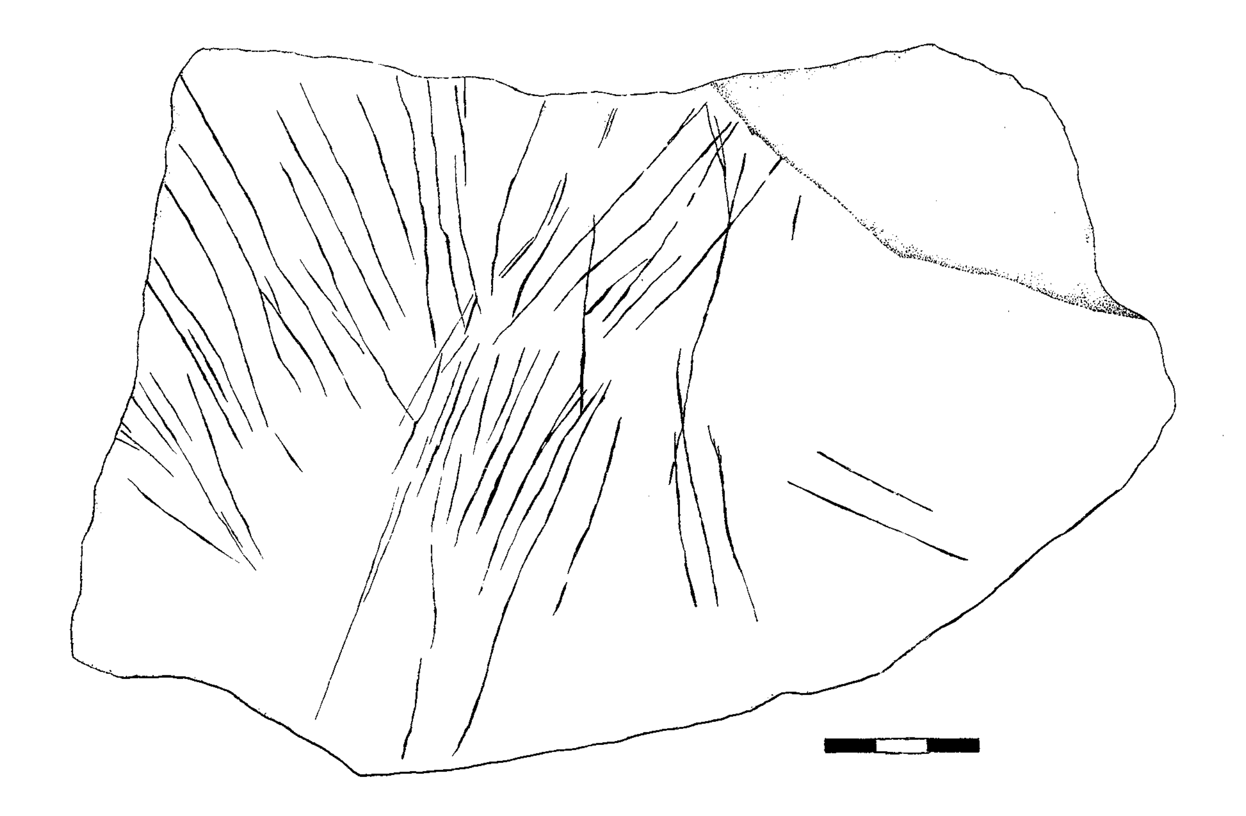


FIG. 58. Berroberría. Placa arenisca con líneas grabadas radiales. Aziliense. Excavaciones J. Maluquer de Motes (según I. BARANDIARÁN en 1974).

Sin solución de continuidad se superpone el nivel III, calificado como Aziliense por su industria lítica. Sin material alguno trabajado en hueso o cuerno, el nivel ha proporcionado una placa de arenisca, con grabados en una sola cara, poco incisos, de líneas rectilíneas dispuestas en estructura radial aproximada.

Sobre ese nivel III aparece un estrato estéril, al que se superpone el nivel II que se califica de Eneolítico y en relación, por lo tanto, con el nivel I, con materiales del Bronce, que cierra la importante estratigrafía del yacimiento.

El covacho de Berroberría reúne una excelentes condiciones de habitabilidad según lo que resulta habitual en los grupos de cazadores del Paleolítico superior del Sudoeste de Europa: amplio recinto, protegido de los vientos y lluvias dominantes y en adecuada orientación para recibir los rayos del sol (su boca se abre exactamente al Sur), no lejos del litoral (a unos 18 km de distancia) y a escasa altitud sobre el nivel del mar (110 m): con lo que se atempera suficientemente el rigor del clima Würmiense final.

Por esos condicionamientos —y por supuesto que en Berroberría deben producirse especiales fenómenos de relación con los inmediatos yacimientos de la vertiente septentrional del Pirineo Occidental— se realizó en 1977 una amplia prospección-sondeo en Berroberría por Ignacio Barandiarán. Revisadas las referencias de Loriana y Maluquer, se ha obtenido un sondeo en profundidad que permite precisar más aún (de cara a una serie de campañas extensas, a partir de 1979) los caracteres de su depósito arqueológico. En esa campaña de 1977 se ha apreciado un espesor arqueológico de 250 cm, en el que se suceden, de abajo arriba, las siguientes etapas[16]:

—Nivel I, de 40 a 45 cm, es formación de terraza fluvial, de base.

—Nivel H, de 15 a 20 cm, nivel estéril de aporte fluvial.

—Nivel G, de 15 a 20 cm, supone la primera ocupación del covacho por el hombre. En él se han encontrado fenómenos de crioclastia referibles a condiciones de frío extremo. Aunque escaso en materiales, proponemos su datación en el Magdaleniense III o IV.

—Nivel F, de 20 a 25 cm, es nivel estéril, de aporte aluvial, suponiendo un abandono de la cueva.

—Nivel E inf., en 5 a 10 cm, dio escaso material, atribuible al Magdaleniense V o al VI inicial.

—Los niveles E y D inf. (en un espesor total de ambos de 30 cm) ofrecen un rico conjunto de materiales, correspondientes a una etapa en que Berroberría fue intensamente ocupada. El E debe ser fechado en el Magdaleniense final (VIb) y el D inf. en el Aziliense.

—Nivel D, de 20 a 25 cm, debió formarse en circunstancias climáticas atemperadas (más húmedas y calurosas), y ve la aparición del caracol de tierra (*Helix (Cepaea) nemoralis*). Corresponde a un periodo cultural que hemos de denominar Epipaleolítico genérico: inmediatamente post-aziliense.

—Nivel C, en 25 cm de espesor ofrece una sucesión de diversos horizontes de fondos de hogares, en lentejones interrumpidos. Como probable señalamos su formación en un Epipaleolítico ya poseedor de algunos elementos geométricos.

—Nivel B, de 20 cm de espesor, caracterizado por la densidad de su conchero. Durante su formación aparecen las primeras cerámicas: o sea, un signo de neolitización. Mientras que B inf. carece de ellas, en B sup. hay algunos fragmentos lisos.

—Nivel A, de 35 cm, es una masa procedente de diversas remociones en que se mezclan elementos del Eneolítico con otros fechables en plena Edad del Bronce y más modernos.

### 3. Cueva de Abauntz (Arraiz)

Señalada la existencia de su yacimiento en 1934 por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán, se ha excavado, de 1976 a 1978, por un equipo dirigido por Pilar Utrilla: en 1977 se ha publicado en «Príncipe de Viana» una amplia información sobre la estratigrafía y materiales evidenciados en aquella primera campaña[17].

---

16. I. Barandiarán, informe de la campaña de 1977 en prensa; la industria ósea más característica de las excavaciones de Loriana y Maluquer es expuesta en I. Barandiarán, *Arte paleolítico en Navarra*... 1974, pp. 15-21.

17. P. Utrilla, *Excavaciones en la cueva de Abauntz*... 1977.

FIG. 59. Cueva de la Sierra de Alaiz. Diversos sílex tallados: una lámina de dorso retocado y diversos tipos de buriles (Museo de Navarra).

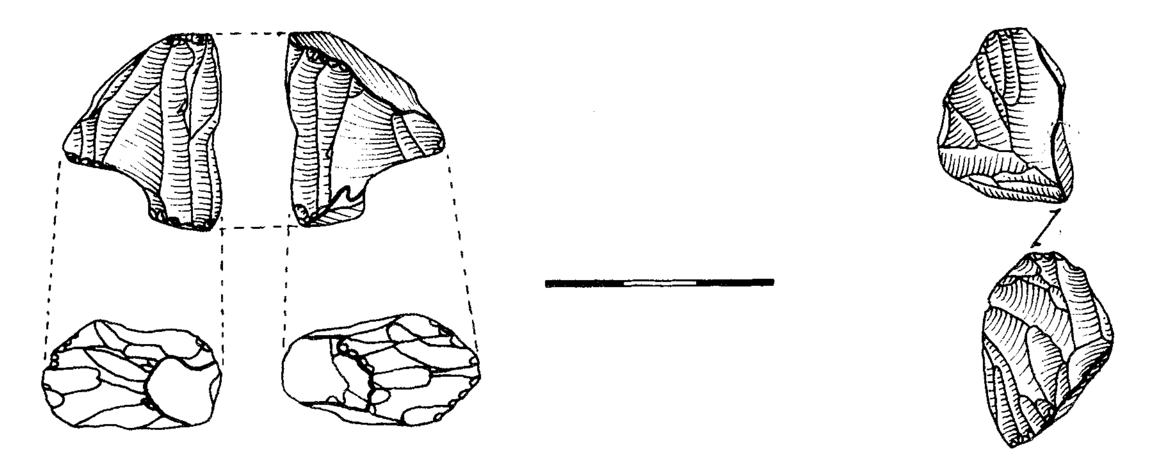


FIG. 60. Cueva de la Sierra de Alaiz. Dos nucleitos raspadores (Museo de Navarra).

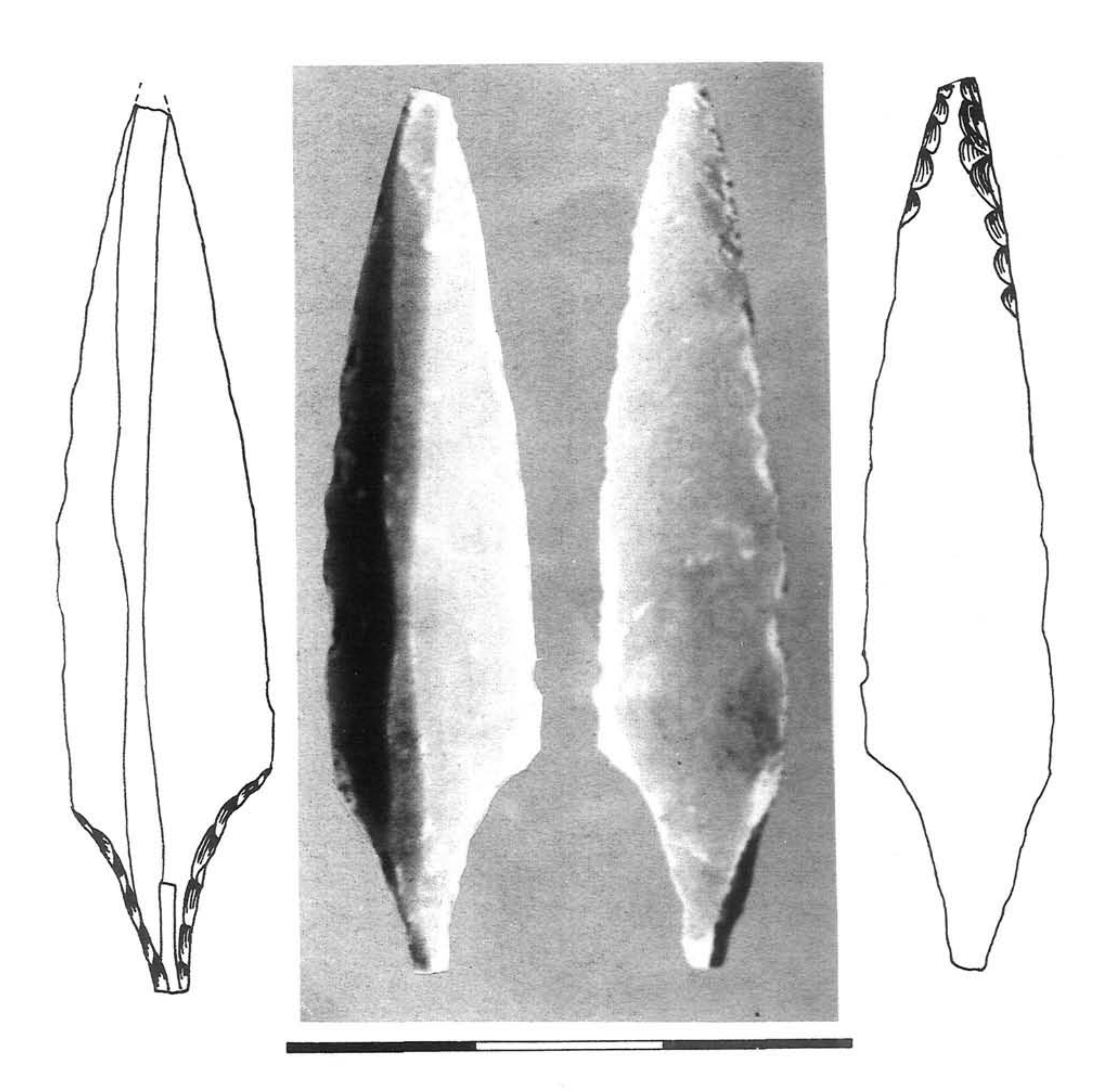


FIG. 61. Cueva de la Sierra de Alaiz. Punta de silex de base pedunculada (Museo de Navarra).

Según dicha información, bajo un nivel superficial (a) que contiene materiales de época Imperial romana, están los b (del Eneolítico; con depósito de cadáveres), c y d (de la etapa de transición Neolítico-Eneolítico). El más bajo, el nivel e, se piensa que pueda atribuirse al Paleolítico Superior, sin mayor precisión. En efecto, según el informe de aquella campaña de 1976 por P. Utrilla, viene caracterizado por una industria lítica sobre láminas, a base de raspadores, de buriles, de láminas retocadas y de laminitas de dorso, pensándolo sobre todo en la abundancia relativa (y la tipología misma) de sus buriles como elemento indicativo de su probable referencia al Paleolítico Superior.

4. Cueva de Lexotoa (Zugarramurdi)

Reseñó José Miguel de Barandiarán su descubrimiento en 1941; hallando, en cata, sílex atribuibles al Paleolítico Superior[18]: sin más precisiones. En abril de 1977 uno de nosotros (I. B.) comprobó la triste total desaparición del yacimiento: por obra de la explotación de un bar-merendero.

5. Yacimiento de Echauri

También al Magdaleniense ha sido atribuido un conjunto al aire libre, recogido en Echauri, del que no conocemos más que las alusiones de Maluquer de Motes de que se trata de «un campamento paleolítico al aire libre», con riquísima industria de sílex, cuyas características tipológicas las fija en una etapa Magdaleniense[19].

6. Cueva de la Sierra de Alaiz

En los mismos rebordes montañosos meridionales de la Sierra de Alaiz se sitúa una cueva —cuyo nombre desconocemos— que fue recientemente saqueada en excavación no autorizada. Hemos efectuado recientemente el control de un pequeño lote de sílex ahí recogidos, en su mayor parte restos de talla: entre los tipos más interesantes hay que destacar varios buriles (figuras 59 y 60) y, muy en especial, una punta con pedúnculo de retoque abrupto. En su descripción pormenorizada esta punta de pedúnculo axial ha de ser definida como de contorno simétrico, de pedúnculo corto, de forma triangular, con retoque directo; su limbo sólo posee retoque inverso normal tendiente a plano en un extremo distal. En general la punta de Alaiz se clasificaría entre los tipos 15 a 20 propuestos por Delporte y Tuffreau[20], dentro de un grupo genérico de las puntas de Teyjat (menos entre las de Lingby). Estas piezas suelen ser relativamente frecuentes en contextos transpirenaicos del Paleolítico Final (Magdaleniense Superior y Final, sobre todo) (figura 61).

Aunque la pieza de Alaiz resulte excepcional en el contexto del Paleolítico Cantábrico, creemos que a esa fechación debe adscribirse.

7. Cueva de Zatoya (Abaurrea Alta)

Se sitúa en las estribaciones de la Sierra de Abodi, en la cuenca alta del Salazar.

Reseñada en el Catálogo de Espeleología de Navarra, ha sido objeto, en 1975 y 1976, de amplias campañas de excavación por I. Barandiarán; de ellas se han concretado algunas publicaciones[21], en que se insiste en el especialísimo interés de su depósito que ha ofrecido uno de los más ricos conjuntos de instrumentos que en la Prehistoria de la franja norte peninsular se posee para conocer la dinámica que, partiendo del fin mismo del Paleolítico Superior (un Aziliense que, en Zatoya, ha de remontar al interestadio de Alleröd), abocará en el Neolítico.

18. J. M. Barandiarán, *Catalogue des stations...* 1946; él mismo en *El hombre prehistórico en el País Vasco* (Buenos Aires, 1953; pp. 189) señala la atribución del material lítico.

19. J. Maluquer de Motes, *La actividad arqueológica...* 1964, pp. 322.

20. Siguiendo las orientaciones de análisis tipológico de las puntas de pedúnculo por H. Delporte y A. Tuffreau (*Les industries du Périgordien supérieur de La Ferrassie,* en pp. 93-123, de tomo 23-24, 1972-1973, de «Quartär», Erlangen), en pp. 117-121 especialmente, señalando hasta 84 tipos posibles diversos; el ejemplar de Alaiz, dentro de los del grupo genérico de puntas de Teyjat, tiene forma más esbelta y regular que ellas.

21. Seguiremos aquí fundamentalmente las *El proceso de transición Epipaleolítico...* 1977 y *Azilien et post-Azilien...* 1979 de I. Barandiarán.




FIG. 62. Cueva de Zatoya. Estratigrafía del vestíbulo en la campaña de 1975, por I. Barandiarán.




FIG. 63. Cueva de Zatoya. Estratigrafía del interior durante la campaña de excavaciones, por I. Barandiarán en 1975.

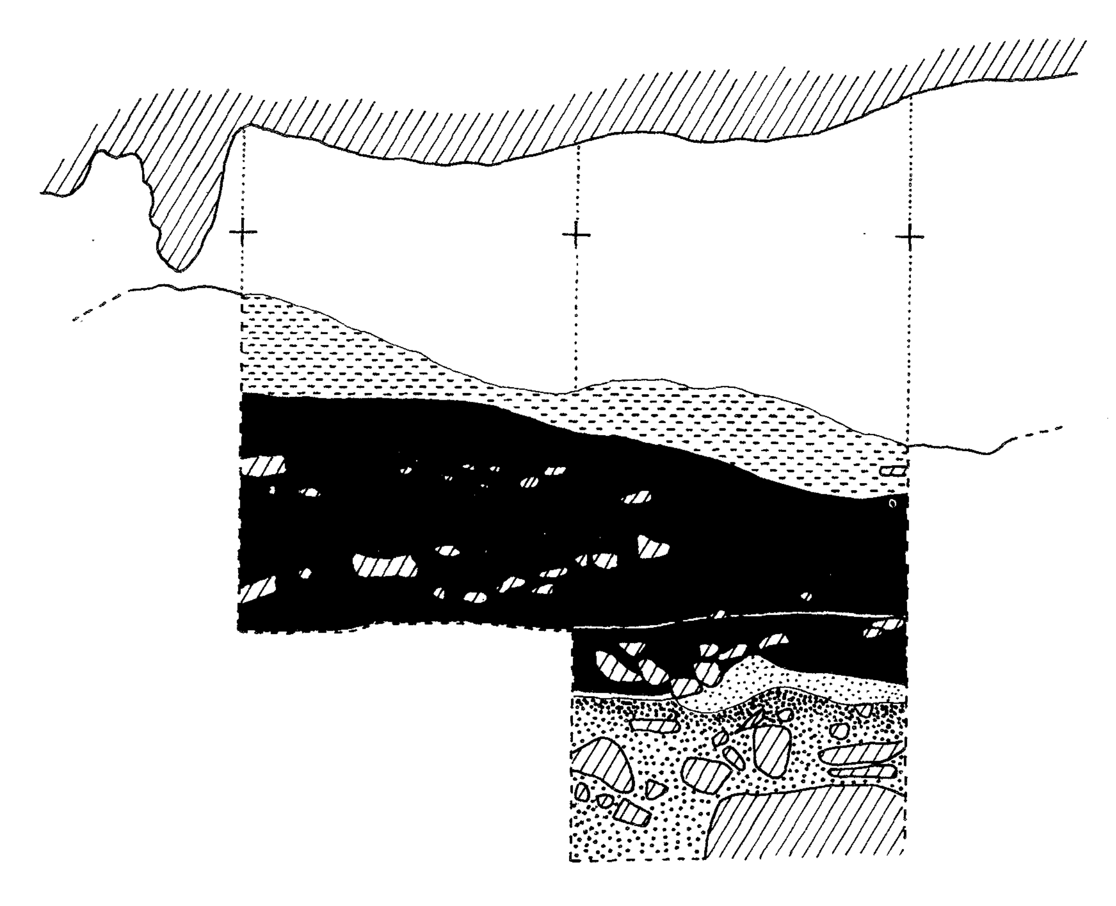


FIG. 64. Cueva de Zatoya. Corte estratigráfico del vestíbulo por las bandas 3A, 1A/3Z, 1Z. Campaña de 1975 (I. Barandiarán).

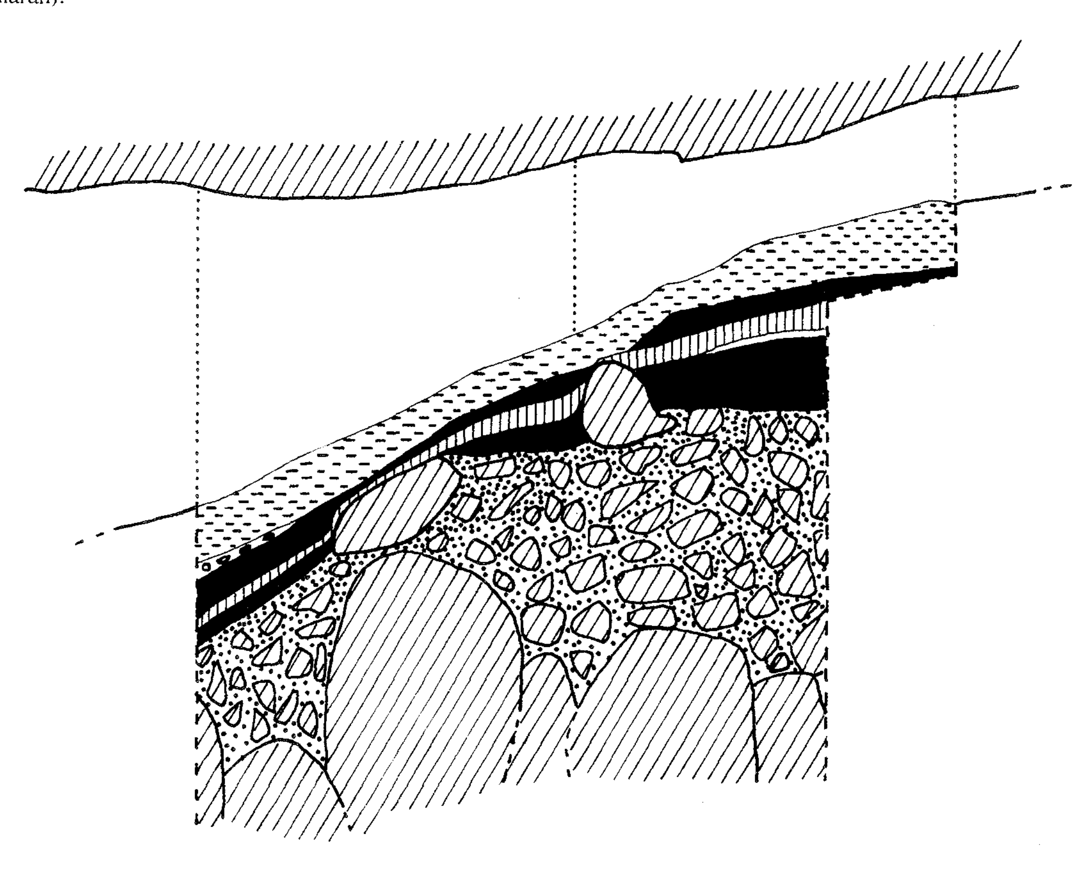


FIG. 65. Cueva de Zatoya. Corte estratigráfico del interior por las bandas 17B, 15B/17C, 15C. Campaña de 1975 (I. Barandiarán).

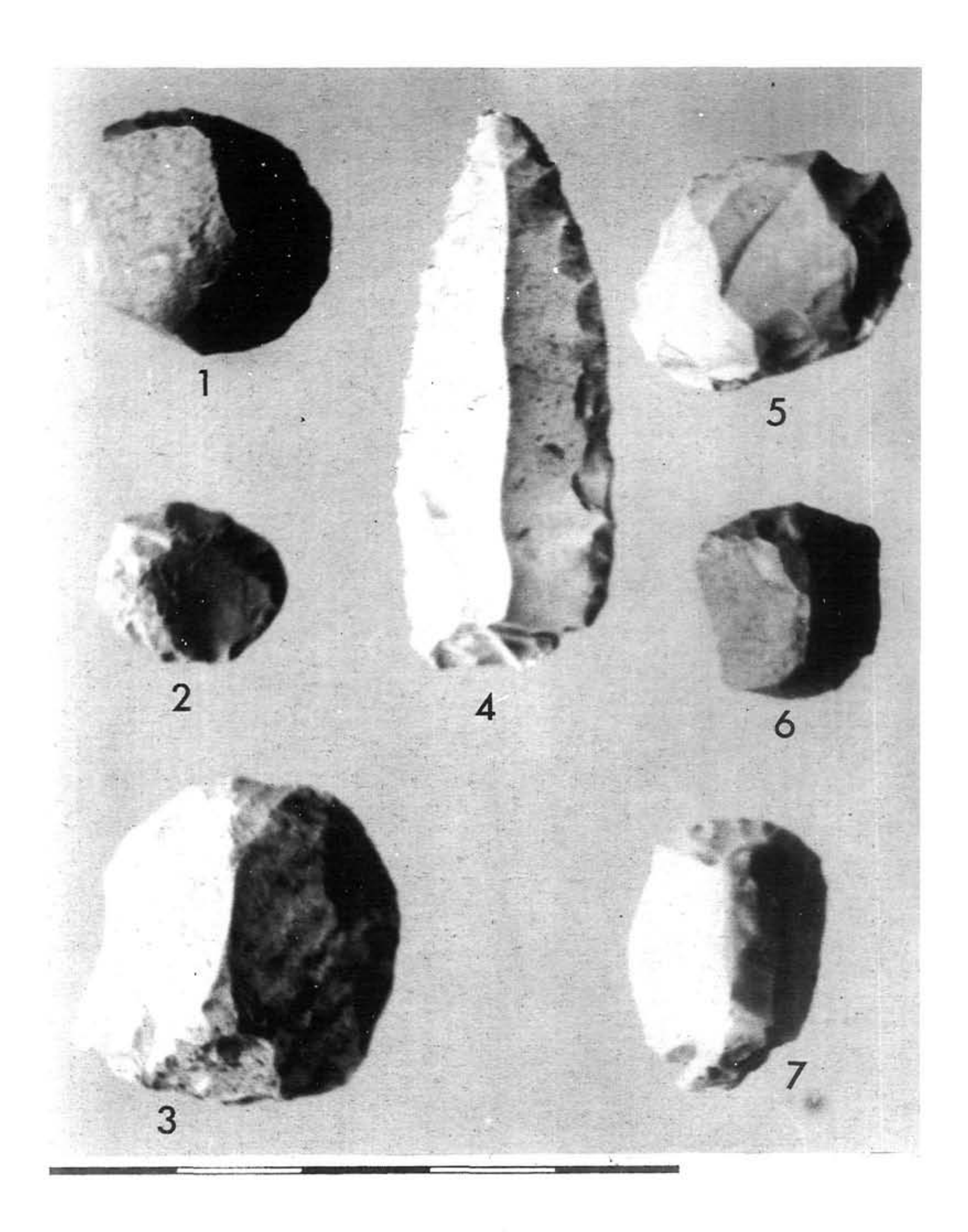



FIG. 66. Cueva de Zatoya. Materiales líticos del Epipaleolítico (nivel II): raspadores cortos sobre lasca, una gran lámina apuntada (en el centro). Campaña de 1975.

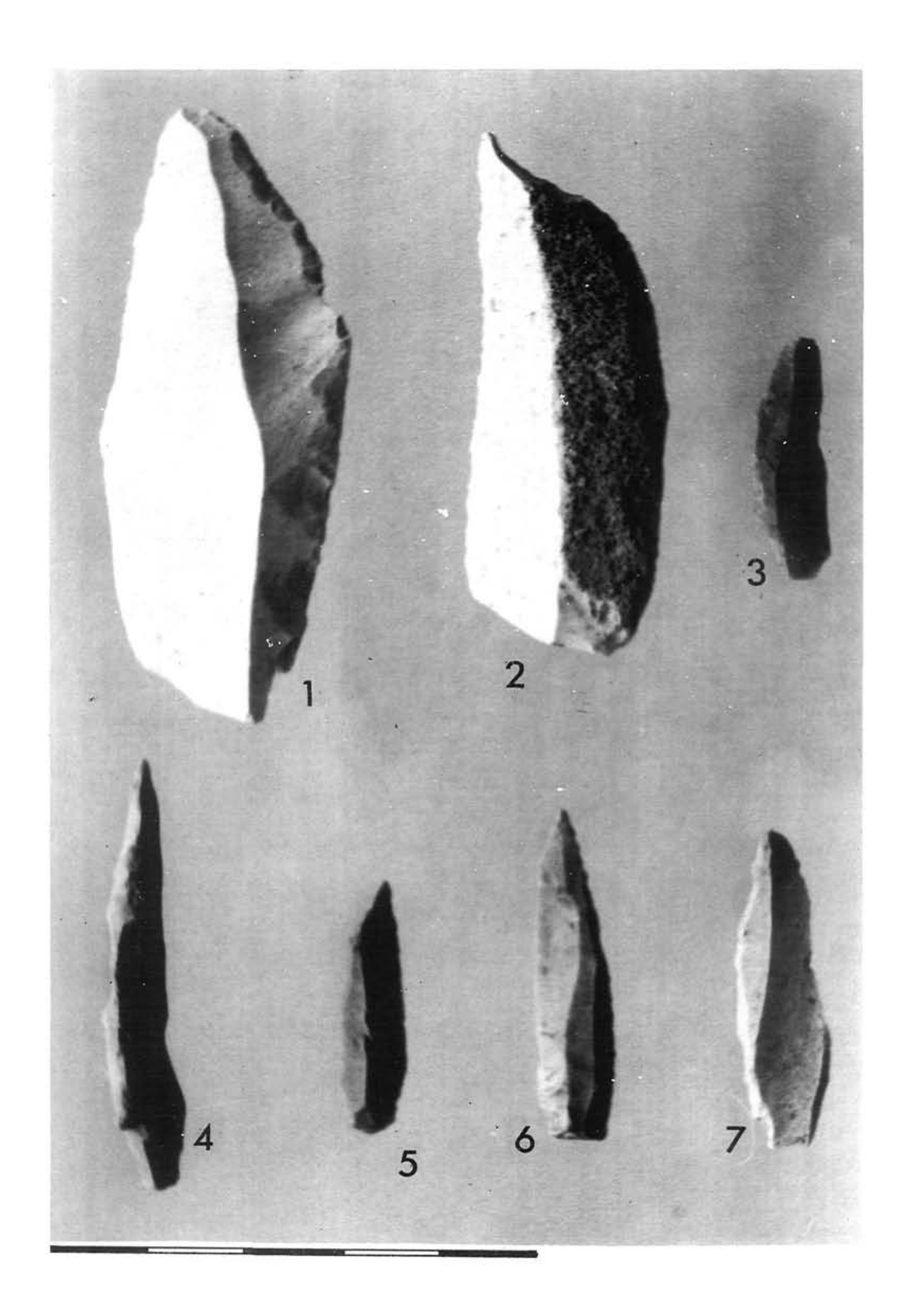



FIG. 67. Cueva de Zatoya. Material lítico del Epipaleolítico (nivel II): láminas apuntadas (n.° 1 y 2), y puntas de dorso (las cinco restantes). Campaña de 1975.

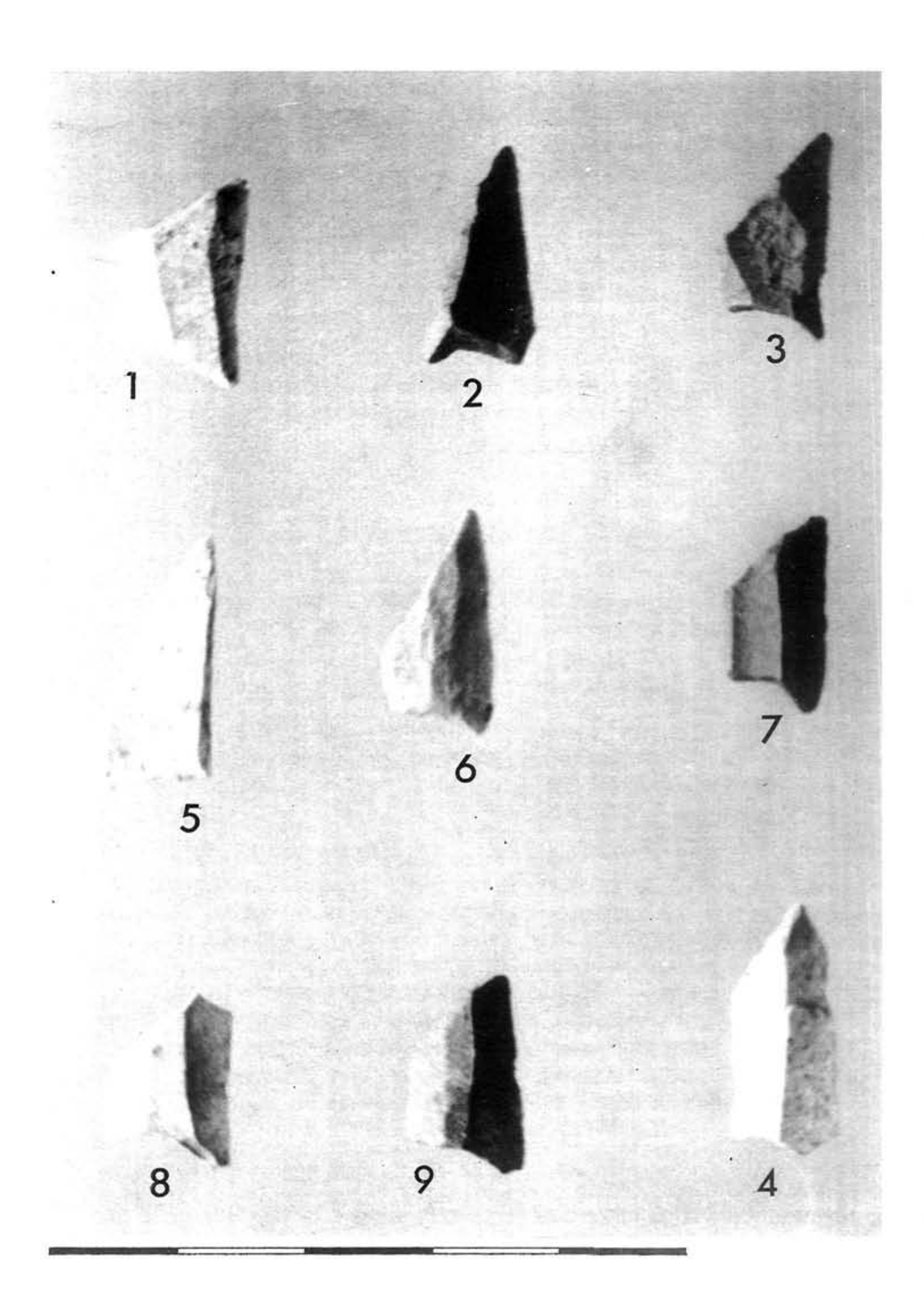



FIG. 68. Cueva de Zatoya. Material lítico del nivel Neolítico geométrico: triángulo (del tipo «punta de Songchamp»: n.º 2) y trapecios. Campaña de 1975.

La cueva se sitúa a 900 metros de altitud, y a unos 70 km de distancia de la costa; está orientada hacia el Sur. La situación de Zatoya, absolutamente separada del resto de estaciones de fines del Paleolítico Superior de Navarra y del litoral costero vasco, nos hace creer que sus ocupantes prehistóricos se habrían desplazado hacia aquí a partir del importante foco de población que durante el Paleolítico Superior avanzado residía en varias cuevas y abrigos del transpirenaico bosque de Arbailla (en Zuberoa), dejando importantes «santuarios» del Arte Rupestre (en Xaxixiloaga, en Etcheberri o en Sinhikoleko-Karbia) y evidencias de su estancia en las embocaduras de algunas cavidades. Pensamos que la excesiva altitud del yacimiento de Zatoya sólo permitiría que fuera ocupado en las estaciones más benignas de alguna etapa interestadial y, con mayor continuidad, una vez que concluyeron los rigores de la última Glaciación.

La serie de fechaciones absolutas —obtenidas por el control de C14 en muestras sometidas al Laboratorio de Radiocarbono de la Universidad de Lyon— proporciona un importante encuadre cronológico a la sucesión cultural evidenciada en los utensilios recogidos en los estratos de Zatoya. El yacimiento arqueológico ocupa la embocadura y una buena parte de su vestíbulo hacia el interior, en una extensión superficial de en torno a los 120 $m^2$. Las campañas de excavación de 1975 y 1976, cuya información se juzga suficiente y se halla ahora en curso de elaboración minuciosa, se han desarrollado en apenas 1/8 del total del yacimiento (superficie de 14 $m^2$): corresponde a dos cortes relativamente alejados pero cuyos caracteres concuerdan, en una secuencia de estratos de aproximadamente 250 cm de espesor total. De modo simplificado se pueden señalar (de abajo arriba) los diversos momentos de su formación (figuras 62, 63, 64 y 65).

a—nivel de base (III), formado por masas de arcilla con restos del oso de las cavernas. En su superficie aparecen esporádicas muestras de industria humana: certifican la primera ocupación temporaria de la cueva, en una etapa cultural de difícil diferenciación entre el Magdaleniense final y, muy probablemente, el Aziliense.

b—horizonte de grandes bloques clásticos (II inf.) en un espesor que oscila de los 40 a los 90 cm. Entre ellos existen pocos restos de industria humana. Se fecha por C14 en 9890 +— 240, 9530 +— 270 y 9670 +— 300 a. de C.

c—Nivel II medio (40 cm de espesor), con algunos casos de crioclastia, reúne industrias de tipo aziliense, y abundantes restos óseos (de caza) de ciervos (bastante jóvenes) y jabalí.

d—nivel II superior (35 cm): con industrias de un Epipaleolítico genérico.

e—nivel Ib, en 15 a 20 cm de espesor, con industria correspondiente a una cultura Epipaleolítica que, heredando la mayoría de los tipos y técnicas líticas precedentes, conoce los comienzos de la geometrización (un 3,79% del ajuar recogido en el nivel pertenece a esa categoría de los geométricos). En su parte alta, una fuerte brecha de *Helix* certificaría una sensible atemperación del clima que ya se señalaba desde el precedente II superior (con la presencia esporádica del mismo molusco). Al Epipaleolítico de los niveles II superior y Ib corresponden las dataciones en 6310 +— 550 y 6200 +— 220 a. de C.

f—horizonte estalagmítico (de 5a 10 cm de espesor); significativo de una etapa de abandono de Zatoya.

g—nivel I, de 10 a 40 cm de espesor, coincide con un fuerte incremento del elemento geométrico (16,15%) y con la aparición de la cerámica, en que se certificaría su incorporación (parcial, de cierto) al Neolítico. Una muestra del nivel dio la fecha de los 4370 +— 280 a. de C.

h—nivel superficial, de 20 cm, en que se utiliza Zatoya como depósito funerario durante el Eneolítico o ya en el Bronce Pleno.

El control particular de los utensilios de piedra tallada en el corte de excavación realizado en la misma boca de Zatoya ofrece un total de más de un millar de instrumentos: efectivo realmente suficiente para caracterizar su evolución cultural. Conforme al detalle tipológico siguiente (figuras 66, 67 y 68).

| | *Niveles II* | | *Nivel Ib* | | *Nivel I* | | *Total* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Buriles | 54 | 9,47 | 5 | 6,32 | 50 | 11,70 | 109 |
| Raspadores | 143 | 25,08 | 23 | 29,11 | 77 | 18,03 | 243 |
| Perforadores | 13 | 2,28 | 2 | 2,53 | 9 | 2,10 | 24 |
| Piezas de dorso | 230 | 40,35 | 20 | 25,31 | 34 | 7,96 | 284 |
| Truncaduras | 18 | 3,15 | 2 | 2,53 | 21 | 4,91 | 41 |
| Muescas + denticulados | 64 | 11,22 | 18 | 22,78 | 126 | 29,50 | 208 |
| Geométricos | 5 | 0,87 | 3 | 3,79 | 69 | 16,15 | 77 |
| Microburiles | 2 | 0,35 | 0 | —,— | 19 | 4,44 | 21 |
| Diversos | 41 | 7,19 | 6 | 7,59 | 22 | 5,15 | 69 |
| Totales | 570 | | 79 | | 427 | | 1.076 |

Según las modernas orientaciones del método tipológico estadístico, la precedente enumeración cuantificada de los instrumentos tallados (en sílex) de la secuencia de Zatoya (simplificada en tres «momentos» más generales: el II, de un Epipaleolítico genérico, pre-geométrico, fundamentalmente comparable con la cultura Aziliense; el Ib, de un Epipaleolítico que conoce los primeros síntomas de geometrización; el I, en que el geometrismo máximo coincide con la aparición de la cerámica, y por ello con el «neolítico») nos servirá de apoyatura para caracterizar en líneas generales el proceso de evolución cultural de quienes ocuparon la cueva entre los años 9500 y 4000 a. de C., aproximadamente.

Dejando de lado particulares consideraciones sobre algunos tipos concretos, aquellos porcentajes —a nivel de grupo tipológico— permiten controlar una dinámica en el utillaje lítico, que se concretaría en las observaciones siguientes:

1. Partiendo de una proporción constante de los *raspadores* a lo largo del depósito de Zatoya (son el 24,56 % en el nivel II; 28,75 % en el Ib; y 17,90 % en el I) dos características específicas ponen en evidencia su dinámica particular interna:

—El *microlitismo* que se muestra en clara regresión (en el nivel II, son el 15, 11 %; en el Ib el 4,45 %; en el I, el 1,30 %, respectivamente del total de los raspadores contabilizados en cada nivel).

—El *carenaje* (o sea, su carácter de espesos, o altos), que va aumentando sensiblemente (en el nivel II, lo son el 35,97 % de los raspadores, en el Ib el 56,52 % y en el I, el 46,75 %).

2. Las *piezas de dorso* (por retoque abrupto: lascas, láminas o laminillas) disminuyen en notable proporción. Si se parte del hecho de que en el nivel II forman más de una tercera parte del efectivo (laminillas de dorso, 24,73 %; láminas de dorso, 19,90 %), no suponen más que un cuarto del nivel Ib (laminillas de dorso, 23,75 %; láminas de dorso, 1,25 %) y sólo un sexto del total de objetos recogidos en el nivel I (laminillas de dorso, 6,74 %; láminas de dorso, 1,16 %). Como se puede anotar es muy llamativa la disminución de las laminillas de dorso cuando se pasa del Epipaleolítico (niveles II y Ib) al Neolítico (nivel I), mientras que las láminas de dorso experimentan una fuerte reducción en su número al pasar del complejo «no geométrico» (nivel II) al «geométrico» (niveles Ib y I).

Insistiendo más en estas apreciaciones y si nos ceñimos a las consideración de las proporciones ofrecidas por las puntas de dorso («puntas azilienses» en su mayoría) en el total de elementos laminares de dorso abrupto, señalaremos su sensible regresión a partir del nivel inferior (II, donde las puntas de dorso suponen el 38,28 % del total de elementos de dorso) en los más recientes (Ib, 25 %; I, 29,41 %). Entre estas puntas de dorso, concretamente las de talla mediana y grande han desaparecido practicamente en los niveles Ib y I (quedando sólo las pequeñas).

3. Los *buriles* tienen, en esa secuencia, valores bajos pero constantes: 9,54 % en el nivel II, 6,25 % en el Ib y 11,63 % en el I. En una observación más próxima se apreciaría un aumento, acaso significativo, de los buriles sobre truncadura con respecto a los diedros (siendo éstos los que predominan, desde luego, siempre de modo notable): en el nivel II hay 24 buriles diedros por 1 sólo sobre truncadura; en el I, por 34 diedros hay ya 7 sobre truncadura.

La mayor parte de esos buriles diedros se han producido por un solo golpe (siendo la otra faceta de buril, una fractura o un plano natural aprovechados). Es constante en Zatoya la presencia de buriles nucleiformes (por golpes múltiples unidireccionales).

4. Las *piezas de muesca* y los *denticulados* aumentan de abajo arriba en Zatoya: suponen el 11,30 % del efectivo del nivel II, el 22,50 % del Ib, y el 29,30 % del I. En otro orden de cosas también se aprecia una cierta tendencia al aumento del número de útiles sobre lasca en detrimento de los sobre lámina.

5. La progresión de los *geométricos* y de los *microburiles* es evidente en la transición de los niveles II y Ib al I. Se puede afirmar que en Zatoya —por su especial secuencia de estratos de Epipaleolítico más antiguo hasta el Neolítico— se tiene un evidente paradigma del modo como pudo producirse la aparición y arraigo de ese instumental característico que denominamos geométricos: es decir pequeñas armaduras, o puntas que probablemente servían de cabeza de venablos, que se extraían de estrechas láminas y laminitas y se conformaban (mediante retoques abruptos —o en doble bisel— en lados oblícuos más o menos convergentes) en forma de triángulos y de trapecios. Todo ese complejo geométrico tendrá, para la zona que estamos examinando, su área genética más próxima en el conjunto de yacimientos típicos del Tardenoisiense francés. El proceso de elaboración de esos geométricos suele producir, como material de desecho, los llamados microburiles: cuyo control es, en lógica, de realizar siempre junto a aquellos geométricos. Pues bien, en Zatoya, el nivel Ib ha dado geométricos en un 3,75 % de efectivo total y microburiles en un 0 %; en el nivel I, los geométricos suponen ya el 16,05 %, y los microburiles el 4,42 %.

En el conjunto de geométricos de Zatoya se debe señalar:

—Que las formas exclusivas son las en trapecio y en triángulo; sin haberse recogido ni un solo en forma de segmento de círculo.

—Que el modo habitual de sus retoques es el abrupto, con las excepciones lógicas de un modo complementario (retoque inverso normal, tendiente a plano) que se aprecia en varios triángulos del tipo «punta de Songchamp».

No se ha controlado ni un solo caso de retoque en doble bisel (tipo Heluan).

## 8. Cueva de Atabo (Alsasua)

Se ha atribuído al Epipaleolítico un lote de materiales de la cueva de Atabo, en Alsasua, procedentes de la verificación inicial del yacimiento por su descubridor (J. M. de Barandiarán). Se trata de una cueva destruída por el desmonte de una cantera, después de haber podido efectuar José Miguel de Barandiarán una mera cata de reconocimiento, publicada en 1962, con donación de los materiales al Museo de Navarra[22]. Una prospección posterior a la de J. M. de Barandiarán, realizó en las escombreras de la cantera Manuel Laborde, proporcionando restos humanos de varios individuos y un lote de piezas líticas (aquéllos, inéditos, se conservan en el Museo de San Telmo, de San Sebastián; éstas se depositaron en el de Navarra) (figuras 69 y 70). El lugar del yacimiento corresponde al término municipal de Alsasua, emplazándose en el río Altzania, cerca de la confluencia de su afluente el Baztarrotz, junto a la carretera de Alsasua a Guipúzcoa, en la cuenca del río Araquil.

Cuando reconoció J. M. de Barandiarán la cueva en 1920, estaba constituida por una galería de unos cincuenta metros de largo, en cuya boca comprobó la existencia de un depósito de más de un metro de espesor, con los siguientes niveles: 1, nivel superficial estéril; 2, nivel de tierra oscura, con huesos de animales, una vértebra humana, varios fragmentos cerámicos y varios pedernales informes; 3, nivel de mayor espesor que los anteriores, con carbones, cantos rodados de arenisca, al parecer utilizados como mazas y compresores, y el conjunto de sílex que se analizará seguidamente; 4, finalmente el corte visible terminaba con un nivel de tierra arenosa amarillenta, con lascas de sílex, sin pieza alguna retocada.

A pesar de esta evidencia estratigráfica, el conjunto del yacimiento queda limitado prácticamente al corto conjunto de sílex procedentes en su mayoría del nivel 3, cuya ordenación tipológica puede hacerse del siguiente modo: láminas sin retocar y retocadas marginalmente; buriles, angular y en truncadura oblícua sobre hoja de retoque marginal; raspadores planos frontales (convexo desticulado, y cortos) y raspador grueso aquillado; puntas y hojitas de dorso rebajado; microlito geométrico (triángulo con retoque en doble bisel); y finalmente una serie de puntas sobre hoja, con subtipos de retoque marginal en un borde, de retoque marginal casi plano en un borde y del mismo subtipo de retoque en ambos bordes (siendo una de éstas últimas de tipo foliáceo).

22. J. M. de Barandiarán, *En el Pirineo Vasco...* 1962, pp. 326-330.

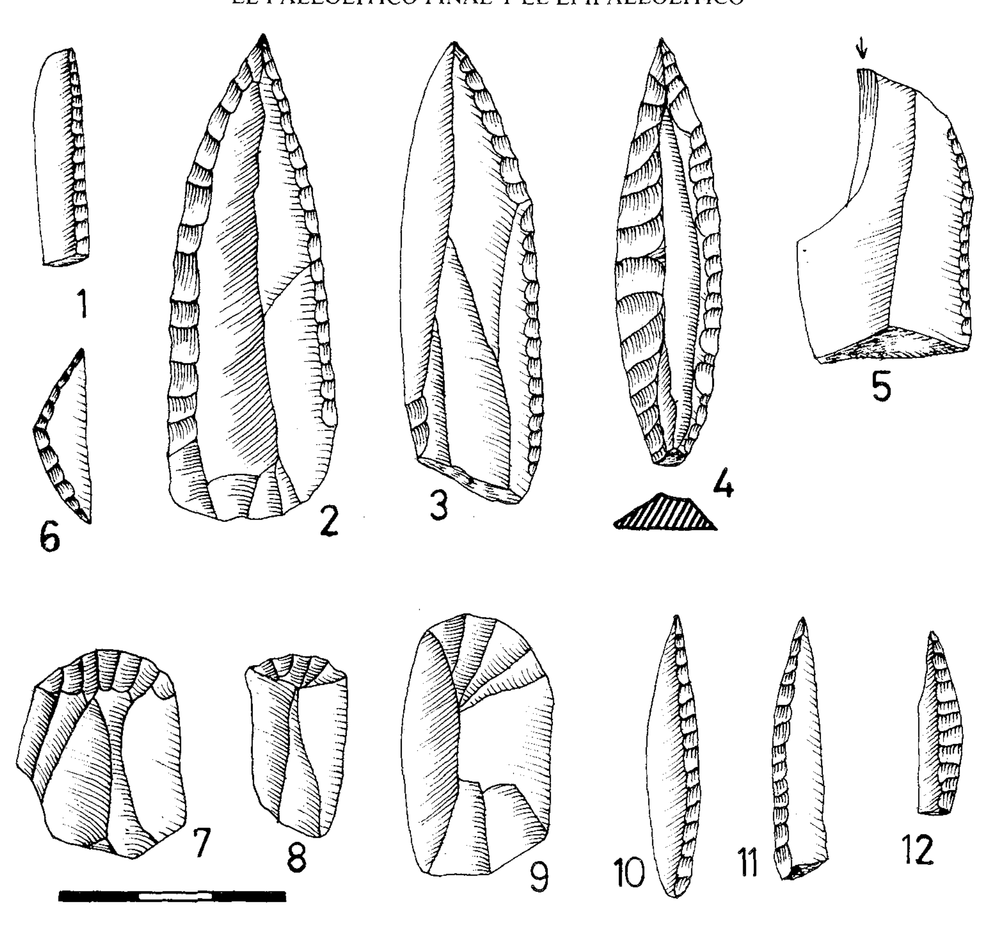



FIG. 69. Cueva de Atabo. Material lítico: puntas sobre lámina (n.º 2 y 4), raspadores (n.º 7, 8 y 9), buril (n.º 5), hojita (n.º 1) y puntitas de dorso (n.º 10, 11 y 12), triángulo de doble bisel (n.º 6). Procede de las excavaciones de J. M. de Barandiarán en 1920 (según J. M. BARANDIARÁN en 1962).

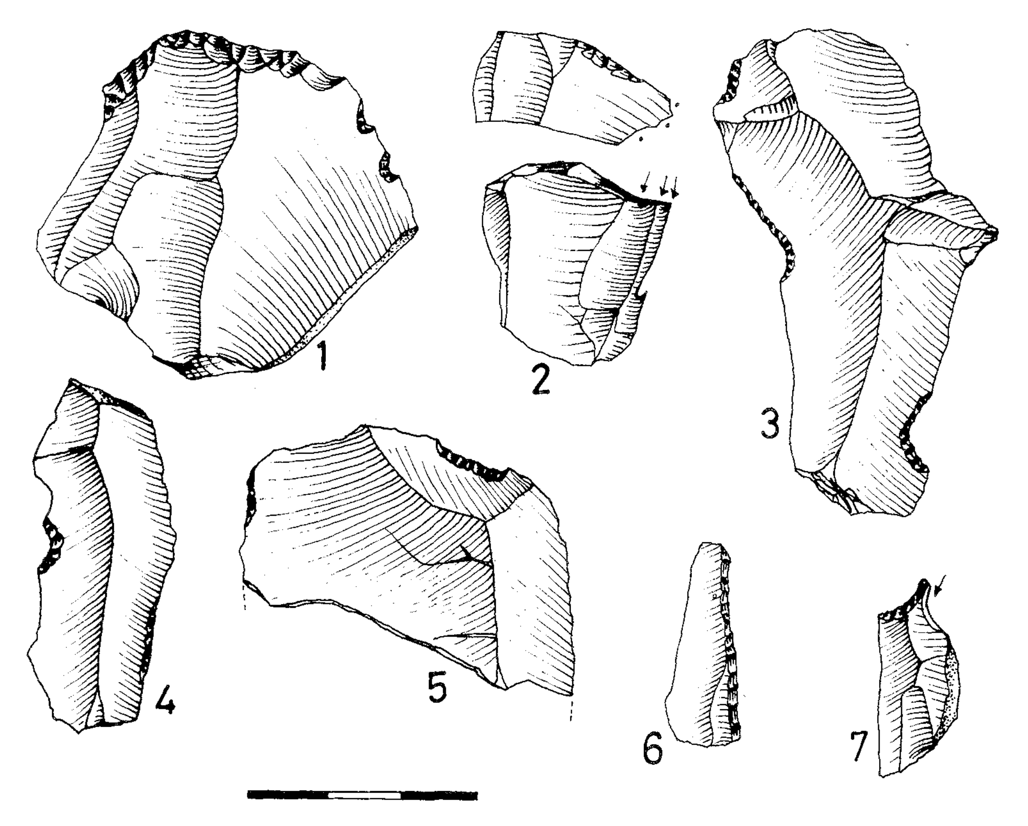



FIG. 70. Cueva de Atabo. Material diverso recogido por M. de Laborde en 1954 (colección en el Museo Municipal de San Telmo; en San Sebastián).

Como valoración de esos niveles y evidencias, señaló José Miguel de Barandiarán el aspecto Aziliense del conjunto de piezas líticas del nivel 3 y el mayor parecido con los ajuares dolménicos de los escasos fragmentos cerámicos y sílex poco característicos del nivel 2. La atribución en cuestión ha sido recogida por diversos autores (por ejemplo, I. Barandiarán y J. M. Apellaniz en sus obras referidas, respectivamente, al Paleomesolítico y a las culturas con cerámica del País Vasco), si bien (así E. Vallespí en alguna ocasión) se había sugerido la posibilidad de encajar ambos niveles (3 y 2) dentro del Eneolítico (aquél acerámico y éste más similar a lo común en ajuares dolménicos).

La posesión ahora de un modelo adecuado de referencia tan expresivo como el de la secuencia de Zatoya nos lleva a acoger con más fuerza el primitivo diagnóstico sobre Atabo, tal como fue expresado por J. M. de Barandiarán. Así aceptamos una aproximación de su nivel 3 al Aziliense (o, si se quiere, a un Epipaleolítico antiguo, no geométrico), en tanto que el 2 (por la aparición en él de la cerámica; por la presencia de alguna punta de flecha de tipo foliáceo; y de un triángulo de retoque en doble bisel, del que dudamos su hallazgo dentro del nivel 3, pues corresponde mejor a un contexto más moderno) nos da más base para pensar que se haya de atribuir a gentes usuarias de elementos culturales del Neolítico y del Eneolítico pleno.

### 9. Cueva de Sorgiñen-Leze (y Akelarren-Leze) (Zugarramurdi)

En aquella misma área local del alto valle del Baztán (con Alquerdi, Berroberria y Lexotoa) se localiza la cueva de Sorgiñen-Leze, de Zugarramurdi, descubierto su yacimiento y dado a conocer por José Miguel de Barandiarán: quien señaló el aspecto Magdaleniense de los materiales líticos recogidos en cata, en la única referencia escrita que hizo a ellos.

En la primavera de 1977 ha sido objeto de una cuidadosa revisión el amplio antro de esta célebre «cueva de las Brujas», por I. Barandiarán[23]. Según la información oral del propio don José Miguel —sobre localización concreta de la zona del yacimiento por él explorada— hemos de confirmar ahora su desaparición total, como consecuencia de diversos trabajos de acondicionamiento del interior de la galería principal de Sorgiñen-Leze.

Sin embargo, localizamos en 1977 en una de sus galerías menores confluentes (la propiamente denominada Akelarren-Leze: aquella que da frente al llamado «prado del Akelarre») residuos de lo que pudo ser un interesante depósito arqueológico (tal como lo detectó en 1935 José Miguel de Barandiarán), hoy altamente menguado por erosión de las aguas y, también por rebuscas y catas incontroladas. En el pobre ajuar recogido y en su depósito se señala la presencia de tres etapas: el nivel superficial I (de 10 cm. de espesor) se atribuirá a época romana Altoimperial, en parte, y también en parte (por evidencias cerámicas) al Bronce genérico; el nivel II (de 20 cm. de espesor) poseedor de algún material lítico, fundamentalmente laminar, de tamaños medianos y pequeños se podría referir al Epipaleolítico.

Descendiendo al detalle tipológico de ese nivel II señalaremos algunos raspadores cortos y pequeños (alguno sobre lámina de bordes retocados), la presencia notable de las piezas de dorso (abrupto profundo o abrupto marginal) y en especial de dos puntitas típicas (de particular peso porcentual en los conjuntos instrumentales del Tardiglaciar: sea Paleolítico final o sea Epipaleolítico) y un solo buril diedro. Dichos caracteres, así como la ausencia de cerámica y de cualquier tipo de geométrico (tanto como de foliáceos de retoque plano) nos inclina a su datación dentro del Epipaleolítico no geométrico, quizá inmediatamente post-Aziliense: es decir, anterior a los 5500 ó 5000 años a. de C., aproximadamente.

## III. VALORACION DE CONJUNTO

### 1. Modos de vida y poblamiento del territorio

Aquellos antiguos grupos humanos tuvieron la oportunidad de seleccionar en el rico conjunto espeleológico del Pirineo navarro y sus estribaciones las cuevas y ambientes más aptos para el desarrollo de sus actividades. Sus lugares más estables de habitación (habitats de invierno, o «campamentos base») se escogerían en aquellas cuevas secas, relativamente amplias y de adecuada orientación para recibir el máximo de luz y de calor solares. También se prefieren los lugares que dominan los valles o zonas relativamente llanas, es decir, los paisajes en que normalmente abundaban las manadas de ungulados

---

23. I. Barandiarán, *Prospecciones arqueológicas en Sorgiñen-Leze...* 1977.

de cuya caza dependían. De aquellos campamentos base, de hábitat más estable o continuo, se destacaban grupos reducidos dedicados a faenas especializadas y temporarias (caza de determinadas especies, de montaña; recogida de mariscos en la costa; búsqueda del sílex).

L. G. Freeman ha señalado[24] que durante el Magdaleniense el cazador paleolítico de la región cantábrica adopta unos esquemas nuevos de caza, bastante complejos, que se mantienen posteriormente: una especialización en las especies de animales que se cazan (el ciervo, normalmente), una selección de los individuos a matar (adultos, sobre todo) y la elección de determinadas partes de la pieza (patas y cabezas) que son las que se llevan al campamento, abandonando el resto en los mismos lugares de la cacería y descuartizado.

Las condiciones extremadamente frías del Würm III y IV, durante el Paleolítico superior (con de 10 a 12° menos en las temperaturas medias con respecto a la actualidad), imponen estrictas limitaciones a la extensión del espacio habitable. En un examen pormenorizado del Paleolítico superior en la Europa del Sudoeste se aprecian tendencias sensibles a ocupar las cuevas de la franja litoral (así las estaciones de la Cornisa Cantábrica) o, cuando se trata de regiones continentales, a no sobrepasar, como techo de la ecumene, las cotas de los 500 metros de altitud. En el modelo «pirenaico» de hábitat del Paleolítico Superior, bien controlado por los prehistoriadores franceses, se constata que sólo a partir del Magdaleniense medio (IV) se produce una especie de «conquista» de la montaña (mejor sería decir de los valles algo próximos a las cumbres pirenaicas), ocupando zonas hasta entonces no frecuentadas por el hombre del Paleolítico Superior: de todos modos los «techos» de ese hábitat (que permanece relativamente estacionario en las etapas posteriores del Magdaleniense —V y VI— y en el Aziliense) sólo en casos excepcionales superan la cota de los 600 metros de altitud (así Massat a 650 metros, o Bédeilhac, a 695)[25].

En un control preciso del Paleolítico Superior vasco señalamos como situación común la de las cuevas de habitación situadas a menos de 30 kilómetros de distancia del litoral, y en altitudes inferiores a los 300 metros sobre el nivel del mar.

El Paleolítico Superior y el Epipaleolítico de Navarra ofrecen casos que, en cierto sentido, extrañan de aquel modelo común: Atabo y Coscobilo se hallan a más de 40 kilómetros de la costa, la cueva de Abauntz a 45 kilómetros de la costa y a 640 metros de altitud sobre el nivel del mar, o la de Zatoya a 900 metros de altitud y a unos 70 kilómetros del litoral cantábrico. La presencia en Zatoya de cazadores en pleno Aziliense sólo se explicaría como de grupos que, procedentes de tierras del otro lado del Pirineo, aprovechan especiales circunstancias de templanza climática (seguramente el interestadio de Alleröd) para dedicarse a tareas de temporada, quizá la captura de individuos juveniles de algunas especies de montaña.

Por otra parte, se señalará que, así como en pleno Paleolítico Superior aquellas limitaciones del hábitat rara vez se superan, con la llegada de la mejoría del tiempo post-würmiense (Epipaleolítico y, sobre todo, en el Neolítico) hay un sensible desplazamiento de poblaciones hacia territorios antes no ocupados, una auténtica colonización de las tierras más interiores y más altas: y así se explicarían los casos de Atabo, de Abauntz y la ocupación post-aziliense de Zatoya.

Los datos del Paleolítico Superior y Epipaleolítico navarro han de ampliarse en los próximos años, según va intensificándose el grado de prospección del suelo provincial. Señalada esa provisionalidad, podríamos esbozar la existencia de varias áreas en que se concentran los yacimientos hoy conocidos; tal concentración puede ser significativa de diversos territorios de ocupación en cuyo interior grupos de cazadores desarrollan ciclos completos de su actividad anual (campamentos, o cuevas, base, y campamentos estacionales), explotando sus recursos e incluso migrando a ritmos constantes de una a otra de las cavidades incluidas en el territorio común[26].

---

24. L. G. FREEMAN, *The Significance of Mammalian faunas from Paleolithic occupation in Cantabrian Spain* (en pp. 3-44 de «American Antiquity», vol. 38, n.° 1, enero 1973), sobre todo pp. 34-35 y 38-40.

25. Véanse los importantes ensayos de L. MEROC (*La conquête des Pyrénées par l'Homme et le rôle de la frontière pyrénéenne au cours des temps préhistoriques*), pp. 33-51, tomo IV, sec. 4, de «Premier Congrès International de Spéléologie», Paris 1953) y de J. CLOTTES (*Le Paléolithique supérieur dans les Pyrénées françaises*, en pp. 69-88 del vol. II, n.° 3-4 de «Cahiers d'Anthropologie et d'Ecologie humaine», Paris, 1974; y *Les civilisations du Paléolithique supérieur dans les Pyrénées,* en pp. 1214-1231 de «La Préhistoire française. Tome I. Les Civilisations Paléolithiques et Mésolithiques de la France», dir. por H. DE LUMLEY, Paris, 1976).

En Belvis (Aude) hay grupos cazadores del Magdaleniense VI a la altura excepcional de casi los 900 m sobre el nivel del mar.

26. Estas ideas se verán expuestas, tanto en su formulación teórica como en aplicaciones regionales, en: C. VITA-FINZI y E. S. HIGGS, *Prehistoric economy in the Mount Carmel area of Palestine: site catchment analysis* (en pp. 1-37 de «Proceedings of the Prehistoric Society», vol. 36, Londres, 1970); E. S. HIGGS y C. VITA-FINZI, *Prehistoric economies: a territorial approach* (en pp. 27-36 de «Papers in Economic Prehistory», Cambridge, 1972); y la reciente síntesis de C. VITA-FINZI, *Archaeological Sites in their Setting* (Londres, 1978).

—*El grupo del Alto Baztán* se concentra en varias estaciones de la cuenca alta del Olabidea-Nivelle a ambos lados de la frontera, en suelo perteneciente hoy a los municipios de Sara (en Laburdi) y de Zugarramurdi y Urdax (en Navarra). Los dos yacimientos más importantes son la gran cueva de Lezia (cuyo depósito, hoy desaparecido, remonta al Perigordiense superior, o Gravetiense, y pudo extenderse por etapas más recientes del Paleolítico Superior) y el covacho de Berroberria (quizá desde el Magdaleniense IV; pero especialmente importante en el Magdaleniense VI, Aziliense y etapas posteriores). Como estaciones de interés secundario (no es buena su orientación o carecen de amplitud; siendo sus depósitos estratigráficos no muy densos), acaso «satélites» de las anteriores, se han señalado la cueva de Lexotoa (Paleolítico superior o Epipaleolítico), el abrigo de Lezia y las cuevas de Sorgiñen-Leze, Faardiko-Lepo y Uriogaina (todas con evidencias del Epipaleolítico post-aziliense, no geométrico). La cueva de Alquerdi (próxima a Berroberria) es, por el momento, el único santuario parietal del grupo. Las gentes de este territorio de caza del Alto Baztán es probable que se relacionaran con quienes ocupaban la costa (a menos de 14 kilómetros de distancia) en varios yacimientos al aire libre que se han detectado en el Bajo Adour en el litoral entre éste y el Bidasoa. Incluso se han determinado (en la cueva de Lezia) instrumentos fabricados en las mismas variedades de sílex que algunos hallados en estas estaciones de poblamiento al aire libre en la costa.

—*El grupo de la cuenca alta del Araquil y de la del Agaunza.* En él se deben incluir cuatro cuevas no muy distantes entre sí: las dos guipuzcoanas (en término de Ataun) de Pikandita y Usastegui (con indicios del Aziliense y del Perigordiense superior) y las de Atabo y Coscobilo en la Barranca navarra. Por desgracia no se poseen suficientes datos estratigráficos (salvo de Atabo), o se ha producido ya su desaparición definitiva, como para esbozar cualquier explicación de la extensión del hábitat superopaleolítico en este territorio que, sin duda, debió ser ocupado en otras varias cuevas no conocidas.

—*la cueva de Abauntz* queda aislada, en la Ulzama.

—*la cueva de Zatoya,* en la que se dio una ocupación temporaria a fines del Würmiense (en los inicios del Azilense) por su cronología muy alta, por algunos caracteres tipológicos y por su proximidad geográfica podría ser relacionada con el territorio transpirenaico del bosque de Arbailla (en Zuberoa). Se conocen aquí algunas estaciones muy importantes de ocupación (la cueva de Gatzarria, con un hábitat continuado desde el Musteriense hasta el Perigordiense final; la de Hareguy, del Solutrense) y tres «santuarios» de gran interés (Sinhikoleko-Karbia, Etcheberri, Xaxixiloaga). Aunque no conocidos aún los lugares de habitación en el Magdaleniense, deben ser de entonces las figuras trazadas en las paredes de estas tres cuevas. La cueva de Zatoya se encuentra a 30 kilómetros de distancia de ese grupo de Arbailla, intermediando las montañas de la Alta Zuberoa y el frente de la sierra de Abodi. Como hipótesis sugeriríamos el camino del portillo del Irati que, por altitudes no superiores a los 1200-1100 metros, permitiría —en circunstancias climáticas especiales— el desplazamiento desde la cuenca del Larrau-Mauleón (donde se ubica el grupo de Arbailla) de los grupos que se establecían en Zatoya durante las temporadas más templadas del interestadio de Alleröd.

## 2. El proceso del Paleolítico Final al Epipaleolítico en Navarra

Sobre las bases documentales actualmente disponibles no es demasiado lo que hoy se pueda afirmar sobre este Paleolítico Superior Final y sobre el Epipaleolítico navarros: si bien el futuro inmediato augura nuevas informaciones decisivas en la línea de la importantísima reunida en los tres últimos años (en Zatoya, en Abauntz y en Berroberria).

Sin duda, que lo primero que se plantea es el vacío de documentación en la provincia desde el horizonte Gravetiense y posiblemente Solutrense detectado en la industria lítica de Coscobilo, hasta el Magdaleniense avanzado y final, especialmente concentrado en el Alto Baztán, en un *hiatus* temporal que puede alcanzar los cinco milenios (del 17.000 ó 15.000 hasta el 12.000 a. de C., en aproximaciones didácticas), del que no hay por ahora testimonio alguno de atribución fundamentada en todo el territorio navarro.

En la interpretación de ese fenómeno, aunque en rigor sólo podríamos aceptar que se trata de un vacío de conocimientos, nuestra impresión es la de que la falta de localización podría ser el reflejo también de una escasez real de yacimientos en buena parte de esta área; lo que la convertiría casi en

---

El único ensayo de esos temas sobre el Paleolítico Superior de la Cornisa Cantábrica, concretamente del Magdaleniense, con referencias al conjunto de yacimientos vascos se verá en *Tipos de hábitat en el Magdaleniense cantábrico*, de P. Utrilla (en pp. 7-17, de «Estudios del Seminario de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua», tomo III, Zaragoza, 1977) cuyas ideas aquí ampliamos y concretamos.

desierto humano, con la presencia posible, y esporádica, de algunos grupos que hasta ahora no han sido localizados. En ese sentido, indicaremos que en la Cuenca Media del Ebro (que creemos conocer bien) se ha de afirmar un amplio vacío de presencia humana desde el Paleolítico Medio hasta el Epipaleolítico.

a. *El Magdaleniense*

A los primeros tiempos del Magdaleniense (I, II, III) no es posible atribuir, con fundamento, ninguno de los testimonios navarros aducidos en este capítulo, hasta el Magdaleniense Medio (IV), al que podrían referirse los grabados parietales de la cueva de Alquerdi, y quizá el primer momento de ocupación de la de Berroberría (nivel G, de las excavaciones de 1977), y el seguro Magdaleniense Final (VI) de esta misma cueva (horizonte IV; o niveles E de 1977). Ni Sorgiñen-Leze (por el «aspecto» magdaleniense de los materiales observados en prospección), ni —mucho menos— Lexotoa y los restos industriales de la propia Alquerdi, o los indicios de la cueva de Sierra de Alaiz, permiten su atribución actual a esos períodos del Magdaleniense anteriores a una etapa avanzada y final (V o VI). Lo mismo podría afirmarse del conjunto de superficie del término de Echauri (que no hemos podido revisar) cuyo carácter magdaleniense, de serlo, habría de ser interpretado en cuanto campamento temporal de verano —al aire libre—, en un recodo del río Arga: y se explicaría sólo desde el poblamiento magdaleniense de la zona vasca oceánica y en relación con el progresivo aumento demográfico y dinamismo de los grupos densificados del Magdaleniense Superior y Final (pero todo ello no pasa de ser una hipótesis, que habrá que comprobar). Los datos poseídos sobre el nivel inferior (el e) de la cueva de Abauntz no resultan suficientes como para decidirnos por su precisa calificación: sin desentonar en el Paleolítico Superior, pueden —en general— atribuirse a ese mismo Magdaleniense avanzado.

De este modo, el Magdaleniense en Navarra queda reducido por ahora a sus etapas finales (a partir, aproximadamente, de los 12.000 a. de C.), confinándose en el Alto Baztán, en plena situación climática oceánica: ahí el Magdaleniense Final es la única etapa debidamente definida. Como indicábamos, carecemos de suficientes elementos de juicio para pretender más precisiones del resto de yacimientos citados (colecciones de Echauri, Lexotoa, referencias a Sorgiñen-Leze, escasos restos del nivel e de Abauntz...).

b. *El Aziliense*

En Berroberría al horizonte del Magdaleniense VI (el nivel IV) sucede sin solución de continuidad el atribuido al Aziliense (el III). Más aún, en nuestra comprobación estratigráfica de 1977 hemos apreciado que uno y otro se desarrollan en inmediata contigüidad y en un medio sedimentológico muy similar (aquél en E, éste en D inf.). Ello significa una perduración local del mismo poblamiento del Magdaleniense Final y, por otra parte, una suerte de evolución —sin ruptura sensible— de los mismos modos de vida y de los utillajes en el llamado Aziliense: constatación hoy común a cuantos se han dedicado a estudiar el proceso Magdaleniense Final— Aziliense en la Cornisa Cantábrica, en el Pirineo Occidental y en yacimientos centrales de la vertiente septentrional de la Cordillera. Del Aziliense tenemos, pues, en Navarra las evidencias seguras de Berroberría (horizonte III; nivel D inf.) y del momento inicial de ocupación de la cueva de Zatoya (nivel II inf. y medio).

c. *El Epipaleolítico postaziliense*

Las secuencias de evolución interna del Epipaleolítico (=Mesolítico) postaziliense al Neolítico no son numerosas en el Pirineo Occidental. Creemos que, por el momento, el caso de Zatoya es el de más rico efectivo instrumental y el que —a pesar de su más inmediata relación de dependencia de focos culturales transpirenaicos— puede servir de excelente modelo a lo que sucedió en esta vertiente y, en general, en la inmediata Cornisa Cantábrica. Así como se conocen casos relativamente numerosos de la superposición de estratos del Neolítico (Neolítico «puro» o, si no «Neo-Eneolítico») sobre otros del Aziliense (sin que aparentemente intermedie —o no se haya podido definir— estrato alguno distinto) (así, por ejemplo, en las cuevas de Urtiaga, de Lumentxa, de Ermittia, entre otras muchas), son escasos —y no excesivamente ricos— los yacimientos que, entre el Aziliense y el Neolítico pleno, ofrecen interestratificado algún depósito arqueológico que colme ese *hiatus* de varios milenios. Entre estos casos de más interés para conocer el desarrollo del Epipaleolítico postaziliense hemos de retener las evidencias estratigráficas de la cueva de Arenaza I (en Vizcaya, en San Pedro de Galdames: en curso de excavación y de publicación de conjunto)[27], de la de Aitzbitarte IV (en Guipúzcoa, en Rentería: con un

27. Como avances, se han publicado por J. M. APELLÁNIZ y J. ALTUNA: *Excavaciones en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya). Primera campaña, 1972. Neolítico y Mesolítico final* y *Memoria de la II campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)* (en pp. 121-154 y 155-181 de «Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria», tomo 4; Madrid, 1975).

nivel Ib, Aziliense, y otro encima, Ia «Mesolítico» pobre), de la de Santimamiñe (en Cortézubi, Vizcaya), de la de Ekain (en Deva, Guipúzcoa), de la Marizulo (en Urnieta, Guipúzcoa) y del abrigo del Montico de Charratu (en el Condado de Treviño). En Navarra se cuenta con los casos de Berroberria (según hemos controlado, en 1977, en sus niveles D y C: aún no suficientemente personalizables) y de Zatoya.

En Montico de Charratu, situado en Albaina (en plena vertiente del Ebro alavés), su medio climático (subcontinental semiárido o «mediterráneo continentalizado) lo condiciona por el momento en situación de un *unicum* ecológico en el panorama hasta ahora conocido del hábitat postaziliense del País Vasco. Pensamos que en él tenemos un buen paradigma de los modos de vida y técnica de algunos grupos humanos que —destacados del Aziliense (o bien de un Epipaleolítico genérico) de la costa— comenzaron a poblar estas tierras interiores, y acaso pueden explicar el origen (o relaciones de convergencia, cuando menos) de algunas de las estaciones inmediatamente posteriores al aire libre (de los llamados «talleres»), que abocarán en la neolitización. En Montico de Charratu —y sobre la base de un efectivo instrumental reducido— parece poderse señalar una evolución que va del Epipaleolítico (niveles VI, V y IV) al Neolítico cerámico (nivel III), en varios rasgos[28]: los tipos de tradición paleolítica (raspadores, buriles...) se reparten uniformemente por todo el espesor del yacimiento, abundando los raspadores de modo especial en el Epipaleolítico más antiguo (nivel VI: 48,1 %) y siendo siempre muy escasos los buriles; los denticulados, también constantes en toda la secuencia, aumentan en el Epipaleolítico final (nivel IV) y a la llegada del Neolítico (III); las laminillas de dorso ofrecen una brusca reducción con el Neolítico (en el nivel VI son el 22,22 %, en el V el 20,00, en el IV el 37,5 %, descendiendo en el III, Neolítico, al 8,57 %), algo similar a lo observado con las láminas de dorso (que sólo aparecen, y en gran proporción, desde el nivel V, con el 32,00 del efectivo, para disminuir en el nivel IV al 18,75 % y en el Neolítico —nivel III— al 5,71 %); por fin, mientras que algunos útiles macrolíticos (raspadores sobre lascas grandes, grandes raspadores nucleiformes) son exclusivos de los inicios del Epipaleolítico de Montico (nivel VI), la geometrización será exclusiva del nivel Neolítico (con un 14,28 % del utillaje) y en los estratos más recientes, tal como se aprecia en la secuencia de Zatoya.

En cierto modo, otra evolución similar, si bien en un medio paisajístico plenamente oceánico, se produce en la cueva vizcaína de Santimamiñe, donde después de una muy importante sucesión de estratos del Paleolítico Superior (niveles VIII a VI), existe un Aziliense (nivel V) y tres niveles más en los que se pueden percibir formas de evolución *in situ* desde un Epipaleolítico postaziliense «no cerámico» (nivel IV) al Neolítico cerámico (III) y al Eneolítico (II). Su caracterización particular se sintetiza así, en opinión de A. Cava[29]: en la evolución de los niveles IV a III «la presencia de la cerámica no influye de modo alguno en la evolución, equilibrio ni proporciones del conjunto de instrumentos de piedra tallada» que mantienen en esos niveles una casi total identidad; en ambos niveles es muy fuerte el peso porcentual de los instrumentos de sustrato (aquellos de ascendencia tipológica o técnica en el Paleolítico Superior); los raspadores suponen siempre el efectivo más numeroso, desde el Postaziliense al Eneolítico (nivel IV, 27,9 %, nivel III, 28,21 %; nivel II,32,20 %), dominando siempre los tipos sobre lasca a los sobre lámina; se aprecia una disminución progresiva de los buriles (13,8 % en el IV, 11,24 en el III, 4,66 en el II) similar a la que se observa en las laminillas

---

28. El Montico de Charratu fue excavado en 1965 y 1966 por J. M. DE BARANDIARÁN, quien dio cuenta puntual de sus resultados en *Excavaciones en el Montico de Charratu (Albaina). Primera campaña, 1965* y *Excavaciones en el Montico de Charratu y en Sarracho, 1966* (en «Estudios de Arqueología Alavesa», respectivamente, pp. 41-59 del tomo 1, 1966, y pp. 7-20 del tomo 2, 1967; Vitoria). Una amplia reconsideración de sus materiales se debe a A. BALDEÓN en *Los niveles sin cerámica del Montico de Charratu (Condado de Treviño)* (pp. 7-110 de «Dos estudios sobre Prehistoria del País Vasco», Universidad de Deusto, 1974).

Las reflexiones que hacemos líneas arriba de las industrias del Montico descansan sobre el cómputo estadístico de materiales líticos tallados realizado por A. CAVA, quien amablemente nos lo ha proporcionado para su exposición en *Azilien et post-Azilien*... 1979, de I. BARANDIARÁN.

29. A. CAVA, *La industria lítica de los niveles postazilienses de Santimamiñe* (pp. 53-73, de «Sautuola», vol. I; Santander, 1975).

La cueva de Ekain (en Deva, Guipúzcoa) ha sido excavada por J. M. DE BARANDIARÁN y J. ALTUNA, entre 1969 y 1975 (*Excavaciones en Ekain. (Memoria de las campañas 1965-1975*), en pp. 3-58, «Munibe», tomo XXIX, n.° 1-2; San Sebastián, 1977; ofreciendo una muy importante (con numerosísimos efectivos líticos) secuencia desde el Magdaleniense Final, por el Aziliense (que se diferencia en tres «períodos»: el del nivel V, más típico; el del nivel IV, fechado en su base en los 7510+—185, y que ya posee algunos *Helix*; y el del nivel III, «tardío» en que comienza a darse el elemento geométrico), a un «Neolítico precerámico» (nivel II: con algún animal doméstico). Sucesión cultural que ha de proporcionar un muy interesante punto de referencia para estructurar la evolución interna del Epipaleolítico vasco.

De la cueva de Marizulo, con efectivo escaso, ha expresado A. CAVA (*El depósito arqueológico de la cueva de Marizulo (Guipúzcoa)*, en pp. 155-172, de «Munibe», tomo XXX, n.° 4, San Sebastián, 1978) el proceso de paso desde un Epipaleolítico post-Aziliense (en sus niveles inferiores, IV y III, con abundantes *Helix nemoralis*) a un momento de transición hacia lo Neolítico arcaico (nivel II, aún sin cerámica, pero con algún indicio de domesticación) y al Neolítico pleno (ya cerámico, con algún geométrico, en el nivel I: que contiene también elementos culturales posteriores, del Eneolítico y más recientes).

de dorso (que suponen el 10,44 % en el nivel IV, y son 7,23 % en el nivel Neolítico cerámico, y sólo 3,81 % en el II, Eneolítico); por fin, la geometrización supondrá una débil intrusión (el 2,23 % en el nivel IV, el 3,61 en el III), procedente con probabilidad de las fases avanzadas y finales del Tardenoisiense francés.

En la misma línea de evolución sugerida en las secuencias de Montico de Charratu y de Santimamiñe, las colecciones líticas de Zatoya permiten perfilar mucho más exactamente (pues son mayores sus efectivos) un modelo de la evolución tecnológica de quienes poblaron el Pirineo Occidental desde la terminación de la glaciación Würmiense hasta el período climático Atlántico avanzado (en términos culturales, desde el Epipaleolítico al Neolítico final). La información de Zatoya se debe abordar teniendo presentes las condiciones específicas de quienes la ocuparon: como lugar de hábitat de montaña dedicado a la caza en estaciones favorables, a partir del Alleröd y durante el Dryas III, en el Preboreal y Boreal, hasta el Atlántico (que es cuando ofrecerá, en la cerámica, los primeros indicios de «neolitización»).

Resumiendo y conjugando las informaciones arqueológicas (tipología lítica, aparición de la cerámica) con las sugestiones climatológicas (sedimentología, fauna) y con las dataciones absolutas obtenidas es posible ofrecer un esquema aproximado de las etapas en que se produjo la presencia del hombre prehistórico en la cueva de Zatoya, en cuatro ocasiones diferentes:

1. La primera, aprovechando —en las postrimerías de la glaciación würmiense —un período de notable atemperación del clima, el interestadio de Alleröd, tiene lugar aproximadamente entre los 9900 y los 9000 años a. de C. (como límites extremos de la etapa de ocupación), por gentes que, procediendo sin duda de estaciones del otro lado del Pirineo, se han de referir a la cultura Aziliense. A ella corresponden los testimonios depositados en el nivel III (muy escasos) y en la mayor parte del llamado nivel II (II inf. y II medio).
2. La segunda se fecharía por los años 6500 a 6000 a. de C. y se muestra en los restos procedentes del tramo superior del nivel II y en el Ib. Sus ocupantes, dedicados a la caza, participan de elementos culturales atribuibles genéricamente al Epipaleolítico, con leves notas de geometrización; el clima, ya templado y relativamente húmedo, puede corresponder al período Boreal (y quizá a fines del Preboreal).
3. La tercera (separada de la precedente por un horizonte estalagmítico estéril), ya en período Atlántico, conoce la novedad arqueológica de la aparición de la cerámica; si bien quienes viven ahora en Zatoya hacen pervivir (a pesar de ese leve indicio de lo neolítico) los mismos ajuares y técnicas y hasta los modos de subsistencia (fundamentalmente cazadores) de quienes les habían precedido en la ocupación de la cueva. En la industria lítica, el porcentaje de lo geométrico (un 16,15 %) se revela el más alto de cualquiera de las estaciones contemporáneas hasta ahora conocidas en el tercio septentrional de la Península Ibérica, sugiriéndonos su más inmediata dependencia de modelos ultrapirenaicos (una facies de lo Tardenoisiense). La única muestra fechada de este nivel se data entre los 4500 y los 4000 años a. de C.
4. Por fin, y en etapas posteriores (del Eneolítico o del Bronce Pleno, posiblemente) se utilizó el interior de Zatoya para el depósito de cadáveres.

El conjunto del nivel III de Atabo puede atribuirse al Aziliense o a un Epipaleolítico genérico (no geométrico), lo mismo que el nivel II de Akelarren-Leze (en prospección de 1977): sus escasos efectivos líticos se aclaran, y definen mejor, en el contexto de los recogidos en la parte media y superior del nivel II de Zatoya.

## 3. El contexto regional

Todo el Alto Baztán, en la vertiente de aguas al Cantábrico (por las cuencas del Nivelle-Olabidea), y en general el extremo Occidental del Pirineo (la «depresión» vasca) en que se incluye, ofreció particulares condiciones óptimas de paisaje y ecología para acoger grupos de cazadores en las etapas finales del Paleolítico: su moderada altitud, su relativa proximidad al mar, la benignidad de su clima en la liquidación del Würmiense... En derredor del Alto Baztán, y a menos de 35 kilómetros de distancia, se sitúan yacimientos de esa época tan importantes como los de las cuevas de Isturitz y

Haristoi (en Isturitz, Saint-Martin d'Arbéroue; en Benabarre), de Torre (en Oyarzun, Guipúzcoa) y de Aitzbitarte (Rentería; Guipúzcoa)[30].

Ese foco local de Urdax-Zugarramurdi, sin contexto arqueológico por ahora seguro en todo el resto del territorio navarro, corresponde al denso poblamiento del Magdaleniense Final franco-cantábrico, abundantemente representado, tanto en el Departamento de Pirineos Atlánticos como en Guipúzcoa y Vizcaya. En el mismo sentido, las manifestaciones artísticas de Alquerdi (para lo parietal) y de Berroberria (en arte mueble), sin ser de categoría primordial, ofrecen su interés y deben ser interpretadas en el contexto amplio del Paleolítico Superior pirenaico-occidental, en que se conocen algunos «santuarios» rupestres (como los guipuzcoanos de Ekain y Altxerri, o el vizcaíno de Santimamiñe) y conjuntos de arte mueble (como el excepcionalísimo de Isturitz, y particulares manifestaciones de Torre, Ekain, Urtiaga o Haregüy) de muy particular calidad.

Las culturas del Paleolítico Superior tienen su normal perduración en las que se han englobado en el término de Epipaleolítico y, cuando se producen evidentes caracteres de «transición» hacia el Neolítico, en el de Mesolítico.

El fin de los tiempos glaciares se caracterizó por diversas oscilaciones breves en que el frío se muestra progresivamente en desaparición. Es entre los 10.000 y los 9500 a. de C. cuando, en estaciones del Norte del Pirineo, se ha detectado un progresivo aumento de las formaciones boscosas, coincidiendo con la oscilación de Alleröd: si bien en la inmediata posterior del Dryas III se produciría una nueva, y última, intensificación del régimen frío. Por entonces es frecuente en estaciones pirenaicas francesas la aparición de modos culturales propios del Aziliense (la primera modalidad importante del Epipaleolítico zonal), si bien su arraigo en la mayor parte de los yacimientos del área cantábrica se atrasaría aún unos mil quinientos años. En la Prehistoria navarra —por la variedad paisajística de su territorio— poseemos, precisamente, modelos de ambas situaciones de Aziliense en desfase cronológico. Mientras que el Aziliense de Berroberría habrá de ser entendido y explicado en el contexto ambiental, tecnológico y cronológico de las estaciones guipuzcoanas y vizcaínas y, más genéricamente, de la Cornisa Cantábrica (produciéndose por los años 9000 al 7500), el Aziliense de Zatoya ha de relacionarse inmediatamente con el de las estaciones del Pirineo central en su vertiente septentrional (y remonta ya a los 9900 a 9000 a. de C.)[31].

Cambiadas profundamente las condiciones básicas de climatología y de paisaje (vegetal y animal), al concluir el Paleolítico superior (la glaciación würmiense), las poblaciones cazadoras concentradas en el extremo nordoccidental del territorio, esforzándose por adaptarse a la nueva situación, continuarán manteniendo aún durante tres o cuatro milenios, al menos, sus modos de vida y lo esencial de sus técnicas de explotación del medio y de su instrumental. Según constantes bien determinadas en la génesis y evolución de las culturas de zonas montañosas[32].

Acabada la última glaciación se ha controlado en múltiples yacimientos pirenaicos la presencia y rápida multiplicación de caracoles terrestres (normalmente de la especie *Helix(Cepaea)nemoralis)* que, en masas numerosas, acompañan los depósitos arqueológicos. En la famosa cueva pirenaica de Mas d'Azil se aprecia que el *Helix* aparece en la etapa inmediatamente posterior al Aziliense clásico. Se ha comprobado, en otros muchos lugares, su primera presencia en el Preboreal y su gran abundancia desde los inicios del Boreal. En Berrobería y en Zatoya resulta también de este modo.

Este período Epipaleolítico post-Aziliense encuentra, como antes se indicó, su adecuada expresión en la sucesión de niveles de Zatoya, que deberán ilustrarse con las evidencias de Santimamiñe (como modelo en un ambiente oceánico) y del Montico de Charratu (en situación climática continentalizada).

La débil aparición, a su final, de elementos geométricos prenunciará el próximo Neolítico, en que estos instrumentos alcanzarán proporciones más elevadas (sin ser tan altas como en las estaciones transpirenaicas), apareciendo entonces las primeras cerámicas.

---

30. Véase *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental...* 1967, de I. BARANDIARÁN, con referencias a todos esos yacimientos; a los diez años de aquella recopilación debe ya corregirse afortunadamente, a base de nuevos planteamientos y colecciones nuevas, alguna de las conclusiones entonces emitidas.

31. Las dos más recientes valoraciones de conjunto del Aziliense vasco se verán en *Les industries du Tardiglaciaire des Pyrénées Atlantiques et du Guipuzcoa* (en pre-publicación del Coloquio «La fin des Temps Glaciaires en Europe», tomo II; Burdeos, 1977) de G. MARSAN, y en *Azilien et post-Azilien...* 1979, de I. BARANDIARÁN.

32. Así se ha afirmado que, refiriéndose al Pirineo, «la montaña, desde el punto de vista cultural tiende siempre al conservadurismo... En las culturas montañesas hay siempre un matiz arcaizante y una tendencia a la perduración de las formas de cultura tradicionales» (F. JORDA, *El Pirineo en la Prehistoria,* «Caesaraugusta», vol. 11-12, pp. 18; Zaragoza, 1958).

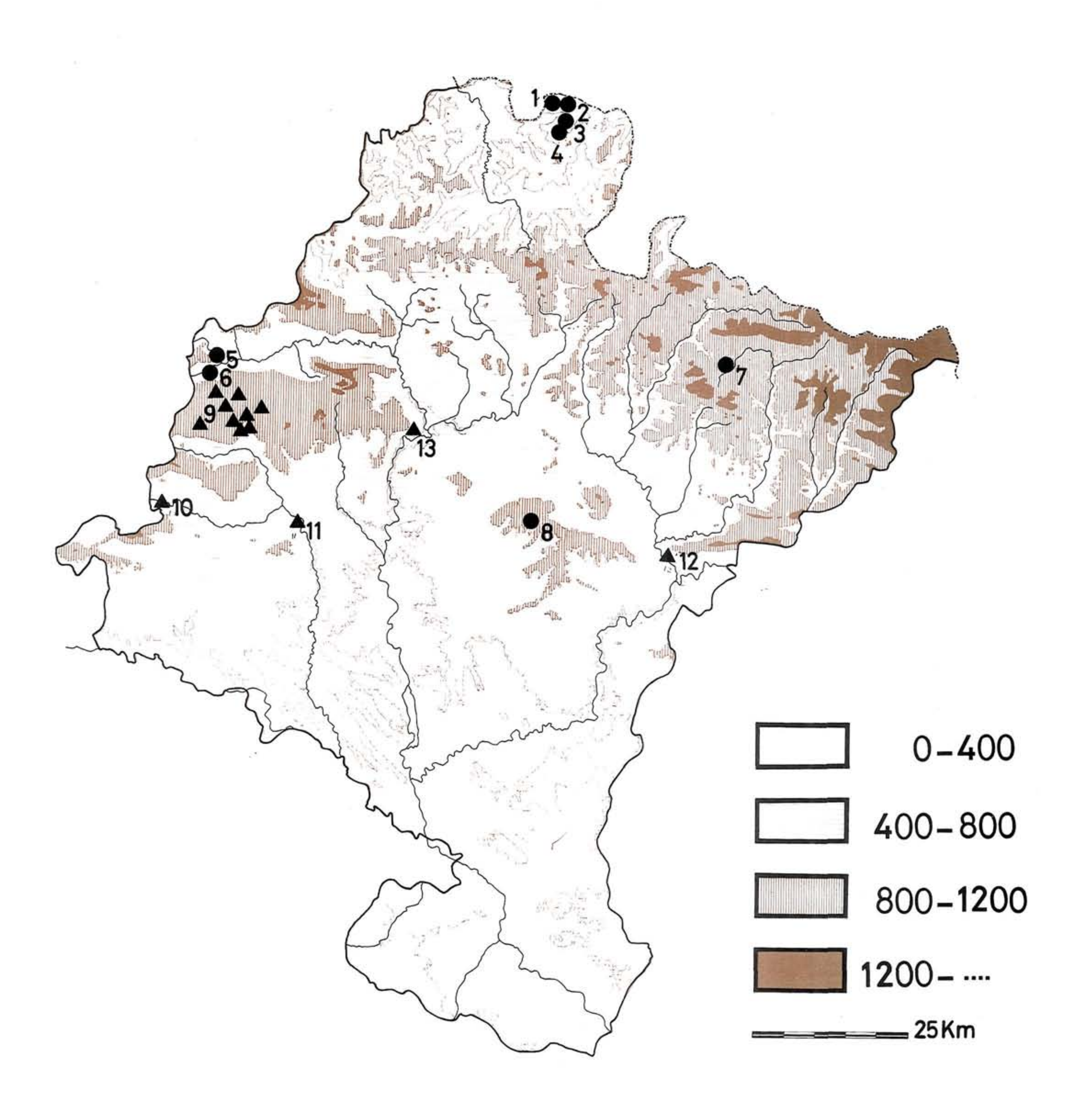



FIG. 71. Mapa de situación de estaciones del Paleolítico y Epipaleolítico en Navarra. Se indican con un triángulo los yacimientos al aire libre y los hallazgos sueltos, y con un círculo, las cuevas de habitación. 1: cueva de Lexotoa, 2: cueva de Sorgiñen-Leze (y de Akelarren-Leze), 3: cueva de Alquerdi, 4: covacho de Berroberria, 5: cueva de Atabo, 6: cueva de Coscobilo, 7: cueva de Zatoya, 8: cueva de la Sierra de Alaiz, 9: estaciones al aire libre de la Sierra de Urbasa, 10: hallazgos de Zúñiga, 11: hallazgo de Estella, 12: hallazgos de Lumbier, 13: hallazgos de Echauri.

# CAPITULO 6

# MANIFESTACIONES DEL NEOLITICO, ENEOLITICO Y EDAD DEL BRONCE EN NAVARRA

## I. PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO

### 1. Periodización y secuencia del Neolítico y de la Edad del Bronce

El período Neolítico ha sido calificado de «Revolución» y lo sería en sus zonas genéticas propias (el Próximo y parte del Medio Oriente) y en lugares cercanos a ellas del área circummediterránea: pues ahí se produjeron innovaciones trascendentes en la Historia de la Humanidad, con ritmos de cambio bastante bruscos, en procesos muy acelerados. Algunas de estas innovaciones afectaron a los modos de control más directo de las fuentes de producción de alimentos (por la domesticación de algunas especies, y por la práctica de la agricultura), en tanto que otras son de índole tecnológica (aparición de la cerámica, desarrollo del trabajo de pulimento en la piedra, especialización de instrumentos dedicados a actividades de recolección agrícola, de molienda de cereales, o de explotación forestal,...). Desatándose, al mismo tiempo, cambios más esenciales en los modos de vida y en la conformación de los grupos sociales: una sedentarización progresiva de las colectividades humanas, la aparición de las primeras comunidades rurales y urbanas, y un sensible aumento demográfico.

Cuando la suma de todos esos caracteres, o síntomas, es apreciable en un territorio concreto es cuando en un sentido real pudiera afirmarse su incorporación a la cultura del Neolítico. En ese sentido, habrá que aceptar que en la Prehistoria navarra, y en la de una amplia zona aledaña, se produjo una muy lenta transición de las formas de vida paleolítica a las nuevas (pastoriles y agrícolas) y que sólo ya muy tardíamente (acaso cuando en zonas lejanas del Mediterráneo oriental se puede asegurar el arraigo de las técnicas y de las estructuras sociales y culturales de la plena Edad del Bronce) culminó aquí aquel lento proceso de neolitización. Por ello parece que hemos de afirmar, para cubrir esos varios milenios de nuestra Prehistoria, no etapas o estadios bien diferenciables (con claros «saltos» progresivos en sus ajuares y evidencias de estructuras) sino más bien un *continuum* cultural en que las formas de vida de raíz paleolítica (Epipaleolítico o Mesolítico) se solapan con aisladas innovaciones propias del Neolítico, progresando y continuándose éste insensiblemente hasta la plena Edad del Bronce.

El amplio período que consideraremos en los capítulos 6 y 7 se desarrolla en dos ambientes climáticos diferentes: en el período Atlántico (aproximadamente entre los 5500 y los 3000 años a. de Cristo) y en el Subboreal (de los 3000 a los 750), cubriendo así casi cinco milenios de Prehistoria.

Durante el período Atlántico se produce en el litoral mediterráneo peninsular la extensión de los modos de vida propios del Neolítico. La introducción de sus elementos de cultura en las zonas más alejadas de aquellos focos levantinos (más próximos éstos a las áreas genéticas de lo neolítico, en el Próximo Oriente) se irá demorando. En el Pirineo Occidental y en la inmediata Cornisa Cantábrica no

parece que pueda hablarse de un cierto arraigo del Neolítico pleno en fechas anteriores a los 3500 años a. de C.; en tanto que en yacimientos valencianos y andaluces existen dataciones por el radiocarbono que se extienden al milenio anterior (entre aproximadamente 4500 y 4000 a. de C.). Las únicas fechas absolutas que poseemos para esta franja septentrional de la península (el nivel I de la cueva guipuzcoana de Marizulo, en Urnieta, dio los 3.335+—65 años a. de C.; en tanto que en el labortino de Mouligna elementos neolíticos se dataron en los 3810 y los 3600+—150 a. de C.) apoyan esas fechas generales de mediados del cuarto milenio; aun cuando elementos particulares dentro del amplio repertorio de síntomas de lo Neolítico (pero no los cambios sustanciales que caracterizan su «revolucionaria» trasformación de los modos de vida) se hayan detectado, aislados, antes (así la fecha de los 4370+—280 a. de C. para el nivel I de Zatoya, con algún fragmento de cerámica).

Dentro del Subboreal se produce el desarrollo de la Edad del Bronce. La transición del Neolítico al Bronce Antiguo habrá de situarse en Navarra a partir de los 2750 años a. de C.: en la cueva alavesa de Los Husos dio su nivel IIIb los 2780+—110 a. de C. Y ya se puede concretar el Bronce Antiguo, o Eneolítico, por los 2000 a los 1750 (Los Husos, con el 1970+—100 a. de C.). El Eneolítico se prolongará en un Bronce Pleno, insensiblemente: acaso produciéndose entonces un desplazamiento de las formas de cultura Eneolítica desde la Ribera —en Alava, en Navarra o en Logroño— hacia tierras más altas de alrededor, arraigando aquí en fechas más recientes. Todo ese mundo Eneolítico-Bronce, dedicado al pastoreo y ampliamente representado en sus sepulturas megalíticas, se prolongará de modo insensible hasta la transición al primer milenio antes de Cristo. Sólo entonces diversos indicios permitirán referirnos a un Bronce Final que sirva de sustrato a las poblaciones que desarrollen culturas propias del inmediato Hierro I.

Así, y en una situación de continuidad —muy difícilmente periodificable—, habremos asistido en la Prehistoria de Navarra a la sustitución de las formas de vida cazadoras y recolectoras por las pastoriles y agrícolas; de las comunidades no sedentarias habitantes en cuevas y abrigos a aquellas que se sedentarizan agrupándose en aldeas y poblados. En tal proceso monótono y lento, sólo la aparición de contados elementos de cultura material (los llamados «fósiles directores») permitirán al arqueólogo afinar en una calificación concreta (dentro del Neolítico o de la Edad del Bronce: y de sus períodos internos), que creemos habrá de ser tomada siempre con cautela; pues resulta, tantas veces, producto del excesivo tipologismo que matiza a menudo el quehacer histórico del arqueólogo.

## 2. Neolítico y Edad de Bronce en la Prehistoria navarra

En la historiografía arqueológica regional hay una serie de viejas atribuciones al Neolítico, de hallazgos sueltos de prospección inicial de algunos yacimientos y hasta de manifestaciones concretas (como en el caso dolménico), que han sido superadas por las modernas posturas interpretativas: aunque en ciertos casos concretos han podido quedar con imprecisión en las referencias bibliográficas. De modo genérico se atribuían al Neolítico los hallazgos sueltos de hachas pulimentadas, que, en su mayor parte, deben corresponder mejor al Eneolítico-Bronce. Superada queda también la vieja atribución simplista de las manifestaciones megalíticas a un impreciso Neolítico. Así mismo pensamos que algunos yacimientos que se clasificaron inicialmente como neolíticos deben corresponder también a estas series de la Edad del Bronce en general; como pueden ser los casos navarros de algún yacimiento citado en Echauri, del comienzo del poblado del Castellar de Javier, y de algunas cuevas habitadas o de enterramiento.

Otras cuestiones interpretativas más recientes pueden resultar en cambio de mayor trascendencia para la discusión de este problema de la personalización de un Neolítico regional, y en este sentido conviene recordar las teorías de perduración Epipaleolítica e incluso de existencia de un Neolítico acerámico, que algún investigador ha emitido para la zona que estamos estudiando. La perduración de los modos de vida del Epipaleolítico es teoría muy arraigada en los prehistoriadores que interpretan la evolución de aquellas épocas culturales en el ámbito septentrional cantábrico, y se ha pensado así mismo en la posibilidad de una perduración epipaleolítica regional en los talleres de sílex al aire libre, lo que afectaría al área navarra, dentro de una problemática de escala más generalizada. En relación con esta teoría de perduración del Epipaleolítico en la región se puede recordar, también, la hipótesis de un Neolítico acerámico, formulada por Maluquer de Motes, apoyado en viejas experiencias de J. M. de Barandiarán. En realidad, ambos argumentos pueden armonizarse, a base de irse perfilando ya una serie de Neolítico acerámico de plena tradición Epipaleolítica. O, si se quiere mejor, de una etapa de transición (entre el Epipaleolítico de actividades cazadoras y un Neolítico cerámico) que ya se va caracterizando en diversos depósitos estratigráficos que acaban de ser revisados o han visto la luz muy recientemente. Así sucede en los casos (ya aducidos en el capítulo anterior) de los estratos VI a IV de

Montico de Charratu, en el IV de Santimamiñe, en el II de Ekain, en los IV a II de Marizulo, en Zatoya y en Berroberría; en los que se produce algún indicio ya de domesticación y un significativo porcentaje (aunque no sea abundante) de elementos tallados geométricos (elementos ambos que suelen ser frecuentes en situaciones de fines del Epipaleolítico, en pleno Mesolítico y en los inicios del Neolítico).

En relación, también, con toda esa problemática interpretativa hay que añadir la hipótesis de trabajo formulada para la serie regional de yacimientos al aire libre (o talleres de sílex), considerados genéricamente del Eneolítico-Bronce, con un comienzo remontable en la región al Neolítico Avanzado, evidenciado en algunos indicios, pero aún sin comprobar[1].

Tal es, en resumen, la gama de posibilidades interpretativas que se han manejado para cubrir el oscuro período Neolítico de Navarra y de su amplio entorno, cuyo estudio deberá fundamentarse, no obstante, sobre unas bases documentales que ahora estamos empezando a reunir. Metodológicamente pensamos que nuestro actual conocimiento de estas cuestiones no permite separar, en la mayoría de los casos, el Neolítico, del Eneolítico y del Bronce en el ámbito navarro. Limitándonos a los documentos arqueológicos disponibles habremos de concluir que, por el momento, la única evidencia estratigráfica de un Neolítico propio se controla en la cueva de Zatoya; siendo posible que, un día, también en Berroberría se le pueda individualizar. Entonces, aparte de aquel Neolítico más antiguo (Zatoya, posiblemente Berroberría, Santimamiñe nivel IV, Marizulo nivel II,...), que afecta a algunas poblaciones que de bastante antes están asentadas en cuevas (donde continúan dedicándose a ancestrales actividades de caza), la neolitización real —en cuanto cambio profundo de los modos de vida y de subsistencia— de Navarra deberá explicarse como el resultado del asentamiento de nuevos grupos de población remontable posiblemente al Neolítico Final y comprobado desde un temprano Eneolítico (según se expondrá más adelante). Testimonios de ese poblamiento de asentamiento eneolítico son las diversas manifestaciones que informan la Arqueología de la Edad del Bronce: los dólmenes, los yacimientos en cuevas y covachos, los conjuntos de superficie (con el problema de posible existencia de poblados), además del hallazgo de bastantes piezas sueltas.

Los dólmenes (menos las cuevas de habitación, o de enterramiento) constituyen las manifestaciones clásicas de este amplio período «Neolítico»-Bronce de la Prehistoria navarra. Su estudio ha atraído la atención de los especialistas desde hace casi un siglo; por lo que sus ajuares y diversos aspectos de tipología estructural y de antropología han sido incorporados y adecuadamente valorados, en las diversas síntesis de comprensión general de los caracteres y evolución interna de esas etapas culturales. Sin embargo, existen, aparte de dólmenes y cuevas, otros conjuntos documentales de valor menor, o al menos no suficientemente aprovechado aún. Nos referimos a las «estaciones al aire libre» (los llamados «talleres»), a la determinación de posibles poblados, o al hallazgo de elementos culturales sueltos. La calificación de Neolítico atribuida, desde supuestos tradicionales, a cerámicas y a otras manifestaciones (hachas pulimentadas, y hasta a las cuevas y a los dólmenes) ha quedado, como acabamos de exponer, superada por las actuales posturas de interpretación.

Esas evidencias aisladas (o carentes aún de suficiente información estratigráfica) vienen siendo objeto de especial interés en esta última década, en diversas recopilaciones promovidas desde el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, por Enrique Vallespí[2]; y pueden resultar muy importantes, de seguirse ese fuerte impulso prospector, para llenar los numerosos espacios aún en blanco del hábitat en Navarra en el Neolítico y Edad del Bronce.

---

1. Véanse diversos planteamientos genéricos del problema en *Las comunidades prehistóricas alavesas y sus problemas* (en pp. 51-62 de «Boletín Sancho El Sabio», tomo I, n.° 1-2; Vitoria, 1957) de J. MALUQUER DE MOTES; y en *Talleres de sílex al aire libre en el País Vasco meridional* (pp. 7-27 de «Estudios de Arqueología Alavesa», n.° 3; Vitoria, 1968) y, sobre todo, *Hipótesis de trabajo sobre el sustrato arqueológico de la romanización del País Vasco Meridional* (pp. 241-250 de «Estudios de Deusto», vol. XX, n.° 46; Bilbao, 1972) y *Yacimientos de superficie de la Edad del Bronce en Navarra* (pp. 21-73 de «Cuadernos de Trabajos de Historia» de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra, n.° 3; Pamplona, 1974) por E. VALLESPÍ.

2. E. VALLESPÍ, *Talleres de sílex al aire libre...* 1968, *Yacimientos de superficie...* 1974 y *Hallazgos líticos sueltos de Alava, Navarra y Logroño* (pp. 57-65 de «Estudios de Arqueología Alavesa», n.° 6; Vitoria, 1974); y las diversas aportaciones de sus discípulos: M. A. BEGUIRISTAIN, *Nuevos yacimientos de superficie en Navarra* (pp. 75-102 de «Cuadernos de Trabajos de Historia» de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra, n.° 3; Pamplona, 1974); M. A. BEGUIRISTAIN-A. CASTIELLA, *La colección «Julio Rodríguez» del Seminario Diocesano de Logroño* (pp. 163-195 de «Miscelánea de Arqueología Riojana»; Logroño, 1973); J. C. LABEAGA, *Carta arqueológica del término municipal de Viana (Navarra)* (Pamplona, 1976); A. MONREAL, *Carta arqueológica del Señorío de Learza (Navarra)* (Pamplona, 1977); C. GONZÁLEZ SAINZ, *Utiles pulimentados prehistóricos en Navarra* (en prensa en «Trabajos de Arqueología Navarra», 1979).

Entre una amplia lista bibliográfica, quien esté particularmente interesado en conocer los mecanismos y modo de arraigo de las culturas del Neolítico en el Sudoeste de Europa, y más en concreto en las tierras próximas al Mediterráneo, habrá de consultar —con gran provecho— la excelente y moderna síntesis de J. GUILAINE, *Premiers bergers et paysans de l'Occident méditérranéen* (París, 1976).

Por su volumen global, el registro de las manifestaciones variadas del Neolítico y Edad del Bronce resultaba excesivo para ser expuesto en un solo capítulo. Hemos optado por dedicar este capítulo 6 a una exposición de los datos arqueológicos valorables (cuevas, megalitismo, estaciones al aire libre y poblados, y diversos hallazgos aislados), abordando en el siguiente capítulo 7 su interpretación cultural e histórica.

## II. YACIMIENTOS EN CUEVAS Y COVACHOS

### 1. Historia de las investigaciones

La historiografía navarra del estudio de las cuevas y covachos de atribución al Neolítico y a la Edad de Bronce ofrece una etapa previa de atención a esta manifestación arqueológica, prestada especialmente por Juan Iturralde y Suit y por Julio Altadill, con referencias publicadas en la segunda década de nuestro siglo[3]. No obstante, de estas primeras referencias navarras solamente sería registrado el hallazgo impreciso de un hacha pulimentada en una cueva de la Foz de Lumbier, por José Miguel de Barandiarán en su síntesis de la Prehistoria vasca publicada en 1934, que constituye un balance autorizado de las exploraciones anteriores de la región[4]. Entonces precisamente Norbert Casteret había dado a conocer su localización de las cuevas de Berroberría y Celaieta, en Urdax[5].

Años después, en dos entregas aparecidas en 1946 y 1953, publicó José Miguel de Barandiarán el primer catálogo de cuevas navarras de atribución al Eneolítico-Bronce, con reseña de las cuevas de Abauntz en Arraiz, Celaieta de Urdax, abrigo de Berroberría, asimismo de Urdax, y cuevas de Akelarren-Leze y Bidartia, de Zugarramurdi. Posteriormente publicaría el mismo investigador su verificación de la cueva de Atabo, de Alsasua[6].

En esos años, desde 1952, el Servicio de Excavaciones de la Institución Príncipe de Viana, dirigido por Juan Maluquer de Motes, prestaba también atención al registro de yacimientos en cuevas de esas series y en 1955 publicaba Maluquer su verificación de tres cuevas, Ososki, Valdesoto y de los Moros de la Foz, con noticia de otra cueva (Ezpilleta), en la zona pirenaica de Navascués; en 1962 aparecía su excavación del covacho de Urbiola, en Tierra Estella, y al año siguiente, la verificación del abrigo rocoso del Padre Areso, en la Sierra de Illón[7].

En conexión en algún caso con estas tareas, el Grupo Espeleológico realizaba mientras tanto un registro sistemático de las cuevas navarras, cuya catalogación arqueológica resultará sin duda fundamental[8].

Juan María Apellániz en su reciente corpus de yacimientos de la Edad del Bronce de las Vascongadas y Navarra, añade la publicación de materiales del Museo de Navarra correspondientes a dos cuevas inéditas, Urricelki e innominada de Echauri, junto a un revisión de los yacimientos regionales conocidos de estas series, ordenando un total de trece cuevas navarras[9]

3. *Monumentos megalíticos en Navarra* (pp. 197-215 de «Boletín de la Real Academia de la Historia», tomo LVIII, cuad. III; Madrid, 1911), *Monumentos megalíticos en Navarra* (pp. 147-154 y 205-214 de «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», 2.ª época, año 2.°, 3.° y 4.° trimestre; Pamplona, 1911) y *La Prehistoria en Navarra* (vol. II de sus obras; Pamplona, 1911) por J. Iturralde y Suit, *Provincia de Navarra* (tomo I, cap. XII de la «Geografía general del País Vasco-Navarro» dirigida por F. Carreras y Candi; Barcelona, 1915...) y *Datos para la Historia del Arte en Navarra* (pp. 39-45 y 114-117 de «Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», 2.ª época, tomo X; Pamplona, 1919) por J. Altadill.

4. J. M. de Barandiarán, *El hombre primitivo en el País Vasco,* San Sebastián, 1934.

5. N. Casteret, *Une nouvelle grotte à gravures dans les Pyrénées. La grotte d'Alquerdi* (pp. 384-389, «XV Congrès International d'Anthropopogie et d'Archéologie Préhistorique», París, 1933).

6. J. M. de Barandiarán: *Catalogue des stations préhistoriques des Pyrénées Basques* («Ikuska», n.° 1; Sare, 1946), *El hombre prehistórico en el País Vasco* (Buenos Aires, 1953) y *En el Pirineo Vasco. Prospecciones y excavaciones prehistóricas* (pp. 297-378, «Munibe», n.° XIV; San Sebastián, 1962).

7. J. Maluquer de Motes: *Prospecciones arqueológicas en término de Navascués* (pp. 285-304 de «Príncipe de Viana», n.° 60; Pamplona, 1955), *Cueva sepulcral de Urbiola* (pp. 419-423, «Príncipe de Viana», n.° 88-89; Pamplona, 1962) y *Notas sobre la cultura megalítica navarra* (pp. 93-147, «Príncipe de Viana», n.° 92-93; Pamplona, 1962).

8. Catálogo Espeleológico de Navarra en pp. 249-251 y 145-147 de «Príncipe de Viana», n.° 76-77 y 78-79; Pamplona, 1959, 1960.

9. J. M. Apellániz, *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámicas de la población de cavernas del País Vasco Meridional* (Suplemento a «Munibe», n.° 1; San Sebastián, 1973).

Desde 1975 se produce una muy esperanzadora activación de los trabajos sistemáticos en cuevas y covachos del «Neolítico»-Bronce en Navarra: cuyos resultados han sido ya publicados (al menos, como avances a las memorias extensas definitivas). A Ignacio Barandiarán se debe la excavación en dos campañas (1975 y 1976) de la cueva de Zatoya en Abaurrea Alta, la revisión estratigráfica (en 1977) de Akelarren-Leze (en Sorgiñen-Leze, de Zugarramurdi) y una campaña de limpieza y estudio del depósito en Berroberría (Urdax) en el mismo año 1977; a Pilar Utrilla pertenecen varias campañas (entre 1976 y 1978) en la cueva de Abauntz (Arraiz); y a María Amor Beguiristain (en 1977) una campaña de excavación en la cueva del Padre Areso (en Bigüezal)[10].

## 2. Valoración conjunta

Este reducido registro de cuevas publicadas de la Provincia se verá desbordado cuando se entreguen todas las localizaciones efectuadas. En primer lugar hay que esperar el anunciado catálogo del Grupo Espeleológico de la Institución Príncipe de Viana, cuya labor es fundamental a estos respectos, pues al parecer rebasa el centenar el número de cuevas con materiales arqueológicos controlados. Mientras llega la publicación del catálogo[11], con la amable acogida de Isaac Santesteban hemos revisado brevemente las muestras de materiales de varias cuevas inéditas (Nurriturri, Rala, Cornisa Alta de Leire, y Abrigo del Cantero, de Echauri) cuya noticia incluimos en nuestra relación, junto a precisiones sobre las cuevas de Arteta y Ezpilleta, y con la inclusión de otras cuatro cuevas inéditas: Baztarreko y Cerro Viejo de Lezaun, covacho en Nacedero del Urederra (controlados por el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra), y una en la Sierra de Alaiz. Conocemos además la existencia de un gran acopio de materiales de prospección en las cuevas navarras, efectuado desde hace años por el P. Luis Viana (en su colección del Colegio de PP. Jesuitas de Pamplona), que deseamos ver también publicados[12].

Lamentablemente, los resultados de todas las tareas reseñadas no aportan actualmente un catálogo tan nutrido como es deseable de yacimientos navarros en cuevas y covachos correspondientes a la Edad del Bronce (o cuya atribución inicial a esa época o al «Neolítico» puede adelantarse).

Ordenados geográficamente, los yacimientos que podemos reseñar ahora son los siguientes: Celaieta, Berroberría, Akelarren-Leze, y Bidartia en el Alto Baztán; Abauntz y Urricelki en el reborde noroeste de las Cuencas Prepirenaicas; Atabo, Ezpilleta y Baztarreko en la Sierra de Aralar; Nurriturri, Itxitxoa (Arteta), covacho de las Cabras y cueva del Cerro viejo de Lezaun, en la Sierra de Urbasa; Urbiola en Tierra Estella; cuevas y covachos del término de Echauri y cueva de la Sierra de Alaiz, en los rebordes meridionales de la Cuenca de Pamplona; Ososki, Valdesoto, Moros de la Foz de Navascués, Abrigo del Padre Areso, cueva de Rala y Cornisa Alta de Leire, en las sierras de Leire-Illón, y cueva de Zatoya, en Abaurrea Alta. Aparte quedan, lógicamente, otras noticias de hallazgos indeterminados o de atribución incierta.

Resulta necesario señalar el desigual conocimiento actual de los yacimientos arqueológicos de esta serie de cuevas y covachos. En efecto, con estratigrafía comprobada están únicamente Berroberría, Zatoya, Padre Areso, Abauntz y Atabo, limitada esta última a su verificación inicial; con hallazgos metódicos en capa superficial o en superficie, Urbiola, los Moros de la Foz y Ososki, que han proporcionado materiales arqueológicos o antropológicos; con cata de comprobación inicial, Valdesoto; quedando limitados los restantes simplemente a las noticias de la visita del yacimiento o al conocimiento de materiales extraídos.

10. I. Barandiarán: *Zatoya 1975. Informe preliminar* (pp. 5-19, «Príncipe de Viana», n.° 142-143; Pamplona, 1976), *El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya* (pp. 5-46, «Príncipe de Viana», n.° 146-47; Pamplona, 1977) y *Prospecciones arqueológicas en Sorgiñen-Leze (Zugarramurdi. Navarra)* (pp. 349-369, «Príncipe de Viana», n.° 148-149; Pamplona, 1977); P. Utrilla, *Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1976* (pp. 47-63, «Príncipe de Viana», n.° 146-147; Pamplona, 1977). En prensa, en el primer número de «Trabajos de Arqueología Navarra» (a aparecer en 1979) se hallan sendas aportaciones de I. Barandiarán, M. A. Beguiristain y P. Utrilla sobre respectivas campañas de excavación en Berroberría (1977) Padre Areso (1977) y Abauntz (1976-1978).

11. En 1976 ha visto la luz *20 años de Espeleología en Navarra. Trabajos del Grupo de Espeleología de la Institución «Príncipe de Viana», 1953-1974,* redactados por I. Santesteban (Pamplona, 1976): en la obra se hace una reseña amplia de actividades del Grupo Espeleológico, sin concretar el deseado catálogo sistemático de cavidades de interés arqueológico; se incluyen, de pasada, alusiones sueltas a algunos yacimientos (por ejemplo en pp. 26, 28, 38, 39 y 243-250; más alguna foto con material arqueológico y antropológico), que hemos contrastado con las referencias orales proporcionadas por él mismo.

12. En junio de 1974, le fue mostrada parte de dicha colección por el P. Viana a E. Vallespí; pero que no ha sido publicada.

3. REPERTORIO DE CUEVAS Y COVACHOS CON YACIMIENTO

*1. Cueva de Celaieta.* Junto a Alquerdi, en el término municipal de Urdax. Su yacimiento arqueológico fue descubierto por Casteret en 1930, quien reconoció la aparición en superficie de cerámicas, calificadas de neolíticas. Loriana revisó después esta cueva y J. M. de Barandiarán consideró eneolíticos los materiales recogidos, habiendo registrado Apellániz últimamente esta atribución. El yacimiento permanece sin excavar y sin materiales conocidos[13].

*2. Covacho de Berroberría.* En la estratigrafía de este yacimiento, fijada por Maluquer de Motes, sobre el nivel III, Aziliense, aparece el nivel II, de conchero, con cerámica y una industria de sílex escasa y caracterizada por la presencia de tipos de los niveles subyacentes. En la naturaleza de este nivel ha observado Maluquer una diferenciación entre la base, con predominio absoluto de *Helix nemoralis* y escasez de cerámica, y una abundancia de cerámica en la zona media y en la cima del nivel, en cuya parte superior aparecen también conchas marinas. Este nivel II, interpretado en principio como del Mesolítico asturiense, ha sido luego considerado neolítico, pero si pensamos en el diagnóstico de sus cerámicas, emitido por Ana María Muñoz en el sentido de situarlas entre los tipos de la Edad del Bronce, hay que reconocer que esta clasificación puede convenir a la totalidad del nivel del conchero, en el que la perduración de tipos líticos, caso de comprobarse, supondría el testimonio de una perduración epiaziliense, hasta la recepción de las cerámicas a comienzos, al menos, de la Edad del Bronce[14]

Nuestra reciente revisión, en 1977, de la estratigrafía de Berroberría[15] no ha aportado aún datos suficientes para precisar, o para enmendar sustancialmente el diagnóstico de J. Maluquer de Motes: según lo acabamos de exponer. Pensamos que el nivel B, configurado en aquel prehistoriador como horizonte «Berroberría II», ofrece un momento inferior —o antiguo— carente de cerámica, y otro, superior, en que su presencia certificaría su carácter «Neolítico» (quizá, ciertamente, del Bronce). Los utensilios recogidos por nosotros en la excavación en 1977 en este nivel B lo muestran como bastante denso en ocupación humana.

En cuanto al horizonte I carecemos aún de información suficiente como para pronunciarnos sobre su atribución: probablemente se ha de adscribir a una Edad del Bronce, más avanzada, e incluso a la del Hierro.

*3. Covacho de Akelarren-Leze.* En Zugarramurdi. Yacimiento descubierto por J. M. de Barandiarán, quien lo incluyó en sus catálogos de 1946 y 1953, señalando la aparición de cerámica calificada como posiblemente neolítica[16]. Nuestra reciente revisión estratigráfica de lo que restaba de su depósito no permite aclarar la calificación, o sustituirla por una referible a la Edad del Bronce[17].

*4. Cueva de Bidartia.* Situada en Zugarramurdi: el conocimiento de su yacimiento queda reducido a la referencia de su descubridor —José Miguel de Barandiarán— quien señaló ahí cerámica que calificó como posiblemente neolítica: cita y atribución que es recogida, sin crítica, por J. M. Apellániz[18].

*5. Cueva de Abauntz.* En Arraiz, al sur del puerto de Velate, su yacimiento fue descubierto en 1932 por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán: éste lo reseñó en 1946 y 1953, aludiendo a la aparición de restos humanos y de cerámica de la Edad del Bronce[19].

Las recientes excavaciones en Abauntz por P. Utrilla (de 1976 a 1978; con informe ya publicado de la primera campaña) han mostrado una interesante estratigrafía. A la espera de la memoria de conjunto definitiva, y de los oportunos análisis complementarios, (con los que se afinarán algunas atribuciones actuales), ofrece P. Utrilla una interpretación de los cinco niveles del depósito de la cueva en secuencia muy importante. El nivel inferior, e (al que anteriormente nos hemos referido), se atribuye al Paleolítico Superior; en el d se recogió (en la campaña de 1976) un fragmento de hacha de piedra

13. N. CASTERET, *Une nouvelle grotte...* 1933; pp. 385-386; M. DE LORIANA, *Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta y covacho de Berroberría, término de Urdax (Navarra), y sus inmediaciones* (pp. 91-102 de «Atlantis», tomo XV; Madrid, 1940); pp. 94-96.

14. J. MALUQUER DE MOTES, *La estratigrafía del covacho de Berroberría. Urdax (Navarra)* (pp. 135-139, «Miscelánea en homenaje al abate Henri Breuil (1877-1961)», tomo II, Barcelona, 1965); A. M. MUÑOZ, *El Neolítico del País Vasco* (pp. 107-114 de «Problemas de la Prehistoria y de la Etnología Vasca. IV Symposium de Prehistoria Peninsular»; Pamplona, 1966).

15. I. BARANDIARÁN, en prensa en «Trabajos de Arqueología Navarra», 1979.

16. J. M. DE BARANDIARÁN, *Catalogue des stations...* 1946, *El hombre prehistórico...* 1953.

17. I. BARANDIARÁN. *Prospecciones arqueológicas en Sorgiñen...* 1977.

18. J. M. APELLÁNIZ, *Corpus de materiales...* 1973.

19. J. M. DE BARANDIARÁN, *Catalogue des stations...* 1946, *El hombre prehistórico...* 1953.

pulimentada; el c ofrece cerámicas toscas, normalmente lisas (hay algún fragmento con decoración plástica), no espatuladas; el b (subdividido en 4 subestratos) ofreció numerosas evidencias industriales (cerámica, puntas de flecha de tipo foliáceo, dos punzones de hueso, 550 cuentas discoides de caliza [y alguna de calaita],...) y abundantes restos óseos humanos (parcialmente quemados aparecieron los de la mitad superior del nivel; subestratos b2 y b1); el nivel superficial, a, ofreció evidencias del Bajo Imperio romano[20].

En una interpretación global de los tres estratos (d, c, b) ahora interesados propondríamos para el Neolítico genérico (probablemente avanzado o Final) los niveles d y c. El d, por su fragmento de hacha pulimentada. El c, con cerámicas toscas (escasa o nulamente espatuladas), con *Helix* relativamente abundantes, con varios utensilios líticos tallados (pero carente tanto de geométricos como de los tipos de punta de flecha que caracterizan el Eneolítico-Bronce Medio en la región).

El nivel b de Abauntz ofrece indudables evidencias de haber servido como lugar de depósito funerario durante el Eneolítico y ya en el Bronce Pleno. A su importante conjunto antropológico (que habrá de ser analizado por especialistas) se asocian varias características puntas de flecha foliáceas (ojivales unas, las otras de pedúnculo y aletas), y un repertorio de más de medio millar de cuentas de collar (son discoides planas; y están labradas en piedra —calcita y calaita— o en hueso). Un sistema similar, y contemporáneo, a éste de depósito de cadáveres en cuevas sepulcrales (como rito alternativo, seguramente, al de utilización de dólmenes y cámaras) se conoce en las otras cavidades navarras de Zatoya (nivel superficial), cueva del Moro en Aspurz, y de los Moros de la Foz en Navascués.

6. *Cueva de Urricelki.* Situada en el término de Arriasgoiti (cerca del pueblo de Urricelki) ha sido dada a conocer recientemente por Apellániz al publicar los materiales depositados en el Museo de Navarra, reducidos a cerámicas romanas y de tradición indígena[21]. El yacimiento había sido descubierto por el Grupo Espeleológico, de cuya prospección hemos tenido ocasión de examinar un lote cerámico (mostrado por Isaac Santesteban) que corresponde todo a vasijas manufacturadas, con cerámicas peinadas, otras de superficies lisas pulimentadas y un borde resaltado con ungulaciones en la boca, de clara atribución al Hierro y representando también posiblemente un Bronce Final inseparable.

7. *Covacho de Aldrama.* En el monte Aldoidar, de Olazagutía, junto al yacimiento paleolítico de Coscobilo. El yacimiento del covacho fue descubierto en excursión de J. M. de Barandiarán y varios miembros del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra (en junio de 1973), al recogerse en la tierra superficial del abrigo fragmentos de cerámica manufacturada, de factura reciente y otros correspondientes a una vasija de barro de color marrón terroso, pasta con partículas minerales, alma negra con exterior marrón claro y cochura poco acabada. Se trata ésta de un vasija de tamaño mediano, de fondo plano (realzado por reborde inferior marcado) y de cuerpo carenado; la superficie exterior está regularizada pero sin alisado, espatulado ni pulido y es clasificable en un Bronce avanzado.

8. *Cueva de Atabo,* en la Sierra de Altzania, en término de Alsasua. Reseñada ya en un capítulo precedente —al tratar del posible carácter epipaleolítico de uno de sus niveles— debe ahora incluirse en esta serie del «Neolítico» y del Bronce, por el paralelo establecido por J. M. de Barandiarán —su descubridor y autor de la cata de sondeo—[22]. En la secuencia comprobada por J. M. de Barandiarán en la entrada de la cueva (que fue lamentablemente destruida por trabajo de cantera, después de aquella verificación estratigráfica) se detectaron, de abajo arriba, los niveles: inferior, o 4, con restos escasos líticos; el 3, que pensamos ha de atribuirse a un Epipaleolítico antiguo («Aziliense»); el 2, con material cerámico relacionable con el normal en ajuares dolménicos próximos; el 1, superficial, estéril. La presencia de un triángulo de retoque en doble bisel dentro del nivel 3 (del que llegamos a pensar estuviera de siempre en él o, mejor, que se hubiera deslizado del precedente estrato 2) indicaría un «momento» del Neolítico pleno avanzado. Pero todo ello es una conjetura que, por desgracia, la triste destrucción de la totalidad de Atabo no permite hoy certificar.

En resumen, quede el nivel 2 de Atabo como expresivo de una etapa amplia, del Eneolítico a Bronce Medio; y la sugerencia de un posible período más antiguo (del Neolítico Pleno o del Final) que pudo darse en la base del mismo nivel 2 o en la superficie del 3. Siendo la masa de este nivel 3 mejor atribuible al Epipaleolítico antiguo, o no geométrico.

La recogida, por Manuel Laborde, de diversos restos humanos en las escombreras de cantera de destrucción del yacimiento, aportaría —en nuestro modo de ver— un elemento a favor de la consideración del nivel 2 de Atabo como referible a un recinto de depósito funerario del Eneolítico-Bronce.

---

20. P. Utrilla, *Excavaciones en la cueva de Abauntz...* 1977.
21. J. M. Apellániz, *Corpus de materiales...* 1973; p. 142.
22. J. M. de Barandiarán, *En el Pirineo vasco...* 1962.

*9. Cueva de Ezpilleta.* Situada en el Aralar, parece tratarse de un yacimiento sepulcral; su descubrimiento fue comunicado por el Grupo Espeleológico en 1954[23], presentando fotografías de maxilares humanos y de una lucerna romana. Su atribución a las series del Neolítico-Bronce resulta problemática.

*10. Cueva de Baztarreko.* En la Sierra de Aralar. Citada también en los informes espeleológicos, su yacimiento, inédito, fue explorado por Rafael García Serrano y Manuel Quintana Esparza, en octubre de 1970; cuya noticia agradecemos. En Baztarreko (término de Huarte-Araquil), situada a 980 metros de altitud, los hallazgos se realizaron en superficie y se reducen a varios huesos y tres fragmentos cerámicos correspondientes a sendas vasijas manufacturadas, de tamaños grandes o medianos y exponentes de dos tipos cerámicos: uno de pasta con impurezas (desengrasantes y restos orgánicos), de cuerpo interior negruzco y exterior rojizo, superficie exterior mate, alisada en un caso, con arrastre de arenillas, y en el otro fragmento con leve peinado irregular (la superficie interior, en ambos casos, tiene espatulado suave). El tercer fragmento representa un tipo cerámico distinto, de vasija también grande o mediana, tratándose de un fondo plano, de barro con abundantes impurezas inorgánicas, pared negruzca en su interior y terroso-amarillenta al exterior, con superficie exterior alisada mate. Estos pobres hallazgos parecen señalar un Bronce tardío, paralelo al Hierro regional.

*11. Cueva de Nurriturri.* Situada en la Sierra de Urbasa, con yacimiento arqueológico en el que en septiembre de 1969 se realizó una cata de comprobación por miembros del Grupo Espeleológico, que diferenciaron, según indicación de Isaac Santesteban, dos niveles, cuyos materiales hemos visto. Del nivel I: sílex, con restos de talla, con un núcleo globuloso pequeño de lascas, varias lascas y una lámina; cerámicas manufacturadas, de superficies lisas, junto a otras de superficies irregulares; y, también, un fragmento de óxido férrico. Del nivel II: huesos, varias lascas y cerámicas de superficies lisas, así como una punta de flecha de sílex, que no hemos visto, pues no se guardaba en el lote.

*12. Itxitxoa.* Tal es la denominación de la cueva de Arteta que notificó Maluquer de Motes y recoge últimamente Apellániz, según nos ha aclarado Isaac Santesteban, del Grupo Espeleológico, autor de la localización[24]. La cueva está situada en las estribaciones meridionales de la Sierra de Andía, en el Nacedero de Arteta, con su boca a 40 metros sobre el barranco. A la hachita de fibrolita procedente de este yacimiento y depositada en el Museo de Navarra, hay que añadir una pieza de hoz, de espléndida factura en una delgada plaqueta de sílex lacustre, con denticulado muy regular y lustre de uso; y, además, cerámicas (que no hemos visto) así como un tesorillo de monedas romanas, depositado en el Museo indicado, según noticias de Santesteban.

*13. Covacho de las Cabras.* En el Nacedero del Urederra, en la Améscoa Baja. Referidas al lugar del Nacedero, en el término municipal de Baquedano, hemos recibido diversas noticias que parecen señalar la existencia de yacimientos deslizados del piso de un covacho, que en la actualidad aflora la roca viva, pero en cuyas tierras arrastradas han aparecido algunos fragmentos cerámicos, recogidos por F. Manzanedo Aramendía, vecino de Estella, y que corresponden a las series del Bronce; de las cercanías de este lugar proceden algunas hachas pulimentadas, que afianzan la sospecha. Falta la verificación de campo de estas noticias.

*14. Cueva del Cerro Viejo.* Se halla en Lezaun, en Tierra Estella. Su yacimiento arqueológico inédito fue denunciado por Francisco Manzanedo Aramendía (de Estella), por cuya indicación visitaron la cueva E. Vallespí y R. García Serrano, en julio de 1971. La cueva se sitúa en el final de las estribaciones de la Sierra de Urbasa, en conformación apropiada para su habitación. Nuestra exploración se limitó a la recogida en superficie de varios fragmentos cerámicos. En la prospección de F. Manzanedo (y en su poder, actualmente) se recogió una punta de flecha de cobre (sin analizar), plana, de pedúnculo largo y aletas; otro aficionado de Estella retiene además un punzón en hueso.

*15. Covacho de Urbiola (o de los Hombres Verdes).* En el macizo de Montejurra, en Tierra Estella. Su descubrimiento casual fue controlado por la Institución Príncipe de Viana, de la Diputación Foral de Navarra, siendo excavado el covacho por Juan Maluquer de Motes, con la colaboración de Domingo Fernández Medrano y Rafael Blanco Caro, en 1958, y publicado por Maluquer en 1962, con ingreso de los materiales en el Museo de Navarra[25].

---

23. Se recoge la referencia de p. 38 y foto de los restos humanos (no paginada) de *20 años de Espeleología...* 1976.

24. J. MALUQUER DE MOTES, *Notas sobre la cultura megalítica...* 1963, p. 125 nota 26; J. M. APELLÁNIZ, *Corpus de materiales...* 1973, p. 143.

Esta cueva de Itxitxoa (o de Arteta) se conoce también con el nombre de Cueva del Moro.

25. J. MALUQUER DE MOTES, *Cueva sepulcral...* 1962.

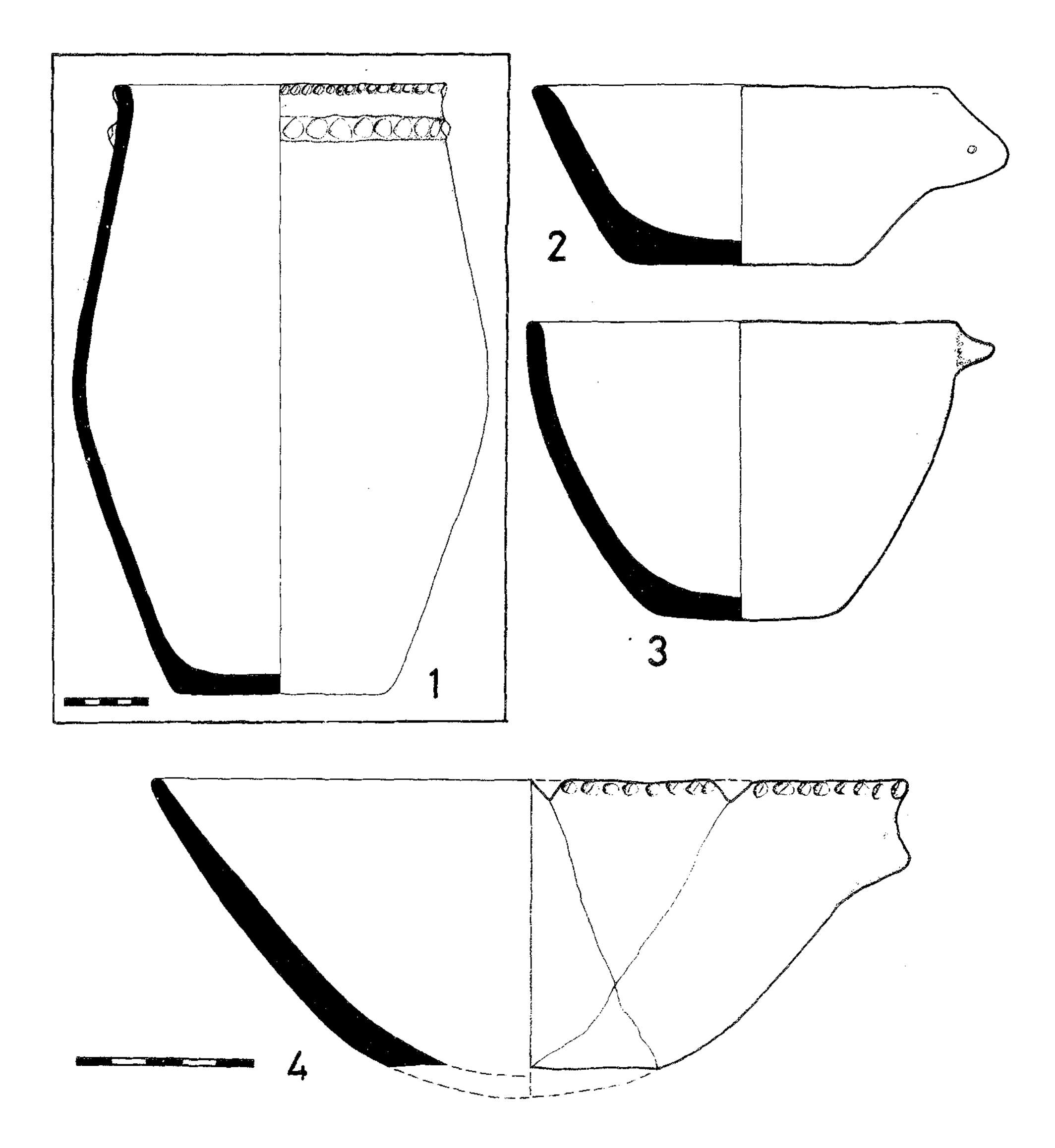



FIG. 72. Vasijas de la cueva de Urbiola (según J. M. APELLANIZ en 1973).



FIG. 73. Diversos recipientes de la cueva de Urbiola.

El covacho está situado en las cercanías del pueblo de Urbiola y se trata de una simple hendidura en un afloramiento de rocas con filones de carbonato de cobre (azurita), explotados, según el excavador del yacimiento, en la Edad del Bronce; la boca del covacho está orientada hacia el mediodía y es de dimensiones más reducidas que el interior, que alcanza una altura de 2,5 m, con un espacio utilizado para fines sepulcrales limitado a poco más de 1,5 m de anchura y 3,5 de longitud. Al efectuarse el control del descubrimiento, el yacimiento había sido revuelto, pero pudo observarse que las inhumaciones aparecían sin conexión anatómica, junto a la pared izquierda de la hendidura, aprovechando la galería de la antigua explotación minera, en superficie y hasta una profundidad de 0,45 m.

Según Maluquer se trata de una cripta sepulcral, de inhumaciones depositadas simplemente en el fondo de la hendidura, con escasa cubierta de tierra y arrinconamiento de huesos al efectuarse nuevas inhumaciones, lo que supone la reiterada utilización de la cripta durante cierto tiempo.

Con los restos antropológicos se recogió un conjunto de cerámicas, clasificadas por Maluquer en dos grupos, más un lote de diversos fragmentos: a) Un tipo de vasija grande y ovoide, de boca ancha, en un caso con ungulaciones junto al borde, de perfiles laterales asimétricos, con pezón (quizá otro simétrico) sin perforar, a modo de asa, base plana, superficie rugosa sin pulimentar y decoración plástica de cordones con impresiones digitales aplicados al mismo borde o en el arranque de la pared; b) Otro grupo representa un tipo cerámico de superficie alisada y aún pulida, sin decorar, formas reducibles a un tipo ovalado, de base globular, y con pezón lateral saliente sin perforar a modo de asa; un ejemplar del grupo ofrece forma troncocónica y base plana (figuras 72 y 73).

En conclusión de Maluquer, se trata del aprovechamiento de un covacho abandonado de explotación cuprífera de la Edad del Bronce como cripta sepulcral de inhumaciones durante esa Edad, con cerámicas de un horizonte arcaizante paralelo a lo dolménico y de un momento tardío contemporáneo de la Edad del Hierro en otras zonas vecinas, como la Ribera navarra.

El diagnóstico antropológico de los depositados en Urbiola, según fue establecido por M. Fusté (véase su explanación en el precedente Capítulo 3)[26], estableció la existencia de una heterogenea población, compuesta por individuos de tipo mediterráneo (lo habitual en los grupos inhumados en estas épocas y regiones), de otros alpinoides y de algunos armenoides: quienes certificarían la real presencia de grupos de «extranjeros» minoritarios que, en bandas, se dedicarían a la prospección de los filones cupríferos y a la metalurgia derivada.

*16. Cuevas y covachos del término de Echauri.* De manera muy imprecisa se han señalado una serie de hallazgos en ese término municipal, algunos de los cuales parecen indicar la existencia de yacimientos de estas series, como la noticia registrada por Taracena y Vázquez de Parga de la aparición en una grieta del terreno, sobre la Peña Roya, de un cadáver con una punta de sílex; de la zona de Leguín nos ha comunicado Alejandro Marcos su conocimiento de varios covachos con enterramientos de inhumación y ajuares, destruídos incontroladamente.

Por otra parte, la prospección del Grupo Espeleológico de la Institución Príncipe de Viana ha localizado en este término municipal dos yacimientos, el abrigo del Cantero y la cueva del Muro, que reseñamos seguidamente.

El Abrigo del Cantero corresponde al covacho con pinturas parietales estudiado más adelante, donde se han recogido cerámicas en dos sitios separados, recodo inferior de la chimenea y piso del covacho. En la Chimenea se recogieron cerámicas manufacturadas, lisas, de superficies regularizadas e irregulares, y con decoración, peinadas y una incisa, con dibujo en zig-zag, cordonadas, de cordones con digitaciones, apareciendo entre ellos fondos planos y un fragmento de una pequeña vasija carenada de cuello corto. En el piso del covacho o cueva colgada, algunas cerámicas, unas manufacturadas y de superficies lisas y otras a torno, junto a huesos humanos. El conjunto de la Chimenea debe corresponder al Bronce Final y Hierro I, lo mismo que el del Covacho, donde hay además cerámicas más recientes.

De la Cueva del Muro hemos visto dos fragmentos cerámicos, un borde de cuello corto abierto, hecho a mano, y otro fragmento a torneado.

A este contexto local debe corresponder, aunque no pueda fijarse mayor precisión, el conjunto de materiales referido recientemente por Juan María Apellániz de los fondos del Museo de Navarra y

26. M. FUSTE, *Algunas observaciones acerca de las poblaciones prehistóricas y protohistóricas del Norte de España* (pp. 290-296 de «Actas del XXVII Congreso Luso-Español de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias», tomo II; Madrid, 1965).

atribuido a una cueva sepulcral[27]. Se trata de tres fragmentos de pared de vaso campaniforme (de tipo marítimo o internacional) sin cuerdas y decorados con puntillado, un punzón de cobre o bronce de sección cuadrada, dos botones *Durfort* en hueso, una plaqueta pulimentada con perforación en un extremo y dos láminas de sílex sin retocar.

*17. Cueva de la Sierra de Alaiz.* Se trata de la cueva inédita reseñada en el capítulo anterior por la probable adscripción de alguno de sus materiales al Paleolítico final. En la misma rebusca incontrolada se recogió en la boca de la cueva (en cata de 15 a 20 cm de profundidad) un fragmento cerámico a mano, de superficie exterior alisada; el hallazgo permite una atribución posible a las series de la Edad del Bronce.

*18. Cueva de Zatoya.* En Abaurrea Alta. En las excavaciones de 1975-1976[28] se halló una densa estratigrafía que aparece coronada por evidencias en que el *continuum* cultural cuyas raíces se apoyan en modos tecnológicos y de subsistencia epipaleolíticos se expresa en algunos fragmentos cerámicos (referibles al «momento» Neolítico) y, finalmente, por un depósito de cadáveres. Aquel «Neolítico», cuyo desarrollo se efectúa en pleno período Atlántico (certificado en fechación absoluta en los 4370 años a. de C.), supone la continuidad lógica en la mayoría del instrumental controlado: con un máximo de índice de geometrismo, en su 16,15 % del ajuar total del nivel I de Zatoya.

Posteriormente, cuando la cueva deja de ser utilizada como lugar de habitación y refugio, se empleó su interior (igual que la galería de acceso a una próxima cavidad, la que hemos llamado «Zatoya II») como cenotafio en que se depositaron cadáveres, muy posiblemente en el transcurso de la Edad del Bronce, aunque carecemos de la adecuada documentación arqueológica que permita una mayor precisión.

*19. Cueva de Ososki.* O del Moro, se sitúa a orillas del Salazar, en término de Aspurz. Descubierta como yacimiento arqueológico por A. Marco, ha sido estudiada y publicada por J. Maluquer de Motes en 1955[29].

Su prospección proporcionó, a partir de los 20 m de la entrada, abundantes cerámicas superficiales, además de algunos huesos de animales, principalmente jabalí y cabra, y algunas piezas dentarias humanas. Aparte de las cerámicas torneadas, en parte modernas, con fragmentos de época romana, Maluquer distingue dos conjuntos de cerámicas fabricadas a mano: unas con decoraciones plásticas y otras sin decorar. En el primer conjunto los fragmentos presentan filetes aplicados y cordones con impresiones, colocados paralelos al borde o irregularmente sobre las paredes, con bordes decorados con incisiones u hoyos en la parte superior, en vasijas de pasta tosca pero sin impurezas, paredes gruesas y formas sin precisar, aunque todas de base estable; el segundo conjunto está integrado por cerámicas lisas, sin decoración, de pasta cuidada, paredes más finas, superficies lustrosas y brillantes y coloración negra uniforme, en vasijas de tamaño reducido, perfiles curvos y bases cóncavas.

En resumen, se trata, según Maluquer, de una cueva de habitación, con cerámicas con decoración plástica característica del horizonte pirenaico de la Edad del Bronce y un conjunto de cerámicas lisas del final de esa Edad o de su perduración en la primera etapa de la Edad del Hierro. Esporádicamente debió utilizarse la cueva con fines sepulcrales.

*20. Covacho de Valdesoto.* Constituye una gran covacha (de 12 m de ancho, por 14 de profundidad y 3,25 de altura en el centro) situada en el lugar de Las Planas, de Navascués. Su yacimiento fue descubierto y notificado por J. Maluquer de Motes[30] en 1955.

La cata de comprobación efectuada en el covacho por Maluquer dio la siguiente estratigrafía: I, capa superficial moderna; II, de cenizas y carbones, estéril; III, de 0,62 a 0,87 m de profundidad, tierra negruzca, con escasos restos cerámicos; IV, de ceniza con carbones, estéril; V, de 1,32 a 1,45 m, tierra negruzca sin ceniza, con abundantes astas de ciervo y huesos de *Capra* y *Bos,* sin materiales arqueológicos; VI y VII, estériles, sobre roca, hasta 1,85 m. Por lo tanto, sólo han aparecido materiales arqueológicos en la capa III, limitados a unos pocos fragmentos de cerámicas manufacturadas, toscas, no decoradas, y un fragmento de decoración plástica, de cordón con impresiones.

Según Maluquer se trata de evidencias de habitación de la Edad del Bronce, al parecer de su etapa inicial.

---

27. J. M. APELLÁNIZ, *Corpus de materiales...* 1973, pp. 138-141.
28. I. BARANDIARÁN, *Zatoya 1975...* y *El proceso de transición...* 1977.
29. J. MALUQUER DE MOTES, *Prospecciones arqueológicas en término...* 1955.
30. J. MALUQUER DE MOTES, *Prospecciones arqueológicas en término...* 1955.

*21. Cueva de los Moros.* Se emplaza en una ladera del torrente de la Foz, en Navascués.

Constituye la cavidad un conjunto cárstico bastante amplio: conocida tradicionalmente, ha sido objeto de varias prospecciones no controladas e inéditas (incluso parte de sus materiales hoy se exhiben en el Museo de Toulouse).

Fue controlada su estratigrafía, mediante cata comprobatoria, por J. Maluquer de Motes, en 1955[31]. La excavación de control se efectuó en el piso de la entrada y en la primera parte del desarrollo de su galería principal.

En el primer tramo de la cueva, desde los pocos metros de la entrada, aparecían gran cantidad de restos humanos, completamente revueltos. Las catas de comprobación efectuadas en once sectores distintos a lo largo de la galería, pusieron al descubierto una capa arqueológica de 40 cm con restos antropológicos revueltos, sin formar verdaderos enterramientos, superpuesta a una capa estéril, hasta los 62 cm, conteniendo excepcionalmente en algún punto huesos. En superficie y en las distintas catas se recogieron también materiales arqueológicos, cerámicas manufacturadas, algún punzón de hueso y una pieza de hoz. Las cerámicas han sido clasificadas por Maluquer en dos tipos: a) toscas, de barro con impurezas, en vasos grandes o medianos de base plana y paredes rectas o abiertas hacia el exterior, superficie rugosa, sin decoración o con cordones y trenzas de barro pegadas; b) más finas, de pastas cribadas y cocción buena, en vasijas de paredes convexas, superficie alisada o espatulada, sin decorar o a lo sumo con pequeños tetones simples o dobles cerca de los bordes. Las láminas publicadas presentan algunos materiales más y diversos fragmentos cerámicos variados, que permiten enriquecer el cuadro tipológico referido (figura 74).

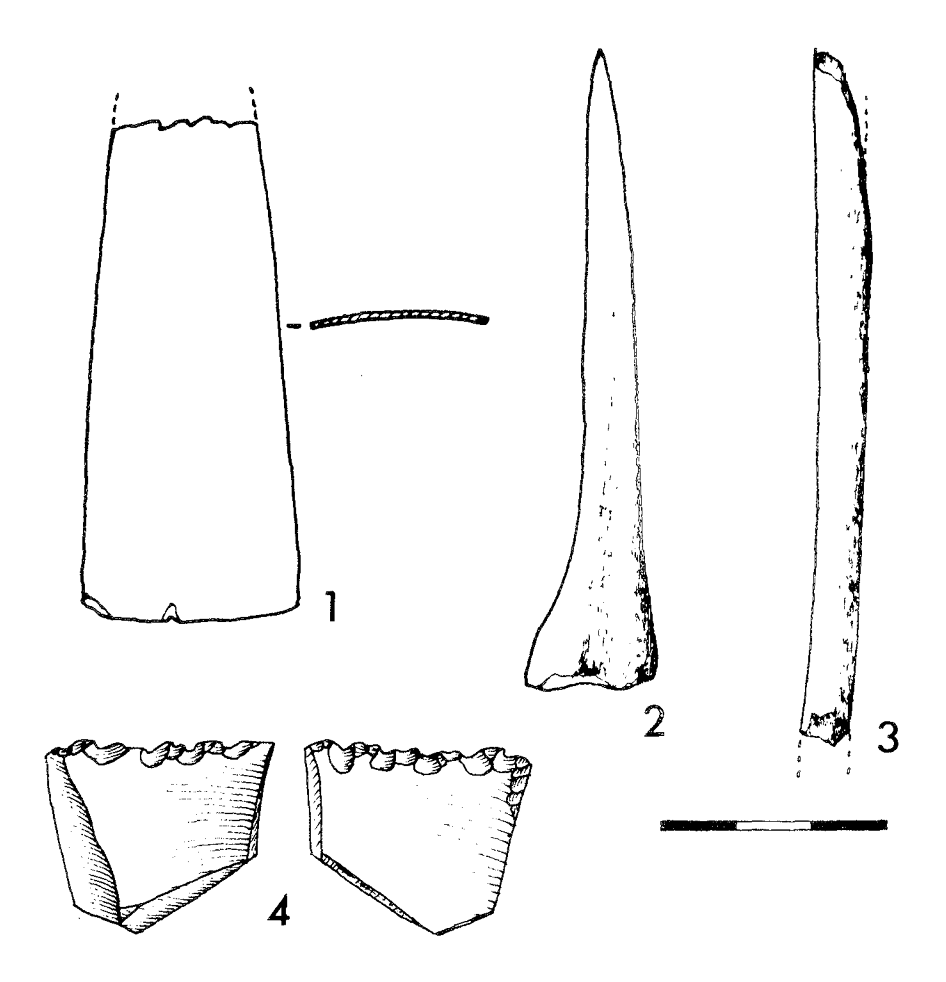



FIG. 74. Cueva de los Moros (Navascués). Placa (n.º 1) y punzones de hueso (n.º 2 y 3) y una pieza de sílex con denticulado, del tipo «hoja de Hoz» (según T. ANDRÉS y A. CAVA).

31. J. MALUQUER DE MOTES, *Prospecciones arqueológicas en término...* 1955.

La cata realizada por el mismo investigador en el abrigo de entrada a la cueva comprobó la existencia de formaciones de hogares, con tres pisos de cenizas y carbones, separados por capas estériles sin aparecer materiales arqueológicos ni huesos en esta comprobación.

Según Maluquer, el abrigo rocoso de la entrada debió ocuparse como vivienda por lo menos en tres etapas separadas por épocas de abandono, probablemente en tiempos neolíticos, con anterioridad a la utilización de la cueva como cripta sepulcral en la etapa inicial de la Edad del Bronce, paralelamente a lo dolménico.

*22. Abrigo rocoso del Padre Areso.* Es un gran abrigo, muy largo y de escasa profundidad, excelentemente orientado y próximo a una fuente. Se halla en la sierra de Illón, en término de Bigüezal. Fue dado a conocer por J. Maluquer de Motes, mediante cata de comprobación que fue publicada en 1962[32]: se refiere ahí el hallazgo de «interesantes materiales, cerámicas, sílex y un punzón de cobre del tipo usual en los dólmenes».

En 1977 ha tenido lugar una campaña de excavaciones (que habrán de proseguirse) por María Amor Beguiristain, controlándose una importante y prometedora secuencia estratigráfica[33] que, de arriba abajo en un espesor de 170 cm profundizados, es definida así por Beguiristain:

—nivel Ia (de 0 a 30 cm), aparentemente revuelto. Ofrece, juntas, evidencias cerámicas modernas y otras atribuidas al Bronce Antiguo (cerámicas lisas).

—nivel Ib (30 a 50 cm). Dio fragmentos cerámicos lisos espatulados, y algunos con decoración plástica. Entre el material lítico (no se han hallado puntas talladas de pedúnculo) destaca un pequeño triángulo isósceles. Se califica el nivel en el Bronce Antiguo, paralelizado con lo dolménico.

—nivel II (50 a 65 cm), se significa por la presencia de hogares (de carbón de boj), y el hallazgo de fragmentos de diversas cerámicas espatuladas; además, deben citarse un triángulo, dos microburiles y una espátula de hueso. Propone M. A. Beguiristain su datación, como el precedente nivel, en el Bronce Antiguo.

—nivel III (65 a 140 cm), con abundantes señales de hogares, se ha referido al Neolítico. Sus evidencias cerámicas no son excesivamente significativas, pero sí su vario instrumental de piedra tallada; raspadores, algún buril, diversas láminas y laminitas de dorso (tanto rectilíneo como arqueado), y geométricos (tres trapecios de un lado cóncavo; un escaleno con el lado menor cóncavo; un triángulo con sus lados cóncavos).

—nivel IV (140 a 170 cm), apenas prospectado aún en extensión, proporcionó un escaso ajuar lítico. Se ha calificado, provisionalmente, como «post-paleolítico» sin posible mayor precisión.

Esperamos de la reanudación de esta serie de campañas por M. A. Beguiristain un importante incremento en la información sobre el relleno del abrigo; y, posiblemente, una interesante aportación al mejor conocimiento de la línea de evolución cultural Neolítico-Bronce.

*23. Cueva de Rala.* Se sitúa en término de Aoiz-Oroz Betelu, en la cuenca del Irati. Descubierta la cueva por el Grupo Espeleológico, debemos a I. Santesteban el conocimiento de un lote de materiales de esta procedencia; son cerámicas a mano varias, unas de superficies irregulares, algunas alisadas (con un cordón en aplique), de recipientes pequeños de cuello corto abierto... Pueden incluirse en las series del Bronce y, quizás, en el Hierro I (algún fragmento).

*24. Cornisa Alta de Leire.* Proceden de una cueva de esa localización, prospectada también por el Grupo Espeleológico, fragmentos de cerámicas manufacturadas lisas, de superficies sin tratar (una alisada, la otra pulida), acaso ya del Bronce Final. Nos fueron mostrados por I. Santesteban.

---

32. J. MALUQUER DE MOTES, *Notas sobre la cultura megalítica...* 1963, p. 102.

33. M. A. BEGUIRISTAIN ha entregado ya a publicación (en «Trabajos de Arqueología Navarra» de 1979) la memoria correspondiente; teniendo la amabilidad de ofrecernos su consulta, y varias aclaraciones. Tal como las expresamos en el texto de arriba.

# III. LOS MONUMENTOS MEGALITICOS: DOLMENES, TUMULOS Y MENHIRES

## 1. Aclaración previa

La manifestación más típica y monumental del megalitismo de la época en el territorio la constituyen las cámaras sepulcrales delimitadas y cubiertas por grandes losas, con o sin corredor y de varias formas de planta: los «dólmenes» en sentido genérico. Por otro lado, los prospectores dolménicos suelen identificar en zonas montañosas del Pirineo Occidental y en relación de proximidad con aquellos dólmenes otros dos tipos generales de monumentos megalíticos: los círculos de piedras *(baratzak* en vascuence; en cierto sentido, los *cromlechs* tradicionales) y los grandes hitos aislados (o «menhires»). Y, además, estructuras formadas por acumulación de elementos menores (piedras y tierra): los llamados «túmulos».

No es fácil, ni seguro, llegar a una separación cronológica tajante de las diferentes construcciones que, en un sentido muy amplio, entrarían dentro del concepto megalítico: las cámaras sepulcrales (dólmenes), los círculos de piedras (cromlechs), los monolitos exentos (menhires) y los amontonamientos de piedras menores y de tierra (túmulos). Excepto los menhires, las otras tres formas monumentales se relacionan directamente con ritos y sistemas funerarios. Aunque bien diferenciables por su «arquitectura» no es nada fácil decidirse por su adscripción precisa a una etapa cultural concreta (Neolítico Final-Eneolítico, Bronce Medio o Pleno, Bronce Final-Hierro), debido a tres juegos de factores:

—la escasez de excavaciones realizadas en ellos (de un total de casi 300 dólmenes navarros catalogados hasta hoy, apenas una quinta parte han sido estudiados en prospección; y ni una sola de las otras evidencias megalíticas ha sido aún sondeada sistemáticamente),

—la perduración en el tiempo de algunos de esos tipos constructivos (caso de las cámaras dolménicas que han podido mantenerse hasta fechas bastante tardías en las zonas montañosas del Norte), o la indefinición casi absoluta de sus contextos (así los menhires),

—y la coexistencia en áreas geográficas reducidas de la Navarra septentrional de esas varias modalidades constructivas: así, por citar un ejemplo que se puede repetir, el caso de las localizadas en el sector de Urepel-Ibañeta en que aparecen muy próximos dólmenes, túmulos y cromlechs.

Sólo una excavación (que en el caso de los monolitos no aportaría normalmente material alguno) permitiría, por la evidencia de sus ajuares («fósiles directores») y de sus ritos funerarios (inhumación o incineración: pues ésta sólo se introduciría en la Península con los «invasores» indoeuropeos de la I Edad del Hierro, por los siglos X o IX a. de C.), decidirse por una etapa cultural concreta en la atribución de esos monumentos. Siendo necesario, obviamente, aprovecharse de la experiencia de quienes han estudiado el tema en áreas próximas (sobre todos, Jacques Blot y Teresa Andrés), habremos de referirnos a los dólmenes dentro de un contexto Neolítico Final-Eneolítico y del Bronce Medio. Mientras que los cromlechs (según muy recientes observaciones tipológicas y de fechación por el radiocarbono, por J. Blot, en ejemplares de la vertiente septentrional del Pirineo navarro) deben fecharse en el Bronce Final o en la Plena Edad del Hierro (las dataciones referidas se escalonan desde el siglo VIII al IV a. de C.).

Las estructuras tumulares en ocasiones acompañan y envuelven las cámaras dolménicas, pero también se presentan solas como «construcción» funeraria. Corrientemente se pensaba que los túmulos habrían de relacionarse con las culturas tumulares del Bronce muy avanzado centroeuropeo; y por tanto ser tardíos (Edad del Hierro hallstáttico, o Primera). Pero los ritos desarrollados en esos túmulos, los sistemas constructivos y los ajuares que contienen (tal como ha estudiado recientemente, con seguridad, T. Andrés)[34] pueden ser bastante anteriores, y contemporáneos del momento Eneolítico en que se construyeron bastantes dólmenes: así ocurre, por ejemplo, en la sepultura colectiva bajo túmulo de La Atalayuela (en Logroño) (excavada en 1970 por I. Barandiarán) con ritos de inhumación y ajuares del complejo del vaso campaniforme, o en el túmulo de Bidekurtze (junto a Vitoria) (excavado en 1978 por J. I. Vegas) con un utillaje plenamente adscribible al normal en los dólmenes contemporáneos. En ese orden de cosas hemos de aceptar para los túmulos de la zona la básica

34. Se recomiendan las varias aportaciones sucesivas de T. Andrés, *El túmulo de La Atalayuela en Agoncillo (Logroño). Las estructuras tumulares del valle del Ebro* (pp. 127-138 de «Miscelánea de Arqueología Riojana», Logroño, 1973), *Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas* (pp. 65-129, «Príncipe de Viana», n.° 146-147; Pamplona, 1977) y *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro* (Zaragoza, 1978).

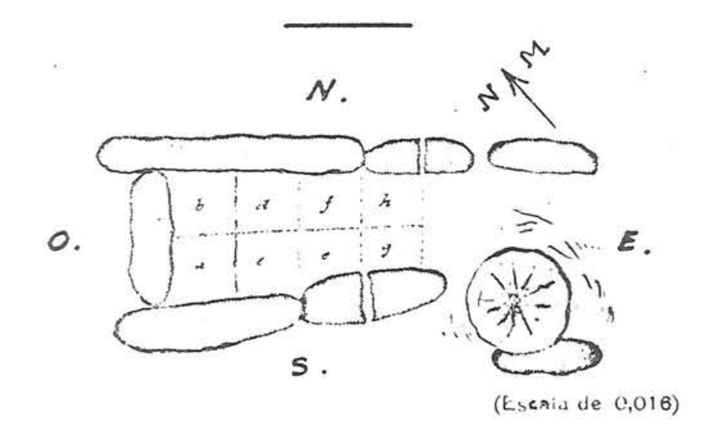



FIG. 75. Planta del primer dolmen navarro explorado sistemáticamente: es el de Aranzadi, que excavaron en agosto de 1913 T. de Aranzadi y F. de Ansoleaga, en el Aralar (según ARANZADI y ANSOLEAGA en 1915).



FIG. 76. Dolmen de Zubeinta (Aralar), durante su excavación. Según fotografía tomada por F. de Ansoleaga.

tipología morfológica/ritual que ha propuesto T. Andrés: *a,* túmulos de inhumación colectiva (pertenecientes al Eneolítico y Bronce Medio: tales los casos del de Okina y de Bidekurtze, en Alava; o la fosa circular bajo túmulo de la Atalayuela, en Logroño); *b,* túmulos de incineración colectiva (correspondientes al Bronce Final); *c,* túmulos de inhumación o de incineración individual (característicos del Bajo Aragón: del Bronce Pleno y de la Primera Edad del Hierro); *d,* pequeñas estructuras tumulares del Pirineo Occidental y Central (aún no estudiados; de imprecisa cronología).

Es decir, que mientras en unas estructuras tumulares se practican ritos de depósito de cadáveres (inhumación), hay, en otras, formas de incineración de ascendencia centroeuropea: aquéllas se atribuirán al Eneolítico y Bronce Medio, y éstas al Bronce Final o, mejor, a la plena Edad del Hierro.

No se puede decidir si los menhires, que se hallan próximos tanto a dólmenes como a cromlechs, deban fecharse preferentemente en las mismas épocas que aquéllos o que éstos.

En consecuencia, y atendidas las apreciaciones anteriores, nos referiremos en este capítulo 6 a las evidencias dolménicas y tumulares y a los menhires.

## 2. Historia de las investigaciones

Los dólmenes han sido en Navarra la única serie prehistórica objeto de prospecciones continuadas y con resultados trascendentes, hasta la moderna renovación ampliadora de los estudios; por ello resulta tan denso el despliegue bibliográfico del estudio de los dólmenes navarros.

Las primeras localizaciones navarras se efectuaron en los años del tránsito y comienzos del siglo actual. El foco inicial navarro se concretó en la localización de la estación dolménica del Aralar, señalada hacia 1894 por Francisco de Huarte y dada a conocer por Juan Iturralde y Suit en 1911[35]. Amparadas estas tareas por la Comisión de Monumentos de Navarra, la publicación poco después por Telesforo de Aranzadi y Florencio de Ansoleaga de la estación del Aralar consagraba científicamente el descubrimiento, iniciando al mismo tiempo la entrada en la escena arqueológica de la provincia del equipo de los modeladores de la Prehistoria vasca, con Aranzadi, José Miguel de Barandiarán y Enrique de Eguren[36] (figura 75).

La labor dolménica conjunta en Navarra de este equipo de investigadores se concretó a sus tareas de campo publicadas entre los años 1920 y 1923, seguidas por Aranzadi y Barandiarán, con publicaciones en 1924[37] y prolongadas por la continuidad de Barandiarán, con una serie de entregas hasta su síntesis de la Prehistoria vasca de 1934[38], mientras había aparecido, en 1925, el estudio de Luis Pericot, con ordenación regional amplia de los dólmenes conocidos[39]. El registro de las estaciones dolménicas de Abodi (valle de Salazar), de Lindus y sus contornos (cerca de Roncesvalles y Burguete), de Lerate (Lecároz), de Aralar, de Gorriti, de Ataun-Borunda y de Urbasa y Entzia, en la referida síntesis de Barandiarán de 1934, resume el avance logrado en esta etapa de fecundas prospecciones[40] (figura 76).

Las tareas prosiguieron tras el paréntesis de la guerra civil, con publicaciones de J. M. de Barandiarán: de entregas inéditas y de una interesante ordenación —en un primer catálogo dolménico, de 1946—, ampliado años después en su excelente obra de conjunto de la Prehistoria vasca, aparecida en 1953[41]. E. Zudaire, J. Elósegui y J. M. Sansinenea contribuían también con aportaciones

---

35. J. Iturralde y Suit, *Monumentos megalíticos...* 1911, *Monumentos megalíticos...* 1911, *La Prehistoria en Navarra...* 1911.

36. T. de Aranzadi-F. de Ansoleaga, *Exploración de cinco dólmenes del Aralar* (Pamplona, 1915) y *Exploración de catorce dólmenes del Aralar* (Pamplona, 1918).

37. T. de Aranzadi-J. M. de Barandiarán-E. de Eguren, *Exploración de siete dólmenes de la Sierra de Ataun-Borunda* (San Sebastián, 1920), *Exploración de ocho dólmenes de Altzania* (San Sebastián, 1921) y *Exploración de seis dólmenes de la Sierra de Urbasa (Navarra)* (San Sebastián, 1923); T. de Aranzadi-J. M. de Barandiarán, *Exploración de ocho dólmenes de la Sierra de Aralar* (San Sebastián, 1924) y *Exploraciones de prehistoria en las cercanías de Roncesvalles (Auritzberri y Auritz) y en Gorriti y Huici* (pp. 73-102, «Munibe», n.° V; San Sebastián, 1953).

38. J. M. de Barandiarán, *El hombre primitivo...* 1934.

39. L. Pericot, *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica* (Barcelona, 1925), en segunda edición actualizada *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica* (Barcelona, 1950).

40. J. M. de Barandiarán, *El hombre primitivo...* 1934.

41. J. M. de Barandiarán, *Catalogue des stations...* 1946 y *El hombre prehistórico...* 1953.

personales[42], y finalmente Jesús Elósegui actualizó en el mismo año 1953 el inventario completo de los dólmenes vascos, en un catálogo que individualizaba 126 de esos monumentos en Navarra, distribuidos en las estaciones o localizaciones sueltas de Aratz-Alsasua, Altzania, Ataun-Borunda, Aralar, Larraun, Urbasa, Andía, Sarbil, Juslapeña, Gorriti-Huici, Aritz-Iréber, Otsola-Belate, Saioa-Loiketa, Lerate, Alkurrunz, Atxuri, Errazu-Aldudes, Urepel-Ibañeta, Auritz, Ardaitz, Abodi, Leire-Illón y Valle del Roncal[43].

Desde la publicación del Catálogo de J. Elósegui, la actividad dolménica en Navarra ha logrado una importante profundización en el estudio, con los fundamentales trabajos de campo y doctrinales de Juan Maluquer de Motes, y con la ampliación de monumentos que supone la aportación directa de Tomás López Sellés, del mismo J. Elósegui, de F. Ripa Vega, de E. Mauleón, de L. Peña Basurto, de M. Laborde y de F. Leizaola[44]. En 1973 publicó Juan M. Apellániz un nuevo catálogo dolménico, en el que se registran ya más de 230 monumentos en Navarra; en el catálogo (que aprovechó la puntualísima puesta al día del repertorio dolménico navarro por T. López Sellés) se describe individualmente cada ejemplar y se ofrece su localización por áreas geográficas (según la anterior distribución de J. Elósegui y su ampliación por López Sellés)[45].

Ultimamente, en 1975, el P. Francisco de Ondarra ha comenzado la entrega de su fecunda exploración sistemática del valle del Baztán y zonas colindantes de Quinto Real, Bidarray y valle de Bertiz que, de 1971 a 1975, ha logrado numerosas localizaciones: su interés queda testimoniado en los trabajos publicados por Ondarra en 1975 y 1976, señalando un centenar largo de nuevos monumentos megalíticos (dólmenes y cromlechs sobre todo; pero también túmulos y menhires)[46].

El tema particular de las estructuras tumulares —hasta las modernas recopilaciones por F. de Ondarra y por T. López Sellés— no ha sido excesivamente tratado: así, ni el catálogo de J. M. de Barandiarán de 1953, ni el de J. M. Apellaniz de 1973 recogían un solo túmulo navarro. En la actualidad se conocen en Navarra en torno a una cuarentena de dichos túmulos. La realidad que habrá que aceptar es que —como antes avisábamos— no es fácil de decidir el carácter de una estructura tumular (si túmulo sólo, o bien túmulo que encubre una construcción dolménica) si no se ha desarrollado en ella una excavación a fondo; y sólo una vez concluida ésta se podrá decidir sobre el rito funerario (de inhumación o de incineración) y sobre los ajuares que permitan su adscripción al Neolítico Final-Eneolítico y Bronce Medio, o al Bronce Final-Hierro.

---

42. E. ZUDAIRE, *Prospecciones megalíticas en el valle de Baztán (Navarra)* (pp. 567-574, «Pirineos» n.° 13-14; Zaragoza, 1949); J. ELOSEGUI, *Cuatro nuevos dólmenes en el valle de Larraun (Navarra)* (pp. 142-147, «Munibe», n.° III; San Sebastián, 1951), *Nuevos dólmenes navarros (Urbasa, Andía, Sarbil)* (pp. 118-123, «Pyrenaica», n.° 4; Tolosa, 1952), *Nota previa acerca de siete nuevos dólmenes* (p. 21, «Munibe», n.° V; San Sebastián, 1953); J. M. SANSINENEA, *Formaciones megalíticas en los montes de Ezcurra (Navarra), en el paraje Ezkain y en el monte Elazmuño* (pp. 7-10, «Munibe», n.° II; San Sebastián, 1950).

43. J. ELOSEGUI, *Catálogo dolménico del País Vasco* («Pirineos», n.° 28-29-30; Zaragoza, 1953).

44. J. MALUQUER DE MOTES, *Notas sobre la cultura megalítica...* 1963 y *Sepulcros megalíticos navarros con puerta perforada* (pp. 234-242 de «VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga, 1963)»; Zaragoza, 1964); T. LÓPEZ SELLES, *Nuevos hallazgos dolménicos en Navarra* (pp. 105-112, «Munibe», n.° IX; San Sebastián, 1957), *Aportación al catálogo dolménico del País Vasco: sector Idokorri-Ugarra* (pp. 20-26, «Munibe», n.° XI; San Sebastián, 1959), *Aportación al catálogo dolménico del País Vasco: sectores Baztán-Bertizarana y Leyre-Illón* (pp. 107-109, «Munibe», n.° XI; San Sebastián, 1959), *Nuevos hallazgos dolménicos en Navarra* (pp. 246-250, «Munibe», n.° XII; San Sebastián, 1960), *Dolmen de Farangortea, de Artajona* (pp. 41-44, «Munibe», n.° XIII; San Sebastián, 1961), *Nuevos dólmenes y cromlechs navarros* (pp. 286-290, «Munibe», n.° XIII; San Sebastián, 1961), *Contribución al catálogo dolménico del País Vasco. Hallazgos en Navarra* (pp. 129-133, «Munibe», n.° XV; San Sebastián, 1963), *Dos nuevos dólmenes en Navarra* (p. 108, «Munibe», n.° XVII; San Sebastián, 1965) y *Contribución a un suplemento del «Catálogo dolménico del País Vasco»* de Jesús Elósegui (pp. 3-11, «Munibe», n.° XXV; San Sebastián, 1973); J. ELÓSEGUI, *Nuevos dólmenes en Navarra* (pp. 132-135, «Munibe», n.° VI; San Sebastián, 1954), *Prospecciones dolménicas en el País Vasco* (pp. 134-147 de «Homenaje a don Joaquín Mendizábal Gortázar. Miscelánea de estudios»; San Sebastián, 1956), *Siete nuevos dólmenes en Navarra* (pp. 359-369, «Munibe», n.° XIV; San Sebastián, 1962) y *Dolmen de Albia (Sierra de Aralar, Navarra)* (p. 335, «Munibe», n.° XIX; San Sebastián, 1967); F. RIPA, *Sierra de Illón* (pp. 17-18, «Pyrenaica», n.° I, año II; Tolosa, 1952), *Cumbres de la región navarra* (pp. 89-93, «Pyrenaica», n.° 3, año V; Tolosa, 1955) y *Cumbres de la región navarra* (pp. 96-97, «Pyrenaica», n.° 3, año VIII; Tolosa, 1958); E. MAULEÓN-T. LÓPEZ SELLES, *Nuevos dólmenes* (pp. 15-16, «Pyrenaica», n.° 2; Tolosa, 1956); L. PEÑA BASURTO, *Varios nuevos monumentos en Guipúzcoa y Navarra* (pp. 174-181; «Munibe», n.° VI; San Sebastián, 1954) y *Reconstrucción y catalogación de los cromlechs existentes en Guipúzcoa y sus zonas fronterizas en Navarra* (pp. 89-212, «Munibe», n.° XII; San Sebastián, 1960); M. LABORDE, *Dolmen de Txutxuin* (pp. 327-329, «Munibe», n.° XIX; San Sebastián, 1967); F. LEIZAOLA, *Hallazgo de un menhir en la Sierra de Urbasa* (pp. 13-18, «Munibe», n.° XXV; San Sebastián, 1973) y *Nuevos dólmenes en la Sierra de Urbasa (Navarra)* (pp. 209-216, «Munibe», n.° XXV; San Sebastián, 1973).

45. J. M. APELLÁNIZ, *Corpus de materiales...* 1973.

46. F. DE ONDARRA, *Nuevos monumentos megalíticos en Baztán y zonas colindantes* (pp. 5-46, «Príncipe de Viana», n.° 138-139; Pamplona, 1975), *Nuevos monumentos megalíticos en Baztán y zonas colindantes. II* (pp. 403-433, «Príncipe de Viana», n.° 140-141; Pamplona, 1975), *Nuevos monumentos megalíticos en Baztán y zonas colindantes. III* (pp. 21-54, «Príncipe de Viana», n.° 142-143; Pamplona, 1976) y *Nuevos monumentos megalíticos en Navarra* (pp. 329-363, «Príncipe de Viana», n.° 144-145; pamplona, 1976).

Los menhires localizados hasta hoy en Navarra son poco más de una docena. En su mayoría han sido identificados por L. Peña Basurto y por F. de Ondarra: además de los casos individuales que han ido siendo señalados por J. de Iturralde y Suit, por J. M. de Barandiarán, por T. López Sellés y por F. Leizaola.

Esta ingente labor de prospecciones continuadas y las sistematizaciones sucesivas de J. M. de Barandiarán, J. Elósegui, J. Maluquer de Motes y J. M. Apellániz, y la continuidad de las tareas de T. López Sellés permiten reunir un denso corpus megalítico navarro, que limitamos a una ordenación actualizada de estaciones y ejemplares sueltos, apoyados en el amplio repertorio bibliográfico disponible. Pensamos, por otra parte, que las investigaciones futuras, siguiendo la tarea de análisis individualizado de los monumentos, deberá dirigirse también hacia la captación integradora de la totalidad de cada estación dolménica, en su realidad topográfica integral, como un todo de yacimiento sepulcral. Desde este supuesto metodológico consideramos de interés asimismo la captación del mundo industrial originario de cada estación, que puede evidenciarse con la consideración global de los ajuares de los diversos dólmenes componentes, lo que supondria una base local necesaria para paralelismos más amplios en el contexto de las diversas manifestaciones arqueológicas coetáneas[47].

## 3. Repertorio de dólmenes y túmulos en Navarra

Ofrecemos a continuación una lista nominal de los monumentos dolménicos y tumulares hoy conocidos en Navarra: esta recopilación nos fue amablemente puesta al día y facilitada por Tomás López Sellés el 31 de enero de 1976, a ella hemos debido añadir algunas novedades y precisiones de última hora, publicadas poco más tarde por Francisco de Ondarra[48].

El repertorio que ofrecemos incluye un total de 298 dólmenes y de 41 estructuras tumulares, agrupados en 42 estaciones (o sectores) dolménicos.

Las estaciones dolménicas navarras cubren fundamentalmente las zonas montañosas de la provincia. Con la excepción de los dólmenes de Artajona (a 552 y a 590 metros de altitud sobre el nivel del mar) se hallan, en mayoría, en alturas comprendidas entre los 700 y los 1.100 metros. Resultan casos particulares las estaciones dolménicas a altitudes superiores: destacaremos entre ellos los ejemplos de los dólmenes de Belabarce (en Roncal, a 1310) y de Txamorro (en Arce, a 1350) o varios de la estación de Abodi (el de Arrizabala I, a 1435; el de Bortubizkarra, a 1460; el de Idorrokia I, a 1465; el de Idorrokia III, a 1490).

En su ordenación geográfica aproximada de Oeste a Este, he aquí el repertorio de tales estaciones dolménicas:

1. *Sector de Aratz-Alsasua.* Comprende los dólmenes de Ciordia y de Saratxakolegi, no excavados.

2. *Sector de Altzania.* Se enclava en la divisoria fronteriza Guipúzcoa-Navarra, comprendiendo trece dólmenes, de los que nueve son guipuzcoanos (en terrenos de Ataun, de Idiazábal y de Cegama) y cuatro navarros (éstos muy cerca, o en la misma línea divisoria provincial). Los cuatro navarros fueron descubiertos en 1917 por J. M. de Barandiarán y excavados dos de ellos (Balenkaleku Norte y Balenkaleku Sur) por Aranzadi, Barandiarán y Eguren. El de Balenkaleku Norte ofrece una cámara poligonal cerrada larga, dentro de un túmulo circular (de 15 metros de diámetro por 2,5 de altura); en tanto que el de Balenkaleku Sur (de dimensiones similares, pero de pésima conservación) ha proporcionado ajuar muy interesante. Completan el repertorio navarro de dólmenes del sector de Altzania los dos de Muñaan (I, o de Larreluze; y Muñaan II).

---

47. Véanse, en este sentido, las sugerencias sintéticas de Teresa Andrés (en *Las estructuras funerarias...* 1977, y en *Estudio tipológico-arquitectónico...* 1978), que acogemos con total identificación.

48. Es este el momento obligado de rendir un sentido y cordial homenaje de recuerdo del excelente amigo y cuidadoso prospector dolménico que fue Tomás López Sellés, fallecido en el otoño de 1976. A López Sellés debe la Prehistoria navarra la localización de más de medio centenar de monumentos megalíticos (entre 1953 y 1974: 41 dólmenes, 12 cromlechs, 2 túmulos y 1 menhir) y la formación de un completísimo repertorio-catálogo de esas estructuras en Navarra. Con la generosidad y desinterés que caracterizaron su vida y sus actividades arqueológicas, puso a nuestra entera disposición su valioso catálogo dolménico de Navarra, que ahora exponemos de modo sucinto. Su recopilación aquí sirva de homenaje a su memoria y de estímulo y deseo de que pronto sea publicado *in extenso* su valioso trabajo —exhaustivo y detallado— de recopilación megalítica. Según el catálogo de López Sellés (y observaciones complemetarias de F. de Ondarra) hay algunos detalles de ubicación concreta, de denominación prioritaria, y de situación de los grupos o áreas (los «sectores») que se corrigen en la lista que presentamos a continuación, con respecto a lo expuesto por J. M. Apellániz en su catálogo de 1973.

3. *Sector de Ataun-Borunda.* Se sitúa también en similar posición fronteriza. Del total de diecisiete dólmenes del sector, catorce se ubican en suelo navarro. Descubiertos en 1917 por J. M. de Barandiarán han sido excavados sólo cinco: los de Beotegiko Murkoa, Portuzargaña Este, Portuzargaña Oeste e Igartza Oeste por Aranzadi, Barandiarán y Eguren, y el de Miruatza recientemente por M. A. Beguiristain (figura 77).

El resto de dólmenes navarros del sector son los de Beitzeta, Intxuspe (I y II), Maitzur, Mintegitxuta, Olano (Este y Oeste), Pagamendi II e Igartza Este. Estos dólmenes se ubican en términos municipales de Urdiáin, Echarri-Aranaz y Alsasua. En los dólmenes de Portuzargaña (los dos), de Igartza Oeste y Miruatza se apreció, al ser excavados, un cuidado túmulo de protección (en dimensiones de 15 a 20 metros de diámetro, con una altura excepcional, en el de Miruatza, de casi 5 metros). El de Portuzargaña Este posee a un lado de su cámara una losa más baja (de tipo «ventana») y una losa horizontal, de base, que forma su suelo. El dolmen de Argonitz sirve de división a los términos de Ataun, Bacaicoa e Iturmendi.

4. *Sector de Aralar.* La estación dolménica de esta sierra constituye el conjunto más denso de monumentos megalíticos en el País Vasco: se reparten entre Guipúzcoa (17 dólmenes) y Navarra (44 dólmenes), comprendidos éstos en términos de Huarte Araquil, Arruazu, El Realengo, Lacunza y Arribas. La estación de Aralar fue señalada, por primera vez, por J. Iturralde y Suit en 1894; siendo aumentado notablemente el repertorio de monumentos por F. de Ansoleaga, T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán y, más recientemente, por J. Elósegui. A Aranzadi-Ansoleaga y Aranzadi-Barandiarán se debe la excavación de 26 de los dólmenes navarros del Aralar: son los de Albia, Aranzadi, Armendia, Arzabal, Debata Arruazu I, Debata Realengo, Elurmenta, Erbillerri, Eubia, Garraztita, Iruzulo Txikita Lakuntza, Luperta, Maantsa, los dos de Obioneta (Norte y Sur), Olaberta, Otsopasaje, Otsotesare I, Pamplonagañe, Seakoain I, Trikuarri, Txuritxoberri, Urdenas, Zeontza, Ziñekogurutze y Zubeinta, cuyos ajuares y restos antropológicos han sido adecuadamente expuestos por sus excavadores. El resto de dólmenes del Aralar navarro lo forman los de Arrate Illuneta, Debata Arruazu II, Iruzulo Txikita Realengo, los dos de Izeñiturri (I y II), Lerritz, los dos de Lizarrandigañe (I y II), Moskordi, Mukuruko Arripilla, Otadi, Otansur, Otsotesare II, Seakoain II, Soiltxiki, Subarrietakogaina, Txagadi y Zubigoyen (figuras 78 y 79).

5. *Sector de Larraun.* Lindante, por el Oeste, con el sector de Aralar, fue descubierto en su mayoría —entre 1950 y 1965— por J. Elósegui (con alguno añadido por búsqueda de T. López Selllés). Comprende el sector once dólmenes: los de Akelar, Arranazpieta, Azolape, Iribas, Lapastegi, Lardamingo, Larrazpil, Millaldapa, Pagamendi I, Pikabotz y Postan. No han sido excavados; sólo se practicó una somera cata de comprobación en Azolape, Larrazpil y Millaldapa.

6. *Sector de Urbasa.* La estación de Urbasa comprende, hasta el momento, 13 dólmenes y 2 estructuras tumulares: se sitúan en términos de Urbasa y Baquedano. Los seis primeros monumentos dolménicos de Urbasa fueron descubiertos en 1921 por J. M. de Barandiarán y excavados de seguido por Aranzadi, Barandiarán y Eguren, hallando un muy importante repertorio antropológico y excelente ajuar que acompañaba a los inhumados (así es de destacar, entre otros, la excelente conservación de algunas cuentas de collar discoides planas en hueso) (figura 80): esos dólmenes son los de Armorkora Aundia, Armorkora Txikia, Artekosaro, La Cañada, Puerto Viejo de Baquedano I (o Norte) y Zurgaina (aquí los restos correspondían a un mínimo de dieciocho cadáveres). Posteriormente el repertorio de Urbasa se ha ampliado (merced a descubrimientos de J. Elósegui, T. López Sellés, F. Leizaola y F. de Ondarra) con los dólmenes de Agileta, Etxarrikoportugañe I, los de Obas (Norte y Sur), Puerto Viejo de Baquedano II (o Sur), Santa Marina y Juakosoro y con los túmulos de Etxarrikoportugañe II y de Gastansao. Entre los hallazgos recientes de material lítico de superficie en varios lugares de Urbasa (merced a las búsquedas de E. Redondo) se pueden individualizar elementos propios de la época en que aquellos dólmenes fueron erigidos y utilizados; y quizá correspondan a los lugares de habitación (en chozas junto a los puntos de agua de la sierra) de los grupos pastoriles que enterraron a sus muertos en alguno de los señalados.

7. *Sector de Andía.* Supone la continuidad práctica del de Urbasa. En él han sido identificados, entre 1951 y 1954, cuatro dólmenes (Peñablanca, Sarasagañe, Trekua Arteta y Trekua Goñi) y una estructura tumular (acaso conteniendo cámara dolménica, en Bordas de Goñi) por J. Elósegui. Los dólmenes de Andía poseen notorios túmulos de envoltura, en diámetros que oscilan de los 7 a los 18 metros. Se sitúan en término de Arteta y de Goñi. No han sido excavados.

8. *Sector de Sarbil.* Comprende un solo dolmen, el de Sarbilzelai (en término de Azanza) descubierto, y comprobado por cata, en 1952, por J. Elósegui, ofreciendo algunos restos humanos.

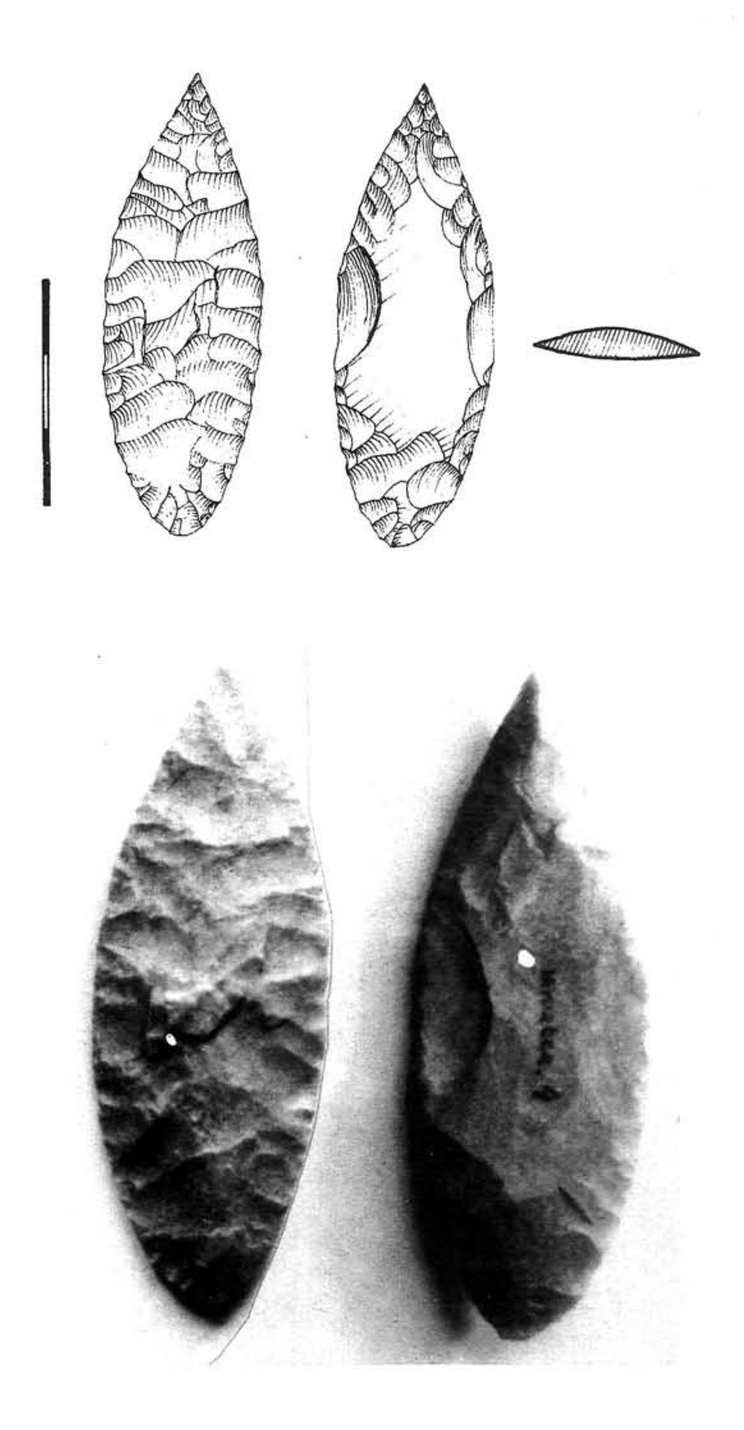


FIG. 77. Dolmen de Miruatza (en Ataun-Borunda). Punta de flecha de sílex (con su fotografía ampliada). Excavación de M. A. Beguiristáin en 1975.

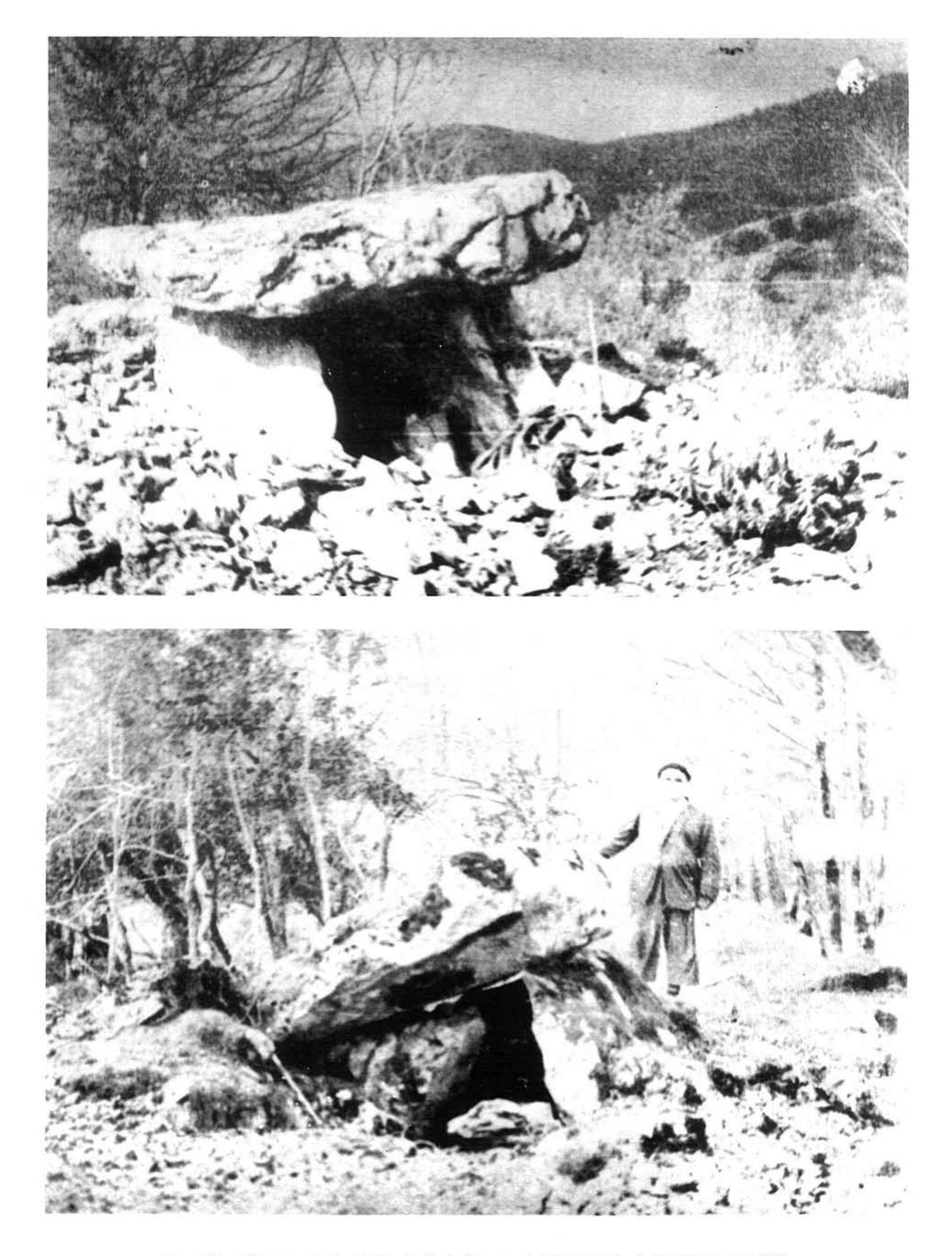


FIG. 78. Dólmenes de Arzabal y de Seakoian, en el Aralar (según J. ELÓSEGUI en 1953).



FIG. 79. Dolmen de Albia (Aralar) (según J. ELÓSEGUI en 1953).

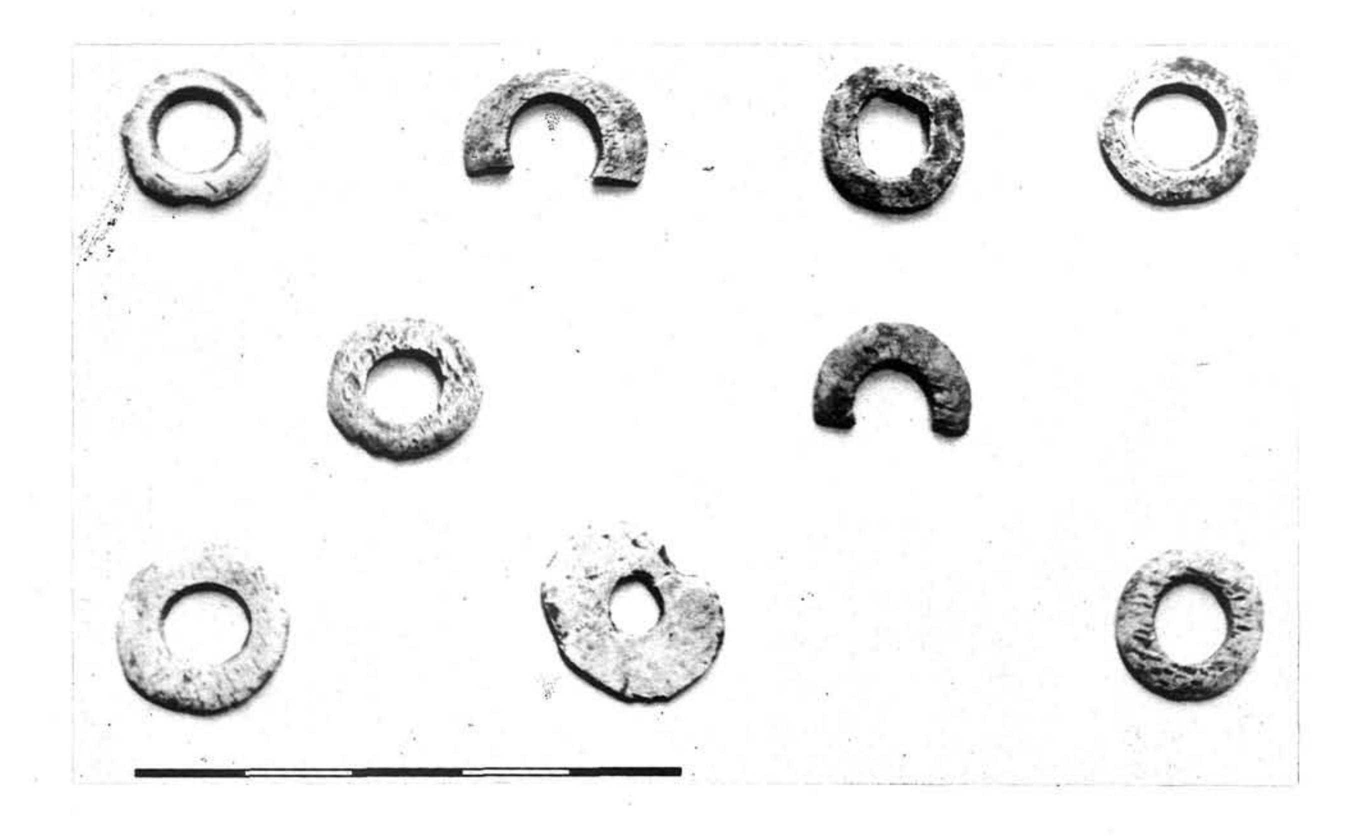


FIG. 80. Cuentas discoides planas, de hueso, halladas por T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren en sus excavaciones del dolmen de Puerto Viejo de Baquedano, en Urbasa, en 1921.



FIG. 81. Dólmenes baztaneses del sector de Gorramendi (Bardaxilo y Baztanadar) (fotografía F. DE ONDARRA).

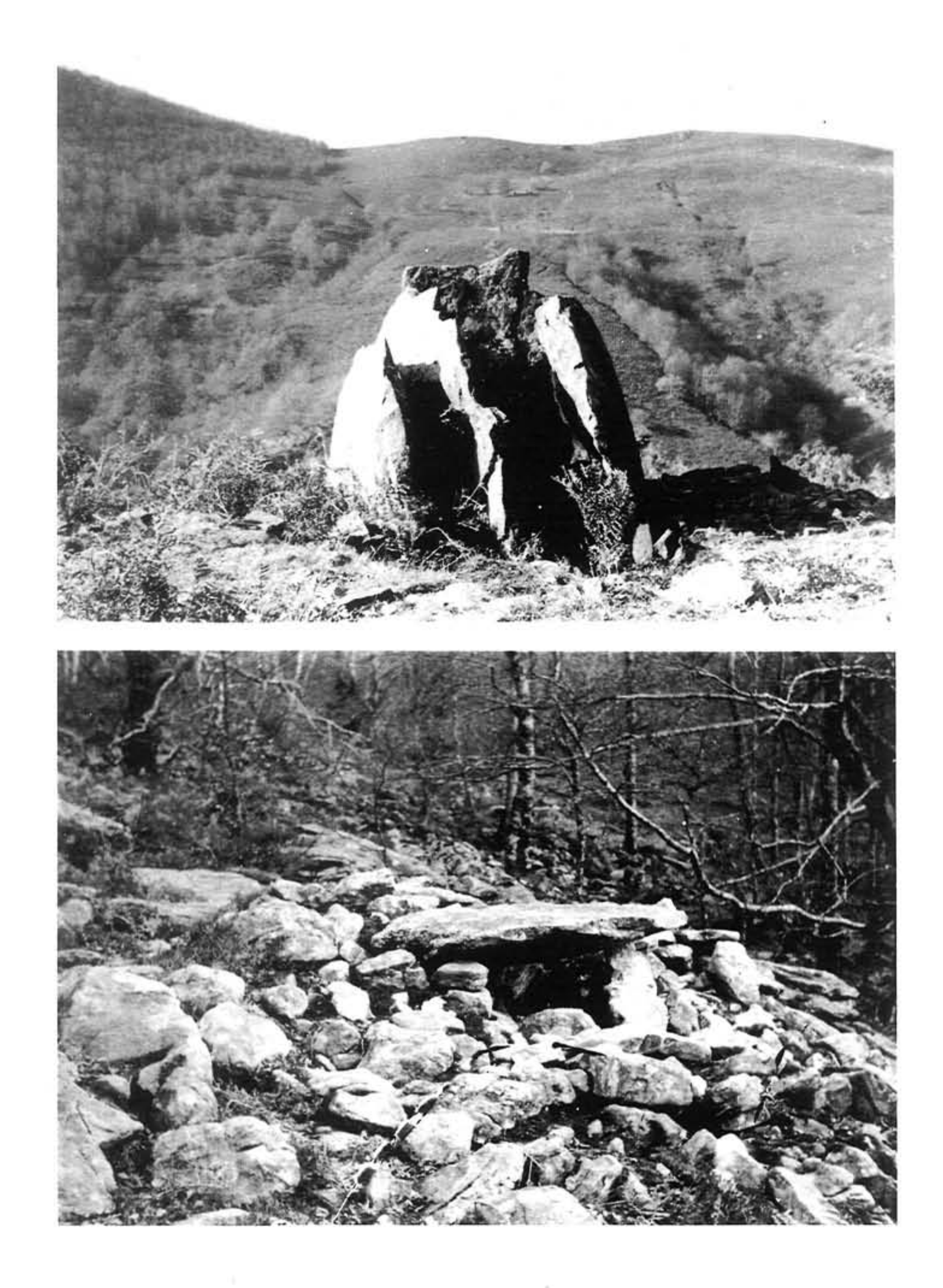


FIG. 82. Dólmenes baztaneses del sector de Errazu-Aldudes (Sorginetxoa y Munautz) (fotografía de F. DE ONDARRA).

9. *Sector de Araiz.* Tiene un solo dolmen, el de Trikoseta (en término de Azcárate), descubierto en 1964 por J. Elósegui.

10. *Sector de Gorriti-Huici.* Comprende tres dólmenes (en esos términos) descubiertos por J. M. de Barandiarán en 1927: son los de Mugarriberri, Goldanburu y Sokillete. Excavados estos dos últimos, dieron varios restos humanos y algunos objetos interesantes (en Goldanburu una punta de lanza de cobre, o puñal, según algún investigador).

11. *Sector de Aritz-Ireber.* En él se han catalogado doce dólmenes: descubierta la estación por J. M. de Barandiarán en 1920, han ido señalando luego nuevos monumentos J. Elósegui, J. L. Huarte, E. Mauleón y M. Laborde. Son esos dólmenes los de Agorritz, Atxitxia (o Titinzulo), Azerilar, Azpelategi, Biaizpen Sepultura, Bideberrieta, los dos de Bioztain (I y II), Esita, Orin, Makittola y Txutxuin.

12. *Sectores de Basaburua.* En *Basaburua Mayor* (en términos de Igoa, Arrarás y Beruete) están los dólmenes de Arkalde, Beigañe y Patatalor; y en *Basaburua Menor* (términos de Saldías y Erasun) los de Azango Miaka y Erasun Igoa. Los cinco fueron descubiertos por J. Elósegui; no han sido excavados.

13. *Sector de Onyi-Adarra-Mandoegi.* Según la información facilitada por T. López Sellés incluye el sector tres dólmenes: los de Añoenea Soroa, Unamene central y Unamene septentrional.

14. *Sector de Goizueta-Artikutza-Aranaz.* Este sector (como el anterior) fue señalado por L. Peña Basurto. En él se han señalado seis dólmenes (los dos de Bianditz Izo, Este y Oeste, Arritxulangaña oriental, Guerasunko Ataka, Elutxoarria y Illarbiteko Soroa) y dos túmulos.

15. *Sector de Lesaca.* Han sido descubiertos en él, por J. M. de Barandiarán y por J. Elósegui, un par de dólmenes (Agiña y Amargungo Zearra) y un par de túmulos (con la misma denominación que los anteriores).

16. *Sector de Atxuri.* Comprende (según las notas del catálogo reunido por T. López Sellés), cuatro dólmenes (Etxeberriko Ardi Borda, Ibañeta, Irazako, Soroaundi) y un túmulo (Beltza).

17. *Sector de Bertiz-Arana.* Con los tres dólmenes de Miate, Mallurketa y Otaltzu (citados estos dos últimos, por F. de Ondarra, dentro del grupo de Legate).

18. *Sector de Legate (Lerate).* La estación fue señalada en 1920 por J. M. de Barandiarán, al descubrir el dolmen de Lerate I (el único excavado, por E. Zudaire en 1947, con hallazgo de fragmentos cerámicos), siendo ampliada notablemente por las determinaciones posteriores de nuevos monumentos por T. LópezSellés y F. de Ondarra. Son en total seis los dólmenes que llevan el nombre de Lerate (I, II, III, IV, V y VI), dos los de Urriki (Este y Oeste), dos los de Xaldarri (Norte y Sur) y además los de Mairuharri y Xolborroko Harria. En Bagordi se ha determinado una estructura tumular.

19. *Sector de Gorramendi,* descubierto por F. de Ondarra, al determinar un total de ocho dólmenes: los seis de Amabirjinei Arpea (I, II, III, IV, V y VI), el de Bardaxilo y el de Gorramakil (figura 81).

19 b. *Sector de Alcurrunz* (denominado por F. de Ondarra de *Otsondo-Gorospil)* ofrece seis monumentos (los dólmenes de Iguzki Oeste, de Otsondo Norte y de Otsondo Sur; los túmulos de Etsain y Urlegi; y el túmulo dudoso de Ansestegiko Lepoa) descubiertos por F. de Ondarra y por T. López Sellés.

20. *Sector de Izpegi.* Con un solo dolmen (el de Astate o Pausogaizto), descubierto en 1955 por T. López Sellés.

21. *Sector de Errazu-Aldudes.* Es estación densa en monumentos, en términos de Errazu, Aldudes y Valle de Baztán: descubiertos por E. Zudaire, J. M. de Barandiarán, T. López Sellés y F. de Ondarra. De sus diecisiete dólmenes han sido excavados cinco (Lamizilo y Rolan, por E. Zudaire, con resultados no conocidos; y Aznabazterra, Munautz y Sorginetxoa por B. Taracena con materiales líticos y otro ajuar menor), siendo los no investigados aún los de Argibel, Artesiaga, Burga, Elorta, Luurzu, Oiza, Soalar, los dos de Sustera (Norte y Sur), Urrixka II, Uztanborro y Zagua. Además se han localizado en el mismo sector media docena de estructuras tumulares: dos en Errazu Soalar (I y II), Lamizilo, Luurzu Argintzo, Maulitz y Soalar (figura 82).

22. *Sector de Urkizte-Larrebeltz.* Se debe su determinación a F. de Ondarra. Incluye una docena de dólmenes (los dos de Larrebeltz —I y II—, Tranpako Lepoa, Turreiko Aska, los cinco de Urkizte —I, II, III, IV y V—, los dos Zaharreta —Este y Oeste—, y Armatela) y tres estructuras más dudosas (un dolmen en Tranpako Borda y dos túmulos en Ezkaldo).

23. *Sector de Saioa-Loiketa*. Fueron sus monumentos descubiertos por V. de Larrainzar, T. López Sellés y F. de Ondarra. Se hallan en términos de Alcoz-Ulzama y Lanz-Anue (pertenece alguno de los dólmenes aquí reunidos al sector o grupo de Abartan-Saioa, en la clasificación de F. de Ondarra). En este sector de Saioa-Loiketa se incluyen nueve dólmenes (Gatzaga, Lanz, los cuatro de Loiketa —I, II, III y IV-, Sorota, Katillegiko Lepoa y Harriurdiñeta) y seis túmulos (Aldaiko Lepoa, los tres de Irumugeta, Loiketa y el dudoso de Okolingo Lepoa).

24. *Sector de Ulzama*. En él descubrieron J. Elósegui y T. López Sellés los dólmenes de Aiztaluz, Arkatxu, Arpegi, Gambaleta y Santa Lucía y los túmulos de Artxar y Maxkar (éste con las excepcionales dimensiones de 60 metros de diámetro, por 2 de altura).

25. *Sector de Almandoz-Gaztelu*. Comprende los dólmenes de Apurtxi y Baztanadar, y túmulo de Paramendi. Fueron descubiertos por F. de Ondarra.

26. *Sector de Otsola-Belate*. Posee los dólmenes, no excavados, de Etenekogaña, Larremiar, Mugasoro y Pitxortxar.

27. *Sector de Atez*. Situados en término de Beunza, fueron descubiertos en 1954 por J. Elósegui: son los dólmenes de Auzaldia, y de Beunza, y el túmulo de Auzaldiagañe (de forma circular, de 22 m. de diámetro).

28. *Sector de Juslapeña*, con un solo dolmen, el de Angaitz, descubierto y sometido a cata de comprobación por P. Urra: en ella se detectaron huesos humanos. Se sitúa en término de Beorburu.

29. *Sector de Anue-Esteribar*. Comprende varios dólmenes y túmulos, en términos de Usechi y de Egozcue-Iragi, descubiertos por F. Sarasate, por T. López Sellés y por F. de Ondarra: son los dólmenes de Armaya, Bayarnegi, Arriurdiñeta, los dos de Agiñeta (I y II), y los dos de Burdindogi (I y II), y los túmulos de Burdindogi, Karete (posiblemente, cinco) y Agiñeta.

30. *Sector de Erro*. Comprende el dolmen de Otsollaga.

31. *Sector de Auritz*. Esta estación fue descubierta en 1924 por S. Irigoyen, ampliándose con hallazgos posteriores por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán y por T. López Sellés. Comprende el grupo un túmulo y once dólmenes: en términos de Espinal, Mezquiriz, Viscarret y Valle de Erro. En 1926 fueron sometidos diez de esos dólmenes a excavación por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán (son los de Arriurdin, Arzilo, Bagomultxu, Baratzeko Erreka, Dondoro, Erlebizkarra, Mendiandi, Otegi, Urdantxarreta y Urritzmuno): los hallazgos fueron muy pobres, salvo en los de Baratzeko Erreka (con restos humanos de unos 5 individuos, y ajuar cerámico, de cuchillos de sílex y una punta metálica de flecha) y de Arriurdin (abundantes lascas, y algunos fragmentos cerámicos). No se ha excavado en este sector el dolmen de Arregi, ni el túmulo de Mugarri.

32. *Sector de Urepel-Ibañeta*. Sus monumentos han sido descubiertos por J. M. Barandiarán, desde 1926, añadiéndoseles nuevas determinaciones por T. López Sellés y por F. de Ondarra. Se hallan en términos de Irurita, Burguete y Valcarlos. En 1926 fue excavado el único que lo ha sido en la estación: el de Lindus I (o Lindus Munoa) por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán, con hallazgo de escaso ajuar. Hay una docena más de dólmenes en el sector: Autrin (dudoso), Azaldegiko Lepoa, Beotrin, los dos de Luurzu (Norte y Sur), Elorrixaalea, Lauriña, Lindus II, Odiego, Pilotasoro, Xantxotenarria y Lindus III. Y cuatro estructuras tumulares: dos en Luurzu, la de Sorogain (¿acaso un cromlech?) y la de Uztanborro.

33. *Sector de Orbaiceta*. Comprende ocho dólmenes, descubiertos por J. Elósegui y por T. López Sellés: los cuatro de Azpegi (I, II, III y IV), Ibiaga, Soroluxe, Ugaibel e Ydopil (u Organbidea). El monumento de Azpegi I posee cámara dolménica (de recinto rectangular) rodeada por un túmulo de 15 metros, al que cerca un cromlech de doce piedras; el mismo esquema dolmen-túmulo-círculo de piedras se aprecia en el monumento de Soroluxe.

34. *Sector de Abodi*. Señalados sus primeros dólmenes por J. M. de Barandiarán en 1920, ha sido la estación completada con los hallazgos posteriores de T. López Sellés. Los diez dólmenes de Abodi se ubican en término de Ochagavía y de Villanueva de Aezkoa, constituyendo la estación con ejemplares a mayor altitud de todo el repertorio dolménico pirenaico, superando los 1400 metros (el más alto, el de Idorrokia III, se emplaza a los 1490): son los dos de Arrizabala (I y II), el de Bortubizkarra, el de Gaztanbidea, el de Gibelea, los tres de Idorrokia (I, II y III) y los dos de Landabizkarra (I y II). Todos ellos son dólmenes de cámaras cortas, envueltos en túmulos circulares de tamaños medianos a pequeños (en torno a los 10 a 15 metros de diámetro, con una altura poco superior al medio metro).

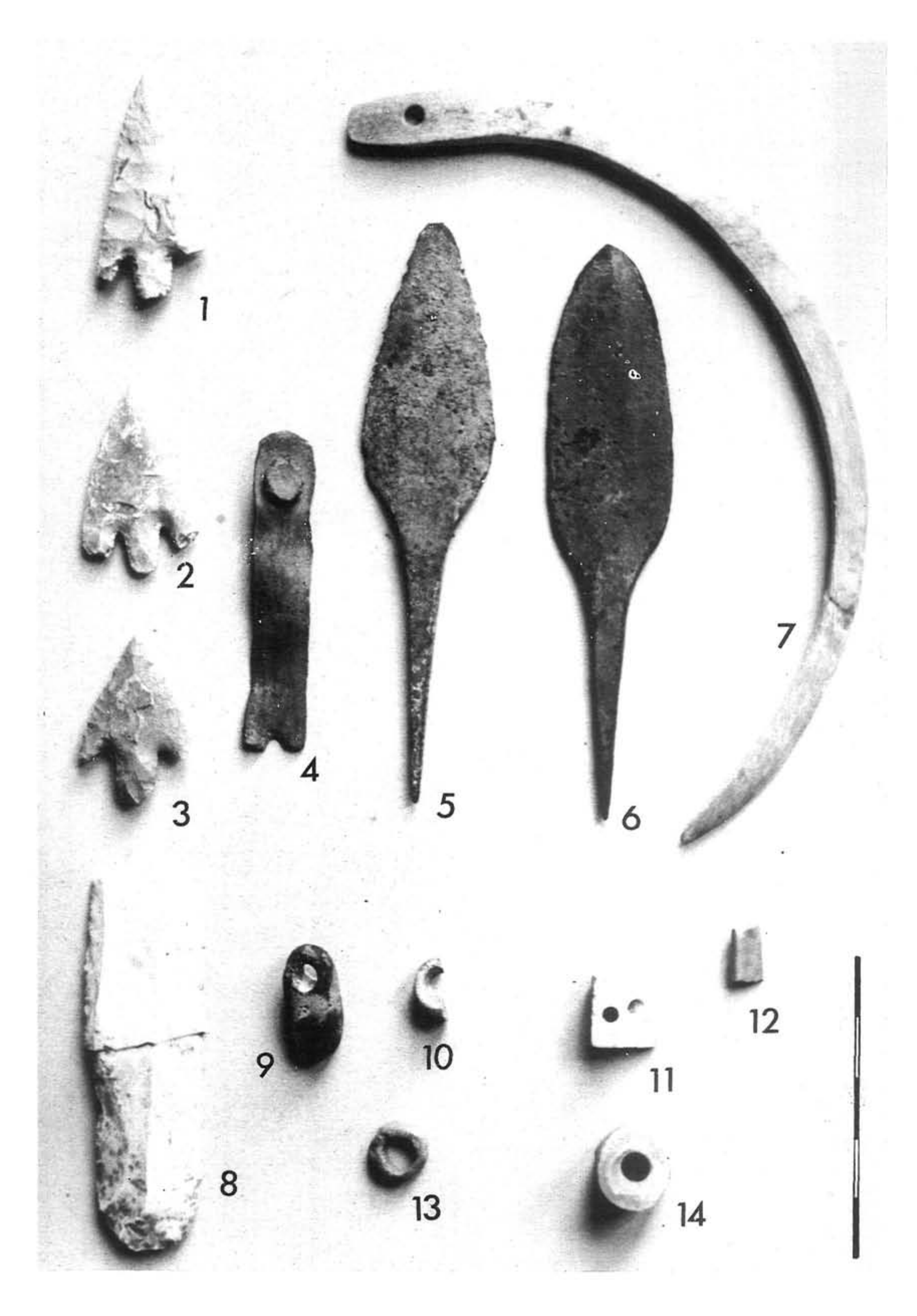



FIG. 83. Ajuar hallado en el dolmen de Sakulo (Roncal), por D. Fernández Medrano y J. Maluquer de Motes, en sus excavaciones. 1, 2, 3: puntas de flecha de sílex, 4: fragmento de cinta de bronce, 5, 6: puntas lanceoladas de cobre o bronce (tipo Palmella), 7: gran colgante fabricado de un colmillo de jabalí, 8: cuchillo de sílex, 9, 10, 13, 14: cuentas de piedra, 11: Botón de marfil de forma prismática triangular, con perforación en V, 12: laminita de oro doblada como colgante.



FIG. 84. Dolmen de Faulo (en Bigüezal; sector de Leire-Illón) (fotografía de T. ANDRÉS).

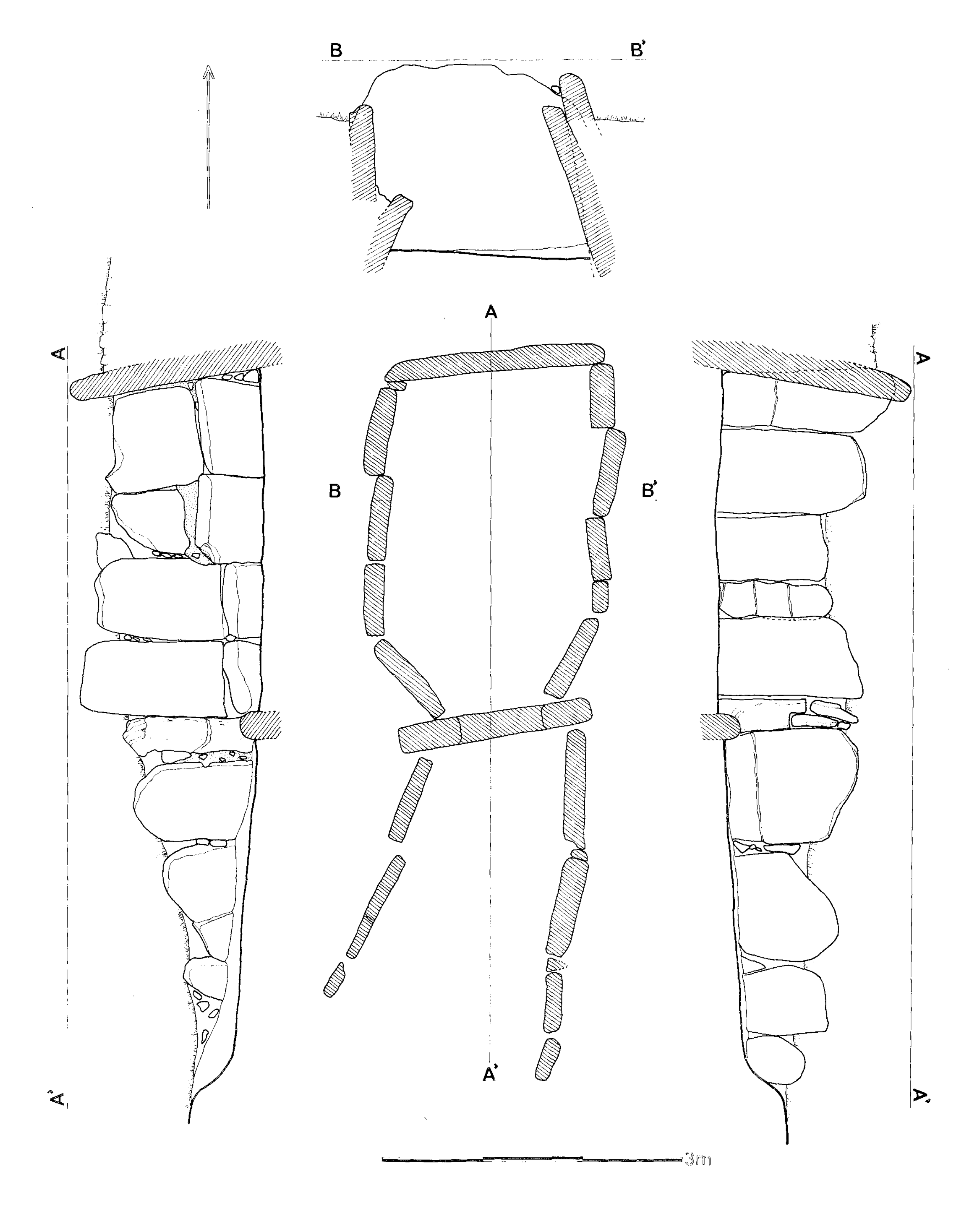



FIG. 85. Planta y alzados del dolmen (sepulcro de corredor) de la Mina de Farangortea (Artajona) (según T. ANDRÉS).

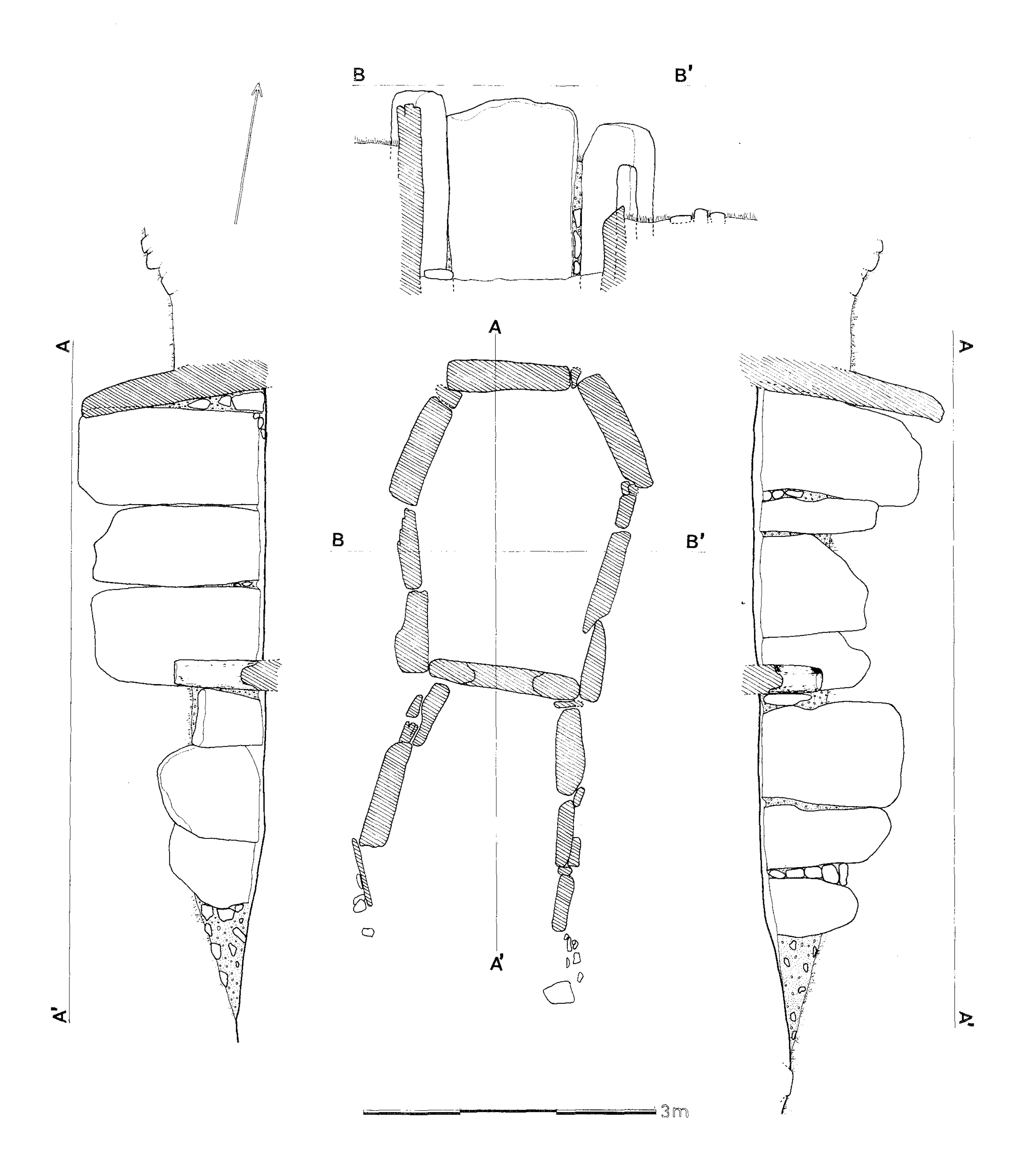



FIG. 86. Planta y alzados del dolmen (sepulcro de corredor) del Portillo de Eneriz (Artajona) (según T. ANDRÉS).

35. *Sector de Roncal.* Constituye el grupo dolménico más oriental de Navarra, en su límite ya con Aragón. El primer dolmen del sector fue señalado por J. Elósegui en 1943; completándose el repertorio de dólmenes roncaleses con los descubiertos luego por F. Ripa y por T. López Sellés. Se han catalogado seis monumentos dolménicos: cuatro no excavados (Belabarce, Larra, Lubrakieta y Roizu) y dos (Sakulo y Arrako) excavados por D. Fernández Medrano y J. Maluquer de Motes. Por su monumentalidad destaca el dolmen de Arrako (sepulcro de galería con túmulo, de 8 a 10 metros; y un cromlech en derredor de 15 testigos) y, por la variedad de sus ajuares, el de Sakulo (donde se encontraron abundantes restos óseos humanos, diversas puntas de flecha de sílex, dos metálicas del tipo Palmella, algunos colgantes excepcionales...) (figura 83).

36. *Sector de Ardaitz.* La estación, de tres dólmenes (Ardaitz I, Ardaitz II y Ezkiregi), fue descubierta en 1934 por J. M. de Barandiarán: él mismo excavó el dolmen de Ezkiregi (con hallazgo de escaso ajuar). La losa de cubierta de este dolmen posee un surco profundo, por su cara externa.

37. *Sector de Arriasgoiti.* Se halla próximo al sector de Ardaitz (aquellos en término de Ardaitz, los de Arriasgoiti en el de Zunzaren), constando de dos dólmenes (Oyarzabal I y II: también llamados de Biorreta), que descubrió en 1955 T. López Sellés.

38. *Sector de Arce.* Ofrece tres dólmenes (en términos de Aristu y de Oroz-Betelu), en altitud superior a los 1.000 metros: Txamorro, Zanaz Este y Zanaz Oeste. Fueron descubiertos por E. Mauleón y T. López Sellés.

39. *Sector de Salazar.* Comprende un solo dolmen, el de Sogoitia (o Larraun), en término de Izal: fue descubierto en 1957 por F. Ripa.

40. *Sector de Idokorri-Ugarra.* Ofrece un conjunto bastante apretado de dólmenes, en términos de Napal, Imirizaldu y Domeño. Los descubrió, a partir de 1957, T. López Sellés. Son los de Aikoa (dos: I y II), Angerta, Boluntza (dos: I y II), Puyomediano, Ugarra (tres: I, II y III) y Ugarrón.

41. *Sector de Leire-Illón.* La estación, cuyos primeros monumentos fueron señalados en 1952, comprende hoy trece dólmenes: fueron descubiertos por J. M. Miqueleiz, V. Araguás, E. Mauleón, T. López Sellés y J. Maluquer de Motes. Se sitúan en términos de Bigüezal, Navascués y Castillo Nuevo. Seis de esos dólmenes han sido ya excavados: por Maluquer en 1955 los de Faulo (con restos humanos de 6 individuos; y ajuar vario: por ejemplo, fragmentos de cerámica campaniforme) (figura 84), Puente Bigüezal (frag. cerámicos; restos humanos), Balsa del Portillo de Ollate (frag. cerámicos; restos humanos; una punta flecha de sílex) y Puntallo de las Capezas (frag. cerámicos), y por D. Fernández Medrano en 1961 los de Pieza de Luis (lascas; restos humanos) y de Puzalo (o Corona de Hualde: lascas y material lítico; restos humanos). Permanecen inexplorados los dólmenes de Jorabila, Legaroz, Pasomuerto, Recimonte, Claverito, Fuente de la Pila y Portillo de Ollate.

42. *Sector de Artajona.* Comprende los dos monumentales dólmenes de Farangortea y La Mina: fueron descubiertos por T. López Sellés y B. Andueza, excavados por D. Fernández Medrano y publicados por J. Maluquer de Motes, con precisa descripción de sus ajuares. Lo más espectacular de ambos sepulcros es su arquitectura (expuesta, de nuevo, recientemente por T. Andrés): se trata de amplios sepulcros de galería, con losa de separación (o «ventana»), en medio de túmulos de más de 20 metros de diámetro, por 2,5 metros de altura (figuras 85 y 86).

## 4. Repertorio de menhires

Los «*menhires*» no poseen normalmente contextos arqueológicos en estratigrafía que permitan —con total seguridad— decidir siempre sobre su antigüedad prehistórica. Suelen ser grandes bloques monolíticos, de sección aproximadamente rectangular (o aplanada), y ofrecen aún huellas de su elemental desbaste y talla.

El primer menhir identificado en la Prehistoria navarra lo fue en 1894 por J. Iturralde y Suit: se trata del de Ata, en Aralar, el llamado Erroldan Arriya. En su publicación de 1911, Iturralde refiere la leyenda que se le atribuye en el sentido de que fuera Roldán quien lo habría erigido, arrancándolo del lugar donde hoy se halla el Santuario de San Miguel in Excelsis y lanzándolo en dirección al pueblo de Madoz; habiéndosele enredado a Roldán su brazo con el manto, el pedrusco habría de caer en medio del prado donde hoy se halla. Recogiendo la leyenda de la Piedra de Roldán, se preguntaba Iturralde si no sería, precisamente, un menhir (figura 87).

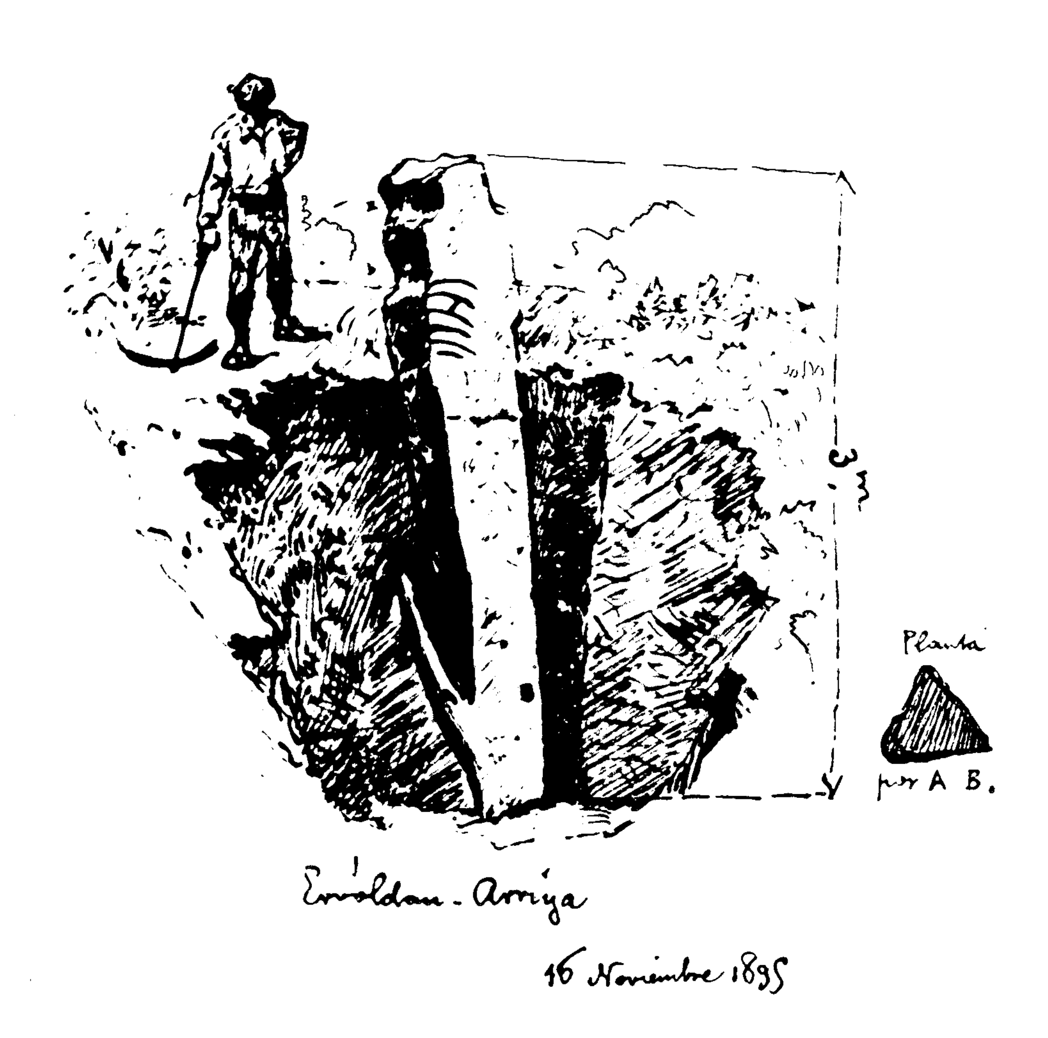



FIG. 87. Monolito (menhir?) de Erroldan Arriya, en el Aralar. Según el dibujo realizado en 1895 por J. de Iturralde.

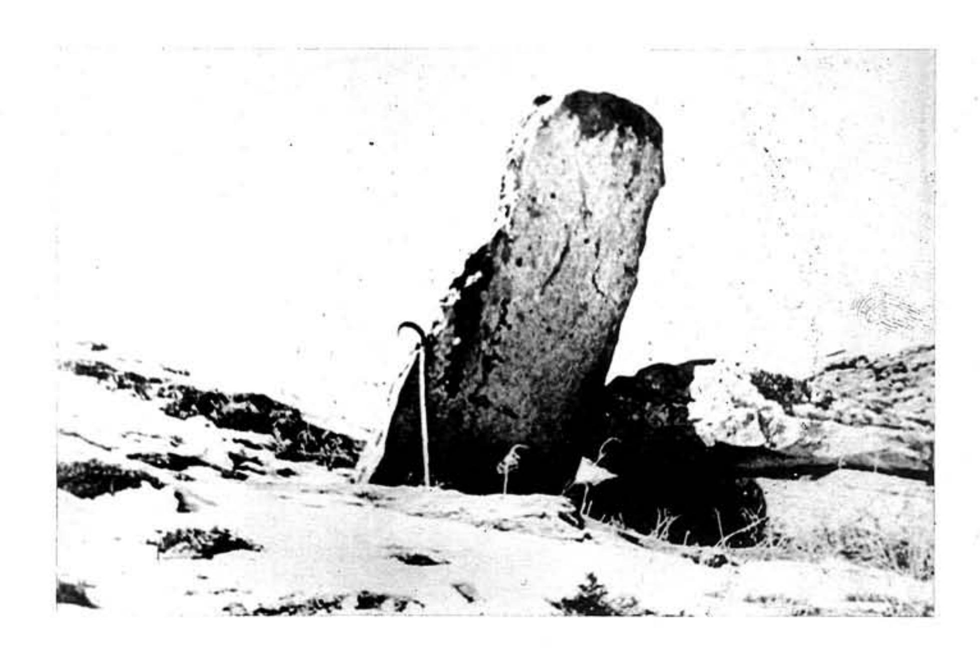


FIG. 88. Menhir de Iparla (fotografía de J. ALTUNA).



FIG. 89. Menhir de Irunarri (en Ezcurra) (fotografía de T. LÓPEZ SELLÉS).



FIG. 90. Monolitos o menhires de Artxubieta (Baztán) (arriba) y de Bagordi (Lerate) (abajo) (fotografías de F. DE ONDARRA y de T. LÓPEZ SELLÉS).



FIG. 91. Menhir caído de Zaho, en la Baja Navarra (entre Aldudes y Baztán) (fotografía de J. ALTUNA).

Según datos actualizados y reunidos por T. López Sellés (en enero de 1976) y completados con alguna referencia posterior de F. de Ondarra, el catálogo actual de menhires navarros (que, en principio, pueden ser contemporáneos de la mayor parte de los dólmenes anteriormente enunciados) incluye algo más de una docena de esos grandes hitos de piedra (figuras 88, 89, 90 y 91)

en *Lerate:* el de Lerate (de más de 3 metros de largo) y el de Bagordi (s. López Sellés),

en *Ezcurra:* el de Irunarri (s. Peña Basurto),

en *Aralar:* el de Erroldan Arriya (s. Iturralde),

en *Errazu-Aldudes:* los de Argibelgo Lepoa, Burga, Eihartze y Soalar (s. J. M. de Barandiarán y F. de Ondarra),

en *Alcurrunz (Baztán):* Artxubieta I y Artxubieta II (S. F. de Ondarra),

en *Urbasa:* el de Mugako Arriya (s. F. Leizaola),

en *Urepel-Ibañeta:* los de Argintzu, Luurzu y Zaharreta (s. F. de Ondarra).

## IV. YACIMIENTOS AL AIRE LIBRE

### 1. Historia de las investigaciones

Después de algunas noticias preliminares, como una referencia a hallazgos líticos en la Sierra de Alaiz, la consideración científica de estas series navarras fue iniciada por Juan Maluquer de Motes con su atribución campiñoide de la industria lítica de Coscobilo, de Olazagutía, en 1954, y sus comunicaciones de la existencia de series inéditas de estos yacimientos en los alrededores de Corella, en la zona de Caparroso y en la comarca de Sangüesa. Poco después, en 1959, Alejandro Marcos y Salvador Mensua señalaron la localización de un yacimiento en el Bajo Irati, en Lumbier. Todas estas noticias no pasaron de tales y excepto los ricos materiales de Olazagutía publicados por Maluquer, no fue dado a conocer ninguno de los conjuntos referidos[49].

Nuevas localizaciones fueron comunicadas por Miguel Llongueras y Luis Monreal, con su publicación en 1962 de tres yacimientos de los alrededores de Castejón y de uno del término de Tudela, en la Ribera. Al año siguiente afianzaba Maluquer el conocimiento de estas series navarras con la publicación del yacimiento de Farangortea, de Artajona[50].

Cinco años después, aparecía el estudio de E. Vallespí de conjunto de las series de estos yacimientos de Alava y Navarra, con su ordenación geográfica y encuadre doctrinal en el amplio marco del cuadrante noreste de la Península. Recientemente se ha publicado por el mismo autor la identificación de una amplia red de yacimientos en Navarra, en su mayor parte inéditos, y una ordenación de las referencias bibliográficas de los hallazgos conocidos y de diversas noticias de localizaciones por determinar, con lo que se logra el afianzamiento definitivo del conocimiento de esta manifestación arqueológica de la Prehistoria navarra[51].

En esa línea de investigación, M. A. Beguiristain ha dado a conocer varias localizaciones nuevas; y J. C. Labeaga las del término de Viana[52].

### 2. Valoración de los datos

El balance de esta aportación reciente permite la localización de un amplio número de yacimientos en el territorio provincial navarro, con más de treinta y cinco yacimientos atribuibles con seguridad, al menos inicialmente, a estas series, algunos de los cuales, como los casos del Señorío de

49. J. Maluquer de Motes, *La industria lítica de Olazagutía (*pp. 9-27, «Príncipe de Viana», n.° 54-55; Pamplona, 1954), *Talleres de sílex, al aire libre, del Norte de Aragón* (pp. 9-23, «Príncipe de Viana», n.° 58; Pamplona, 1955) y *Las actividades arqueológicas en Navarra* (pp. 179-186, «Caesaraugusta», n.° 17-18; Zaragoza, 1961); A. Marcos-S. Mensua, *Un hallazgo lítico del Paleolítico Inferior del término de Lumbier (Navarra)* (pp. 217-225, «Príncipe de Viana», n.° 76-77; Pamplona, 1958).

50. M. Llongueras-L. Monreal, *Hallazgos de material lítico en la Ribera Navarra del Ebro* (pp. 127-132, «VII Congreso Nacional de Arqueología. (Barcelona, 1960); Zaragoza, 1962); y J. Maluquer de Motes, *Notas sobre la cultura megalítica...* 1963.

51. E. Vallespi, *Talleres de sílex al aire libre... 1968, Yacimientos de superficie...* 1974 y *Hallazgos líticos sueltos...* 1974.

52. M. A. Beguiristain, *Nuevos yacimientos de superficie...* 1974; J. C. Labeaga, *Carta arqueológica...* 1976.

Learza y de los términos de Corella, Mendavia y Viana, corresponden a una red local, abarcando un número de yacimientos todavía por determinar; en el primero de estos casos, de Learza, presentamos un yacimiento personalizado, de los alrededores de Corella se reseña la relación de lugares con hallazgos, que tal vez no correspondan todos a verdaderos yacimientos, y de Mendavia y Viana nos limitamos a señalar la existencia de hallazgos en sus términos municipales, con referencia a tres localizaciones concretas en el último de ambos municipios.

Además de estas localizaciones individualizadas o de redes locales indeterminadas, se registran otros de dudosa atribución a estas series, como ocurre con la compleja industria de Coscobilo (de Olazagutía), y de referencias sin verificar, como las noticias de hallazgos en Caparroso, Fontellas, Cascante y Monteagudo; estas imprecisiones se aclaran convenientemente en la reseña monográfica de los yacimientos.

En resumen, el inventario que podemos presentar ahora de yacimientos de atribución al Eneolítico y Edad del Bronce se concreta en la lista que sigue, en detalle, en que hemos agrupado las estaciones por unidades de paisaje en nueve zonas: la cuenca alta del río Araquil, Tierra Estella, somontano de Viana y Ribera estellesa, cuenca de Pamplona, Artajona, sierras de Alaiz y de Izco, Tierra de Sangüesa, Bardena de Caparroso y Ribera tudelana.

## 3. Repertorio de yacimientos al aire libre

### *1. Yacimientos de la cuenca alta del río Araquil*

En la parte navarra del alto Araquil se localizan dos yacimientos, el problemático de Coscobilo, en el Puerto de Olazagutía, y otro inédito en Ichaso, sobre el Basaburua, subafluente septentrional del Araquil.

El *yacimiento arqueológico de la cantera de Coscobilo* fue descubierto y dado a conocer por Máximo Ruiz de Gaona, quien recogió una abundantísima industria lítica, ingresada en su mayor parte en el Museo de Navarra; Maluquer revisó estos materiales, publicando un nuevo estudio en 1954. Poco después publicaron E. Vallespí y Ruiz de Gaona varias piezas de su colección particular y María Amor Beguiristain efectuó (junto a Vallespí) el estudio de una colección inédita de materiales, recogidos por José Miguel de Barandiarán.

Como resultado de estos estudios parece claro, tal como se ha expresado en capítulos anteriores, que hay en el yacimiento un conjunto superopaleolítico de base musteriense. Pero el problema que aquí se plantea es el de la atribución por Maluquer del nutrido conjunto de materiales del Museo de Navarra a un campiñense no clásico de los comienzos de la Edad del Bronce, que equivaldría a la fijación en este yacimiento de un asentamiento al aire libre de la serie estudiada en este trabajo. Aunque esta interpretación no puede extenderse ya a la totalidad de la industria del yacimiento, la posibilidad puede mantenerse para una parte de sus materiales, pero consideramos que después de replanteada la interpretación del yacimiento con nuevas perspectivas, es prudente suspender la discusión de este problema de un conjunto del Bronce hasta que se disponga del estudio analítico de la totalidad de los materiales.

*Yacimiento aislado del término de Ichaso.* Procedente de este término, en el río Basaburua, subafluente del Araquil, en la vertiente meridional de las Montañas Vascas (Puerto Azpiroz y Monte Arriz), divisoria de aguas con la cuenca del Ebro, ha controlado E. Vallespí un lote inédito de hachas pulimentadas y lascas de sílex, recogido por Miguel Angel Zuazua y Gisela Wegener de Zuazua, que guardan estos materiales.

Son cinco ejemplares de hachas pulimentadas, cuatro de ellos de procedencia imprecisa y un quinto ejemplar recogido junto a un lote de lascas de sílex; las hachas son de tamaños ordinarios y secciones ovalada, ovalada aplanada, ovalada muy aplanada y flancos rectos y un quinto ejemplar, de ofita sin pulimentar, sección ovalada y sin filo, debe ser un percutor. Estamos ante una noticia inicial que precisa su verificación directa de campo, pero cuya inclusión entre los conjuntos abiertos de superficie responde metódicamente a la procedencia local común de los materiales y la observación de los prospectores de tratarse de recolecciones al aire libre, sin relación aparente con restos constructivos.

### *2. Red de yacimientos de Tierra Estella*

En esta comarca hay localizada una incipiente red, con el control hasta ahora de seis yacimientos, ubicados en los términos de Baríndano, Mendaza, Piedramillera, Oco, Desojo y Muniain de la Solana, más varios por determinar en el Señorío de Learza, de los que podemos precisar dos

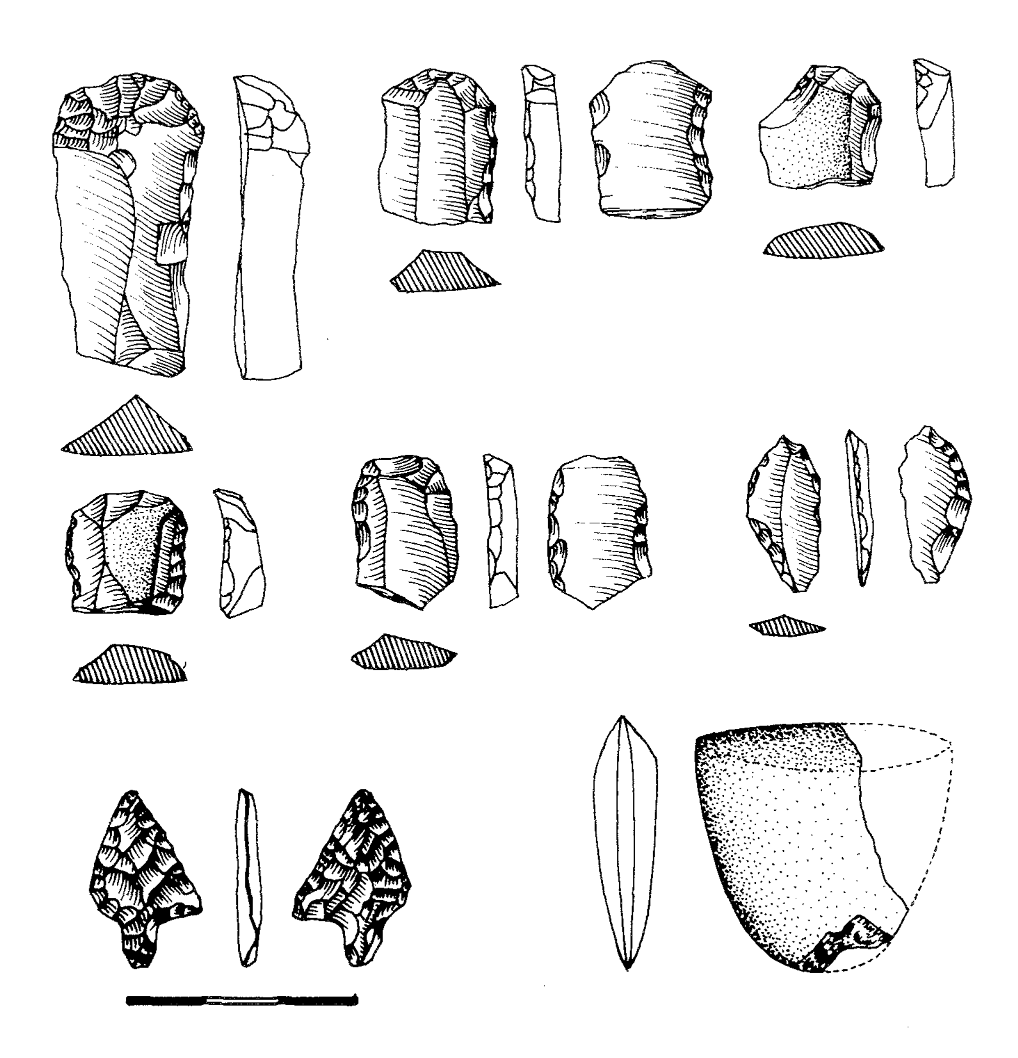


FIG. 92. Materiales líticos recogidos en la Balsa de Mendaza (Mendaza) (colección Zuazua): raspadores en extremo de lámina, laminita con retoques, punta de flecha tallada y pequeña hacha pulimentada.

localizaciones individualizadas. Uno de nosotros (E. Vallespí) ha revisado el yacimiento de Muniain de la Solana, realizando una rápida excursión por el Señorío de Learza e inspeccionando la situación panorámica de los asentamientos de Baríndano y Desojo, por lo que queda pendiente su revisión directa, así como la de los restantes lugares.

*Igarmina, en Baríndano.* En ambas orillas del Urederra, a lo largo del valle de la Améscoa Baja, abundan los hallazgos de sílex, según comprueban las recolecciones de Emilio Redondo Martínez, de Zudaire, tratándose por ahora de materiales poco significativos reducidos a restos de talla. En Zudaire, a la derecha del río, junto al templo del mismo pueblo, se recogió un fragmento de lámina de sección trapezoidal, de intensa patinación blanquecina; otra laminilla, también sin retocar, procede de Gollano, a la izquierda del río. Más precisa es la localización, efectuada por dicho prospector en Baríndano, a la derecha del río, en un leve montículo arrasado en los campos de cultivo junto al cauce (lugar denominado Igarmina), de un pequeño lote de sílex, con algunas lascas, un raspador carenado y una cuenta de collar de barro.

*Balsa de Mendaza.* El yacimiento está emplazado junto a una balsa de las afueras del pueblo de Mendaza y fue descubierto en febrero de 1971 por Miguel Angel Zuazua y Gisela Wegener, quienes conservan en su colección particular los materiales recolectados (figura 92).

Se trata de un conjunto exclusivamente lítico, asociando los sílex a las hachas pulimentadas. La industria del sílex ofrece abundantes restos de talla, lascas y láminas de tamaño pequeño y el siguiente cuadro tipológico: dos bolas poliédricas, una de ellas reutilizada como hendidor; dos láminas retocadas; un nutrido lote de raspadores, con once ejemplares: tres carenados, uno semicircular en lasca nucleiforme y dos cepillitos-raspadores, dos grandes sobre lasca, uno frontal largo en lámina gruesa, cuatro frontales cortos sobre lámina y uno en lasquita; una truncadura profunda normal en laminilla; un muy dudoso geométrico (segmento de círculo); un foliáceo (punta de flecha de talla plana bifacial, en forma triangular con pedúnculo). A estos sílex se asocian tres fragmentos de hachitas «votivas» pulimentadas, de secciones muy planas.

*Yacimientos del término municipal de Piedramillera.* Descubiertos en abril de 1971 por M. A. Zuazua y G. Wegener, quienes recogieron un conjunto de materiales que hemos examinado en su colección particular y está formado por un lote de sílex, una piedra tenaz de posible utilización y varios huesos indeterminados. El lote de sílex presenta abundantes restos de talla (lascas microlitizantes y algunas laminillas), una bola, un raspadorcito en lámina corta, un raspador-perforador microlítico sobre lasquita, un fragmento basal de laminilla de doble dorso, rebajado por retoque vertical directo en el lado izquierdo e inverso en el derecho, un minúsculo fragmento de medialuna en lasquita sin arista y con dorso rebajado por retoque vertical directo y, finalmente, un minúsculo fragmento de pieza de hoz, con microdenticulado patinado por lustre de cereal.

*Yacimiento del término de Oco.* En el bosquecillo del cerro junto al pueblo recogieron M. A. Zuazua y G. Wegener, en mayo de 1971, un lote de sílex ingresado en su colección particular, con lascas pequeñas y microlíticas y láminas grandes y microlizantes, restos de talla, y dos piezas retocadas, un raspador sobre lasca pequeña y un raspadorcito sobre lasca, además de un trocito de cristal de roca.

*Yacimientos del Señorío de Learza.* La prospección del territorio de ese señorío, propiedad del marqués de Vessolla, emprendida en el verano de 1971 por Alberto Monreal, comprueba la existencia de industrias líticas de superficie de las series estudiadas en este trabajo, con hallazgos esporádicos de sílex y algún hacha pulimentada en diversos parajes y varias localizaciones concretas, como los lugares de Encima del Fresno y Camino de la Sierra.

Del yacimiento de Encima del Fresno procede un conjunto lítico compuesto por un lote de sílex y un hacha pulimentada. En sílex hay restos de talla (lascas de tamaño pequeño y láminas pequeñas, con alguna lámina grande); una bola; varias láminas con retoque marginal o huellas de uso; tres raspadores pequeños sobre lasca (semidiscoidal en lasquita cortical, ladeado en lasquita microlítica y unguiforme en lasquita con córtex); un fragmento de lámina truncada parcialmente retocada por un incompleto retoque vertical directo; una lámina bitruncada formando un geométrico en trapecio irregular, de retoque vertical directo; un fragmento distal de punta de dorso rebajado, de retoque vertical directo en el borde izquierdo; dos espléndidas medias lunas, ambas de retoque vertical directo, una en laminilla conservando completa la arista integrante y otra en lámina mayor con arista casi suprimida y retoque rasante muy regular en la cara inferior, completando el retoque dorsal; y un fragmento de pieza de hoz, con dientes patinados. Acompaña a estos materiales de sílex un fragmento distal de hacha de piedra pulimentada, en ofita, de sección plana, con aristas de los flancos señaladas y completo pulimento.

*Dehesa de Sansol, en Desojo.* En ese lugar, del término municipal de Desojo, en un montículo de suaves laderas emplazado en la izquierda de un arroyo afluente del río Odrón, se han registrado hallazgos de piezas de sílex, hachas pulimentadas y cerámicas, cuya noticia recibió hace unos años Alejandro Marcos de José Juan Barragán, autor de dichas recolecciones; hemos podido ver tan sólo media docena de lasquitas u hojitas, restos de talla, que procedentes de esos hallazgos se guardan en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra. Según comunicación personal de A. Marcos, sendos lotes de materiales de este yacimiento fueron a parar al Museo Arqueológico Nacional y a la colección reunida por Julio Rodríguez en el Seminario Diocesano de Logroño.

Los materiales líticos de esta última colección han sido publicados recientemente por María Amor Beguiristain y A. Castiella[53], cuyo estudio individualiza tres conjuntos, correspondientes a unas industrias del sílex homogéneas y microlitizantes, con asociación a cerámicas registrada en dos de los conjuntos. En uno de ellos, el conjunto A, los materiales se recogieron en el espacio cercado por un muro curvo de piedras sobre la cumbre y laderas del montículo, apareciendo un lote de sílex, con restos de talla, una muesca, un perforador tosco y dos truncaduras, normal y oblícua, asociados, según la nota que acompañaba a los materiales, a cerámica «negra torneada y sin tornear», una moleta oval, un hueso labrado «con incisiones escalariformes». El conjunto B consta exclusivamente de un lote de sílex, con restos de talla, tres láminas y una lasquita retocadas y una muesca doble. El conjunto C, recogido en un área muy reducida, con un trozo de moleta, abundante cerámica manufacturada y plástica, de mamelones, atestiguados por la nota que acompaña a los materiales, ofrece una industria del sílex representada por restos de talla, tres láminas retocadas, dos raspadorcitos carenados, dos muescas, una truncadura y dos buriles laterales.

*Yacimiento del término de Muniain de la Solana.* Fue descubierto por Segundo Ruiz Roca, de Estella, con quien se efectuó una revisión en abril de 1973. Se trata de un montículo amesetado, junto al Ega, en cuya cima sobre el cauce del río afloraron, al labrarse el terreno con tractor, varias manchas de tierra oscura, distanciadas entre sí irregularmente, con piedras, cenizas y carbones, apareciendo en esas áreas arqueológicas varios fragmentos de piezas de molino, hachas pulimentadas, fragmentos cerámicos y piezas de sílex, que se reseñan seguidamente.

Las piezas de molino recogidas son tres fragmentos, uno correspondiente a la pieza pasiva de un ejemplar de cuarcita, de tipo barquiforme, muy regular y de buena factura, con la cara de moler plana; los otros dos fragmentos son de arenisca con cemento de carbonato cálcico, una pieza delgada de caras planas casi paralelas, ambas con huellas de uso, y el otro fragmento, de arenisca de grano grueso, pertenece a una pieza de mayor tamaño y forma indefinida. En la meseta del cerro se localizó además una pieza pasiva de molino manual, de gran tamaño, de estos tipos barquiformes primitivos, con la cara de moler cóncava. Se recogió también, en el área cenizosa de hallazgos, una cuarcita, canto rodado aplanado de forma semicircular irregular, con desgastes de uso en el flanco curvo.

Se recogieron tres ejemplares de hachas pulimentadas: una pieza entera, probablemente de ofita alterada, de sección ovalada y superficie sin pulimentar, y dos fragmentos de sendos ejemplares de ofita (un fragmento distal, de filo pulimentado, perteneciente a una pieza de buen tamaño; y un fragmento indeterminado de otra pieza ovalada, sin pulido).

Las cerámicas controladas se limitan a cuatro fragmentos de sendas vasijas manufacturadas: un fragmento de pared recta, de un grueso máximo de 9 mm., de forma inidentificable, de barro con piedrecillas y materia orgánica, pasta mitad interior negra y exterior color marrón y superficie sin tratar, de rugosidades irregulares; un fragmento de pared, de forma inidentificable, de un grueso regular de 9 mm., de barro compacto, pasta negra y capa exterior delgada de color marrón y superficie alisada y desgastada; fragmento de pared, posiblemente de una carena baja, con un grueso de pared de 7 mm. y 16 mm. en la carena, de barro compacto con partículas minerales, pasta interior negra y exterior marrón claro amarillento y superficie alisada; fondo plano, de 11 cm. de diámetro aproximado, con comienzo de pared apenas abierta, grosor del fondo 1,5 cm. y 1,3 cm. la pared, de pasta color negro, compacta y bien trabajada, con pequeñas partículas sin acabar de triturar, que se notan en la fractura y en la superficie interna, cara exterior de coloración rojizo-amarillenta y superficie tratada por alisado irregular.

Las piezas de molino, hachas pulimentadas y cerámicas se asocian a una industria del sílex, representada en estas recolecciones, aparte de un corto lote de trozos imprecisos de talla, de tamaños medianos y pequeños, por dos núcleos pequeños globulosos, de lascas, una docena de lascas pequeñas y microlascas, varias laminillas y microlaminillas y como piezas retocadas, laminillas con retoque marginal y con muesca unilateral, raspadores sobre lasca, una pieza microdenticulada clasificable como pieza de hoz y un foliáceo, punta de flecha de retoque plano bifacial, con la extremidad distal rota.

53. M. A. BEGUIRISTAIN-A. CASTIELLA, *La colección «Julio Rodríguez»*... 1973.

Estamos por lo tanto ante un interesante yacimiento, con mucha probabilidad un poblado constituido por la concentración de fondos de cabaña sobre un cerro, junto al río.

### *3. Yacimientos del Somontano de Viana y Ribera Estellesa*

*Yacimientos del término municipal de Viana.* La prospección de este término municipal, efectuada por Juan Cruz Labeaga, del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, aporta la localización de tres yacimientos de superficie, en los lugares de Valdecarro, la Castellana y Valdevarón[54].

Según el cuidado análisis de J. C. Labeaga se ofrece un variado instrumental de sílex tallados (los raspadores son los más abundantes, y hay también buriles, perforadores, raederas, truncaduras, denticulados, tres geométricos —dos segmentos y un fragmento de posible trapecio de doble bisel parcial—, una foliácea sobre sílex tabular, y una pieza de hoz), un hacha de piedra pulimentada, algún material metálico (p. e., fragmentos de agujas o punzones de bronce) y fragmentos cerámicos (algunos a mano, de paredes toscas irregulares; o con decoraciones en cordones plásticos). Se concluye su lógica adscripción a un ámbito de la Edad del Bronce que se perdura —en elementos arqueológicos evidentes— hasta plena Edad del Hierro.

*Yacimientos de los alrededores de Mendavia.* Proceden de diversas prospecciones de Angel Elvira e Inés Sáinz por ese término municipal, sin que se haya definido la individualización de cada una de las estaciones dentro del lote conjunto que ha estudiado y descrito con precisión M. A. Beguiristain en 1974. La colección estudiada incluye un centenar largo de piezas de sílex tallado (treinta y una lascas y láminas de bordes retocados, diez raspadores, cuatro raederas, tres láminas con muesca, cuatro truncaduras, dos buriles «de fortuna», dos piezas de hoz, cuatro puntas de flecha foliáceas, un cuchillo de dorso, un fragmento de segmento de círculo con retoque en doble bisel; varios restos de talla), un hacha «votiva» de ópalo y un largo colgante pulimentado en una roca tenaz.

El conjunto descrito revela, en atinado análisis de Beguiristain, una señalada unidad tecno-morfológica en que «la ausencia de triángulos y trapecios, la utilización de retoque de doble bisel en la media luna así como la presencia en los lotes de puntas de flecha de retoque bifacial parecen señalar (junto al instrumental pulido)... unos conjuntos de superficie de un momento avanzado»[55].

### *4. Yacimientos de la Cuenca de Pamplona*

Se han efectuado dos localizaciones en los alrededores de la capital, en sendas altiplanicies sobre los ríos Arga (en Barañaín) y su afluente el Elorz (en Ventas de Cordovilla).

*Barañaín.* El yacimiento arqueológico fue descubierto por Carlos Arias, colaborador del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, y revisado por E. Vallespí, en marzo de 1973. Los hallazgos se desparraman esporádicamente por los campos del oeste de la urbanización moderna de Barañaín, en los rebordes de una altiplanicie sobre el río Arga, densificándose en la finca del Señorío de Eulza. La paciente prospección del descubridor ha permitido la recogida de un conjunto lítico, de sílex y rocas afines, con aprovechamiento de materia prima muy pobre, de los cantos rodados de las gravas del lugar.

Aparte de trozos naturales y restos indefinidos de taller, aparecen restos de talla, con varios núcleos pequeños de lascas, irregulares, alguno globuloso, a veces con huellas de extracción de laminillas, lascas y láminas pequeñas y microlíticas, en proporción equilibrada, ofreciendo ejemplares con retoques y huellas al parecer de uso, en piezas con frecuencia muy rodadas. El lote de piezas retocadas está constituido por: una lasca retocada y con muesca fortuita, dos denticulados (en lasca y en lámina), cinco piezas con muesca, dos probables piezas de hoz, cuatro laminillas retocadas (de retoque marginal y lamelar plano), una laminilla de doble dorso, una lasca de doble dorso, dos microrraspadores en lasquita y laminilla microlíticas y un geométrico (triángulo, fragmentado) en sílex de buena calidad, de perfecto retoque vertical directo, con huellas de uso en el filo de la cara inferior.

*Ventas de Cordovilla.* Localizado en otoño de 1971 por Carlos Arias y revisado por Vallespí en 1972, el yacimiento está significado por un pobre lote lítico recogido en un amplio altozano sobre el río Elorz. La industria reúne una lámina de doble dorso y dos lascas de borde retocado.

---

54. J. C. LABEAGA, *Carta arqueológica...* 1976, pp. 41-42, 164-174 y 179-180.
55. M. A. BEGUIRISTAIN, *Nuevos yacimientos...* 1974, pp. 93-95.

### 5. *Yacimientos de la zona de Artajona*

En el área local de Artajona, de la Navarra Media, en su término municipal y en el de Tirapu, además del yacimiento de Farangortea, publicado por Maluquer en 1963, hemos controlado dos nuevas localizaciones inéditas en Tirapu, debidas a Miguel Angel Zuazua y Gisela Wegener. No hemos revisado los yacimientos, por lo que para el yacimiento de Farangortea (cuyos materiales se conservan en el Museo de Navarra), utilizamos exclusivamente la publicación de Maluquer y de los nuevos yacimientos presentamos los materiales que nos han sido mostrados.

*Farangortea, en Artajona.* Descubierto y publicado por Juan Maluquer de Motes, el yacimiento está emplazado en un altozano que domina el sepulcro megalítico del Portillo de Enériz, de cuyo monumento dista menos de 150 m. correspondiendo el lugar al mismo límite de términos entre Añorbe y Artajona. Según las indicaciones de Maluquer, el área de hallazgos (actualmente campo labrado), es de unos 80 m. de longitud por unos 40 m. de anchura, sin que presente evidencia de restos constructivos y densificándose en ella la aparición de materiales arqueológicos en corros irregulares de 6 a 8 m. de diámetro, que en algún caso presentan coloración más oscura de la tierra. Se trata, en valoración de su descubridor, de un poblado con probables fondos de cabaña.

El conjunto de materiales recogidos ofrece la asociación de una industria del sílex a las hachas pulimentadas y las cerámicas (figura 93). La industria de sílex se compone de piezas pequeñas, aunque no microlíticas, obtenidas en materia prima de calidad mediocre, de nódulos de tamaño pequeño y mediano y con una técnica mixta de láminas y lascas, con predominio de las láminas; hay en el conjunto algún núcleo troncocónico, lascas y láminas sin retocar y una serie de piezas retocadas, entre las que clasifica Maluquer raspadores (sobre lasca, semicirculares pequeños sobre hoja o lasca foliácea, con algún ejemplar de raspador doble) y microburiles, viéndose en los dibujos de su estudio láminas y lascas retocadas, láminas de dorso rebajado, alguna punta de dorso rebajado, truncaduras oblicuas y geométricos (triángulos y trapecios); cerca del yacimiento se recogió también una punta de flecha de retoque plano bifacial. Con el conjunto de sílex del yacimiento aparecieron dos fragmentos de hachas pulimentadas de tamaño ordinario, una de sección cilíndrica y la otra con tendencia a sección rectangular, y una hachuela de fibrolita, algunos fragmentos de cerámicas lisas, de pasta rojiza y superficie pulverulenta, una cuenta discoidal de caliza y cristales de roca.

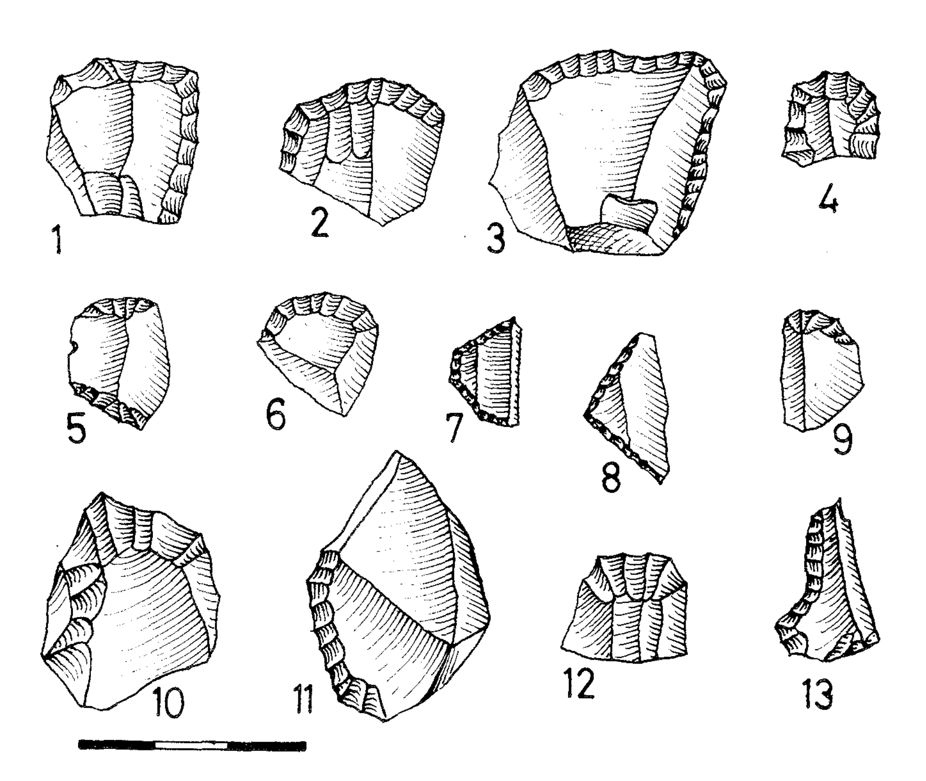



FIG. 93. Sílex tallados recogidos por J. Maluquer de Motes en el poblado de Farangortea (inspirado de Maluquer de Motes en 1963).

*Corraliza de Tirapu.* Según el descubrimiento —por M. A. Zuazua y G. Wegener— se emplazan los hallazgos en diversos campos labrados junto a la corraliza de ese nombre.

Los materiales recogidos, que han quedado en poder de sus recolectores, componen un lote exclusivamente lítico, de sílex y de dos piezas de piedra tenaz (pieza de molino y dudoso hendidor). Los sílex presentan abundantes restos de talla, láminas y lascas frecuentemente laminares y un lote de piezas: dos nucleitos de posible reutilización; lascas y láminas de retoque marginal y uso, algunas clasificables como cuchillos; una muesca, una pieza de muesca y denticulado y un denticulado; un perforador; cinco raspadores cortos y uno en lasca semidiscoidal; cuatro truncaduras, una profunda normal, dos oblícuas y una bitruncadura en lámina grande; dos geométricos, una lasquita de dorso curvo rebajado, asimilable a un segmento de círculo y un trapecio de buena técnica, de retoque vertical directo. Asociadas a esta industria del sílex se recogieron la pieza fija de un molino, de tipo barquiforme aplanado, y un canto de arenisca, a modo de talón de hacha, con talla o fractura distal (figura 94).

*Vaguada de la corraliza de Tirapu.* En una vaguada cercana al referido yacimiento de Tirapu, recogieron los mismos prospectores tres sílex (lasca de desecho; lámina espesa de bordes retocados; y un foliáceo, foliforme, romboidal alargado y biapuntado, de retoque plano bifacial) asociados al fragmento distal de un hachita pulimentada y a una pieza metálica, punta de flecha al parecer de cobre, de aletas y pedúnculo planos.

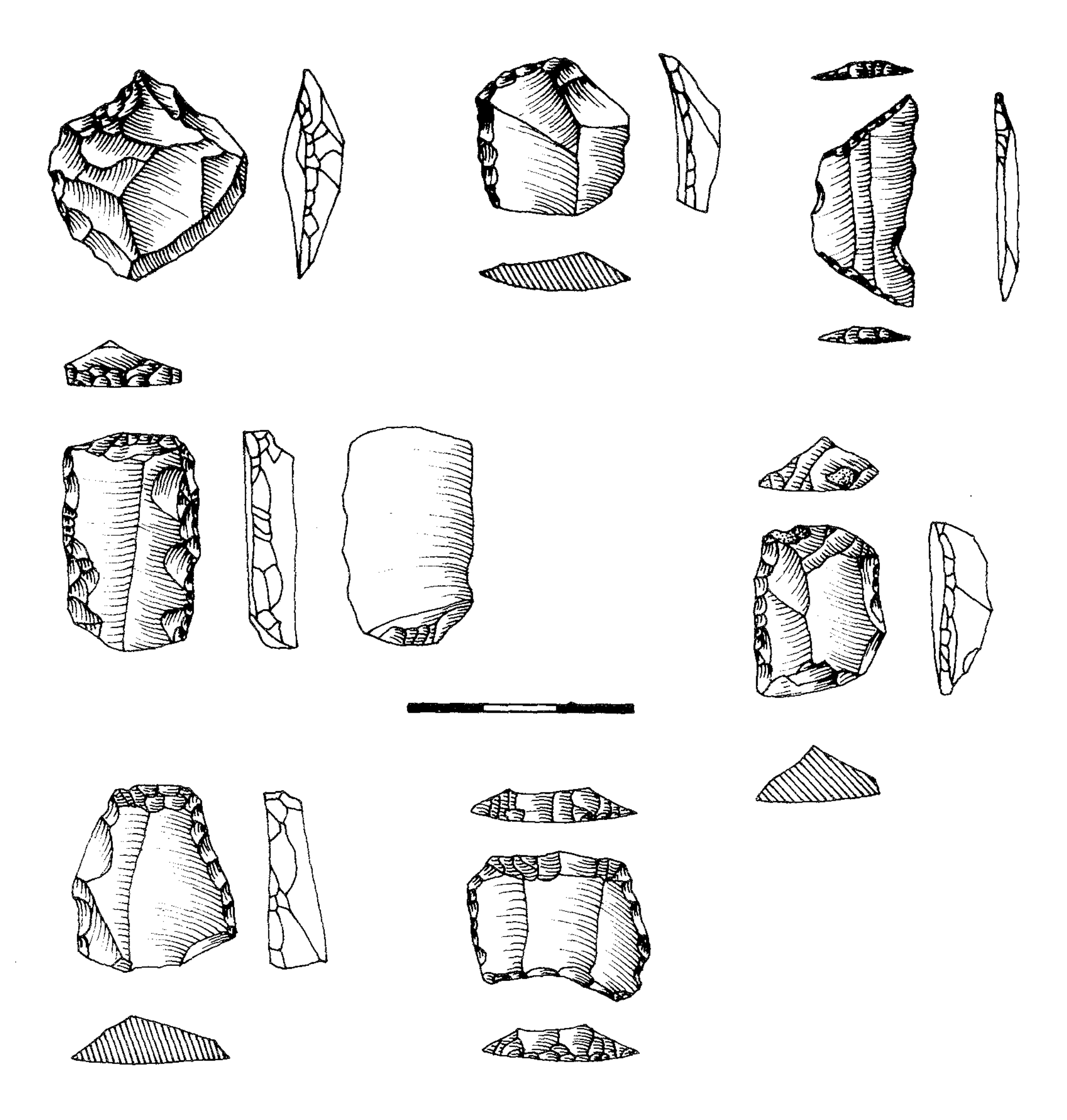


FIG. 94. Instrumentos tallados, en sílex, recogidos en la Corraliza de Tirapu (Artajona) (colección Zuazua). En el ángulo superior derecho, un trapecio.

### 6. *Red de yacimientos de las Sierras de Alaiz y de Izco*

A lo largo de las Sierras de Alaiz y de Izco, en sus dos vertientes, desde la Higa de Monreal hasta el extremo oriental de la sierra, en Izco, y en las estribaciones más meridionales, hasta cerca de Tafalla, se localiza una red de yacimientos inéditos, de los que E. Vallespí ha controlado siete, descubiertos por F. Setuain Irigoyen, en Equisoain, Higa de Monreal, Salinas de Ibargoiti, Abínzano, Izco, Sabaiza y Sansoain, y un octavo yacimiento en Leoz, descubierto con independencia de esas prospecciones por el matrimonio Zuazua-Wegener. Sin ninguna duda corresponden a esta red de yacimientos de superficie los hallazgos esporádicos de piezas líticas, de sílex y hachas pulimentadas, que había reseñado J. Altadill.

No se ha realizado la revisión de campo de ninguno de estos yacimientos, limitándonos por lo tanto a la descripción de los materiales que hemos podido examinar en las colecciones privadas de sus recolectores. En la colección de F. Setuain son pocas las piezas con procedencia local conservada, pues la mayor parte de los materiales han sido reunidos conjuntamente, por lo que conviene separar la consideración de este fondo común de materiales y la individualización de yacimientos con piezas de atribución segura, según las indicaciones del prospector.

El lote de materiales conjuntos de la colección Setuain, sin referencia al yacimiento de origen conservada, pero con seguridad procedente de los yacimientos que se individualizan (de Equisoain, la Higa, Salinas de Ibargoiti, Abínzano, Izco, Sabaiza y Sansoain), está integrado por una serie de hachas y fragmentos de hachas pulimentadas, procedentes en su mayoría de la Higa y alrededores de Monreal, pero con ejemplares también de otros lugares, lascas y hojitas de sílex, restos de talla, y una serie de piezas de la misma materia. La industria del sílex representada por estos materiales es de morfología marcadamente microlitizante y aparte de los restos de talla (con doble proporción de lascas que de laminillas), ofrece raspadores discolaterales sobre lasquita (uno de ellos en plaquita de sílex lacustre), truncaduras, lámina de borde retocado y parcialmente rebajado, geométrico (trapecio corto cerrado irregular), y foliáceos, de tipo foliforme, junto a algunos otros tipos. Las hachas pulimentadas que acompañan a esta industria del sílex han sido recogidas en gran número, según indicación del recolector de estas series, y además de los ejemplares que se han ido separando de la colección y quedan sin controlar y de un lote donado al Museo de Navarra, acompañaban a estos materiales, en el momento de su examen, diez hachas pulimentadas incompletas y cuatro pequeños fragmentos de otros tantos ejemplares.

Junto a estos materiales conjuntos, la individualización de los yacimientos originarios, con el yacimiento de Leoz, localizado independientemente, es como sigue.

*Equisoain.* Yacimiento situado en la Sierra de Alaiz, evidenciado por la recogida, efectuada por F. Setuain, en un lugar del término de ese pueblo (entre la Higa y Salinas), del Ayuntamiento de Ibargoiti, propiedad del marqués de Vessolla, de un raspador oval de sílex sobre lasca y un hacha pulimentada.

*Higa de Monreal.* En las laderas de esta montaña y en relación probable con algunos abrigos rocosos, aparecen abundantes fragmentos cerámicos y hachas pulimentadas de tamaños normales y hachitas votivas. En la pista forestal apareció una sepultura de inhumación individual, con el esqueleto al parecer replegado, con una vasija, según referencias del hallazgo casual, teniendo noticias de otro hallazgo sepulcral cercano, asimismo sin controlar; en las laderas del primer sepulcro referido, debajo de la pista, se recogió una plaquita rectangular de piedra, con un extremo roto y perforación en el extremo conservado.

*Gasu o la Mina, en Salinas de Ibargoiti.* El mismo prospector recogió en este lugar de la Sierra de Izco abundantes lascas de sílex y algunas piezas, entre ellas una punta de flecha triangular con pedúnculo, de retoque bifacial plano, obtenida en una plaquita de sílex lacustre.

*Yacimiento del término de Abínzano.* A esta procedencia de la Sierra de Izco, por concretar adecuadamente, corresponde un conjunto de sílex de la colección Setuain, con abundantes lascas y algunas piezas destacadamente una punta de flecha de pedúnculo y aletas, de talla bifacial plana, obtenida probablemente en plaquita de sílex lacustre y un pequeño *tranchet*.

*Yacimiento del término de Izco.* Hay en dicha colección particular un pequeño lote de sílex de ese origen, del extremo oriental de la Sierra de Izco, reducido a media docena de lasquitas y una laminilla, restos de talla, y queda noticia de la aparición junto a esos materiales de un incisivo, al parecer humano, perforado.

*Yacimiento del término de Leoz.* En la vertiente meridional de la Sierra de Izco, en ese término, en el camino junto al arroyo, recogieron M. Zuazua y G. Wegener, en febrero en 1971, un pequeño conjunto de sílex y un fragmento de piedra tenaz, al parecer piedra de molino. El lote de sílex está constituido por dos docenas de lascas pequeñas, de tendencia microlitizante, y fragmentos de una lámina grande y de tres laminillas microlitizantes, como restos de talla, y dos piezas retocadas, una lasquita semidiscoidal con retoque oblícuo, casi abrupto, preparando un frente a modo de raspador, y una laminilla de doble dorso marginal.

*Yacimiento del término de Sabaiza.* En la misma vertiente meridional de la Sierra de Izco, en un paraje del Patrimonio Forestal de la Diputación Foral, del pueblo de Sabaiza, aparecen abundantes lascas y láminas de sílex, de las que se guardan en la colección particular de F. Setuain dos lasquitas y cinco fragmentos de hojitas (restos de talla), un fragmento de hojita con leve muesca en el borde izquierdo y un foliáceo (punta de flecha de talla bifacial plana, triangular con pedúnculo ancho y prolongado). Junto a estos sílex se recogió también una aguja de cabeza maciza de bronce, de tipología del Bronce Final y comienzos del Hierro, depositada asimismo en dicha colección privada.

*Finca de San Lorenzo, de Sansoain.* En las estribaciones más meridionales de la Sierra de Alaiz, en esa finca propiedad del marqués de la Real Defensa, aparecen lascas de sílex, de las que se guardan en la colección Setuain dos lasquitas y fragmentos de laminillas, restos de talla.

## *7. Yacimientos de la Tierra de Sangüesa*

En 1957, comunicó Juan Maluquer la existencia de una red de talleres de sílex en la comarca, sin que se publicara entonces yacimiento alguno; únicamente en 1959 A. Marcos y S. Ménsua señalaron una localización en Lumbier. A esta determinación concreta podemos añadir ahora la existencia de otro yacimiento en el Monte de Peña, no lejos de Sangüesa, con materiales iniciales estudiados recientemente por M. A. Beguiristain.

*Hallazgos de Lumbier.* El estudio de Beguiristain describe una veintena de piezas de sílex (las recogidas por Marcos y Ménsua en un glacis de aluvión; hoy conservadas en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra), en un lote poco homogéneo. De esa veintena de evidencias la mayoría son restos de taller, estando retocadas sólo una raedera doble convergente, una truncadura sobre lasca y un *tranchet* sobre núcleo de láminas. Se señala su cronologia próxima a la de la cultura dolménica regional.

*Yacimiento del Monte de Peña.* En Javier (aunque más cerca de Sangüesa). Fue descubierto en 1971 por Mercedes Unzu, incluyendo el lote de piezas de sílex un total de cuarenta y siete, en su mayoría restos de taller. Han sido estudiadas por M. A. Beguiristain, destacando los útiles: dos truncaduras, una pieza de hoz, tres fragmentos de láminas con retoques, y un trapecio con un lado cóncavo (de retoque abrupto). Su caracterización general ofrece un diagnóstico entre los habituales conjuntos de superficie de plena Edad del Bronce.

## *8. Noticia de hallazgos de la Bardena de Caparroso*

Comunicada en 1954 por J. Maluquer de Motes la existencia de un foco de yacimientos líticos de superficie en esta zona del río Aragón y oeste de la Bardena, la noticia no ha sido todavía verificada.

## *9. Red de yacimientos de la Ribera Tudelana*

Las primeras referencias a la existencia de conjuntos lítcos de superficie en la Ribera navarra se deben a Juan Maluquer, quien en 1955 comunicó la localización de una red de yacimientos en los alrededores de Corella, con materiales en la colección del prospector, J. L. Arrese, en esa población. En 1962 publicaron M. M.ª Llongueras y L. Monreal los primeros materiales de la zona, con tres conjuntos de Castejón y uno de Tudela, de cuyo término reseñó E. Vallespí otro conjunto inédito en 1968, señalando también la existencia de tres yacimientos en Cascante. A esta serie de localizaciones podemos añadir ahora el control de otro yacimiento inédito de los alrededores de Corella, con materiales en el Seminario de Misioneros Combonianos de esa localidad y las referencias de la probable existencia de nuevos yacimientos, en Fontellas, junto al Ebro, y en Monteagudo, en el Queiles. Todos

estos descubrimientos y noticias comprueban la existencia de una red de yacimientos de superficie, de las series que estudiamos, en la Ribera Tudelana, con todos los yacimientos hasta ahora localizados en la derecha del Ebro, en sus riberas y a lo largo de los cursos y barrancos de sus afluentes Alhama y Queiles. Se expone a continuación la reseña de estas localizaciones.

*Yacimientos de los alrededores de Corella.* Señalada su existencia por Maluquer en 1955, con referencia a los materiales de la Colección Arrese de Corella, estos yacimientos permanecen inéditos. Según dicho autor parece tratarse de una industria de lascas bastante tosca, que utiliza principalmente nódulos de tamaño mediano. En la breve contemplación de las vitrinas de la colección se aprecia que se trata de recolecciones pobres, correspondientes a una industria del sílex de lascas y hojas pequeñas, con escasa proporción de piezas retocadas. Según los rótulos de las vitrinas, los hallazgos proceden de Lombatillo, Valles de Muro, Cabezo de la Baraja, El Portillo de Alfaro, Torrecilla, La Nevera, El Yeco del Balbiné, Las Navas y El Ontinar.

No sabemos si se trata en todos esos casos de yacimientos de superficie o si algunas denominaciones corresponden a simples hallazgos esporádicos o a algún poblado posterior; únicamente se conoce la circunstancia de hallazgos superficiales de estas recolecciones, muchas de ellas efectuadas en terrenos de viñedo. Materiales de estas mismas series se guardan también en la colección inédita del Seminario de Misioneros Combonianos, en Corella, procedentes de las viñas y pinares de los alrededores de la población.

*Yacimientos del término municipal de Castejón.* En 1962 fueron publicados por Miguel María Llongueras y Luis Monreal tres conjuntos líticos procedentes de los cerros de la Brea, del Soto y del Castillo, emplazados en la orilla derecha del Ebro. Desconocemos el paradero de estos materiales.

Cerro de la Brea. Los hallazgos, realizados en una pequeña elevación del terreno, en la orilla derecha del Ebro, se reducen a una docena de piezas, con hojitas microlíticas, raspadores nucleiformes, algún raspador en extremo de lámina y un microburil sobre laminilla.

Cerro del Castillo. En la cima de este cerro, de las afueras de la población y también a la derecha del Ebro, existen ruinas medievales y un poblado de la Edad del Hierro y romanización, localizándose un área de hallazgos líticos en la vertiente sur del montículo y campos adyacentes. El lote de sílex publicado se reduce a unas cuarenta piezas, con hojas generalmente microlitizantes retocadas, algunos raspadores nucleiformes, raspadores sobre hojas grandes, buriles laterales, microburiles y dos percutores esferoidales; en casa de los señores de Monreal, en Castejón, se guarda además un nutrido lote de restos de taller, de esta procedencia.

Cerro del Soto. Es un montículo de escasa elevación y muy aplanado, situado también a la derecha del Ebro, a unos dos km al SE de Castejón, cuya prospección por M. M.ª Llongueras y L. Monreal aportó un conjunto lítico de casi medio millar de sílex, con láminas grandes y microlíticas (sin retocar y retocadas), abundantes raspadores nucleiformes, raspadores en lasca y lámina, microrraspadores en extremo de hojita, buriles (normalmente sobre hojas, robustas o finas, y también sobre lascas, con abundancia del tipo central y menos frecuentes los laterales), algunos microburiles y dos piezas foliáceas de retoque plano bifacial (puntas de flecha), de tipo foliforme.

*Yacimientos de la zona de Tudela.* Del mismo término municipal de Tudela se han señalado dos conjuntos: el del barranco de Valdelafuente, dado a conocer por Llongueras y Monreal en 1962, y el de la Albea, estudiado por E. Vallespí en 1968; existiendo otro conjunto en la colección Arrese de Corella, el de los Portillos de Tudela. En su estudio sintético de 1968 comunicó uno de nosotros (E. Vallespí) la existencia de tres yacimientos líticos en Cascante (en el Queiles), a los que pueden añadirse las noticias de hallazgos en Monteagudo (sobre el Queiles) y en Fontellas (en el Ebro). Para aclarar en lo posible esta serie de hallazgos en la zona de Tudela se reseña seguidamente su ordenación por conjuntos, por lotes de materiales o por referencias.

Balsa de Purguel. En la colección inédita del Seminario de Misioneros Combonianos, en Corella, se guarda, separado de otros materiales locales, un conjunto lítico procedente de ese lugar, con indicación topográfica: «Balsa del Purguel, orilla Este y cota 343 a W de la carretera de Cascante, entre los km 8 y 9, al norte de dicha balsa». Vimos en este conjunto algún espléndido ejemplar de disquito raspador, entre alguna otra pieza y materiales de taller.

Los Portillos de Tudela. En la colección Arrese, de Corella, se individualiza un lote de sílex de esa procedencia, sin más detalles.

Barranco de Valdelafuente. Publicado en 1962 por M. M.ª Llongueras y L. Monreal, quienes efectuaron su recolección en una meseta de la margen derecha del barranco, a unos 3 km de distancia de su desagüe en la derecha del Ebro. El conjunto se limita a dos docenas de sílex, con tres núcleos, un

fragmento de lámina, algunos raspadores nucleiformes y como piezas de fortuna, un buril lateral sobre lasca cortical gruesa y un microburil, según parece concretarse de la citada publicación.

Camino de la Albea. Descubierto por Julio García Pérez, el conjunto lítico fue recogido en las laderas de unos cabezos del Camino de la Albea, emplazados en la orilla del Queiles, cerca de su desembocadura en el Ebro, junto a Tudela. En poder de su recolector vimos entonces un corto lote de sílex, con cuatro lasquitas microlitizantes y un fragmento de lámina, restos de talla, asociados a un fragmento de hacha pulimentada plana, de filo abierto, y a otra piedra tenaz con huella negativa de afilado.

Noticias de hallazgos del término de Fontellas. Cerca del Ebro, en el lugar de los Pedernales, junto a la carretera general, recogieron A. Marcos y J. García Pérez, en abril de 1969, un corto lote de sílex, sin estudiar, correspondientes a un yacimiento de superficie cuya naturaleza hay que verificar. En junio de 1973 nos ha indicado Jesús Zueco (de Ribaforada) la probable existencia de un nuevo yacimiento en el Pedriñal (montículo próximo al Ebro), cercano al lugar anterior.

Noticia de hallazgos del término de Cascante. En 1968 comunicó E. Vallespí la existencia de tres lugares de hallazgos líticos en ese término, junto al Queiles, recogiendo la noticia recibida de su descubridor, J. García Pérez: no podemos concretar ahora esos hallazgos.

Noticia de hallazgos del término de Monteagudo. En 1955 comunicó Onofre Larumbe hallazgos líticos imprecisos en una yesera del término de Monteagudo (en el Queiles): desconocemos la entidad y valor de la noticia.

Noticia de hallazgos en las proximidades de Tudela. La recogemos aquí, por primera vez, de la amable comunicación trasmitida por Alejandro Marcos quien nos ha informado de los detalles que él pudo apreciar, sobre fotos que le mostró en 1964 Joaquín Montero (de Tudela): de cuyos alrededores deben proceder los indocumentados, e importantes, materiales que describimos. Según las anotaciones de A. Marcos se trata de un conjunto formado por sílex tallados y por fragmentos cerámicos. Los sílex tallados componen un conjunto de diecisiete piezas: diez de hoz (láminas con denticulado unilateral), varias puntas de flecha (una triangular con pedúnculo, una romboidal y tres foliformes), y una lámina. Las céramicas constituyen un importante conjunto de tipo campaniforme, con dos cuencos y ocho fragmentos de otros tantos vasos: todos de formas y decoración (incisa) bastante uniformes (figura 95). Según las apreciaciones de A. Marcos el hecho de aparecer un cuenco entero y otro enteramente reconstruible hace pensar su procedencia de un yacimiento con depósito arqueológico, descartando su personalización como conjunto de superficie. Los sílex podrían asociarse a las cerámicas, en un conjunto único; o bien, integrar un conjunto independiente, de naturaleza igualmente ignorada.

De todos modos, estos materiales corresponden a las manifestaciones del Eneolítico-Edad del Bronce, y hemos de considerarlos provisionalmente como conjunto abierto de superficie, debido al desconocimiento de sus circunstancias de origen.

## V. EL PROBLEMA DE LOS POBLADOS DEL BRONCE AVANZADO

### 1. PRESENTACIÓN HISTÓRICA DE LA CUESTIÓN

Las observaciones sobre la posible existencia de poblados en la Edad del Bronce de Navarra son relativamente recientes. Con algún precedente poco preciso, su primera referencia bibliográfica completa se da en la publicación por Francisco Escalada, en 1943, de su excavación comprobatoria en el poblado del Castellar, junto a Javier: los materiales hallados se clasificaron con imprecisión desde el Neolítico hasta la época romana. Cuando, poco después, realizaron nueva excavación en el yacimiento Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga, comprobaron la existencia de un poblado del Hierro (posteriormente romanizado), pero no rebatieron suficientemente el conjunto de evidencias atribuidas por Escalada al Neolítico y a la Edad del Bronce[56].

Por aquellas mismas fechas, Taracena y Vázquez de Parga publicaron, también, su prospección de una serie de poblados de la Edad del Hierro del término de Echauri, reseñando la aparición de varios objetos de aspecto «eneolítico», de dudosa relación con el contexto excavado[57]; de modo

56. F. ESCALADA, *La arqueología en la villa de Javier y sus contornos* (Pamplona, 1943); B. TARACENA-L. VÁZQUEZ DE PARGA, *Prospecciones en el Castellar de Javier y los Casquilletes de San Juan de Gallipienzo* (pp. 9-19, «Príncipe de Viana», n.º 22; Pamplona, 1946).

57. B. TARACENA-L. VÁZQUEZ DE PARGA, *Una prospección en los poblados de Echauri* (pp. 185-206, «Príncipe de Viana», n.º 19; Pamplona, 1945).

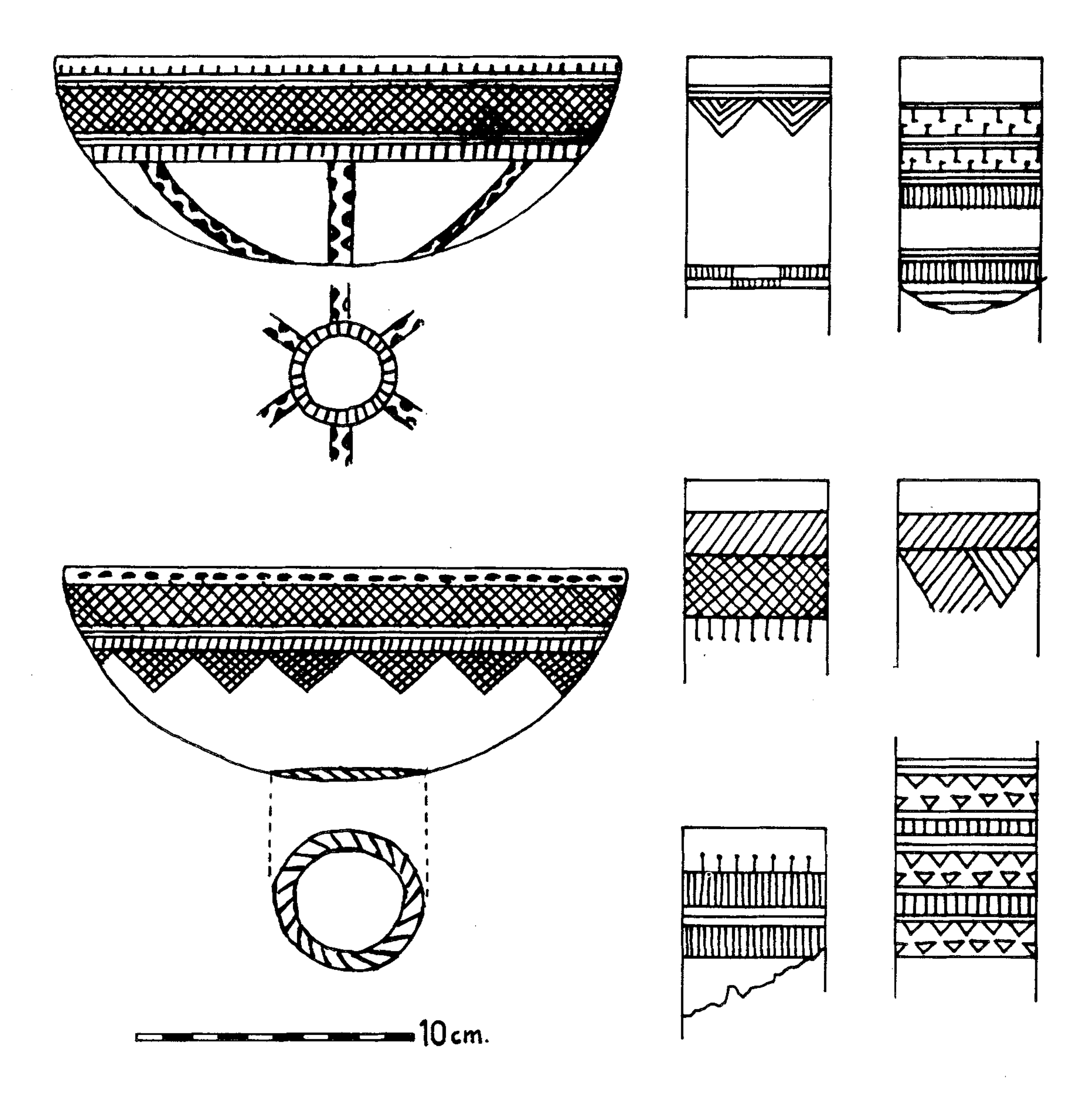



FIG. 95. Representación de la cerámica de estilo campaniforme, con decoraciones incisas, procedente de término de Tudela. Se dibujan dos cuencos completos y el desarrollo de los bordes de varios otros recipientes (según apuntes del natural por A. MARCOS POUS).

impreciso, se registró también la existencia de posibles relaciones entre un conjunto lítico de materiales del Bronce y de cerámicas de la Edad del Hierro en el cerro del Castillo, en Castejón.

El problema fue planteado sistemáticamente por Juan Maluquer de Motes, al atribuir la base del poblado de Leguín (en Echauri) a la Edad del Bronce (desde un probable arranque eneolítico), continuando el mismo poblado en la Edad del Hierro. Al mismo tiempo, Maluquer prestaba nueva atención al problema, recordando los poblados de la Edad del Bronce de Echauri (Leguín y Leguín Chiqui) y la base del Bronce Final de una serie de los poblados del Hierro conocidos en Navarra y Alava; y exponiendo la posibilidad de que corresponda a ese momento del final del Bronce el poblado inédito de Eldorre (en Artajona), interesante por la circunstancia apreciada por Maluquer de que pueda tratarse de una continuación del hábitat local anterior que había erigido los espectaculares cenotafios megalíticos de La Mina y de Farangortea[58].

Más recientemente, Enrique Vallespí ha aportado nuevas bases para el planteamiento del problema, con la personalización en Muniain de la Solana (en Tierra Estella), de un asentamiento en probables fondos de cabaña, con hogueras, molinos de mano barquiformes, cerámica, hachas pulimentadas y una industria de sílex con piezas de hoz, que parecen corresponder a un Bronce avanzado y final; en el trabajo citado se presenta la problemática concreta de los lugares de habitación regionales de la Edad del Bronce[59]. Hace poco, la revisión de conjunto de la Edad del Hierro en Navarra y la Rioja, por Amparo Castiella, alude pormenorizadamente a las principales estaciones que habían sido atribuidas a esta difícil época de transición Bronce-Hierro por Escalada, Taracena-Vázquez de Parga y Maluquer de Motes[60].

## 2. Valoración de los datos

Con estas escasas bases de planteamiento del problema de la existencia en Navarra de poblados de la Edad del Bronce, sólo es posible ahora proceder a una ordenación de las referencias señaladas, que se limitarían a la consideración de los yacimientos de Farangortea de Artajona y de Muniain de la Solana, interpretables en principio como poblados incipientes correspondientes al poblamiento de los asentamientos dispersos de superficie: explicación ya expuesta por Maluquer de Motes para el poblado de Eldorre. Por otra parte, convendrá valorar las bases del Bronce Final presentes en algunos conocidos poblados de la Primera Edad del Hierro: según se ha señalado en el Cerro de la Cruz (de Cortes de Navarra) y se podría referir —pensamos— al Castellar de Javier, a la calificación «eneolítica» del poblado de Leguín (en Echauri), y posiblemente también al Cerro del Castillo (en Castejón).

*Farangortea* (de Artajona) y *Muniain de la Solana* parecen tener en común su pertenencia al poblamiento representado por la red de asentamientos dispersos de superficie de la Edad del Bronce, en relación con el que representarían la concentración de asentamientos en un espacio delimitado. Hay, en efecto, indicios bastante claros de que esa interpretación debe ser correcta en las observaciones de Maluquer para Farangortea y de Vallespí en la presentación de Muniain.

Como antes se expuso (al tratar de los conjuntos de superficie) en Farangortea sería, según Maluquer, un poblado emplazado en altozano, con posibles fondos de cabaña que se traslucirían en la densificación de materiales arqueológicos en espacios irregulares (de 6 a 8 m. de diámetro), a veces con tierras más oscuras, dentro de un área englobadora de hallazgos de unos 80 m. de longitud por unos 40 m. de anchura. La industria recogida asocia el sílex a las hachas pulimentadas y a la cerámica.

Esas observaciones de Farangortea se enriquecen y explican mejor con el control efectuado en Muniain de la Solana (cuya descripción hicimos antes, dentro de la referencia a los conjuntos de superficie). Aquí aparece otro «poblado» análogo, en un montículo escarpado de cima amesetada, dominando el río; y con unas manchas de cenizas y carbones (junto a piedras calcinadas) que serían los restos de los hogares (y de las respectivas cabañas), junto a piedras de molino, hojas de hoz y hachas pulimentadas.

La otra serie de evidencias aducidas para basar un arranque en el Bronce de poblados bien representativos de la Edad del Hierro parece que no han de remontar más allá del Bronce Final, tal como ha sido debidamente argumentado en el Cerro de la Cruz de Cortes por Maluquer y, por él

58. J. Maluquer de Motes, *La casa rural prehistórica en Navarra* (pp. 385-394, «Príncipe de Viana», n.º 26; Pamplona, 1965) y *Consideraciones sobre el problema de la formación de los vascos* (pp. 115-128, «IV Symposium de Prehistoria Peninsular»; Pamplona, 1966).

59. E. Vallespí, *Yacimientos de superficie...* 1974, pp. 36-40.

60. A. Castiella, *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja* (Pamplona, 1977); en pp. 17, 53, 55 y 161 se alude a Leguin, Castellar de Javier, Dorre (Eldorre) y Cerro del Castillo de Castejón.

mismo, para interpretar el arranque del poblado de Leguín (en Echauri), lo mismo que los conjuntos de «aspecto» del Bronce registrados en el Castellar de Javier, en Eldorre, y en el Cerro del Castillo de Castejón que, a nuestro modo de ver, tendrían la misma explicación. Se trata, entonces, de la base en el Bronce Final de yacimientos de la Edad del Hierro, en un fenómeno que debe tener más amplitud que la considerada hasta ahora en la región[61].

De este modo, el problema de la presencia de un habitat concentrado en chozas que se agrupan en poblados estructurados, dentro de la Edad del Bronce navarro, debe separarse en una diferente consideración:

—por un lado, aquellos casos (por el momento sólo de Farangortea en Artajona y Muniain de la Solana en Tierra Estella) que sugieren tales estructuras «urbanas», con un utillaje correspondiente a grupos que ya practican la recolección de cereal (hojas de hoz y piedras de molienda) y realizan actividades deforestadoras (hachas pulimentadas), y se deben atribuir a fechas próximas a las que conocen los llamados conjuntos de superficie (la Edad del Bronce en sus fases centrales, probablemente).

—por otro, los poblados perfectamente estructurados de la I Edad del Hierro (algunos de los cuales se prolongarán en un Hierro II, o «celtibérico»; y llegan, a veces, a conocer la romanización) que, en sus horizontes de base, ofrecen evidencias arqueológicas referibles ya a un Bronce Final. Pero cuya consideración —dada la continuidad estratigráfica y cultural apreciada en la «vida» del poblado— habrá de hacerse en conjunto con esas etapas del Hierro I y de la próxima Protohistoria.

## VI. HALLAZGOS DE PIEZAS SUELTAS

### 1. Referencias bibliográficas

Para el estudio del poblamiento del Neolítico y Edad del Bronce cobra interés el registro de hallazgos sueltos de piezas líticas y metálicas. En la Prehistoria navarra las primeras referencias al tema se incluyen en los Boletines de la Comisión de Monumentos, a partir del año 1910, y en los trabajos de Iturralde y de Altadill en el primer cuarto de siglo; algunas de estas esporádicas referencias iniciales de hallazgo de hachas pulimentadas pasaron a la obra de conjunto de 1934 y al catálogo de 1946, de Prehistoria vasca, de J. M. de Barandiarán, mientras que F. Escalada ampliaba en 1943 aquellas listas con nuevos hallazgos[62].

Recientemente se ha prestado una atención adecuada a los hallazgos de piezas metálicas, reuniendo datos e intentando su interpretación de conjunto, en aportaciones de J. Maluquer de Motes, de J. M. Apellániz y de C. Pérez Arrondo; y acumulando mayor información comprensiva por E. Vallespí de las piezas talladas y por C. González Sainz de los instrumentos pulimentados[63].

### 2. Repertorio de hallazgos

Como testimonios arqueológicos las piezas sueltas poseen un valor desigual pues no dudamos que en algunos casos debe tratarse de indicios de yacimientos aún no apreciados, mientras que en otras

61. Véanse las atinadas referencias, que debemos suscribir, de J. Maluquer de Motes en *La casa rural prehistórica...* 1965, en *Consideraciones sobre el problema...* 1966 y, sobre todo, en *Late Bronze and Early Iron Age in the valley of the Ebro* (pp. 105-120 de «The European Comunity in Later Prehistory»; Londres, 1971); y las de A. Castiella en *La Edad del Hierro...* 1977.

62. Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra, *Adquisiciones de la Comisión* (en p. 50 de dicho «Boletín...», 2.ª época, cuaderno 4.°; Pamplona, 1910), *Acta de la sesión del día 28 de octubre de 1922* (en «Boletín...», 2.ª época, tomo 14, pp. 4-5; Pamplona, 1923), *Noticia del hallazgo de un hacha de bronce en la Sierra de Aralar* (p. 454, «Boletín...», 2.ª época, tomo 17; Pamplona, 1926) y *Hacha de bronce sin talón* (p. 328, «Boletín...», 3.ª época, año 1, tomo 1; Pamplona, 1927); J. Iturralde y Suit, *La Prehistoria en Navarra...* 1911; F. Escalada, *La Arqueología en la Villa de Javier...* 1943; M. A. Mezquiriz, *Museo de Navarra. Guía* (Pamplona: varias ediciones, en 1956, 1963, 1968).

63. J. Maluquer de Motes, *Notas sobre la Edad del Bronce en Navarra* (pp. 249-260, «Príncipe de Viana», n.° 48-49; Pamplona, 1952); J. M. Apellániz, *El hacha de Délica y las hachas de metal del País Vasco* (pp. 127-137, «Estudios de Arqueología Alavesa», n.° 1; Vitoria, 1966); C. Pérez Arrondo, *Punzones metálicos de la Edad del Bronce en el valle medio del Ebro* (pp. 47-67, «Cuadernos de Investigación. Geografía e Historia», tomo III, fasc. 1-2; Logroño, 1977); E. Vallespi, *Talleres de sílex...* 1968 y *Hallazgos líticos sueltos...* 1974; C. González, *Utiles pulimentados prehistóricos...* 1979.

ocasiones son piezas realmente aisladas, que fueron perdidas —fuera de contexto cultural— por sus usuarios. En cualquier caso, catalogar aquellas evidencias sueltas servirá para ir señalando puntos de apoyo de la actividad humana de la época en cartas de distribución que conviene ir preparando. Aparte del indudable valor tipológico que alguna de esas manifestaciones puede representar por sí misma.

Intentar, de todos modos, un catálogo exhaustivo de esas manifestaciones no deja de ser, hoy por hoy, una pretensión imposible de realizar; pues es lógica (aunque no justificable) la tendencia a retener este tipo de hallazgos sus descubridores sin comunicarlo normalmente en las series especializadas de Arqueología ni cederlos a las colecciones públicas, y —a la postre— resultan más fácilmente extraviables. En las líneas que siguen ofreceremos una referencia nominal escueta de los objetos cuya noticia hemos podido controlar: por estudio y revisión directa (por E. Vallespí), por tomar su referencia de los registros publicados de piezas metálicas por J. Maluquer de Motes, y por la atención a alguna noticia oral digna de crédito. El catálogo que se presenta reúne escasas puntas de flecha talladas en sílex, variadas hachas de piedra pulimentada, y algún otro tipo lítico de piedras tenaces pulimentadas, y diversas piezas metálicas de cobre y de bronce (puntas de flecha y hachas, de distinto subtipo).

*a) Hallazgos esporádicos de foliáceos de sílex.* Conocemos diversas puntas talladas en sílex, con retoque bifacial: unas con la forma convencional de pedúnculo y aletas, y otras de contorno «foliforme», como hojas de laurel, romboides, lenticulares... Citaremos los ejemplares hallados en Zarapuz (Estella; por F. Manzanedo); en las cercanías del dolmen de la Mina de Farangortea (Artajona; por M. A. Zuazua y G. Wegener); en los alrededores del Castillo de Javier (por F. Escalada); en zonas de la Sierra de Alaiz (según anotación genérica de J. Altadill; y algún hallazgo más moderno por J. de Cruchaga); en las Nekeas de Añorbe (en noticia referida por J. Maluquer de Motes);...

*b) Hallazgos esporádicos de piezas de piedra pulimentada.* Prescindiendo de los ejemplares reseñados conjuntamente a algunas redes de yacimientos de superficie, nuestro control bibliográfico y de piezas inéditas permite reunir un inventario bastante amplio, indudablemente incompleto pero adecuado como ordenación inicial. En este sentido hemos de recomendar —como la exposición más completa del tema— el inventario recientemente elaborado por C. González Sainz de próxima publicación en las series de «Trabajos de Arqueología Navarra».

Generalmente los utensilios a catalogar aquí son hachas, pero se dan otras variedades de instrumentos pulimentados, que enriquecen bastante el cuadro tipológico básico; con azuelas, gubias, mazas (¿lo era el disco perforado de Erro?) y puñales (puede serlo el instrumento alargado encontrado en Imarcoain). Ordenados geográficamente los hallazgos conocidos son (figuras 96 y 97):

—en el Alto Araquil, un gran hacha de Bacaicoa (Museo de Navarra).

—en el Raso de Urbasa e inmediaciones (estribaciones meridionales de la Sierra) hemos controlado diez hachas inéditas y la noticia de otros dos ejemplares: una hachita «votiva» del Raso, tres del término de Baquedano (una de ellas, muy grande, de 21 cm de largo), una de Urra, una de Eulate, dos grandes de Guembe, tres de Abárzuza y una del término de Eraul.

—en Tierra Estella hemos registrado siete ejemplares (seis de ellos inéditos) y noticia de otro número indeterminado: una de Arellano (depositada hoy en el Castillo de Javier), una de Estella, una pequeña de Desojo y noticias de sendas descubiertas en Los Arcos, Arróniz, Lerín y Ancín, más otras inconcretas de los alrededores de Irache y de Montejurra.

—en Echauri, cerca de la Ermita, un hacha.

—en la Navarra pirenaica del Nordeste podemos señalar: una referencia imprecisa de hallazgos en Aoiz, una de Ochagavía y otra del «Valle del Salazar» de gran tamaño (19 cm. de longitud).

—en la Navarra Media Oriental hay hallazgos abundantes: existen referencias genéricas de ejemplares de Labiano, Monreal, Sierras de Alaiz y de Izco, de Tafalla; y las conocidas de la colección del Castillo de Javier (de términos de Zolina, San Martín de Unx, Aibar y Sada), diversas que se han debido recoger en término de Artajona, trece ejemplares de los alrededores de Javier (en el Castillo), tres de Liédena y dos de Lumbier. Todos esos hallazgos de las sierras de Alaiz y de Izco y de la zona de Artajona deben relacionarse —sin duda— con la red de conjuntos de superficie estudiada anteriormente; y lo mismo cabe pensar de la nutrida serie de ejemplares de la zona de Sangüesa, cuyo único conjunto de superficie no debe ser ejemplo aislado.

—en Tudela se halló un hacha de piedra pizarrosa (hoy en el Museo Arqueológico Nacional, de Madrid).

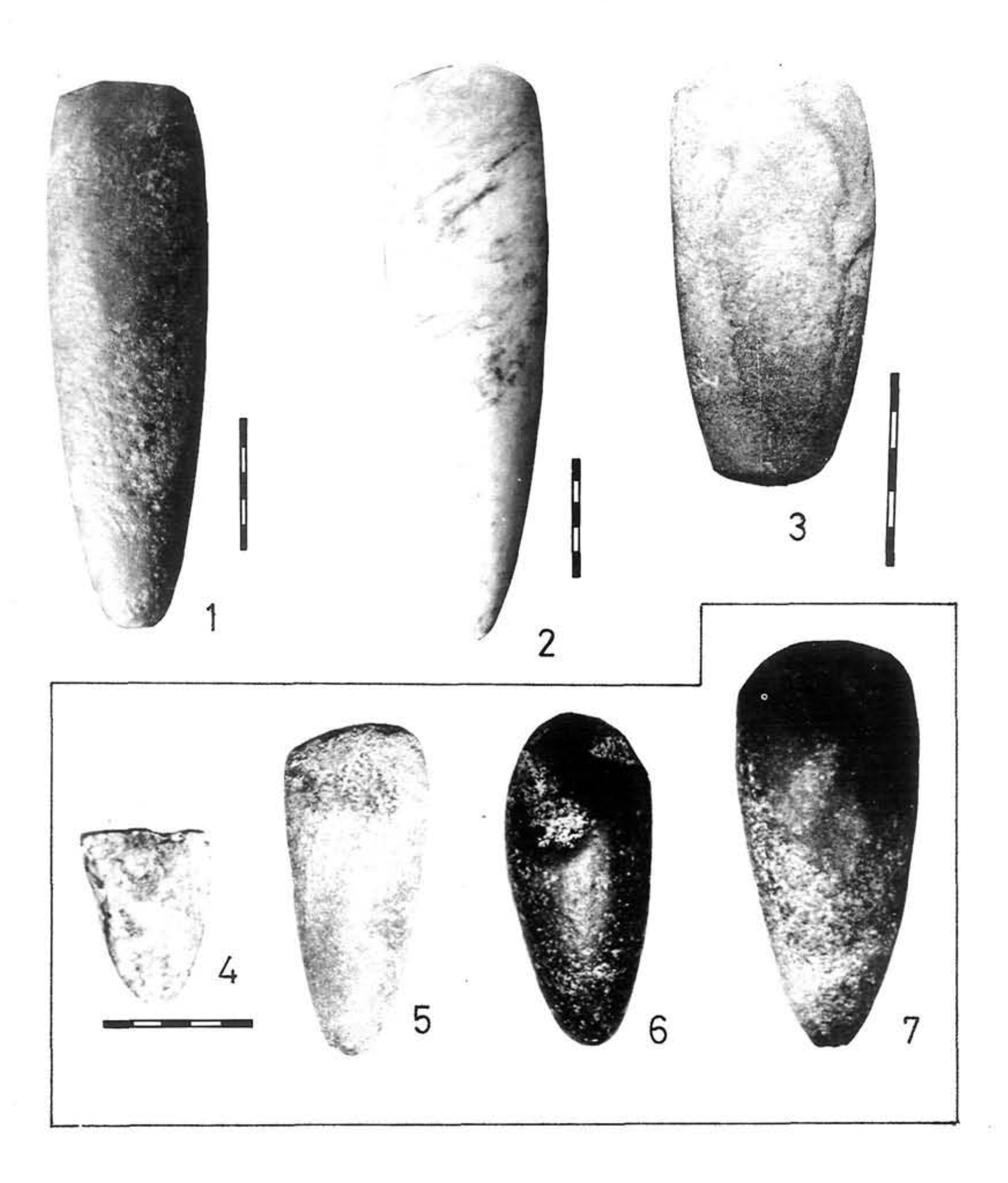



FIG. 96. Hachas de piedra pulimentada, de recogida superficial, sin contexto arqueológico. 1: Valle de Salazar, 2: Barasoain, 3: Urra, 4: Fuente de Donipetri (Iranzu), 5: junto al dolmen de Obas (Urbasa), 6: Estella, 7: Urra.

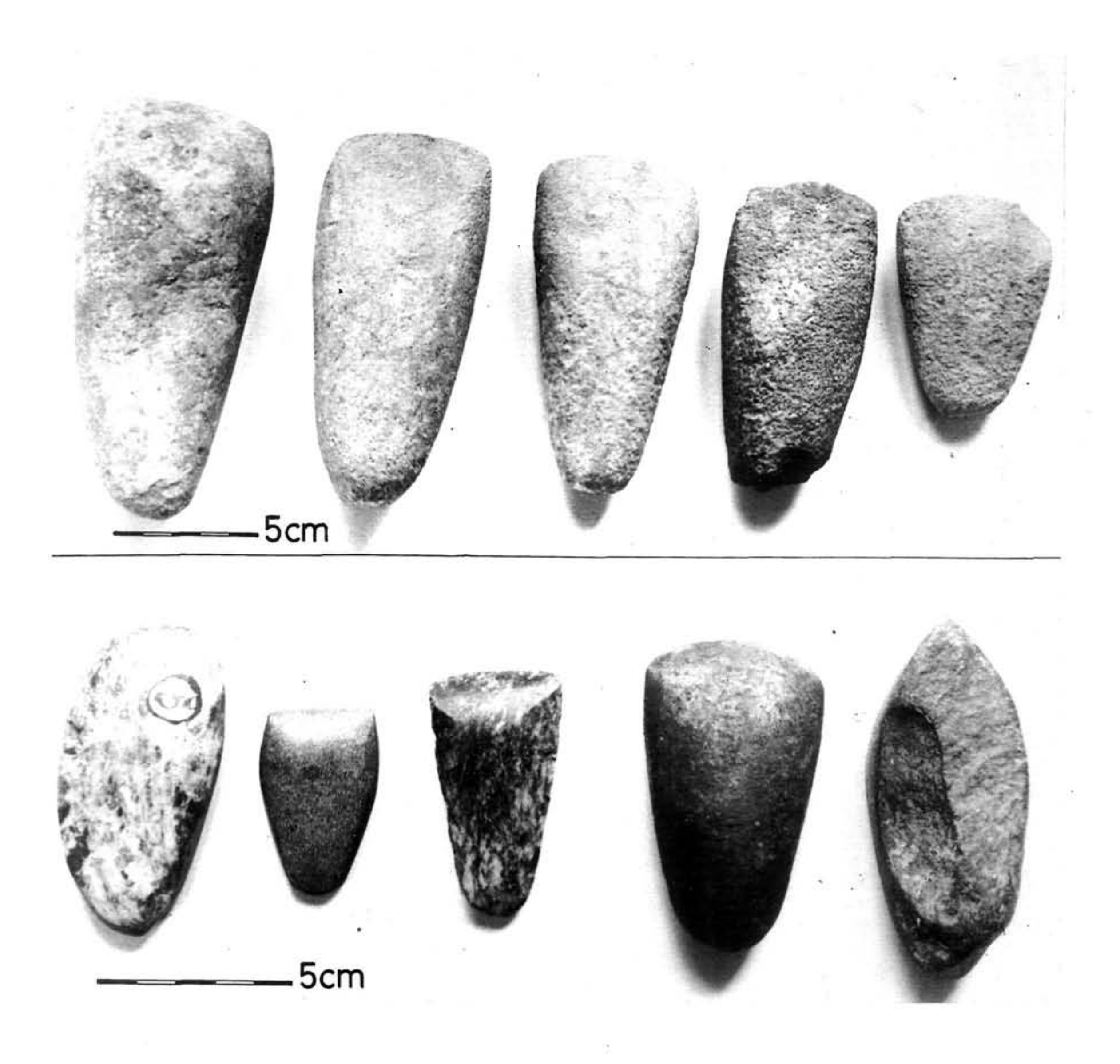



FIG. 97. Hachas de piedra pulimentada procedentes de la Sierra de Alaiz (arriba) y de término de Lumbier (abajo).

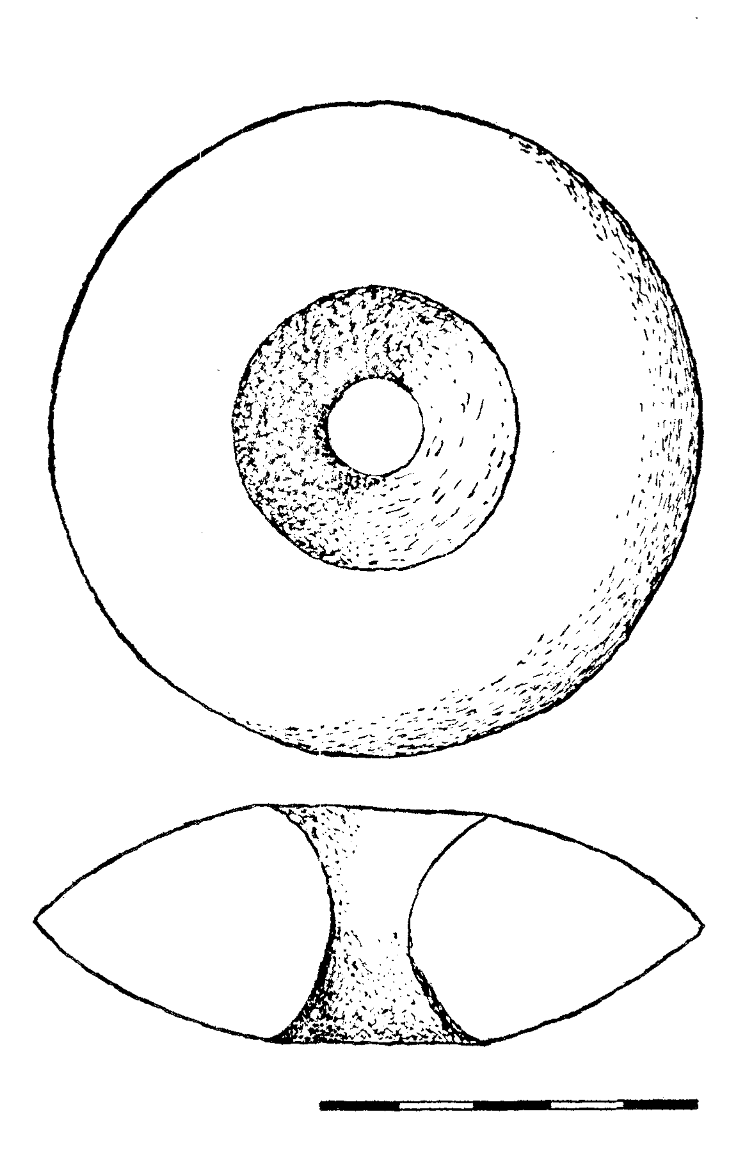


FIG. 98. Disco pulimentado, con perforación central, de Erro (según J. M. de BARANDIARÁN en 1962).

Mención aparte merece, por su carácter de tipo único en el contexto de la Prehistoria vasca, el disco perforado de Erro (figura 98), publicado por J. M. de Barandiarán y depositado en el Museo de Navarra: se trata de un disco de arenisca de 8,5 cm de diámetro, con perforación central, finamente pulimentado. También resulta única la pieza pulimentada con un extremo apuntado (que se ha calificado en la bibliografía como «puñal»), de 40 cm de longitud, hallada en Imarcoain (Museo de Navarra).

*c) Hallazgos esporádicos de piezas metálicas (cobre y bronce).* Se clasifican en dos grupos tipológicos genéricos: las puntas de flecha, y las hachas. La tipología elemental de éstas exige subdividirlas en hachas planas, de rebordes, de talón sin anillas y de talón con anilla unilateral.

Varios de esos instrumentos han sido sometidos a análisis metalográficos (según los resultados que exponemos en el capítulo 7).

*Puntas de flecha:* sabemos del hallazgo de un ejemplar suelto en la cima de Montejurra (término de Ayegui; por F. Manzanedo), posiblemente de cobre.

*Hachas planas:* en el Museo de Navarra se conservan cinco, de procedencia desconocida (publicadas por J. Maluquer de Motes). Además se han localizado ejemplares en Larraona (una citada por Maluquer; en poder de un particular) y una en el Raso de Ostolaza (en Larraona; por F. Manzanedo).

*Hachas de rebordes:* se conserva una en el Museo de Navarra (de procedencia desconocida).

*Hachas de talón:* se han publicado cuatro por Maluquer (están en el Museo de Navarra, ignorándose su procedencia, salvo para una, posiblemente de Aralar), y otras tres por A. Castiella (colección Huarte).

*Hachas de cubo:* hay dos en el Museo de Navarra, sin procedencia concreta.

## VII. REPRESENTACIONES DE ARTE RUPESTRE

En el lugar de la Peña del Cantero, de término de Echauri, se han detectado por el Grupo de Espeleología y publicado por Isaac Santesteban diversas figuras pintadas de aspecto prehistórico[64]. Según la descripción, calcos y fotografía de las mismas se trata de tres figuras de tamaño pequeño, pintadas en color rojo («producido por ocre»): un cuadrúpedo delineado en su contorno, de tratamiento un tanto esquemático, de cola corta (de 6,5 cm de longitud desde el hocico hasta la cola) interpretado como cabra; una figura casi completa, en tinta plana, de unos 8 cm de largo (está casi completa, faltándole parte del cuarto trasero), que con seguridad representa una cabra; y una figura humana algo tosca e incompleta (le falta la parte inferior de las piernas y los extremos de los brazos), también en tinta plana, de más de 13 cm de alto. Se alude, además, a la existencia de «varios trazos aislados» que acaso sean parte de otras representaciones, no bien conservadas (figura 99).

Las pinturas se sitúan en un abrigo rocoso (que mira hacia el S. SE) emplazado en posición no fácil, a unos 10 metros sobre el suelo. Tras la noticia del descubrimiento por I. Santesteban, fueron visitadas las figuras por Maluquer de Motes, quien certificó su antigüedad prehistórica.

El problema más difícil que plantean estas representaciones es, desde luego, el de su precisa cronología. En el informe publicado en 1968 se alude a su referencia al «tipo levantino». Tal atribución puede ser parcialmente corregida, y lo hacemos como hipótesis que habrá de ser refrendada en un estudio directo de las figuras. Dejando de lado, aquí, la consideración crítica de las diversas posturas encontradas que hoy se están debatiendo en torno a ese arte levantino (sobre, fundamentalmente, su periodización estilística interna, tanto como sobre su posición cronológica concreta que —en el marco de las posiciones extremas— se mueve en los límites máximos que oscilan desde el Epipaleolítico hasta el Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro)[65], consideraciones estilísticas de su tratamiento nos

64. I. SANTESTEBAN, *Primeros vestigios de pinturas rupestres en Navarra* (pp. 327-328, «Príncipe de Viana», n.° 112-113; Pamplona, 1968).

65. En los últimos diez años la polémica se recrudece y frente a posturas conciliadoras de E. Ripoll o de A. Beltrán que, tradicionalmente, mantienen que se trata de un arte realizado por grupos que viven al modo epipaleolítico aunque su realización concreta pueda ser más reciente, F. Jordá, J. Maluquer de Motes y J. Fortea plantean el problema sobre consideraciones paletnológicas (y también, de orden de asociaciones instrumentales y de relaciones arte parietal —arte mueble) y rejuvenecen el momento de realización del mayor número de esas figuras a etapas francamente «modernas»: hasta el Bronce avanzado e, incluso, su paso a la Primera Edad del Hierro.

fuerzan a incluirlas más bien dentro del capítulo de la llamada «pintura esquemática». De las tres figuras reseñadas, la cabrita menor no se corresponde en absoluto con los modos de tratamiento (ésta está sólo contorneada) ni con el estilo (excesivamente, en el ejemplar de Echauri, rígido y de contornos angulosos) propio del arte levantino; del mismo modo, la otra cabra y la figura humana (y sin ser notable el disentimiento) encuadran bastante mejor con el estilo esquematizante, el trazo más grueso y sin detalles excesivos, de la pintura «esquemática» que con el de la «levantina». Los ejemplos que se pueden argüir en favor de esta aproximación podrán consultarse cómodamente en el repertorio de arte rupestre esquemático peninsular de P. Acosta. En cuanto a su cronología —y de acuerdo con la opinión de esa especialista, tanto como con la de las recientes precisiones por F. Jordá— las figuras de Echauri, como las de otros lugares relativamente marginales con respecto a las zonas de máxima concentración de representaciones de estilo esquemático, pueden situarse a partir del Eneolítico, incluso perdurando a lo largo de la Edad del Bronce[66].

La presencia de estas figuras en Echauri tiene un particular interés por ampliar el área de concentración de esas manifestaciones del arte rupestre esquemático hacia esta zona en la que se desconocía hasta ahora tal tipo de evidencias. Las pinturas esquemáticas tienen en la Península su especial concentración en zonas del Sur, Sudeste, mitad meridional del Levante y ambas Mesetas, no existiendo hasta ahora ninguna de sus expresiones en el Pirineo Occidental y áreas inmediatas: del territorio en que se incluye Echauri, las manifestaciones esquemáticas más próximas, y de un estilo similar a las de la Peña del Cantero, se han señalado en las provincias de Huesca, Soria y Santander.

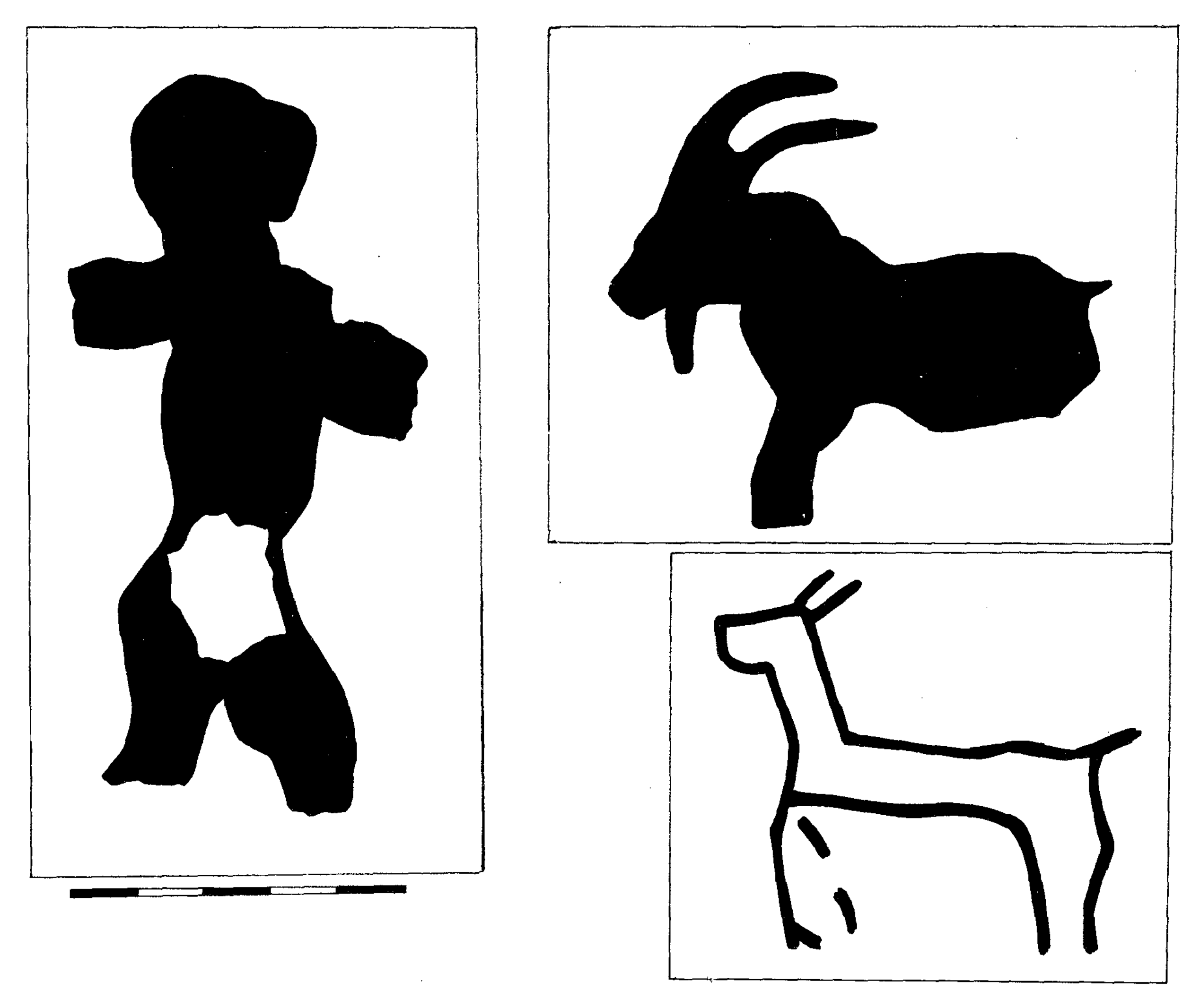


FIG. 99. Pinturas rupestres, en rojo, de la Peña del Cantero (en Echauri). Figura humana, cabra y cuadrúpedo (según I. SANTESTEBAN en 1968).

66. Según el útil catálogo de P. ACOSTA, *La pintura rupestre esquemática en España* (Salamanca, 1968) y la síntesis de F. JORDÁ, *El arte de la Edad de Piedra. Historia del Arte Hispánico. I. La Antigüedad* (Madrid, 1978; pp. 124-132).

# CAPITULO 7

## POBLACION Y CULTURA EN EL NEOLITICO, ENEOLITICO Y EDAD DEL BRONCE DE NAVARRA

Como acabamos de ver, en su conjunto, la etapa que estamos estudiando ofrece diversas series de manifestaciones arqueológicas: yacimientos en cuevas y en abrigos rocosos (generalmente sepulcrales y, en menos casos, de habitación), monumentos sepulcrales (con dólmenes de diversos tipos como serie predominante, y con ejemplares escasos de monumentos no dolménicos de inhumación —bajo túmulo—), una densa red de conjuntos de superficie (presumibles en su generalidad como lugares de habitación), y finalmente indicios sueltos que plantean actualmente el problema de la posibilidad de existencia de poblados de la Edad del Bronce.

Los yacimientos en cueva o en abrigo rocoso conocidos en Navarra se concentran en el reborde montañoso septentrional, tanto en la divisoria de aguas atlántico-mediterráneas (Atabo, Baztarreko, Abauntz), como en el Pre-Pirineo oriental (Zatoya, Ososki, Valdesoto, Los Moros, Padre Areso), debiéndose consignar además el caso de Urbiola (en la cuenca alta del Ega). Sólo la mitad de ellos han sido adecuadamente controlados, con excavación intensa (Zatoya, Abauntz, Padre Areso) o mediante el reconocimiento de su depósito estratigráfico (Atabo).

Las estaciones al aire libre (o «conjuntos de superficie») ocupan, normalmente, aquellas áreas en las que los yacimientos en cueva o en abrigo están ausentes: ofrecen, por ello, su máxima concentración en la franja central y meridional de Navarra. En tanto que las manifestaciones megalíticas se extienden preferentemente por las zonas montañosas, aunque se conozcan algunos de sus más espectaculares monumentos en zonas no lejanas de la ribera del Ebro. En cualquier caso las construcciones dolménicas parecen estar en relación casi siempre con los paisajes aptos para el desarrollo del pastoreo.

Como se señaló en el capítulo anterior, el Neolítico viene acompañado de una amplia serie de transformaciones en los modos de vida, en las técnicas y en la distribución de las poblaciones. Pero el conjunto de todas esas innovaciones, en el territorio que estamos considerando, sólo se produce en fechas relativamente tardías, probablemente sólo en plena Edad del Bronce. Es decir, que las técnicas de tradición epipaleolítica, la continuidad en la ocupación de las mismas cuevas y covachos anteriores, y la dedicación a actividades de caza y de recolección de especies silvestres seguirán en vigencia (y en situaciones curiosas de mestizaje cultural, de «aculturación») cuando diversas innovaciones del Neolítico hayan comenzado a introducirse en las poblaciones indígenas. De ahí se deriva la dificultad real por distinguir dentro de este complejo Neolítico-Bronce regional estadios sucesivos diferentes, y por utilizar los modelos culturales establecidos por los prehistoriadores en otros centros de difusión más próximos a las áreas genéticas propias (el Proximo Oriente) de aquella profunda «revolución» neolítica.

Frente a quienes han pensado, tradicionalmente, en un casi total fixismo (una continuidad antropológica absoluta) de las poblaciones del Neolítico peninsular en el Eneolítico y en la Edad del

Bronce, apreciaciones cuidadas muestran síntomas ciertos de cambio en el curso del Eneolítico: cambio que corresponde, sin duda, a diversas intrusiones culturales de origen transpirenaico. Así R. Riquet ha apuntado con acierto la presencia, en el Neolítico catalán y levantino, de algunos individuos braquicráneos (en dólmenes catalanes) y hasta de dinaroides (en alguna estación levantina) entre la masa normal de población de tipo mediterráneo[1]. Del mismo modo, se constata en el territorio navarro la existencia de tipos minoritarios (de procedencia extra-peninsular, sin duda) en medio de las masas de población pirenaico-occidentales y de mediterráneos gráciles, en el Eneolítico y hasta en el Bronce avanzado.

## I. EL POBLAMIENTO DEL TERRITORIO

La benignidad climática del Holoceno, especialmente a partir del período Atlántico, mueve a las poblaciones del Sudoeste de Europa a ir abandonando aquellas cuevas que habían constituido, durante milenios, su lugar habitual de ocupación; al mismo tiempo que los nuevos modos de vida y subsistencia que se implantan , según el conjunto de innovaciones neolíticas van arraigando, fuerzan a los grupos humanos a buscar cobijo en otras zonas hasta ahora no frecuentadas. Así, aunque un buen porcentaje de la población continúa ocupando las cuevas, se aprecia una tendencia a buscar preferentemente refugio en covachos y abrigos de escasa profundidad, cuyas condiciones naturales de habitabilidad habrían de mejorarse con la adición de estructuras artificiales (mamparos, muretes, obras de drenaje, suelos...).

Las técnicas introducidas con el Neolítico van, poco a poco, produciendo una sedentarización de las poblaciones y, con las aportaciones de los sistemas de pastoreo y de explotación del suelo, unos modos de vida en que se establecen nuevas formas de interrelación y de dependencia entre el hombre y su medio.

Fenómenos coincidentes de relativa sedentarización (en las zonas amplias de la cuenca del Ebro y del Adour y Garona, con dedicaciones agrícolas) y de movimientos periódicos de trashumancia pastoril harán que a lo largo del Eneolítico y de la Edad del Bronce se personalice, con fuerza y profunda peculiaridad, una particular área de cultura, la pirenaica que, en un amplio sentido, incluye a las relativamente uniformes poblaciones que habitan desde las orillas del Garona hasta las del Ebro.

La seguridad de que desde los comienzos mismos de la Edad del Bronce (Eneolítico) se han extendido por el País Vasco grupos dedicados a faenas pastoriles (cuyos difuntos son depositados en dólmenes y túmulos que se ubican en las mismas zonas de pastos que frecuentan) hace lógica la suposición de que habitarían, según los ritmos anuales de trashumancia, en covachas y cuevas próximas a las majadas o en construcciones acaso no muy duraderas (chozas, cabañas...). Sólo en la vertiente meridional, donde las condiciones climáticas y de suelos hacen (en la red del Ebro y sus afluentes) rentables las explotaciones cerealistas, se irán formando agrupaciones de población más estabilizada, cuya tendencia a la constitución de poblados resulta obvia, y se expresa netamente en los comienzos de asentamientos en el Bronce Final que empalman inmediatamente con los clásicos de la Edad del Hierro de Navarra y Alava (de cuya consideración conjunta no pueden separarse).

Los únicos posibles poblados atribuibles a plena Edad del Bronce en Navarra serían, por ahora, los de Farangortea (en Artajona) y de Muniain de la Solana (en Tierra Estella), donde se asocian los elementos clásicos de una economía cerealista (las hojas de hoz y los molinos). Muchos de los conjuntos de superficie que referimos en el capítulo anterior pueden suponer los residuos de aquellas chozas y cabañas —apenas agrupadas— del hábitat al aire libre de la época: construcciones relativamente elementales que se emplazan junto a puntos de explotación o de subsistencia (talleres de sílex, centros de recolección junto a los cauces de los ríos, majadas y pastos...).

El hecho mismo de la abundancia en esta Edad del Bronce de las hachas de piedra pulimentada que, según se piensa, se relacionan de inmediato con trabajos de explotación maderera puede sugerir en la época necesidades crecientes de abastecimiento de madera (postes, pies, vigas) para las construcciones que irán extendiéndose por las tierras ocupadas por aquellos crecientes grupos de pastores y cerealistas. Pero es lógico suponer que lo perecedero de aquellas estructuras de habitación ha impedido, casi totalmente, la conservación para un mínimo control arqueológico de las «casas» y «poblados» de la Edad del Bronce.

---

1. R. RIQUET, *Populations et races au Néolithique et au Bronze ancien,* Burdeos (dos tomos), 1967.

De muy especial importancia en la comprensión de la expansión del hombre y de la cultura en Navarra es el control de las amplias rutas de trashumancia invernal que han sido recorridas por grupos de pastores desde nuestra Prehistoria, con lo que producen de mezcla de elementos antropológicos y de aporte de elementos foráneos de cultura. Con razón podemos afirmar, con J. Blot, que «múltiples relaciones han intensificado los contactos al Sur y Norte del Pirineo, creando así una unidad de razas bovina y ovina de las que se encuentran testimonios desde el Sudoeste de Aquitania a España y hasta el norte de Portugal, y por el contacto de las poblaciones se llega a afirmar la unidad étnica, cultural (llamada *pirenaica)* e incluso lingüística, que soldando a estas poblaciones con una misma lengua, les permite sentirse diferentes de las otras y, por tanto, defenderse de ellas. A más de ese factor de unidad interna, la trashumancia fue la gran vía de aculturación por la puesta en contacto de los pastores en las llanuras y regiones limítrofes con gentes de culturas y razas diferentes»[2]. Esos grupos pastoriles serán, pues, los verdaderos vectores de las innovaciones técnicas y culturales, de las actividades mercantiles, de la prospección metalúrgica, de la introducción del nuevo ritual funerario...

No hay forma segura de apreciar la población que en aquellas épocas ocuparía el territorio. Se ha intentado —aceptando los riesgos de tales inferencias— establecerla a partir de unos módulos medios obtenidos del cómputo de las necrópolis conocidas, pues de tan difícil control resultan los establecimientos de superficie. Así José Miguel de Barandiarán llegó a apuntar una población vasca en época dolménica de en torno a las 5.000 personas (sobre la base de los casi cuatrocientos dólmenes conocidos entonces en todo el País Vasco): si se aplicaran esos cálculos a Navarra, en la situación que hoy conocemos de evidencias megalíticas señalaríamos en la Provincia una cifra de pobladores entre los 3.500 y los 4.000. Aunque la cifra fuera superior en hasta un millar más, resultaría una bajísima densidad de población, aunque —ciertamente— los grupos humanos tenían una mayor movilidad que hoy, en sus desplazamientos estacionales que les imponían sus primordiales actividades pastoriles, y así se facilitaran los intercambios culturales y demográficos[3]. Los primeros poblados elementales (= hábitat concentrado, no aldeas ni ciudades) se conocen en el País Vasco y áreas geográficas próximas desde el Bronce Medio, con seguridad. Es probable que bastantes de los restos conocidos como «talleres de sílex» y «fondos de cabaña» resulten residuos de agrupaciones de chozas o cabañas que —de construcción muy somera y en materiales perecederos— hayan sido arrasadas por las inclemencias del tiempo y por el reiterado laboreo agrícola a que se han sometido las áreas de su emplazamiento. De modo que así se explicaría la ausencia de vestigios de los lugares de habitación, frente a la llamativa abundancia de cámaras y estructuras de enterramiento levantadas con materiales de grandes proporciones y de muy difícil arrasamiento. Esos modestos asentamientos de «fondos de cabaña» no se han excavado; carecen de obras notables de fortificación, lo que contrasta con las impresionantes estructuras de murallas y defensas que es posible apreciar desde finales del Neolítico, y en pleno Eneolítico, en otras áreas peninsulares (especialmente, del Levante, del Sur y del Suroeste).

## II. LAS ESTACIONES AL AIRE LIBRE DE NAVARRA EN SU CONTEXTO REGIONAL

Sobre las abundantes series de estaciones al aire libre reunidas básicamente por uno de nosotros en 1974, hemos de mantener ahora en sustancia las mismas reflexiones de valoración que entonces se expusieron[4].

La comprobación actual de la extensión en Navarra de los yacimientos de superficie atribuidos a la Edad del Bronce evidencia su notoria densidad en la Navarra Media y en la Ribera. Esa distribución geográfica fija por el momento el límite septentrional en las localizaciones de Ichaso, de los alrededores de Pamplona y de Sangüesa, que no rebasan —por lo tanto— la divisoria de aguas hacia el Cantábrico y bordean por el Sur las cuencas prepirenaicas de Pamplona, Lumbier-Aoiz, y la de la Canal de Berdún por los yacimientos del Alto Aragón hasta ahora publicados. La densidad de las series altoaragonesas conocidas y la ubicación de algún yacimiento en la vertiente oceánica (entre Burgos y

---

2. J. BLOT, *Nouveaux vestiges mégalithiques en Pays Basque (VII). Contribution à la Protohistoire en Pays Basque* («Bulletin du Musée Basque de Bayonne», tomo 64, pp. 65-100; Bayonne, 1974), pp. 74. Además, básicamente, «*El Hombre Prehistórico en el País Vasco* (Buenos Aires, 1953), de J. M. DE BARANDIARÁN, en pp. 133-134.

3. Sobre esta hipotética base de cálculo se recordará que la densidad de población de Navarra que hoy supone unos 45 habitantes por $km^2$, en el Eneolítico y Bronce Medio no llegaría a los 0,33 hab/$km^2$.

4. E. VALLESPÍ, *Yacimientos de superficie de la Edad del Bronce en Navarra* (pp. 21-73, «Cuadernos de Trabajos de Historia», de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra, n.º 3. Pamplona, 1974).

Alava, hacia Vizcaya), hacen prever la extensión de yacimientos de estas series en las tierras cantábricas y en los valles transversales pirenaicos. Por ello, pensamos que el actual vacío septentrional navarro puede responder simplemente a la carencia de prospecciones específicas ahí: por ello, no parece prudente utilizar el argumento de ese vacío de yacimientos en la interpretación actual de la difusión de esas manifestaciones arqueológicas en el territorio.

Sobre la naturaleza de los yacimientos catalogados en el capítulo anterior, estamos muy poco informados, pues en su mayor parte se personalizan únicamente mediante el control de industrias líticas procedentes de prospecciones circunstanciales y, por ello, incluso estos conjuntos instrumentales no se han reunido en su totalidad, sino selectivamente. Careciendo de estudios sistemáticos de campo, hemos de limitarnos a esbozar algunas observaciones provisionales.

En primer lugar, parece claro que en su mayor parte corresponderían esos yacimientos a asentamientos de superficie, al aire libre, en pleno campo abierto; excepcionalmente (por ejemplo, en la Higa de Monreal) pueden estar en probable relación con covachos de ladera montañosa. Las estaciones detectadas se constituyen, a menudo, en verdaderas redes de yacimientos, concentrados, como ocurre en el Señorío de Learza y en las Sierras de Alaiz y de Izco: la red de Alaiz e Izco aparece con sus ocho yacimientos conocidos concentrados en una extensión de unos 120 $km^2$, densidad que aumentará sin duda cuando se realice la prospección sistemática de esas áreas locales. En extremo interesante resulta, sin duda, la comprobación de asentamientos concentrados en un área muy reducida y delimitable, a los que podríamos aplicar el calificativo de verdaderos poblados incipientes: así el de Farangortea (en Artajona) o el de Muniain de la Solana (figura 100).

Con respecto a la clasificación cultural de los yacimientos hoy conocidos se evidencia su atribución masiva al Eneolítico y Bronce Pleno, desde un posible origen en el Neolítico avanzado y con perduración en el Bronce Final y hasta en el Hierro I: sin que el conocimiento de la Edad del Bronce regional ni el de los propios yacimientos catalogados nos permita por ahora mayores precisiones.

Industrialmente, en esos conjuntos se asocian instrumentos tallados en sílex de un repertorio concreto definible como de facies microlitizante, con hachas pulimentadas y cerámicas y, a veces, con piezas metálicas de cobre o bronce y con colgantes de piedra y cuentas. En algunos yacimientos, además, han aparecido piezas de molino, de tipo barquiforme.

Los paralelismos de las series navarras resultan muy amplios en el contexto de los yacimientos de superficie del Eneolítico y Bronce conocidos, con cierta sistematización, en el cuadrante noreste de la Península, merced a los trabajos de Maluquer de Motes y Vallespí en el Alto Valle del Ebro, de Vallespí en el Bajo Aragón y muy especialmente por la obra de Salvador Vilaseca en la provincia de Tarragona[5].

De manera inmediata, en la vertiente vasca del Alto Valle del Ebro, en Alava, aparece una serie de yacimientos claramente relacionables, con una red local en el Oeste de la Provincia, entre los bajos Omecillo y Bayas, en Nanclares de la Oca, los conjuntos de los montes de Vitoria, del Alto Araquil, y de la Rioja alavesa. Estos yacimientos rebasan en un punto la divisoria de aguas hacia el Cantábrico, con el hallazgo de las Molinas de Angulo (en el límite de Burgos con Alava; junto a Añes). En su conjunto los yacimientos alaveses presentan unas industrias del sílex generalmente microlitizantes, asociadas con hachas pulimentadas y cerámicas y —en un caso— con alguna pieza metálica. En el enclave concreto de Treviño, una red muy densa de yacimientos de superficie —en la cuenca del Ayuda— corresponde al mismo ambiente cultural, con facies macrolíticas.

---

5. Buen número de esas referencias se verán, monográficamente, en diversas aportaciones de E. VALLESPÍ: *Bases para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón. Hacia una seriación de las industrias líticas postpaleolíticas bajoaragonesas* (pp. 7-20, «Caesaraugusta», tomo 13-14; Zaragoza, 1959), *Sobre la problemática del Bronce Final y el asentamiento hallstáttico en el Bajo Aragón: el sustrato indígena recipiendario de los inmigrantes* (pp. 247-259, «Teruel», n.° 26; Teruel, 1961), *Síntesis del estado actual del conocimiento de las industrias macrolíticas postpaleolíticas del cuadrante Nordeste de España* (pp. 68-69 de Crónica del «VI Congreso Arqueológico Nacional»; Zaragoza, 1961) y *Conjuntos líticos de superficie del Museo Arqueológico de Alava* (pp. 7-79 de «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 5; Vitoria, 1972). Además hay que destacar la contribución fundamental de S. VILASECA (*La industria del sílex a Catalunya. Les estacions tallers del Priorat i extensions,* Reus, 1936, y *Las industrias del sílex tarraconenses,* Madrid, 1953). Se completa el panorama bibliográfico con las obras de D. ESTAVILLO (*Las industrias líticas de Araico (Condado de Treviño),* «Zephyrus», tomo VI, Salamanca 1955, pp. 173...; *El Neolítico de facies campiñiense de Araico-Treviño. Contribución a la Prehistoria del País Vasco,* pp. 434-441 de «Actas de la IV Sesión de los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», Zaragoza, 1956) y de J. MALUQUER DE MOTES (*Los talleres de sílex, al aire libre, del Norte de Aragón,* pp. 9-32, «Príncipe de Viana»; n.° 58, Pamplona, 1955). Como aportaciones complementarias a las reseñadas señalaremos las de M. ALMAGRO (en 1944, exponiendo el conjunto de la Valltorta), de A. FERRER y P. GIRÓ (desde 1943, ~~con~~ diversas entregas de yacimientos del Penedès y de Tarragona), de E. VALLESPÍ (de 1958, Teruel; de 1960, Logroño; de 1968, el País Vasco meridional; de 1972, Alava;...), de R. PITA y J. QUERRE (en 1969, sobre Lérida), de I. BARANDIARÁN y M. MARTÍN BUENO (en 1972, sobre el Alto Aragón),...

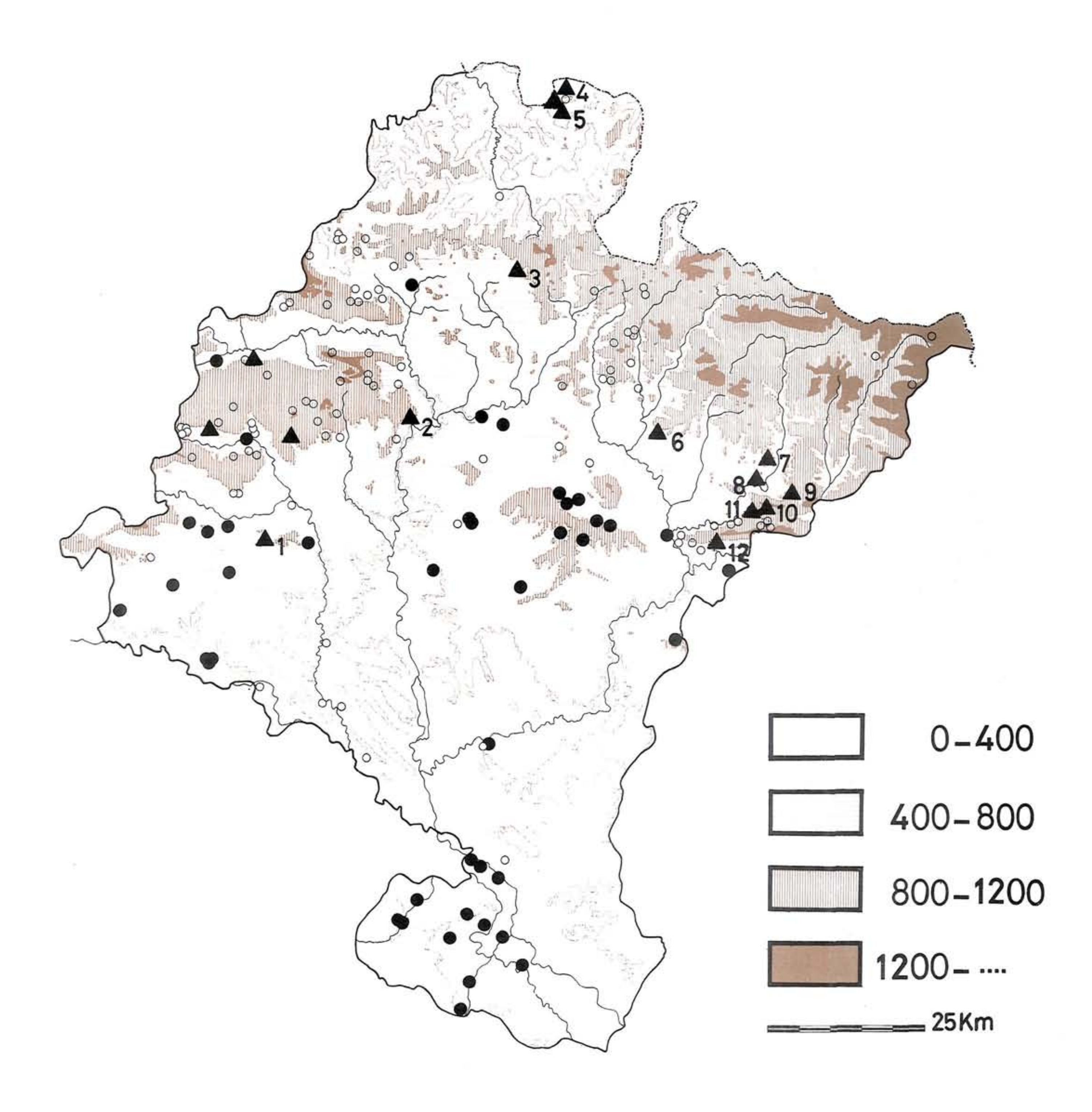



FIG. 100. Mapa de situación de yacimientos del Neolítico, Eneolítico y Edad del Bronce en Navarra. Se indican con un triángulo los yacimientos en cueva y con un disco los poblados y estaciones de superficie. (Además —por indicación amable del Grupo Espeleológico, a través de I. Santesteban— hemos consignado, con pequeños círculos, el emplazamiento de indicios menores de yacimientos en cueva, que habrá que comprobar). 1: cueva de Urbiola, 2: cuevas y covachos de término de Echauri, 3: cueva de Abauntz, 4: cueva de Bidartia, 5: cuevas de Akelarren-Leze (Sorgiñen-Leze), Celaieta y Berroberria, 6: cueva de Rala, 7: cueva de Ososki, 8: cueva de Itxitxoa, 9: cueva de Los Moros, 10: covacho de Valdesoto, 11: abrigo del Padre Areso, 12: cueva de la Cornisa Alta de Leire.

Por el Este, la conexión de los yacimientos navarros es muy estrecha con la red de asentamientos de las cuencas de los ríos Aragón y Arba, en ambiente prepirenaico del Norte de la provincia de Zaragoza.

Por otro lado, en la Rioja Alta existen localizaciones de densas áreas similares, en los arranques meridionales de los Montes Obarenes, hasta el Ea y el Tirón, en las alturas de Camero Nuevo, en altitudes de montaña media y alta del influvio del Najerilla y del Iregua, y en la cuenca izquierda del Tirón.

Los paralelismos de los yacimientos navarros se extienden también ampliamente por Aragón, Maestrazgo castellonense y Cataluña: con indicios en el Somontano oscense, diversas localizaciones en la cuenca del Segre, las series del Jiloca, la red del Bajo Aragón, los yacimientos del Maestrazgo, y finalmente las densas redes tarraconenses, el foco del Panadés y yacimientos esporádicos de las provincias de Barcelona y Gerona.

Sin pretender ahora el registro de los paralelos analíticos concretos, sin duda muy estrechos, que reclaman los materiales navarros en el marco geográfico señalado, hemos de consignar que los dos tipos de yacimientos de superficie individualizados en las series de Navarra —asentamientos simples y «poblados»— corresponden a formas generalizadas en el mundo de los yacimientos de superficie de la Edad del Bronce de extensas zonas del ámbito considerado.

## III. LAS NUEVAS TECNICAS

Hay que pensar que, entre esas series de yacimientos al aire libre, debieron darse verdaderos «talleres de sílex»: lugares de explotación directa e industrializada de materia prima, de especialización exclusiva en la talla del sílex en condiciones adecuadas para su explotación. Por ahora no hemos podido individualizar esos talleres industriales de «facies de cantera», aunque haya indicios de su existencia en las series del Condado de Treviño y, en lógica, puede pensarse que debieron darse al arrimo de las canteras de sílex de la Sierra de Urbasa.

Las cerámicas de esta época en Navarra —salvados los casos específicos y no abundantes del tipo campaniforme— suelen ser fragmentos de difícil reconstitución, de paredes toscas carentes de decoración, por lo común. Su real tosquedad ha solido, en ocasiones, provocar calificativos de alta antigüedad en su manufactura (de ahí la hoy superada referencia frecuente a lo «Neolítico»): que hoy no pueden mantenerse (figuras 101 y 102).

Se desconocen, casi por completo, los modos de explotación pastoril y cerealista; así como las especies y variedades que se domesticaron y se cultivaron en la Navarra de la Edad del Bronce. En controles bastante seguros realizados por prehistoriadores franceses sobre la proporción de aprovechamiento de las diversas especies domésticas se ha apreciado que según se avanza desde el Neolítico final al Bronce medio y al Bronce final se produce una sensible disminución en la explotación del ganado ovino (53,2, 40 y 23 % respectivamente en esos tres «momentos» con respecto al total de especies domésticas aprovechadas) y un incremento en el consumo de carnes de cerdo (10,5, 25 y 35 %). En cualquiera de los casos debe señalarse que aquella economía fundamentalmente pastoril, a la que —en el Bronce Medio y, sobre todo, en el Final— acompañan técnicas de explotación cerealista, sigue obteniendo altos rendimientos de la captura, por caza, de especies salvajes e, incluso, de la recolección de productos silvestres del campo. En ese sentido debe señarse, como constante a lo largo de todo el período considerado, la presencia de «puntas de flecha» de diversos tipos, necesarias para aquella caza: sean los geométricos (de ascendiente en el Epipaleolítico y arraigo en pleno Neolítico), las puntas de sílex de retoque bifacial, con pedúnculo y aletas (propias del Eneolítico y hasta el Bronce Medio), o las puntas ya metálicas que las sustituirán de inmediato (desde el Bronce Medio) (figuras 103, 104 y 105).

De especial importancia —por lo que supone de innovación en las posibilidades de elaboración de instrumentos muy especializados— es la aparición y arraigo de las técnicas metalúrgicas. El desarrollo de esas técnicas debió producirse en Navarra por influjo de culturas foráneas.

En el repertorio legendario vasco siempre se atribuye la invención de los diversos instrumentos metálicos (punzones, sierras, hachas...) a la cooperación de algún protector especial (por ejemplo, San Martinico), que habría arrebatado su arcano secreto a los grupos de «gentiles».

Los procesos metalúrgicos exigen operaciones extremadamente complejas, y un alto dominio de la tecnología: que van desde un profundo conocimiento del terreno (para prospectar los filones y

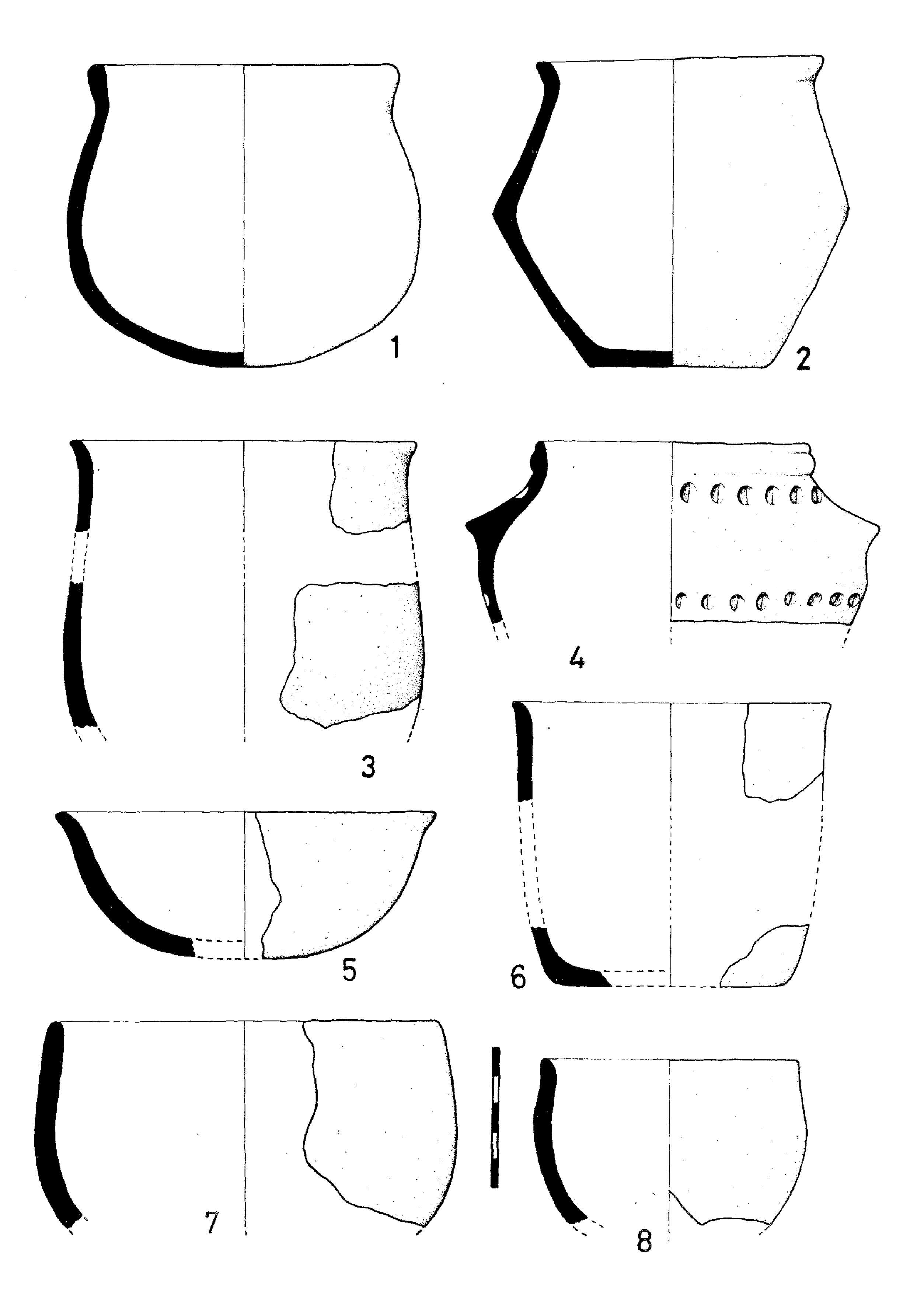



FIG. 101. Diversas formas de cerámicas depositadas en dólmenes navarros. 1, 2, 4: Obioneta Sur (Aralar), 3: Debata Realengo (Aralar), 5, 7: Mina de Farangortea (Artajona), 6, 8: Sorginetxoa (Errazu-Aldudes) (según J. M. APELLÁNIZ en 1973).



FIG. 102. Fragmentos de cerámica campaniforme. Arriba, del dolmen de Faulo, en Bigüezal (con técnicas incisa y seudoexcisa); abajo, de una cueva sepulcral de Echauri (técnica de puntillado por peine o ruedecilla).

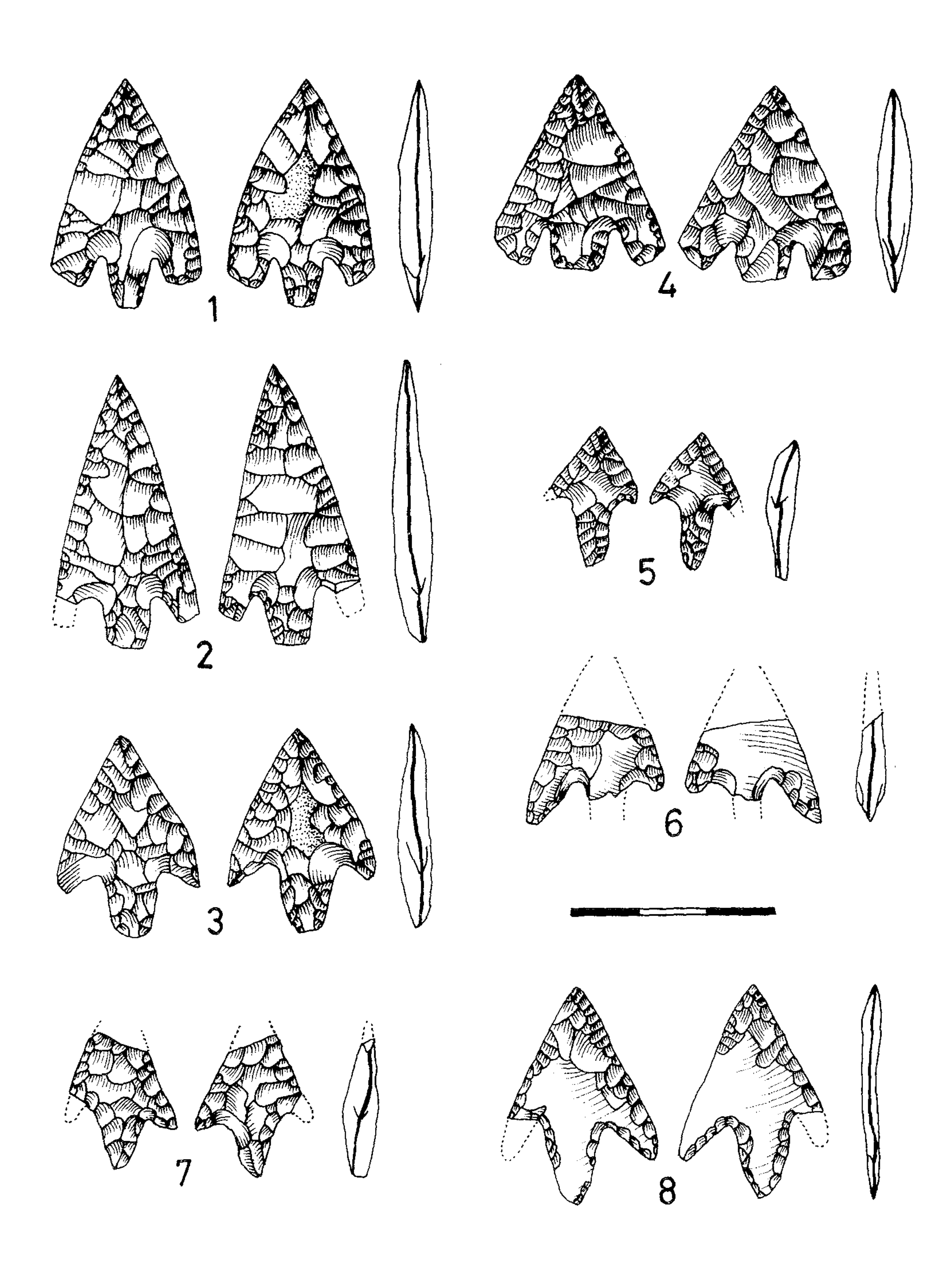



FIG. 103. Puntas de flecha talladas, procedentes de ajuares dolménicos: 1-3: Sakulo (Roncal), 4: Faulo (Leire-Illón), 5-8: Mina de Farangortea (Artajona) (según A. CAVA).

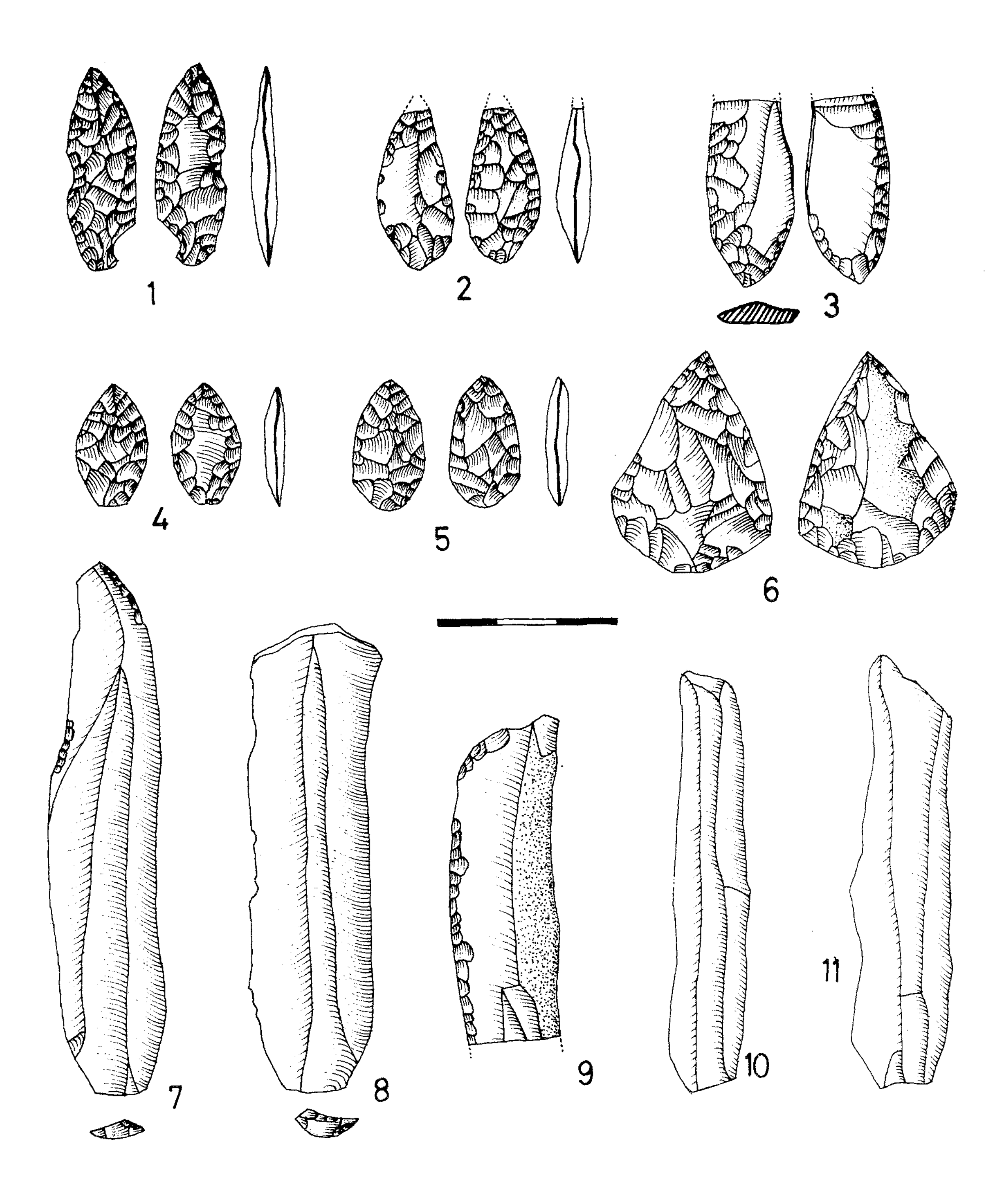



FIG. 104. Ajuar lítico dolménico (puntas de tipo ovalado, «cuchillos» y otros utensilios). 1-5: Mina de Farangortea (Artajona), 6:Sakulo (Roncal), 7-9: Sorginetxoa (Errazu-Aldudes), 10: Portuzargaña Este (Ataun-Borunda), 11: Arzabal (Aralar) (según A. CAVA).

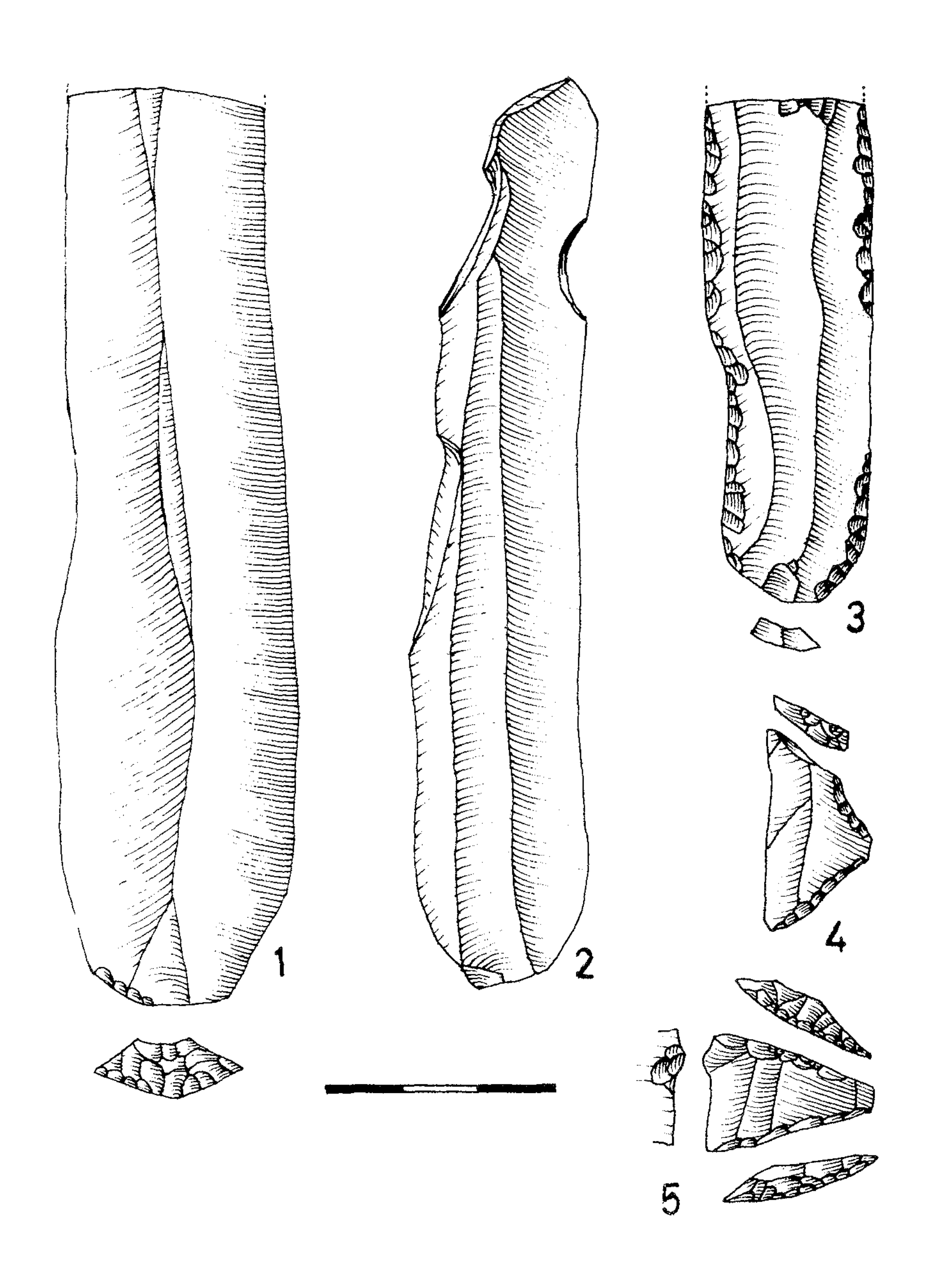



FIG. 105. Ajuar lítico dolménico. 1, 2: «cuchillos» de Obioneta Norte (Aralar), 3: lámina retocada de Sakulo (Roncal), 4 y 5: geométricos de Puzalo (Leire-Illón) y Munautz (Errazu-Aldudes) (según A. CAVA).

afloramientos rentables), a trabajos de minería, de preparación de hornos, de colado, de batido, de afilado... Y es muy probable que en ello tuvieran su primer protagonismo aquellos mismos a los que se debe en Navarra la introducción de los ritos funerarios dolménicos o de la especie cerámica campaniforme.

El testimonio único, por el momento (y también excepcional en toda el área pirenaico-occidental), de aquellas faenas de fundición es un molde de hacha encontrado en 1963 no lejos del dolmen de Mugasoro (en Otsola-Belate) por J. M. Merino, al que se debe su detenida noticia y descripción. El molde, en que se había de verter el metal líquido, fue labrado en una piedra arenisca dura, que no corresponde a la habitual en el lugar donde fue hallado. Con él se obtendrían hachas del tipo llamado plano (de talón estrecho y filo, casi recto, bastante ancho) de cobre o de bronce: y que se fechan en los primeros estadios de las edades del metal (Eneolítico y Bronce Antiguo), siendo conocidas en todo el País Vasco. Las hachas obtenidas con este molde medirían: 131 mm. de largo, 9 mm. de espesor máximo, 90 mm. de corte o filo, y 21 de talón. El hallazgo testimonia la existencia entre nosotros ya en épocas muy antiguas de técnicas de fundición de hachas; por ello, ya no se debe mantener que la totalidad de los instrumentos metálicos conocidos en Navarra en estas fechas hubieron de ser importados (figura 106).

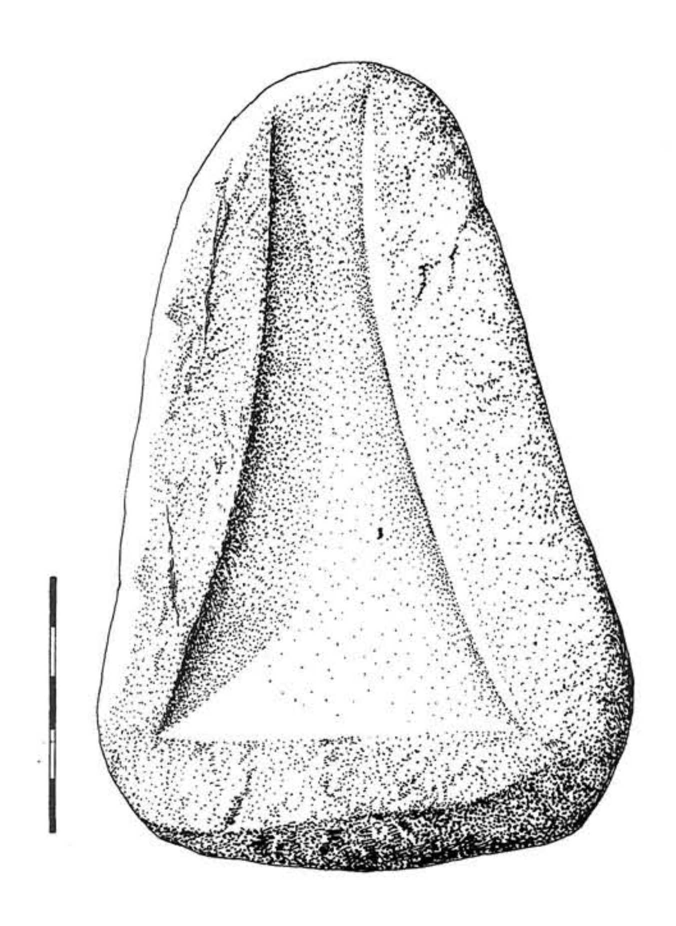


FIG. 106. Molde de arenisca, para fundir en él hachas de cobre o de bronce; fue encontrado por J. M. Merino en el sector de Otsola-Belate a menos de 100 metros del dolmen de Mugasoro.

De la metalurgia del cobre y del bronce en esta primera etapa de las Edades del Metal se han reunido, en excavaciones y hallazgos sueltos por Navarra, en torno al medio centenar de evidencias[6]: se trata de armas (puñales, puntas de flecha o de lanza), de instrumentos de trabajo (punzones, hachas) o, más excepcionalmente, de piezas de adorno personal (como anillos, pulseras o cuentas), que se depositaban normalmente como ofrenda u ornato junto a los restos humanos inhumados en los dólmenes. Hay puntas de flecha de varios tipos (en los dólmenes de Armendıa, Baratzeko Erreka, Mina de Farangortea, Obioneta Sur, Olaberta; en la estación de la Corraliza de Tirapu...; el excepcional par de flechas pedunculadas de *tipo Palmella,* en el dolmen de Sakulo), puñalitos (en los dólmenes de Goldanburu y de Obioneta Sur), punzones de sección cuadrada (en los dólmenes de La Cañada, Debata Realengo, Mina de Farangortea, yacimiento de Echauri, cueva del Padre Areso), circular (Mina de Farangortea) o de tipo brújula (en Obioneta Norte); algunos fragmentos de pulsera (en los dólmenes de Aranzadi y de Zubeinta) y hasta cuentas mínimas hechas por enrollado de fina chapita de cobre (en los dólmenes de Arzabal y de Zubeinta) o anillos (en Armendía) (figuras 107 y 108). Hachas planas han sido halladas en varias estaciones no dolménicas (Echauri, Huici, cueva de los Moros en la Foz —Navascués—). Resulta excepcional la importante colección de piezas de procedencia desconocida reunida en la cámara de Comptos Reales (hoy en el Museo de Navarra): una docena de piezas (dos de ellas son ya hachas de reborde).

Modernas técnicas de espectrografía se han aplicado, fundamentalmente por investigadores alemanes, para determinar la composición exacta de estas piezas metálicas. Mediante dichos análisis se decide, en primer lugar, sobre la presencia intencionada o no del estaño en la aleación (y, por tanto, si se trata de piezas de cobre o de bronce), y —lo que es más importante— por el cómputo de los elementos de menor representación, cuáles son las impurezas nativas de la piezas. Así se han conseguido establecer cartas de dispersión por Europa de las diversas variedades de cobres nativos: con ellas, se sugieren relaciones comerciales y se intenta precisar la cronología exacta de los hallazgos. Las piezas navarras que hasta ahora han sido sometidas a ese tipo de análisis son[7]:

| | | | *Sn* | *Pb* | *As* | *Sb* | *Ag* | *Ni* | *Bi* | *Au* | *Zn* | *Co* | *Fe* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 21226 | Goldanburu | = puñalito | 0,01 | 0,02 | 1,55 | 0,02 | 0,02 | 0,005 | 0,0002 | 0 | 0 | × | × |
| 1812 | Obioneta Sur | = puñal triangular | 0,025 | 0,01 | 3,2 | 0,25 | 0,03 | 0,14 | 0,07 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 1813 | Obioneta Sur | = punta de flecha | 0 | 0 | 3,2 | 0 | <0,01 | 0 | 0,009 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 7621 | Zubeinta | = pulsera | >10 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | × |
| 7611 | Navarra | = hacha plana | 0 | 0 | 3,1 | 0 | × | <0,01 | 0,007 | 0 | 0 | 0,043 | 0 |
| 7612 | Navarra | = hacha plana | 0 | 0 | 1,95 | 0,05 | × | 1,12 | × | 0 | 0 | 0,043 | 0 |
| 7613 | Navarra | = hacha plana | 4,9 | × | 1,35 | 0,21 | <0,01 | 0,48 | 0,014 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 7614 | Navarra | = hacha plana | 10 | 0,26 | × | 0,11 | 0,094 | 0,034 | 0,013 | 0 | 0 | 0 | × |
| 7615 | Navarra | = hacha plana | 10 | 1,75 | × | 0 | 0,1 | 0,069 | 0,012 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 7616 | Navarra | = hacha plana | 10 | 1,8 | 0 | × | 0,075 | 0,048 | 0,008 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 7617 | Navarra | = hacha plana | 3 | × | 0,14 | 0,27 | 0,65 | 0,02 | × | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 7618 | Navarra | = hacha plana | 10 | 1,7 | × | 0,06 | 0,11 | 0,041 | 0,01 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 7619 | Navarra | = hacha de rebs. | 7,4 | 0,053 | × | × | 0,01 | 0,034 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 7620 | Navarra | = hacha de rebs. | 6 | 0,53 | 0,83 | 0,094 | 0,043 | 0,26 | 0,009 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| | Aranzadi | = pulsera | Cu = 86,6 %; el resto impurezas. | | | | | | | | | | |
| | Armendía | = anillo | Cu = 87,6 %; Sn = 12,4. | | | | | | | | | | |
| | La Cañada | = punzón | Cu = 99,3 %. | | | | | | | | | | |
| | La Cañada | = punzón | Cu = 94,2 %. | | | | | | | | | | |

El oro se ha hallado excepcionalmente. En el dolmen de Sakulo se encontró una cuenta fabricada con una laminita de metal batido, de escasa anchura.

6. Su recopilación se encuentra en el *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional* de J. M. APELLÁNIZ (Número especial de «Munibe», Suplemento n.º 1, San Sebastián, 1973). Hemos utilizado, con provecho, el catálogo *Instrumentos metálicos del Bronce I y II en el valle medio del Ebro* de C. PEREZ ARRONDO (Memoria de Licenciatura; Zaragoza, 1974; inédita). El molde de fundición de Otsola-Belate se ha publicado por J. M. MERINO como *Molde para hacha de cobre en arenisca* (pp. 120-121 de «Munibe», n.º 17; San Sebastián, 1965).

7. Los resultados de esos análisis se toman de las obras: de E. SANGMEISTER, *Contribución al estudio de los primitivos objetos de metal en el País Vasco* («Anuario de Eusko-Folklore», tomo XVIII, pp. 49-55; San Sebastián, 1961); de S. JUNGHANS, E. SANGMEISTER y M. SCHRÖDER, *Kupfer und Bronze in der frühen Mettalzeit Europas. Die Materialgruppen beim Stand von 12000 Analysen* (Berlin, 1968); y de J. M. APELLÁNIZ, *Corpus de materiales...* 1973 (para los resultados del análisis de las últimas cuatro piezas de Aranzadi, de Armendía, y las dos de La Cañada). Los números que preceden al nombre del yacimiento de procedencia, en el cuadro de análisis, son los citados en la recopilación de JUNGHANS, SANGMEISTER y SCHRÖDER, *Kupfer und Bronze...* 1968.

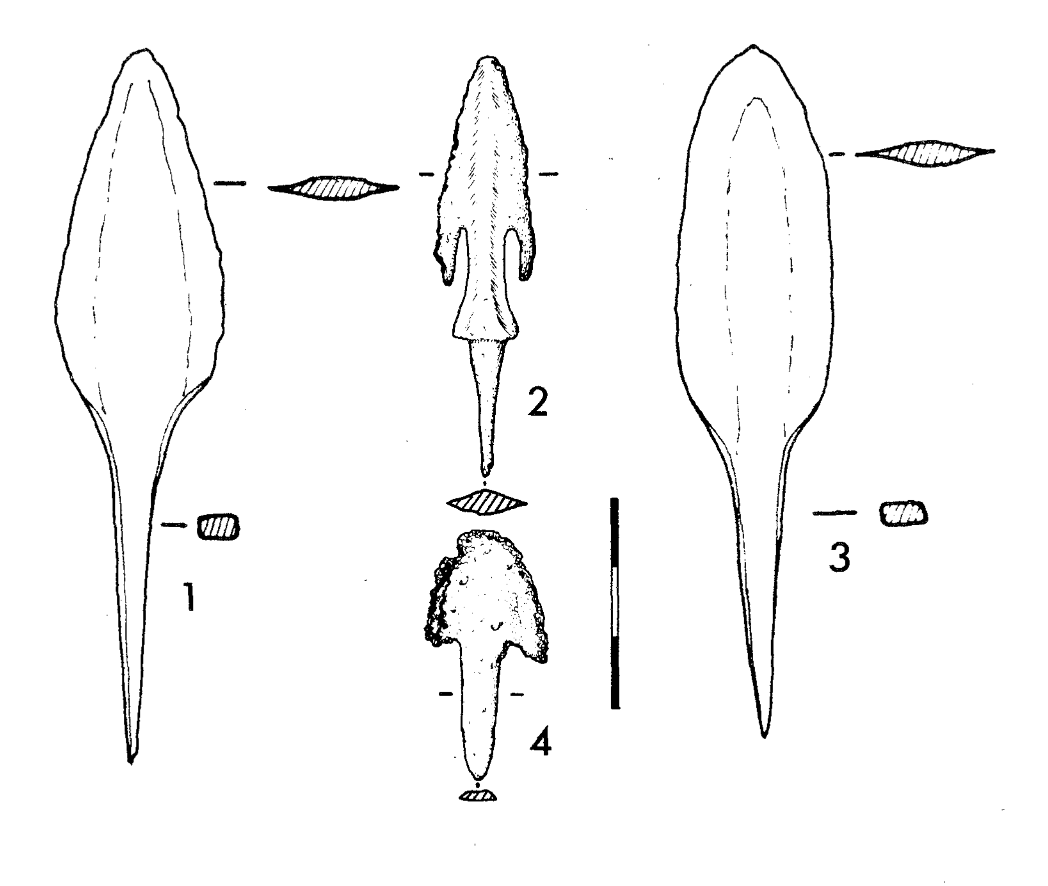



FIG. 107. Puntas metálicas de cobre o bronce, procedentes de los dólmenes de Sakulo (n.º 1, 3: de tipo Palmella) y de Obioneta Sur (n.º 2, 4) (según T. ANDRÉS y J. M. APELLANIZ en 1973).

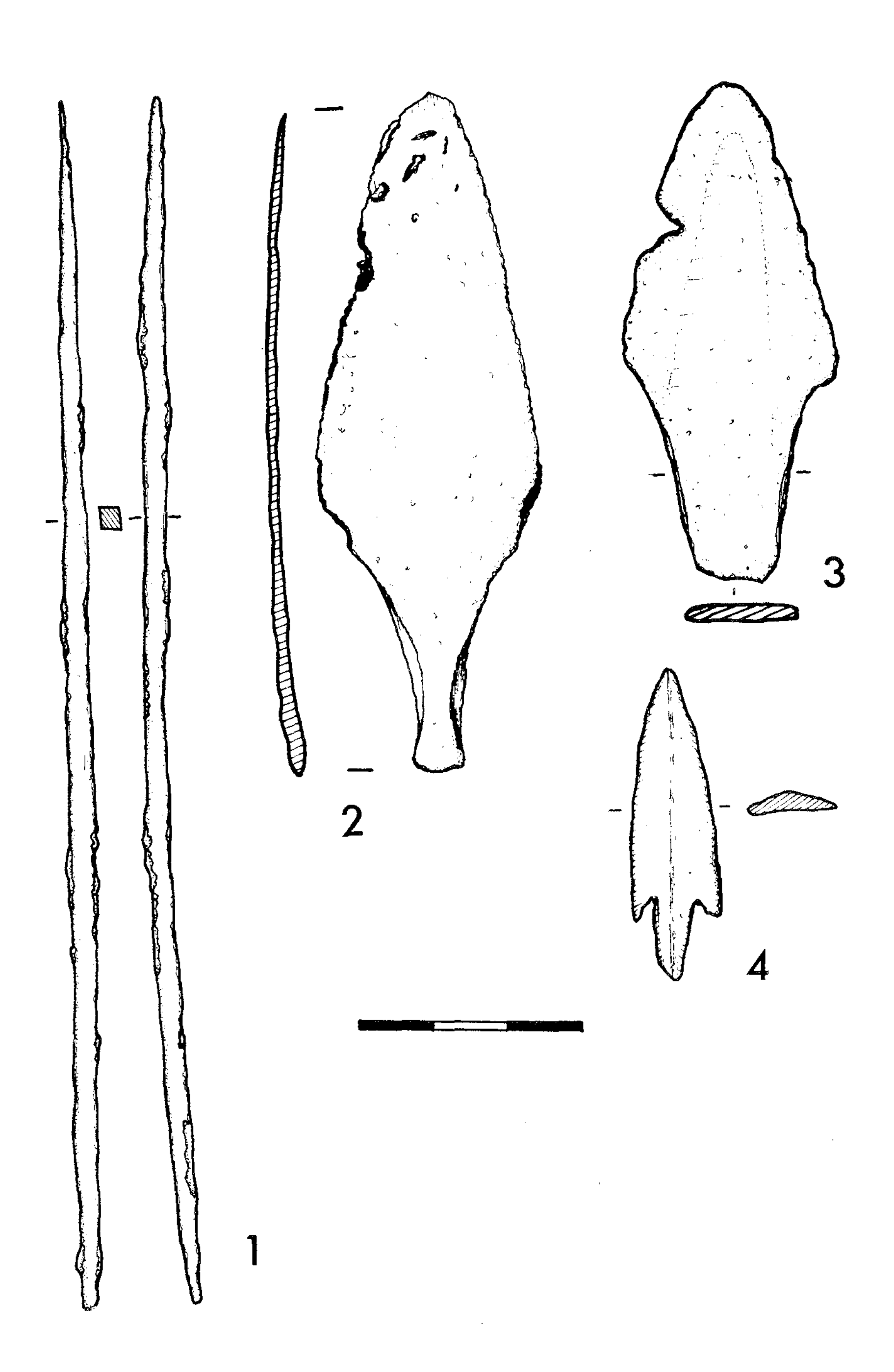



FIG. 108. Piezas metálicas en cobre y bronce de los dólmenes de Mina de Farangortea (n.º 1: punzón largo de sección cuadrada), Obioneta Sur (n.º 2: puñalito) y Goldanburu (n.º 3: puñalito). El objeto n.º 4 es una punta de flecha realizada en hueso, del dolmen de Mina de Farangortea (según J. M. APELLÁNIZ en 1973).

# IV. LOS SISTEMAS DE ENTERRAMIENTO

Como sistemas de enterramiento más habituales en esa época de nuestra Prehistoria hay que distinguir la serie dolménica, predominante, con acopio de ejemplares y un despliegue geográfico que cubre con notable densidad el suelo montañoso y los paisajes de altitud media (con extensión a la Navarra Media, a la Rioja Alavesa y con las primeras localizaciones al Sur del Ebro de Logroño), y los monumentos no dolménicos, con más escasas identificaciones representativas de sepulcros bajo túmulo y contados ejemplares de sepulcros de fosa y de cista (en las Riojas Alta y Baja), lo que prueba la existencia en el Pirineo Occidental y zonas adyacentes de una variedad de monumentos sepulcrales mayor de la que tradicionalmente se venía suponiendo. Aparte de ello son frecuentes las inhumaciones en el interior de las cuevas, con ajuares similares a los recogidos en los monumentos dolménicos.

## 1. Los sepulcros megalíticos

a) *Problemática general.* El Eneolítico y la Edad del Bronce ofrecen en Navarra una atractiva manifestación en la variada tipología de sus sepulcros megalíticos: son hoy casi trescientos los «dólmenes» catalogados en la provincia. Su estudio e interpretación sólo pueden abordarse en el contexto cultural propio de toda la rica área dolménica vasca en ese bien caracterizado sector de la «cultura pirenaica occidental».

Las más adecuadas síntesis sobre el megalitismo vasco se han expuesto en las excelentes visiones de conjunto de J. M. de Barandiarán, J. Maluquer de Motes, J. M. Apellaniz, T. Andrés y en la utilísima recopilación de J. Elósegui[8]: a sus obras y a una muy enriquecedora amistad con todos ellos debe este capítulo la mayor parte de sus observaciones de valoración del fenómeno dolménico.

El primer informe científico elaborado sobre los dólmenes navarros, concluido el 27 de noviembre de 1894 por Juan de Iturralde y Suit, es ya un ejemplo notable de perspicacia en la observación e interpretación de esas construcciones funerarias. En su texto (correctamente ilustrado con láminas en acuarela y con dibujos a plumilla, de alzados y plantas de los monumentos) ya se recoge el nombre popular *(trego-arriya)* con que los pastores del Aralar los designan y se expresan tres constataciones que —sin ser absolutamente generales— pueden servir bien para caracterizar lo más común a la mayoría de los dólmenes vascos:

1.ª «Todos los dólmenes están rodeados por un círculo de unos ocho a diez metros de diámetro, formado por piedras irregulares, esquinudas y no grandes; pero no presentan señales de haber estado bajo ningún montículo o gal-gal.

2.ª Todos tienen su entrada al Oriente; y

3.ª A distancia relativamente corta de cada uno de los dólmenes, se encuentran una o más cavernas, circunstancia sobre la que llamo la atención de la Real Academia, y considero de suma importancia para mis exploraciones futuras, por creer que, por lo menos en este país, existe entre unas y otros estrecha relación...»[9].

Los dólmenes vascos se diversifican en una bastante específica tipología sobre unas bases comunes de estructura y de función y ritos: se trata de sepulturas de depósito colectivo, en que los cadáveres —depositados a lo largo de períodos relativamente amplios de tiempo— suelen venir acompañados de diversos utensilios y ofrendas. Se construyeron con grandes lajas de piedra o incluso con bloques, que forman sus paredes y «techo» (ortostatos y cubierta), no conociéndose aquí el trabajo de paredes levantadas con aparejo de sillarejo (ni con falsa cúpula), tal como existen en megalitos de

8. J. M. de Barandiarán, *El hombre primitivo en el País Vasco* (San Sebastián, 1934) y *El Hombre Prehistórico...* 1953; J. Maluquer de Motes, *Notas sobre la cultura megalítica navarra* (pp. 93-147, «Príncipe de Viana», n.° 92-93; Pamplona, 1962); J. M. Apellániz, *Corpus de materiales...* 1973, *El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco* (número monográfico de «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 7; Vitoria, 1974) y *El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica* («Munibe», vol. 27, fasc. 1-2; San Sebastián, 1975); J. Blot, *Nouveaux vestiges mégalithiques...* 1974; y T. Andrés, *Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas* (pp. 65-129, «Príncipe de Viana», n.° 146-147; Pamplona, 1977) y *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro* (Zaragoza, 1978).

9. J. de Iturralde, *Monumentos megalíticos de Navarra* («Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra», 2.° años, 2.ª época, pp. 147-154, n.° 7; Pamplona, 1911) pp. 152.

latitudes meridionales de la Península. Sus «cámaras» funerarias normalmente están cercadas y protegidas por acumulaciones de tierras y piedras (túmulos o «galgales») (figura 109).

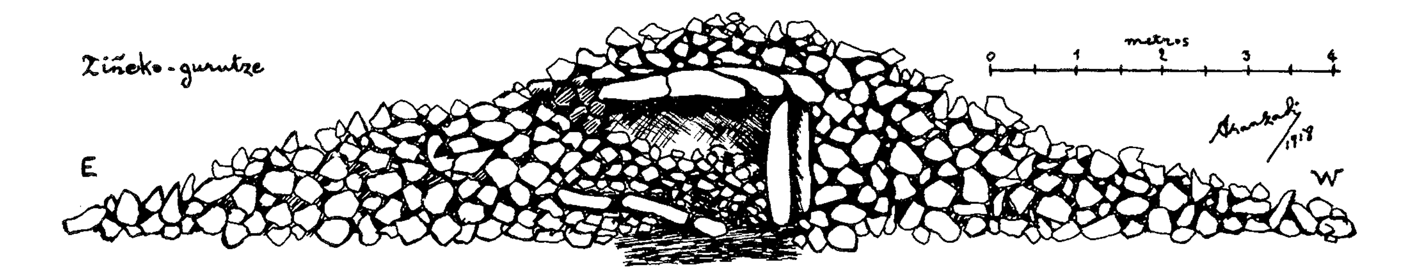



FIG. 109. Croquis constructivo del dolmen de Ziñekogurutze (Aralar), mostrando, en corte, su túmulo de piedras protegiendo la cámara. Realizado por T. de Aranzadi en 1918.

La arquitectura megalítica que, en general, cubre las zonas de altitud media de todo el sistema pirenaico (en ambas vertientes), puede tener su origen en las etapas finales del Neolítico y una vigencia que, para algunos casos y zonas, llene todo el desarrollo de la Edad del Bronce. Por lo tanto, los dólmenes (y los ajuares que contienen) muestran complicados modelos de aculturación, ofreciendo al arqueólogo evidencias concretas de muy diverso origen geográfico y que se produjeron en un dilatado lapso de tiempo: labor del investigador será, pues, la de decidir las líneas de influencia y los momentos concretos en que aquellos diversos préstamos culturales confluyeron en el fenómeno dolménico. Para ello convendrá (tal como ha intentado recientemente Teresa Andrés) analizar con cuidado todos los datos posibles en lo dolménico, bajo la triple perpectiva factorial de la tipología del monumento, del ritual funerario utilizado, y de la entidad formal del utillaje que contiene; con una consideración complementaria del medio físico en que se alza el monumento (su relación con otras estructuras contemporáneas, anteriores y posteriores de enterramiento, con los lugares de habitación...). Tarea especialmente difícil si se tiene en cuenta el escaso número de dólmenes que, entre los hoy catalogados, han sido sometidos a una excavación metódica y —sobre todo— la intensa remoción y saqueo a que la mayoría de ellos han ido siendo sometidos a lo largo del tiempo por «buscadores de tesoros».

b) *Tipología dolménica.* Los elementos componentes de la estructura del monumento son de varia tipología y, por ello, las variedades de dólmenes, resultantes de la combinación de esos distintos tipos de componentes, son también muy numerosas (figuras 110, 111 y 112).

La cámara funeraria es de tamaño y forma muy varios: se distinguen normalmente las cistas (de tamaño pequeño, y prácticamente cerradas), de las cámaras simples, de los sepulcros de corredor y de las galerías cubiertas. Es frecuente que las plantas de esas cámaras sean de forma rectangular o poligonal alargada; siendo —más raramente— prolongadas por un corredor o un pasillo a un lado. Bastante a menudo el monumento —en su eje mayor— se orienta de Este a Oeste. A veces el ortostato que cierra el recinto cameral por el Este es menos alto que los que forman sus paredes: esta forma de «puerta» o de «ventana» se ha sugerido que tenga tanto una finalidad práctica (asegurar el acceso al interior del recinto, para poder seguir depositando en él sucesivos inhumados, sin tener que deshacer la estructura del monumento en cada ocasión) como un sentido ritual o de creencias (esa «ventana del alma» asegura al espíritu del difunto su abandono de la envoltura carnal y de la cámara en que estaba encerrado). En un sentido estricto el nombre de «puertas» o de «ventanas» dentro del ámbito dolménico del Pirineo Occidental sólo se habría de aplicar a las de los impresionantes monumentos de Artajona (el Portillo de Enériz, y la Mina de Farangortea): donde el «acceso» al interior de la cámara desde el corredor de entrada está asegurado por una gran perforación circular tallada cuidadosamente en la losa que separa aquélla de éste. Tal como ha indicado T. Andrés a propósito de ellas la función de tales oquedades es la de puertas «reducidas todo lo posible para facilitar al máximo su cierre, pero no tanto que impidan el paso de una persona»[10] (figuras 113 y 114).

10. T. ANDRÉS, *Los sepulcros megalíticos de Artajona* (pp. 403-422, «Príncipe de Viana», n.º 148-149; Pamplona, 1977). Según esa autora los paralelos a las «puertas» de los sepulcros de Artajona se habrán de buscar con preferencia en el núcleo francés de la cultura S.O.M. que en prototipos portugueses o andaluces.

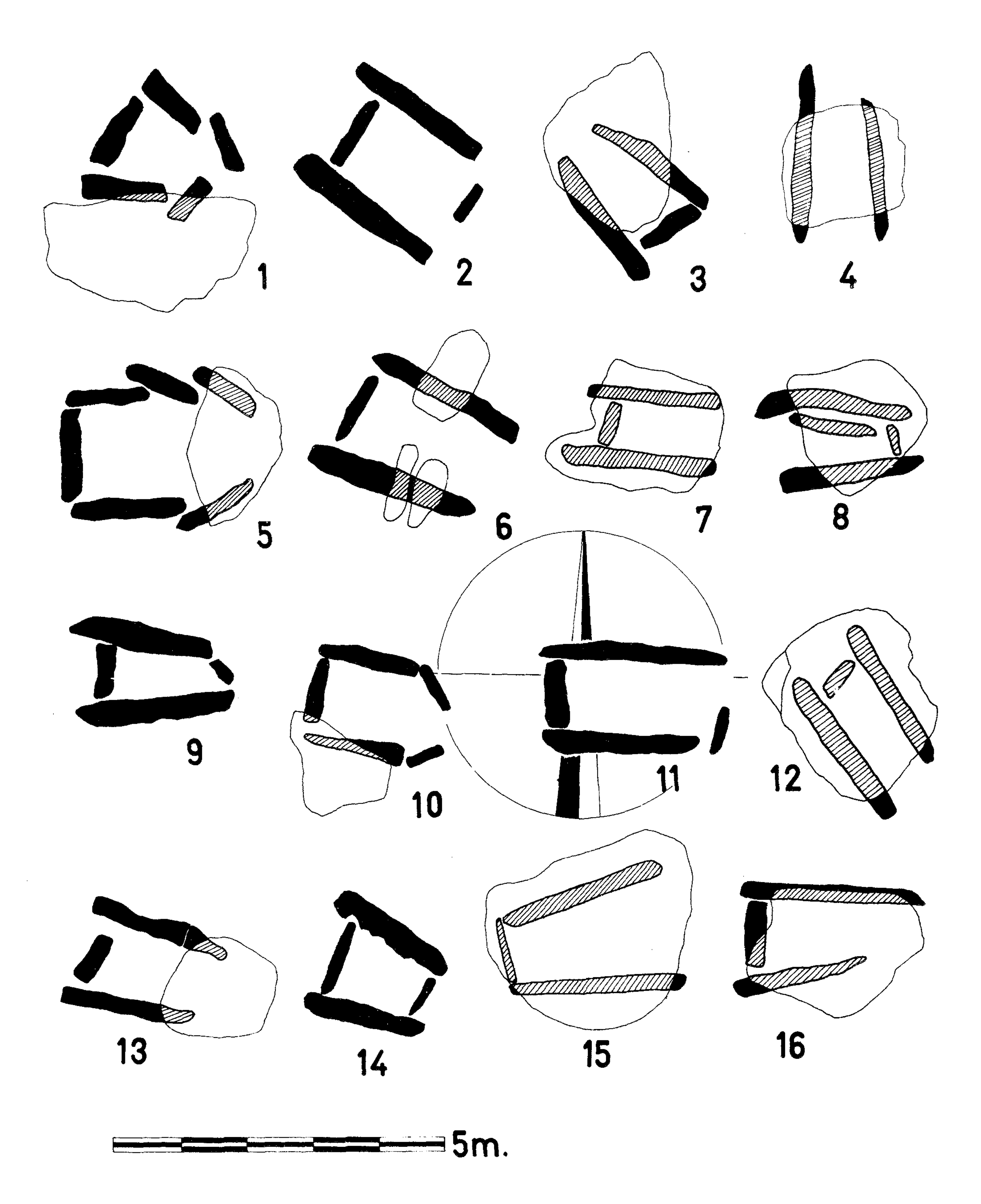



FIG. 110. Modelos de dólmenes de cámara simple («cista dolménica») de los sectores de Larraun (n.° 1: Millaldapa), Leire-Illón (n.° 2: Puzalo), Ardaitz (n.° 3: Ardaitz II), Ataun-Borunda (n.° 5: Argonitz) y Aralar (n.° 4: Otsopasaje, 6: Debata Arruazu I, 7: Ziñakogurutze, 8: Armendia, 9: Txagadi, 10: Seakoain, 11: Obioneta Sur, 12: Urdenas, 13: Pamplonagañe, 14: Obioneta Norte, 15: Soiltxiki, y 16: Aranzadi) (según J. M. APELLANIZ en 1973; salvo el n.° 5 según ARANZADI, BARANDIARÁN y EGUREN en 1920).

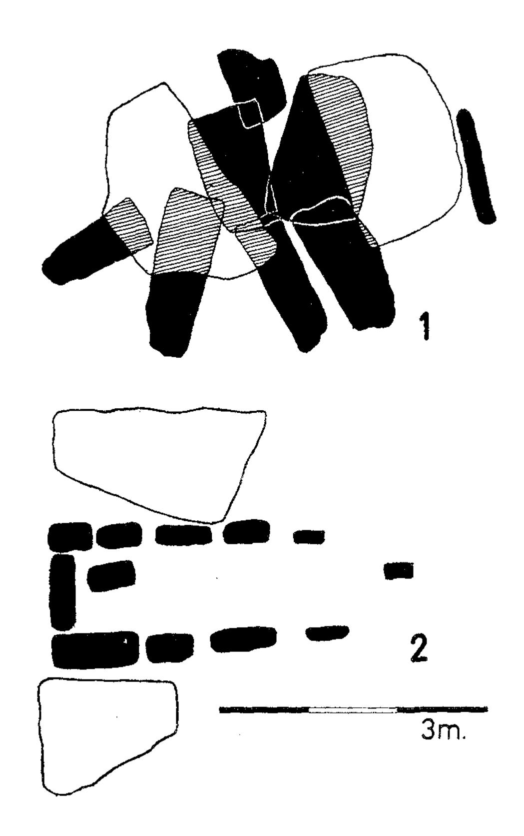



FIG. 111. Dos sepulcros dolménicos de Urbasa: Armorkora Txikia (1) y La Cañada (2) (de forma de cámara alargada, encerraba restos humanos de unos 11 individuos) (según ARANZADI, BARANDIARÁN y EGUREN en 1923).

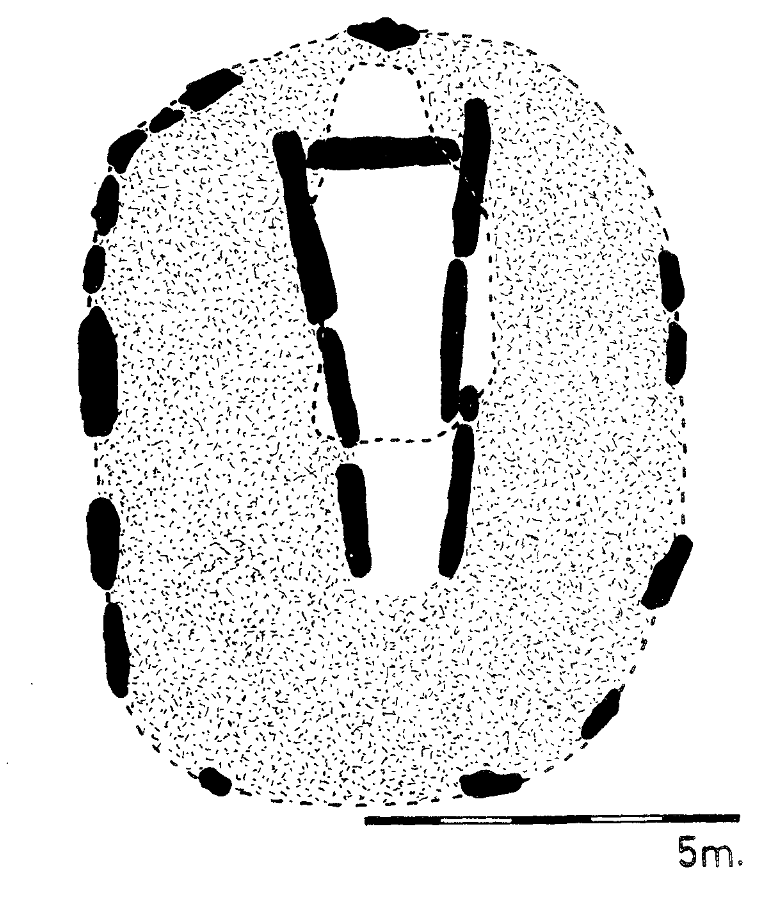



FIG. 112. Sepulcro de galería cubierta de Arrako (Roncal), incluido en un túmulo al que rodea un círculo de piedras enhiestas (al modo de cromlech) (según J. MALUQUER DE MOTES en 1963).





FIG. 113. Dolmen de corredor del Portillo de Eneriz (Artajona). Detalles del corredor y su acceso a la cámara al fondo (arriba) y de la losa que hace de «puerta», perforada (abajo) (fotografía T. ANDRÉS).

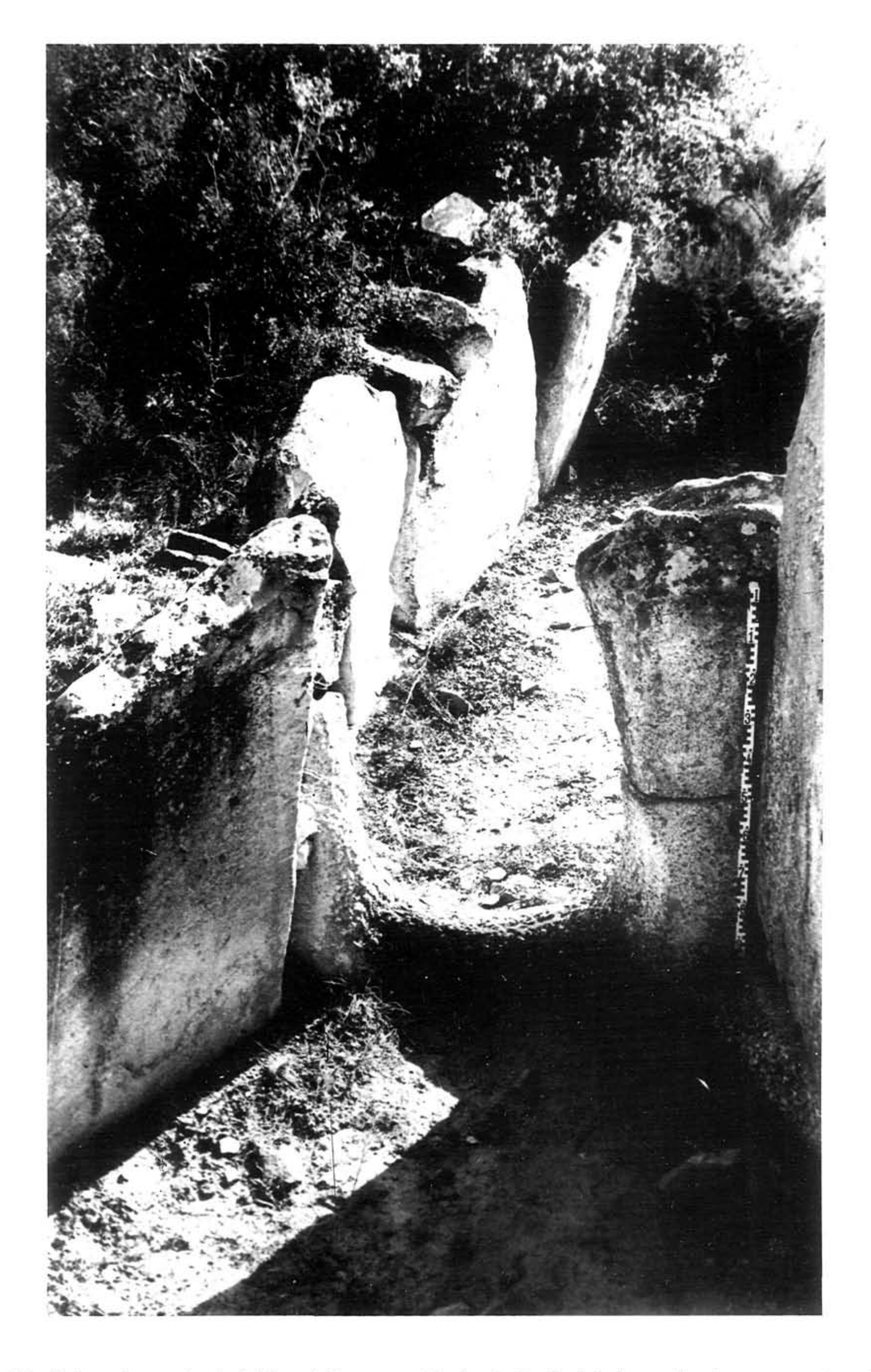


FIG. 114. Dolmen de corredor de la Mina de Farangortea (Artajona). Detalle de la losa perforada, como «puerta» entre la cámara (primer plano) y el corredor (al fondo) (fotografía de T. ANDRÉS).

El túmulo o galgal que rodea normalmente todas esas cámaras funerarias se ha levantado con piedras de tamaños medianos, o con tierra y —en ocasiones— con unas y otra. En casos excepcionales se aprecia una cuidada disposición imbricada de las piedras que —de formas aplanadas— cubren todo el conjunto del túmulo. Este túmulo corrientemente adopta una forma circular (raramente ovalada), con dimensiones medias de 10 a 15 metros de diámetro para la mayoría, y con altura de entre 1 y 2 metros[11]. A veces el lugar en que había de asentarse la cámara funeraria ha sido parcialmente cavado, o rebajado, a fin de contenerla: así su túmulo posterior se forma, tanto por el abombamiento natural aprovechado para contener la cámara como por la superestructura de piedras y tierras añadidas.

En casos no frecuentes un círculo de piedras enhiestas, a modo de cromlech, rodea y delimita el perímetro de dicho túmulo.

En los dólmenes vascos se dan sensibles diferencias de tamaños: se puede citar así desde el espectacular dolmen de Aitzkomendi (en Eguilaz, Alava) cuya cámara (de diez ortostatos) está cubierta por una gran losa-bloque de diez toneladas y media de peso, y cuyo túmulo posee un diámetro máximo de 64 metros, acogiendo centenares de inhumaciones (según las descripciones de quienes, en el siglo pasado, comenzaron su excavación), hasta las pequeñas construcciones de los altos valles pirenaicos. Se ha solido afirmar —aunque existan excepciones que invalidarían lo general de la regla— que los megalitos grandes y de estructura complicada predominarían en la zona más próxima a la depresión del Ebro (Rioja Alavesa, Llanada de Alava, o zona de Artajona, por ejemplo) en tanto que los dólmenes menores y más sencillos serían los propios de las zonas de montaña (Aralar, Urbia, Urbasa...; o de los altos valles del Pirineo). Pero en este planteamiento de tamaño y complejidad de la estructura cameral no sólo debe tenerse en cuenta la ubicación de los monumentos en territorios más aptos para las faenas agrícolas o para el pastoreo, sino también su proximidad o lejanía con respecto a aquellas áreas foráneas que pudieron promover tales o cuales modelos de monumentos. En este sentido, y partiendo de la afirmación de que los dólmenes no sean una invención local del territorio vasco sino que hayan llegado aquí por difusión de otras áreas vecinas, se podría aceptar, con J. Maluquer de Motes[12]:

1. que los sepulcros de corredor de la Rioja Alavesa (zona de Laguardia), que deben ser bastante antiguos, se relacionarían mejor con evidencias del Occidente peninsular (hay algunos dólmenes muy similares en Burgos) o del Sur (algunos «ídolos» de hueso —del dolmen de San Martín— tendrían esa procedencia), del mismo modo que la abundancia en esos depósitos de los individuos del tipo mediterráneo grácil avalaría tal suposición.
2. que los sepulcros menores, comunes a toda la zona montañosa vasca y al Pirineo en general (hasta Cataluña), y en último extremo las mínimas cistas de inhumación derivarían de aquellos otros monumentos mayores: por «reducción del tipo a lo esencial, que es la cámara»,... con «aparición de los dólmenes pequeños en las zonas montañosas y de pastos».
3. que las galerías cubiertas del Roncal (Arrako y Sakulo: con algunas piezas concretas de ascendencia foránea: así puntas de Palmella; o un botón prismático de marfil con perforación en «V» de tipo catalán) habrían de relacionarse con los grandes monumentos semejantes del Pirineo oriental.

Sin que, a nuestro entender, se puedan olvidar (además de aquellas influencias orientales, y meridionales) otras posibles relaciones con grupos humanos de allende el Pirineo y hasta de la Bretaña francesa o de áreas culturales más septentrionales.

c) *Dispersión espacial de los monumentos dolménicos*

La serie dolménica estudiada, con sus tipos variados, ocupa completamente la orla septentrional de las Provincias Vascongadas y de Navarra, desde las montañas del occidente de Alava y la Llanada a la Navarra oriental pirenaica, y los altos valles de la vertiente septentrional del Pirineo.

---

11. Según datos reunidos por J. MALUQUER DE MOTES (Notas sobre la cultura... 1962), en base a noticias dimensionales recopiladas por J. M. DE BARANDIARÁN (en 1953) y en el Catálogo Dolménico de J. ELÓSEGUI (en 1953), en los túmulos que rodean los dólmenes navarros el 67,8% de casos posee dimensiones entre los 10 y los 15 m de diámetro, el 13,5% poseen túmulo de menos de 10 metros, el 14,7% lo tienen en dimensiones de 15 a 20 metros, y sólo pasan de los 20 metros el 3,4% de las sepulturas megalíticas computadas. No es frecuente la existencia de un círculo de piedras enhiestas (al modo de cromlech) rodeando el túmulo.

12. J. MALUQUER DE MOTES, *Consideraciones sobre el problema de la formación de los vascos* (pp. 115-128, «IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, 1966) *passim*.

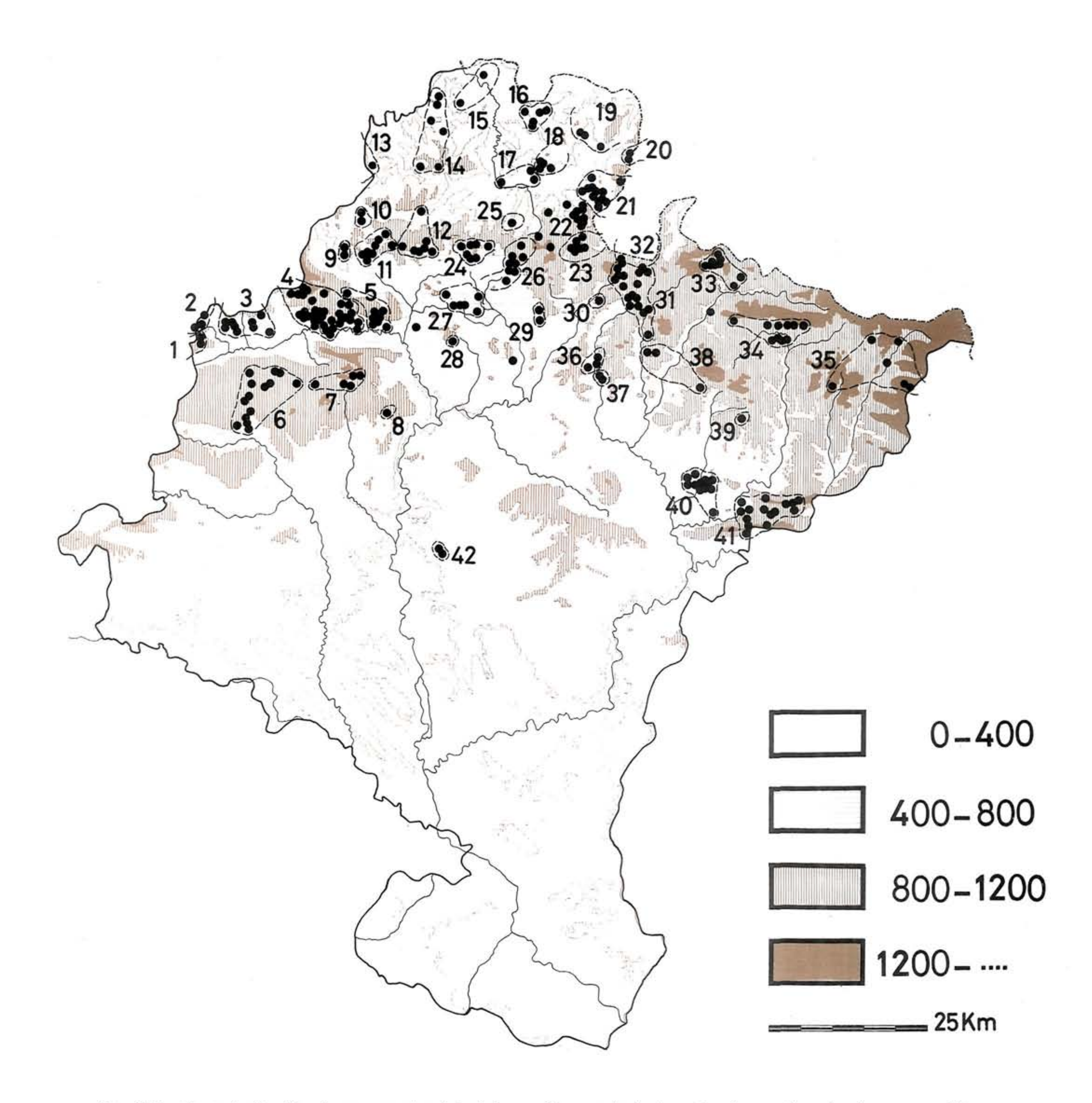



FIG. 115. Mapa de situación de monumentos dolménicos en Navarra (se incluyen los diversos tipos de cámaras megalíticas: simple o de cista, dolmen de corredor y galería cubierta; así como las estructuras tumulares, aún no bien definidas). Los números y delimitación de los «sectores» o «estaciones» se corresponden con los utilizados en la catalogación particular de esas evidencias en el capítulo 6. Son esos sectores: 1: Aratz-Alsasua, 2: Altzania, 3: Ataun-Borunda, 4: Aralar, 5: Larraun, 6: Urbasa, 7: Andía, 8: Sarbil, 9: Araiz, 10: Gorriti-Huici, 11: Aritz-Ireber, 12: Basaburua, 13: Onyi-Adarra-Mandoegi, 14: Goizueta-Artikutza-Aranaz, 15: Lesaca, 16: Atxuri, 17: Bertiz-Arana, 18: Legate (Lerate), 19: Gorramendi y Alcurrunz, 20: Izpegi, 21: Errazu-Aldudes, 22: Urkizte-Larrebeltz, 23: Saioa-Loiketa, 24: Ulzama, 25: Almandoz-Gaztelu, 26: Otsola-Belate, 27: Atez, 28: Juslapeña, 29: Anue-Esteribar, 30; Erro, 31: Auritz, 32: Urepel-Ibañeta, 33: Orbaiceta, 34: Abodi, 35: Roncal, 36: Ardaitz, 37: Arriasgoiti, 38: Arce, 39: Salazar, 40: Idokorri-Ugarra, 41: Leire-Illón, 42: Artajona (mapa realizado sobre carta de distribución de T. LÓPEZ SELLÉS e I. SANTESTEBAN).

En la banda central del territorio están los dólmenes de la zona de Artajona (en la Navarra Media oriental), un grupo de dólmenes en los bajos Omecillo y Bayas y la estación de la Rioja Alavesa y Rioja Alta de Logroño (de la izquierda del Ebro). Finalmente, empiezan a ser conocidos los primeros dólmenes del Sur del Ebro (en la provincia de Logroño) con dos testimonios localizados entre los cursos medio y bajo de los ríos Iregua y Leza.

En esa serie dolménica aparecen como tipos constructivos esenciales la galería cubierta, el sepulcro de corredor y el dolmen de simple cámara («cista» dolménica) que ofrecen subtipos varios, cuya sistematización tipológica se viene concretando últimamente por T. Andrés, evidenciando la acentuada diversidad dolménica en el territorio.

Los sepulcros de corredor apenas se han identificado en Navarra (así como en la Rioja alavesa se conocen importantes ejemplares), en tanto que las galerías cubiertas se dan en todas las comarcas dolménicas navarras: en Aralar (Arzabal, Aranzadi, Ueloguena Norte), en Urbasa (La Cañada), en Roncal (Arrako), y en Artajona (Portillo de Enériz, Mina de Farangortea).

Los dólmenes de simple cámara, densificados en las actuales áreas pastoriles, están abundantemente presentes en toda la región: se aprecia en ellos una mayoría de plantas rectangulares cortas.

A pesar de estos casos de sepulturas dolménicas en zonas de llanura o junto al cauce del Ebro, hay que suscribir la opinión mantenida de modo constante por J. M. de Barandiarán de una inmediata relación de las áreas dolménicas con aquellas en que se desarrollan actividades pastoriles. Lo que permite afirmar que aquellos prehistóricos que depositaban sus cadáveres en los dólmenes habrían de dedicarse a faenas pastoriles similares a las que ahora perduran en nuestras sierras y zonas de pastos de montaña. Parece que el Ebro, por el Sur, es el límite normal de expansión del área dolménica: límite que sólo excepcionalmente se ha rebasado.

Los dólmenes frecuentemente aparecen agrupados formando estaciones de llamativa concentración[13] (figura 115).

Resumiendo lo que acabamos de expresar sobre la relación de dólmenes y áreas de habitación, ha insistido J. Maluquer —recogiendo observaciones anteriores de J. M. de Barandiarán— en la dependencia de las grandes construcciones de las tierras llanas con un poblamiento permanente de asentamientos estables o semiestables locales, en contraste con los abundantes dólmenes sencillos de los pastizales de montaña, que resultarían relacionables con asentamientos de carácter estacional[14].

## 2. Los sepulcros no megalíticos

Contrariamente a la larga duración de las sepulturas de tipo dolménico, los monumentos no dolménicos de estructura tumular o de cista parecen corresponder a un momento más restringido, definido por el vaso campaniforme, o sea al Eneolítico y a la primera mitad de la Edad del Bronce. Aunque esta apreciación se basa sólo en los ejemplos recientemente controlados, que son en número muy limitado.

Los datos hasta ahora reunidos[15] para caracterizar los sepulcros no dolménicos (enterramientos, o depósitos, bajo túmulo en su mayoría) no son suficientes aún, si bien recientes excavaciones en las provincias vecinas de Navarra (Rincón de Soto, Herramelluri y Atalayuela en Logroño; Bidekurtze en Alava) permiten notar algunos rasgos interesantes. Datándose en el Eneolítico y Bronce Antiguo (acaso lleguen a sus límites con el Bronce Pleno) sus ajuares resultan similares a los normales en las sepulturas

---

13. En el repertorio reunido recientemente por J. Blot (*Nouveaux vestiges mégalithiques*... 1974), pp. 78, se aprecia en los dólmenes del País Vasco septentrional que, sobre 104 monumentos catalogados, el 43% aparecen aislados, el 28% se agrupan a pares, el 6% de tres en tres, y el 23% en «estaciones» de cuatro o más monumentos.

14. La idea está suficientemente expresada en palabras de J. Maluquer de Motes (*En torno a la cultura megalítica de la Rioja alavesa,* en pp. 83-90 de «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 6; Vitoria, 1974; pág. 84): «Todo ese grupo de monumentos megalíticos se halla situado sobre una comarca que posee unas condiciones ecológicas uniformes, y cuyo actual paisaje es suficientemente evocador... comunidades sedentarias, básicamente pastoriles pero con pleno dominio y desarrollo de una agricultura cerealista. Esta población diseminada en pequeños poblados dispondría en las cercanías de cada uno de ellos (por descubrir aún) de un pequeño panteón familiar que se utilizaría de generación en generación, mientras el estado del monumento lo permitiera, remozándolo y asegurándolo incluso en caso necesario. Hemos dicho población sedentaria frente a la idea general que atribuye a los constructores de dólmenes del norte de España...».

15. A. Marcos Pous, *Excavación de una cista con doble inhumación, del vaso campaniforme, en Rincón de Soto (Rioja Baja, Logroño)* (pp. 384-401 de «Noticiario Arqueológico Hispánico», vol. XIII-XIV, Madrid, 1971); I. Barandiarán, *La Atalayuela: fosa de inhumación colectiva del Eneolítico en el Ebro Medio* (pp. 381-422, «Príncipe de Viana», n.° 152-153; Pamplona, 1978).

dolménicas de la Ribera o de la Navarra Media y Llanada alavesa. Son sepulcros colectivos (Atalayuela; probablemente Bidekurtze) o de muy pocos difuntos (de doble inhumación el de Rincón de Soto; de inhumación individual el de Herramelluri), en que los cadáveres son colocados en posición replegada y (según se ha controlado en Agoncillo y Rincón de Soto) reclinados sobre su costado derecho.

Las cuevas (sobre todo en sus zonas más profundas) han sido, en la época, también empleadas como cenotafios: así en Navarra se ha controlado en las de Abauntz (nivel b), Zatoya (nivel superficial), del Moro en Aspurz, y de la Foz de Navascués. Sus ajuares resultan similares a los de los sepulcros de construcción artificial.

### 3. El ritual funerario

Los ajuares que acompañan a los cadáveres en cuevas y covachos sepulcrales resultan, en general, parecidos a los depositados en las tumbas megalíticas; son, al parecer, contemporáneas ambas formas de estructura de enterramiento.

La dualidad dolmen-cueva como sistema de inhumación que coexiste en las mismas zonas y épocas, conteniendo similares ajuares, es de motivaciones difíciles de explicar: algunos han sugerido que se deba a peculiaridades sociales o étnicas (raciales) de quienes utilizaron uno u otro sistema.

Desde una perspectiva funcional se pueden señalar varias modalidades distintas en el ritual de enterramiento; modalidades que se suceden en el tiempo[16]:

—la inhumación simple del cadáver (controlable ya en el Eneolítico inicial de la cueva alavesa de Los Husos; que se fecha por C14 en los 2780 años a. de C.): resulta el modo más generalizado, desde ese Neolítico final o Eneolítico inicial y durante la Edad del Bronce.

—la inhumación después de la cremación parcial de los restos, como modo excepcional (también documentada, según Apellániz, en el Eneolítico más avanzado de Los Husos);

—la incineración (tal como se aprecia en la cueva alavesa de Gobaederra, en algunas estructuras tumulares y, sobre todo, en los cromlechs o *baratzak* pirenaicos), cuyo inicio se remontaría al Bronce Medio y su desarrollo máximo se extiende en el Bronce Final y Primera Edad del Hierro.

En general, insistimos, es la inhumación simple del cadáver en depósitos colectivos, tanto artificiales —dólmenes— como al fondo de las cuevas, el rito habitual de quienes ocuparon el territorio navarro desde el Neolítico Final hasta la Edad del Hierro.

Se han aventurado explicaciones de creencias de los constructores de dólmenes a partir del control de determinadas constantes en la distribución y entidad de los ajuares que en ellos se incluyen, de la disposición de los cadáveres, y de la misma orientación y organización arquitectónica de los monumentos. La posición plegada de los inhumados, la orientación de los mismos, la existencia de aquellas «ventanas» o «puertas» para el alma, el depósito de ídolos y hasta de elementales estelas, el encendido de hogueras sobre el túmulo dolménico,... son otros tantos indicios de ritual y de creencias complejos, acaso relacionables con cultos funerarios en que lo astral (probablemente el curso solar) tuviera papel protagonista.

Se han afirmado unas constantes en la orientación general de las construcciones. Los dólmenes más antiguos, y de arquitectura compleja, (San Martín y El Sotillo en la Rioja Alavesa, la Mina de Farangortea,...) se orientan normalmente hacia el Sur; en tanto que la mayoría de los dólmenes de cámara simple rectangular se orientan hacia el Este (entre ellos, por ejemplo, el monumental de Aizkomendi).

Se ha constatado el encendido de hogueras en las proximidades de los dólmenes (como «ceremonias» de dedicación del monumento, o en los ritos de depósito de los cadáveres)[17], y es posible —también— que sobre ellos se realizaran libaciones de líquidos y ofrendas en especie.

---

16. J. M. Apellániz, *El Grupo de Los Husos...* 1974; pp. 363-365.

17. Según ha expuesto J. M. de Barandiarán, a raíz de la exploración del monumento megalítico de Aizkomendi, en Eguilaz (en *Exploración de Aizkomendi. Desmonte de la parte meridional del túmulo,* pp. 27-40 de «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 1; Vitoria, 1966): «Los hogares o sitios de fuego que, en gran número, aparecen en la parte sudoriental del túmulo (del dolmen de Aizkomendi) son para nosotros un dato que barruntábamos de otros dólmenes (Beotegiko Murkoa, en Ataun-Borunda, por ejemplo) y que revela una práctica que relacionamos con las ofrendas de luz y fuego perpetuada hasta hoy en las costumbres populares».

En las losas de cubierta de algunas cámaras dolménicas (por ejemplo en la de Olaberta, del Aralar, y en la de Ezkiregui, de Ardaitz) se han observado surcos labrados intencionadamente: J. M. de Barandiarán[18] sugiere que puede tratarse de canales por los que habría de correr la sangre de los animales sacrificados en aquellas ceremonias de inhumación.

En los lugares de enterramiento (sean cámaras artificiales, dólmenes, túmulos o cuevas empleadas como cenotafios) los ajuares son escasos en proporción del número de los individuos sepultados. Esos ajuares, además, han sido cuidadosamente seleccionados, de modo que no representan —sino muy parcialmente y por vía de agrupación selectiva— la realidad de los utillajes contemporáneos que se empleaban en la vida normal de las gentes. Incluso es lógico suponer que bastantes de los elementos de depósito funerario fueran elaborados y empleados exclusivamente con esa finalidad y nunca hubieran servido (y acaso no fueran exactamente como ellos) para usos no rituales (se dice así de bastantes objetos dolménicos, de tamaños excepcionales, o de difícil tipología, o de excesiva decoración, que son «votivos»). Muchos instrumentos líticos carecen de huellas de uso en sus filos y zonas activas.

Es frecuente hallar en esos lugares de depósito funerario abundantes piezas de collar y amuletos: baste recordar el medio millar largo de cuentas de piedra del nivel de inhumaciones de la cueva de Abauntz, las cuentas de calaíta de diversos dólmenes (por ejemplo, Urdenaz, Albia, Sakulo), o los rodetes planos de hueso de varios de los monumentos megalíticos de Urbasa (Armorkora Txikia, Puerto Viejo de Baquedano, La Cañada), los cristales de roca de los dólmenes de Olaberta y de Aranzadi (ambos en Aralar), o las abundantes hachitas de piedra pulimentada consideradas como «votivas». Los vasos cerámicos (entre los decorados se encuentran a veces evidencias del estilo campaniforme) y algunos instrumentos metálicos (fundamentalmente punzones), junto con largos «cuchillos» de sílex y algunas puntas de flecha talladas, completan el repertorio normal de ofrendas y utillaje que acompañaban al difunto depositado en el interior de las cámaras dolménicas o al fondo de las cuevas (figuras 116, 117, 118, 119 y 120).

Esos ajuares funerarios han debido ser sometidos a frecuente remoción conforme la cámara de depósito era reutilizada en períodos de cierta amplia vigencia temporal. Así, aunque se puede apreciar la existencia de variedades distintas dentro de algunos tipos instrumentales y se suponga que esas variedades son estadios diversos en la evolución de un único prototipo, resulta imposible establecer su secuencia evolutiva ordenada. Las cámaras dolménicas o las cuevas funerarias raramente ofrecen hoy una estratigrafía de depósito horizontal en superposición: de modo que si bien se puede establecer el límite cronológico superior e inferior de vigencia de aquellos monumentos del Eneolítico y Bronce, no es muchas veces posible definir la evolución interna, en detalle, de los elementos que contienen.

Con la llegada del megalitismo se aprecia un notable aumento del número de yacimientos de la Prehistoria navarra, lo que pudo ocasionar (con el aumento de la población y la mayor extensión de unos grupos humanos fundamentalmente pastoriles) inicios de territorialización del suelo: el desarrollo primero de la repartición y apropiación de la tierra. La civilización del Eneolítico y Bronce llega entonces, colonizándolas, a zonas hasta aquel momento no frecuentadas por el hombre: son éstas, en Navarra, los pasturajes de montaña.

Culturalmente, el rico foco dolménico del Pirineo Occidental ofrece varios rasgos evidentemente foráneos, tanto de la Europa atlántica (lo bretón, en particular) como del resto del suelo peninsular (Pirineo Oriental, Sur). Por el contrario, los restos antropológicos hallados en nuestros dólmenes en nada pueden ponerse en relación con los característicos grupos braquicráneos que cubren Francia en el Neolítico y Eneolítico (por ejemplo en la civilización de Seine-Oise-Marne) y, precisamente, desaparecen al sur del Garona. Los grupos pastoriles que ocupaban entonces nuestro suelo son en buena parte atribuibles a la vieja estirpe pirenaico-occidental y, en parte, relacionables con los mediterráneos gráciles que entonces viven en las tierras del Pirineo Oriental, franjas del Sur de Francia y la mayoría del suelo peninsular[19].

## V. LA LENGUA VASCA

La lengua vasca debe estar ya formada en el Eneolítico. En su léxico se encuentran términos que pueden remontar a etapas en que se iniciaba la metalurgia y —desde luego— aún plenamente pre-

18. J. M. DE BARANDIARÁN, *El Hombre Prehistórico*... 1953; p. 158.
19. R. RIQUET, *Populations et races*... 1967; p. 312.

históricas. En varios nombres de instrumentos (hacha: *aizkora;* azada: *aitzur;* cuchillo: *aizto;* cincel: *zulakaitz;* flecha: *azkon*) se detecta el elemento *aitz:* piedra que probaría su procedencia en la «edad de piedra»; del mismo modo «otros vocablos (p. e., los que designan algunos días de la semana y nombres de carácter legendario) muestran señales o huellas de creencias y mitos anteriores al cristianismo»[20].

Se ha apreciado también que cuando el cobre y el estaño se introducen en el área vasca es probable que se usase ya el euskera: y así, para designar esos metales se emplean sendas perífrasis (*urraide* y *zirraide*: parecido al oro, parecido a la plata) alusivas a otros dos metales preciosos que —quizá como piezas batidas (y no fundidas)— se conocían aquí en los albores de la metalurgia.

No siendo una lengua indoeuropea, las investigaciones más prudentes sobre sus orígenes señalan la gran dificultad para establecer su génesis y primeras manifestaciones. Perteneciente a una gran familia *euscaro-caucásica* piensan los lingüistas que conviene considerar separadamente el problema del origen físico de los vascos y del origen de la lengua que hablan. Mientras que el territorio está ocupado muy de antiguo (y antropológicamente pueda afirmarse que de algún modo es el tipo pirenaico-occidental resultado de una evolución local del de Cro-Magnon), la hipótesis más natural para explicar la existencia aquí del euskera es la de que «la lengua de la que ha salido el vasco ha sido introducida en nuestro Occidente por gentes venidas de Asia menor o de alguna otra región vecina del Cáucaso. Dicha lengua pudo ser traída con algún otro elemento cultural, por ejemplo la técnica de la metalurgia o la de la construcción de las tumbas con cúpula de Andalucía y de Portugal hacia el año 2000 antes de nuestra Era. La presencia en Andalucía de nombres de lugares de aspecto vasco, algunos de los cuales son antiguos, podría ser un argumento a favor de esta hipótesis»[21].

En cualquier caso, la confrontación de datos antropológicos, arqueológicos y lingüísticos ofrece suficientes puntos de indeterminación como para que, por el momento, cualquier formulación concreta sobre fechas, antecedentes y relaciones en el origen de la lengua vasca se haya de expresar como hipótesis de difícil demostración. Y en este sentido hemos recogido las opiniones que se resumen arriba.

## VI. LA MEMORIA COLECTIVA POPULAR: LEYENDAS Y TRADICIONES

Las tradiciones del pueblo conservan un recuerdo cuidadoso de los dólmenes, monumentos llamativos por su estructura y dimensiones, a los que se interpreta como construcciones atribuidas a los gentiles, alzadas por ellos y que les sirvieron de sepultura. Es J. M. de Barandiarán, en su minucioso recopilar del saber tradicional vasco, quien ha reunido bastantes referencias curiosas sobre el tema[22].

Se piensa que en el interior de los dólmenes se hallan tesoros escondidos (normalmente un pellejo de buey lleno de oro) y que tales construcciones sirvieron de sepultura de personajes importantes antiguos (los gentiles) o las dos hermanas aludidas en el topónimo correspondiente de la estación de Aritz-Ireber (el dolmen Bi aizpen sepulture), o bien de habitación de gentiles (Jentiletxe, Jentillarri), de brujas (Sorginetxoa, en Errazu-Aldudes) o del cíclope Tartalo (Tartaloetxeta, en Altzania).

No es raro que los dólmenes sirvan —de tiempo inmemorial— de mojoneras de términos municipales: bien porque en su superficie se haya situado algún hito o mojón a propósito (así en Balenkaleku meridional) o, sin más, sirviendo la losa de cubierta del mismo monumento para ese fin delimitador (como sucede en los dólmenes de Debata de Realengo, de Ziñeko Gurutze y de Trikuarri en Aralar; en Mina de Farangortea y en Portillo de Eneriz, de Artajona). Tal recuerdo toponímico se asienta, como *muga*, en la denominación de varios dólmenes navarros: Mugarriberri en Gorriti-Huici, Mugasoro en Otsola-Belate, Irumugeta en Saioa-Loiketa, en el túmulo de Mugarri en Auritz y en el menhir Mugako Arriya de Urbasa.

---

20. J. M. de Barandiarán, *Algunos vestigios prehistóricos en la Etnografía actual del pueblo vasco* (pp. 101-110 de «Anuario de Eusko-Folklore», volumen XII; San Sebastián, 1932); pp. 106-109.

21. R. Lafon, *Les origines de la langue basque* (pp. 59-81, de «Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris», tomo X, Paris, 1951) y *La lengua vasca* (pp. 67-97 de «Enciclopedia Lingüística Hispánica», tomo I; Madrid, 1960).

22. La más sustanciosa recopilación de esas tradiciones se vino publicando en las series de «Eusko-Folklore. Materiales y Cuestionarios» que vieron la luz, redactados por J. M. de Barandiarán, entre 1921 y 1936 bajo el patrocinio de la Sociedad de Estudios Vascos. Se han reeditado por J. M. de Barandiarán como *El mundo en la mente popular vasca. (Creencias, cuentos y leyendas)* (3 volúmenes; San Sebastián, 1960) y en el tomo II de sus «Obras Completas» (Bilbao, 1973).

Las referencias concretas a lo dolménico se hallarán en *El mundo en la mente popular...* 1960, vol. I, pp. 171-180.

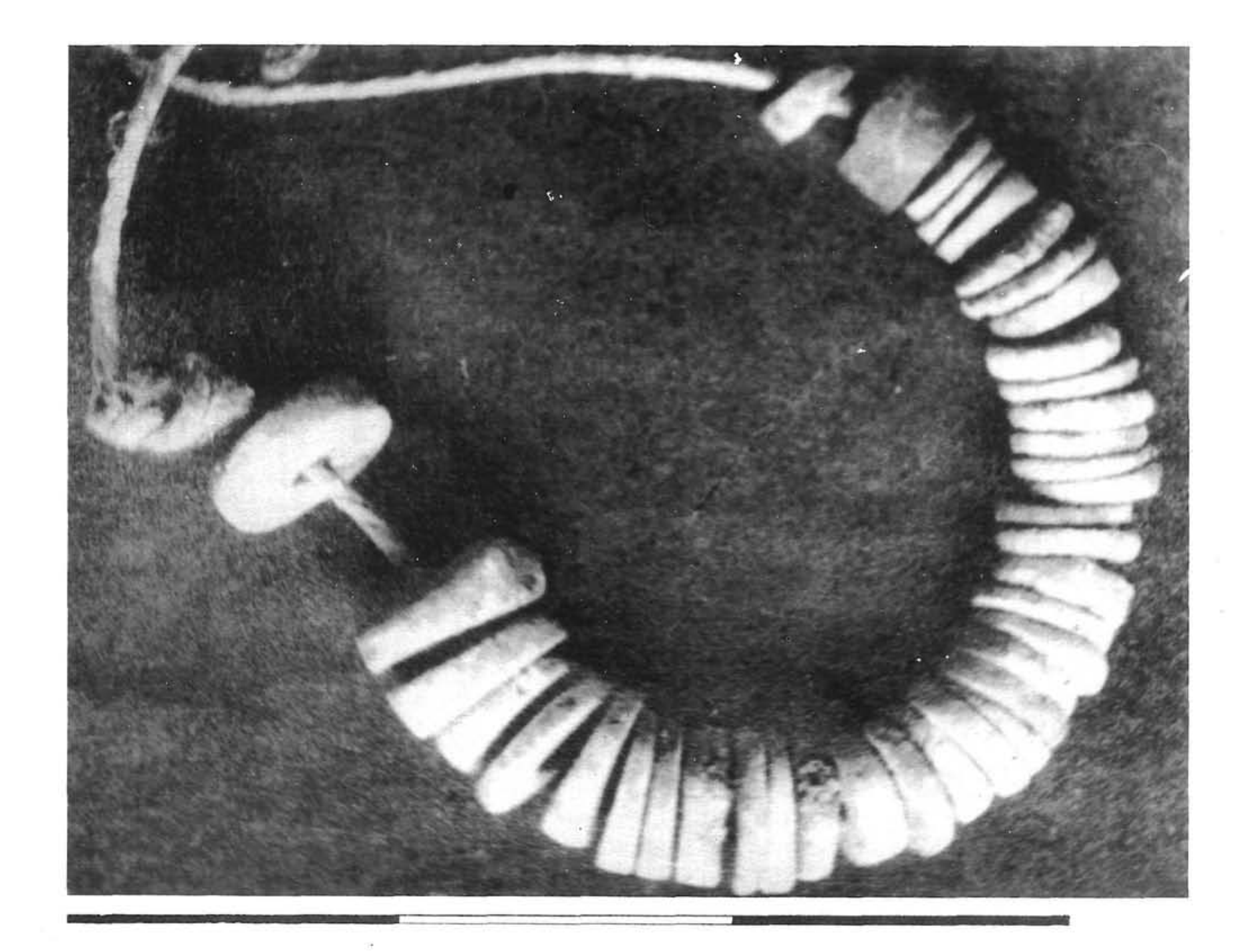


FIG. 116. Collar de cuentas discoidales de piedra (caliza, excepto una de esteatita), del dolmen de la Mina de Farangortea (según J. MALUQUER DE MOTES en 1963).

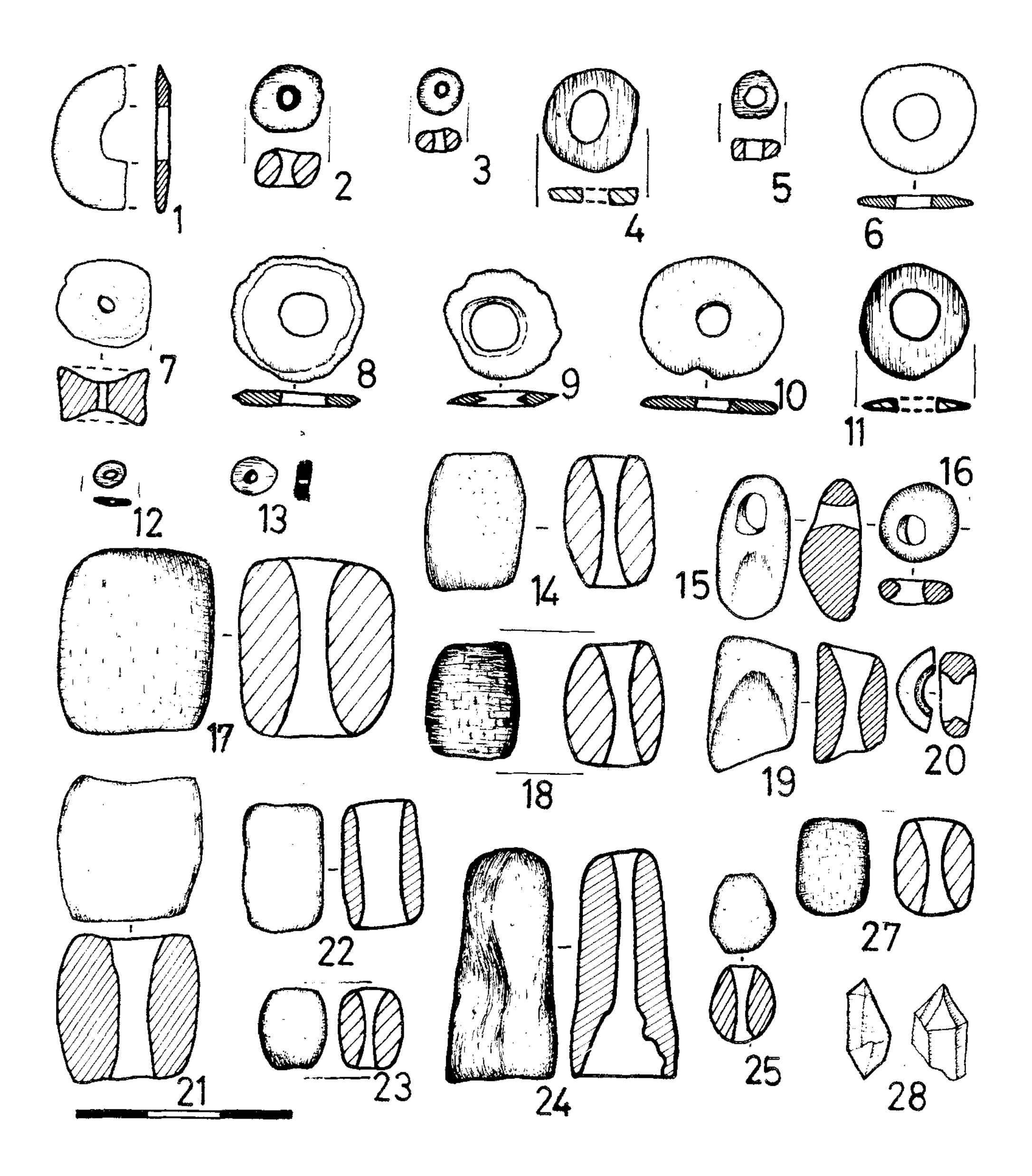



FIG. 117. Diversos tipos de cuentas de collar o «amuletos» que acompañaban los restos humanos depositados en los dólmenes de La Cañada (Urbasa) (n.° 1, 7, 21), Erbillerri (Aralar) (n.° 2, 3, 4, 5, 23), Armorkora Txikia (Urbasa) (n.° 6), Puerto Viejo de Baquedano (Urbasa) (n.° 8, 9, 10, 25), Luperta (Aralar) (n.° 11, 18), Arzabal (Aralar) (n.° 13, 17, 28), Debata de Realengo (n.° 12, 27), Olaberta (Aralar) (n.° 14), Sakulo (Roncal) (n.° 15, 16, 19, 20), Mina de Farangortea (Artajona) (n.° 22, 24) (según J. M. APELLANIZ en 1973).

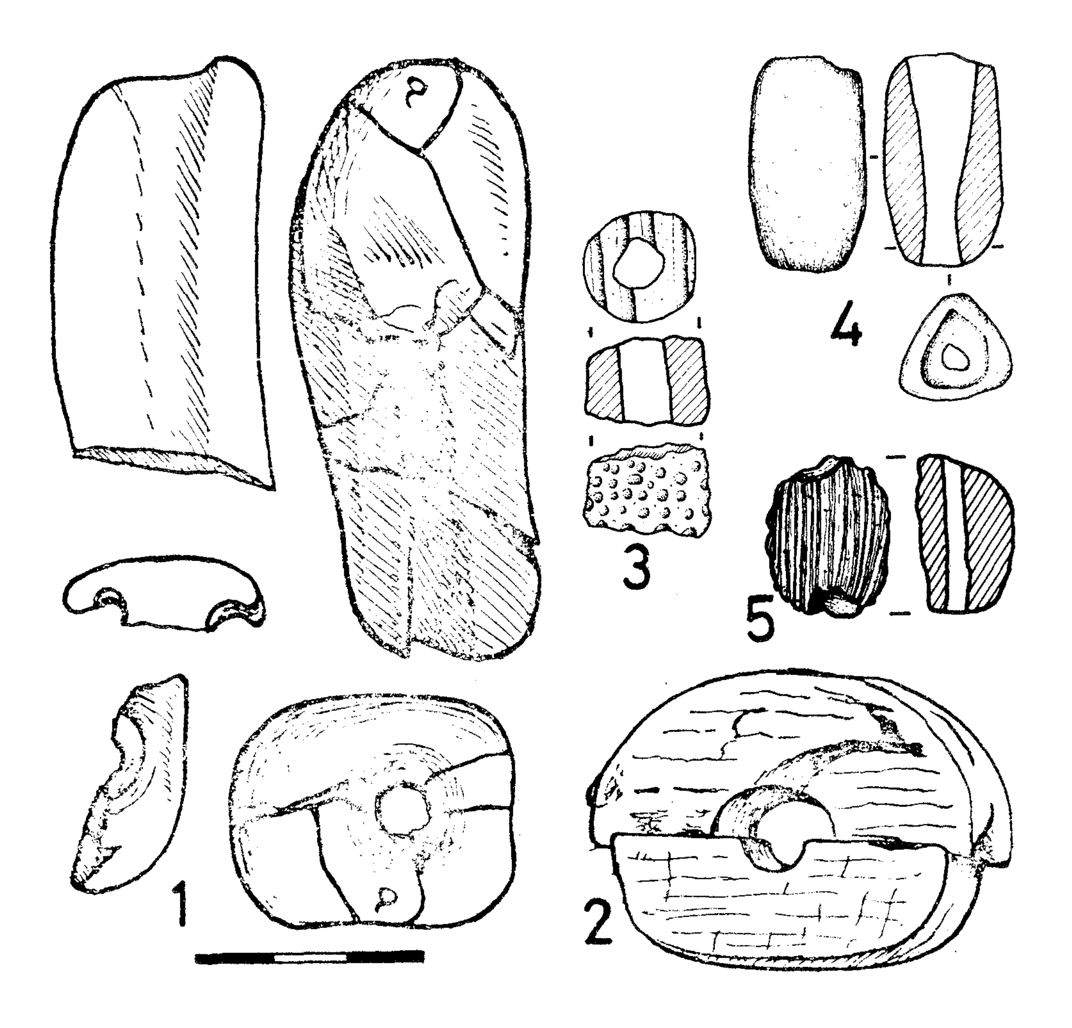



FIG. 118. Colgantes que acompañaban los depósitos funerarios del dolmen de Pamplonagañe, en Aralar. Los objetos n.° 1 y 2 son de madera (o, mejor, de azabache), los 3 y 5 se perforaron aprovechándose de un fósil (polípero), el n.° 4 es una cuenta de forma de tonelete, de hueso (según ARANZADI-ANSOLEAGA en 1915 y J. M. APELLANIZ en 1973).

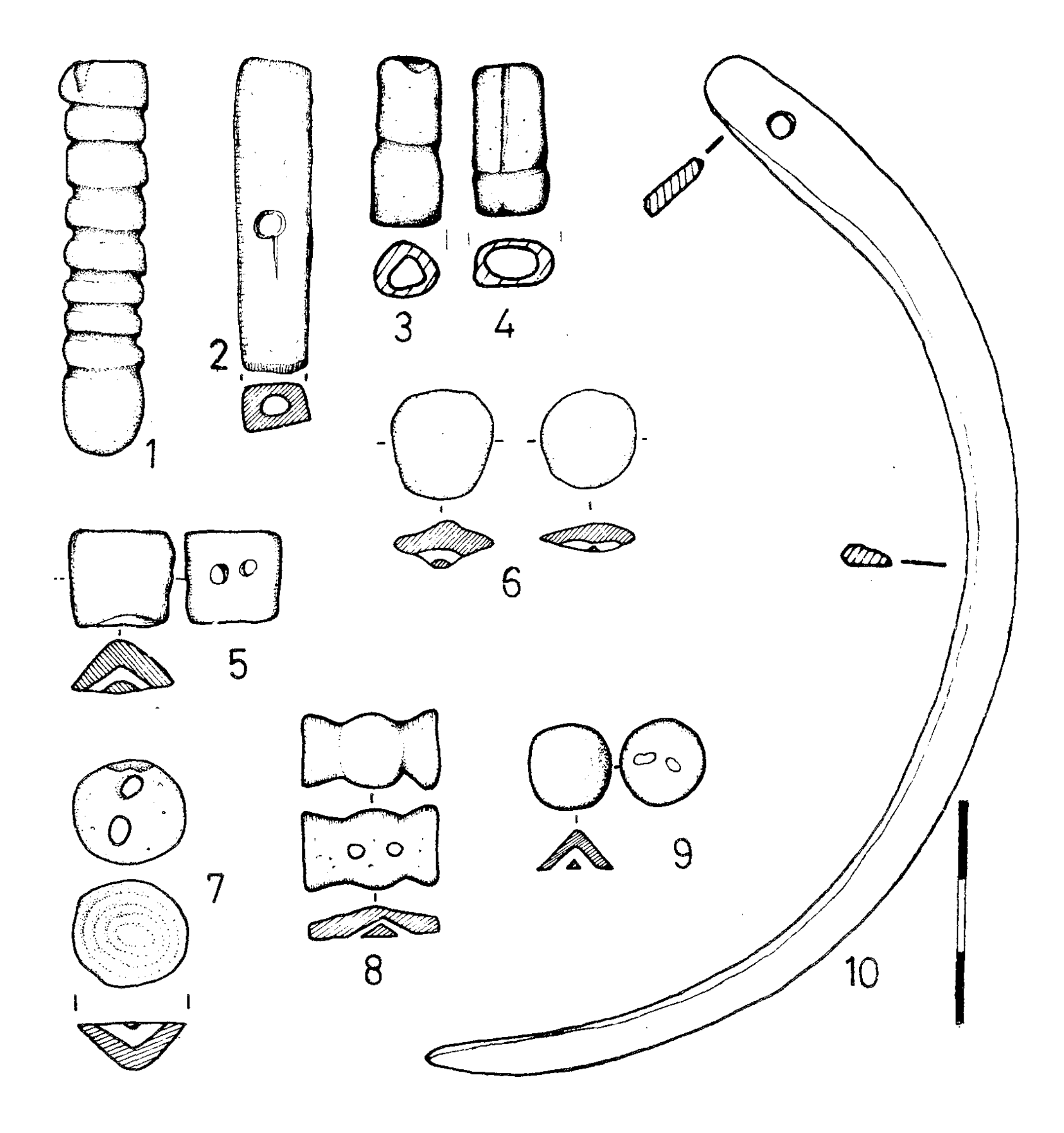



FIG. 119. Instrumentos de hueso (en su mayoría colgantes) de depósitos funerarios (salvo los dos del n.º 6, que provienen de un covacho sepulcral; han sido los demás recogidos en monumentos dolménicos). Botones de perforación en «V» (5: Sakulo, 6: Echauri, 7: Puzalo, 9: Mina de Farangortea y 8: Mina de Farangortea, de forma de tortuga), cuentas o tubos segmentados (1: Pamplonagañe, 3 y 4: Debata Realengo), un posible silbato (2: Faulo) y un gran colgante hecho en colmillo de jabalí (10: Sakulo) (según J. M. Apellaniz en 1973, salvo el n.º 10 según T. ANDRÉS).

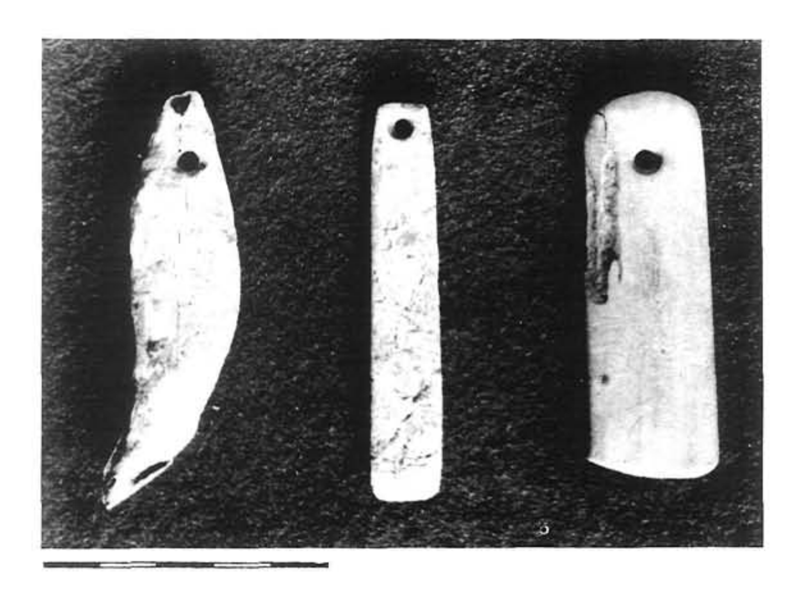


FIG. 120. Colgantes, de adorno personal, de dólmenes del Oeste de Navarra. 1: en colmillo de oso (dolmen de Obioneta Sur, en Aralar), 2: en placa de hueso (dolmen de Obioneta Norte, en Aralar), 3: en placa de pizarra (dolmen de Balenkaleku Norte, en Altzania). (Museo Municipal de San Telmo; en San Sebastián).

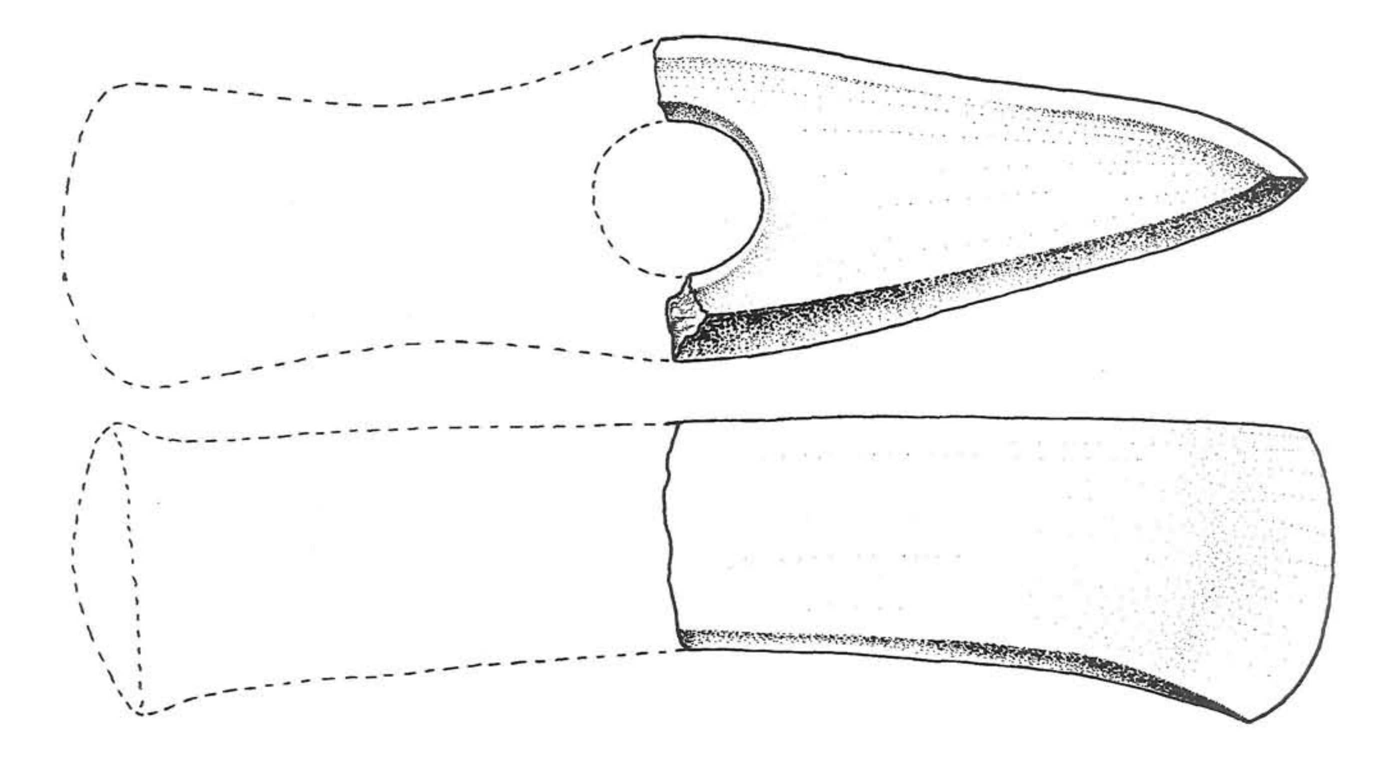


FIG. 121. Hacha-martillo, de ofita pulimentada, procedente del ajuar del dolmen de Balenkaleku Norte (Altzania). (Museo Municipal de San Telmo, en San Sebastián).

En ocasiones se piensa que los dólmenes tengan relación con Mairu (así el de Mairu-harri de Legate), con lamias (Lamizilo en Errazu-Aldudes) o con brujas (Akelar en Larraun).

La forma de designar al dolmen como forma constructiva peculiar utiliza en ocasiones el término castellano *marcuero* (o morcuero) (tal como sucede en buena parte de Alava) que daría en euskera el Armorkora (Txikia y Aundia, de Urbasa) y quizá el Beotegiko Murkoa de Ataun-Borunda, o bien el término vasco *treguarri,* de especial difusión en zonas de Navarra (así los Trekua Arteta y Trekua Goñi de Andía; o el Trikuarri de Aralar).

Los menhires, como grandes piedras hincadas, suelen ser atribuidos a lanzamientos por gente antigua de hercúlea fuerza. El menhir de Ata (en Aralar) se explica como arrojado por el legendario Roldán: es la «Erroldan arriya». Lo mismo se cuenta de un par de monolitos que existieron en Javier: procedentes de La Tejería, se contaba entre las gentes del lugar que los habría lanzado Roldán, desde el Pirineo, pretendiendo alcanzar el Moncayo y que —por haber resbalado el legendario guerrero, al arrojarlos, en una boñiga de vaca— habrían quedado emplazados así en Javier, a medio camino[23].

Un interesante repertorio legendario conserva, en la memoria de los actuales pobladores de Arraiz, cierto recuerdo de la antigua ocupación de la cavidad de Abauntz, concretada en las lamias de la mitología vasca. Según la referencia recogida allí en 1932 por J. M. de Barandiarán[24], «en la cueva de Abauntz vivían antiguamente las lamias (*lamiak*). El pastor de la casa Sunbillenea les obsequiaba todos los días con un *kaiku* (cuenco de madera) lleno de leche. Las lamias devolvían el *kaiku* lleno de oro. Dícese que la casa Sunbillenea fue edificada gracias al oro de las lamias. Un día el pastor, en lugar de llenar de leche el kaiku, lo llenó de excrementos y así lo entregó a las lamias. Estas, al conocer la fechoría, le siguieron al pastor; pero éste pudo entrar en su casa antes que fuese alcanzado. Entonces las lamias lanzaron esta maldición: «No faltará en esa casa algún inválido o desgraciado». Dícese que desde entonces nunca ha faltado en Sunbillenea algún enfermo o anormal».

## VII. ORDENACION DE LA SECUENCIA NEOLITICO-EDAD DEL BRONCE EN LA PREHISTORIA NAVARRA

Resumiendo las observaciones señaladas en el capítulo precedente, no podemos cerrar éste sin sugerir —aunque sea provisionalmente— una visión de conjunto de la posible ordenación cultural y secuencia de los varios momentos, o etapas diferentes, señalables en el decurso de esta compleja etapa de transformación e innovaciones que es el conjunto Neolítico -Edad del Bronce.

a) *Una primera etapa correspondería a un Neolítico* poseedor de cierto número de elementos líticos geométricos (y quizá influido, por ello, por estaciones del otro lado del Pirineo) y ya con alguna muestra cerámica: se evidencia en las cuevas de Zatoya y del Padre Areso. En Zatoya, dentro de un ambiente climático Atlántico, esa etapa es fechada por radiocarbono entre los 4500 y los 4000 años a. de C.

Se puede citar este Neolítico como elemental, pues sigue la caza de las mismas especies (ciervo y jabalí) que se capturaban en Zatoya en pleno Epipaleolítico, no apreciándose cambios sustantivos en los modos de subsistencia, ni en la estructuración interna del espacio habitado. Los ajuares líticos especializados para la caza son los geométricos (triángulos y trapecios en Zatoya suponen el 16% del ajuar), de probable procedencia tardenoisiense. Un horizonte estalagmítico, estéril, separaría la anterior ocupación epipaleolítica (nivel Ib: 6500 a 6000 a. de C.) de éste, ya «Neolítico» (nivel I). Al final de la etapa, quizá ya en plena Edad del Bronce, Zatoya es abandonado como lugar de habitación para convertirse (como la próxima cavidad «Zatoya II») en lugar de depósito de cadáveres.

En Berroberría, al parecer, el proceso de neolitización (en tanto que aparición de la primera cerámica) se produce en el seno del nivel B, el de conchero. Una situación similar se constató en la cueva de Santimamiñe (en Guernica): cuyos niveles IV y III se caracterizan por poseer un intenso depósito de conchero, en tanto que el IV carece de cerámica y se sitúa como período de transición («preneolítico» o «neolítico acerámico»), el III, con abundante cerámica lisa, es atribuido al Neolítico.

23. J. M. Barandiarán, *El mundo en la mente popular...* 1960, pp. 166-168

24. J. M. de Barandiarán, *Genios de figura humana o semihumana. Lamin* (en «Eusko-Folklore. 3.ª serie», en «Obras Completas, tomo II, Eusko-Folklore», Bilbao, 1973; pp. 454-455) recogiéndolo, y certificando su vigencia ahora, P. Utrilla en *Nuevas leyendas sobre lamias de algunos yacimientos prehistóricos de la Ulzama navarra* (en «Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra», n.° 28, pp. 5-9; Pamplona, 1978).

Las industrias líticas de ambos niveles —según el análisis de A. Cava— son idénticas, significándose en ellas la fuerte importancia del «sustrato» de tradición paleolítico —es decir, de cazadores y recolectores— aunque matizado por «una débil intrusión de elementos geométricos, procedentes probablemente de las fases finales del Tardenoisiense»[25].

En el sentido apuntado, creemos que esa primera etapa del desarrollo del período aquí interesado sólo parcialmente acoge alguna innovación de las que definen la «revolución» Neolítica, en concreto la cerámica. Pero el resto de los modos de vida y cultura continúan arraigados en el viejo sustrato de cazadores, ocupando los mismos lugares anteriormente habitados, sin que se hayan aún producido los profundos cambios que la neolitización real trae consigo.

En cualquier caso, evidencias seguras de una primera domesticación de algunas especies de mamíferos, dedicadas al consumo, ya se empiezan a detectar en algunas cuevas de habitación (así en Arenaza, o en Los Husos) en niveles referibles al Neolítico.

b) *La etapa Eneolítica* se evidenciaría en sus comienzos en la base del covacho alavés de Los Husos I (en Elvillar); no muy posterior sería la erección y primera utilización de los espléndidos monumentos de la Rioja Alavesa y de los de Artajona.

En estos momentos de transición del Neolítico al Eneolítico se aprecia por toda la extensión de Europa Occidental y Meridional una acelerada multiplicación y diversificación de los grupos culturales. En muchos datos de la cultura material y de la tecnología se constata la arribada de incitaciones foráneas. La difusión del megalitismo (como sistema constructivo y —lo que es más importante— como revelador quizá de un profundo cambio en los ritos y creencias), de las cerámicas de estilo campaniforme, de la primera metalurgia del cobre, y de diversos tipos particulares de adorno personal o de armas y utensilios..., corroboran la movilidad de grupos o bandas de intermediarios a los que se ha calificado de colonos y hasta, exageradamente, de «misioneros».

Hay, ciertamente, movimientos de población pero en bandas reducidas y no en grandes masas ni en migraciones amplias: pues antropológicamente no hay señales de cambios profundos en los componentes raciales básicos. En este sentido habrá que adoptar la atinada tesis de Riquet, quien piensa en un «autoctonado antropológico, vivificado por la intrusión de contados innovadores extranjeros, que se desarrolla a costa de la caída demográfica de los colonos del Neolítico antiguo y medio»[26]. Es decir que hay en los inicios del Eneolítico toda una revivificación —y una probable fuerte explosión demográfica— del viejo sustrato autóctono epipaleolítico (entre nosotros, de las dos grandes poblaciones de mediterráneos y de pirenaico-occidentales) que aceptaría bastantes innovaciones técnicas, que, en parte, pueden ser introducidas por grupos minoritarios de artesanos y comerciantes y, en buena parte también, por medio de la normal difusión que aseguran las actividades de trashumancia pastoril de cierto número de pobladores del territorio. Con todo lo cual, se extiende este característico panorama dolménico, con curiosos casos de mestizaje y aculturación.

El Eneolítico, entonces, significaría la etapa de asentamiento de un poblamiento masivo sobre un territorio hasta entonces prácticamente desierto: esa ocupación está representada por una red relativamente densa de emplazamientos al aire libre (cuya evidencia, parcial, se viene últimamente controlando) y por algún covacho de habitación, además de por la erección de los primeros dólmenes monumentales con tipos de corredor y de galería cubierta y por varias cuevas sepulcrales.

c) *El paso del Eneolítico al Bronce Pleno* marca la difusión máxima del megalitismo, la expansión de la cerámica campaniforme y el arraigo de las innovaciones técnicas y de subsistencia (metalurgia, actividades pastoriles, inicio de la agricultura) introducidas al empezar el Eneolítico.

Los paralelismos significativos establecidos para materiales vascos de esta etapa con manifestaciones correspondientes del Occidente, Sur y Sudeste de la Península y de territorios traspirenaicos (hallazgos de huesos labrados en dólmenes del Oeste alavés y de la Rioja alavesa, relacionables con los ídolos oculados de Portugal, Extremadura y el Sudeste; las puntas metálicas del tipo Palmella, como la hallada en Sakulo; las varias evidencias del tipo cerámico campaniforme «de Ciempozuelos» y del estilo marítimo; el hacha-martillo de Balenkaleku) (figura 121) plantean seriamente el problema de relación de este asentamiento eneolítico regional con el poblamiento del resto de la Península, recibiéndose estímulos particulares de las culturas metalúrgicas del territorio portugués, de Andalucía y del foco almeriense, tanto como de las áreas orientales del Pirineo y de culturas francesas y hasta del Centro de Europa.

---

25. A. CAVA, *La industria lítica de los niveles postazilienses de Santimamiñe* (pp. 53-73, «Sautuola», tomo I; Santander, 1975), pp. 73.

26. R. RIQUET, *Populations et races...* 1967; pp. 313.

Tradicionalmente se ha considerado la relación de los materiales de cuevas y covachos con los ajuares de los monumentos dolménicos, en cerámicas, tipos líticos y metálicos y algunos óseos. Igualmente se ha aceptado la relación de los dólmenes con las otras formas de enterramiento (en túmulo y en cista), fundamentalmente por la aparición común del vaso campaniforme y de formas líticas afines, así como por el uso de similares ritos funerarios.

En esta etapa deben tener su máximo desarrollo las estaciones al aire libre.

Al Bronce avanzado pueden atribuirse las pinturas rupestres del covacho de Echauri.

d) Hay, por fin, *una etapa final de la Edad del Bronce,* suficientemente personalizada, como paralela a los primeros establecimientos de poblados hallstátticos, cuyo impacto cultural se aprecia en algunos yacimientos del poblamiento regional del Bronce y en incineraciones dentro de dólmenes cuya perduración parece comprobada. Pronto, nuevos grupos de «invasores» señalarán el arraigo de formas de cultura de explotación cerealista, en la Navarra Media y en la Ribera, y de ritos de incineración de los cadáveres. Con ellos se pasará insensiblemente a la Primera Edad del Hierro.

# NOTA FINAL

## VALORACION DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO*

Acabando nuestro recorrido interpretativo de las evidencias que jalonan el largo proceso del poblamiento y desarrollo cultural en la Prehistoria de Navarra (como reflejo y expresión de una problemática evidentemente de mucha mayor amplitud territorial), se aprecian en la transición del segundo al primer Milenio antes de Cristo indicios de un profundo cambio. La llegada, por entonces, de nuevos contingentes humanos con algunas técnicas particulares y con ritos de incineración de los cadáveres, de procedencia continental, va a producir caracteres culturales (y quizá también raciales) «foráneos» sobre el ya viejo sustrato poblador del territorio.

Los grupos étnicos que formaban dicho sustrato, según hemos ido exponiendo en páginas anteriores, estarían ya totalmente vertebrados en el Bronce Pleno cuando, sobre las bases proporcionadas por gentes cazadoras de raíz paleolítica superior y epipaleolítica (que, en Navarra, vimos acantonadas en su área pirenaicooccidental), se asientan los primeros grupos de pastores y agricultores que, rápidamente, se extienden por casi todo el suelo provincial. La «etnia» así constituida ofrece caracteres propios: se puede hablar ya entonces (a mediados del II Milenio a. de C.) de poblaciones antropológica, cultural y lingüísticamente bien caracterizadas, dentro de un contexto territorial más amplio.

Los «invasores» de la Primera Edad del Hierro arribarían a la Península (procedentes del Centro de Europa) por los pasos navarros y catalanes del Pirineo, por los años 900, siendo portadores de elementos culturales hallstátticos. Los que van pasando por los puertos occidentales, al llegar a la zona media de Navarra parecen bifurcarse en dos direcciones: unos continúan hacia el Oeste, por la Llanada alavesa y Pancorbo para difundirse por la Meseta, los otros por la Ribera del Ebro hacia el Sudeste llegarían a Aragón. Muchas tierras hasta entonces sin dueño comienzan a verse sometidas a un proceso de territorialización: se fortifican los lugares estratégicos, se levantan castros y se van consolidando unas formas de dominio, de relación y de jerarquía (acaso a partir de una «aristocracia» militarizada) que, con el tiempo, originarán aquella organización social (en clanes, en centurias, en gentilidades y en tribus) que, siglos más tarde, hallarán y describirán con curiosidad geógrafos e historiadores griegos y latinos.

No se sabe quiénes y cuántos fueron los llegados. De todos modos debieron ejercer un relativo control sobre las zonas que habitaban los indígenas, pero con el tiempo acabaron siendo absorbidos cultural y demográficamente por aquel sustrato autóctono anterior, quedando ya sólo como reliquia de su presencia aquí contados préstamos al euskera y numerosos topónimos célticos en el territorio. Incluso se piensa que el mismo nombre con que se designaba antiguamente a la tribu vasca por antonomasia,

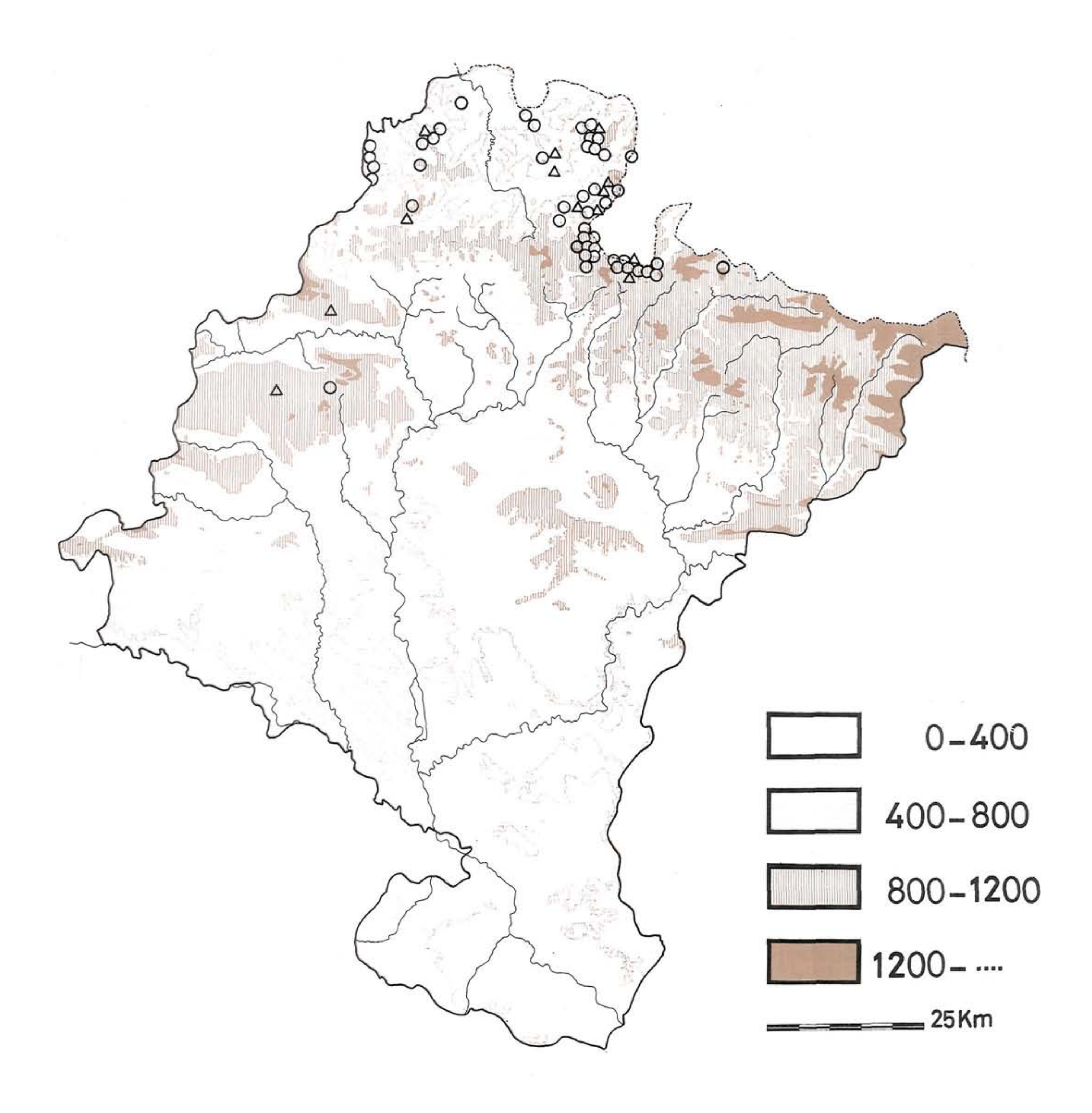



FIG. 122. Mapa de distribución de menhires (triángulos) y cromlechs (círculos) en Navarra (realizado sobre informaciones de T. LÓPEZ SELLÉS).

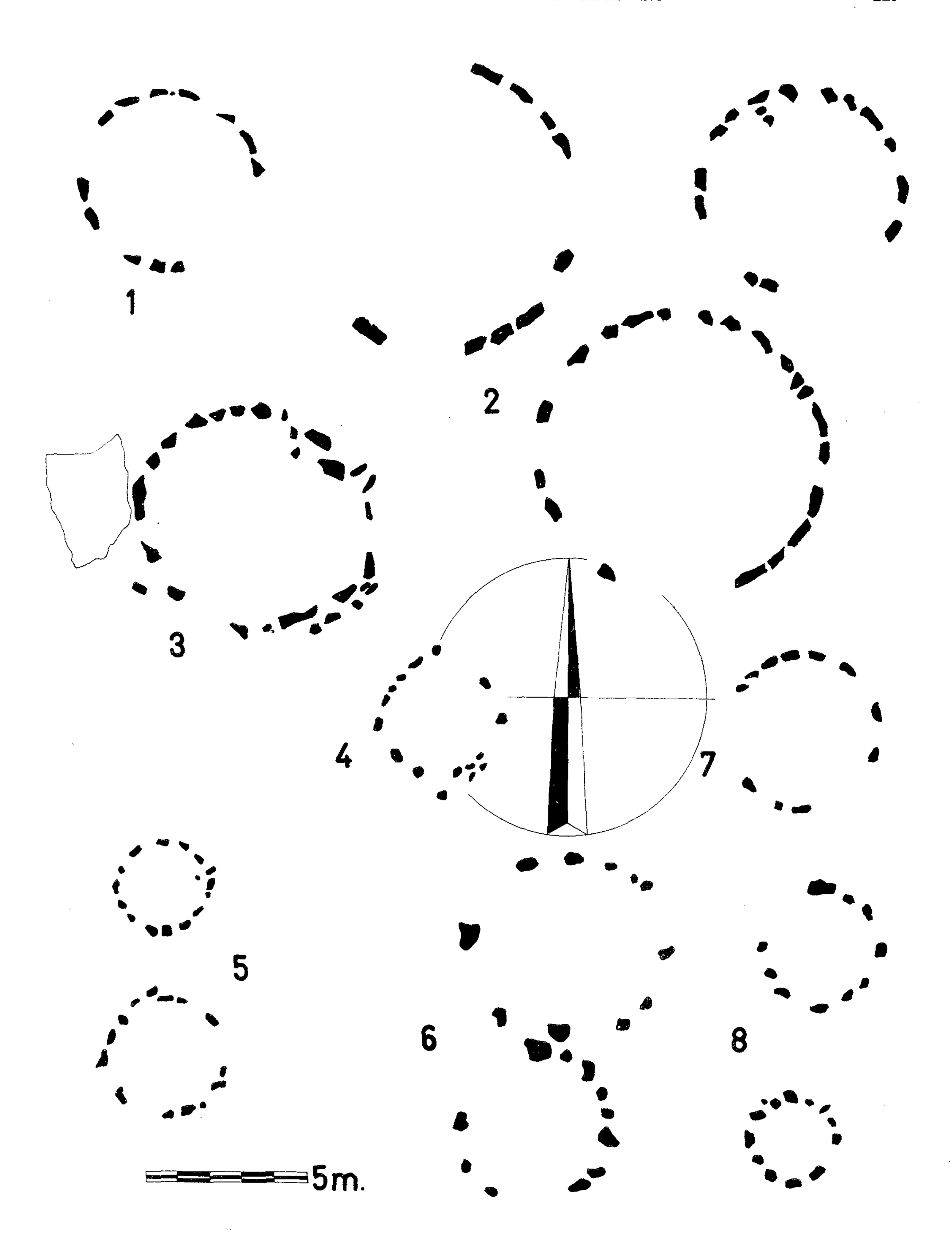



FIG. 123. Plantas de cromlechs o *baratzak* del Baztán (n.º 1, Gorramendi; n.º 2, grupo de Maistrugaña IV, V y VI; n.º 7, Iparla I), de Ezkurra (n.º 3, Eskainko Lepoa Oeste), de Lesaca (n.º 4, Aguiña Norte; n.º 8, Aguiña meridional), y de Goizueta (n.º 5, Illarguieta Soroa, Norte y Sur; n.º 6, Guerasunko Ataka) (según L. PEÑA BASURTO en 1960 y F. DE ONDARRA en 1975).



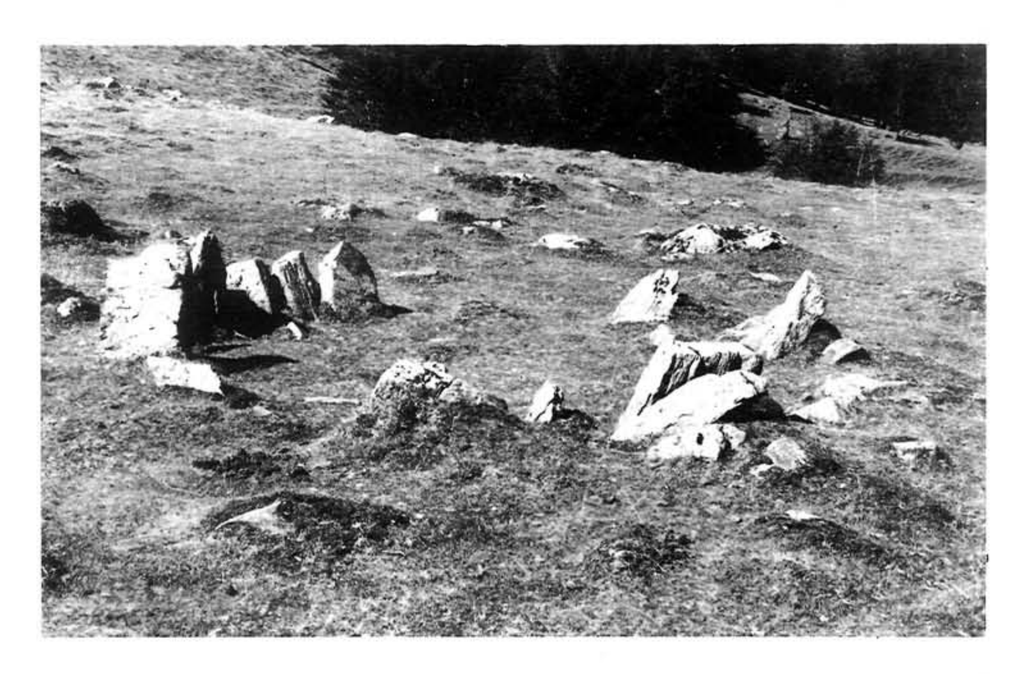


FIG. 124. Cromlechs de Urepel-Ibañeta: arriba, el de Santxoten Arriya; abajo, el de Adiko Soroa (fotografía de T. LÓPEZ SELLÉS).

la de los Vascones (*Barskunes, Ouáskones* o *Vascones,* en transcripción ibera, griega y latina), es de origen indoeuropeo y hubiera sido dado por los invasores a los indígenas que hallaron en la vertiente sur del Pirineo Occidental (significando «los habitantes de la montaña», o «los altos», o bien «los orgullosos»).

La evidente diversidad paisajística del territorio (con una franja septentrional, en Guipúzcoa, Vizcaya y Alta Navarra, de clima atlántico y difícil orografía; y otra meridional, en Alava y la mayor parte del suelo navarro, con tierras más aptas para la agricultura y condiciones climáticas de mayor aridez) producirá dos tipos bien distintos de asentamientos humanos en la Primera Edad del Hierro. En las tierras medias y bajas, junto a los cauces de los grandes ríos, se establecen poblados amurallados que aprovechan —para su más fácil defensa— elevaciones del terreno, acogiendo a pequeñas comunidades agrícolas; en su proximidad se implantan las necrópolis de incineración en urnas. Al mismo tiempo, en las majadas y pastos de montaña, grupos de pastores dejarán escasos restos de habitación en algunas cuevas y numerosas estructuras circulares de piedra (al estilo de los *cromlechs*) que les pudieron servir como sepulturas de incineración.

En la bibliografía arqueológica regional —que ha abordado adecuadamente la síntesis de aquellos poblados y necrópolis de urnas— a veces no se ha distinguido con claridad el tipo de aquellas formaciones circulares de piedras del resto de las manifestaciones megalíticas. Existiendo hoy argumentos suficientes (tanto tipológicos como rituales y de precisión cronológica) para adscribir estos *cromlechs* a la Edad del Hierro, es justo prestarles una adecuada atención en este contexto. En las zonas vascoparlantes esos círculos de piedra se conocen como «huertos» de Gentiles o de Mairu (Jentilbaratzak, Mairubaratzak), como tumba de Mairu (Mairuilarrieta, en Alcurrunz) o como piedras atribuidas a seres legendarios (de Sanson —Xantxoten harria—, o de un soldado —Soldadu harriak—, en Urepel-Ibañeta). Los cromlechs o *baratzak* constituyen un fenómeno arqueológico adscrito al Pirineo Central y Occidental en ambas vertientes: desde los de las zonas del Ossau y Ger y valle de Guarrinza (Huesca), a los del Alto Adour (Ibos, Barzun, Pontac) y a los de Navarra, Guipúzcoa oriental y provincias septentrionales vascas. Excavaciones realizadas en algunos de ellos (por J. M. de Barandiarán, T. Andrés y J. Blot) confirman su carácter de sepulcros de incineración datables en la Primera Edad del Hierro, con prolongación de uso en etapas ya posthallstátticas.

El catálogo de *cromlechs* navarros incluye hoy casi un centenar de monumentos distribuidos por las estaciones de Alcurrunz, Andia, Atxuri, Errazu-Aldudes, Ezkurra, Goizueta-Artikutza-Aranaz, Gorramendi, Izpegi, Lerate, Onyi-Adarra-Mandoegi, Orbaiceta, Saioa-Loiketa y Urepel-Ibañeta (figura 122).

Los círculos de piedras hubieron de ser, sin duda, construidos por gentes que continuaban en las zonas montañosas del territorio las mismas actividades pastoriles de sus predecesores dolménicos. Sin embargo, es fácil comprobar que la ubicación de estos monumentos circulares es algo diferente de la de los dólmenes, aunque sus áreas de repartición tengan, desde luego, algunas zonas de contacto. En el cómputo realizado por J. Blot para los vecinos monumentos de la vertiente septentrional de nuestro Pirineo, se señala que mientras la altitud de los dólmenes normalmente se establece entre los 150 y los 600 m, los cromlechs se ubican entre los 500 y los 1500. Esa diferencia de altitudes, ciertamente, no es tan notable en Navarra, pero existe en el mismo sentido: los cromlechs se sitúan en zonas algo más altas que los dólmenes, y —generalmente— más de cumbre, en parajes descubiertos y expuestos a los vientos, frente a los lugares más resguardados que prefirieron los constructores de dólmenes. Por otro lado, es norma que los cromlechs aparezcan casi siempre en agrupamientos, y muy raramente aislados (figuras 123 y 124).

Los ajuares hallados en las escasas excavaciones de esos círculos de piedras son muy pobres. Se descubren cenizas y algunos carbones (evidencias, posiblemente, de los ritos de incineración de los cadáveres) y contados fragmentos cerámicos (muy poco característicos), o trozos de metal (bronce, o hierro) y algunas lascas de sílex. Los fechados por radiocarbono en Baja Navarra se escalonan entre los siglos VIII y IV antes de Cristo.

Cuando, hace veinticinco años, publicó José Miguel de Barandiarán su completa síntesis de Prehistoria vasca, al referirse a la Primera Edad del Hierro señalaba la carencia de trabajos intensos de prospección y excavación sobre yacimientos de esa época, y apuntaba la necesidad de emprender una sistemática exploración del territorio.

Navarra y Alava, áreas particularmente ricas en poblados y necrópolis referibles a dicha etapa, vienen siendo intensamente prospectadas en estos últimos años, ofreciendo ya suficientes evidencias como para colmar de modo sobrado los deseos expresados entonces por el gran maestro.

Afortunadamente, la densa aportación bibliográfica que se viene produciendo para el conocimiento e interpretación de esa Primera Edad del Hierro aparece ya ordenada en muy importantes síntesis de conjunto[1], que hacen pretencioso —y hasta inútil— hoy cualquier intento nuestro de reelaboración.

30 abril 1979

* Hemos de destacar, y suscribir especialmente, entre otros muchos estudios, las modernas siguientes síntesis fundamentales que expresan, con gran cohesión, la problemática de interpretación de los datos arqueológicos varios que hoy poseemos sobre estaciones de la Edad del Hierro de la zona: *Esquema sobre la relación cultural entre vascos, indoeuropeos y romanos en la región navarra* de A. MARCOS POUS (en pp. 169-172, de «IV Symposium de Prehistoria Peninsular», Pamplona, 1966), *Etnología prerromana del Pirineo Occidental* de J. M. DE UGARTECHEA (en pp. 79-106, de «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 4, Vitoria, 1970), *Late Bronze and Early Iron in the Valley of the Ebro* de J. MALUQUER DE MOTES (en pp. 105-120 de «The European Comunity in Later Prehistory», Londres, 1971), *Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro* de A. LLANOS (en pp. 101-146, de «Estudios de Arqueología Alavesa», tomo 6, Vitoria, 1974) y *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja,* de A. CASTIELLA (Pamplona, 1977).

# ADDENDA 1978-1983

En la primera edición de «Prehistoria de Navarra» fueron valorados los datos conocidos, y publicados, antes del otoño de 1978. En los cinco años transcurridos desde entonces hasta el momento de entregar a la imprenta esta Segunda Edición de la obra se han ido produciendo diversas novedades: excavaciones desarrolladas, publicaciones aparecidas o estudios en curso. Sin que cambien en lo sustancial el sentido del texto que elaboramos definitivamente entre finales de 1978 y la primavera de 1979 no sería justo omitir ahora su referencia. Así creemos que esta serie de *addenda* (insuficientes, aún, para ser tomadas como *corrigenda*) resulta imprescindible para completar lo que se afirmaba o se sugería en aquella Primera Edición: para poder ir trabando, con mayor seguridad, el proceso cultural del poblamiento de Navarra en su Prehistoria.

## 1. Excavaciones y prospecciones de campo

En los últimos cinco años se ha mantenido, dentro de los planes establecidos por la Comisión de Excavaciones y Arqueología de la Diputación Foral y subvencionado con sus presupuestos, un programa eficaz de estudio y excavación de yacimientos prehistóricos.

En la campaña del año 1979 se trabajó en la última etapa de excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz), por un equipo dirigido por la Dra. Pilar Utrilla, y en segunda campaña en la cueva de Berroberría (Urdax) por un equipo que dirigió el Dr. Ignacio Barandiarán.

En el año de 1980 llevó a cabo I. Barandiarán una campaña última de trabajos en la cueva de Zatoya (Abaurrea Alta), incluyendo tomas de muestras susceptibles de diversos análisis especializados.

Desde 1981 y en sucesivas campañas estivales (1982, 1983) se viene dedicando un esfuerzo monográfico a la prospección, identificación de yacimientos y estudio de las colecciones procedentes de la Sierra de Urbasa: dirige el equipo de trabajo I. Barandiarán.

En 1982 la Dra. María Amor Beguiristain ha efectuado una cata de urgencia en el abrigo de La Peña (Marañón).

La excavación sistemática de parte del relleno arqueológico del abrigo de La Peña (Marañón) ha sido realizada por un equipo dirigido por M.A. Beguiristain y Ana Cava, en el verano de 1983.

Diversas prospecciones de campo, tendentes al mejor conocimiento del patrimonio «megalítico» (dólmenes, túmulos, círculos o hitos de piedra), se han venido sucediendo, con fortuna diversa, en estos últimos años. Se han de destacar los diversos hallazgos de F. de Ondarra (inéditos aún) especialmente de

dólmenes, de túmulos y de «cromlechs», la identificación de un grupo de cromlech en el Baztán por J.J. Larrañaga, o las investigaciones de revisión de los «menhires» citados en Navarra por parte de J. Peñalver.

## 2. Incremento del patrimonio prehistorico navarro

De especial trascendencia en la promoción de este tipo de investigaciones resulta la aparición de la revista especializada «Trabajos de Arqueología Navarra», incluida en las series de la Diputación Foral, a través de su Institución Príncipe de Viana y Museo de Navarra. En estos años se han publicado ya tres gruesos volúmenes de la revista. El I en 1979, incluyendo en sus 280 páginas de texto diez estudios monográficos sobre Prehistoria y Arqueología clásica; el II, en 1980, que ocupa íntegramente la primera edición de nuestra «Prehistoria de Navarra», y el III, en 1982, con un texto de 358 páginas distribuido entre siete monografías de tema prehistórico.

Las colecciones de utensilios y otras evidencias (fauna, antropología física...) recuperados en las excavaciones oficiales desarrolladas en estos años han sido, por norma legal, depositados en el Museo de Navarra, donde serán custodiados para su consulta y eventual exhibición públicas.

En el mismo Museo de Navarra se está constituyendo, a través de la Comisión de Excavaciones y Arqueología, el fondo de fichas de la Carta Arqueológica de Navarra.

De especial interés es la noticia de la cesión, por depósito, de la muy importante colección Ruiz de Gaona, por parte de su actual propietario (el Colegio de PP. Escolapios de Pamplona) al Museo de Navarra. Dicha colección, reunida celosamente por el P. Máximo Ruiz de Gaona, comprende un impresionante lote de utensilios de piedra tallada y una riquísima serie paleontológica: procedente en su mayoría del desaparecido yacimiento de Coscobilo (en Olazagutía). La cesión se ha formalizado en 1983, suponiendo una desprendida actitud de generosidad por parte de la Orden Escolapia. Y un ejemplo eminente, por desgracia no compartido por otros, para la reducción de tantas colecciones particulares (bastantes de ellas clandestinas) de Arqueología navarra al lógico destino público que les corresponde legalmente.

## 3. Investigaciones de laboratorio y en disciplinas complementarias

Los responsables de la realización de las excavaciones antes reseñadas coordinan la intervención de diversos grupos o laboratorios especializados en informes de su competencia respectiva.

Varias Tesis de Doctorado o Memorias (Tesinas) de Licenciatura han abordado más o menos directamente aspectos de la Prehistoria de Navarra, en este lustro último. Deben mencionarse, a este respecto, las Tesis presentadas por M.ª A. Beguiristain en septiembre de 1980 en la Universidad de Navarra sobre los yacimientos de habitación en el Neolítico y Edad del Bronce del Alto Valle del Ebro (Navarra, Rioja, Alava) y por C. Pérez Arrondo en octubre de 1983 en la Universidad de Zaragoza sobre los inicios de la metalurgia en la Prehistoria del Alto y Medio Ebro (Aragón, Navarra, Rioja, Alava). Actualmente se están concluyendo la Tesis de A. Cava sobre tipología lítica del Epipaleolítico a la Edad del Bronce en la Cuenca del Ebro y la Tesina de J. Peñalver sobre menhires en el Pirineo Occidental.

En 1982 se concedió la «Beca José Miguel de Barandiarán» de Arqueología y Prehistoria, con un período de disfrute de dos años, a un equipo dirigido por I. Barandiarán y J.I. Vegas. El tema de investigación aceptado por la Sociedad de Estudios Vascos, que es la gestora de la Beca, aborda el estudio de la Ocupación prehistórica del amplio territorio de la Sierra de Urbasa (Urbasa en Navarra, Entzia en Alava), a partir del Neolítico. Forman parte del equipo de investigación especialistas y universitarios de la zona que abordan los principales aspectos del tema: análisis de suelos y paisajes (F. Alberto), prospecciones de campo y topografía (J.A. Madinabeitia, E. Redondo), tradiciones populares (J.M. Satrústegui), megalitismo (J.J. Vivanco), análisis de materiales y estructuras arqueológicas (M.ª A. Beguiristain, A. Cava, A. Saenz de Buruaga).

*3.1.–Cronología absoluta.* Se están produciendo en los últimos años diversas fechaciones absolutas, por el procedimiento llamado del Carbono 14, que permiten ir asegurando –aunque aún resulten escasas en número– la trama cronológica básica de las culturas prehistóricas en Navarra.

En la 1.ª edición de esta obra (capítulo 3/V: pp. 66-68) se ofreció la única serie de dataciones C14 conseguida en Navarra: procede de la cueva de Zatoya. Posteriormente se ha producido una afinación de esa misma serie de fechaciones, la presentación de otra serie nueva (de Abauntz), estando en curso nuevos lotes cuyos resultados es posible que se tengan dentro del año 1984.

*Dataciones del yacimiento de la cueva de Zatoya.* Se obtuvieron en el Laboratorio de Radiocarbono del Departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad de Lyon, por el Dr. J. Evin. Han sido publicadas con detalle, y con la precisión definitiva, por I. Barandiarán en 1982. Las dataciones conseguidas son:

–análisis Ly-1458. Del nivel b3 (Paleolítico Final/Epipaleolítico): dio como edad mínima los 10.940 años antes del presente (o sea los 8.990 antes de C.).

–análisis Ly-1400. Del nivel b3 (Paleolítico Final/Epipaleolítico): con los 11.840 ± 240 antes del presente (= 9.890 antes de C.).

–análisis Ly-1599. Del nivel II (Paleolítico Final/Epipaleolítico): 11.620 ± 360 antes del presente (= 9.670 antes de C.).

–análisis Ly-1399. Del nivel II (Paleolítico Final/Epipaleolítico): 11.480 ± 270 antes del presente (= 9.530 antes de C.).

–análisis Ly-1457. Del nivel Ib (Epipaleolítico geométrico): 8.260 ± 550 antes del presente (= 6.310 antes de C.).

–análisis Ly-1398. Del nivel Ib (Epipaleolítico geométrico): 8.150 ± 220 antes del presente (= 6.200 antes de C.).

–análisis Ly-1397. Del nivel I (Neolítico): 6.320 ± 280 antes del presente (= 4.370 antes de C.).

*Dataciones del yacimiento de la cueva de Abauntz.* Fueron avanzadas en 1980 por P. Utrilla y expuestas con detalle dentro de la memoria definitiva de la excavación del yacimiento, también por P. Utrilla, en 1982 (pp. 321-323). Han sido elaboradas unas en el antes citado Laboratorio de Lyon y otras en el de «Teledyne Isotopes» de New Jersey. Las dataciones de Abauntz son:

–análisis Ly-1965. Del nivel e (Magdaleniense): 15.800 ± 350 años antes del presente (o sea los 13.850 antes de Cristo).

–análisis Ly-1964. Del nivel d (Aziloide): 9.530 ± 300 antes del presente (= 7.850 antes de C.).

–análisis I-11,537. Del nivel c (Neolítico Antiguo): 6.910 ± 450 antes del presente (= 4.960 antes de C.).

–análisis I-11,309. Del nivel b4 (Neolítico Medio o Final): 5.390 ± 120 antes del presente (= 3.440 antes de C.).

–análisis Ly-1963. Del nivel b2 (Eneolítico): 4.240 ± 140 antes del presente (= 2.290 antes de C.).

*Dataciones en curso.* Actualmente se ha hecho cargo el Laboratorio de Radiocarbono del British Museum (Londres), en responsabilidad del Dr. R. Burleigh, de las dataciones absolutas de dos series más, prehistóricas, de Navarra. Una, compuesta por siete muestras (dos del nivel G, una del F, una del E, una del D inf. y dos del D) de la *cueva de Berroberría,* que están a punto de ultimarse; otra de once muestras del *abrigo de La Peña* (cuyo análisis se iniciará en el otoño de 1983).

*3.2.–Análisis palinológicos.* La identificación y cómputo de las esporas y pólenes fósiles conservados en el depósito de los yacimientos arqueológicos («Palinología») proporciona a los prehistoriadores una información excepcional para perfilar las características del paisaje vegetal de cada época y, lógicamente, las circunstancias climáticas generales (pluviosidad; temperaturas).

En la memoria de las excavaciones de la *cueva de Abauntz* se ha presentado (P. López 1982) el resultado del análisis polínico de las primeras columnas de muestras estudiadas desde esa perspectiva en la Prehistoria de Navarra. El análisis fue desarrollado en el Laboratorio de Palinología del Instituto Español de Prehistoria (del C.S.I.C., en Madrid) por la Dra. P. López: fueron examinadas casi cuatro millares de polenes y esporas procedentes de catorce muestras. Cubren un amplio lapso de tiempo, desde el Magdaleniense Inferior (nivel e) hasta el Bajo Imperio Romano (nivel a). Como rasgos genéricos al conjunto del depósito de la cueva de Abauntz se han apuntado el muy elevado porcentaje de las especies arbóreas (el pino a lo largo de toda la secuencia; el avellano a partir del Neolítico y hasta las épocas

recientes) y los constantes indicios de una elevadísima humedad atmosférica (por la gran abundancia de esporas monoletas).

En la caracterización botánica-climatológica de las grandes etapas de la ocupación de la cueva, P. López ha señalado los rasgos definitorios:

–el nivel e ofrece un predominio notable de pinos, identificándose además algunos abedules y alisos: a pesar de la escasez de la muestra examinada no resulta difícil encajarla en lo propio del período Dryas I.

–el avance del Epipaleolítico e inicios del Neolítico (muestras 4 a 7) ofrece el parque vegetal propio de los comienzos y progresión de los tiempos Holocénicos: predominio de los pinos, aunque hacen su aparición los avellanos y se aprecian algunos abedules, alisos y *Quercus;* mientras que, entre las herbáceas, «predominan las *Cichoriae* sobre las *Gramineae,* y tienen un fuerte aumento las Carduaceas dentro de las *Compositae*», observándose un fuerte aumento –a partir del comienzo del Holoceno– de las Filicales. Todo ello, en suma, revelando un proceso de recalentamiento de temperaturas y de aumento de la humedad.

–a partir del Neolítico medio (muestra 8) «se nota un cambio radical en el paisaje arbóreo. Disminuyen notablemente los pinos, dando paso al predominio total de los avellanos, aumentando asimismo los abedules y apareciendo de forma más constante el aliso y el tilo, y aisladamente el castaño y el olmo, árboles indicadores de condiciones templadas y húmedas, humedad manifestada en los altísimos porcentajes de Filicales y de *Polypodium.* Es interesante asimismo señalar el aumento de las *Gramineae* respecto a las *Cichoriae,* hecho que viene a apoyar lo indicado anteriormente» (López 1982: 358). Condiciones éstas que se han definido en toda Europa Occidental como asentadas desde inicios del Boreal y que se prosiguen, sin cambio excesivo, en época romana y hasta la actualidad.

Otra columna de treinta y cinco muestras (con más de ocho mil trescientas esporas y pólenes) procedente de la *cueva de Berroberría* ha sido analizada por la Dra. A. Boyer-Klein, en el Laboratorio de Palinología del «Musée de l'Homme» (Paris), en 1982. El informe, aún inédito (*in litteris* a I. Barandiarán, de septiembre de 1982), ofrece la siguiente caracterización climática de los niveles arqueológicos identificados en Berroberría en las campañas de 1977 y 1979 (vid. I. Barandiarán 1979):

–nivel H: acaso el extremo final de una etapa templada (quizá el Bölling).

–nivel G: período frío y seco.

–nivel E, en el que se mantiene en parte el frío anterior «con un ligero aumento continuo de la humedad y sin que sea demasiado riguroso...»: quizá el Dryas II, aunque haya rasgos que permitan señalar condiciones específicas, de microclima, en Berroberría.

–nivel D inferior, «típicamente del Alleröd con un aumento súbito de la humedad y de las especies arbóreas... con un amplio dominio de los pinos».

–los niveles D superior y parte baja del C «son muy húmedos pero con un episodio frío que pudiera ser el Dryas III (muestra n.º 15)».

– siendo la primera muestra del nivel C quizá un Preboreal, los niveles siguientes sometidos a análisis se han revelado totalmente estériles en pólenes y esporas.

En el momento presente existen otras dos series de muestras a analizar en Palinología: una de la *cueva de Zatoya,* que está concluyendo la Dra. Boyer-Klein y otra, del *abrigo de La Peña,* que ha sido confiada en el otoño de 1983 a la Dra. López.

*3.3.–Análisis de fauna.* El estudio paleontológico de los restos óseos encontrados en las excavaciones de la cueva de Abauntz ha sido desarrollado en el Laboratorio de Paleontología del Cuaternario, de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, de San Sebastián: lo firman J. Altuna y K. Mariezkurrena como apéndice a la Memoria de aquellas excavaciones (1982).

En el estudio citado se señalan, pese a la escasez de los restos recogidos, algunos caracteres de mayor interés.

–en el nivel e, referible al Magdaleniense inferior, la identificación de los restos acumulados por quienes ocuparon la cueva de Abauntz muestra un predominio, en las especies de ungulados cazados, del sarrio sobre los otros (algunos caballos, cabras monteses y ciervos, y pocos renos o Gran Bóvido). El análisis de estacionalidad (ocupación) del yacimiento por parte de aquellos cazadores, deducible de la edad en meses a que fueron capturadas aquellas piezas, parece asegurar la presencia humana en Abauntz en la época templada del año (en junio, en agosto/septiembre, en septiembre/noviembre).

–en el nivel Neolítico sólo se han recuperado restos de cerdo o jabalí y de oveja o cabra doméstica.

–en el Eneolítico (sobre un lote algo más nutrido) resulta evidente el predomonio de los animales domésticos: cerdo, bovino y oveja/cabra.

En el momento presente, el paleontólogo P. Castaños Ugarte (del Laboratorio del Museo de Vizcaya) se ha hecho cargo del estudio de la fauna del *abrigo de La Peña*.

*3.4.–Antropología física*. De las excavaciones del verano de 1983 en el *abrigo de La Peña* se ha obtenido un abultado conjunto de restos óseos humanos (bastante desmenuzados, en general), que habían sido depositados (barridos y amontonados y quemados en parte, posiblemente de modo intencional) dentro del nivel c. Está realizando su estudio el Dr. Basabe Prado (Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias, de la Universidad del País Vasco, en Lejona).

Por otra parte se ha publicado en 1982 (M. Fusté) un importante y extenso informe sobre los restos humanos del Covacho de Urbiola («de los Hombres Verdes»). El trabajo del Dr. Fusté, que quedó inconcluso por fallecimiento del notable antropólogo, ha podido ser recuperado y completado por el Dr. Basabe, quien ha asegurado su publicación en el tomo 4 de «Trabajos de Arqueología Navarra». Como ya se explicó en la Primera Edición de nuestra «Prehistoria de Navarra» (pp. 60-62) el lote antropológico de Urbiola ofrece un especialísimo interés: procedía de un depósito de finales de la Edad del Bronce, que excavó en 1958 J. Maluquer de Motes, y reunía algunos individuos de clara procedencia foránea (alpinoides, dinárico-armenoides) que debieron llegar a Urbiola en faenas de extracción de metales o de metalurgia. La serie antropológica se perdió por un incendio en el Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona, donde estaba provisionalmente depositado, y sólo breves referencias ya publicadas del propio Fusté aseguraron un conocimiento básico de sus caracteres.

La publicación en 1982 del referido estudio extenso completa sobradamente toda la información interesante al respecto. El conjunto de individuos inhumados en el Covacho asciende a un mínimo de 35: entre los restos recuperados, los craneales (hay fragmentos bastante completables para estudiar un lote de 15) han permitido basar el diagnóstico racial de aquel grupo de mineros/metalúrgicos. Y asegurar una prolija comparación con los de otras series peninsulares contemporáneas.

## 4. Aportaciones al conocimiento de la Antigua Edad de Piedra (Paleolítico y Epipaleolítico).

*4.1.–Red de estaciones de la Sierra de Urbasa*. Tras las campañas de 1981, 1982 y 1983, dirigidas por I. Barandiarán, se ha conseguido concretar la extensión y personalidad de una nutrida serie de localizaciones de restos de industrias líticas talladas, así como algunos yacimientos precisos. Muchos de ellos habían sido descubiertos por E. Redondo antes de 1981. En las campañas arriba citadas se procedió a su sondaje en profundidad y a su delimitación cartográfica exacta. Para su denominación se ha empleado una sigla genérica a todas las estaciones de la Sierra (URB por Urbasa) a la que acompaña un guarismo (número + letra) que concreta la situación del lugar. En el repertorio actualizado de lo hoy conocido en Urbasa (que resume el informe reglamentario a las autoridades forales y estatales pertinentes) se citan los siguientes yacimientos, tanto de la Antigua Edad de Piedra como del Neolítico y Edades de los Metales:

–*en la franja septentrional de Urbasa*. URB 2B y URB 2C = constituyen espléndidas colecciones reunidas por E. Redondo entre 1975 y 1981: se sitúan en dos emplazamientos genéricos, Norte (con un sondeo de un metro cúbico, en 1982) y Sur (con un total de cinco sondeos en 1981 y tres en 1983). De los materiales y estratigrafía identificados se deduce un muy importante depósito de ocupación humana en el Paleolítico Medio (URB 2C), y del Paleolítico Superior (URB 2B).

URB 14 («Bioiza) = completa colección descubierta por E. Redondo en 1968. En las prospecciones de 1981 se descubrió en estratigrafía un lote de evidencias del Paleolítico Inferior final o del Medio; estudiándose en 1982/83 zonas de aprovisionamiento de sílex.

URB 14C = evidencias líticas postpaleolíticas (E. Redondo): prospecciones complementarias en 1981 y 1983.

URB 22 = Localización de taller, probablemente postpaleolítico, descubierto y prospectado en 1982.

URB 22B = Abrigo rocoso con yacimiento atribuible al Epipaleolítico: fue descubierto y sondeado (dos sondeos) en 1982.

URB 23 = Cueva de depósito funerario de la Edad del Bronce: prospecciones en 1982 con hallazgos cerámicos y óseos.

URB 24 = Monumento megalítico descubierto en 1976 por F. de Ondarra: cartografiado, limpiado y excavado (sin resultados) en 1982.

Zona megalítica de Obas-Lubierri = además de los dos monumentos descritos por F. de Leizaola, su descubridor, se han identificado restos de otros dos, en 1982.

– *en la zona central (Raso y Monte de Limitaciones) de Urbasa.*

URB 1 («Aranzaduia»). Contiene un importante lote de utensilios tallados del Paleolítico Inferior o Medio. Descubierta por E. Redondo, en 1968, ha sido prospectada, con dos sondeos, en 1981: sin identificarse depósito arqueológico *in situ.*

campos tumulares URB 1D y URB 1F: identificados en 1981.

lotes diversos recogidos por E. Redondo (URB 1C, URB 3, URB 4, URB 5, URB 6, URB 7, URB 8, URB 9, URB 13, URB 16, URB 17, URB 18, URB 19) atribuibles al Paleolítico en su mayoría o a estadios netamente postpaleolíticos (URB 19, URB 20 o URB 25: ¿Eneolítico/Bronce?).

URB 11 = localización por E. Redondo (1981, 1982): sondeada en profundidad, con dos catas, en 1981. Ofrece restos de lo que debió ser un poblamiento concentrado acaso desde el Epipaleolítico, con seguridad en el Neolítico y E. del Bronce.

identificación de un posible menhir en 1982 en el paraje de Armorkora y reestudio del próximo de Mugako Arriya (desc. de F. de Leizaola).

– *en la franja meridional de Urbasa.* Se han identificado –a partir de noticias diversas de F. Manzanedo, E. Redondo y J.A. Madinabeitia– varios campos tumulares en el paraje de Ostolaza. En 1982 se estudiaron y localizaron seis «campos».

*4.2.–Cueva de Berroberría (Urdax).* Se ha publicado en 1979 un amplio avance de los resultados de la campaña de 1977 por parte del director de las campañas de excavación del yacimiento (I. Barandiarán 1979a).

Los trabajos de campo en este lugar se han desarrollado ya en dos campañas, 1977 y 1979. En ellas se pretendió revisar la estratigrafía propuesta por quienes anteriormente habían excavado en la cueva: el Marqués de Loriana y, sobre todo, J. Maluquer de Motes. De modo que se poseyera así un adecuado control de la disposición y características culturales de las capas de su depósito con el fin de poderse planificar con calma y conocimiento exacto de causa una nueva amplia etapa de excavaciones sistemáticas del yacimiento.

El lugar se halla ahora suficientemente protegido por el cierre que llevó a cabo la Institución Príncipe de Viana de la D.F. Navarra.

Al margen del establecimiento afinado de la estratigrafía de Berroberría (que ya se sintetiza en la primera edición de nuestra «Prehistoria de Navarra», pp. 107) se debe señalar que se están desarrollando los necesarios controles sedimentológico-climáticos complementarios: el palinológico ya concluido por la Dra. A. Boyer-Klein (Laboratorio del Musée de l'Homme, de Paris) y el de datación radiocarbonométrica (Carbono 14) por el Dr. R. Burleigh (Laboratorio del British Museum, de Londres).

*4.3.–Cueva de Zatoya (Abaurrea Alta).* A las campañas, ya avanzadas en «Prehistoria de Navarra», de 1975 y 1976 hay que añadir la última, de 1980: dirigidas por I. Barandiarán. En el momento actual se está preparando el estudio extenso del yacimiento: muy importante para la definición de la transición cultural del Paleolítico terminal al Epipaleolítico y etapas posteriores.

Aparte de la serie de siete fechas C14 (comentadas en I. Barandiarán 1982a) se están efectuando actualmente los correspondientes análisis palinológico (A. Boyer-Klein) y dos series de sedimentológico y suelos (Dres. M. Hoyos y F. Alberto/J. Machín).

*4.4.–Abrigo del Padre Areso (Bigüezal).* De su excavación por M.A. Beguiristain en 1977 (que se resume en «Prehistoria de Navarra», pp. 142) se ha publicado ya el texto correspondiente (Beguiristain 1979a).

*4.5.–Cueva de Abauntz (Arraiz).* Un amplio texto, como memoria definitiva de los resultados de las excavaciones llevadas a cabo en el lugar entre 1976 y 1979 por P. Utrilla, ha sido publicado (Utrilla 1982): comprende la presentación del yacimiento y de sus industrias así como la interpretación general de las etapas de su ocupación en la Prehistoria (en una serie de casi centenar y medio de páginas, por P. Utrilla) y se acompaña de sendos informes paleontológico (Altuna-Mariezkurrena 1982) y palinológico (López 1982). Había venido precedida esa memoria por varios informes parciales de otras tantas campañas (Utrilla: 1979a, 1979b y 1980a) y de una referencia a su serie de fechas C14 (Utrilla 1980b).

Según la referida memoria de las excavaciones, la cueva de Abauntz ofrece en su depósito de estratos trazas de ocupación humana en diversas etapas de la Prehistoria: de abajo arriba se definen los niveles:

–nivel e, del Magdaleniense inferior, datado por el C14 en los 15.800 años antes del presente: contiene varias estructuras de hogares, restos de la fauna consumida por aquellas gentes (ciervo, sarrio...), y evidencias industriales (fundamentalmente industrias talladas en sílex y, menos, en calcitas y en cristal de roca).

–nivel d, «aziloide», con una fechación absoluta en los años 9.530 antes del presente: se encuadra «climáticamente en el período Preboreal y tipológicamente en el pleno desarrollo del Aziliense o de alguna cultura epipaleolítica no geométrica» (Utrilla 1982: 334). Tras la aproximación de su lote de industrias líticas a otras estaciones del territorio pirenaico occidental y del litoral cantábrico (Zatoya en Navarra, Urtiaga en Guipúzcoa y los Azules en Asturias), se defiende su mayor similitud con las características de los ajuares procedentes del nivel D de Berroberría tal como se expuso en el avance de las excavaciones de 1977 (I. Barandiarán 1979a).

–niveles b4 y c, del Neolítico, fechados respectivamente por C14 en los 3.440 y en los 4.960 años antes de Cristo: cuyo lapso, de milenio y medio, se interpreta como expresivo de una etapa prolongada de abandono de la cueva. En el nivel c se han hallado algunas toscas cerámicas lisas junto a un instrumental lítico (genéricamente considerado de «tradición paleolítica») y a un hacha de piedra pulimentada. Dicho equipamiento básico continúa, sin demasiado cambio, en el inmediato depósito superior del nivel b4.

–niveles b1 y b2, de enterramientos en época Calcolítica o Eneolítica (fechados por C14 en los 2.240 a. de C.). En ellos se recogieron, como ajuares, abundantes fragmentos cerámicos (unos lisos y otros decorados con ungulaciones, con impresiones de dedos, con apliques de cordones o con incisiones), un variado lote de puntas «de flecha» de tipo foliáceo, y más de medio millar de cuentas perforadas de collar (la mayoría, de calcita).

–nivel a, con un tesorillo de pequeños bronces del Bajo Imperio romano.

*4.6.–Abrigo de La Peña (Marañón).* Ha sido excavado, tras una campaña previa de prospección en 1982, por M.ª A. Beguiristain y A. Cava en el verano de 1983, con carácter de urgencia por la inestabilidad de su depósito que amenaza con desmoronarse. Según amable información proporcionada por quienes dirigieron esa campaña de trabajos, el abrigo de La Peña, situado a orillas del Ega (a unos 640 m. de altitud sobre el nivel del mar), acoge un depósito arqueológico de algo más de cinco metros de potencia en el que se han detectado las siguientes unidades estratigráficas, de abajo arriba:

–nivel e, casi estéril desde el punto de vista arqueológico.

–nivel d, con un espesor en torno a un metro, expresa diversos momentos de ocupación humana (concentrada en manchones de hogar) dentro del complejo cultural Epipaleolítico geométrico (probablemente ya de su etapa final). Quienes estuvieron entonces en el lugar debieron dedicarse a tareas de caza especializada (corzo, cabra, ciervo y jabalí), empleando un utillaje característico de microlitos de dorso (triángulos y trapecios) y diversos instrumentos «de sustrato». En la parte superior del nivel d se recogieron algunos fragmentos cerámicos: mínimo indicio de los comienzos del proceso de neolitización.

–nivel «suelo sobre d»: de extensión localizada.

–nivel c, de potencia muy desigual (hasta 200 cm. al Oeste y de escasos centímetros al Este del yacimiento) se deposita coincidiendo con un proceso de fuertes desprendimientos de bloques del frente rocoso del abrigo. En su masa se han llegado a distinguir hasta cuatro subniveles. En él se produjo una acumulación muy llamativa de restos humanos, cuyos huesos se amontonaron en desorden y se quemaron parcialmente. Las únicas evidencias arqueológicas que acompañan tal depósito funerario son elementos relacionados con el adorno personal: conchas marinas (Dentalium, Nassa) empleadas como colgantes.

–nivel b, de unos 185 cm. de potencia, atribuido al Eneolítico.

–nivel a, superficial, muy alterado.

El depósito de La Peña había sido profundamente deteriorado por extracciones repetidas de sus masas de cascajo para diversas obras públicas: lo que había aumentado, por lo inestable del frente puesto al descubierto por las palas excavadoras, el riesgo de su próxima desaparición definitiva. Por ello, la excavación de urgencia de Beguiristain y Cava ha conseguido rescatar una muy valiosa información sobre una secuencia de niveles (Epipaleolítico/Neolítico/Eneolítico) no demasiado frecuente por estas latitudes. Concluido ya el proceso de recogida de materiales, con la referida excavación, se han repartido ya los diversos lotes de muestras no-arqueológicas entre los especialistas que se responsabilizan de los respectivos análisis monográficos: los restos óseos humanos por el Dr. J.M. Basabe (Departamento de Antropología, Universidad del País Vasco), la fauna de vertebrados por el prof. Castaño Ugarte (Laboratorio de Paleontología, Museo de Vizcaya), los sedimentos por los Dres. F. Alberto y J. Machín (Estación Experimental de Aula Dei, del C.S.I.C., de Zaragoza), las esporas y pólenes por la Dra. P. López (Laboratorio de Palinología del Instituto Español de Prehistoria, del C.S.I.C., de Madrid) y las dataciones absolutas por C14 por el Dr. R. Burleigh (Laboratorio de Radiocarbono, del British Museum, de Londres).

*4.7.–Otras aportaciones.* En un par de reflexiones de conjunto, presentadas a reuniones de especialistas, se han valorado los datos recogidos en las excavaciones de la cueva de Zatoya interpretándolos entre aquellos que en el Pirineo vasco ofrecen niveles similares de la transición del Paleolítico Final/Epipaleolítico a la Actualidad Climática (I. Barandiarán 1979b, I. Barandiarán 1982b).

## 5. Aportaciones al conocimiento de la Prehistoria reciente: Neolítico y Edad del Bronce

En las estaciones referidas inmediatamente (Sierra de Urbasa, cuevas de Zatoya, Berroberría y Abauntz, y abrigos del Padre Areso y de La Peña) se han identificado y estudiado restos culturales de estas etapas de la Prehistoria reciente.

En los últimos cinco años, además, han aparecido diversos estudios monográficos sobre los monumentos funerarios y colecciones de utensilios de época dolménica en Navarra: encuadrándoles en un contexto territorial más amplio (la Cuenca Media del Ebro, o el País Vasco). Sobre la arquitectura y distribución zonal y sobre los ritos de los dólmenes se deben citar trabajos de T. Andrés (1979), M.ª A. Beguiristain (1980) y J.J. Vivanco (1981); a sus ajuares hay diversas referencias en otros textos de la misma T. Andrés (1978, 1981) y en artículos de C. González Sainz (1979) y de J.J. Enríquez (1982); M.ª A. Beguiristain ha tratado «in extenso» los lugares de habitación en la época y territorio de referencia (1980 y, sobre todo, 1982). J.M. Larrañaga (1980) ha completado la estación de «cromlechs» de Adiko Soroa, en Baztán, añadiendo datos a los descubiertos en 1973 por T. López Sellés y a las adiciones de 1976 por F. de Ondarra: con la aportación citada de Larrañaga son ahora ya diez los círculos de piedras de esa estación baztanesa.

M.ª A. Beguiristain (1979b) ha publicado un informe sobre sus excavaciones de 1977 en la *cueva del Nacedero de Riezu* (en Valle de Yerri). Allí se recogió un buen lote de cerámicas atribuibles, por su técnica y tipología, a una etapa encajable «entre un momento Eneolítico tal vez antiguo y la plena Edad del Bronce»: proceden del depósito, en zonas interiores de la cueva, de algunos cadáveres a los que acompañarían como ofrenda.

6. REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO 1978-1983

A la lista, que pretendía ser exhaustiva, de las publicaciones interesantes a nuestro propósito y que se incluía en la primera edición de la «Prehistoria de Navarra» (en pp. 24 a 34) debe añadirse ahora la lista que sigue, con las novedades aparecidas en los últimos cinco años.

ALTUNA Jesús, MARIEZKURRENA, Koro:
1982. *Restos óseos del yacimiento prehistórico de Abauntz (Arraiz, Navarra)* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 3, Pamplona, pp. 347-353.

ANDRÉS Teresa:
1978. *El utillaje de piedra tallada en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio* en «Caesaraugusta» vol. 45-46, Zaragoza, pp. 15-41.
1979. *Ritos funerarios de la Cuenca Media del Ebro: Neolítico y Eneolítico* en «Berceo», n.º 97, Logroño, pp. 3-25.
1981. *El utillaje de hueso en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio* en «Estudios de Arqueología Alavesa», vol. 10, Vitoria, pp. 145-175.

BARANDIARÁN Ignacio:
1979a. *Excavaciones en el covacho de Berroberría (Urdax). Campaña de 1977* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 1, Pamplona, pp. 11-60 más 6 láms.
1979b. *Azilien et post-azilien dans le Pays Basque méridional,* en «La fin des temps glaciaires en Europe. Chronostratigraphie et écologie des cultures du Paléolithique final», ed. por D. de Sonneville-Bordes; Paris, pp. 721-732.
1982a. *Datación por el C14 de la cueva de Zatoya* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 3, Pamplona, pp. 43-57.
1982b. *Los comienzos del Holoceno en la Prehistoria vasca. Algunas reflexiones* en «Cuadernos de Sección. Antropología. Etnografía. Prehistoria. Arqueología» de Eusko-Ikaskuntza, n.º 1, San Sebastián, pp. 237-258.

BARANDIARÁN Ignacio, VALLESPI, Enrique:
1980. *Prehistoria de Navarra,* «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 2, Pamplona, 241 págs.

BEGUIRISTÁIN María Amor:
1979a. *Cata estratigráfica en la cueva del Padre Areso (Bigüezal)* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 1, Pamplona, pp. 77-90 más 3 láms.
1979b. *Cueva del Nacedero de Riezu, Valle de Yerri* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 1, Pamplona, pp. 91-102 más 1 lám.
1980. *Datos sobre los habitats de las poblaciones megalíticas en Navarra* en «Homenaje de la Universidad de Navarra a D. José Miguel de Barandiarán», Pamplona, pp. 37-48.
1982. *Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 3, Pamplona, pp. 59-156.

ENRÍQUEZ Juan Javier:
1982. *Los objetos de adorno personal de la Prehistoria de Navarra* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 3, Pamplona, pp. 157-202.

FUSTE Miguel:
1982. *Restos humanos de la cueva de los Hombres Verdes en Urbiola (Navarra)* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 3, Pamplona, pp. 3-41.

GONZÁLEZ César:
1979. *Utiles pulimentados prehistóricos en Navarra* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 1, Pamplona, pp. 149-203 más 4 láms.

LARRAÑAGA José Manuel:
1980. *Estación megalítica de Adiko Soroa (Navarra)* en «Munibe», vol. 32, San Sebastián, pp. 373-379.

LÓPEZ Pilar:
1982. *Abauntz: análisis polínico* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 3, Pamplona, pp. 355-358.

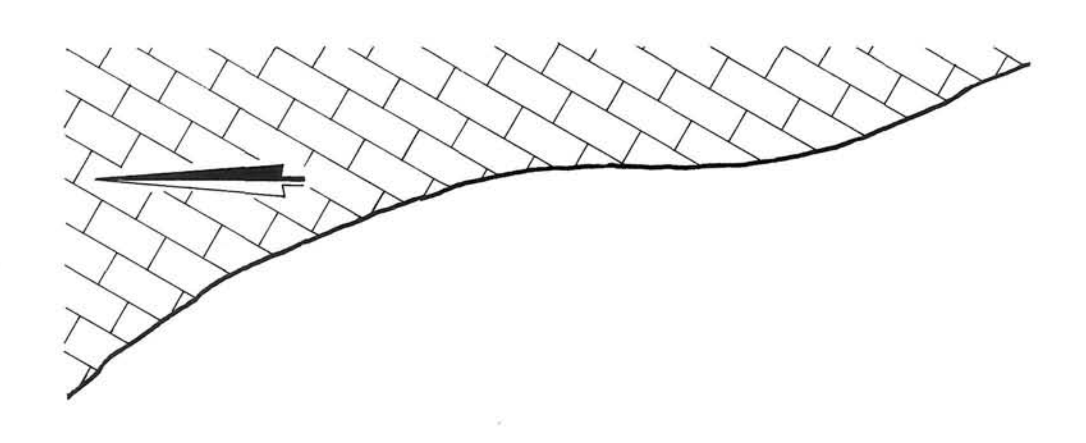
UTRILLA Pilar:
1979a. *Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1977* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 1, Pamplona, pp. 61-71 más 3 láms.
1979b. *Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1978* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 1, Pamplona, pp. 73-75 más 2 láms.
1980a. *El nivel magdaleniense de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra)* en «Actas del XV Congreso Arqueológico Nacional. Lugo», Zaragoza.

1980b. *Fechas de Carbono 14 para la Prehistoria del Valle del Ebro* en «Caesaraugusta», vol. 51-52, Zaragoza, pp. 5-9.
1982. *El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra)* en «Trabajos de Arqueología Navarra», n.º 3, Pamplona, pp. 203-345.

VIVANCO Juan José:
1981. *Orientación y tipología de las cámaras de los dólmenes de montaña y valle* en «Estudios de Arqueología Alavesa», vol. 10, Vitoria, pp. 67-144.

Ignacio Barandiarán. Vitoria, 3 noviembre 1983

figura 1.



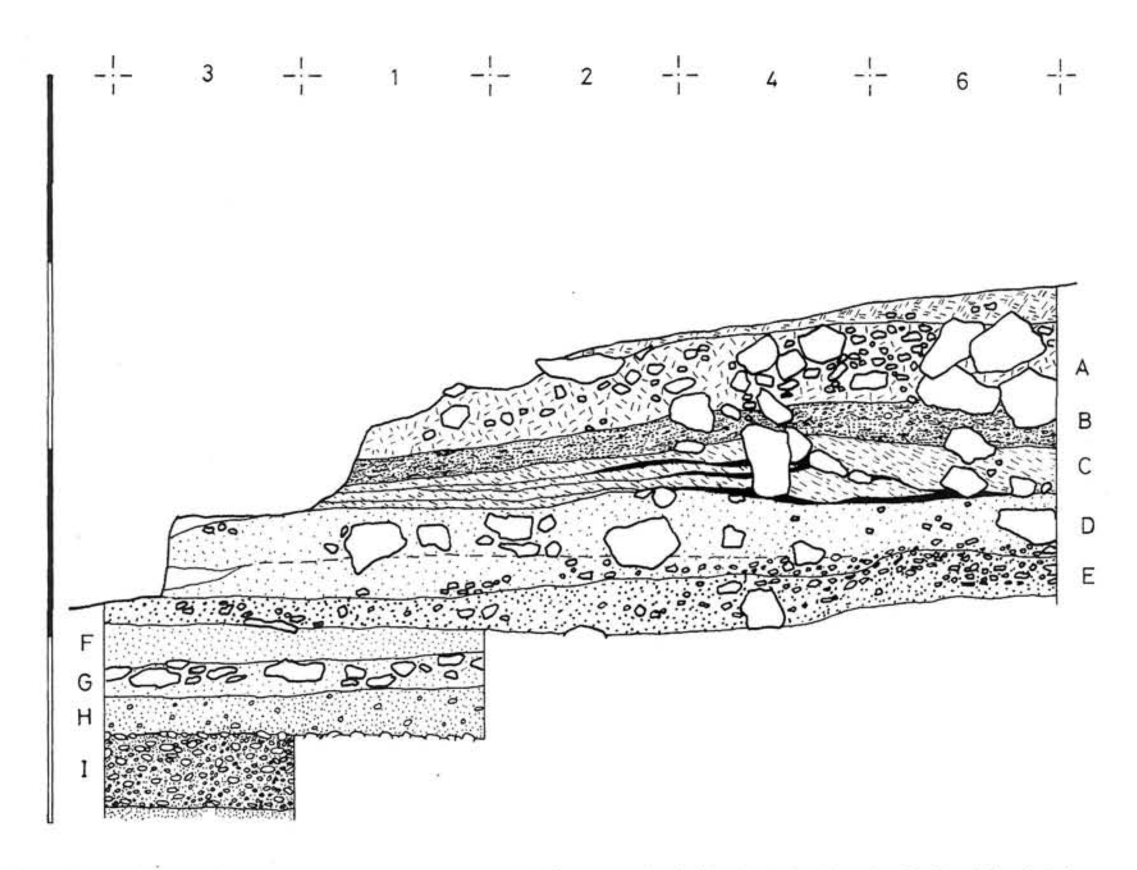



FIG. 1. *Cueva de Berroberría (Urdax).* Corte estratigráfico, por la divisoria de las bandas F/G, al final de la campaña de 1979.

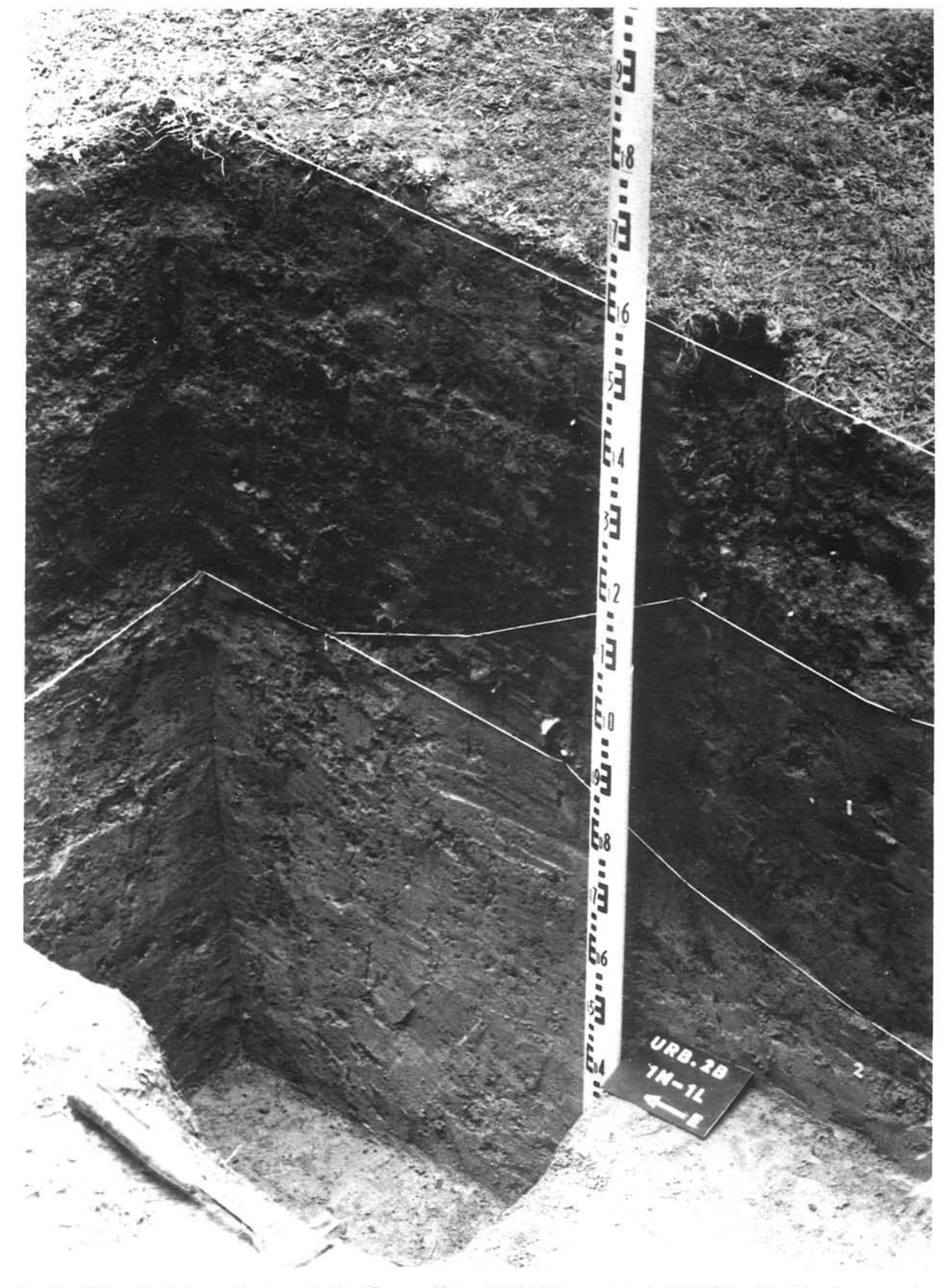



FIG. 2. *Sierra de Urbasa*. Sondeo estratigráfico en el lugar URB. 2B, en agosto de 1982. Se ha identificado un «suelo» de depósito de talleres de sílex, de época paleolítica.




FIG. 3. *Abrigo de La Peña (Marañón).* Instalación de la zona excavada en el verano de 1983; ante el depósito acumulado entre finales del Epipaleolítico y el Eneolítico.

## CATÁLOGO DE YACIMIENTOS
## Y LOCALIZACIONES PREHISTÓRICAS DE NAVARRA

En el adjunto catálogo se citan, por orden alfabético, las denominaciones de yacimientos y localizaciones prehistóricos de Navarra, tal como vienen reseñados en el presente libro, indicando las páginas y figuras en que son aludidos (su cita más extensa es indicada expresamente en negrillas). Se señalan las oportunas equivalencias en esos topónimos a fin de salvar divergencias en su transcripción o cuando sean denominados de dos formas distintas.

Este catálogo alfabético intenta recoger la totalidad de esas referencias en el libro, hasta el Bronce Final inclusive, dado que la Edad del Hierro no constituye ahora objetivo expreso de nuestra atención. Sólo se salvan de esta excepción los círculos de piedra **(cromlech)** que, por su referencia formal a lo megalítico (aunque sean, en su mayoría, construidos en plena Edad del Hierro), convenía reseñar.




Museo de Navarra

Institución Príncipe de Viana